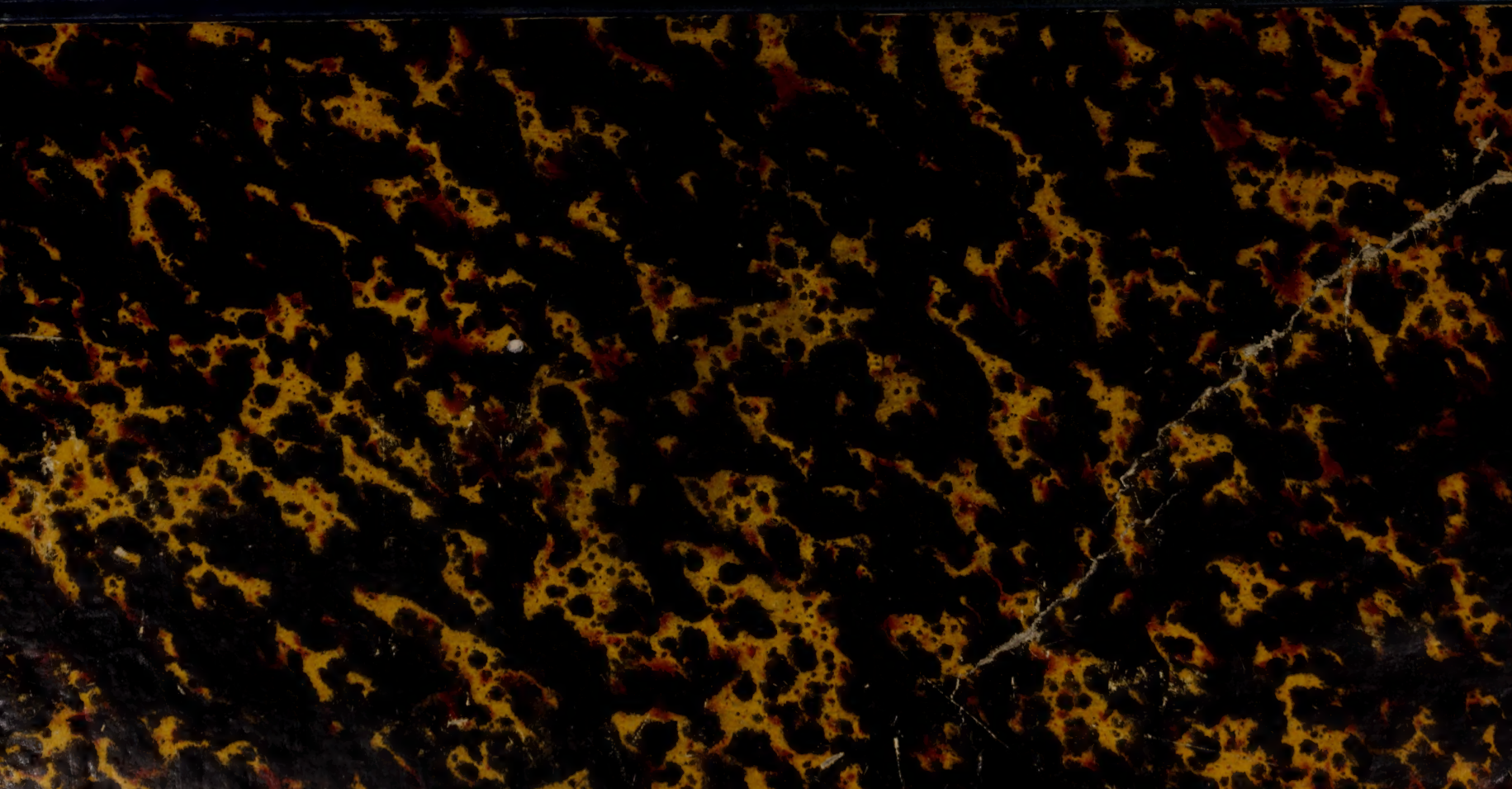
3 1761 09544761 1



MARIA...

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/mariamemoriasdeu01fern

MARIA...
POR
M. FERNANDEZ Y GONZALEZ

S
F3674mar

M. GUIJARRO, EDITOR.

MARIA...

(MEMORIAS DE UNA HUÉRFANA)

POR

D. MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.

TOMO I.

29913/4.34
17

MADRID
IMPRENTA Y LIBRERIA DE MIGUEL GUIJARRO
CALLE DE PRECIADOS, NÚMERO 5
1868.

Esta obra es propiedad de Miguel Guijarro, y nadie, sin su consentimiento, podrá reimprimirla ni traducirla.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

PRIMERA PARTE.

LA NIÑA BLANCA Y PÁLIDA.

CAPITULO PRIMERO.

LA GACETILLA DE UN PERIODICO ROTO.

I.

Acababan de dar las cinco en el magnífico péndulo del gabinete dormitorio de la jóven baronesa Alfonsina de Fuentesclaras.

Una lámpara cubierta por una caprichosa bomba de porcelana trasparente iluminaba la rica estancia, el rico mueblaje y un precioso lecho blanco con colgaduras de seda y encajes prendidos por ramilletes de flores.

Una ilusion realizada en una mujer, en una jóven, en una admirable rubia, reposaba en aquel lecho.

El gabinete estaba lleno de un suave y delicioso perfume.

Un fuego de raiz de enebro ardia en la chimenea.

II.

Á punto que daban las cinco se abrió silenciosamente una mampara de piel de Rusia estampada de oro, y entró una jóven y linda doncella.

Se acercó al lecho, y dijo con voz sonora, contenida y dulce:

—¡Señora!...

La dormida abrió los ojos.

—¡Ah! ¿Eres tú, Juana? dijo. ¿Son ya las cinco?

—Sí señora, contestó la doncella; á mí me ha dado pena de despertar á vuecencia. ¡Dormia vuecencia tan bien!...

—Es preciso, Juana, es preciso, contestó la baronesa incorporándose y apartando de sobre su semblante las pesadas bandas de sus cabellos. ¿Á qué hora llegará el tren?

—Á las seis y media.

—¿Y á Madrid?

—Á las ocho.

—Ya ves, hoy es domingo. ¿Cómo dejar de hacer mi visita á mis pobres del hospital, que me estarán esperando con ánsia?

—Julian los hubiera servido.

—No es lo mismo: esta obligacion que me he impuesto me es muy grata. Vísteme.

III.

Poco despues la hermosa baronesa de Castell-d'oro estaba fuera del lecho cubierta con un ancho peinador de muselina y encajes, y tendidos sobre los hombros sus profusos cabellos dorados, delante de un espejo de Venecia con marco de plata cincelada, sobre una consola de mosáico recargada de preciosos vasos llenos de todos esos refinamientos de la perfumería, sin los cuales no puede pasarse una mujer hermosa, jóven y elegante.

—¿Sabes que he soñado con aquella hermosa jóven pálida que asistió á la boda de Eugenia? dijo la baronesa á su doncella favorita, que se ocupaba en encender el aparato de espíritu de vino en que debian calentarse los múltiples hierros que se veian sin órden en un velador inmediato.

—Ciertamente que es muy guapa esa chica, contestó Juana apoderándose de la rica cabellera de su señora.

—Pero muy triste. ¿Es amiga antigua de Eugenia?

—No señora; la ha recogido hará tres meses su madre.

—¿Recogido?

Arrojó maquinalmente la vista sobre ella, y leyó.

—Sí señora: es huérfana.

—¡Ah! Pues la casaremos.

—¡Pero, Dios mio, señora, vuecencia casa á todo el mundo! Hace seis meses casó vuecencia á Clara, la dotó y fué su madrina; ayer casó vuecencia á Eugenia, y para amadrinarla se tomó la molestia de venir á Aranjuez.

—Ya ves, era muy justo que la boda se hiciese con la asistencia de su padre, y el pobre Damian no puede andar.

—Vuecencia es muy buena, señora.

—No: me entretengo. Pero ¿y tú? ¿cuándo te casamos?

—Cuando encuentre un hombre.

—¡Diablo! Estás sentenciosa.

—Me va bien soltera.

—¿Amas á alguno que no pueda ser tu marido?

Juana se ruborizó.

La baronesa vió el rubor de su doncella en el espejo, pero no hizo ni la mas ligera observacion.

—Si yo amara, ¿por qué no habia de pensar en casarme?... Porque yo no amaria sino á quien me amase, contestó Juana despues de algunos momentos de silencio.

—¡Tal vez una diferencia de clase!...

Se coloró mas fuertemente el semblante de Juana.

—Yo no amo, señora, dijo con la voz un tanto trémula.

—Mejor. Cuando ames te casaremos.

—Pero vuecencia, ¿cuándo se casa? se atrevió á decir Juana.

—Nunca, respondió la baronesa con acento breve.

Y guardó silencio.

La conversacion habia dado fondo.

La baronesa parecia, por la espresion de su semblante, ligeramente contrariada.

IV.

Tomó como por recurso una hoja de periódico de la que Juana habia cortado algunos pedazos para templar los hierros.

Arrojó maquinalmente la vista sobre ella, y leyó:

«Raro ejemplo de virtud.—Ayer los vecinos de una casa de la calle de la Comadre, núm... (nos vemos obligados á envolver nuestra noticia en el misterio, porque se nos ha suplicado una gran reserva), notaron que á una hora ya avanzada del dia no se habia abierto la puerta de un pequeño aposento del quinto piso, donde vivia una jóven á quien por su estraordinaria hermosura y por su profesion llamaban... la reina de las costureras.

Suplicamos á aquel de nuestros lectores que sea aficionado al género, no abuse de nuestra debilidad en levantar una punta de la careta.

La jóven C... es una heroina de la pureza, y solo conseguiria el goloso atraer sobre sí el odio de cierto marqués galante muy conocido en los buenos círculos y *muy señalado*.

Este marqués, este misterioso Tenorio que ha marchitado tantos corazones, que ha desvanecido tantos sueños, que ha causado tantas desgracias, llegó á ver á la incomparable C...

El verdugo se convirtió en víctima.

Su audacia le llevó hasta el punto de presentarse en la pobre habitacion de la divina costurera.

Sus visitas se repitieron.

Nadie comprendia aquel misterio.

¿Cómo la intransigente, la delicada, la impecable C... se atrevia á abrir su puerta al marqués, y á cerrarla despues que el marqués habia entrado?

Cierto es que estas visitas se reducian á tres; que de la una á la otra habian pasado intervalos de muchos dias; que habian sido muy cortas; que se habia oido á cada una el rumor de un altercado fuerte, pero comprimido.

¿Por qué altercaban el marqués de X... y la lindísima C...?

La vecindad era un hervidero de murmuraciones.

Hacia un mes largo que C... no trabajaba.

Ella decia que la tienda para la que cosia habia quebrado, que no encontraba nunca ocupacion por mas que la buscaba.

C... salia regularmente á las horas de almorzar y de comer.

Luego se volvia á su pobre habitacion y se encerraba.

¿Cosia ó no cosia?

Ella estaba pálida, triste y parecia débil.

Se la habia visto salir con bultos y volver sin ellos.

El Monte de Piedad, la casa de préstamos, salian á la defensa del honor de C...

¿Para qué tenia necesidad de empeñar nada una mujer favorecida por el riquísimo, por el galante marqués de X...?

Pero esto podia ser una farsa.

La palidez, la tristeza de la señorita C... podia ser muy bien una tristeza de amor.

El dia anterior por la tarde habia hecho su tercera visita á C... el marqués de X...

Una de las jóvenes de la vecindad afirmaba que habia oido dentro del cuarto de C... ruido de dinero.

No se tenia por muy seguro hubiese salido el marqués.

El no haberse abierto la puerta de C... á la hora de costumbre habia levantado las murmuraciones á la esfera del escándalo...

V.

—¿Me hace vuecencia favor? dijo á esta sazon Juana.

—¿De qué? preguntó con impaciencia la baronesa.

—Del papel para templar este hierro.

—No, dijo con mas impaciencia Alfonsina: busca otro.

—Necesito salir.

—Sal.

—¿Qué tendrá ese papel que con tanto interés lee la señora? murmuró Juana saliendo.

VI.

—Un marqués muy galante y *muy señalado*... murmuró con acento opaco Alfonsina; un marqués Tenorio... subrayadas con intencion las palabras *muy señalado*... ¡Ah! ¿Será él? Veamos, veamos si estos periodistas levantan mas la careta.

Juana volvió á entrar, trayendo, no ya uno, sino muchos papeles.

—¿Sabe vuecencia lo que sucede, señora? dijo.

—¿Qué?

—El señor marqués no está en casa.

—¿Y bien?...

—Que ha pasado la noche fuera y aún no ha vuelto.

—Tenemos amigos en Aranjuez.

—Sí, pero en el invierno no hay en Aranjuez nadie mas que los empleados del sitio.

La baronesa se mordió ligeramente el labio inferior y no contestó.

—Vamos, no le importa nada ó le importa mucho, dijo para sí Juana.

Alfonsina volvió á su lectura.

VII.

»Se respetó pues la cerrada puerta.

Es decir, no se llamó á ella.

Pero mas de una persona se acercó y miró por el ojo de la llave.

Nada se veia.

La llave estaba puesta en la cerradura y la cegaba.

La vecindad estaba en guardia.

Pero llegó el medio dia, llegó la tarde y la puerta no se abria.

Dentro reinaba un profundo silencio.

Empezaron á ponerse serios, á mirarse los unos á los otros los vecinos, á apagarse las murmuraciones.

Alguien habia dentro, puesto que por dentro estaba puesta la llave.

¿Era acaso lo que habia dentro un cadáver?

¿Seria verdad la horrible miseria de C...?

La animosidad se convirtió en caridad.

Una vecina llamó.

No contestó nadie.

Llamó con mas fuerza.

El mismo silencio.

Se llamó á María... (Perdon: se nos ha escapado el nombre... no importa... ¡María! ¡Hay tantas Marías en el mundo! ¡tantas

Marías, desventuradas y puras las unas, infames é indignas tantas otras! Continuemos).

Ó no estaba allí María, ó no podia responder...

VIII.

—¿Cómo se llama la hermosa jóven pálida y triste que ha recogido la madre de Eugenia, y que asistió anoche á la boda? preguntó la baronesa.

—No lo sé, respondió Juana.

—Pues es necesario saberlo, saberlo al momento, esclamó vivamente Alfonsina. Vé tu misma; que te acompañen.

—¿Y quién vestirá á la señora?

—Petra.

Juana salió.

—¡Celos, celos y celos! murmuró al salir. Anoche el marqués estuvo muy galante con esa que no sé cómo se llama: ¡para que sepa una el nombre de todas las personas que van de visita!... yo creo que se llama María. En fin, bien: el que manda manda; el manto en la cabeza y fuera; me llevaré á Cosme... ¡y que hace una mañana que ya!

IX.

Entró en el tocador de Alfonsina otra doncella jóven y bonita, y continuó el tocado de su señora, que leia.

Hé aquí la continuacion de la lectura de Alfonsina.

»Una vecina fué en volandas á la inspeccion del distrito.

X.

La autoridad se presentó en la casa, y llenando todos los requisitos de la ley, acabó por forzar la puerta.

Se encontró... á María exánime sobre un pobre lecho.

Una de sus manos pendia abandonada fuera de él.

Debajo precisamente de esta hermosa mano habia en el suelo un pequeño libro.

Aquel libro era la *Imitacion de Cristo*, por el padre Kempís.

Los ojos de los que asistian á esta escena conmovedora se llenaron de lágrimas.

Sobre una mesa habia una preciosa y pequeña cartera de piel de Rusia, y junto á la cartera un papel escrito.

La cartera, que tenia el escudo de armas del marqués de X... estampado en oro y colores, contenia cien mil reales en billetes de banco de cuatro mil.

El contenido del papel era el siguiente:

«Mi pobre patron ha quebrado de buena fé y está reducido á la miseria. Él conocia á mi madre... él me conocia á mí, él no me hubiera dejado morir de hambre ni me hubiera ofrecido el oro de la infamia. He buscado trabajo y no le he encontrado: he empeñado mis ropas, hasta mi última camisa; ¡pero producen tan poco los empeños de una huérfana pobre y honrada!... Junto á este papel se encontrará una respetable cantidad: que ella vuelva por mi honra... Se ha murmurado de mí porque un miserable ha entrado tres veces en mi casa prevaliéndose de mi repugnancia á dar un escándalo: que la murmuracion acabe: que á lo menos no se me robe lo último que me queda... mi dignidad: que Dios perdone á ese hombre... No encontrando trabajo, no queriendo contraer deudas que no podria pagar, me resigno á mi suerte y muero: yo no puedo pedir limosna; el hospital me horroriza; que me perdone Dios mi soberbia. Mi pobre madre me educó para...

XI.

La baronesa exhaló una esclamacion de despecho.

Habia concluido la columna y habia buscado el principio de la siguiente.

Pero estaba rota.

La baronesa habia leido:

...la hija desnaturalizada ha huido con su infame amante; pero se espera que la policía logre apoderarse pronto de esta execrable parricida.»

Aquella era otra historia.

El reverso de una hermosa medalla.

Una horrible antítesis.

En vano buscó la baronesa el nombre del periódico: en vano su fecha.

No aparecian en aquel fragmento.

—¡Oh! ¡Lo sabré! ¡lo sabré! esclamó. La historia de este ángel ha debido causar una sensacion profunda. ¡Ah! ¿Qué traje me traes, Petra? Inmediatamente despues de bajar del tren iré al hospital; este traje no es á propósito: uno modesto, de color oscuro.

Petra trajo un traje negro de seda liso.

—Y bien, señora, dijo Petra, sobre este traje puede ponerse vuecencia algo conveniente: puede ir en el tren algun conocido y ver á vuecencia y conocerla al subir ó bajar del coche.

—Sí, es verdad, podria creer que iba de incógnito; un capuchon de cachemira y una peregrina de pieles. Trae un té y que vean si ha llegado mi señor tio.

XII.

Alfonsina pasó á un gabinete inmediato y se puso á pasear por él, reteniendo en la mano aquel fragmento de periódico que contenia el drama incompleto que tanto la habia conmovido.

Petra trajo un servicio de té elegantísimo de plata cincelada y le puso sobre un velador.

—El señor, dijo, no ha venido todavía.

Alfonsina se sentó junto al velador y se puso á tomar el té, comiendo tranquilamente, al parecer, pequeños fragmentos de pan con manteca.

Petra puso sobre un sillon un magnífico abrigo de martas y una cachemira admirable.

Dieron las seis en uno de los péndulos del gabinete.

—Que todos estén preparados, dijo Alfonsina; que vaya Cosme y tome dos coches de primera clase reservados, que enganchen al momento, y que me avise.

Petra salió.

XIII.

Poco despues entró Juana.

—¡Ah, señora! dijo: hace un frio horrible, un viento espantoso, diluvia y la lluvia corta la niebla; todavía está oscuro como boca de lobo, y ya son las seis y media.

—Bien, bien; pero ¿qué te han dicho?

—¡Calle vuecencia, señora, calle vuecencia! que esa jóven que se llama María...

—¡María! ¡Ah! Pues entonces no voy hoy á Madrid: que perdonen mis enfermos.

—Es que, señora...

—¿Qué?

—Vuecencia recordará que anoche se retiró de la boda á las diez.

—Sí.

—Vuecencia sabe sin duda que el tren correo de Andalucía pasa por Aranjuez á las once y media.

—Y bien, ¿qué?

—Que esa señorita se fué anoche á Madrid en el tren correo.

—Te habrán dicho dónde vive; pero ¡ya se ve! no te se habrá ocurrido preguntarlo.

—¿Y lo saben ellas?

—¡Cómo!

—Esa señorita se ha fugado.

—¡Cómo!

—Sí señora, ha dejado una carta escrita en que dice que se va... qué sé yo por qué... En fin, Eugenia y su madre, que ya están en la estacion para despedir á vuecencia, se lo dirán.

En aquel momento entró Petra y dijo:

—Cuando vuecencia guste.

Un momento despues Alfonsina salia en un carruaje de su linda casa de campo de Aranjuez, y en otros dos carruajes su servidumbre inmediata.

CAPITULO II.

UNA ESPEDICION Y UNA CARTA.

I.

El marqués de Cabrales, hermano menor del baron de Castell-d'oro, difunto, y del conde de Vallehumbrío, difunto tambien, era un repugnante libertino de cuarenta años, un hombre siniestro.

Entregado á la disipacion, á los placeres, á los vicios, habia en su vida misterios profundos.

La naturaleza le habia hecho hermoso, hermosísimo, pero con mucha frecuencia sus magníficos ojos negros tomaban una espresion que espantaba.

Desde hacia un año un accidente habia alterado algun tanto la hermosura del marqués, aquella hermosura que resistia á un mismo tiempo á los años y á los desórdenes.

Una bala habia atravesado de una parte á otra sus mejillas, pero por un acaso singular no habia tocado á sus mandíbulas.

Habian quedado sus dos mejillas señaladas por una cicatriz redonda y roja.

El marqués habia atribuido esta doble herida y otra que habia recibido en el mismo lance en el costado izquierdo, á un duelo.

Pero no se conocia á la persona con quien se habia batido ni á los testigos.

Se habia creido al marqués sobre su palabra, pero se habia murmurado mucho.

El marqués de Cabrales era aquel marqués de X... muy conocido, muy galante y muy señalado á que se referia la gacetilla originalísima que no habia podido acabar de leer Alfonsina.

Si el diario no hubiera estado mutilado, Alfonsina hubiera podido leer lo siguiente:

«Mi madre, mi buena madre, ha venido á la miseria por el crímen de un infame que me persigue, que me hace oir la odiosa espresion de un amor degradante: mi madre, mi buena madre, ha muerto en mis brazos aniquilada por el dolor; yo perdono á ese hombre en nombre de mi madre, en el mio: espero que Dios, teniendo en cuenta lo que he sufrido, me perdonará.—Ruego que no se despedace mi cadáver... que se respete en él mi pudor... que no se me estienda desnuda sobre una mesa del anfiteatro de San Cárlos: la autopsia es inútil: yo no he tomado nada para morir: muero de hambre. Adios: os pido la limosna de algunos sufragios por mi alma.—*María...*»

Aquí podríamos poner un nombre ilustre, un nombre que sorprenderia á todo el mundo.

Pero se ha llegado á tiempo.

Los médicos dicen que María se salvará.

La carta escrita por ella ha sido guardada como un depósito sagrado para devolverla á María por el juez del distrito.

Nosotros hemos visto esa carta; pero hemos empeñado préviamente nuestra palabra de honor de no usar de nombres propios, y lo cumplimos.

Los cien mil reales han sido devueltos al marqués de X..., que los ha tomado encogiéndose de hombros.

Creemos que todo comentario acerca de lo que acabamos de referir seria redundante: una virtud, una dignidad y una pureza tales, se recomiendan por sí mismas, y tanto mas en una época en que el materialismo, el escepticismo y la corrupcion lo envenenan todo.

Á continuacion se leia:

«Contraste.—La justicia se ocupa de un drama horrible, monstruoso, de un género que por fortuna es raro entre nosotros.

Doña Cecilia Castro y Ponce de Salguero ha sido envenenada por su hija la señorita doña Elisa Salguero. Su amante don Luis de Móstoles le ha procurado la sustancia tóxica con que se ha llevado á cabo tan horrible crímen. El robo del dinero y de las alhajas de la víctima ha acabado de dar su último toque maestro al crímen. La hija desnaturalizada ha huido con el infame amante; pero se espera que la policía logrará apoderarse pronto de esta execrable parricida.»

II.

María se salvó despues de una larga enfermedad.

La madre de Eugenia, doncella de confianza de la baronesa de Castell-d'oro, que tenia una modesta tienda de modas en Aranjuez, habia tomado bajo su amparo á María, y la habia hecho su oficiala mayor.

Ahora bien: en las bodas de Eugenia se habia encontrado de nuevo María con el marqués, que la habia perdido de vista.

—Tú sabes, le dijo, que yo puedo volverte tu posicion, que puedo hacer que tu divina hermosura brille en la esfera que le corresponde; pero yo no rasgaré el misterio que te envuelve si no me perteneces.

María se estremeció.

Como por evitar un escándalo le habia recibido tres veces en su pobre casa, de la misma manera habló con él durante las bodas.

Á las diez se retiró la baronesa.

Á las diez y media María desapareció del baile.

Poco despues el marqués, que estaba impaciente, se apercibió de un rumor sordo.

De algo que turbaba la fiesta.

Supo al fin que María, sin avisar á nadie, habia partido á Madrid, dejando en su cuarto una carta.

El marqués corrió á la estacion.

El tren correo habia llegado un momento antes y acababa de partir.

Preguntó á los empleados, que conocian demasiado á María á

causa de su gran hermosura, y le dijeron que en efecto habia marchado en el tren correo, y que llevaba un paquete debajo del brazo.

El marqués se hizo poner á costa y coste un tren especial, y partió á las doce y minutos, es decir, media hora despues que el tren correo.

Llegó á la estacion de Madrid algunos minutos despues que él.

Preguntó á los empleados, dió las señas de María, y le dijeron que habian visto una jóven de aquellas señas, pero que no sabian si habia entrado en un ómnibus ó en un carruaje de plaza.

El marqués se fué á buscar los ómnibus.

El conductor de uno de ellos le dijo:

—Esa jóven ha venido en mi carruaje hasta la administracion, pero se ha ido á pié y sola.

El marqués preguntó á los guardias civiles y á los serenos de las calles circunvecinas á la de Alcalá, pero nada pudo averiguar.

Al fin, desesperado, se metió en uno de los carruajes de plaza que esperan toda la noche á la puerta del Casino de la Carrera de San Gerónimo, y se hizo conducir á su casa, es decir, á casa de su sobrina la baronesa de Castell-d'oro, con la cual vivia por razones que espresaremos mas adelante.

III.

La servidumbre dormia.

No se le esperaba.

Pero advertido el mayordomo, se levantó y se le presentó llevando una carta en la mano.

—¿Qué es eso? le preguntó el marqués.

—Esto es, señor, una carta.

Y la dió al marqués.

—¡Ah! esclamó el marqués mirando el sobrescrito: yo conozco esta letra.

—Sí señor: es del señor de Villares.

—¡Cómo! ¿El señor de Villares ha venido? Esta carta es á la mano.

—Sí señor; pero ha venido de Cádiz. El señor de Alvarez ha

enviado esa carta con un hombre de mala traza, con una especie de tunante de capilla, sombrero calañés, chaqueta y faja.

El marqués abrió la carta y la leyó.

«Debia haberte telegrafiado la noticia que voy á darte; pero es de tal manera importante que no puedo confiarlo al telégrafo. Tu hermano Alfonso está en Cádiz; le he visto entrar en el tren correo, y no tengo tiempo para otra cosa que para coger á un cualquiera que he encontrado á mano y meterle en el tren con estas cuatro líneas que te escribo, y con órden de no perder de vista á tu hermano, de averiguar dónde pára en Madrid, de llevarte esta carta y avisarte. Adios.

Tuyo,—*Villares.*»

—¡Fuego y rayos! esclamó el marqués. ¿Dónde está ese hombre?

—¿Cuál, señor?

—El que ha traido esta carta, estúpido.

—Ahí, muy cerca, en una casa de huéspedes.

—Que vayan á buscarle al momento: que se me presente.

El mayordomo salió.

IV.

—¡Mi hermano Alfonso! ¡mi hermano Alfonso vive!... ¡No! ¡imposible! Villares debe haberse equivocado: algun parecido estraño... ¡Sí, sin duda! ¡Yo no comprendo! Es cierto que no se encontró su cadáver... ¡Ah! Esta es una vida horrible... Y María... ¡oh! María.....

La cabeza del libertino era un volcan.

Se paseaba á largos pasos por el gabinete, y leia y releia aquella carta.

—¡Señor! dijo á la puerta el mayordomo: aquí está ese hombre.

—Que entre, respondió el marqués.

V.

Adelantó un hombrecillo muy mal vestido, con el traje de la gente baja de las ciudades de Andalucía, como de cincuenta años; vivo, perspicaz, inteligente, de fisonomía epigramática y burlona,

con trazas de no haber conocido jamás la vergüenza, y dejando ver en sus ojillos grises é inquietos una espresion fria en la que se revelaba un alma capaz de todo por el dinero.

Arrastraba un poco el pié izquierdo; señal clara de que habia sido durante muchos años presidiario.

Aquel arrastre era un defecto adquirido á causa del peso de la cadena durante muchos años.

Este hombre se inclinó y saludó, haciendo una mueca que queria ser una sonrisa al marqués, al cual contemplaba profundamente.

—¿Tú has traido una carta para mí? dijo el marqués.

—Sí señor: me la dió en Cádiz un caballero que me hizo montar en el tren correo.

—¿Sin duda en un vagon donde iba un viajero á quien te se mandó no perder de vista?

—Sí señor, en un vagon de tercera clase: hemos pasado mucho frio: yo he cogido un pasmo. ¡Son mucha cosa los vagones de tercera clase en invierno!

—¿Dónde está ese hombre?

—No lo sé.

—¡Cómo!

—Yo iba descuidado, como que habia oido decir á aquel sugeto que venia á Madrid: antes de llegar á Aranjuez me dormí; cuando desperté, el tren habia pasado de Aranjuez, y el fraile y la niña habian desaparecido.

—¡Cómo fraile!

—Sí señor, fraile francisco, con una barba negra y reluciente que le llega á la cintura: una hermosa barba, señor marqués.

—¡Ah! ¡No es él! murmuró el marqués.

—Ese fraile es la persona que un caballero me mandó no perdiese de vista en la estacion de Cádiz.

—Despues de quince años es fácil equivocarse, dijo el marqués como hablando para sí. Sin embargo, es necesario que yo vea por mí mismo... ¿Y el fraile se quedó en Aranjuez?

—Sí señor, segun dijeron los compañeros de vagon. La niña se habia puesto mala, de frio sin duda. ¡Son mucha cosa los vagones de tercera clase en invierno! Y como la chiquita es tan delicada...

—¿Y qué chiquita es esa?

—Una preciosa polla como de diez y seis á diez y siete años, muy blanca y muy pálida, con unos hermosísimos cabellos rubios como el oro: un pequeño ángel, señor marqués.

—¿Y fué grave la indisposicion de la niña?

—No señor, porque dicen que el fraile dijo:

—¿Qué hemos de hacerle? Algunas horas mas: tomaremos el tren correo de por la mañana.

El marqués miró su reló.

Eran las dos y media.

El marqués llamó, y se presentó el mayordomo.

—Que vayan á pedir al momento un tren especial para mí para Aranjuez.

Á las tres de la mañana el marqués salia de Madrid, y era conducido á Aranjuez á todo vapor.

CAPITULO III.

UN LOBO QUE SIGUE Á SU PRESA.

I.

Como hemos dicho, la mañana era muy fria.

Una densa niebla habia retardado á lo menos en media hora el amanecer.

El reló de la estacion de Cien-pozuelos acababa de dar las siete.

Los viajeros que esperaban el tren correo del Mediodía se impacientaban.

Debia haber llegado á las seis y cuarenta y cinco.

El jefe de estacion respondia á las quejas estas solas palabras:

—Hace muy mal tiempo.

Al fin se oyó el poderoso silbido de la locomotora.

Poco despues el alentar monstruoso, y estruendo de la rotacion del tren.

Al fin apareció este.

Era muy largo, y su estremidad se perdia entre la niebla.

Un empleado de la estacion gritó:

—¡Cien-pozuelos! ¡un minuto!

Los que esperaban se precipitaron á los coches.

Se cambió la correspondencia.

Tres personas salieron de un vagon de tercera clase.

El tren partió; se perdió entre la niebla: su silbido y el estruendo de la rotacion se perdieron á lo lejos.

II.

Los tres viajeros que habian descendido y que habian tomado, retrocediendo, el camino de Titulcia, se encontraron á una distancia de cuarenta pasos de la estacion.

El tiempo, que era malo, se habia hecho horrible.

El viento friísimo, insoportable, habia adquirido la violencia del huracan.

La menuda lluvia que antes se filtraba de la niebla era ya un aguacero.

La luz del dia era aún crepuscular, gris opaca.

Los árboles mas cercanos apenas dejaban ver sus esqueletos.

Algo mas allá, niebla y no mas que niebla.

Los tres viajeros se habian separado.

Habian tomado, como hemos dicho, el camino de Titulcia, pero uno de ellos se habia quedado atrás.

A todas luces en seguimiento de los otros dos.

III.

Estos dos, que habian avanzado en paso rápido, eran un religioso y una niña.

El tercero, que se habia quedado atrás, era un hombre atlético, envuelto en una especie de carrik con grande esclavina, y cubierto el semblante por un tapabocas de color oscuro, de tal manera, que apenas se le veian los ojos entre el tapabocas y la ancha ala de su sombrero redondo de castor negro.

Este hombre llevaba en la mano izquiezda una pequeña maleta.

En la derecha un baston ferrado.

Habia entrado en el tren de Aranjuez, despues de haber examinado rápidamente las vagones de tercera clase.

Se habia sentado frente al religioso y la niña.

IV.

En cuanto á los otros dos viajeros, el religioso parecia contar como cincuenta años.

Las formas de su semblante eran regulares y enérgicas y de una espresion fria y severa.

Su larga barba negra caia sobre su hábito franciscano hasta llegar á la cintura.

Sus ojos, que se veian apenas bajo la sombra de su capucha, tenian un fulgor que parecia emanar de un alma ardiente y apasionada.

Sus manos eran bellas, y revelaban una posicion bien cómoda y que no se ha ocupado en trabajos rudos.

Parecia uno de esos bravos misioneros que llevan la caridad y su celo religioso hasta los desiertos de América.

V.

La niña, que apenas contaria catorce años, era hermosísima, aunque estaba muy flaca y muy pálida.

Esta palidez aumentaba su intensa blancura.

Su enflaquecimiento hacia resaltar sus grandes y rasgados ojos negros.

Dos largas y gruesas trenzas rubias caian sobre sus hombros en acordes.

Cubria su cabeza un sombrerito de castor negro sin adornos ni cintas.

Su pobre traje consistia en un abrigo muy viejo á manera de talma, de una tela de lana gris oscura, y en una falda de la misma tela y color.

Llevaba bajo el brazo un pequeño envoltorio.

Sin duda aquel era todo el equipaje del religioso y de la niña.

Temblaba de frio la pobrecilla.

El religioso se quitó la capilla y se la puso á la jóven para que pudiera soportar mejor el aguacero, y siguieron adelante á gran paso.

El religioso se quitó la capilla y se la puso á la jóven.....

VI.

Titulcia está situado en un terreno angular en la confluencia del Jarama y del Tajuña.

Para llegar al pueblo hay que pasar un puente sobre el Jarama.

Al otro lado del puente, como á dos tiros de fusil fuera del camino, entre árboles, sobre la orilla izquierda del Jarama, hay una casilla de guarda campestre á la cual está adherida un pequeño corral ó huerta, sobre cuyas tapias descuellan algunos grandes árboles que estienden sus ramas sobre el tejado de la casilla.

Media hora despues de haber dejado el tren el religioso y la niña, atravesaban el puente.

El hombre del sombrero de grandes alas continuaba siguiéndolos.

Ellos dejaron el camino, y tomando una senda sombreada y apenas practicable á causa del temporal, adelantaron hácia la casilla.

Llegaron.

La puerta estaba entreabierta.

Por esta puerta salia humo, así como por la chimenea.

El religioso empujó la puerta y entró con la jóven.

VII.

El hombre que los seguia adelantó á la carrera, describiendo un círculo para ganar la espalda de la casilla.

Se acercó á las tapias del huerto, que eran muy bajas.

Miró por encima de ellas.

El huerto estaba desierto completamente.

Por aquella parte, la casa no tenia mas abertura que una puerta.

El desconocido saltó con suma facilidad la tapia.

Sobre el techo de la casa habia una lucana, que parecia corresponder á un desvan.

Un árbol estendia sus ramas sobre el tejado.

El desconocido se sirvió de aquel árbol como de una escala, llegó al tejado y penetró por la lucana en el desvan.

El suelo de este era de tablas mal unidas.

A través de las rendijas se podia ver la habitacion inferior.

El desconocido se tendió.

Dejó junto á sí la maleta y el garrote, y se armó de un largo puñal.

Luego pegó su semblante á una de las rendijas, y miró.

CAPITULO IV.

UNA CARTERA FUNESTA.—LO QUE VALE UN PERRO.

I.

En aquella habitacion no habia mas que las dos personas que acababan de llegar.

Una gran cantidad de leña mojada apilada era lo que producia el espeso humo que llenaba aquel espacio y salia por la chimenea y por la puerta.

El menaje era miserable: una pequeña mesa, una tabla pendiente de cuerdas en la pared con algunas vasijas ordinarias, un arca vieja, y dos ó tres banquillos de pino destinados á servir de asiento.

El lecho del morador de aquella casa estaba en el desvan.

II.

—¡El Señor sea en esta casa! habia dicho al entrar el religioso.

Pero nadie le habia contestado.

—¡Señor Francisco! dijo el religioso con voz fuerte.

Sucedió el mismo silencio.

—Está fuera sin duda, dijo el religioso; pero no debe tardar en volver... entre tanto, tenemos lo que mas importa: fuego.

Y puso junto al hogar uno de los banquillos, en el cual se sentó la niña.

El religioso se sentó en el otro.

—¿Cuándo llegaremos á Madrid, padre? preguntó la jóven.

—Mañana: así lo espero, hija mia, contestó el religioso; y cuando hayamos llegado...

—¡Oh, sí! cuando hayamos llegado estaremos mejor.

—Un convento se abrirá para tí, dijo el religioso: en él no te faltará nada para la vida; sobre todo, tendrás el amparo, el santo amparo de la casa del Señor.

Pasó una ligera nube de contrariedad por los hermosos ojos de la jóven.

Espresion rápida que no pudo notar el misionero, que estaba profundamente abstraido.

El objeto que le habia llevado á la solitaria casa de un guarda campestre, era, como conocen nuestros lectores, harto grave para no sumirle en una profunda meditacion.

III.

La niña se habia acercado cuanto le habia sido posible al fuego, y aspiraba su calor con delicia.

Una profunda espresion de tristeza, de disgusto, de cansancio, aparecia en su semblante.

El religioso tenia la cabeza inclinada sobre el pecho.

Pasó un cuarto de hora.

Al fin se oyeron los ladridos de un perro, que no tardó en entrar en la casa amenazador y terrible.

La jóven se puso de pié aterrada.

El perro se detuvo.

Se habia oido fuera una voz ruda y enérgica que habia gritado:

—¡Eh! ¡aquí, Atrevido, aquí! que no sabemos quién es.

El magnífico mastin se volvió, obedeciendo aquella voz.

IV.

Poco despues entró un hombre envuelto en una manta rayada, con un sombrero gacho, bajo la manta una escopeta, calzones pardos y abarcas.

Traia en la mano izquierda un enorme conejo muerto.

Atrevido gruñia sordamente y estaba inquieto.

—¡Vamos, si acabarás! dijo el campesino. ¿No ves que son un sacerdote y una jóven?

Y dió un puntapié al mastin, que se fué á echar gruñendo dolorosamente en un rincon.

—¡Pobre animal! esclamó la jóven.

—¡Ah, no, señorita, no! contestó el guarda, que se vió que lo era porque al desenvolverse de su manta dejó ver una bandolera de ante con escudo de laton dorado. Tiene muy mal genio. Buenos dias, padre; buenos dias, señorita: ¿en qué puedo servir á ustedes?

—Muy buenos dias, hijo mio, dijo el religioso, que se habia levantado. Creo que he incurrido en una equivocacion.

—¡Ah, ya, padre! dijo el guarda poniendo el conejo sobre la mesa y la escopeta en un rincon y desembozándose respetuosamente. Usted buscaba á Francisco García, ¿no es verdad?

—En efecto.

—Ruegue usted á Dios por su alma.

—¡Cómo! esclamó palideciendo el religioso. Aún era jóven y tenia muy buena salud.

—Es verdad; pero cuando uno va por un camino y de repente se le echa encima un lobo y le coge por el pescuezo y le ahoga...

—¡Un asesinato!

—Sí, padre, sí. Pero vamos al caso: ¿usted es el padre Juan de la Penitencia?

—Sí, yo soy.

—Y ha venido usted á buscar á Francisco.

—Sí.

—¿Tenia algo para usted Francisco?

—Sí: una cartera.

—¿Quién se la habia dado á Francisco?

—El marqués de Vallecillo.

—¡Dios haya perdonado á Francisco! No hace falta: yo daré á usted esa cartera.

—¡Usted! Esa cartera guarda un terrible secreto.

—No sé lo que guarda, porque juré por Dios y por mi alma á un hombre que agonizaba guardar esa cartera, no abrirla, no procurar saber lo que tiene dentro. Pero falta aún, y usted perdone, padre: si usted es el padre Juan de la Penitencia, me enseñará usted algo.

V.

El religioso sacó de debajo de su hábito un pequeño objeto, cuidadosamente envuelto en un paño.

Le desenvolvió, y apareció un estuche de tafilete azul.

Abrió el estuche, y sacó de él un medallon de oro que contenia un retrato de mujer.

Mejor dicho: de dama.

Un retrato en miniatura sobre marfil.

El medallon estaba guarnecido de diamantes.

En su parte superior habia un pequeño escudo de armas esmaltado.

Por el reverso, bajo un cristal, dejaba ver un rizo de cabellos rubios.

No eran de la dama, porque en el retrato aparecia con cabellos negros.

Estaba peinada y vestida á la moda de 185...

Era hermosísima.

Una de esas hermosuras que conmueven á primera vista, y que á primera vista pueden inspirar un amor intenso.

La inteligencia, la pureza, los sueños del corazon, la benevolencia, la virtud, estaban representadas en aquel semblante.

La edad de esta dama, al parecer, no pasaba de veinte años, pero veinte años tristes.

Y sin embargo, por la riqueza de aquel medallon, por el escudo

de armas que le timbraba, por el traje representado en el retrato, se comprendia que debia ser de una alta dama favorecida por la fortuna.

VI.

El religioso mostró al guarda aquel retrato.

—Eso es, dijo el guarda, eso es lo que me dijo Francisco: una señora muy hermosa por un lado, por el otro un rizo de pelo rubio: sí señor, eso es. Pero yo no tengo aquí la cartera, no; esa cartera costó la vida á Francisco.

—¡Dios mio! esclamó el misionero.

—Sí, sí señor. Francisco tenia guardada la cartera, enterrada en el fondo de un pozo que hay en el corral; el asesino la habia buscado en la casa, habia roto el arca, habia cavado en algunos lugares; yo le encontré cavando en el huerto, y le disparé.

—¡Ah!

—Pero escapó, padre, escapó. Yo le habia apuntado bien, á la cabeza; yo no yerro jamás el tiro; y sin embargo, escapó como un gato huido, mientras yo volvia á cargar la escopeta. Era de noche: yo le habia apuntado á la luz de un farol que tenia junto á sí: habia dejado un rastro de sangre, pero era tormentosa aquella noche: la lluvia borró muy pronto la sangre; yo esperaba que al dia siguiente encontraria un hombre muerto; pero nada se encontró. ¿Qué se le ha de hacer? ¡Pobre Francisco! Yo, que sabia dónde estaba la cartera, la saqué, la llevé á otra parte, y dije al enterrarla: Si yo muero antes de que venga el padre Juan de la Penitencia, si muero sin confesion, sin poder hablar siquiera una palabra, esa cartera no puede ser encontrada: sabe Dios lo que se perderá con ella. Pero Dios no ha querido que se pierda: usted ha venido, padre, y en cuanto almorcemos, porque ustedes deben tener necesidad, yo iré por la cartera.

VII.

—¿Y cómo sucedió la desgracia del pobre Francisco? preguntó conmovido el padre Juan.

La jóven escuchaba con una atencion profundísima.

—Pasaba yo al oscurecer, dijo el guarda poniéndose á desollar el conejo, por el monte de Matalobos, que es un sitio muy malo; venia de San Martin de la Vega: de esto hace un año.

Cerraba la noche, y yo apretaba el paso.

Queria llegar pronto á Titulcia.

Hay una media hora de camino.

De repente oí gritos desesperados que decian:

—¡Socorro! ¡á mí! ¡al asesino!

Me pareció que aquella voz era la de Francisco.

Corrí.

Vi un hombre en tierra.

Sobre este habia otro hombre, como un lobo sobre un cordero.

Yo iba solo: quiero decir, no llevaba á mi valiente mastin Atrevido.

Si le hubiera llevado...

Me tiré la escopeta á la cara.

Disparé.

Aquel hombre huyó.

Pero huyó herido.

Sí, herido sin duda: yo no disparo nunca sin herir.

No pude perseguirle.

Me llamaba Francisco con una voz que apenas se oia.

Llegué.

Francisco estaba medio ahogado.

Tenia además una puñalada en el pecho, de la que salia á borbotones la sangre.

Sin embargo, me conoció.

—¡Cristóbal! me dijo. ¡Cristóbal, yo voy á morir! Escucha: ¡júrame por Dios y por tu alma que harás lo que yo te encargue!

—Te lo juro, le respondí. ¡Habla!

—En el pozo seco que hay en mi huerto está enterrada una caja de hojalata; en esa caja hay una cartera negra; no abras esa caja, no toques á esa cartera, no mires lo que tiene dentro: es la honra y la fortuna de una gran familia: pon esa caja en lugar seguro.

Luego me dijo la única persona á quien debia entregar aquella cartera, y con qué señas.

Despues añadió:

—El hombre que me ha asesinado es... es...

No pudo decírmelo.

Un golpe de tos no le dejó hablar.

Luego, en un vómito de sangre, se me quedó muerto en los brazos.

Yo le dejé allí.

No me atreví á dar parte á la justicia, no creyeran que le habia matado yo.

Rodeé mucho camino para evitar que me encontraran.

Llegué á esta casilla despues de la media noche.

Vi luz en el huerto.

Miré por encima de la tapia, y vi un hortelano cavando.

Le hice fuego.

Él era sin duda el asesino.

Pero ya se lo he dicho á usted, padre, aquel hombre se escapó, á pesar de que yo le habia herido dos veces.

Una en el cuerpo, otra en la cabeza.

Se habia dejado el farol.

Yo bajé al pozo, cavé y encontré la caja.

La guardé, y al siguiente dia la llevé adonde está.

VIII.

Cristóbal calló, y siguió preparando el conejo.

—¿Y nada se ha averiguado acerca del asesino? dijo el religioso.

—Nada, padre, nada. Encontraron á Francisco muerto, le llevaron á Titulcia, le enterraron y tomaron noticias; pero nada se supo: como gota de agua que cayó en la mar. Como yo deseaba una plaza de guarda campestre, y el alcalde de Titulcia es mi compadre, me dió la plaza del pobre Francisco. Vamos, añadió cambiando de repente de tono, no hay mas que poner la cazuela al fuego. Dentro de poco, este conejo estará como si hubiera de comerlo el Papa. ¡A ver, Atrevido, cuándo callarás tú! ¿Todavía gruñes?

IX.

En efecto, el perro estaba inquieto.

—Atrevido mira demasiado al techo, dijo la niña: arriba hay alguien.

—¿Y quién ha de haber, señorita? Yo vivo solo.

En aquel momento, Atrevido no pudo detenerse mas.

Saltó del rincon donde estaba echado.

Se lanzó á la escalera de madera que conducia al desvan.

—¡Es verdad! Alguien hay arriba, dijo Cristóbal.

Y se lanzó detrás del perro.

Este estaba avanzado á la lucana.

Miraba, ladrando de una manera terrible, hácia la campiña.

Pero nada se veia.

La niebla era muy espesa.

Seguia diluviando.

El animal no se atrevia á lanzarse del tejado abajo.

De repente abandonó el desvan.

Se lanzó por las escaleras y salió con suma violencia de la casilla.

Se lanzó en el campo y corrió ladrando hácia el Jarama.

Cristóbal bajó rápidamente.

Arrebató del rincon donde la habia dejado su escopeta, y se lanzó en el campo tras su perro.

No le veia, á causa de la niebla.

Pero oia sus ladridos, que no cesaban, y corrió en su direccion.

El religioso y la niña habian salido á la puerta.

Pero muy pronto la niebla les ocultó á Cristóbal.

Seguian sin embargo escuchando los ladridos del perro, que se alejaba.

—¡Oh! ¿Qué es esto, Dios mio? esclamó el religioso.

—Esto es que nuestros enemigos nos persiguen ya, padre, respondió la niña.

—¡Clotilde! ¡Clotilde de mi alma! esclamó adelantándose el religioso. ¡Dios los perseguirá!

—Aquel hombre del tren... dijo Clotilde.

—¿Qué hombre?

—Aquel á quien no se le veian mas que los ojos, aquel que no dejaba de mirarnos.

—¿El que se sentó frente á nosotros despues que nosotros entramos en el vagon en Aranjuez?

—Sí, padre, sí; aquel hombre bajó con nosotros.

—¡Ah! No reparé en ello.

—Yo sí; pero como no le vi mas, creí que habia ido por otro lado: era que nos le ocultaba la niebla: la niebla es muy mala.

—¡Quién sabe! ¡quién sabe!

—Ese hombre, ese es el que ha matado á Francisco, dijo estremeciéndose Clotilde.

—Dios nos protegerá.

Y el religioso y la jóven siguieron mirando en la direccion por donde habia desaparecido Cristóbal.

X.

Cristóbal, siguiendo el sonido de los ladridos del perro, habia llegado á la orilla del Jarama.

El agua de este era de color de sangre, á causa de las tierras que van á él mezcladas en las vertientes en los dias de tormenta.

El viento era impetuoso.

Crujian las ramas de los árboles.

Muchas de ellas se desgajaban.

Cristóbal se veia obligado á afirmarse bien para no ser abatido por el viento.

El aguacero habia aumentado.

Nada se veia á alguna distancia.

La otra orilla del Jarama estaba envuelta en la niebla.

Era aquel un espectáculo aterrador, solemne.

Los ladridos de Atrevido no se escuchaban.

Cristóbal silbó poderosamente, pero el perro no parecia.

XI.

—¡Ah! ¿Quién podrá ser? dijo Cristóbal. ¿Dónde está Atrevido? ¿Me habré equivocado en la direccion?

Y volvió á silbar.

El viento arrebató su silbido.

—Es imposible, imposible, dijo, que haya podido escapar ese hombre atravesando la corriente: es muy fuerte: por aquí va muy ancho el rio. No, no, ese hombre habrá escapado á lo largo de la orilla. Atrevido se habrá ido detrás él: Atrevido le cogerá.

Silbó de nuevo.

Nadie respondia. El perro no parecia ni ladraba á lo lejos.

XII.

De improviso Cristóbal oyó muy cerca el ruido particular que produce en el agua un perro que nada.

Miró, y vió la cabeza de Atrevido que salia por encima de aquella agua roja.

El valiente animal cortaba de una manera poderosa la corriente.

Cuando estuvo mas cerca, Cristóbal vió que Atrevido traia en la boca un objeto voluminoso.

Atrevido seguia nadando.

De improviso pareció vacilar en su carrera.

Le habia cogido una especie de remolino.

El animal, que estaba ya cerca, miró de una manera desesperada á su amo.

Este no vaciló.

Dejó la escopeta en el suelo y se lanzó al agua.

La corriente habia arrebatado al perro.

Cristóbal nadó, nadó, nadó.

Asió al fin al animal, y nadando con un solo brazo, ganó la ribera.

Cuando salieron fuera, Cristóbal vió que Atrevido tenia en la boca, asida por las asas, una maleta de mano, una pequeña maleta

de charol negro pespunteado de blanco, lo que se conocia á pesar del lodo rojizo que cubria en parte la maleta.

Se conocia que Atrevido se habia chapuzado por ella.

—¡Ah! dijo Cristóbal tomando de la boca del perro la maleta. Hemos tomado un baño en hielo, Atrevido, pero hemos pescado algo.

Y se volvió á la casilla, seguido de su perro.

El padre Juan y Clotilde estaban todavía en el dintel de la puerta.

CAPITULO V.

LO QUE CUESTA UNA MALETA QUE CONTIENE MUY POCO.

I.

—¿Qué es esto? señor Cristóbal, esclamó el padre Juan viendo el deplorable estado en que venia el guarda, mojado, enlodado, con el mal semblante natural de quien acababa de sufrir una incomodidad terrible.

—Esto es esta maleta, dijo entrando Cristóbal, y un baño tomado á la fuerza para que la corriente no se me llevara á Atrevido. Perdone usted, padre; perdone usted, señorita, pero yo voy á mudarme la ropa: esto no se puede resistir.

Cristóbal tiritaba y se estremecia de una manera terrible.

Sufria uno de esos espasmos nerviosos que son insoportables, que parece que van á acabar con la vida.

Arrojó la maleta enlodada junto á la pared, y subió rápidamente, pero vacilante, al desvan.

—¡Dios quiera que el haberse mojado de tal manera no sea funesto á ese pobre hombre! dijo Clotilde. ¡Oh! ¡y el pobre perro tirita de una manera formidable!

El mastin, despues de haberse sacudido varias veces vigorosamente, se habia acercado al fuego casi hasta tocarlo.

—Nuestras gentes del campo, dijo el padre Juan, tienen un gran corazon, son muy apasionados: valen un tesoro. Al fuego hubiera sido capaz de echarse por salvar á su perro.

—¡Pero está desencajado el pobre, lívido!

—Son fuertes, están acostumbrados á los grandes frios, á los grandes calores: la Providencia ha provisto á todos los séres de las fuerzas que necesitan. Pero ¿qué contendrá la maleta, hija mia? Estoy inquieto, ansioso, por conocer su contenido: tal vez ahí dentro haya algo que nos interese mucho... esta persecucion tenaz... esta persecucion que ya alguna vez me ha obligado á ser terrible...

El padre Juan se estremeció.

Clotilde se puso pálida.

Parecia que á entrambos los habian acosado siniestros recuerdos.

—¡Ah, pobre padre mio! esclamó Clotilde asiendo las manos del religioso y estrechándolas dulcemente. ¿Qué has hecho tú para que te persigan de una manera tan encarnizada?

—Todo, todo por tí, Clotilde... por tu hermana... Si por vosotras no fuera, yo no hubiese abandonado las misiones... las misiones, que me protegian, que me ocultaban.

Clotilde puso sus pequeñas y delicadas manos sobre los hombros del religioso, se levantó sobre las puntas de los piés y le besó en la boca.

El padre Juan gimió.

—¡Mi hermana! dijo Clotilde mezclando estas palabras con un beso. ¡Mi hermana! ¡Cuánto deseo conocerla, Dios mio!

—¡Quién sabe si vive!... murmuró roncamente el misionero.

—Pero la buscaremos, esclamó ardientemente Clotilde. ¡Oh, sí, la buscaremos! Yo no quiero entrar en un convento, padre, no; quiero ayudarte á buscar á mi hermana... Dios nos guiará... ¿No nos ha traido Dios hasta aquí?

—¡Dios sabe lo que ha de suceder! dijo el religioso.

Y en sus ojos apareció una penosa espresion de incertidumbre, y se estremeció de nuevo.

II.

En aquel momento bajó Cristóbal.

Venia completamente mudado.

Habia bajado rápidamente la escalera, pero habia en él algo de vacilante como en un ébrio.

—Se me parte la cabeza, padre, dijo sentándose en el hogar, muy cerca del fuego. Tengo un frio... me quemaba el agua de fria... pero ¿quién dejaba morir á este pobre animal? ¡Ah! A ese canalla debe habérselo llevado el demonio... ¡Ya se ve! no podia escaparse de otra manera... ¡Buena cuenta hubiera dado Atrevido de él, si no se hubiera arrojado al rio!... Bien, veremos si le encuentro mañana ó pasado mañana media legua mas abajo... Está terrible el Jarama: yo creia que allá íbamos á ir Atrevido y yo... y sepa usted, padre, que yo nado como un pez y que tengo mas fuerza que un toro; pero ¡cá! viene crecido de las lluvias el maldito... y luego está tan frio... tan frio...

Y Cristóbal se acercó mas al fuego.

—Yo espero que eso pasará, dijo el padre Juan.

—Sí, sí señor, pasará, dijo Cristóbal; esto no es mas que el espeluzno... ¡Cáscaras! he estado mas de diez minutos en el agua... ¡Vaya si pasará!... ¡Pues no faltaba mas sino que no pasase! ¿Quién habia de cuidar de ustedes? Verdad es que el conejo tiene ya todo el aliño y no hay mas que poner la cazuela al fuego; y si no, ya vendrá por ahí algun amigo é irá al pueblo á avisar á la tia Ventosa, que es la que me cuida cuando estoy malo.

El acento de Cristóbal se iba haciendo á cada momento mas ronco.

—¡Pero cómo tengo la cabeza! dijo. Yo he traido una maleta... lo único que ha podido coger Atrevido... Es necesario abrir esa maleta, ver lo que tiene dentro: tal vez encontremos algo que nos dé indicios sobre ese pillo. ¿Qué tenia que hacer en el desvan? ¿qué tengo yo que me roben? Y luego, ¿quién le ha dicho á ese tonto que se me puede robar á mí? ¡Mal escopetazo!... Vamos, se me parte la cabeza... Esto pasará... es el frio... Hágame usted el favor, padre, de

tomar esa maleta: yo no me puedo levantar: estoy así como quien empieza á ponerse borracho. ¡Ah! ¿Qué es eso?

III.

Habia sonado á lo lejos un disparo.

El viento, que venia de la parte del Sur, habia traido el ruido de aquella detonacion.

Instantáneamente sonaron otras dos casi al mismo tiempo.

El padre Juan y Clotilde corrieron á la puerta.

Cristóbal hizo un movimiento para levantarse, pero volvió á caer sobre el banquillo.

—¡Oh! esclamó. ¡Yo estoy muy malo, muy malo, Dios mio!

La terrible idea de la muerte habia espantado al bravo guarda campestre.

IV.

En el momento de salir á la puerta, una bala habia pasado silbando muy cerca de Clotilde.

—¡Adentro, hija mia, adentro! dijo el padre Juan.

Y la asió de la mano y la metió dentro de la casilla.

La bala habia sido sin duda de carabina rayada, porque al pasar habia producido un ruido semejante al estraño pitear de un pájaro.

—Es la Guardia Civil, dijo Cristóbal, que habia oido el silbido particular de la bala. Tal vez han visto á ese pillo y le persigue... ¿Quién será? ¡Pero yo estoy muy malo, Dios mio, yo estoy muy malo!...

—¡Oh, sí! esclamó Clotilde observando el semblante descompuesto de Cristóbal. Es necesario llamar un médico.

—Sí, sí, yo iré al pueblo, dijo el padre Juan.

—Antes, antes, dijo Cristóbal, cuyas palabras apenas se entendian á causa del decaimiento de la sangre, es necesario ocultar esa maleta. ¿Quién sabe lo que hay dentro de ella? La Guardia Civil vendrá á preguntar... ¡Ah! Yo estoy muy malo. Tome usted, padre, tome usted la llave del arca; dentro cabe muy bien la maleta.

Y dió con la mano trémula una pequeña llave de forma ruda al misionero.

Este abrió el arca, que estaba casi vacía, y puso la maleta dentro de ella.

Cerró y dió la llave á Cristóbal.

—No, no; guárdela usted, padre, dijo el guarda. Dios sabe lo que va á ser de mí: estaba el agua muy fria, muy fria; de fria quemaba.

El padre Juan guardó la llave en la manga.

V.

—¡Guarda! dijo en aquel momento á la puerta de la casilla una voz decidida y enérgica, una voz á la que nos atreveremos á llamar militar.

Inmediatamente entró una pareja de guardias civiles.

Al ver á un religioso, saludaron respetuosamente.

Luego el uno de ellos, que era cabo, á juzgar por los galones rojos que cruzaban en la manga de su uniforme, dijo:

—Guarda, ¿no tiene usted ningun parte que darme? ¿no ha visto usted por aquí ninguna persona sospechosa?

—¡Ah! ¡Se ha escapado! esclamó Cristóbal.

—¡Diablo! ¿Sí? dijo el otro guardia. La niebla es muy espesa: á quince pasos no se ve un hombre.

—Decídmelo á mí, contestó Cristóbal, que hizo un esfuerzo para que se pudiesen entender sus palabras. Mi perro ladraba, ladraba como un desesperado, y cogí la escopeta y salí; delante de mi perro iba un hombre corriendo como alma que huye del diablo; yo le hice fuego... ¡que si quieres! Seguí, siguió mi perro; pero cuando le iba á alcanzar, aquel hombre se tiró al rio; mi perro y yo nos tiramos tambien, y...

La voz de Cristóbal, que á cada momento se habia ido haciendo mas ronca, mas torpe, mas ininteligible, cesó de todo punto.

Su semblante se habia ido poniendo rojo.

De repente dió un ronquido y cayó de costado.

—¡Ah! ¡Una apoplegía! esclamó con voz terrible en que vibraba la caridad el padre Juan.

—¡Ah! esclamó el cabo dando rápidamente su carabina al otro guardia.

Y sacando un cortaplumas de su bolsillo, se precipitó sobre Cristóbal, le cogió una mano y le rompió una vena.

Luego con un pañuelo hizo por encima de la chaqueta una fuerte ligadura en el brazo del congestionado.

—¡Un médico! ¡un médico! esclamó el padre Juan.

—Vaya usted, Santisteban, vaya usted á escape á Titulcia, tráigase usted al médico, diga usted lo que pasa.

El guardia arrimó la carabina del cabo á la pared, se echó la suya al hombro y partió á la carrera.

Clotilde sostenia á Cristóbal, y estaba conmovida y pálida como un cadáver.

Cristóbal sudaba, y estaba inmóvil, sin sentido.

La sangre corria en abundancia de su horrorosa sangría.

El cabo no se habia andado con miedo.

En el franco, bravo y rudo semblante del militar habia una espresion de conmiseracion y de impaciencia.

El padre Juan sostenia tambien á Cristóbal, y contemplaba de una manera profunda y ansiosa, como observando la marcha de la congestion.

Atrevido, sentado, impaciente, miraba á su amo con una espresion particular, meneaba la cola y producia un gruñido lastimero.

VI.

—¡Pobre Cristóbal! dijo el cabo. ¡Era un bravo muchacho!

—¿Y por qué era y no es? dijo el padre Juan. La situacion no es tan desesperada como parece; la sangría ha acudido muy á tiempo, gracias á la serenidad de usted, guardia. Esto es muy natural: un desequilibrio brusco, repentino, en la economía, un resfriamiento agudo.

—¡Al diablo se le ocurre, esclamó el cabo, tirarse al agua... y yendo crecido el Jarama! Yo recomendaré á este muchacho para que le sirva de algo lo que ha hecho, si no se muere. Y el otro pillo... Figúrese usted, padre, que nosotros hemos estado flanqueando el

rio toda la noche, porque ha habido por aquí algun robillo, mojados, cansados, muertos: veníamos por la orilla derecha del rio... de repente, de entre unas cañas saltó un bulto... un hombre grande, sin sombrero, con capote, mojado que no habia mas que pedir, y escapó de tenazon como una liebre.

—¡Alto á la Guardia Civil! le dije yo. Como si tal cosa: nuestro bribon sigue á la carrera, disparo yo, dispara Santisteban, cargamos de nuevo por el aire y volvimos á disparar... la maldita niebla... nada... nada: se nos escapó.

—¿Y qué señas han podido ustedes coger al vuelo en ese hombre?

—Alto, fuerte, vestido con una grande esclavina oscura.

—¡El señor del tren!... esclamó Clotilde.

—¡Ah! ¿Ustedes han visto á ese hombre en el tren?

—Sí señor, dijo el padre Juan.

—¿Desde dónde ha venido con ustedes?

—Entró en Aranjuez, dijo Clotilde.

—¡Ah! ¿En qué tren?

—En el tren correo de hoy, respondió el padre Juan.

—¿Y qué señas? dijo sacando un libro de memorias el cabo.

—Alto, fuerte, respondió el padre Juan. En cuanto al semblante, no hemos podido vérselo: lo llevaba casi completamente cubierto con su tapabocas y el ala de su sombrero.

El cabo movió con disgusto la cabeza, y guardó el libro de memorias.

VII.

—Parece que la congestion cede un tanto, dijo el padre Juan, que no habia dejado de observar el semblante de Cristóbal.

En efecto, el color era mas fuerte y el sudor menos copioso.

—¿No cree usted que pierde ya demasiada sangre, padre? dijo el guardia.

—Aún no, aún no, dijo el misionero. Pero no nos hemos cuidado de recogerla.

La sangre corria en un pequeño arroyo por el pavimento terrizo.

El cabo fué á la tabla donde estaba el pobre menaje, tomó una taza ordinaria y recogió alguna sangre.

—Basta con eso para que la vea el médico, dijo el padre Juan. Dejémosla correr aún.

El cabo puso el tazon sobre la pequeña mesa, al lado de la cazuela donde estaba preparado el conejo.

—¡Ah! ¡ah! dijo el cabo. Cristóbal no respeta mucho las ordenanzas. Es necesario quitar esto de aquí, que no lo vean: podria venírsele algo encima á Cristóbal: la gente de los pueblos es muy habladora.

Y tomó la cazuela y la puso sobre el reborde de la campana de la chimenea, en la parte posterior á un ángulo.

—¡Ah! ¡ah! ¡matar en tiempo de veda y un guarda campestre! dijo el guardia. ¡Qué diablo! Lo que Dios cria en el campo es del cazador: así como así hierven los conejos. Pero hay que respetar las leyes. No importa: cuando se vayan los huéspedes pueden ustedes comerse el cuerpo del delito. Voy, voy á ver si vienen: me tiene con cuidado este pobre Cristóbal. ¡Es tan valiente y tan hombre de bien!...

Y el cabo se fué á la puerta.

VIII.

En aquel momento llegaban tres personas siguiendo al otro guardia: un hombre con sombrero hongo, envuelto en una gran capa parda, un muchacho liado en una manta, debajo de la cual se revelaba un bulto, y una mujer ya entrada en años que llevaba el refajo echado sobre la cabeza para resguardarse de la lluvia, que continuaba, aunque no con tanta intensidad.

La niebla era ya mucho menos espesa.

El dia habia aclarado en gran manera.

—¡Ah! Buenos dias, don Gerónimo; buenos dias, Cascajillo; buenos dias, tia Ventosa, dijo el cabo saludando á los recien llegados. Vean ustedes cómo tenemos al pobre Cristóbal.

—¡Ay, Dios mio, y qué perdicion! esclamó la tia Ventosa. ¿Qué

diria la Colasa si lo supiera?... ¡Y se iban á casar de aquí á un mes!

—Y se casarán, Dios mediante, dijo el médico, aunque no habia tenido tiempo mas que para ver á Cristóbal. Se le ha sangrado á tiempo. ¿Quién ha hecho la sangría?

—Yo, don Gerónimo, contestó el cabo.

—Gracias en nombre de Cristóbal, dijo don Gerónimo. Pero esto es una herida, buen mozo; los guardias teneis la mano dura. No importa: afortunadamente la vena no ha sido cortada, y nos escusamos de ligaduras. ¡A ver, Cascajillo! suelta ahí el botiquin... ábrele... Buenos dias, padre; buenos dias, señorita... Dispensen ustedes, pero lo primero es lo primero.

—Por supuesto, señor mio, dijo el misionero. ¿Y cree usted que este accidente no traerá funestas consecuencias? Yo tengo la práctica que nos da la necesidad en los inmensos territorios salvajes que atravesamos los misioneros; pero esto no basta.

—Se ha acudido á tiempo, dijo el médico mirando la sangre que estaba en la taza: el accidente que ha causado la congestion debe ser próximo.

—Sí, dijo el guardia: Cristóbal se habia echado al Jarama persiguiendo á un pícaro.

—Andan algunos malos bichos por los alrededores, dijo el médico, y es menester cuidado.

—¿Pues para qué estamos en el mundo nosotros? dijo el cabo. Descuide usted, don Gerónimo, que antes de ocho dias el partido de Cien-pozuelos estará mas limpio que la palma de la mano. Y ¡ea! ¿hay algo que mandar?

—Nada: salud y pesetas, dijo el médico, que acababa de vendar la sangría; y muchas gracias en nombre de Cristóbal.

—No hay por qué, contestó el cabo. Buenos dias, padre; buenos dias, señorita... hasta mas ver.

—Adios, señores, adios, hasta la vista, dijo el misionero.

Los dos guardias salieron.

—¿Has visto? dijo el cabo á Santisteban.

—¡Cuerpo de tal! dijo este. ¡Qué muchacha! ¡qué blanca y qué rubia!

—¡Y qué pálida!... Parece una muerta.

—Lo que parece, aunque es muy jóven, es que tiene mas corazon que siete hombres juntos.

—¡Ya, ya! dijo el cabo. A mí me ha dado un poco de mareo á la vista de la sangre... ya sabes que yo no puedo ver sangrar ni aun á un caballo... y ella como si tal cosa.

—¡Y sola con un fraile!... ¿Qué será esto?

—Esto es que tenemos que volver, dijo el cabo.

—¿Y por qué?

—Primero por ver cómo va Cristóbal, que es un buen amigo y casi del cuerpo, porque un guarda campestre es casi un guardia civil... y luego... ¿no te ha estrañado ese fraile?

—Sí.

—¿No te ha estrañado lo valiente y lo serena que es la jóven?

—Sí.

—Pues no hay que fiarse... el hábito no hace al monge... yo no he querido decir nada por la situacion... pero ahora al puesto á dar parte y á almorzar, y luego á observar. Si salen, les salimos al paso; si no salen, nos vamos á la casilla y le pedimos al padre los papeles... ¡Tiene una manera de mirar!...

—¡Ya, ya! Seria gracioso que tuviera algo que ver con el otro tuno que se nos ha escapado.

—Hay que avisar á las parejas de las estaciones de Aranjuez y Cien-pozuelos, y darles las señas que tenemos.

Y los dos guardias, hablando así, se alejaron hácia Titulcia.

IX.

Entre tanto, Cristóbal habia sido puesto en un lecho.

El médico habia prescrito un tratamiento y se habia ido con Cascajillo, despidiéndose hasta la tarde.

Entre tanto, la tia Ventosa habia encontrado el conejo, y sin meterse en si era tiempo de veda ó no, habia puesto la cazuela al fuego.

Pero se necesitaba pan y vino.

Cristóbal habia vuelto en sí, y aunque no podia hablar ni juzgar de los objetos, estaba visiblemente mejor.

La tia Ventosa dejó al cuidado del misionero y de Clotilde el enfermo, y se fué al pueblo á buscar lo que hacia falta.

El padre Juan vió desde la lucana del desvan que la vieja tomaba á gran paso un sendero por la márgen del rio.

La niebla habia desaparecido completamente.

El nublado habia sido arrollado por el viento.

El cielo estaba diáfano.

Pero el viento continuaba con una gran intensidad.

Los árboles eran sacudidos de una manera violenta, y producian un ruido seco, desapacible, prolongado, á lo largo de la ribera.

A lo lejos se veia la blanca torre de la iglesia de Titulcia, iluminada por el sol, muy bajo aún.

Como que apenas eran las ocho de la mañana.

X.

El misionero apreció la distancia que habia desde la casilla al pueblo, y calculó la rapidez de la marcha de la tia Ventosa.

Dedujo que para llegar y volver necesitaba lo menos un cuarto de hora, sin contar con que debia detenerse en murmurar con las vecinas sobre lo que habia visto.

Habia pues tiempo para examinar el contenido de la maleta.

Dejó junto á Cristóbal á Clotilde, y bajó.

Salió á la puerta.

En todo el espacio que se alcanzaba á ver desde allí no habia una sola persona.

Luego fué al arca, la abrió, y sacó de ella la maleta, con la cual subió al desvan.

Una cerradura fuerte de bronce aseguraba la maleta.

Era necesario forzarla.

La espresion del padre Juan no era entonces la del misionero humilde, sino la de un hombre enérgico, audaz, que no vacila acerca de la determinacion que necesita tomar.

Miró á Cristóbal.

Este estaba en un estado de amodorramiento que no le permitia juzgar de nada de lo que acontecia á su lado.

Entonces el estraño padre Juan metió la mano debajo de su hábito y sacó un largo puñal.

Con él forzó la chapa de bronce de la cerradura de la maleta, y la abrió.

XI.

Dentro habia ropa blanca.

Un portamonedas con cinco doblones de á cien reales, seis doblones de á cuarenta, y diez pesetas.

Un estuche con dos navajas de afeitar, un cepillo, peines y algunas cartas.

En el sobrescrito de todas, que parecia de una misma mano, y de mano de mujer, se leia:

«Interior.—Don Andrés Casares, calle de Gravina, número 20, cuarto segundo de la derecha.»

El contenido de estas cartas, que estaban firmadas «Pepa,» nada tenia que interesara para el padre Juan: eran citas; vulgares cartas de unas relaciones ya cansadas y frias.

Como por ejemplo:

«Si te parece, vé esta noche al teatro del Príncipe: á la salida cenaremos juntos.—*Pepa.*»

El padre Juan dejó estas cartas en un ángulo de la maleta.

Habia además dos grandes llaves, la una mayor que la otra.

A todas luces era la una la de la puerta de la casa número 20 de la calle de Gravina.

La otra, la del cuarto segundo de la izquierda de la misma casa.

Aquel don Andrés debia vivir solo, y además haber dejado poco tiempo á Madrid, tal vez el dia antes, porque la fecha de una de las cartas era únicamente de dos dias antes.

En un aro de acero habia cinco llaves pequeñas.

—¡Ah! Yo buscaré á este hombre, dijo el padre Juan; yo le obligaré á hablar. Yo no le conozco: aquí hay misterio; pero ese misterio se esplicará, y bien pronto.

Luego cerró la maleta, bajó con ella, la guardó en el arca, cerró esta y guardó la llave, volviendo á subir.

Clotilde habia tenido fija una mirada profunda, tanto en la maleta como en el padre Juan.

Cuando este subió, le dijo:

—Sabemos quién es el hombre que nos ha perseguido, pero no sabemos mas: esas cartas son insignificantes.

Despues, y sin decir una palabra mas, se puso á observar al enfermo.

Poco despues llegó la tia Ventosa con las provisiones que habia ido á buscar.

CAPITULO VI.

LO QUE Á CAUSA DE RETRASARSE EL TREN SUPO ALFONSINA, Y EL ENCUENTRO INESPERADO QUE TUVO.

I.

Alfonsina habia encontrado en el salon de descanso de la estacion, donde habia tenido que esperar porque se habia retardado el tren, á Eugenia, á Gabriel, es decir, á los desposados del dia anterior, y á su madre, que habian ido á despedirla.

—¡Oh! ¿Por qué habeis hecho esto? dijo la baronesa. ¿Por qué os habeis incomodado?

—Como vuecencia no ha querido permanecer en Aranjuez... contestó Eugenia.

—Ya sabes, dijo Alfonsina, la obligacion que tengo todos los domingos, Eugenia.

—Es verdad, señora, contestó Eugenia; y los pobres son primero que nosotros, lo reconozco. Esto sin embargo no impide el que nosotros sintamos mucho que vuecencia no asista á la tornaboda.

—Verdaderamente esto es una desgracia para nosotros, dijo Gabriel.

—¡Sí, sí, la tornaboda! dijo tristemente la madre. La tornaboda se ha aguado: yo no sé qué humor podemos tener habiéndonos abandonado María.

—María se ha ido porque ha querido, dijo Gabriel.

—¡María! dijo la baronesa. No sé por qué, me intereso mucho por esa jóven.

—María se ha ido porque ha tenido miedo, dijo Teodora, que así se llamaba la madre de Eugenia. Ella me ha hablado mucho de sus cosas, ella ha sufrido mucho, ella es muy buena; yo sé por qué se ha ido; pero ella me escribirá, sí; ella me dirá dónde está; ella sabe que yo la quiero poco menos que á tí, Eugenia. ¡Si vuecencia la conociera, señora!... Verdad es que vuecencia me ha enviado esta mañana á Clara á preguntar si...

—Si una hermosa jóven que yo vi ayer en tu casa se llamaba María.

—Es verdad; y voy á atreverme á preguntar á vuecencia por qué me ha hecho esa pregunta.

—Un dia, no sé cuando, en una buhardilla de la calle de la Comadre encontraron los vecinos y el inspector del distrito una hermosa jóven próxima á morir de hambre, á una virtuosa jóven.

—¿Quién ha dicho á vuecencia eso, señora?

—Esto, contestó la baronesa abriendo su bolsa de viaje, tomando de ella una pequeña cartera y sacando de esta el fragmento de periódico que ya conocen nuestros lectores.

Teodora repasó rápidamente el impreso.

—¡Ah! dijo. Yo no sabia que los periódicos habian hablado de esto; pero por lo visto, los periódicos hablan de todo, están siempre á la husma. Sí señora, esta es, es ella: otra no se hubiera dejado morir de hambre teniendo cien mil reales. Cien mil reales son una tentacion muy fuerte. ¡Maldito sea el dinero! Él trae revuelto al mundo.

—¡Pobre dinero! Él no tiene la culpa: si no hubiera dinero habria mas miseria. Pero dime, Teodora: yo no sé que tú hayas vivido en la calle de la Comadre. ¿Cómo has conocido tú á María.

—¡Bah! Por segunda mano, señora, por segunda mano.

—¡Por segunda mano!

—¡Vaya! Figúrese vuecencia que yo tuve una oficiala muy buena, es decir, muy inteligente, muy viva, muy trabajadora, muy graciosa... una verdadera modista... ¿qué digo que la tuve? la tengo aún. Como vuecencia sabe, á mi marido no hay quien le arranque

de Aranjuez. Como siempre ha estado aquí, en la casa de vuecencia, le ha tomado cariño al Sitio: dice que aquí los aires son muy buenos, que hay agua y árboles...

—Bien, bien, ya sé... pero María... dijo con impaciencia la baronesa.

—Á eso voy, señora, á eso voy. Cuando Jorge se quedó paralítico, me dijo:—Mujer, yo no quiero seguir en casa de la señora como un estorbo y ocupando un criado para cuidarme; con la pension que la señorita me da...

—Tambien lo sé eso.

—Pues mi marido se empeñó en salir de la casa en que me habia establecido yo...

—Adelante, mujer, adelante, dijo conteniendo siempre su impaciencia Alfonsina. ¡Si todo eso lo sé! Y que os establecísteis en una tienda de modas en Madrid, y que Jorge se empeñó en morir en el Sitio, y que trasladásteis aquí vuestra tienda...

—Sí señora, sí: yo soy un poco pesada, no lo puedo remediar, porque...

—De un momento á otro puede llegar el tren, y nada me habrás dicho.

—Allá voy, señora, allá voy. Yo me traje á Julia de oficiala mayor... pero era una loca, le gustaban tanto los uniformes, que la despedí; pero me hacia falta: las labores salian muy mal desde que ella se fué. Nos desacreditamos, señora, nos perdimos; busqué otra vez á Julia, porque aunque es muy coqueta no es mala muchacha; además, se ha recogido mucho porque está enamorada y se va á casar; fuí á buscarla á su casa á la calle de la Comadre, número... y me la encontré con una jóven hermosísima como de diez y ocho años, con María. Estaba muy flaca y muy pálida, como si hubiese acabado de salir de una larga enfermedad, y no podia trabajar todavía. Estaba sentada al sol: yo me enamoré de ella; pregunté á Julia, y me dijo:

—Es mi hermana.

—¿Tu hermana, muchacha? ¡Pues si tú no tienes á nadie en el mundo!

—Mi hermana del corazon, me contestó muy en ello Julia;

porque ha de saber vuecencia que Julia es muy romántica, ha leido muchas novelas, ha tenido novios poetas, y representa comedias en los teatros de aficionados.

—Que el tren llegará de un momento á otro, Teodora.

—Sí, sí señora, es verdad. Pues bien, Julia me contó todo eso que dice el periódico: á mí se me saltaron las lágrimas; Julia se habia llevado á su cuarto á María, y luego hizo una suscricion para ella: corrió medio mundo, habló en todas partes, sacó dinero á los vecinos, á los comerciantes con quienes trabajaba, á las señoras á quienes conocia, y reunió cuatro mil reales, con los cuales desempeñó las ropas de María, la compró dos trajes, y quedaron dos mil reales, que María recibió porque era dinero de la caridad. Ya ve vuecencia: ella no habia querido recibir cien mil reales del vicio... y lo que hubiera venido detrás: una fortuna, señora, una fortuna que pocas mujeres no hubieran aceptado. En fin, señora, hoy la honra cuesta muy cara; y lo peor es que nadie estima al que se sacrifica por la honra, y gracias que no le calumnien: lo menos que llaman al que aguanta la pobreza por no deshonrarse, es tonto. ¡Qué mundo, señor!

—¡Por Dios, Teodora!

—Allá voy, allá voy. Julia me dijo:

—Estoy temblando de levantarme un dia y no encontrarla.

—¡Pues cómo! le dije yo.

—Sí señora: huye de un hombre muy rico y muy malo que la persigue... quiere meterse en un convento. ¿Y no es una lástima que una chica como esta se meta monja, cuando puede volver loco de felicidad á un hombre y ser una buena madre de familia?

—En la casa del Señor viviré tranquila, dijo entonces María.

—Pero ¿tiene usted vocacion, hija? le pregunté yo.

—¿Qué ha de tener vocacion, contestó Julia, si está enamorada hasta los huesos?

María no dijo nada, pero se puso muy encendida y bajó los ojos.

—Yo digo que está enamorada, continuó Julia, porque eso se conoce... ¡vaya si se conoce! Cuando yo veo á una chica triste y pensativa, que se distrae cosiendo y que se queda mirando fijo no se sabe adónde, digo yo para mí: ¿Quién será el tunante que trae á esta de cabeza?

—¿Y tú no has averiguado? preguntó la baronesa.

—No señora, no. Si María ama, no se sabe á quién... ella lo niega... ella dice que su melancolía nace de su carácter, y se disculpa con el recuerdo de su madre. Y es muy fina, señora, muy distinguida... una verdadera señorita.... debe haber sido mucho su familia... por la educacion y por las costumbres se conoce á las personas... ya sabe vuecencia que la desgracia no respeta nada, que las casas mas altas, sin saberse cómo ni por qué, están soberbias hoy por la tarde y por la mañana amanecen en tierra.

—Pero María... ¿cómo vino á tu poder?

—Yo la dije: En mi casa, hija mia, puede usted estar tan guardada como en un convento... véngase usted con nosotros á Aranjuez... y esto es todo... Hace dos meses que María vino á vivir con nosotros, y hasta ahora... yo no sé... yo no sé quién será ese hombre que la espanta.

Se conocia en el acento y en la espresion de Teodora que mentia, que sabia demasiado quién era el perseguidor de María.

II.

Lo sabia en efecto.

María nada habia oido.

Pero en la casa de vecindad conocian demasiado al que en la gacetilla llamaban el marqués de X...

Esto es, el marqués de Casa-Otero, don Juan del Valle de Sos.

Julia le conocia.

Ella tambien habia sido objeto de un pasajero empeño del marqués.

Pero como este era tio carnal de la baronesa, Teodora no se habia atrevido á ser esplícita.

La baronesa habia visto un misterio, é iba á preguntar, cuando sonó el silbido de la locomotora que se acercaba.

—Tú tienes una carta que ha dejado María, dijo Alfonsina saliendo al embarcadero seguida de sus doncellas.

—Sí señora, contestó Teodora; y la he traido para enseñársela á vuecencia, puesto que vuecencia se interesa por María.

—Dámela.

Teodora sacó de su bolsillo una carta arrugada que entregó á la baronesa.

Cuando esta salió al embarcadero tropezó rudamente con un hombre que llevaba una maleta de mano, y al que seguia otro hombre mal vestido.

Aquel hombre iba distraido, mirando á lo largo del tren al interior de los vagones.

Se habia detenido de repente junto á uno de tercera clase, y habia soltado una esclamacion en muestra de alegría.

En aquel momento, otro hombre que llevaba otra maleta en la mano se detuvo tambien, hizo un movimiento de sorpresa, y entró en el vagon.

En aquel momento tambien fué cuando el primero de los dos que hemos dicho llevaba una maleta de mano, tropezó rudamente con Alfonsina.

—¡Qué brutalidad! dijo esta.

—Perdone usted, contestó aquel hombre.

—¡Ah! ¿eres tú, mi querido tio? esclamó Alfonsina.

—¡Alfonsina! esclamó contrariado el marqués.

III.

Alfonsina se asió de su brazo, le arrastró á lo largo del tren en busca del vagon reservado que habia tomado, y le dijo:

—Ven, ven conmigo, mi querido Juan: tengo que hacerte una pregunta.

—Me haces una mala obra, Alfonsina, yo te lo afirmo.

—¡Señora!... dijo un empleado del tren que precedia á Alfonsina abriendo un vagon reservado.

Alfonsina, como si el marqués hubiese sido su prisionero, le hizo entrar antes que ella en el vagon.

—¡Ah! No te me escapas, dijo entrando tras él.

La servidumbre entró en otro vagon inmediato, tambien reservado.

—Permíteme á lo menos que diga cuatro palabras á un hombre que me acompaña.

En efecto, aquel andaluz de mala traza que habia traido de Cádiz una carta para el marqués, estaba delante de la portezuela.

—Prohibido, dijo Alfonsina: estás incomunicado, mi querido tio.

—Métete donde se ha metido el otro, gritó el marqués: donde está el fraile.

Alfonsina no habia podido evitar esto.

Cascarilla, que así se llamaba aquel pillastre, partió á la carrera.

Pero el tren se puso en movimiento, y un instante despues el marqués le vió pasar contrariado, fijando en el tren que se deslizaba una mirada ansiosa.

—En el primer tren vuelve á Madrid y búscame, gritó el marqués. Ahora estoy á tu disposicion, mi querida Alfonsina.

Esta habia leido conmovida la carta que le habia dado Teodora, mientras el marqués se habia entendido á voces con Cascarilla.

IV.

—Perfectamente, dijo Alfonsina guardando la carta.

Y luego añadió dirigiéndose al marqués:

—Admirablemente, señor tio: su conducta de usted es de dia en dia mas reprensible. ¿Dónde estuvo usted anoche? ¿Por qué no se me ha presentado usted para acompañarme? ¿Qué manera es esta de conducirse respecto á una señora?

—Cualquiera diria que te importaba algo de mí, contestó el marqués; yo me alegraria mucho: ya sabes que estoy enamorado de tí como un estudiante de quince años de su primera novia. ¿Me será permitido solicitar la dispensa y la real licencia?

—Nada menos que eso, contestó haciendo un gracioso gesto de contrariedad Alfonsina; ya lo sabes: tu contestacion no es otra cosa que una evasiva. Respóndeme: ¿dónde has estado desde anoche á las diez hasta ahora?

—En todo caso, dijo el marqués, creo que esto no te importará mucho. Comprendo que una mujer que tiene compromisos serios con un hombre se inmiscue en sus asuntos, procure verlos claros.

—¿Y no es para mí un compromiso harto serio saber que todos tus desórdenes los pago yo?

—Esa es otra evasiva, mi querida Alfonsina, dijo el marqués. Jamás te has ocupado tú de si yo pido ó no pido á tu caja.

—Pero alguna vez, señor mio, es necesario poner un fin á tanto y tan loco gasto.

—¡Evasiva siempre!

—Y bien, yo sé dónde has estado.

—¿Sí?

—Persiguiendo á una mujer.

—¡Ah! ¡ah!

—Á una pobre niña.

—Te esplotan, Alfonsina: te aconsejo que pagues muy baratas las noticias que te den acerca de mí.

—Yo no pago noticias, dijo Alfonsina: las noticias vienen á buscarme hasta mi tocador. ¿Conoces al marqués de X..., mi querido tio?

—¡Un marqués de gacetilla!

—Cabalmente: mira.

Y dió al marqués el fragmento de periódico que ya conocemos.

V.

El marqués le tomó, y leyó donde le indicaba el pequeño índice de la baronesa.

Observaba esta profundamente el semblante del marqués.

Pero ni uno solo de sus músculos se contrajo.

—Una pequeña novela de sentimiento á la moda, dijo el marqués devolviendo el fragmento á Alfonsina; y es lástima que no esté concluida... ¡Al diablo los periódicos! No saben qué inventar para llenar papel... El marqués de X... el *muy señalado* marqués de X...

—Me parece, tio, que esa frase se refiere á las dos cicatrices de tus mejillas.

—¡Oh! En todo caso, una mala intencion. Ahora han dado los gacetilleros en denunciar escándalos, cubriendo á medias la figura de los calumniados... Todos estamos á disposicion de esos señores... ¡Canallas! Será necesario acabar por deslomarlos.

—Porque los pobres dicen lo que saben... ¡Qué fastidio! Mejor seria no dar motivo á estas denuncias, evitar los escándalos.

—Eso es un cuento... Y sobre todo, tú no puedes juzgar sin conocer la historia por entero. Tal vez, para que la historia sea conmovedora, supondrán el enlace del marqués con la bella María: hay que satisfacer las propensiones del público. El público español se muere porque se casen las huérfanas desgraciadas.

—Y porque se ahorque á los libertinos que llevan sus desórdenes hasta el crímen.

—Convengamos, Alfonsina, en que esta observacion tuya es algo fuerte.

—Mas fuerte es su conducta de usted, señor mio.

—Pero vamos claros: en el final de la gacetilla, ¿no se dice que, conmovido el marqués por la virtud heróica de su víctima, se echa á llorar, se arroja á sus piés, la coge la mano, se la inunda de lágrimas, la protesta su arrepentimiento y su admiracion, y se levanta para llevarla al altar?

—El fin de la gacetilla está roto.

—Pues seamos discretos, no aventuremos...

—Yo tengo el final de esa gacetilla, un final palpitante de interés: ¡un final horrible!...

—¡Ah! ¡El melodrama!

—La repugnante verdad: el final es este.

Y dió al marqués la carta que le habia dado Teodora.

El marqués palideció levemente al ver la letra de la carta.

—¡Ah! dijo Alfonsina.

—¡Qué! dijo el marqués.

—Me parece que no creerás esa carta una mentira de periodista.

—¡Bah! Puedo creerla una mentira de mujer.

—Lee.

El marqués leyó.

VI.

«Madre mia, hermana mia: Dios no quiere que yo encuentre paz sobre la tierra.

Yo me creia oculta en vuestra casa, fuera del alcance del miserable que me puso á punto de morir.

Ese hombre ha aparecido de improviso junto á mí.

Me ha dejado oir de nuevo sus vergonzosas proposiciones y sus terribles amenazas.

Yo no me atrevo á permanecer ni un momento mas aquí.

Perdonadme si me alejo de vosotras sin despedirme.

Tengo miedo.

Cuando encuentre un refugio seguro contra ese hombre, volvereis á saber de mí.—*María.*»

VII.

—¡Novela y siempre novela! dijo el marqués devolviendo la carta á Alfonsina. ¡Mentira y siempre mentira! Una muchacha que se emancipa y que me toma á mí por pretesto... ¡Las virtudes de hoy!... Una aventurera que se ha cansado de vivir en una casa modesta y honrada.

—¡Juan!

—¡Ah, sí! la rubia de los grandes ojos azules, sin duda, ¿no es esto? Una muchacha muy interesante, á fé mia, con la cual he cambiado algunas palabras galantes: una cualquiera mas ó menos bella... hé aquí todo.

—¡Oh! ¡Qué manera tan repugnante de disculparse, Juan! esclamó con hastío Alfonsina.

—Tú no conoces el mundo, tú no le conoces, queridita mia. Fíate de estas huérfanas melancólicas, suspirantes, que están representando siempre su monótono papel de sensibles.

—Y que se mueren de hambre teniendo al alcance de la mano cien mil reales, dejados como una tentacion irresistible por un hombre que en vez de corazon tiene una vejiga llena de no sé qué horrible cosa corrompida. Respeta al menos la virtud que sufre y llora y agoniza; pero insultarla, Juan, insultarla... Convengamos en que esto es horrible.

—Lo que es verdaderamente horrible, Alfonsina, es que tan sin objeto me quemes la sangre... Supongamos que todo eso es cierto:

supongamos que yo conozco á esa María, que siento por ella un amor, un empeño, que le arrojé á los piés cinco mil duros, no como una compensacion definitiva, sino como el principio de una fortuna.

—Dos cosas cuya calificacion es muy dura, por lo cual la suprimo: en primer lugar, se propone á una criatura digna una venta infame, la mas odiosa, la mas repugnante de las ventas, la del pudor, en segundo lugar, se la ofrece una fortuna que no se posee.

VIII.

El marqués se puso pálido, y sin poder contenerse lanzó á Alfonsina una mirada terrible.

Esta la sostuvo valientemente.

—Buscaré á esa jóven, la encontraré, la protegeré, dijo con firmeza Alfonsina. Despues daré órden á mi cajero para que no te dé ni un solo real.

—Perfectamente, dijo el marqués.

—No quiero que mis rentas disminuyan rápidamente; no quiero que desaparezcan al fin, como han desaparecido las rentas del marquesado de Casa-Otero, que tienes en administracion por la desaparicion de mi tio Alfonso. No, no quiero verme arruinada por prodigalidades, por... no quiero calificar... En fin, es necesario poner término á todo esto.

—¡Un rompimiento! dijo el marqués.

—No.

—¡No, y se me sentencia á la miseria!

—Nada menos que eso. Tus gastos naturales, tus gastos de representacion son mios.

—¡Ah! ¡una limosna!

—No: cariño, respeto á pesar de todo.

—¡Vanidad! No quieres que tu tio carnal, tu tio único, vaya con los codos rotos, concurra á los garitos para buscar una peseta é ir á devorarla á un figon.

—Exageracion.

—¡Bien, muy bien!... ¡pupilo!... ¡perfectamente! ¡convenido! ¡no importa! ¡bien! ¡concluyamos! Yo tengo la culpa... ¡en buen hora!

Y se hizo á un ángulo del vagon, bajó un cristal y se puso á mirar el paisaje.

Si Alfonsina hubiera podido ver el semblante de su tio se hubiera espantado.

En aquel semblante aparecia el reflejo del crímen.

De un crímen que se revolvia informe, en embrion, en aquella malvada cabeza, que entonces tenia, por su hermosura característica, todo el siniestro prestigio que se podria suponer en Satanás humanizado.

IX.

Alfonsina era de un carácter muy firme, y no dijo ni una palabra mas.

Sacó de su cabás un pequeño volúmen en rústica, y se puso á leer.

El marqués continuó en la misma actitud hasta que llegaron á la estacion de Madrid.

Entonces abrió la portezuela, y con su maleta en la mano bajó sin decir ni una sola palabra á Alfonsina, y se alejó.

—Es necesario tener mucho cuidado, dijo la jóven cerrando el libro y guardándole en el cabás; y sin embargo, lo que he hecho era imprescindible... ¡Sí! ¿Qué puede hacer en perjuicio mio peor que arruinarme? Los vicios, las infamias de todo género. Y para esto disponia de mi dinero... ¡Cien mil reales empleados en insultar la pureza y la desgracia!... ¡No! ¡no! Mi debilidad seria un crímen: suceda lo que quiera, Dios me protegerá.

Poco despues, Alfonsina entraba en su carruaje.

A las ocho y cinco minutos paraba este á la puerta del hospital General.

La baronesa dejó en su carruaje su rica cachemira y su magnífico abrigo, y de todo punto sencilla en el traje, entró en el hospital seguida de sus dos doncellas.

CAPITULO VII.

LOS RICOS DE CORAZON.—EL NÚMERO 16.

I.

Alfonsina subió ligera, esbelta, bellísima, tranquila, las escaleras de aquella casa del dolor y de la muerte mantenida por el Estado y visitada por la Caridad.

De aquella casa, al pasar por delante de cuya puerta se estremece el pobre pensando en una enfermedad.

De aquella casa, adonde van todos los dias las madres á preguntar anhelantes si aún vive su hijo.

Del hospital.

II.

Algunos empleados subalternos, algunas hermanas de la Caridad que habian saludado respetuosamente á Alfonsina al encontrarla, la acompañaban.

Alfonsina, triste, con la cabeza inclinada sobre el pecho, contestando con suma afabilidad á las hermanas, subió algunas escaleras, atravesó rápidamente algunas crujías, y entró al fin en la sala de Santa María.

A la puerta la esperaba don Julian su mayordomo.

En esta sala habia treinta y dos camas.

Alfonsina tenia en ella diez y seis.

Las otras diez y seis eran de la jóven y hermosa condesa de San Servando, Angélica de Villafanes.

Casi al mismo tiempo que Alfonsina, entró esta última en la sala, y tambien modestísimamente vestida.

Se saludaron con sumo cariño las dos jóvenes, y cambiaron un fuerte estrechon de manos.

Despues Alfonsina se dirigió á la derecha.

Angélica á la izquierda.

Es decir, á sus respectivas camas.

III.

Tener una cama en el hospital no quiere decir pagarla completamente.

El Estado lo paga todo.

Lo que quiere decir tener una cama es hacer lo que no puede hacer el Estado.

Llevar á los enfermos el consuelo y el cuidado de la caridad.

Socorrer á la familia del obrero postrado por la dolencia.

Darles cada domingo y cada jueves algun plato delicado á los que pueden comer.

Endulzar en fin cuanto es posible la tristísima, la dolorosa situacion de aquellos desventurados.

Ser además una especie de hermana de la Caridad respetable, y un estímulo á la par para los empleados.

Estas son las damas de la Asociacion de Beneficencia.

IV.

Los que de los ricos no ven mas que el lujo y los trenes y las fiestas ruidosas y la vanidad en las complacientes columnas de la prensa;

¡Dios mio! esclamó Alfonsina pasando revista en una rápida ojeada á sus diez y seis camas.....

Los que no ven mas que su soberbia y su nulidad;

Los que se escandalizan de la ostentacion que algunas de estas gentes hacen de sus vicios, y apostrofan por estas vergonzosas escepciones á todos los ricos, y desean un dia en que los bienes sean comunes, no conocen á los ricos de corazon, no conocen virtudes que se ocultan entre el sufrimiento, desprendimientos nobles, emanaciones sublimes de una caridad ardiente, de una caridad inagotable, que conserva todavía como un tesoro nuestro pueblo; ese pueblo que lo tiene todo ardiente: el sol y el corazon.

Toda medalla tiene su reverso: así la del mal como la del bien.

No tenemos que insistir en esto.

Los pobres, que son los que deben conocerlos, conocen á los ricos de corazon.

Y para ser rico de corazon no hace falta una gran fortuna.

Esta es otra cuestion.

Los ricos del corazon, y el corazon de los ricos, no se parecen generalmente.

Lodo ú oro: lágrimas ó miseria.

V.

—¡Dios mio! esclamó Alfonsina pasando revista en una rápida ojeada á sus diez y seis camas. ¡Hay ocho nuevos!

—Sí señora, contestó una hermana de la Caridad: han salido ocho.

—¿Y cuántos... muertos?

—Todos.

Alfonsina volvió su semblante pálido á su mayordomo.

—¿Ha tomado usted nota, Julian? le dijo.

—Sí señora.

—¿Y qué?

—Tres viudas, dos huérfanos, y una anciana de sesenta años.

—Faltan dos.

—¡Ah! No señora: uno solo, un viudo.

—Y ese...

—Es un bribon que ha dejado morir en el hospital á su mujer y á su hija.

Alfonsina no contestó, pero dejó ver en su bello semblante una espresion de contrariedad dolorosa, de hastío, de indignacion: todo á la par.

—¿Qué edad tienen los huérfanos? dijo.

—Cinco y seis años: son varon y hembra.

—Supongo...

—Sí, sí señora: están de internos en el colegio de Santa Isabel.

—Y la anciana...

—Su hija ganaba seis reales: se ha hecho una suscricion en su favor.

—¿Y las viudas, son honradas?

—Sí señora, dos buenas mujeres; pero ganan muy poco. Don Cándido las ha señalado una peseta mientras encuentran una ocupacion que las produzca mas.

Alfonsina durante este diálogo no se habia conmovido, no habia pronunciado una sola esclamacion; se habia mostrado completamente serena, no habia dado el espectáculo siempre de mal gusto de la caridad sentimental, lacrimosa y melodramática.

Unicamente se habia puesto un tanto pálida al examinar la cifra de las defunciones acontecidas desde el jueves anterior.

VI.

Alfonsina recorrió lecho por lecho, consolando á los unos, alentando á los otros, procurando infundir esperanzas á los desesperados.

Pero al llegar al número 16, colocado en un ángulo, se estremeció de una manera nerviosa como quien recibe un golpe imprevisto, se puso densamente pálida, se detuvo, y permaneció fijando una mirada profunda en el enfermo número 16.

VII.

Era un jóven.

Sus dos grandes ojos negros y febriles fijaban en Alfonsina una

mirada suprema, una mirada inesplicable, atenta, inmóvil, profunda, tranquila, pero poderosa.

Parecia que fluia fuego de aquella mirada.

Alfonsina habia visto en aquella mirada algo que no habia visto en la mirada de ninguna otra persona.

Era un enfermo nuevo.

Tendria como veinticinco años.

Era hermoso, con una hermosura que no tenia nada de la hermosura de la mujer.

Su ancha frente pálida estaba coronada por una larga cabellera rizada.

Estaba cubierto hasta las mejillas.

VIII.

Alfonsina hizo un esfuerzo, dominó aquella sensacion, estraña y se acercó.

—¿Cómo se siente usted? le dijo.

—Todo lo mejor que puedo encontrarme, señora: ¡gracias!

Y habia en aquella última palabra un timbre particular, algo que abarcaba al mismo tiempo el agradecimiento y la protesta contra la situacion de una persona altiva no acostumbrada á la miseria.

—Siento... siento infinito... dijo Alfonsina: es necesario una gran resignacion... se hará lo que se pueda...

Y el acento de Alfonsina era tambien estraño.

Parecia como que reconocia lo violento de la situacion por el carácter particular del enfermo.

Habia leido en su mirada, habia comprendido en el timbre particular de su voz una gran desgracia y una desgracia inmerecida.

—¡Gracias! dijo el enfermo.

Y su voz entonces fué conmovida, dulce, agradecida, melancólica.

—¿Tiene usted fiebre? dijo la baronesa por decir algo, por buscar un fin al diálogo.

—Sí señora, pero menos hoy que ayer: me han dicho que dentro de ocho dias saldré.

—¡Ah! ¡Me alegro! Dispénseme usted: voy á cumplir... ¡Adios!

—Adios, señora... y otra vez gracias, dijo el enfermo.

IX.

Habian entrado las dos doncellas con una gran bandeja cada una en las manos.

Estas bandejas estaban provistas de alimentos delicados, de confituras, de bizcochos.

Otras dos criadas seguian con dos grandes cestos, provistos de vino el uno, de vajilla y de sustancias sencillas, pero escelentes, el otro.

Alfonsina por una parte, y Angélica por la otra, fueron distribuyendo lo que contenian las bandejas y los cestos á cada uno de los enfermos que podian tomar algo.

Terminada la distribucion, las dos jóvenes salieron, dejando en el hospital algo de su influencia y el ardiente deseo de que llegara el jueves para que se repitiera la visita.

X.

Alfonsina se volvió profundamente triste á su casa.

Se metió en su gabinete y llamó á Julian.

—La nota acerca de los enfermos nuevos, le dijo.

Julian sacó su cartera, y de ella un papel que entregó á su señora.

—Bien: nada mas, dijo esta.

Julian salió.

Lo primero que leyó Alfonsina fué lo siguiente:

«Número 16 de la sala de Santa María.—Don Pedro de Valfrio.—Veinticinco años.—Soltero.—Inútil.—Oficial licenciado.—Fiebre por resultado de inanicion por hambre.—Entrado el viernes.»

Alfonsina sintió un estremecimiento y algo frio que pasaba á lo largo de su cuerpo.

—¡Oficial licenciado! repitió. ¿Inútil? Hace mucho tiempo no te-

nemos trastornos políticos. ¿Despedido del servicio? ¡Tal vez! ¡quién sabe! ¿Acaso por mala conducta? Pero un hombre de mala conducta y bello no perece en Madrid... ¡Oh! Es necesario averiguar. ¿Y qué me importa? ¡Ah! Es un deber: si es un desgraciado...

Alfonsina se pasó la mano por la frente, guardó el papel en una pequeña cartera, tocó un boton eléctrico, y cuando se presentó un criado, dijo:

—El desayuno.

Sin embargo, no tenia absolutamente apetito.

Pero era necesario ponerse á la mesa para que no murmurasen de su inapetencia sus doncellas, que la habian visto conmoverse en el hospital delante del número 16.

CAPITULO VIII.

CUÁNTO ES VALIENTE CUANDO ES VALIENTE UNA MUJER.

I.

Cristóbal habia vuelto completamente en sí.

El médico habia vuelto á las tres de la tarde y habia dicho:

—Esto es distinto: tenemos hombre.

—Estaba el agua muy fria, don Gerónimo, muy fria: de fria quemaba, dijo Cristóbal con la voz ronca aún.

—Y si te hubieses ido, contestó don Gerónimo, te habrias ido de bruto.

—Y qué quiere usted: yo soy así.

—Pues porque eres así te vas á pasar ocho dias en la cama; y da gracias á Dios.

—¡Ocho dias aún! murmuró el padre Juan.

Y luego, dirigiéndose al médico, añadió:

—¿Se puede dejar hablar al enfermo?

—Que hable cuanto quiera, dijo el médico: la congestion ha pasado completamente; pero lo que no ha pasado ni pasará tan pronto es el espasmo nervioso que ha cogido. Tia Ventosa, que esté siempre bien abrigado, que se preserve, que sude y no le falten las botellas con agua caliente en los piés.

—Muy bien, don Gerónimo, dijo la tia Ventosa.

—Yo me voy y no volveré hasta mañana.

Y repitiendo la prescripcion, se fué.

—Vaya, dijo la tia Ventosa, lo que hay que hacer es poca cosa, y usted me hará el favor de hacerlo, señorita: tengo abandonada mi casa, y mi hijastro tiene muy mal genio; si no encuentra hecha la cena cuando vuelva, vamos á tener una zalagarda.

—Sí, sí, vaya usted con Dios, dijo Clotilde.

—Volveré á la tardecita.

—Vaya usted con Dios, dijo con algo de impaciencia el padre Juan.

La tia Ventosa se fué.

II.

Continuaba el mal tiempo.

El viento era terrible y el cielo estaba cubierto.

No llovia, pero amenazaba un diluvio de un momento á otro.

Apenas habia salido la tia Ventosa, cuando el padre Juan se acercó al lecho de Cristóbal y se sentó á su cabecera.

Clotilde estaba sentada junto á un pequeño barreño en que habia carbon encendido y una olla de agua caliente.

La niña estaba profundamente pensativa.

—Puesto que dicen que puede usted hablar, dijo el padre Juan, hablemos: lo que tengo que decir á usted, Cristóbal, es muy importante.

—Hable usted, padre, dijo Cristóbal: tengo la cabeza fuerte, mas fuerte que nunca; y si no fuera por este frio, que parece que lo tengo metido en los huesos... pero ello pasará.

—Es necesario que me diga usted dónde está esa cartera, dijo el padre Juan: yo no puedo esperar: están comprometidos gravísimos intereses.

—Lo creo, y siento mucho no poder ir yo... En fin, está como á unos tres cuartos de legua. Un religioso va bien por cualquier parte: todo el mundo le respeta.

—¡Tres cuartos de legua!

—Sí señor.

—Es decir, tres cuartos de hora, y son las tres de la tarde cuando mas... puedo haber vuelto á la noche.

—¡Pues ya lo creo! Lo malo es el tiempo: si le coge á usted un aguacero...

—Mis hábitos son gruesos.

—Es verdad.

—Dígame usted...

—Mire usted, padre: toma usted el camino; en pasando del pueblo... lleva usted cuidado... encontrará usted una casa quemada, ¿estamos? Aquella casa fué un ventorrillo: al lado hay un sendero: se mete usted por él y sigue: al medio cuarto de legua estará usted en el monte de Matalobos ¿eh? siempre por el sendero, siempre, sin tomar á la derecha ni á la izquierda: mucho cuidado: encontrará usted tres troncos de chaparro cortados el uno casi al rape de la tierra, el otro mas allá, como de media vara de alto, el otro mas allá, un poco mas bajo, ¿entiende usted? Bueno. Pues no hay mas que en llegando allí, dejar el sendero y meterse entre los árboles á la derecha: á los cuarenta pasos tiene usted que encontrar á la fuerza un arroyo: es una fuente. El nacimiento de la fuente está á cincuenta pasos entre unas peñas mas arriba. Ya hemos llegado, padre. A la derecha de las peñas hay algunos madroños, cinco ó seis; en medio hay uno. Este madroño tiene la primera rama como á una vara del suelo, la segunda una cuarta mas arriba, otra cuarta mas arriba la tercera; esta tercera rama esta rota: arranque usted aquel madroño: es nuevo y muy pequeño y puede usted arrancarle con facilidad: lleve usted un amocafre que encontrará usted abajo y que puede usted esconder debajo del hábito sin que nadie repare. Despues hay que sacar alguna tierra, porque la caja de hojalata donde está la cartera la enterré yo mas abajo: todo por si á algun leñador se le ocurria arrancar el madroño. ¿Se ha enterado usted bien?

—Sí, perfectamente, dijo levantándose el padre Juan.

—¡Cómo! dijo Clotilde. ¿Va usted á ir ahora mismo, padre?

—Sí, hija mia, sí; cuanto antes mejor.

—¿Y no he de ir yo con usted?

—¿Y para qué, hija, para qué? dijo el padre Juan.

—Mejor es que vaya solo, dijo Cristóbal. Son las tres: tres cuartos de hora para ir, media hora para sacar la cartera, otros tres cuartos para volver, á boca de noche puede usted estar aquí, padre. Además, no hay cuidado: por aquí no anda mala gente.

—Sin embargo, el hombre que se escapó ayer... dijo deteniéndose Clotilde.

—¡Bah! Ese no volverá tan fácilmente: se fué bien asustado, y los guardias están ojo avizor.

—¡Iré! dijo el padre Juan.

—Pero... murmuró Clotilde.

—¡Iré! Mas aún: ¡voy! dijo el padre Juan con uno de esos acentos que no permiten réplica. Antes del oscurecer estaré aquí: no pases cuidado: ¿qué ha de sucederme?

Y salió y bajó rápidamente las escaleras.

Clotilde sintió ruido como de útiles de labor que eran movidos.

Al fin se oyó el sordo ruido de las sandalias del padre Juan, que salia de la casa.

—¡Ah! ¡Y no puedo dejar solo á este pobre hombre! dijo Clotilde, que se habia quedado con un cuidado mortal.

III.

Cristóbal, como todos los empleados de vigilancia sea cual fuere su género, era suspicaz.

Al pasar la congestion, que habia sido ligera y combatida por una abundante evacuacion de sangre, su cabeza habia quedado completamente despejada.

Su pensamiento era fácil y mas lúcido que de ordinario.

El padre Juan, al que habia observado obedeciendo á su costumbre de observar, le habia parecido sospechoso.

El dia anterior apenas habia podido juzgar de él.

Le pareció en primer lugar, no sabia por qué, que no era fraile.

Que aquel hábito podia ser un disfraz.

Habia en él algo de altivo, de soberbio, de impaciente, que no se avenia bien con su humilde sayal.

Un carácter en fin duro y fiero que estaba mal encubierto.

Los guardias civiles del dia anterior habian estado allí aquella mañana á interrogar al padre Juan acerca del hombre que se les habia escapado.

El misionero contestó con violencia.

Habiéndole preguntado Santisteban cómo era que siendo fraile tenia una hija, respondió con una acritud mal contenida:

—¿Pues qué antes de ser religioso no he podido yo ser casado?

—Perdone usted, padre, habia contestado Santisteban: nosotros no podemos menos de interrogar á las personas que nos parecen sospechosas.

Cristóbal vió que el misionero se habia puesto pálido y que sus ojos habian resplandecido con un fuego sombrío.

—¿Y qué encuentran ustedes de sospechoso en mí? habia dicho con altivez.

—El camino que usted lleva, padre, respondió Santisteban.

—Yo he venido aquí á buscar al difunto guarda, habia replicado el fraile. El señor Cristóbal sabe á lo que he venido, que es un secreto muy grave que nada tiene que ver con la justicia, un secreto de familia. Además, con presentar mis papeles saldrán ustedes de dudas.

Y el misionero habia sacado su pasaporte, por el que constaba que era el padre Juan de la Penitencia, perteneciente á las misiones del Paraguay, que venia á España con licencia de sus superiores á asuntos de familia, acompañado por su hija.

El nombre de Clotilde no aparecia en el pasaporte.

Los guardias pidieron mil perdones al misionero, se disculparon con su deber y se fueron.

Cristóbal habia notado que durante esta escena el misionero habia tenido miedo.

IV.

En segundo lugar, Cristóbal no se esplicaba cómo podia ser hija del misionero Clotilde.

La jóven era blanca como el nácar.

El misionero moreno oscuro, como el mas moreno de nuestros tipos del Mediodía.

Clotilde tenia los ojos azules, con el tono del cielo de la primavera.

El misionero los tenia pardos oscuros.

Los ojos de la niña eran dulcísimos, nobles, puros, aunque dotados de una escesiva firmeza, y con la espresion de una seriedad y de una reflexion que parecian impropias en sus pocos años.

El misionero tenia la mirada dura, intencionada, recelosa, y pretendia ocultar esta espresion natural con una afectacion de mansedumbre.

Ella era delicada, esbelta, casi aérea.

El misionero era robusto, fuerte, de anchos hombros, de miembros musculosos.

Habia en él una energía estraordinaria.

—La rama no se parece al tronco, habia dicho para sí Cristóbal.

Y aquel hombre que habia estado en la casa, en el desvan, que Atrevido habia sentido, que habia escapado, ¿era un pícaro que perseguia al religioso, ó su cómplice?

¿Cómo habia sabido si le perseguia con intencion de buscar al difunto Francisco García?

¿No podia ser muy bien que los dos ó el uno de ellos hubieran adquirido las pruebas que necesitaban para que se les entregase aquella cartera, y haber adoptado el uno el traje tranquilizador de religioso para entrar encubiertamente y pedir noticias, y haberse ocultado el otro para en el caso que fuese necesario usar de la fuerza?

¿Cómo era que el uno estaba en el desvan sin que el otro lo supiese?

Si el escondido era un perseguidor del fraile, ¿cómo no le habia acometido en un campo yermo, protegido por la niebla, que habia sido tan espesa y que hacia que no se viesen los objetos á diez pasos de distancia?

Aquella jóven tan hermosa y ya tan séria, ¿no podia ser una digna compañera de dos criminales?

En cuanto á sus sospechas respecto al misionero, nada encontraba de estraño Cristóbal.

Pero cuando sospechaba de Clotilde, una voz interior, pero poderosa, gritaba contra sus sospechas.

Habia algo inesplicable en Clotilde que persuadia.

V.

Cristóbal estaba vivamente inquieto.

A pesar del frio, que no le dejaba, á pesar de la debilidad que le habia causado una larguísima sangría, el temor de que le robasen por sorpresa le hizo probar si podia levantarse.

Habia conocido tarde que habia cometido una imprudencia revelando á aquel hombre á quien no conocia el lugar donde estaba la cartera.

Solo despues de esta revelacion, de la salida del misionero, sus sospechas, hasta entonces vagas, por decirlo así, habian tomado cuerpo.

Este fenómeno acontece con frecuencia.

Conocemos el peligro antes de entrar en él, y no nos damos de él una razon exacta hasta que estamos á punto de ser sus víctimas.

VI.

—¿Tendremos juicio? dijo la niña al notar el movimiento que Cristóbal habia hecho para probar sus fuerzas. ¿Á qué sacar tanto los brazos de debajo de la ropa? ¿No le ha dicho á usted el médico que es necesario que usted sude?

Cristóbal volvió á sospechar de Clotilde.

Creyó que el misionero la habia dejado allí de guardia.

La miró con fijeza, y sus dudas respecto á ella volvieron á desvanecerse.

Metió los brazos debajo de la cubierta.

Clotilde se levantó y acabó de cubrirle.

Cristóbal habia adquirido la certeza de que no podia levantarse.

—Y bien, dijo para sí: yo no tengo la culpa; á mí se me ha presentado lo que Cristóbal me dijo debia presentárseme.

Y este pensamiento le trajo á la memoria la hermosísima dama representada en el retrato, que se parecia escesivamente á Clotilde.

Recordó que para esta aquel retrato habia sido un objeto nuevo.

Á impulsos de este pensamiento, dijo:

—¿Era su madre de usted la señora del retrato?

—No lo sé, contestó Clotilde.

—¿Pues qué no ha conocido usted á su madre?

—No, contestó suspirando la jóven.

—Usted no habia visto hasta ayer ese retrato, ¿no es verdad?

—No.

—¿Y no ha preguntado usted á su padre?

—Sí; pero me ha contestado como contesta cuando no quiere que se le vuelva á preguntar: que aquel retrato era una prueba; que él mismo no conocia á aquella dama.

—¿Y usted, señorita, no ha visto que usted se parece mucho al retrato?

—Sí, y esto me ha puesto triste; pero no me he atrevido á preguntar.

—¿Desde cuándo es fraile su padre de usted? dijo de repente Cristóbal.

Apareció una espresion de atencion y de reserva en la mirada de Clotilde.

—Desde hace mucho tiempo, dijo de una manera que cortaba toda otra pregunta.

—Me parece que tengo menos frio que antes, dijo Cristóbal.

—¡Oh! Me alegro, dijo con una franca alegría y dejando su reserva Clotilde: esa es buena señal.

—Y tengo así como sueño.

—¡Oh! Mejor. Mi padre dice que para la mayor parte de las enfermedades el sueño es un gran medicamento.

Cristóbal no contestó.

Habia cerrado los ojos.

—Sospecha de nosotros, dijo para sí Clotilde. ¡Oh! Esta es una vida demasiado azarosa, y es necesario que pase. ¿Y cuándo pasará?

¿cuándo se desvanecerá el misterio que me envuelve? ¡Oh, Dios mio!

Y se sentó de nuevo junto al barreño.

VII.

Cristóbal, que habia empezado por hacerse el dormido, se durmió realmente.

Sus ronquidos, su respiracion, dijeron á Clotilde que no fingia.

Algo pesado, algo frio oprimió el corazon de la jóven.

Ya habia pasado mas de una hora que habia partido su padre.

Tal vez tenia ya en su poder la cartera.

Clotilde estaba terriblemente inquieta.

La tia Ventosa volvió á la caida de la tarde.

Traia una cesta, y en ella, en una olla, la comida para Clotilde y para su padre.

Era una simple olla ó puchero á la española, pan blanco, aunque ordinario, pan de pueblo, un pedazo de queso y una botella de vino.

VIII.

—¡Calla! ¿Dónde está el padre? dijo la tia Ventosa.

—Ha salido, dijo la niña.

—¿Y adónde? preguntó con estrañeza la vieja y con esa curiosidad indiscreta de las comadres de pueblo.

—No lo sé, contestó Clotilde: mi padre cuando se separa de mí nunca me dice adónde va.

—Lo mismo me sucede á mí con mi hijo, respondió contrariada la Ventosa. Los hombres, aunque sean frailes, no quieren que las mujeres sepamos dónde van. ¡Ya están buenos! ¡Ah! ¡y este duerme! Pues cuando un enfermo duerme tan á gusto es que ya no hay cuidado. ¡Y es lástima que rehierva la olla! Ese fuego está muy fuerte: una olla muy cocida no está buena: voy á cubrir las brasas con una poca de ceniza. ¿Y tardará mucho su merced?

—No lo sé, dijo Clotilde.

—Y es el caso que yo hago falta en el pueblo: la alcaldesa se

ha puesto mala, y cuando está mala no quiere que nadie la asista mas que yo, porque tengo muy buena mano; de modo que cuando yo me muera no sé qué va á ser de la buena señora. Si no tardara mucho su merced...

—Puede usted irse, dijo Clotilde.

—Es que no podré volver hasta mañana.

—No importa. Además ya ve usted que el enfermo está mucho mejor.

—Voy á ponerle agua caliente en las botellas, y ya que usted es tan buena, señorita, me iré.

—Sí, sí, no hace usted falta.

La Ventosa levantó la ropa de sobre los callosos piés de Cristóbal, que despertó.

—¡Eh! ¿Quién anda ahí? dijo.

—Vamos, hombre, dijo la Ventosa; has dormido bien. Voy á ponerte las botellas bombeando.

—Sí, gracias á Dios, y con muy buen sueño, dijo Cristóbal. Las botellas no hacen falta ya. ¡Si estoy sudando como un pollo! Lo que necesito es que me dejen tranquilo: tengo un sueño que no veo.

—Pero tomarás antes una taza de caldo.

—Bueno, dijo Cristóbal; así dormiré mejor.

Tomó el caldo, y la tia Ventosa le arropó.

—Vamos, dijo, hasta mañana, señorita. Adios, Cristóbal, que pases muy buena noche, hijo, y á ver si mañana le das un chasco á don Gerónimo, que decia que tenias cama para ocho dias. ¡Quita allá, hijo! ¡Si nosotros tenemos piel de lagarto! Ea, buenas noches.

Las daba por anticipado porque aún no habia oscurecido.

Se fué.

Cristóbal habia vuelto á dormirse.

IX.

La inquietud de Clotilde crecia.

Sentia un terror vago.

Le parecia que su padre debia haber vuelto ya.

La noche habia cerrado; pero á través de la lucana del desvan se veia que era muy clara.

Á pesar del nublado, la tierra estaba esclarecida por la luna llena que se trasparentaba á través de la nubes.

El viento seguia silbando, rugiendo, retronando.

Los árboles de la ribera dejaba oir un ruido desapacible al ser violentamente agitados.

No se oia ningun otro ruido en el esterior.

En el interior no cesaba el fuerte ronquido de Cristóbal.

Á pesar de que la oscuridad se habia apoderado del desvan, y que no se veia mas que la fria claridad del celaje á través de la lucana, Clotilde no habia encendido luz.

. . . . . .

X.

Pasó mucho tiempo.

El viento habia traido desde la torre de la iglesia de Titulcia sucesivamente las horas.

Habian sonado las siete, las siete y media.

Sonaron al fin las ocho, é inmediatamente se oyó el toque de ánimas.

El doblar de la campana aterró á Clotilde.

Se levantó de una manera nerviosa del banquillo donde habia permanecido inmóvil durante mas de tres horas.

Ni aun habia pensado en cenar.

No tenia apetito.

—Esto es demasiado, demasiado, dijo. ¿Le habrá sucedido una desgracia? ¡Solo! ¡en un monte! ¡tal vez necesitado de socorro! ¿Quién sabe? ¡Este hombre duerme! La noche está clara. Sé la direccion, y á mas el camino. Primero á la izquierda los paredones de una casa quemada, luego el ruido de un arroyo, una fuente; junto á ella, á la derecha, cinco ó seis madroños. ¡Oh! ¡sí! ¡vamos!

Observó á Cristóbal.

Su sueño era profundísimo.

Clotilde no vaciló.

Ganó las escaleras, atravesó la cocina, cerró la puerta que habia dejado abierta la tia Ventosa, y puso la llave debajo de ella.

Se habia olvidado de tomar su sombrero.

Sin embargo, no fué por él.

La noche era muy fria y helaba.

El viento agitaba sus magníficos cabellos y deshacia mas y mas sus trenzas.

Al fin sus cabellos flotaron completamente sueltos.

Tenia algo de estraño, algo de originalísimo, algo de fantástico aquella jóven, alta, esbelta, aérea, que corria con la cabellera flotante por un campo yermo, encharcado por la lluvia, cubierto por un celaje blanquecino por el cual se filtraba la luz de la luna, dejando ver acá y allá, agrupados ó aislados, los árboles en esqueleto, y á lo lejos, lo vago, lo indefinido, lo medroso.

Y sin embargo, Clotilde no tenia miedo.

Allá á lo lejos se veia una sombra alta y negra.

La torre de Titulcia.

. . . . . .

Clotilde se detuvo un momento.

Sus cabellos, agitados constantemente, la cubrian el rostro con frecuencia.

Los recogió y los sujetó bajo su insuficiente abrigo.

Clotilde, á pesar de esta ligereza de su traje, no tenia frio.

Siguió corriendo.

Ganó el camino, y continuó corriendo con suma rapidez por uno de sus costados.

El centro del camino estaba impracticable.

Era un canal de lodo.

XI.

Dieron las ocho y cuarto.

Clotilde habia llegado á los paredones del ventorrillo quemado.

Tal habia sido la rapidez de su carrera.

Se detuvo fatigada.

Estaba cubierta de sudor, y lo mojado de sus botitas le molestaba de una manera terrible.

No habia encontrado una sola persona.

El lugar donde se habia detenido era horrible á aquella hora, á aquella luz, en medio de aquella soledad, bajo los mugidos, los silbidos, el retronar del viento.

Los negros paredones de la venta parecian prontos á abortar fantasmas, endiagos, demonios, monstruos en fin del género de los que inventaron Callot y Goya.

Mas allá de aquellas ruinas, de las cuales parecia emanar una maldicion, el paisaje era agreste, sombrío, siniestro.

Empezaba el declive de una montaña erizada de árboles deshojados, de malezas, de espinos.

Un sendero se abria entre esta maleza seca.

XII.

Clotilde se sentó fatigada sobre uno de aquellos paredones, y descansó un momento.

Luego, pareciéndole un crímen su descanso, se levantó y emprendió la marcha, aventurándose por el sendero, no ya á la carrera, pero sí á buen paso.

Aquel sendero estaba erizado de dificultades, de escabrosidades.

Se torcia como una serpiente.

Á veces Clotilde paraba bajo la espesa sombra de los pinos, de esos tristes árboles de hoja perenne, de esos árboles escuetos, rígidos, severos, que hacen notar mas que ningun otro la soledad, y mas que ningun otro inspiran la idea del lobo y del bandido, estos dos espantables peligros de la montaña.

Á veces, pasando un grupo de nubarrones mas densos bajo la luna, sobrevenia una oscuridad mas densa aún, una continua variacion de luz.

Á veces se rompia el celaje, aparecia la luna llena clarísima, y los objetos se determinaban poco menos que de dia.

Clotilde no reparaba en nada de esto.

Su alma se encontraba en una especie de marasmo, dominada por un temor tanto mas terrible cuanto era mas vago.

Tal vez nada habia acontecido al padre Juan.

Tal vez habia necesitado mucho tiempo para encontrar la cartera.

Tal vez, si le habia acontecido algo, este algo era mucho menos terrible que lo que se representaba la viva imaginacion de Clotilde.

Su pensamiento fijo era que su padre habia sido asesinado.

¿Acaso no los habia seguido un hombre sospechoso?

¿No podia este hombre haber burlado la vigilancia de los guardias y haber continuado observando la casa de Cristóbal?

¿Y no podia ser tambien que observada la casa por los guardias hubiesen visto salir al padre Juan, le hubiesen seguido cautelosamente, le hubieran sorprendido en el momento de desenterrar la cartera, y le hubieran arrestado?

Esta suposicion era la mas favorable.

Pero la duda es la peor de las situaciones cuando recae sobre un asunto gravísimo.

XIII.

Clotilde continuaba superando el sendero, siguiendo sus sinuosidades, venciendo sus dificultades, soportando la temperatura horrible de aquella noche de invierno, sintiendo el hielo que se rompia bajo sus piés, cuidando de no apartarse del sendero, escuchando para apercibirse del rumor del arroyo.

De repente oyó un como gemido profundo, desesperado, anhelante.

Se detuvo crispada, erizados los cabellos.

Al mismo tiempo habia sentido un rumor vago é insistente que se parecia al rumor de un arroyo que se precipitase por un terreno pedregoso.

Clotilde se detuvo.

Nada oyó.

El viento habia cambiado en uno de esos remolinos de sus giros caprichosos.

—¡Ah! Ha sido sin duda un zumbido del viento, dijo Clotilde.

Y siguió.

Algunos momentos despues oyó de una manera distinta el ruido de una corriente.

Avanzó, y ya no tuvo duda.

Un arroyo corria á poca distancia de ella.

No se habia perdido.

Clotilde siguió á la carrera el arroyo.

Muy pronto escuchó una voz débil que se quejaba de una manera profundamente dolorosa.

Se detuvo otra vez.

Concentró toda su atencion.

—¡Oh! ¡no es él! dijo: ¡esa no es su voz! ¿Qué ha sucedido aquí? De todos modos, es un desgraciado que necesita socorro.

Y emprendió de nuevo la carrera.

XIV.

Se habian rasgado considerablemente las nubes.

Habia quedado descubierto un gran espacio azul, diáfano purísimo, y en medio de él brillaba la luna.

Las estrellas fulguraban en lo infinito.

Sobre una pequeña eminencia descubierta, tapizada de un césped fresco y espeso, y rodeada de árboles, se veian algunas peñas de formas caprichosas cubiertas de musgo.

En una gran concavidad, formada por aquellas peñas, un manantial vivo y bullicioso en que rielaba la luz de la luna, formaba un pequeño estanque de forma irregular.

El agua se desprendia en pequeños raudales por entre los dentellones de las peñas, y formando al pié de ellas otro pequeño estanque, producia un ruido sonoro, poético, melancólico.

Del segundo estanque salia un arroyo que venia murmurando entre el césped, produciendo pequeños saltos en las desigualdades del terreno.

Este paisaje, pequeño detalle de la montaña, era bellísimo, incomparable.

Parecia haber sido soñado por un poeta y realizado por un artista de genio.

En efecto, Dios es la poesía, y la naturaleza es el arte.

Pero nada de esto habia visto Clotilde.

No habia visto otra cosa que un sér humano tendido á la derecha del segundo estanque producido por la caida de las aguas del manantial.

XV.

Clotilde lanzó un grito de horror.

—¡Socorro! esclamó con voz desfallecida un hombre al sentir junto á sí un sér humano.

Clotilde se precipitó sobre él.

No era el padre Juan.

CAPITULO IX.

UN ESTRAÑO TESTAMENTO.—HASTA DÓNDE PUEDE LLEGAR LO HORRIBLE, PERMITIDO POR LA PROVIDENCIA.

I.

Aquel hombre, al sentir junto á sí á Clotilde, procuró incorporarse, pero no pudo.

Habia hecho un violento esfuerzo, y habia vuelto á caer gimiendo sobre la yerba.

La luna iluminaba de lleno su semblante.

Era de formas enérgicas y regulares, que en aquel momento estaban contraidas por un dolor intenso.

Su espesa cabellera negra estaba erizada, revuelta.

Sus ojos dejaban ver una espresion desesperada, blasfema, amenazadora.

A juzgar por su longitud y por su cuerpo, era alto y robusto.

Su traje consistia en un carrik de color oscuro con esclavina, y unos pantalones oscuros tambien.

Alrededor del cuello tenia un tapabocas de lana blanca.

II.

Clotilde reconoció al hombre que el dia anterior habia entrado en el vagon de Aranjuez, y que despues de haber entrado la habia

mirado con insistencia, y con no menos insistencia al padre Juan.

Clotilde le habia reconocido por el traje, puesto que el dia anterior no le habia visto el rostro.

El sombrero redondo de anchas alas habia desaparecido.

A lo menos no estaba á la vista.

—¡Valor! ¡valor! esclamó Clotilde con voz ardiente, con acento bravo.

—¡Ah! ¿Quién eres tú? esclamó aquel hombre.

Y miró profundamente á la jóven.

—¡Ah! ¡ella! esclamó.

Y en aquella esclamacion habia algo de desesperado, algo íntimo, algo que parecia referirse á un recuerdo doloroso.

—¡Ella! esclamó con asombro Clotilde.

—No, no; tú no eres ella, dijo aquel hombre: tú eres su hija; tú la que acompañabas ayer al otro...

—¿Dónde está el padre Juan? esclamó Clotilde.

—¿Y quién es el padre Juan? dijo con rabia aquel hombre. ¿Acaso es él? ¡Él! ¡Alfonso del Valle de Sos!

—¡Del Valle de Sos!

—¡El asesino... el miserable... el que por burlar las leyes se habia cubierto de un hábito!...

—¡Dios mio! ¿Pues qué no es misionero mi padre?

—Ni es tu padre ni es misionero.

—¿Que no es mi padre?

—No. Pero la vida se me escapa, Clotilde: la vida se me escapa... tengo una puñalada en el pecho...

—¡Ah! Iré á buscar socorro.

—Me encontrarias muerto cuando volvieras. Oye... Dios te ha traido junto á mí... tú eres la causa de la situacion en que me encuentro: espera, espera...

Y el herido se metió la mano debajo de sus ropas y sacó una cartera.

La abrió.

Tomó el lápiz.

—Sosténme, sosténme un momento; necesito escribir: levántame, Clotilde, levántame.

La jóven hizo un esfuerzo para incorporar algun tanto al herido.

Este escribió sobre una de las hojas de la cartera algunas líneas.

Luego escribió en otra hoja.

Puso el lápiz en la cartera, la cerró y dijo á Clotilde:

—¡Toma! Ese es mi testamento: mi testamento en tu favor.

—¡Oh, Dios mio! ¿Y por qué? esclamó Clotilde.

—¿Por qué? ¿por qué? ¿Qué te importa? ¡Ah, Dios mio! No te separes de mi lado... no... Por tí, por tí seguí yo á ese maldito... por tí me he visto obligado á huir...

—Pero ¿y él, él?...

—¿Qué sé yo dónde está él?... ¡Ah! ¡maldito sea... maldito!... Él no es tu padre, no: él es... un infame... y yo, yo... he sido...

Una tos seca cortó la palabra al herido.

—¿Qué importa lo que he sido yo?... dijo el herido entre una tos... Nosotros hemos sido una familia de lobos... Oyes... entre mis papeles hay indicios que te ayudarán á encontrar...

La tos del herido se hizo mas fuerte.

—Tú tienes una hermana, dijo haciendo un grande esfuerzo: María... búscala... vuestro padre era...

La tos creció.

—¡Oh! esclamó Clotilde: ¿Quién era mi padre?

El herido hizo desesperados esfuerzos.

Un horrible vómito de sangre cortó la palabra de nuevo al moribundo.

Clotilde estaba transida de horror.

Aquel hombre se agitó en una convulsion rápida.

Clotilde creyó oir vago, indeterminado, un nombre de mujer envuelto en un suspiro de agonía: *Andrea*.

Luego el moribundo se desplomó.

—¡Muerto! esclamó Clotilde.

Y se levantó aterrada, violenta, como á impulsos de un sacudimiento eléctrico.

III.

Su frente estaba cubierta de un sudor helado.

Una niebla espesa parecia estendida delante de ella.

Zumbaban sus oidos.

Sentia en fin uno de esos horribles vértigos en que creemos sufrir la agonía.

Tuvo necesidad de sentarse sobre la yerba para no caer.

Y en medio de su vértigo, y detrás de una niebla sombríamente luminosa, veia el cadáver tendido, amoratado, rígido, horrible, alterado el semblante por la espresion horrible del último dolor.

IV.

Pasaron así algunos segundos.

Lentamente se fué desvaneciendo el vértigo.

La jóven se repuso al fin.

Tenia en la mano la cartera, y en la memoria una palabra:

«*Marqués... Andrea.*»

Y estas otras:

«*Valle de Sos no es tu padre.*»

Y Valle de Sos, á juzgar por la revelacion del desconocido, era el padre Juan de la Penitencia.

Un malvado que para evitar el rigor de las leyes se habia encubierto con un hábito religioso.

Aquella cartera era su testamento.

Que no era hija del padre Juan.

¿Quiénes era pues su madre?

¿Una Andrea?

V.

Todo esto se revolvia á un tiempo, confuso, monstruoso, terrible, en la imaginacion de la jóven.

¿Y no podian ser tambien las revelaciones del herido una calumnia para vengarse del padre Juan?

Tal vez.

¿Y qué habia sido del padre Juan?

Ella habia ido allí para buscarle.

Allí habia encontrado aquel otro hombre.

Aquel hombre la habia dicho que no sabia lo que habia sido del padre Juan.

¿Acaso este necesitaba tambien socorro?

Clotilde se levantó.

Miró en torno suyo y nada vió.

Se pasó la mano por la frente sudorosa, y procuró concentrar, ordenar sus recuerdos.

—A la derecha de la fuente, dijo: cinco madroños: debajo de uno de ellos está la cartera: aquí ha debido venir mi padre... ¡oh! ¡sí! yo no puedo todavía dejar de considerarle como padre.

Y adelantó por la derecha de la fuente.

Tropezó con un objeto ligero, que cedia.

Clotilde miró.

Era un sombrero de copa redonda y de ala ancha.

El sombrero del muerto.

A poca distancia se veia un grupo de pequeños árboles.

De arbustos mas bien.

Los cinco madroños marcados por Cristóbal.

VI.

Pero antes de llegar á ellos, Clotilde advirtió un objeto informe tendido por tierra.

Se acercó, miró y lanzó un grito de horror.

Aquel objeto era el misionero.

Estaba muerto.

Tenia volado el cráneo como por efecto del disparo de un arma de fuego, y por la horrible abertura asomaba la materia cerebral.

El cadáver tenia un puñal en la mano derecha, que oprimia rígida y crispada.

La larga hoja del puñal estaba teñida de sangre.

VII.

Clotilde por el momento no vió mas que esta cosa horrible.

Fijaba una mirada suprema, indescribible, en el cadáver.

Tenia completamente cubierto el rostro de sangre coagulada, lo que le desfiguraba, haciéndole parecer monstruoso.

Sin embargo, su boca y su barba estaban libres de la sangre.

Esta habia encontrado los largos y espesos bigotes, y habia corrido por los costados.

Aquella boca estaba contraida por una espresion infernal, por una espresion horrible que constituia por sí sola una fisonomía en que se adivinaba toda un alma: un alma negra é infame.

La naturaleza no falsifica nada.

La muerte estereotipa sobre el semblante del cadáver su último pensamiento, el último movimiento de su espíritu, á vuelta de la espresion del dolor y de la agonía.

Clotilde, cuyo estraño valor, cuya gran fuerza de espíritu no se habia desmentido un solo momento, se inclinó sobre el cadáver y le examinó profundamente.

Los ojos vidriosos tenian una espresion tan horrible como la boca.

La luna arrancaba un destello mate, frio, blanquecino, de cada uno de aquellos ojos, y este detalle aumentaba el horror de aquella fisonomía incalculablemente espantosa y repugnante.

—¡Ah, no! esclamó alzándose Clotilde: este hombre no era mi padre, no... si hubiera sido mi padre, yo tendria en mi alma algo de la suya, y yo no tengo en mi alma nada de infame. ¡Oh! Dios sin duda me ha protegido, añadió concentrando la fuerza de su espíritu. ¿Qué tengo yo que ver en la esfera del sentimiento con esos dos hombres que sin duda se han destruido el uno al otro?

VIII.

Y esta era la verdad.

Digamos cómo habia tenido lugar aquella catástrofe.

Dejemos tiempo á Clotilde de que acabe de rehacerse.

El padre Juan, ó don Alfonso del Valle de Sos, marqués de Casa-Otero, porque nosotros podemos decirlo, y porque en efecto lo era, habia tomado á buen paso la direccion hácia el camino de Titulcia.

Apenas habia adelantado cuarenta pasos, cuando de detrás de las tapias del huerto de la casa de Cristóbal salió un hombre.

Este hombre habia estado escondido entre unos espesos espinos inmediatos.

Era el mismo que el dia anterior habia logrado escapar de Atrevido, de Cristóbal y de los guardias.

Los espinos estaban á bastante distancia para que Atrevido no se apercibiese de la proximidad de un estraño.

El padre Juan iba casi á la carrera.

El que le seguia parecia fatigado, enfermo.

Sin embargo, aunque se notaba que andaba difícilmente, procuraba que Valle de Sos no aumentase la distancia que le separaba de él.

Pero no le seguia en línea recta.

Buscaba los accidentes del terreno, y se aprovechaba de los árboles para no ser visto, dado el caso de que Valle de Sos volviera la cabeza.

Pero este no la volvió.

Temió ser observado y confirmar las sospechas que su estraña presencia en la casa de Cristóbal habia inspirado á los guardias.

Así continuaron.

Siempre con un paso determinado por la carrera Valle de Sos.

Siempre esforzándose el desconocido por no perderle de vista.

IX.

Valle de Sos ganó al fin el camino vecinal de Titulcia á San Martin de la Vega.

El desconocido le siguió, bordeando el camino por entre los árboles.

Al llegar á la Venta Quemada, Valle de Sos torció á la izquierda y se perdió por el sendero que ya conocemos.

—¿A qué va al monte ese canalla? dijo el desconocido.

Y se propuso no darle definitivamente alcance hasta ver á lo que iba.

Media hora despues el desconocido estaba oculto entre los breñales de la fuente.

Entonces vió que Valle de Sos se dirigia á un grupo de arbustos, que examinaba detenidamente el del centro, y que luego, sacando de debajo de su hábito un amocafre, se inclinaba y se ponia á arrancar con ardor la tierra al pié del arbusto.

Al desconocido no se le ocurrió la idea de que Valle de Sos iba á desenterrar, sino á enterrar.

Creyó pues que habia descubierto el objeto que habia llevado allí á Valle de Sos.

Al verle examinar el arbusto no habia creido que buscaba un lugar prefijado, sino que escogia un lugar y tomaba bien las señas posibles para poder encontrarle despues.

Avanzó como el lobo que pretende sorprender su presa.

Avanzó de una manera circular.

Ganó la espalda á Valle de Sos.

Se detuvo.

Estaba pálido, y miraba con recelo á Valle de Sos, que cavaba siempre.

Se comprendia que el desconocido temia al marqués.

Metió la mano bajo sus ropas, y la sacó armada de un rewólver de seis tiros.

Se acercó mas para asegurar el golpe.

Tocaba casi á Valle de Sos.

Pero este, al disparar el incógnito, hizo un movimiento, y el tiro, en vez de darle á la cabeza, adonde iba dirigido, le rozó un hombro.

Valle de Sos lanzó un rugido de fiera, se alzó, y se encontró tan cerca del otro que casi le tocaba con el rewólver.

El desconocido temblaba, á pesar de que tenia todo el aspecto de un hombre bravo, y de bravo habia sido la manera de escapar el dia anterior.

Pero el valor es relativo.

El desconocido tenia sin duda bastantes razones para temer al marqués.

—¡Ah! ¿Eres tú? ¿tú? esclamó Valle de Sos, en cuya lúgubre mirada ardia el esterminio.

Y su mano apareció instantáneamente armada de un largo puñal.

No se dijo ni una sola palabra mas.

El desconocido disparó á quemaropa, pero faltó la cápsula.

Valle de Sos estendió vigorosamente el brazo é hirio en el costado al desconocido, al mismo tiempo que este disparaba su tercer tiro.

La bala levantó el cráneo á Valle de Sos, que cayó en tierra como un árbol cortado por el pié.

X.

Sin duda entre estos dos hombres existia un odio tal, una tal sed de sangre y de esterminio, que las palabras habian sido inútiles.

Además de esto, la situacion, tal como se habia librado, debia pasar rápidamente por necesidad.

El uno ó el otro debian morir.

Los accidentes de la lucha habian hecho que los dos se esterminasen.

La sangre salia en abundancia de la herida del desconocido, pero no de manera que pudiera causar una muerte rápida.

El instinto de conservacion se sobrepuso en él á todo.

Se apretó la herida con la mano, y cayó á los pocos pasos.

Entonces perdió el sombrero.

Pudo levantarse otra vez y adelantó algunos pasos mas.

Al fin cayó en el lugar donde le encontró Clotilde.

Gritó, pero nadie respondió á sus voces.

Procuró adelantar, arrastrándose, y no pudo moverse de allí.

Y así, apurando el largo, el supremo terror de una lenta agonía, pasaron una hora y dos y tres, hasta que llegó Clotilde.

Un momento mas, y la jóven solo hubiera encontrado dos cadáveres.

XI.

Clotilde dominó cuanto era posible dominarla la situacion.

Tenia miedo, un miedo insoportable, un horror infinito.

Miedo de que por un acaso la encontrasen junto á aquellos dos cadáveres.

Horror, porque la muerte causada por el crímen estaba junto á ella, porque habia amado como si hubiera sido su padre á uno de aquellos dos hombres, porque una historia desconocida, misteriosa, llena sin duda de horrores y de lágrimas, flotaba como una maldicion sobre aquellos dos cadáveres.

Clotilde concentró todo el valor que le quedaba.

¿Acaso junto á ella no habia enterrada una cartera, que debia ser muy importante cuando desde tan lejos habia venido el falso hermano Juan de la Penitencia para buscarla?

Clotilde se propuso desenterrar aquella cartera.

No tuvo necesidad de buscar el madroño señalado.

Le reconoció porque á su pié, y descubiertas ya completamente sus raíces, habia un profundo hoyo.

Clotilde cogió el amocafre, que estaba junto al cadáver de Valle de Sos, y se puso á cavar.

La operacion era dura para una jóven delicada.

Sin embargo, á pesar de que muy pronto su pequeña mano se llenó de vejigas, continuó cavando en torno del arbusto, descarnando sus raíces.

Habia invertido mucho tiempo.

Habia soportado un dolor cada vez mas vivo: un dolor semejante al de una quemadura.

No importaba.

Aquella cartera encerraba acaso su porvenir, el de su hermana: ¡sabe Dios qué de cosas importantes!

No habia medio de esperar.

Habia necesidad de aprovechar la noche.

Clotilde se desesperaba.

Habia tentado á arrancar el arbusto, pero no habia tenido fuerza bastante.

Su mano apenas podia sostener ya el amocafre.

Al fin el arbusto, bastante descarnado ya, ó mejor dicho, bastante desencajado, vaciló y se inclinó.

Entonces le fué fácil á Clotilde apartarle del hoyo.

Pero nada encontró debajo.

La cartera debia estar á una mayor profundidad.

Sin embargo, la tierra se mostraba ya blanda.

Despues de un cuarto de hora de trabajo y de horribles sufrimientos, soportados de una manera heróica, la punta del amocafre tropezó en un objeto que opuso una resistencia semejante á la de un paño que envolvia algo dentro.

En efecto, cuando Clotilde retiró aquel objeto, vió que le envolvia un pedazo de paño ordinario y á medio podrir.

Dentro habia una caja de hojalata completamente oxidada.

Clotilde puso sobre una piedra la caja, que era pequeña, y la rompió golpeándola con el aro del amocafre.

Dentro habia una preciosa cartera de piel de Rusia que aún conservaba su olor.

Sobre el broche habia una corona de marqués, y debajo estas iniciales: *C. O.*

XII.

Clotilde guardó aquella cartera en su costado derecho, bajo sus ropas.

En el izquierdo tenia la que le habia dado el desconocido.

Se envolvió su pequeña mano, destrozada, en el pañuelo, sintió entonces mas terror que nunca, y partió á la carrera, siguiendo el arroyo, buscando el sendero por donde habia ido.

De improviso, y al llegar á la entrada, se detuvo á impulsos de un recuerdo.

El que habia creido su padre tenia consigo un precioso retrato de dama.

Ella nunca habia visto aquel retrato.

Pero cuando el dia anterior le vió, ardió en su corazon un inmenso amor.

Aquel retrato, que podia pasar por el suyo, salvo una ligera diferencia de edad, aquel retrato en las manos del que decia ser su padre no podia ser de otra mujer que de su madre.

¿Y por qué, si no era su padre aquel hombre, tenia el retrato de su madre?

¿Qué relacion existia, tal vez infame, entre aquel hombre y aquel retrato?

No se le podia, no se le debia dejar abandonado sobre aquel cadáver.

Su madre debia ser muy conocida, y una vez el retrato en manos de la justicia, sabe Dios cuántos horribles compromisos se determinarian.

Clotilde hizo un nuevo esfuerzo.

Volvió: llegó al cadáver de Valle de Sos.

Su situacion era una de esas que se niegan á que se las haga apreciar por medio de las palabras.

Una situacion estrema, aterradora, repugnante de todas las maneras posibles, espantosa, escepcional.

Entonces fué cuando se reveló toda la energía de la jóven, toda su fuerza de voluntad.

Se inclinó, metió rápidamente su mano en la manga derecha del hábito del cadáver, y en un cujon, en ese cujon que era el bolsillo de los frailes, encontró un estuche.

Se alzó, se retiró del cadáver, abrió el estuche y miró.

La luna embellecia aquel bellísimo retrato.

Parecíale á Clotilde que ya no estaba sola.

La acudió un valor desconocido, y miró con los ojos dilatados y el corazon palpitante á aquella preciosa miniatura.

La luna era bastante fuerte, y por otra parte escelente la vista de la jóven.

Pudo apreciar perfectamente aquella admirable correccion de formas, de color, de espresion, que constituian una gran belleza, una belleza tranquila, una belleza noble y escesivamente simpática.

La pareció que habia algo de su sér en la espresion de aquel re-

trato, en sus hermosos ojos, en la vaga sonrisa melancólica y triste que habia sabido reproducir el artista.

—¡Oh! ¡no! ¡no! dijo con el corazon palpitante: ¡esta criatura no ha podido ser miserable, no ha podido envolverse y envolver á su esposo y á sus hijos en una infame atmósfera de deshonra! ¡Oh! ¡no! ¡madre de mi alma!

Y besó frenética el retrato, cerró el estuche, le guardó sobre su corazon y dió á correr.

Sonaban las dos de la madrugada en el reló de Titulcia cuando Clotilde, sin haber encontrado á nadie en el camino, llegaba á la casilla de Cristóbal, tomaba la llave de debajo de la puerta, abria y entraba.

Atrevido, que habia gruñido como gruñen los perros cuando se acerca á ellos una persona que aman y hay una puerta ó un obstáculo que los impide acercarse á ella, en cuanto la puerta se abrió, se abalanzó á la jóven, loco de alegría.

—¡Silencio, Atrevido, silencio! dijo Clotilde. No le despiertes.

El perro pareció como que comprendia á la jóven, y cesó de gruñir.

Clotilde subió y se acercó al lecho.

Cristóbal dormia profundamente.

CAPITULO X.

MISTERIO SOBRE MISTERIO.

I.

Clotilde bajó á la cocina y buscó los enseres de encender, que estaban sobre la chimenea.

Le costó gran pena y gran dolor, á causa de lo destrozado de su mano, encender la yesca y la pajuela de azufre.

Cristóbal no se servia de fósforos por razon de economía.

—Con un ochavo de yesca, decia, tengo yo para un mes, y con un pedernal para toda la vida.

Un candil colgado de un clavo sobre la pequeña mesa esparcia una turbia claridad.

Junto á una pequeña ventana habia colgada una redomita de vidrio que contenia un aceite espeso.

Aceite de balsamina.

Esta se encuentra en todas las casas rústicas y de los pobres.

Los pobres, ocupados en los rudos trabajos del campo y de la carga y de la descarga, se hieren con mucha frecuencia las manos.

La balsamina es su providencia.

Clotilde abrió el saco donde habia traido su pequeño equipaje, y que estaba en un rincon, sacó dos pañuelos, hizo pedazos uno de

ellos, tomó la redoma, empapó algunos pedazos de tela en la balsamina, y se envolvió con ellos la mano como pudo, sujetándosela con otro pañuelo.

El dolor era tal, que le alcanzaba hasta el hombro.

Sentia además un frio horrible, un frio intenso.

El horror llenaba su memoria y aumentaba aquel frio.

Y en medio de todo aquello, un nuevo amor, un único amor la dilataba el alma y la desesperaba á un tiempo: el amor á su madre.

II.

Aquel amor habia existido siempre en ella, pero como un dolor.

Ella no habia conocido á su madre, no habia conocido nunca tampoco el verdadero nombre del que habia creido su padre, nunca su verdadero estado civil.

Con mucha frecuencia cambiaba de nombre y de aspecto y de ocupacion; pero esto nos lo dirá Clotilde mas adelante.

La niña abrió de nuevo el estuche, y se puso á contemplar el retrato con la mirada dilatada, enamorada.

La parecia que aquel retrato se animaba, la acariciaba con su mirada, la sonreia con todo el amor de su alma.

La contemplacion de este retrato iba contrarestando el horror de que estaba poseida Clotilde.

La pobre jóven no tenia sensaciones sino para su situacion del momento; esto es, que estaba sola en el mundo.

Lo punzante, lo terrible de las impresiones que habia esperimentado, la una despues de la otra, no la habian dejado pensar en esto.

Pero llegó un momento en que se le ocurrió esta idea:

—¿Qué va á ser de mí? ¿qué hacer?

Entonces recordó su terrible diálogo con el desconocido moribundo.

—¡Ah! Yo tengo una herencia, dijo estremeciéndose. Pero ¿dónde está?

Sacó entonces la cartera que tenia sobre el costado izquierdo.

III.

Era una cartera negra y grande.

Una cartera de hombre de negocios.

La abrió por una hoja escrita al parecer por una mano vacilante.

«Voy á morir, decia. Dios me la ha enviado: la instituyo mi heredera universal: se llama Clotilde: se ha creido hija del hombre que se encontrará muerto junto á mí con un hábito franciscano: el guarda campestre inmediato al Jarama probará la identidad de Clotilde.—*Andrés Casares.*»

Estas líneas eran las primeras que habia escrito el moribundo.

Clotilde volvió aquella hoja, y encontró sobre la siguiente estas líneas, ininteligibles ya.

Solo pudo descifrar:

«Busca... marqués de C..., di... to... Andre... a de... a... da... ...7 ...ero ...54.»

Clotilde solo pudo descifrar:

Por di... to, difunto.

Por Andre... Andrea.

Por a de... marquesa de...

Por a... da... asesinada.

Por ...7 ...ero ...54, dia 7 ó 17 ó 27 de enero ó febrero de 1854.

Esto no podia ser mas vago.

Sin embargo, se tenian dos calificativos, un nombre y algunas fechas.

Tenia además en la memoria Clotilde el nombre de María, de una hermana suya, segun el moribundo.

Habia además en la cartera en billetes de banco diez mil reales.

Esto era una garantía de existencia para algun tiempo.

Pero ¿podia disponer dignamente María de esta herencia?

Sí, puesto que de su propia voluntad, y sin escritura alguna, al reconocerla el moribundo la habia instituido su heredera universal, y parecia como que con esto cumplia con un deber de conciencia.

En la cartera, cuyos hojas estaban casi todas emborronadas, no habia mas que nombres y fechas.

Clotilde recorrió aquellos nombres.

No encontró uno solo que pudiese aclarar aquel documento ilegible.

Clotilde cerró aquella cartera y la guardó.

En la otra podia haber una esplicacion completa.

En el momento en que iba á sacarla para examinarla, oyó la robusta voz de Cristóbal, que decia:

—¡Señorita Clotilde! ¡señorita Clotilde!

La jóven se apresuró á subir.

Llevaba el candil.

IV.

—Yo creí que estaba usted acostada, señorita, dijo. He despertado, la he llamado á usted con la voz natural, y usted no me ha contestado.

—Estaba abajo, señor Cristóbal.

—¿Abajo y vestida?

—Sí señor.

—¿No ha venido su señor padre de usted?

—Aún no, contestó Clotilde, que no sabia aún si podia confiar en Cristóbal.

—¡Qué no ha venido! ¿Pues y qué hora es?

—Las dos. Debe haberle sucedido algo.

La agitacion natural que dominaba á Clotilde engañó á Cristóbal.

La tomó por cuidado.

—¿Y qué ha de haberle sucedido? dijo Cristóbal. Acaso se le ha hecho tarde... acaso la cartera que buscaba era de mucho valor, y teniendo mas cerca á San Martin de la Vega, se habrá ido allá á pasar la noche.

—¡Quién sabe! contestó Clotilde.

—¡Y yo que todavía estoy que no puedo valerme!... dijo Cristóbal. Voy mejor, mucho mejor; pero en fin, no podria llegar allá. No

hay que asustarse. Dios no querrá: Dios ampara á los que son buenos, y usted es muy buena, señorita Clotilde.

Dijo de tal manera estas palabras Cristóbal, que la jóven se conmovió.

Y como estaba terriblemente combatida, como habia arrostrado mas que lo que naturalmente puede arrostrar sin conmoverse profundamente una criatura, rompió á llorar.

Era una reaccion necesaria.

Habia pasado la sobreescitacion nerviosa, y la habia reemplazado la reflexion.

—Vamos, vamos, dijo Cristóbal, no hay que desconsolarse, que todavía queda mucho por ver. Pero ¿qué es eso? añadió reparando en la mano entrapajada: ¿qué tiene usted en esa mano?

—He abierto la puerta para ver si venia mi padre, dijo Clotilde, y al cerrarla me he cogido la mano.

—¿A ver? ¿á ver?... ¡Válgame Dios!...

—Ya me he puesto un bálsamo que he encontrado abajo en una redoma.

—¡Ah! ¡bien! Pero no importa. ¿A ver?

Clotilde creyó imprudente negarse.

Se acercó.

Cristóbal quitó el pañuelo y los trapos.

—¡Ya lo creo! dijo: hinchada como una bota, y herida, magullada.

Tal destrozo habia hecho el amocafre en la pequeña mano de Clotilde.

—Debe á usted dolerle mucho, dijo Cristóbal, hasta el hombro, hasta la cabeza: ya lo sé yo eso... pero pasa pronto. La balsamina es muy buena, y cuanto mas vieja mejor: la mia tiene diez años. Súbamela usted, señorita: yo la curaré á usted bien.

Clotilde subió la redoma.

Se habia tranquilizado.

Empezaba á confiar en el escelente Cristóbal.

Este, con la solicitud de un padre, curó á la jóven, la vendó perfectamente, y la dijo:

—Tiene usted calentura. ¡Preciso! Estos golpes dan calentura.

Es menester que usted se acueste. ¡Esa perra de la tia Ventosa, armazon de huesos, que por nada del mundo quiere pasar una mala noche... En fin, yo estoy ya mucho mejor, casi bueno, y cuidaré de usted; y su padre de usted vendrá. ¡Vaya! ¿no ha de venir? Acuéstese usted: tiene usted mucho frio. Mañana será otra cosa: habrá vuelto su padre de usted, no le dolerá á usted nada, ni tendrá calentura.

—¡Oh! ¡sí! ¡sí! dijo Clotide. Voy á acostarme: no puedo estar de pié.

Y apagó la luz para poderse desnudar.

En el fondo del desvan habia dos camas que el hijo de la tia Ventosa habia traido el dia anterior del pueblo.

Clotilde se desnudó, y guardó entre su cama las carteras y el retrato.

—Buenas noches, dijo á Cristóbal.

—Buenas noches, contestó este. Recójase usted, procure usted dormir, y ello pasará.

Clotilde no durmió.

Cristóbal no pudo dormir tampoco.

Estaba vivamente inquieto.

Al amanecer sin embargo, ambos se durmieron.

CAPITULO XI.

UN POBRE DE CORAZON.

I.

Los cadáveres habian quedado abandonados, horribles.

Pasaron algunos minutos desde la partida de Clotilde.

Al cabo de ellos se oyó ruido de pasos y las voces de dos hombres que hablaban.

Poco despues, por entre un matorral, asomaron dos guardias civiles.

Adelantaron, y llegaron hasta la fuente.

—¿Te parece que nos sentemos, Ruiz? dijo uno de ellos.

—¡Buena orilla hace para sentarse! ¡con un aire que afeita y que se mete en los huesos!

—¡Malditos sean tantos tunantes como andan por el mundo! Mientras ellos están muy á gusto en alguna taberna de Madrid, nosotros nos soplamos los dedos flanqueando y volviendo á flanquear el Jarama y el monte. De Madrid son todos estos pillos; y aunque no hubiesen hecho el ferro-carril de Andalucía, no le haria nada: cogen el tren, se vienen por estos pueblos, preparan el golpe, le dan, y escapan por la mañana en el primer tren. ¿Dónde estarán ya el copon y las patenas y los candeleros de plata? Fundidos y vendidos

tal vez á la casa de la moneda para que los acuñen. ¿Tienes un fósforo?

Y como no le contestase el otro, añadió:

—¿No oyes? ¿Qué miras tan embobado?

—¡Calla! Me parece que al otro lado de la fuente hay un hombre tendido é inmóvil.

—¡Bah! Algun trozo de árbol.

—Ó alguno de los que buscamos, á quien hayan matado sus compañeros.

—Con verlo basta, Perico.

—Dame pronto un fósforo.

—No tengo.

—Pues bien, nos pasaremos sin fumar, dijo Perico.

—Vamos á ver lo que es aquello, insistió el otro, que se llamaba Celestino. Cada vez me aferro mas en que es un hombre muerto.

—Vamos allá, dijo Perico.

Los dos guardias se echaron las carabinas al hombro, y avanzaron, rodeando por detrás las peñas de la fuente, hácia donde estaba el cadáver de Valle de Sos.

II.

—¡Poder de Dios! dijo Perico: ¡si es un fraile!

—Lo parece á lo menos, dijo Celestino.

—¡Levantada la tapa de los sesos!

—Y con un puñal en la mano teñido de sangre.

—Entonces anda otro por ahí.

—Espera: ¿qué es eso que reluce entre la yerba? ¡Un rewólver! ¡y bueno, muy bueno! dijo Celestino inclinándose y recogiendo el arma que estaba á poca distancia del cadáver. ¡Tres tiros descargados!... ¡Diablo! Aquí ha habido una batalla.

—¡Aguarda! ¡Un hoyo empezado á abrir! ¡Un madroño arrancado!

—¡Pillos! Para ponerle despues sobre la sepultura y disimularlo. Sin duda nos han sentido y han escapado.

—Aquí han dejado un sombrero.

—Bueno, bien. Veamos dónde encontramos los otros; porque muertos ó heridos, aquí debe de haber mas.

III.

Los dos guardias, que como ven nuestros lectores no eran los que el dia anterior habian estado en la casilla de Cristóbal, hicieron un reconocimiento, y encontraron el cadáver del que conocemos hasta ahora como Andrés Casares.

Nada mas encontraron.

Conferenciaron los guardias sobre cuál habia de ir á dar parte al puesto mas inmediato, y acabaron por echar suertes á pares y á nones, valiéndose de un puñado de cuartos.

La suerte fué contraria á Celestino, porque le tocaba quedarse guardando los cadáveres y los efectos encontrados junto á ellos.

Porque en aquella crudísima noche de invierno era preferible andar media legua en media hora, que quedarse estacionado durante un cuarto de hora.

Perico partió á gran paso, ó como se dice en el ejército, al paso gimnástico.

Celestino se puso á pasear, murmurando:

—¡Y sin tabaco y sin fósforos!

IV.

Una casualidad habia llevado por allí á los guardias, esto es, por un lugar apartado que no era camino para ninguna parte, y por el que solo andaban leñadores, pastores ó cazadores.

La noche antes habia sido robada la iglesia de un pueblo inmediato.

Los ladrones se habian llevado un copon, dos patenas y dos candeleros de plata.

Los guardias del puesto correspondiente á Cien-pozuelos y á su demarcacion habian recibido órden de escudriñar los lugares por donde podian andar escondidos los ladrones.

Uno de estos lugares podia haber sido muy bien el monte de Matalobos.

V.

Dormia dulcemente el juez de primera instancia de Ocaña con la espalda vuelta á su mujer, que roncaba vuelta de espaldas á su marido, cuando el digno matrimonio fué despertado bruscamente por los fuertes golpes que daban á la puerta de su casa.

—Algo sucede, dijo el juez á su cónyuge.

—Precisamente, dijo esta: ya hace quince dias que no venian á levantarte, y era ya demasiado.

Se oyó entonces rechinar la gran puerta al abrirse, y los pasos de un caballo que entraba en el portal.

—¡Pues! dijo la jueza: un guardia. Estos manchegos son salvajes.

—Peor estábamos en Estremadura, mujer, contestó el juez. Veamos qué hora es.

Y tomó un reló que estaba colgado á la cabecera de la cama.

—Las tres y cuarenta y cinco, dijo.

—Y con una noche de perros, dijo ella con un disgusto que demostraba cuánto amaba á su marido. ¡Y todo esto por diez y ocho mil reales!

—¡Qué hemos de hacerle, hija! contestó don Castor Aceituno, que así se llamaba el juez, cogiendo sus calcetines y poniéndoselos resignadamente.

—Espera: puede ser que no sea nada, dijo Amalia, que así se llamaba la jueza, y que era una jamona de muy buenos bigotes.

—Me huele á muerto la cosa: ya verás, contestó don Castor.

En aquel momento llamaron á la puerta de la sala.

Levantóse en calzoncillos blancos el juez, y fué á la puerta y la abrió.

Apareció una muchachota que pudiera haber sido tomada por Dulcinea del Toboso, si nos atenemos á la descripcion que de esta señora hizo Sancho Panza á don Quijote, y dijo á su amo:

—Señor, ahí está un guardia de á caballo que trae esto para usted.

—Dame, dame acá, Teresita, y espera.

El juez volvió á la alcoba, y á la luz de la lámpara de noche leyó una comunicacion del alcalde de Titulcia en que trasmitia el parte que le habia dado el guardia civil de primera clase Pedro Fuertes.

—¡Dos! dijo don Castor despues de haber leido la comunicacion: ¡y uno de ellos fraile!

—Algun pícaro disfrazado, dijo Amalia.

—Tal vez alguno de los padres misioneros del convento de Ocaña.

—¡No lo quiera Dios! dijo Amalia. Pero si es así, ha de ser lejos.

—Tres leguas largas, hija, tres leguas largas, respondió el juez.

—¡Válgame Dios! esclamó afligida Amalia. Abrígate bien, hombre, abrígate bien.

—Que vayan á buscar al escribano, dijo don Castor yendo á la puerta, y que embarguen para mí una caballería de buena andadura y bien aparejada.

VI.

A las cuatro y media de la madrugada salia el juez de Ocaña montado en una mula, muy arropado en una capa parda y completamente cubierta la cabeza hasta las orejas con una gorra de piel de conejo manchega.

Sobre las estriberas llevaba mantas.

Iba en fin tan abrigado como podia, y de la misma manera su escribano don Frutos Perales, á quien no se le veian mas que las narices, y que iba renegando porque á cada momento respingaba su mula.

Dos guardias civiles de caballería los escoltaban.

VII.

A las ocho de la mañana tenia efecto el levantamiento de los cadáveres; y don Frutos, calzados unos gruesos guantes de lana verde, embozado y calada hasta las narices su gorra de pieles, tomó los apuntes que debian servir para levantar el acta.

Á Valle de Sos se le habian encontrado algunos pocos papeles

que probaban que pertenecia á las misiones del Paraguay, y que con la licencia de su superior habia venido á España para asuntos de familia, y el puñal que tenia aún en su mano.

Al llamado Casares no se le habia encontrado ni un solo papel que determinase su identidad, ni mas que un pañuelo muy rico de batista, pero sin marcas, una petaca, algunas monedas de oro y plata en un bolsillo del chaleco, y una magnífica repeticion de oro.

—¿Conoce alguno de ustedes á alguno de estos? preguntó el juez á los guardias, que eran seis, dos de caballería y cuatro de infantería.

—No, señor juez, dijo un guardia, sobrevenido despues del parte; pero Juan Santisteban, que pertenece al puesto de Cien-pozuelos, me dijo ayer que en la casilla del guarda campestre Cristóbal Yañez habia uno que se llamaba misionero y que le parecia sospechoso.

VIII.

El juez mandó que los cadáveres fueran preventivamente conducidos á Titulcia; y puesto ya sobre sumario, se fué con los cuerpos de delito, es decir, con el sombrero, el puñal, el rewólver y los papeles y las prendas y alhajas encontradas sobre el cadáver, á la casilla de Cristóbal, á la que llegó con su acompañamiento á las nueve y media de la mañana.

La puerta estaba cerrada, lo que hizo decir á don Frutos:

—¡Hum! Me parece que los pájaros han volado, y que todo esto tiene relacion con el robo de San Martin de la Vega.

—Llamen ustedes, dijo el juez á los guardias.

Estos llamaron con las culatas de sus carabinas.

IX.

La tia Ventosa no habia ido aún.

Clotilde y Cristóbal, que no habian cogido el sueño hasta el amanecer, dormian profundamente.

Clotilde fué la primera que despertó, y llamó á Cristóbal.

—¡Ah! ¿Qué es eso? dijo este.

—Llaman á la puerta, y al parecer con fusiles, y dicen que se abra á la justicia.

Cristóbal, á pesar de su estado, se levantó.

La pobre Clotilde no podia moverse.

Tenia una ardiente fiebre.

No en vano habian pasado por ella tristes, terribles impresiones, y habia sufrido el rigor de aquella furiosa noche.

Cristóbal se vistió con mucha prisa, bajó, y abrió.

El juez, al verle pálido y vacilante, se detuvo.

—Estaba enfermo en cama, señor juez, habia dicho Cristóbal, y dormido cuando usía ha llegado.

—¿Cómo se llama usted? dijo don Castor.

—Cristóbal Yañez, para servir á usía.

—¿Guarda campestre de la jurisdiccion de Titulcia?

—Sí señor.

—¿Qué personas tiene usted en su casa?

—Una señorita.

—¿Cómo se llama?

—Doña Clotilde.

—¿No la acompaña nadie?

—Sí señor, un misionero que se llama el padre Juan de la Penitencia.

—¿Y está en casa?

—No señor: salió ayer tarde y aún no ha vuelto: su hija y yo...

—¿Su hija? ¡Un misionero!

—Sí señor... antes de ser misionero...

—¡Ah! Sí, es posible. Continúe usted.

—Su hija y yo estábamos con un gran cuidado, y hemos pasado la noche en vela temiendo que hubiera acontecido al padre Juan una desgracia, como creo que le ha acontecido en efecto.

—Entremos, dijo don Castor.

Y entró con el escribano.

Los guardias se quedaron á la puerta.

—¿Dónde está esa señorita? preguntó el juez.

—Arriba en el desvan.

—¿En el desvan?

—Sí señor; yo le llamo desvan porque está á teja vana, pero es mi dormitorio.

—¡Ah! Haga usted bajar á esa señorita.

—Está enferma, señor.

—¿Enferma?

—Sí señor: es delicada, ha pasado una muy mala noche de inquietud y de zozobra, se ha cogido una mano contra la puerta, se la ha destrozado y tiene calentura.

—¿Contra la puerta?

—Sí señor: impaciente por la tardanza de su padre, abrió la puerta para ver si le veia venir, y al cerrarla se cogió la mano.

Cristóbal hablaba con gran lisura, con gran sinceridad, como hablan los hombres de bien.

—Suba usted, y prevenga usted á esa señorita que el juez del distrito necesita interrogarla en cumplimiento de su deber.

Cristóbal se puso pálido.

—Va á empeorar, dijo.

—Yo lo siento, contestó don Castor; pero ¿qué hemos de hacerle? Es preciso.

Cristóbal subió.

X.

El juez fué á la puerta y preguntó á los guardias:

—¿Conocen ustedes á este hombre?

—Sí señor, contestó Celestino.

—¿Y qué reputacion goza?

—La de un hombre de bien á carta cabal, señor juez, contestó Celestino; y de muy celoso en el cumplimiento de su deber.

—¡Oh! Sí, sí señor, dijo Santistéban, que habia sobrevenido. Es un bravo guarda campestre: está malo porque ayer se arrojó al rio persiguiendo á un hombre sospechoso.

—¡Oh! ¡oh! Perfectamente, contestó el juez.

Y se metió dentro.

En aquel momento bajaba Cristóbal.

—Doña Clotilde, dijo, espera á usía.

XI.

Clotilde habia hecho un esfuerzo.

En el momento en que Cristóbal se habia levantado para ir á abrir la puerta, la jóven se habia alzado sobre el lecho.

La techumbre del desvan, á teja vana, tenia muy poca elevacion y se componia de viejas tablas, entre las cuales habia grande espacio.

Clotilde metió en uno de aquellos huecos, sin ser vista de nadie, los objetos que tenia sobre sí, esto es, el retrato, las dos carteras y la llave del arca de Cristóbal, donde estaba encerrada la maleta cogida el dia anterior por Cristóbal.

Esto habia sido hecho en pocos segundos.

Clotilde volvió á echarse y á cubrirse.

Cuando entró el juez, solo vió una enferma, pero una enferma hermosísima, de todo punto interesante.

La fiebre aumentaba la belleza de Clotilde: tenia los ojos encendidos de haber llorado.

Su fisonomía representaba la ansiedad que devoraba su alma.

Don Castor se conmovió; y lo que es mas estraño, el escribano se conmovió tambien.

Las gentes de justicia no dejan de ser sensibles, sobre todo cuando se trata de una jóven tan hermosa como Clotilde, tan rubia, tan blanca, tan pálida, y con tan irresistibles ojos azules: ojos de esos que parecen un cielo, y á los que da fuerza una pupila negra.

Estos ojos no son comunes: tienen una dulzura infinita, y al mismo tiempo una fuerza irresistible; algo inmaterial, algo supremo, algo que se siente y no se esplica, algo de sobrenatural que hace pensar en un mundo mejor.

Y cuando largas, espesas y rubias pestañas sombrean estos ojos, cuando los adormece la fiebre, cuando fluye de ellos un fuego opaco... ¡oh! entonces los severos funcionarios de la ley, siempre predispuestos á ver un criminal en un acusado, se domestican, se ablandan, sienten un impulso irresistible de benevolencia, y sin quererlo

y sin pensarlo, se ponen completamente de parte del sér simpático, jóven, hermoso, conmovedor.

No se puede pensar en el mal, á la vista de un semblante de ángel coronado por cabellos de oro.

XII.

El juez empezó por disculparse, de la manera mas galante del mundo, de la dura necesidad en que se veia de cumplir con su deber.

Pero el interrogatorio fué muy breve y muy sencillo.

Por él constaba: que el misionero fray Juan de la Penitencia era padre de doña Clotilde de Salcedo; que viudo, antes de ser misionero, se habia llamado don Juan de Salcedo; que habia venido del Paraguay á Madrid para asuntos de familia; que el misionero habia salido para ir á desenterrar una cartera, sin duda muy importante, que habia sido confiada al difunto guarda campestre Francisco García, y que este, antes de morir, habia confiado á Cristóbal Yañez; que no habia vuelto.

El juez pudo haber preguntado mucho mas á Clotilde, pero no le pareció conveniente, atendido el estado en que la jóven se encontraba.

Cristóbal declaró todo cuanto sabia con una gran naturalidad.

Concluyó pues la diligencia judicial.

Pero el juez dijo:

—Me tomo la libertad, señorita, de hacer á usted algunas preguntas, completamente ajenas al proceso causado por esta dolorosa desgracia.

—¡Oh! Usted puede, señor juez, dijo Clotilde.

—Usted es menor de edad. ¿Tiene usted parientes?

—No los conozco, contestó Clotilde.

—¿Tiene usted bienes? Es decir, su padre de usted ¿tenia bienes?

—No lo sé.

El juez movió la cabeza.

—¿Tiene usted profesion? añadió.

—No señor.

Nuevo movimiento de cabeza y mas interés en el juez.

—Entonces, señorita, dijo, será muy posible...

El juez se detuvo.

—Sí, dijo con una resignacion profunda Clotilde: la ley me hará entrar en un establecimiento de beneficencia.

—¡Bah! ¡bah! dijo el escribano. Ya nos encargaremos de eso.

Y se revolvió algo repugnante en el fondo de los ojos de aquella ave de rapiña.

XIII.

Cristóbal habia estado escuchando, con los ojos y la boca abierta, muy serio, muy pálido y muy pensativo.

—Y bien, dijo, si la señorita Clotilde tuviese parientes no iria al Hospicio.

Esta era la frase, la terrible frase que Cristóbal soltó de una manera ruda.

Aquella punzante frase impresionó de tal manera á Clotilde, que á pesar de sus esfuerzos por aparecer tranquila, se echó á llorar.

—Vamos, yo no lo he dicho para eso, dijo Cristóbal, á quien tambien se le llenaron los ojos de lágrimas. El Hospicio está muy lejos, y yo creo que es menester andar mucho camino para llegar á él.

—Segun, segun, dijo el escribano.

—¡Segun! dijo Cristóbal con una impaciencia que tenia mucho de cólera. Vamos á ver: ¿y si yo fuera pariente de esta señorita?

—¡Ah! dijo el escribano sonriendo de una manera sutil, y pudiéramos decir que desvergonzada. Usted puede ser pariente de esta señorita... ¡pues!... casándose con ella.

Clotilde no dejó ver al escribano la menor señal de repugnancia á esta proposicion.

—No nos chanceemos, dijo con energía Cristóbal: á mí me parece que yo podia ser pariente... es decir...

—Sí, pariente legal, añadió el juez viniendo al socorro de Cristóbal.

—Eso es... sí señor; eso queria yo decir, porque si yo prohijase á la señorita Clotilde... yo ya sé que seria un padre muy basto... pero en fin... mejor es esto que el Hospicio.

Clotilde rompió á llorar de nuevo, estendió su mano izquierda hácia una de las callosas manos de Cristóbal, la atrajo á sí y la besó.

—Hé aquí la aceptacion mas elocuente del mundo, observó el juez: esto es cosa concluida.

El escribano dejó conocer una fuerte contrariedad.

Él habia pensado llevar entre su familia á Clotilde, á título de amparador: habia entrevisto una historia que podia dar fruto algun dia.

Cristóbal habia cortado aquellos proyectos en embrion.

XIV.

La tia Ventosa acababa de llegar.

Habia montado la escala y se habia metido sin reparo en el desvan; pero á la vista del juez se detuvo, se acortó su audacia.

Un juez, para las gentes de pueblo, es una cosa formidable.

La primera noticia, del saco de ellas que traia, se le quedó en la garganta.

—Espere usted abajo si le parece, tia Ventosa, dijo de muy mal humor Cristóbal; que usted se sopla en todas partes sin decir allá va eso: mas valia que hubiera usted venido mas temprano.

—Pues con no volver, dijo la tia Ventosa, á la que aquel récipe habia vuelto todo su valor, estamos concluidos: así como así, no quiero yo estar en una casa sospechosa, donde entran frailes que gastan cuchillo... y en fin...

—Si no estuviera aquí el señor juez, dijo Cristóbal, yo la contaria á usted un cuento, tia bruja... Perdone usía, señor juez... estas malas hembras... En fin, bueno... para lo que yo he de estar aquí...

La tia Ventosa habia bajado murmurando y corrida de despecho porque no habia podido contestar á Cristóbal, y habia querido entablar conversacion con los guardias, pero estos la rechazaron.

—¡Pues! dijo la tia Ventosa alejándose hácia Titulcia: todos lobos de una camada. ¡Si al fin estos inflados de guardias, que no hay quien les dé los buenos dias, son gente de justicia! ¡Anda! ¡anda!

¡pues bonito está el pueblo con Cristóbal! Y tiene razon. Esto es una guarida. ¿Qué le parece á usted un fraile que se va al monte y abre un hoyo y le encuentran con un cuchillo todo sangriento en la mano y levantada la tapa de los sesos? Y la otra... tan carilucia, tan llena de sí, tan soberbia... Y no la meterán presa... ¡que no señor! ¡Si tiene azules los ojazos, y la mata de pelo que mete miedo, y rubia! Si no... ya, ya se lo contarian á la niña blanca y pálida.

La tia Ventosa fué la primera que dió este sobrenombre á Clotilde; sobrenombre que no tardó en aceptar el pueblo de Titulcia mas que el tiempo que tardó en conocer á Clotilde.

CAPITULO XII.

NUEVA SITUACION Y NUEVA FAMILIA.

I.

Era la noche siguiente.

El tiempo continuaba duro.

Por la tarde habia empezado á nevar, y continuaba nevando.

Algunos blanquecinos copos caian de tiempo en tiempo por la chimenea de la casilla de Cristóbal sobre el buen fuego de leña que ardia en el hogar.

Clotilde, liada en la capa de Cristóbal, estaba sentada en una silla de enea que se habia traido del pueblo de casa de una vecina que habia sustituido en el oficio de enfermera á la tia Ventosa.

Esta mujer, que se llamaba Verónica, se habia ido al oscurecer para cuidar de sus hijos y de su marido, pero dejándolo todo arreglado casa del guarda.

Clotilde y Cristóbal estaban solos.

Esto podia ser sin escándalo, á pesar de que Cristóbal tenia á lo mas treinta y cinco años, porque él y ella se encontraban en la situacion de padre é hija.

La adopcion de Clotilde por Cristóbal se habia hecho con todas

las formalidades legales durante el dia; como que habia dado mucho que decir y mucho que disputar en el pueblo.

Durante todo aquel dia habia estado espuesto el cadáver de Andrés Casares.

Nadie lo habia conocido.

El de Valle de Sos no habia sido espuesto, puesto que se habia obtenido su identidad.

El médico del pueblo habia hecho la autopsia y habia librado el acta.

Se habia tenido una gran consideracion con Clotilde, y no se la habia llevado al reconocimiento de los cadáveres.

Habia bastado Cristóbal, que escitado por la caridad, habia tenido fuerzas para ir al pueblo.

Habia sido en fin aquel un dia muy triste, y la impresion de esta tristeza estaba sobre los semblantes de los dos.

II

Acababa de oscurecer cuando presentamos de nuevo en escena á nuestros dos personajes.

—Y bien, ¿qué hacemos? dijo Cristóbal con un acento de ruda franqueza. Usted no puede permanecer aquí, señorita...

—Ante todo, dijo Clotilde, no mas ese tratamiento respetuoso despues de la noble, de la grande, de la caritativa conducta de usted para conmigo; el *señorita* en los labios de usted me hace daño: yo no digo que nos llamemos desde el momento padre é hija, porque eso seria violento: ello vendrá; pero tratémonos con confianza: llámeme usted Clotilde: yo llamaré á usted Cristóbal.

—Bien, bueno, dijo este. Pero vamos á lo que importa: usted no puede permanecer aquí, de ningun modo. Mi obligacion me tiene siempre fuera de mi casilla, y los de Titulcia son malos. Particularmente el médico tiene un sobrino que es un canalla, y no quisiera tener que meterle un dia un tiro á causa de usted.

—¡Ah! Yo sé hacerme respetar.

—En buen hora. Pero esta soledad... este desierto...

—¿Qué me importan?

—Madrid, Madrid: yo tengo en Madrid un primo casado con una buena mujer; y no crea usted que una mujer ordinaria, no; es una señorita, pero su marido es escribiente de loterías, está en la Puerta del Sol, donde caen muchos premios, saca muy buenas gratificaciones y vive con desahogo. Yo soy albañil... no peon ni oficial... no señor... maestro... yo me gano muy bien cinco ó seis pesetas... Aquí, entre el sueldo y lo que dan los cazadores y pescadores porque durante la veda se haga la vista gorda... se escapa bien, y á mí me gustaba el campo; pero me voy cansando.

—No hay necesidad de que usted trabaje, mi buen amigo, dijo sonriendo tristemente Clotilde. Yo soy rica...

Cristóbal miró con asombro á Clotilde.

—He heredado.

—¡Ah! ¿Su padre de usted era rico?

—Yo no sé quién es mi padre.

—¿No? ¿Y el padre Juan?

III.

Clotilde contó todo lo que habia pasado la noche antes, y todo lo que la habia acontecido, á Cristóbal, pero omitió una circunstancia importantísima: la omitió por prudencia: aún no conocia bien á Cristóbal.

Acerca de la cartera enterrada, dijo que habia encontrado arrancado el madroño, abierto un profundo hoyo, y junto á él los dos cadáveres; que habia tomado el amocafre y habia continuado agrandando el hoyo hasta que, destrozada su mano, no habia podido continuar.

Habia mostrado á Cristóbal los diez mil reales en billetes, y la cartera donde constaba la última voluntad de Andrés Casares.

—Y bien, dijo Cristóbal; esto es claro: usted es la heredera legítima de ese hombre, porque de su propia voluntad él la ha hecho á usted su heredera. Esos diez mil reales son de usted; pero no hay que tocar á ellos: eso es su dote: es necesario que yo trabaje.

—Yo tengo mas... he heredado mas, dijo Clotilde. Ese hombre tiene grandes valores en su casa.

—Sera así. Pero ¿dónde vive ese hombre?

—Me lo dijo, y lo he olvidado: lo escribió moribundo, y no se entiende.

—Pues vea usted ahí. Eso es una lástima. ¡Grandes valores! ¡Y no saber quién es ese hombre, dónde vive!

—Creo que tenemos un medio.

—No, no: usted no debe decir que ha ido de secreto, que ha visto los cadáveres...

—El medio á que yo me refiero es completamente secreto.

—¡Ah!

—Mi legatario... que tal vez fué mi padre, era el mismo hombre que entró en nuestro vagon anteayer: él fué sin duda el que huyó de usted, el que perdió la maleta: esa maleta está en ese arca.

—¡Ah! ¿Sí? dijo Cristóbal. Pero la llave del arca...

—La tengo yo... me la entregó ese hombre misterioso á quien durante tanto tiempo he creido mi padre.

Clotilde dió la llave á Cristóbal.

Este abrió el arca y sacó la maleta, cubierta completamente de fango.

—¡Ah! esclamó. Aquí hay mas dinero: dinero en oro: ese hombre debia ser muy rico. Me alegro por usted... yo... con cualquier cosa tengo bastante... ¡Ah! Aquí hay unas cartas. En el sobre dicen: «Don Andrés Casares, calle de Gravina, número 20, cuarto segundo.» Tenemos á nuestro hombre; quiero decir, tenemos las señas y las llaves de su casa. Me parece que no tenemos que dar parte á nadie. Basta con que sepamos que todo lo que deja es de usted. Mañana... pero es necesario quemar todo esto, todo; es necesario no dejar cabos... Copie usted en un papel estas señas... yo guardaré estas llaves... ¡Ah! Tome usted el dinero...

Clotilde copió el nombre de su misterioso legatario y la direccion de la que habia sido su casa, guardó el dinero, y entre tanto Cristóbal arrojó la maleta con todo lo que contenia al fuego, menos las navajas de afeitar y los instrumentos de acero, y los arrojó al pozo.

IV.

Al dia siguiente por la mañana, Cristóbal se fué al pueblo y presentó al alcalde la dimision de guarda de campo.

Luego trasladó al pueblo, á casa de Verónica, á Clotilde, mientras llegaba la hora de la salida del primer tren.

Durante tres horas, todo el pueblo tuvo que ir á algo á la casa de Verónica; todo el pueblo vió á Clotilde, que no se ocultaba; todo el pueblo tuvo que murmurar de que la niña blanca y pálida no estaba vestida de luto, á pesar de que habia perdido á su padre de una manera horrorosa.

V.

Á las tres y minutos de la tarde salian de Aranjuez en un vagon de primera clase Cristóbal y Clotilde: á las cinco entraban en la calle de la Magdalena, casa del empleado de loterías, primo de Cristóbal.

CAPITULO XIII.

PERSONAJES DE DOBLE FONDO.

I.

Al entrar por la puerta de Atocha el ómnibus que conducia á Clotilde y á Cristóbal, al atravesar el primer tercio de la calle, ambos habian reparado, cada cual de por sí, en un objeto en que no habia reparado el otro.

Clotilde habia visto una jóven hechicera, esbelta, gallarda, blanca, rubia, vestida con el sencillo y elegante traje de las obreras cuidadosas de sí mismas: un traje de lana de medio color plomo, ligeramente labrado, con un manto de sarga con velo de tul.

Lo mas rico de esta jóven era su cabellera, ese lujo gratis que Dios ha concedido á las mujeres hermosas.

Esta jóven avanzó rápidamente y entró en el Hospital General.

Clotilde la habia visto perfectamente durante algunos segundos, y se habia sorprendido; habia sentido un vivo é incomprensible movimiento del corazon; habia visto el original, ó por lo menos la completa semejanza de la dama representada en el retrato que llevaba sobre el corazon; habia recordado las palabras del moribundo: «Tú tienes una hermana.»

Por el momento se sobrecogió, á impulsos de la sensacion que habia esperimentado.

Cuando conoció aquella impresion tuvo tentaciones de hacer detener el ómnibus, de bajar, de correr al hospital, pero se contuvo por prudencia.

No conocia aún bastantemente á Cristóbal.

No sabia si debia iniciarle en cosas que debian ser muy importantes.

Por lo mismo le habia ocultado que poseia la cartera misteriosa.

Le habia revelado lo que habia sido necesario revelarle para justificar la posesion por ella de diez mil reales, esto es, el estraño testamento de aquel hombre que habia vivido lo bastante para haber podido hablar con ella algunas palabras y escribir algunas líneas casi ininteligibles.

Además, en un rápido pensamiento habia concebido todo un plan.

Aquella jóven que tanto se le parecia, que era sin duda su hermana, que podia pasar con un cambio de traje por el original del retrato, habia entrado en el hospital.

Ahora bien: ó habia allí algun enfermo que interesase á aquella jóven, ó iba para algo al hospital.

De todos modos, en el hospital debian conocerla.

Ella saldria, ella preguntaria, ella buscaria, ella haria por sí misma aquel negocio como habia hecho el de la cartera, cuyo contenido, por falta de ocasion, no conocia aún.

Se limitó pues á decir á Cristóbal:

—¿Qué edificio es ese donde hay guardia?

—El Hospital General, contestó Cristóbal, sin ver nada en ello mas que una simple pregunta.

II.

El objeto en que habia reparado Cristóbal, y en que á causa de su abstraccion no habia reparado Clotilde, habia sido una reunion de gente agolpada delante de una reja del piso bajo de la Facultad de Medicina, ó como queramos, del Colegio de San Cárlos.

Cristóbal comprendió demasiado la causa del agolpamiento de aquella gente.

—Sin duda le han traido ya, dijo. Es necesario andar de prisa: puede conocerle alguien.

Para comprender estas palabras es necesario saber que aquella reja pertenecia á una habitacion cuadrada y de una estension como de seis metros cuadrados.

Al frente, apoyado contra la pared, á poca altura del pavimento, y debajo de una gran cruz negra, hay un lecho forrado de zinc donde caben bien dos cuerpos humanos tendidos.

Este es el lugar donde se esponen al público, para que pueda reconocérseles, los cadáveres de los asesinados, de los suicidas ó de los que han perecido por cualquier accidente, y sobre los cuales no se ha encontrado papel ó indicio que revele sus casas, nombres, ó que puedan conducir á su identidad.

Cristóbal supuso que estaria espuesto el cadáver del dueño de la maleta, del hombre á quien habia encontrado moribundo Clotilde.

III.

Ni Clotilde ni Cristóbal llevaban equipaje.

Todo se reducia á dos envoltorios que contenian pobre ropa blanca, y que cada uno de ellos llevaba debajo del brazo.

Así es que, al llegar á la plazuela de Anton Martin, Cristóbal hizo detener al ómnibus, y ambos bajaron y se metieron por la calle de la Magdalena.

En cuanto Cristóbal hubo presentado á Clotilde á la mujer de su primo, en cuanto la dijo que la dejaba allí, que era su hija adoptiva, y que cuando volviese daria mas esplicaciones, escapó y se fué casi á la carrera á la reja de la Facultad de Medicina, delante de la cual se aglomeraba mas y mas gente de momento en momento.

Era imposible penetrar por entre aquella masa compacta.

Cristóbal, que era alto, se empinó sobre la punta de los piés, y pudo ver el cadáver.

Estaba vestido.

Por su traje, cuya descripcion le habia hecho Clotilde, y por la

cicatriz que tenia en el semblante, se aseguró de que aquel era el cadáver del hombre en cuestion, esto es, de don Andrés Casares, á juzgar por el sobrescrito de las cartas encontradas en la maleta, y por la firma del testamento.

Cristóbal tenia en el bolsillo el sobre de una de aquellas cartas.

Además, la llave de la puerta esterior de la casa número 20 de la calle de Gravina, la del cuarto segundo de la derecha, y cuatro pequeñas metidas en un aro de acero que debian pertenecer á muebles.

Cristóbal permaneció allí algunos minutos, mas que mirando, oyendo.

Nadie reconocia el cadáver.

Unos hablaban de un asesinato, otros de un duelo; cada cual de los que hablaban pretendia estar bien informado, pero todas las versiones estaban á mil leguas de la verdad.

Nadie hablaba del misionero, que no habia sido espuesto porque habia resultado su identidad, pero que estaba dentro del Colegio, en el anfiteatro, para la auptosia.

Cristóbal se guardó muy bien de decir que sabia el nombre y el domicilio que habian sido de aquel cadáver.

Se separó de aquella multitud, que á cada momento se aumentaba, y tomó á gran paso el camino de la calle de Gravina, en llegar á la cual no tardó menos de tres cuartos de hora, porque está casi al otro estremo de Madrid, hácia el Norte.

IV.

La casa número 20 era nueva, á la moda, de una escelente apariencia y con el portal estucado y ornamentado con lujo.

En el dintel de la puerta encontró Cristóbal á un hombre de aspecto particular, vestido con un esmero y una elegancia *sui generis*, como de cuarenta años, que trascendia á la legua á tunante y á policía secreta.

Los espías tienen cierta manera rápida y oblícua de mirar que los denuncia al que es práctico; y Cristóbal, como guarda campes-

tre de los alrededores de Madrid, habia conocido á muchos de estos pícaros.

En una palabra: el género le era familiar.

—¿Qué diablos hace este hombre aquí? dijo. Pues no, no me vuelvo; seria darle que sospechar.

Y se entró resueltamente por el portal y llegó á la portería.

—¿Don Andrés Casares? preguntó á una vieja, que casi desaparecia bajo una gran cofia y un gran pañolon.

—No está, respondió la portera.

—¿Cuándo volverá?

—¿Y qué sé yo? Está de viaje.

—¿Y no hay nadie en su casa á quien dejar un recado?

—No señor: don Andrés vive solo.

—¿Y sabe usted adónde ha ido?

—No señor: don Andrés no dice á nadie adonde va: él entra, él sale, y no se sabe que está de viaje sino cuando tarda tres dias en volver.

—¡Diablo! Me urgia verle.

—Puede ser que esté aquí mañana.

—Gracias: perdone usted, señora.

—No hay de qué.

Cristóbal salió de la manera mas natural del mundo.

El espía le lanzó una rápida mirada, con la que le siguió por algun tiempo.

Despues, la chispa que habia ardido en los ojos del polizonte se apagó.

Cristóbal no le habia parecido sospechoso.

Apenas habia vuelto la esquina, ganando la calle de Hortaleza, cuando una dama elegantísima y hermosa, ya de mas de treinta años, que habia bajado de un carruaje de plaza que se habia detenido junto á la esquina correspondiente á la calle de Fuencarral, entró en la casa y fué el objeto de otra rápida mirada, pero mas intensa, del espía. La dama llegó á la portería.

—Aún no ha venido, señora, aún no ha vuelto, se apresuró á decir en cuanto la vió la portera. Esto es estraño: ya hace cuarenta y ocho horas.

—¿Y nada ha dicho? preguntó con acento brusco la dama, cuya voz era sonora, fresca y simpática.

—Ya sabe usted, contestó la portera, que don Andrés no da parte á nadie de sus operaciones.

—¿Ha recibido alguna carta estos dias?

—¡Señora! don Andrés las recibe todos los dias á docenas: aquí tengo lo menos veinte para entregárselas.

—Bien, bien; ya lo sé. Pero ¿no ha venido alguna carta de muy lejos?

—No sé, señora, no sé; pero puede usted entrar y ver los sellos de las que hay aquí.

Se conocia que la portera tenia grandes motivos para ser complaciente con aquella señora.

V.

Apenas habia entrado esta en la portería, cuando el policía se retiró de la puerta y avanzó hácia el carruaje.

Se detuvo al llegar junto á él y miró profundamente al cochero.

Este hizo un gesto involuntario, que podia haberse traducido en la frase siguiente:

—Ya sé que casta de pájaro eres tú.

El polizonte miró de una manera fija y grosera durante algunos segundos al cochero, y luego dijo:

—¿Dónde has tomado á esa señora?

—En la calle de la Colegiata.

—¿Al pasar?

—No señor: en la puerta de su casa.

—¿Qué número? ¿qué cuarto?

—Seis, bajo.

—¿Conoces á esa señora?

—¡Vaya! Es doña Josefa: me toma siempre. Yo soy del punto de la Plaza del Progreso.

—¿El apellido?

—Sanchez.

—¡Ah! ¡ya! dijo el policía. Esa señora es valenciana.

—Sí señor; y una real hembra.

—¡Ya! ¡ya!

Y el polizonte, sin decir ni una palabra mas, giró sobre sus talones y se alejó, pero no hácia la casa número 20 de la calle de Gravina, sino por la de Fuencarral.

VI.

A poco volvió la señora, en la cual se fijó una mirada encarnizada, hambrienta, del cochero.

Estos conocen á las aventureras, por altas que sean, como conocen á un agente de policía secreta aunque no le hayan visto nunca.

Con las unas y con los otros se permiten ciertas libertades.

Doña Josefa, sin duda aquella Pepa que firmaba las cartas encontradas en la maleta de don Andrés, era hermosísima: una de esas hermosuras escepcionales que produce Valencia, como produce flores que no tienen semejantes en ningun otro país.

Era blanca, nacarada, levemente sonrosada, pero de una manera límpida, trasparente, mórbida, armónica en las formas, con una garganta arrebatadora, con unos ojos negros embriagadores, con los cabellos negros y rizados.

El conjunto de su semblante producia una gracia, un atractivo infinitos.

Tenia toda la fuerza de una juventud poderosa, y sin embargo se comprendia que habia pasado de los cuarenta.

Era de mediana estatura, de un talle admirable y de una elegancia esquisita.

Era, en una palabra, una sirena.

Vestia sin afectacion y con un gusto esquisito un traje de seda de color *marron*, un *fichú* que dejaba trasparentar la blancura de sus hombros, un collar de azabache negro ceñido á la garganta, una mantilla de blonda, y guantes de medio color que dejaban apreciar lo mórbido, lo pequeño y lo bello de sus manos.

VII.

—¿Adónde, señorita? le dijo el cochero.

Meditó un momento, dejando ver en su semblante una seriedad y una gravedad profunda doña Josefa, y luego dijo con su voz de arcángel:

—A la calle de las Tabernillas.

—¿Dónde siempre?

—Sí.

Doña Josefa entró en el coche, dejando ver al entrar por debajo de la ancha falda un pié arrebatador calzado con un zapato descotado.

—¡De prisa, muy de prisa! dijo al entrar con precipitacion.

Veinte minutos despues el carruaje se detenia delante de un casuco problemático en la calle de las Tabernillas.

Doña Josefa se metió por un portal estrecho y sucio, subió unas escaleras viejísimas, casi desvencijadas, de paredes negras y lustrosas, y en el cuarto principal llamó á una puerta por cuyos malos encajes se podia ver el interior.

VIII.

Se abrió la puerta y apareció un muchacho como de doce á catorce años, cetrino, flaco, greñudo, de fisonomía insolente y grosera: una especie de aprendiz de crímen.

Estaba medio desnudo, á pesar del frio.

Debia conocer á la hermosa, porque al verla, su semblante de mico se contrajo en una mueca y echó mano con un ademan de respeto risible al casquete que medio cubria su cabellera, de un desapacible color de rojo panocha.

—¿Está el Lobo? preguntó Josefa.

—Sí, sí señora... digo, para nadie está, pero para usted es distinto: ya me la habia encontrado yo: yo hubiera dicho á usted que

no estaba. Y yo creo que tiene necesidad de ver á usted, porque no hace cinco minutos me decia:—Será necesario enviar á alguien á la calle de la Colegiata.

—¿Dónde está?

—En el agujero: si usted quiere le llamaré.

—No: iré yo.

Y aquella hermosa criatura, que se hacia tan sospechosa yendo á tal casa y tratándose con tales gentes, entró.

El canalla cerró la puerta.

Luego se metió por el interior de la casa precediendo á Pepa, á quien llamaremos así puesto que firmaba de tal manera.

No habia absolutamente muebles en las polvorientas, negras y oscuras habitaciones que Pepa habia recorrido siguiendo al pillete.

Este se hundió por unas escaleras escondidas en un oscuro ángulo.

Tan estrechas eran, que Pepa se vió obligada á recoger la rozagante y bellísima falda para poder pasar.

A juzgar por la profundidad de aquella escalera, proseguia bajo el nivel de la calle.

Antes de llegar á su fin, el muchacho se detuvo y empujó unas tablas que formaban por aquella parte la pared de la escalera.

Se abrió una puerta estrechísima, y tanto, que á duras penas pudo Josefa pasar por ella.

Estaban en un pasadizo completamente oscuro, por el cual se exhalaba un hálito caliente y húmedo.

Bajó el pillete, seguido de Pepa, algunos escalones, y entraron en una especie de subterráneo en el cual se palpaba la atmósfera.

IX.

—¡La señora de la calle de la Colegiata! dijo anunciando el muchacho.

—¿Viene sola? preguntó una voz ronca, breve, acentuada, una voz que inspiraba terror.

—Sí, amigo mio, sí, dijo Pepa.

Y adelantó.

Junto á un barreño en que habia carbon encendido y una grande olla que hervia dejando oir el ruido especial de su hervor, habia una mesa baja y fuerte de pino renegrido y cargada de herramientas de grabador en hueco.

Junto á esta mesa habia un hombre robusto, como de cuarenta años, y cuya fisonomía larga, enjuta, de pómulos salientes, de frente chata, se parecia mucho á la de un lobo.

Esta cabeza se levantaba sobre un cuello de toro, y este cuello sobre unos hombros de gigante.

Unas patillas completamente blancas, muy largas y muy espesas, y unas cejas ásperas, cerdosas, descompuestas, tambien completamente canas, hacian resaltar por su color nítido el tono fuertemente moreno y aceitunado de la áspera y tez de este hombre.

Todas cuantas malas pasiones, cuantas crueldades, cuantos crímenes, cuanta ferocidad, cuanta sordidez, cuanta grosería, cuanta bajeza pueden caber en el alma humana, estaban representadas por la mirada feroz, dura, repugnante, espantable, de los pequeños ojos verde-grises, penetrantes, feroces, de este hombre, y en la contraccion de su boca de labios delgados, en cuya dentadura aparecia distintamente una especie de espuma.

Habia sin embargo en aquel semblante, á pesar de su degradacion, el aire indudable de una altiva fiereza.

Vestia una blusa de lienzo crudo azul oscuro, y ceñia su revuelto cabello gris una gorra de paño, una de esas gorras que solo usan los ladrones y los tunantes.

Cuando el muchacho anunció á Pepa, el Lobo (que ya sabemos su apodo) trabajaba sobre un troquel de moneda.

Por su tamaño y por su escudo parecia debian ser doblones de á cien reales las monedas que con aquel troquel se acuñasen.

Una jóven como de diez y ocho años, hermosa, pero con una hermosura enérgica y aun pudiéramos decir que un tanto salvaje, morena, con los ojos y los cabellos negros, de hermosa garganta y anchos hombros de una caida deliciosa, y avanzados hácia adelante, se ocupaba en tornear una pieza de acero que parecia destinada á troquel.

El hombre se levantó vivamente al oir la voz de Pepa.

—¡Oh! Me alegro, dijo: yo necesitaba ver á usted. Véte, Catalina.

La jóven salió, atravesando una puerta, para lo cual hubo de levantar una cortina de algodon abigarrado de floripones.

El pillete se volvió por donde habia venido.

El Lobo y Pepa quedaron solos.

CAPITULO XIV.

MISTERIO SOBRE MISTERIO.

I.

—Te esperaba, Pepa, dijo el Lobo.

—Eso quiere decir, contestó Pepa sentándose en una banqueta al lado de la mesa de trabajo, sin cuidarse de si su elegantísimo traje se mancharia ó no, que tienes algo que decirme.

—¿Tienes tú algunos papeles que te comprometan en poder del Rojo? repuso el Lobo mirando profundamente á Pepa.

—No, contestó esta con una naturalidad perfecta.

—Bueno. ¿Tienes tú la llave de la puerta de su casa y de su cuarto?

—No, contestó Pepa con la misma naturalidad.

—Las tenias...

—Sí, pero se las devolví. ¿Para qué misterios? Él es libre, yo libre...

—Es una casualidad muy estraña, dijo el Lobo, cuya mirada fija en Pepa se hacia á cada momento mas penetrante, que tú no tengas esas llaves en el momento en que hacen falta.

—¡Falta! ¿Y para qué?

—¿Tú vienes de casa del Rojo?

—Sí.

—¿Y por qué has venido desde su casa á verme?

—Porque estoy inquieta: hace tres dias se fué Andrés, y no me ha escrito.

—Tú le amas, Pepa, dijo con un acento singular el Lobo.

—No lo sé, contestó Pepa: no me he metido nunca á averiguar qué cosa es el amor.

—Tú no puedes vivir sin él.

—Es mi agente.

—¿Y no lo soy yo tambien?

—Tú eres el agente secreto, el agente escondido en la sombra: él es el agente público, es decir, el hombre que me visita á la luz del dia, que me acompaña, mi amigo íntimo... Pero ¿á qué hablar de esto? Lo sabes demasiado, Vicente; necesito que me espliques... estoy cuidadosa... por qué se necesitan las llaves de la casa de Andrés.

—Porque esas llaves deben estar en poder de la justicia, y antes de que la justicia haga su registro, es necesario que lo hagamos nosotros.

—¡La justicia! ¿Está preso Andrés? esclamó Pepa poniéndose pálida.

—No. Mejor que eso, mucho mejor: está muerto.

II.

Pepa no contestó, no pudo contestar.

Sus labios se movieron, pero no salió por ellos ninguna palabra.

Á su vivo y encantador color de cereza mojada sucedió un color lívido.

Pasó por los ojos de la hermosa algo terrible.

Su palidez era intensa; su fisonomía habia tomado toda la espresion de la fiera que, provocada, irritada, se prepara á acometer.

—Sí, eso es, dijo de una manera concentrada el Lobo en medio de una perfecta tranquilidad.

—¡Tú! dijo Pepa estendiendo un brazo y señalando con un dedo rígido al Lobo.

—¿Yo? contestó friamente este. ¿Cuánto tiempo se necesita para abrir un troquel como este?

Pepa no contestó.

Continuaba mirando inmóvil y de una manera sombría al Lobo.

—Se necesitan tres dias largos. Tú me viste empezarlo, tú sabes...

—¿Y qué importa? dijo Pepa. ¡Pues qué! ¿no puede darse una comision?

—Yo no hubiera dado á don Alfonso del Valle de Sos, marqués de Casa-Otero, la comision de matar al Rojo.

Pepa se tornó de pálida en lívida.

—El marqués de Casa-Otero ¿dónde está? esclamó.

Y temblaba de los piés á la cabeza.

—Muerto, contestó el Lobo.

—¡Muerto!

—Sí: las fieras cuando luchan suelen matarse la una á la otra.

—Mas claro.

—En el monte de Matalobos se han encontrado ayer por la mañana un misionero muerto, y junto á él, á alguna distancia, un desconocido, decentemente vestido con un traje de viaje, sobre el cual no se ha encontrado papel alguno por el que pudiera llegarse á la identidad.

En cuanto al misionero, era distinto.

Se le han encontrado encima un pasaporte y una licencia de sus superiores.

Por estos documentos se ha sabido que se llamaba Juan de la Penitencia y que venia á España con su hija á asuntos de familia.

—Y bien: ¿qué tiene que ver ese misionero con el marqués?

—Que era el marqués.

—¡Cómo!

—Sí: Ranilla vino esta mañana y me dijo:

—Noticia gorda, maestro, noticia gorda.

Como Ranilla es un angelito que cuando mas negras y mas de través vienen las cosas está mas alegre, tan alegre le vi, que me asusté cuanto yo puedo asustarme.

Le cogí por una oreja, y le dije:

—Á ver si vomitas pronto, que ya sabes que á mí no me gustan los embuchados.

—Pero como yo no he de echar el embuchado por una oreja, suélteme usted, que soy yo muy delicadito y me hace usted mal.

—Pues suéltame para que yo suelte.

—Don Andrés está muy serio y muy descansado, durmiendo delante de todo el mundo en la sala baja de los *atunes* del colegio de San Cárlos.

—¡Muerto! esclamé yo.

—Yo creo que sí, me contestó Ranilla sonriendo como se sonrie cuando ha visto algo terrible.

Me vestí, salí, fuí al colegio de San Cárlos y vi muerto, espuesto como un desconocido, al Rojo.

Si el juez, si el escribano, si la policía le hubiera reconocido, no hubiera estado allí.

III.

Pepa oia con una atencion espantosa.

Su semblante se hacia á cada momento mas bilioso.

Algo que representaba una cólera concentrada, mortal, hacia temblar sus párpados.

En sus pupilas brillaba una chispa recóndita, siniestra, roja.

—Me informé, continuó el Lobo.

Supe que el que, segun los indicios, debia ser el matador de Andrés era un misionero llamado... ya lo sabes, y que estaba dentro, en el anfiteatro, dispuesto para la autopsia.

No me fué difícil entrar.

Me acerqué á la mesa de diseccion, donde desnudo, lívido, afeitado, estaba su cadáver.

Se me dijo que se le habia afeitado una magnífica barba negra; que de su cráneo, abierto, levantado por una bala, se habia quitado un cerquillo de fraile.

Reconocí al marqués de Casa-Otero.

—¡Imposible! esclamó estremeciéndose Pepa. El marqués murió hace diez y ocho años.

—¡Imposible! ¡imposible! dijo el Lobo. Hé aquí lo mismo que yo esclamé al ver el cadáver, al reconocerle: ¡Imposible! ¡no puede ser él! ¡él murió! ¡yo asistí á sus funerales!

Pero hay que rendirse á la evidencia.

Habia sido lavado.

Se le habia encajado la parte de cráneo que habia levantado la bala.

Resultaba su terrible fisonomía, su espresion.

Faltaban, es cierto, los cabellos negros y rizados, las elegantes patillas, el sedoso bigote.

¿Qué importaba? Yo lo suponia todo esto, yo lo veia.

Podia ser esto una fascinacion.

Pero ¿y una cicatriz de estocada por debajo de la clavícula derecha, un corte de sable, un contrafilo en la parte inferior del antebrazo derecho?

—¡Ah! esclamó Pepa.

—Yo no podré, yo no puedo esplicarte cómo un cadáver que nosotros debíamos suponer en esqueleto, encerrado en su nicho, se encuentre hoy entero y fresco en una de las mesas de diseccion del anfiteatro de la Facultad de Medicina, pero ello es cierto.

Misterios en buen hora.

¡Y qué! ¿no estamos rodeados de misterios?

¿No eres un hermoso misterio tú?

¿No soy un repugnante misterio yo?

¿María no es tambien un misterio?

—¡María! esclamó con acento ronco Josefa.

—No debemos pues asombrarnos de los misterios, continuó el Lobo. Momentos hay en que me parece que sueño, que todo lo que siento, que todo lo que toco, que todo lo que hago, que mi pasado, que el tuyo, que todo lo que nos pertenece, todo lo que constituye nuestra vida y nuestra historia es un sueño.

Y bien, ¿qué?

Suceda lo que quiera, adelante.

Hemos envenenado nuestra vida, y nuestra gran tarea es evitar las consecuencias del tósigo: las leyes son un terrible inconveniente.

Las leyes se ponen siempre, armadas de toda la fuerza social, de-

lante de nosotros para impedirnos la accion de adquirir por los medios que están á nuestro alcance lo que necesitamos para nuestra conservacion.

La ley no es mas que una cuchilla unida á un mecanismo.

Es necesario impedir que ese mecanismo nos coja entre sus resortes y nos ponga bajo su cuchilla.

Tú palideces, tú tiemblas, tú te inmutas.

Tú todavía tienes corazon.

Yo no tengo ya mas que instinto.

Tú no tienes las llaves de la habitacion de Andrés.

Lo siento.

Él era prudente, y la cerradura de la puerta de su casa es de doble guarda.

Se la hice yo.

Tengo el modelo; pero necesito para hacer la llave por lo menos veinticuatro horas.

La puerta de abajo se puede abrir con una llave maestra.

La de arriba no.

Esas llaves deben estar en poder de la justicia; pero la justicia no puede hacer nada con ellas mientras no sea reconocido el cadáver de Andrés.

Esto no es fácil: se ha desfigurado mucho, se necesita tener el ojo práctico, perspicaz, penetrante, que tenemos tú y yo para reconocerle.

Además, su traje no es el de costumbre.

Creo que tenemos tiempo, que será muy probable que se entierre á Andrés sin que se le identifique.

Las gentes que le conocen no van por la calle de Atocha á pié sino por casualidad.

—Van al hospital las damas de Beneficencia.

—Pero estas damas no faltarán á la conveniencia mezclándose entre la multitud, y mucho menos para fijar su mirada en un objeto repugnante.

—Pero la policía...

—Este es el peligro... Sin embargo, no creo que sea muy conocido de la policía Andrés.

IV.

El semblante de Pepa se habia ido serenando.

Al fin habia aparecido en su estado normal.

Habia vuelto á aparecer hermosa.

Sin embargo, continuaban su palidez y la lividez de sus labios, y además enlanguidecia su semblante una especie de cansancio.

Se levantó.

—¿Te vas? la preguntó el Lobo.

—Sí. Es necesario que yo averigüe, que sepa... Es necesario, de todo punto necesario tambien, que tú hagas esa llave. ¿No podrás tenerla para mañana á la noche?

—Sí: indudablemente.

—En los muebles de Andrés hay papeles importantísimos, papeles que, descubiertos, deben hacernos mucho daño.

—Y debe haber tambien, añadió el Lobo, grandes valores: Andrés era muy egoista.

—¡Quién sabe! Ello es necesario que nosotros podamos entrar allí antes de que entre la policía.

—Entraremos, si la policía no entra esta noche.

—¡Ah! Esta vida es una agonía continua: será necesario tomar un partido cualquiera, con tal de que podamos descansar.

—¡Oro! ¡siempre oro! Andrés debia ser millonario... heredémosle, y ahí tenemos los Estados-Unidos, patria de todos los que no caben en ninguna parte.

—Adios, dijo Pepa.

—Adios, contestó el Lobo.

Y silbó.

V.

Inmediatamente se presentó el mismo muchacho que habia llevado hasta allí á Pepa, y que no era otro que el que habia llamado Ranilla el Lobo.

—Acompaña hasta arriba á la señora, dijo este.

Ranilla y Pepa desaparecieron por la escalera.

Cuando llegaron al cuarto principal abandonado, por el cual se entraba al agujero del Lobo, Pepa dijo al tunante:

—Nada me habias dicho.

—Yo no he querido dar á usted un disgusto, dijo Ranilla.

—¿Y ello es verdad en efecto?

—Sí señora: difunto hasta las uñas, difunto como mi abuelo.

—Y bien, puesto que Dios ó el diablo lo quieren, murmuró Pepa de una manera ininteligible, paciencia.

Y abrió la puerta y salió.

—¡Oh! Mañana, dijo bajando las escaleras, mañana me buscarán y no me encontrarán.

Y entrando en el carruaje, dijo al cochero:

—¡Á casa!

VI.

Media hora despues, el carruaje entraba en fila en su punto de la plazuela del Progreso.

Un momento despues se acercaba al cochero el mismo espía que le habia hablado en la calle de Gravina.

—¿Adónde la llevaste? preguntó al cochero.

—Á la calle de las Tabernillas, número 20, dijo este.

—¿Y luego?

—Á su casa.

—¿Cuánto tiempo estuvo en la calle de las Tabernillas?

—Como media hora.

—¿En qué cuarto?

—En el principal.

—¿Quién vive allí?

—No lo sé.

El espía giró y se alejó, perdiéndose por la calle de Barrionuevo.

Al llegar á la mitad de la calle dijo á un individuo de aspecto ordinario que adelantaba lentamente envuelto en una capa:

—Que se vigile el cuarto principal del número 20 de la calle de las Tabernillas.

CAPITULO XV.

¿POR QUÉ SER UNO CUANDO HAY NECESIDAD DE SER TRES?

I.

Cuando volvió Cristóbal de su espedicion á la calle de Gravina, encontró á su primo el empleado de loterías, que habia ido á comer.

La mesa estaba puesta, y se le esperaba.

Agapito Lesmes, primo de Cristóbal, no sabemos si en segundo ó tercer grado, era un hombrecillo como de treinta y seis años, muy colorado, de cabeza gorda, calvo en la parte superior de la cabeza, y con cabellos muy rubios, de un tono cobrizo y escasos en el resto de la cabeza.

Lo primero que se advertia en este sugeto era una bondad ingénita, y una jovialidad característica.

Vestia con ciertas pretensiones, no ya de elegancia, sino de perfecta conveniencia y esquisito aseo, levita, chaleco y pantalon negros, camisa de algodon muy limpia, corbata azul con lunares negros, y zapatos (siempre zapatos) muy lustrosos.

Un sombrero, lustrosísimo tambien, y una capa muy cuidada pero muy antigua, completaban este traje en la calle.

Una larga cadena de reló hubiera dado cierta apariencia de hombre rico, ó por lo menos de hombre de alhajas, á Agapito, si

¿Conque te tenemos aquí? dijo.

esta cadena no hubiera dejado ver harto perceptiblemente lo rojo del cobre en mas de un lugar.

En cuanto al reló unido á esta cadena, habia costado tres duros y medio en el Rastro á Paula, la digna cónyuge de este dignísimo escribiente de la administracion de loterías de la Puerta del Sol.

Paula era una morena bastante graciosa, bastante viva, como de veintiseis años, que vestia con cierta elegancia, y que dejaba conocer que habia sido bien educada.

Clotilde se habia trasformado.

Paula, quieras ó no, la *habia prestado*, esta era su espresion, un traje, en tanto que una modista vecina la confeccionaba un traje de luto riguroso.

Porque aunque Clotilde supiera que el misionero no era su padre, legalmente constaba como hija suya, y ella no habia dicho á Cristóbal que el misionero Juan de la Penitencia no era su padre.

Negro y de merino era el traje prestado por Paula á Clotilde.

Esta parecia mas alta y mas esbelta, porque el traje era elegante.

Los magníficos cabellos rubios de Clotilde habian sido peinados con gran coquetería por Paula.

Una estrecha cinta negra y una cruz de azabache hacian resaltar la nítida blancura del cuello y del nacimiento del pecho de la jóven.

—¡Qué blanca y qué pálida! habia dicho al ponerla aquella cruz Paula.

II.

Al entrar Cristóbal, su primo, que tenia cuidadosamente levantadas las mangas de la levita y colgada una servilleta del cuello, se levantó de la mesa puesta, donde entretenia su apetito comiendo pequeños pedazos de pan, y se arrojó al cuello del rudo guarda campestre.

—¿Conque te tenemos aquí? dijo. ¿Conque has dejado esa apereada vida del campo? Me alegro, hombre, me alegro. ¿Conque tienes una hija?... Ya, ya me ha contado Paula, á quien esta señorita

ha contado... pero solo en cuatro palabras... ¡Ya se ve! yo no puedo entretenerme. Don Policarpo, ya sabes, mi jefe, tiene un genio del diablo, y los dias inmediatos al sorteo son muy fatigosos: hubiera tenido que comer sin esperarte, si hubieras tardado algo mas, y que irme con el disgusto de no haberte visto... Conque vamos, vamos á comer... sentémonos... La comida... ya ves tú, para nosotros solos no era poca cosa... Paula come como un canario y yo como un colorin; pero se ha añadido: nosotros no bebemos vino, pero se ha traido para tí; si no te basta con esas dos botellas se traen mas... ¡Uf! ¿Quién habia de decir que la sopa quemaba aún? Coma usted, señorita, coma usted sin cortedad; y tú... sin cuidado... come cuanto quieras, porque esta se ha llegado á casa de Botin y se ha traido un conejo tan grande como tu perro y dos gallinas...

Y no sabemos cuándo hubiera acabado el bueno de Agapito, si una cucharada de sopa mal tragada á causa de la charla no le hubiera producido un violento é inesperado golpe de tos.

Afortunadamente aquella cucharada de sopa, lanzada como un disparo á causa de la tos, no habia alcanzado á nadie sino á los manteles.

III.

—Todo eso ha sido necesario para que acabes, hombre, dijo Paula cuando los efectos de la tos hubieron cesado.

Agapito no se impacientó.

—¡Qué quieres, mujer! dijo: la alegría de ver á este... ya hace mas de un año, sí, mas de un año.

—Y medio, dijo Cristóbal, que comia poco.

—Es verdad, por San Juan hace dos años que te escribimos que íbamos á Aranjuez, para que nos esperases en Cien-pozuelos y pasases el dia con nosotros. Pues mira, por poco, por poco no voy yo anteayer á Aranjuez; digo, no vamos nosotros, á causa de la boda de mi compañero Tomás. Pero ya ves tú, ¿cómo se habia de quedar don Policarpo solo? Esto no era posible. Y esa no quiso ir, porque dice que no se encuentra si yo no voy con ella: nos queremos mucho, mucho, muchísimo, cada dia mas; y eso que Dios no ha querido darnos hijos.

—¡Agapito! esclamó Paula.

—Bueno, bien, mujer; pero yo creo que no esté prohibido por el Código hablar de hijos...

—El código de la conveniencia...

—Es verdad, mujer, es verdad... yo, con la alegría de ver á este... Y las bodas han estado magníficas, segun ha dicho un amigo que estuvo y que volvió ayer; como que era madrina nada menos que la baronesa de Castell-d'oro, la reina de nuestras hermosas y de nuestras elegantes. En fin, los empleados públicos no nos pertenecemos: pertenecemos al Estado; hay que tener paciencia y fastidiarse y soplarse los dedos en la administracion... hace mucho frio... ¡y siempre aquella maldita puerta abierta!... Pero como no nos queda ni un solo billete, y esta noche se cierra el juego, te acompañaré esta noche; digo, les acompañaré á ustedes y hablaremos.

—Perdona por esta noche, primo, dijo Cristóbal: tengo mucho que hacer.

—¡Ah! ¿Que hacer de noche?

—Cabalmente, de noche.

—Bien, hombre; pero ya estarás aquí á las diez. ¿Qué diablos has de tener tú que hacer despues de las diez, como no sea que te vayas á picos pardos?

—¡Agapito! repitió Paula.

—Es verdad, mujer; tienes razon... me olvidaba... (y miró guiñando ligeramente un ojo á Clotilde, que comia apenas). ¡Ya se ve! con la alegría de tener á este... Pues como digo, á las diez ya habrás concluido.

—No: cabalmente tengo que ir á las doce al café Suizo á buscar á una persona que no va allí hasta esa hora.

—Cuidado, cuidado con quién te tratas, dijo Agapito: mira que la policía anda que bebe los vientos buscando conspiradores, y que los cafés están llenos de polizontes, especialmente de noche, porque de noche es cuando salen los *murciélagos*.

—¿Y qué tiene que ver la policía con los murciélagos?

—¡Cómo se conoce que vienes del campo! Si vivieses en Madrid tendrias callos en los oidos de oir hablar de cierto *Murciélago* que dice muy buenas cosas y que á mí me gusta mucho. De tiempo en

tiempo, Nicanor, el amigo que fué anteayer á la boda de Tomás, logra comprar un número y lo leemos debajo del mostrador.

—¿Se trata de un periódico? dijo Cristóbal.

—Sí, hombre, sí, dijo Agapito: de un periódico clandestino que llama á todo el mundo ladron, y que le saca á relucir los trapos al lucero del alba.

—¡Agapito! ¡Agapito! Acuérdate de que eres un empleado público, y de que si te dejaran cesante no podríamos salir del dia con mis lecciones.

—Tienes razon, mujer, tienes razon; pero yo creo que aquí se puede hablar.

—¿Y qué sabes tú si hay un *policía* metido dentro del armario?

—Tienes razon, mujer, tienes razon... dejemos en paz al Murciélago: yo te prometo no volverle á leer ni aun oirle leer, aunque me gusta mucho... como que yo soy muy liberal...

—Ese periódico es de los moderados.

—No le hace: habla mal del gobierno.

—¡Agapito!...

—Bueno, mujer, bien; punto redondo. ¿Conque tú estarás aquí á las diez, Cristóbal?

—No.

—¿Cómo no? ¿Vas á pasar la noche fuera?

—Hemos convenido, dijo Paula, en que, como la casa es muy estrecha, mientras se busca otra, Cristóbal vivirá en una posada: no he tenido tiempo de decirte esto.

—¿Cómo que estrecha? ¿Pues no tenemos arriba un cuarto muy ancho?

—Sí, hombre, sí; pero ¿dónde va á dormir esta señorita?... Clotilde, quiero decir; perdone usted, hija mia, la falta de costumbre... pues... aunque Cristóbal sea su padre adoptivo... ya ves... no está bien...

—Tienes razon, mujer; tú siempre tienes razon, contestó Agapito. En fin... las dos... y yo salí de la administracion á la una... Yo no me puedo detener... no, no señor, imposible... ¡buen genio tiene don Policarpo! Y lo siento: todavía me sentia capaz de embaular algo mas... No importa... En fin, los empleados públicos no

nos pertenecemos. Adios, primo, adios: hasta mañana si Dios quiere, puesto que no has de venir esta noche: hasta esta noche, señorita...

—Clotilde, dijo esta.

—Bien, bueno: pues hasta esta noche, señorita Clotilde. ¡Oh! ¡qué fatiga! Corra usted... ¿y para qué, si ya se han vendido todos los billetes y se han terminado todas las operaciones? En fin, hasta luego.

Y Agapito, que se habia puesto su capa y su sombrero, salió.

IV.

—Siempre el mismo, siempre alegre, siempre charlatan, dijo Cristóbal.

—¡Pobrecillo! dijo Paula. Así vive: dejémosle vivir. Yo estoy cada dia mas contenta de haberme casado con él. Pero vamos al caso, Cristóbal: ¿qué tienes tú que hacer esta tarde y esta noche?... ¿Á quién conoces tú en Madrid?

—Estás mal acostumbrada, Paula, dijo cariñosamente Cristóbal. Á los hombres ya formales, y que sobre todo son honrados, no hay que preguntarles dónde van, porque van á alguna parte adonde es necesario ir.

—Una contestacion tan buena como otra cualquiera, Cristóbal, contestó Paula; pero no te vale: soy tenaz, y como has dicho muy bien, estoy mal acostumbrada. ¿Adónde has ido esta mañana que has traido una seriedad alarmante? ¿Adónde vas esta tarde?

—Me parece que cuando se trata con gente de justicia no puede uno estar muy tranquilo: me he encontrado al escribano de la causa, que es un jóven de Ocaña que ha venido á no sé qué á Madrid, y quiere que vayamos esta noche al teatro. Bien es verdad que ni Clotilde ni yo tenemos nada que ver con los asesinatos del monte de Matalobos. Pero... en fin, estamos afligiendo á Clotilde... Déjame á mí, que yo sé lo que tengo que hacer... Despues del teatro, como si lo viera, don Frutos querrá que nos vayamos al café á cenar y á bebernos una botella; esto es si no se le pone que nos va-

yamos á los Andaluces ó á la taberna... En fin, es menester ir hácia donde va el aire.

—Pero está usted muy débil, muy pálido, dijo Clotilde.

—Deje usted, hija mia, deje usted... que así y todo sirvo todavía para algo; y aunque haya mucho que hacer, no se quedará sin hacer.

—Tú tienes algo entre las cejas, Cristóbal: á mí no me engañas.

—No, Paula, no: lo que tengo es que estoy acostumbrado al campo, y echo mal humor en viviendo en poblado. Estas casas, desde las cuales no se ve mas que otra casa enfrente y á poca distancia, me ahogan... Vamos, Atrevido, estáte quieto: no te contentas con nada... ¡ya se ve! á tí te falta tambien tu costumbre, tus sopas calientes con pan de sebo: deja, hombre, deja, que mañana será otro dia. En fin, me voy, que me estará esperando ya en la Puerta del Sol don Frutos.

—¿Y tienes que ir indispensablemente ahora?

—Sí.

—¿No puedes hacer esperar hora y media al escribano?

—¡Hora y media! ¿Estás en tu juicio?

—Hora y media que yo necesito para dar dos lecciones de piano. ¿Hemos de dejar sola á Clotilde?

—¿Y por qué no? ¿No ha estado sola una larga noche con un enfermo que no hablaba, que no servia para otra cosa que para tener cuidado de él?

—Hay un medio, se apresuró á decir Clotilde: en una iglesia no estaré sola. En todas partes se está con Dios, pero se está mas cerca de Dios cuando se está en el templo. Además, yo tengo el alma triste, muy triste: la oracion, la santidad del templo me consolarán.

—¡Y es verdad! dijo Paula. No se me habia ocurrido... ¿Y cómo se me habia de ocurrir? Todo se reduce á poner á Clotilde un manto y á llevarla á Monserrat ó á San Juan de Dios. A Monserrat es mejor: hay vísperas y sermon. Á los sermones de Monserrat acude mucha gente... Sí, sí, eso es.

Y se levantó, abrió una cómoda y sacó un manto de sarga con velo.

—Mañana será otra cosa, dijo mientras ponia el manto á Clotilde. De diez á una por la mañana y de tres á cuatro y media por la tarde, tiempo que yo invierto en mis lecciones, tu estarás con ella... Cuanto antes á buscar una casa algo mayor... pero barata... con que tenga un cuarto independiente para tí, basta... tomaremos una criadita, y Clotilde no estará ya sola...

—Yo además me dedicaré á algo... dijo Clotilde.

—Sí, sí, dijo Paula. Pero tiempo hay para ocuparnos de eso... Ahora, vamos á Monserrat.

V.

Los tres salieron.

Paula cerró cuidadosamente la puerta del cuarto, y guardó la llave en su bolsillo.

Cristóbal se despidió de ellas, y tomó hácia la calle de Cañizares.

Ellas hácia la plazuela de Anton Martin.

Cristóbal nada tenia que hacer: nada mas que evitar que Clotilde, que era muy inteligente, comprendiese la preocupacion que le dominaba.

Cristóbal habia concebido un atrevido proyecto, y estaba resuelto á ponerle en ejecucion.

Era franco y rudo, y temia que Clotilde leyese aquel proyecto en su semblante.

Pero Cristóbal, que era tambien muy inteligente, habia encontrado algo de estraño en la idea de Clotilde de permanecer en la iglesia el tiempo que invirtiese Paula en sus dos lecciones.

—No, dijo para sí: ella no quiere ir á la iglesia simplemente por rezar... ¡Pero si nunca ha estado en Madrid!... Y bien, ¿qué importa?... ¿Quién sabe lo que puede pensar una mujer, y mucho mas una mujer que ha sido capaz de irse á buscar á su padre á un monte á una legua de distancia y en una noche de perros? No, no; yo necesito no perderla de vista: Dios me la ha confiado; yo he jurado mirarla como hija, y un padre no debe perdonar cuidados para sus hijos.

Y Cristóbal se volvió y vió á lo lejos á las dos, que en aquel momento doblaban la esquina de la plazuela de Anton Martin.

Forzó el paso, y llegó á la esquina á tiempo de ver que Clotilde entraba en Monserrat y que Paula seguia hácia la calle del Amor de Dios.

VI.

—Yo no quiero entrar en la iglesia, dijo Cristóbal: podria verme. Pero la iglesia no tiene mas que una puerta: no puede salir sin que yo la vea; pero es necesario que yo me ponga en un sitio donde si sale no pueda verme; y sobre todo, ¿qué hago yo parado en una esquina y con el frio que hace?

Cristóbal conocia á Madrid.

Se acordó de que en la plazuela de Anton Martin, frente á la iglesia de Monserrat, habia un cafetin de medio pelo.

Aquel era el acechadero mejor del mundo.

Cristóbal se fué allá, se sentó en una mesa junto á la vidriera, y pidió una botella de vino.

Cargó su pipa de madera, y se puso á fumar.

Se abismó en una meditacion profunda.

Empezó á dar vueltas á su proyecto.

De tiempo en tiempo en tiempo bebia.

Á pesar de su meditacion, no perdia un momento de vista la puerta de la iglesia.

VII.

De improviso se estremeció, se puso violentamente de pié, y fijó intensamente la vista en un grupo que habia aparecido delante de la vidriera.

Aquel grupo lo componian un hombre y una mujer, mejor dicho, un jóven y una jóven.

Él parecia enfermo y débil: estaba muy pálido y muy flaco: llevaba un quepis ó gorra de cuartel y una levita muy raida de oficial, pero sin divisas.

Parecia bello á pesar de su miserable estado.

La jóven en cuyo brazo se apoyaba era alta, esbelta: iba vestida como una obrera cuidadosa de su traje.

Sus cabellos rubios parecian una diadema.

—¡Oh, Dios mio! esclamó Cristóbal. ¡Qué diosa!

Efectivamente, era una divinidad humana la jóven que servia de apoyo al oficial enfermo.

Pero lo que causaba el asombro de Cristóbal no era la egregia, la escepcional hermosura de la jóven, sino su gran parecido con Clotilde.

Algo mas de altura, algo menos de enflaquecimiento, los ojos de un azul mas intenso, los cabellos de un rubio mas dorado: hé aquí toda la diferencia.

—¡Hermanas! ¡hermanas! esclamó. No pueden ser menos que hermanas.

El grupo, aunque andaba lentamente, habia pasado.

Clotilde no habia salido de la iglesia.

—¿Y por qué ha de salir? ¿adónde ha de ir? dijo Cristóbal. Siempre he sido yo receloso y desconfiado... ¡Ya se ve! mi oficio... Puedo y debo seguir á esta... saber dónde vive... ¿Y por qué no hablarla?... Tiene cara de buena, de ángel... Yo la esplicaré...

Cristóbal llamó y pagó.

Despues llegó á la vidriera para salir.

Pero antes de abrirla, una última mirada que habia arrojado á la puerta de Monserrat le dejó ver á Clotilde, que salia, que se detenia, que miraba á la derecha y á la izquierda, que por último preguntaba á un transeunte, y partia despues á paso rápido por el descenso de la calle de Atocha.

—¡Oh! ¡oh! ¡Primero es ella! esclamó Cristóbal. Ella, que es una obligacion para mí. ¿Adónde va? ¿á quién conoce? Es necesario saber esto: yo soy su padre... sí... como si fuera su padre... me lo han dicho...

Y permaneció mirando á Clotilde, que adelantaba.

Cuando la jóven estuvo algo lejos, salió, cruzó la calle para ver mejor y desde mas lejos á Clotilde, desde la otra acera.

Tan distraido iba, que á poco mas le atropellan los fogosos caballos de un magnífico tren que adelantaba al trote.

Cristóbal dió un salto atrás, vaciló y cayó.

Habia dado un salto en falso.

Sonó un grito dentro del carruaje: un grito de mujer.

El carruaje se detuvo.

Una cabeza rubia y hermosísima asomó á la portezuela.

—¿Se ha hecho usted daño? preguntó con interés la dama.

—¡Ah! No, no señora. ¡Pero, Dios mio! ¡otra!

—¿Qué dice usted?

—Que usted, señora, se parece...

—¿Á quién?

—Nada... nada... es una equivocacion, señora... Quede usted con Dios... gracias.

Y partió á la carrera.

—¿Qué será esto? dijo con estrañeza la jóven dama, que no era otra que la baronesa de Castell-d'oro.

Y se retiró del vidrio y le subió.

El carruaje partió de nuevo.

Clotilde habia tomado mucha delantera á Cristóbal.

Este habia necesitado avivar el paso para avistarla de nuevo.

Cuando la hubo avistado, mantuvo la distancia.

El carruaje habia pasado raudo y sonoro.

—¡Otra! ¡otra! repetia Cristóbal. No tan semejante á Clotilde... pero cualquiera diria que son parientas. ¡Y que yo no haya podido hacerme tres! De aquí va á salir algo... digo... de aquí podria salir algo... Aquí debe de haber una historia... sí... una historia muy honda. Pero ¡diablo! Clotilde se mete en el hospital... ¿Á qué va Clotilde al hospital? Y á la puerta del hospital está parado el coche que por poco me atropella... el coche de la otra... Esto es un torbellino. ¡Y lo que tengo que hacer esta noche! Es necesario no perder la cabeza, Cristóbal; es necesario afirmarse bien sobre los estribos.

Y Cristóbal se metió en un portal frente al hospital, y se puso en observacion.

CAPITULO XVI.

UN ENREDO MUY SEMEJANTE Á UNA MARAÑA.

I.

Alfonsina habia llegado á la portería del hospital algunos momentos antes que Clotilde.

—Veamos si hoy he sido mas afortunada, dijo al portero. ¿Ha venido esa jóven?

—Sí, escelentísima señora, dijo el portero; y se ha ido tambien.

Alfonsina hizo un movimiento de contrariedad.

—Y es el caso, esclamó, que no quiero confiar este secreto á nadie: volveré mañana.

—Creo que sea inútil, señora.

—¿Y por qué?

—Porque probablemente no volverá esa jóven.

—¿Ha dicho que no volvia?

—No señora; pero ha salido con el enfermo á quien venia á visitar, á quien ha visitado dos veces.

—¿Ha sido dado de alta?

—Sí señora.

—¿Y cómo, si no estaba mejor?

—Un enfermo puede salir cuando quiera.

—Habrán tomado nota de su domicilio.

—No es costumbre... Pero ¡ah! hé ahí á la jóven, señora, esclamó el portero viendo acercarse á Clotilde.

—¡Cómo! dijo Alfonsina volviéndose.

—No, no es ella, señora, dijo el portero; la otra es mas alta, y esta es mas blanca y mas pálida.

—¡La otra! ¿Y dónde está la otra? dijo Clotilde adelantando con el desembarazo de una jóven bien educada y acostumbrada al trato de gentes.

—¡Oh, Dios mio! esclamó la baronesa.

—¡Ah! esclamó Clotilde reparando en el marcado parecido que existia entre Alfonsina y ella.

El portero miraba á las dos jóvenes, y murmuraba para sí:

—¡Vaya una cosa rara! ¡Y qué blanca y que pálida la nueva!

La nueva era á todas luces Clotilde.

II.

—Perdone usted la insistencia con que la miro, dijo Alfonsina á Clotilde: pocas palabras bastarán para que usted lo comprenda; pero estas palabras las diré á usted en mi carruaje.

—Un momento, señora, un momento, dijo Clotilde: yo vengo á buscar aquí á una persona.

—¿A una persona que se parece á usted como si fuese su hermana gemela, y que se me parece como si fuese una próxima parienta mia? preguntó sonriendo Alfonsina.

—Sí señora.

—Pues usted y yo hemos llegado demasiado tarde, dijo Alfonsina. Esa jóven no volverá, porque se ha llevado del hospital la persona por quien al hospital venia. Yo tenia y tengo un gran interés en encontrarla; pero no tengo menos interés en retener á usted despues de haberla encontrado: este interés por ella es de hoy mas que de ayer; este interés por usted es de ahora: necesitamos esplicarnos. ¿Quiere usted entrar conmigo en mi carruaje?

—Yo, señora, dijo Clotilde, necesito volverme á un lugar de donde he salido, donde me han dejado y donde volverán á buscarme.

—¿Qué lugar es ese?

—La iglesia de Monserrat.

—¿Y quién tiene que buscarla á usted en ella? Algun pariente sin duda...

—Yo no conozco á mis parientes.

—¡Cómo! Pero vamos, vamos: entre usted en mi carruaje; iremos á Monserrat.

Clotilde siguió á la baronesa, que se despidió del portero de la manera mas amable del mundo.

El portero se quitó la gorra hasta los piés, y se quedó murmurando:

—¿Qué historia habrá aquí? ¡Pero, señor, qué blanca y qué pálida es esa chica! Es mas hermosa que la otra y que la señora baronesa. No, no señor: la otra es mas hermosa, y la baronesa mas hermosa que la otra, y la otra mas hermosa que la baronesa, y la niña blanca y pálida mas hermosa que la baronesa y que la otra. ¡Bah! No hay por donde desecharla. ¡Vaya por las tres!

Y el portero se metió para adentro suspirando.

Si no le causaban impresion los enfermos y los muertos, se la causaban, y grande, las mujeres vivas y hermosas.

III.

—¡Ah! ¡se la lleva! ¡se la lleva! esclamó Cristóbal viendo partir el carruaje.

Y escapó tras él gritando:

—¡Eh! ¡Pára, cochero, pára!

A estas voces el cochero refrenó los caballos, sorprendido por aquellas voces que no sabia á qué atribuir.

De nuevo la rubia cabeza de Alfonsina asomó á la portezuela.

—Señora, dijo Cristóbal alentando apenas, esa jóven que usted se lleva es mi hija.

—¿Qué significa esto? dijo la baronesa. Yo no lo entiendo.

—Es mi padre adoptivo, señora, dijo Clotilde.

—¡Ah! Pues eso es distinto, dijo la baronesa. Entre usted, amigo mio, entre usted.

Cristóbal se acercó.

El lacayo, que habia descendido, abrió la portezuela sombrero en mano, asombrado de que la señora recibiese en su carruaje á un hombre de pelaje tan humilde y de fisonomía tan ruda y tan campesina como Cristóbal.

—¡A Monserrat! dijo la baronesa.

La portezuela se cerró, y el carruaje partió de nuevo.

IV.

—Perdone vuecencia, señora, dijo Cristóbal, que habia adivinado el rango de Alfonsina; pero yo... yo he echado sobre mí obligaciones que tengo que cumplir.

Y habia una noble severidad en el acento del buen ex-guarda campestre.

—Voy á esplicar mi conducta en muy pocas palabras, dijo Clotilde. Dispénseme usted, señora: voy al mismo tiempo á esplicar á usted mi venida al hospital.

Clotilde sacó de su seno el estuche que como sabemos contenia un retrato, le abrió y le mostró á la baronesa.

—¡Ah! ¡Mi tia Andrea! esclamó Alfonsina. ¿Quién ha dado á usted este retrato?

—Nadie.

—¡Cómo!

—Los cadáveres no pueden dar: de los cadáveres se toma.

—¡Cómo! esclamó estremeciéndose Alfonsina al escuchar estas palabras que Clotilde habia pronunciado de una manera grave, sombría, con un acento que tenia algo de sobrenatural.

—Sí: yo he tomado este retrato de sobre un cadáver, dijo Clotilde.

En aquel momento el carruaje se detuvo á la puerta de la iglesia de Monserrat.

Alfonsina hizo una mueca y un marcado gesto de contrariedad y de impaciencia.

—Bajemos si usted gusta, dijo Clotilde; yo por mi parte necesito rogar á Dios: sufro, señora, sufro horriblemente.

—Sí, sí, bajemos; yo tambien sufro, dijo Alfonsina: este ha sido para mí un dia de emociones.

Bajaron.

Tras ellas bajó Cristóbal.

—Yo me quedo aquí, dijo Cristóbal al entrar en el vestíbulo: yo avisaré á mi prima.

Alfonsina consultó con la mirada á Clotilde.

—La prima de mi buen padre adoptivo, dijo esta, es la dueña de la casa donde habito y la persona á quien debo esperar aquí.

—Pues bien, esperaremos en el carruaje, dijo Alfonsina.

—No, no: necesito rezar, señora; necesito de todo punto el consuelo de la oracion.

Clotilde necesitaba reflexionar.

Alfonsina se resignó.

Entrambas entraron en el templo, á tiempo que predicaba un prelado, un príncipe de la Iglesia, cuyo nombre está unido á Monserrat y que conoce todo el mundo en Madrid.

V.

—¡Ah! ¡Tiene secretos para mí! esclamó Cristóbal. Y bien, ¿no los tengo yo para ella? Pero si los tengo son por ella, por su bien. Ella no confia, no se ha fiado de mí. Y bien, ¿no he desconfiado yo de ella? ¡Ah! ¡Mi cabeza! ¡se me va! Esto es un mareo, y es necesario tener la cabeza firme, sí, muy firme. Y bien, ¿qué hago yo aquí con el frio que hace? Vuelta al café: con una buena pipa y una buena botella de Valdepeñas se me afirmará la cabeza. Desde allí veré cuando vuelva Paula.

Y Cristóbal, que en último resultado era una buena persona y tenia la conciencia tranquila, se volvió al café.

VI.

Al sentarse sintió que algo se le restregaba contra las piernas, y oyó un gruñido cariñoso.

Poco despues, dos enormes patas se pusieron en sus muslos, y un hocico frio como un granizo le tocó las mejillas.

A seguida le lamió una lengua tibia.

—¡Calla! dijo Cristóbal. ¿Eres tú, Atrevido? ¿Por dónde has salido, diablo? Habrás sido capaz de tirarte por una ventana. ¡Pero si estaban cerradas todas! ¿Habrás hecho la brutalidad de romper los cristales?

Una idea súbita hizo palidecer al buen Cristóbal.

—¿Se habrá puesto mala Paula? dijo. ¿La habrán traido á su casa? ¿Se habrá escapado por esto Atrevido?

A impulsos de esta idea, Cristóbal salió precipitadamente del café, y á pesar de su debilidad llegó en pocos segundos á la casa de su prima y subió á saltos las escaleras.

VII.

La puerta estaba abierta, y salian y entraban vecinas.

—¿Qué ha sucedido? esclamó Cristóbal alterado.

—Nada, no es nada, señor Cristóbal, dijo una vecina antigua que le conocia: es que á Paulita le ha dado un yo no sé qué en la cabeza, y la han traido; pero no es nada: ya se le ha quitado, y como si tal cosa.

Cristóbal entró.

—¿Qué es eso, hija mia? dijo.

—Un vértigo, un vértigo terrible, primo, dijo Paula, que estaba sentada junto á la cama, cubierta aún y pálida como un cadáver. Nada absolutamente; ya ha pasado: lo siento por mis lecciones: creerán que me descuido.

—¡Al diablo las lecciones! dijo Cristóbal. El susto que me has dado vale mas que todas las señoritas que tú enseñas, aunque sean ángeles.

—En fin, paciencia, dijo sonriendo tristemente Paula. ¿Qué se le ha de hacer? Pero ¿y tu escribano?

—Calla, mujer, que estaba yo tomando café con él, ahí en el café de San Sebastian, cuando se me sube encima Atrevido. Calcu-

la tú; le habíamos dejado encerrado: me asusté, dí una disculpa á don Frutos, y escapé; pero tengo que verle luego.

—Me parece bien, dijo moviendo con aire de incredulidad la cabeza Paula: me parece que yo merezco bien tu confianza. En fin, ya veremos por dónde sale tu escribano. Anda, hombre, anda, y tráete á esa pobre niña: indudablemente está muy bien en la iglesia, pero creo que aquí estará mejor.

Cristóbal salió murmurando:

—Pues ahora se va á descubrir mi embuste; pero yo suplicaré á esa señora y á Clotilde que digan que se han encontrado en la iglesia.

Y atravesó la plazuela de Anton Martin.

CAPITULO XVII.

UNA NUEVA CEREZA QUE SE ENREDA Á LAS OTRAS.

I.

—Hágame usted el favor de dejarme ver de nuevo ese retrato, dijo Alfonsina á Clotilde.

La jóven entregó el retrato á la baronesa.

Esta le abrió, y examinó con una profunda atencion el retrato.

—¡Sí! ¡sí! ¡mi tia Andrea! esclamó.

Y luego, mirando con emocion á Clotilde, añadió:

—¿Luego ella y tú sois mis parientas próximas?

—¿Y quién es ella? dijo Clotilde.

—María.

—¡María! ¡Mi hermana!

—Indudablemente.

—Pero yo... ¿quién soy yo?

—Una palabra.

—¿Cuál?

—El nombre de tu padre.

—No lo sé.

—El de la persona que te ha criado, con la cual has vivido.

—¡Esa persona ha tenido tantos nombres!...

—¿Y quién era esa persona?

—Yo la creia mi padre.

—Que la creias...

—Sí; pero otra persona me ha dicho... no es tu padre; y luego, luego, yo misma... no, no podia yo ser su hija: la hija de un lobo debia necesariamente ser loba, y yo no lo soy.

—¡Pero, Dios mio, qué misterio!... Tú dices que has encontrado este retrato sobre un cadáver.

—Sí.

—¿Y quién era ese cadáver?

—¡Ha tenido tantos nombres ese cadáver!...

—¡Ah! ¿Ese cadáver era el del hombre á quien tú creias tu padre?

—Sí.

—¿Y tú no conocias el retrato?

—No le conocí hasta anteayer. Cuando le vi, me dije: Ese retrato debe ser el de mi madre. ¡Se me parece tanto!...

—Mi tia Andrea era soltera... tal vez lo sea aún, porque no se sabe si es muerta ó viva.

—¡Soltera mi madre! esclamó Clotilde.

—¡Ah! Deja... deja... esto es monstruoso... con todo esto se me va la cabeza... necesito volver á casa... que vengas conmigo...

—Pero ¿y mi padre adoptivo?...

—¡Qué! ¿tu padre adoptivo no querrá confiarte á la baronesa de Castell-d'oro?

—¡La baronesa de Castell-d'oro! esclamó Clotilde.

—¡Qué! ¿es para tí nuevo ese título?

—De todo punto nuevo.

—¿No te ha hablado nunca tu padre, ó el que creias tu padre, de los Castell-d'oro?

—Jamás.

—¿De manera que tú no conoces tu familia?

—No.

—¡Oh! ¡A casa! ¡á casa! Necesito que nos encerremos, que ha-

blemos... ¿Dónde está ese buen hombre á quien llamas tu padre adoptivo? Es necesario que le busquen.

II.

En aquel momento apareció detrás del cristal el semblante de Cristóbal.

La baronesa abrió la portezuela.

—Señora, dijo Cristóbal, es inútil esperar á mi prima; se ha puesto mala en la calle y la han llevado á su casa.

—¡Ah! Pues vamos allá, dijo Alfosina. Espero que su prima de usted tendrá la bondad de recibirme en su casa; en todo caso, usted me presentará.

—¡Ah, señora! dijo Cristóbal: mi prima no sabe la honra que la espera. Pero suplico á vuecencia, porque nos conviene que así sea, que no diga que ha encontrado á esta señorita...

—¡A Clotilde! dijo esta.

—Pues bien, que vuecencia ha encontrado á Clotilde en el hospital... sino que la ha encontrado en la iglesia.

—Bien, bien, dijo Alfonsina; así asegura el secreto de la historia.

—Pues yo voy, señora, á avisar á mi prima para que esta visita no la sorprenda tanto.

Y Cristóbal partió á correr.

III.

—¿A que no sabes, dijo á su prima en cuanto llegó, con quién me he encontrado á Clotilde?

—¿Con quién? preguntó Paula.

—Con una gran señora en su carruaje á la puerta de Monserrat; con una gran señora que debe ser su parienta, porque se le parece mucho. Ya, ya verás. ¿Oyes un carruaje que se pára? Pues ya están ahí.

Y Cristóbal escapó, para ir al recibimiento de la baronesa y de Clotilde.

Paula se habia quedado asombrada.

Pero cuál no fué el asombro de Cristobal cuando al entrar la baronesa con Clotilde vió que su prima se ponia de pié, que exhalaba un grito de alegría, y que esclamaba:

—¡Alfonsina! ¿eres tú?

Y que Alfonsina decia entre los besos que se daban las dos jóvenes:

—¡Cómo! ¡Paula! ¡Paula mia! ¡al fin te se encuentra! ¿Y eres tú la prima de este buen hombre?

—Sí, dijo con una encantadora llaneza Paula, que sin duda era una señorita de alto coturno por su orígen cuando con tal confianza y con tal cariño la trataba una alta dama: prima política del escelente Cristóbal.

—¡Ah! ¿Es primo de tu marido?

—Sí.

—¿Y quién es tu marido?

—Un empleado público, un hijo predilecto del Estado, aunque de los hijos menores: un antiguo escribiente de loterías.

—¡Paula!

—¡Ah, Alfonsina! ¡Alfonsina! tú no crees sin duda en el amor.

—¡Quién sabe! dijo tristemente Alfonsina. Pero la verdad es que te encuentro y que me alegro mucho de encontrarte.

—Y yo tambien, puesto que la casualidad, ó mas bien la Providencia, te ha hecho encontrar...

—Sí, á mi prima Clotilde... á una prima tan desconocida de mí como los antípodas. En fin, cosas de cosas... la Providencia sin duda... Manda que digan á mis criados que se vayan.

—Vé, primo, vé, dijo Paula: los criados han salido, Alfonsina, añadió riendo Paula.

Cristóbal habia salido.

—¡Qué locura! esclamó Alfonsina. La señorita de...

—Silencio... Mi marido no conoce mi familia: esto es lo convenido...

—¡Otro misterio!

—No: una avenencia.

—Pero una avenencia á la cual lo has sacrificado tú todo.

—Todo. Pero esa es una historia que... Necesitamos estar completamente solas... Y además, yo creo que hay otras historias que interesan mas.

—Es verdad... ¿Y de qué vivís?

—Del sueldo de mi marido y de los honorarios de mis lecciones de piano.

—¿Y eres feliz?

—Felicísima.

—Es verdad: la felicidad consiste en la satisfaccion de los deseos.

—Y como todos mis deseos están satisfechos, soy feliz.

IV.

—Señora, dijo apareciendo en la puerta Cristóbal: el cochero dice que cuándo quiere vuecencia que vuelva el carruaje.

—A las doce, contestó Alfonsina. Y para otra vez, señor mio, abajo el tratamiento; usted es primo de una amiga á quien amo como una hermana.

—¡Oh, Dios mio! esclamó Paula. Acerca de esto es necesario guardar un profundo secreto, dijo Paula: mi marido ignora...

—¡Diablo! murmuró Cristóbal. ¿Qué será lo que ignora mi pobre primo?

—Cristóbal, cuando hayas dado esa órden, vuelve, dijo Paula.

—Muy bien, contestó Cristóbal, en cuya voz habia algo de estraño.

Y se fué.

—¿Quién es ese? dijo Alfonsina. Parece que ha recibido alguna educacion, es inteligente y bastante fino á su manera.

—Es un señorito de lugar, hijo de una casa decente que vino á menos: le tocó la quinta, no pudieron librarle del servicio, y le ha cumplido en caballería, donde llegó á ser sargento primero; se licenció, pidió un empleo, y apoyado por sus jefes le hicieron guarda campestre.

—¡Ah! ¡ya! ¡Así descienden los hombres y las familias! ¡El dinero y siempre el dinero!

V.

Volvió Cristóbal.

—Ven acá, le dijo Paula: tú no has oido nada... tú no sabes nada... ¿entiendes?

—¿Y qué no he de saber yo? dijo Cristóbal.

—Que su escelencia y yo somos dos grandes amigas, dos antiguas compañeras.

—¿Y tiene eso algo que ver con la persona de mi primo?

—Nada absolutamente: ni la aumenta ni la disminuye.

—Lo creo, y juro guardar secreto.

—Ni aun á tu escribano digas una sola palabra: el mejor secretario de nuestros asuntos somos nosotros mismos.

—¡Ah! Es verdad: ahora me recuerdas que me está aguardando mi escribano. Adios, señora; adios, Clotilde, hasta mañana.

—Adios, amigo mio.

—Adios, padre.

—Adios, primo, dijeron á un mismo tiempo las tres jóvenes.

VI.

—Estamos solas, absolutamente solas y libres, dijo Paula. Mi marido no vendrá hasta las diez, y eso porque hoy se cierra el juego y se han vendido todos los billetes. Voy á cerrar las puertas para no ser oidas por los vecinos y para estar mas abrigadas: hace mucho frio: voy á añadir fuego al brasero.

—No, hay bastante: esto es muy pequeño: casi hace aquí calor.

—No: es que estamos escitadas. ¡Esta sorpresa! Yo me acordaba mucho de tí.

—Y yo de tí. Pero este casamiento...

—¡Oh! la cosa mas original del mundo.

—Pero ¿has falsificado tu estado civil?

—No, absolutamente... Pero es verdad: ¿á qué ocuparnos de la historia de mi estraño casamiento, cuando tenemos á la vista una historia mas importante?

—Sí, la de mi prima Clotilde... Pero para comenzar esta historia es necesario que yo la diga cómo he podido reconocerla...

—Os pareceis bastante... pero no estando en antecedentes, este parecido puede pasar desapercibido.

—Es verdad... Pero mira.

Y Alfonsina dió el retrato á Paula.

—¡Oh! ¡hermosísima! ¡admirable! esclamó Paula.

—¡Mi tia Andrea! dijo con satisfaccion Alfonsina: mi desconocida, mi misteriosa tia... la desventurada hermana de mi madre: no la he conocido hasta hoy... ¿Y cómo creerás que la he conocido, ó mejor dicho, que he conocido otro retrato exactamente semejante á este?... ¡Por un robo doméstico!

—¡Por un robo doméstico!

—Sí. Pero esto vendrá á su tiempo: ahora necesito contarte una historia que te puede servir de mucho.

Se agruparon las tres jóvenes alrededor del brasero, y Alfonsina empezó la relacion siguiente.

CAPITULO XVIII.

PRIMERA HISTORIA.

I.

«Mis primeros recuerdos no pasan del claustro de las Salesas Reales.

Allí se desarrolló mi infancia; allí te conocí, mi querida Paula.

Tú tenias seis años mas que yo.

Nadie iba á verme mas que mi tio y mi tutor á un tiempo, don Juan del Valle de Sos, marqués de Casa-Otero, hermano de mi padre.

Yo era huérfana.

Mi madre habia muerto al darme á luz.

Mi padre...

La causa de su muerte fué para mí, mientras estuve en el convento, su desesperacion por la muerte de mi madre.

Despues, el mundo se ha encargado de decirme que mi padre murió dos años despues que mi madre en un duelo.

Algunos, caritativamente, me han hecho vagas indicaciones, por las cuales podria deducirse que mi padre murió víctima de un crímen.

Era segundon y sin título.

El que yo llevo era de mi madre.

II.

Tú estabas como yo triste, porque como yo eras huérfana, porque no venian á verte al convento ni tu padre ni tu madre ni tus hermanos, porque no tenias ni una sola voz cariñosa que te consolase en tu soledad, que templase el frio de tu alma.

Tú tenias como yo un tutor, y un tutor interesado.

Tú no tenias en tu familia un título, pero tenias un nombre ilustre y grandes riquezas.

¿Qué se ha hecho de esas riquezas?

No necesito tu contestacion.

Tu tutor las ha devorado.

Tú has tenido la grandeza de alma ó la resignacion ó la necesidad de no reclamar en justicia.

Me parece adivinar.

III.

—No, no adivinas, dijo Paula: cuando yo te cuente, cuando os cuente mi historia, comprendereis que puede existir lo absurdo. Continúa, Alfonsina, continúa.

Alfonsina continuó:

IV.

»Tú sabes cuál era nuestra vida en las Salesas.

Formábamos un grupo aparte.

Se nos llamaba no sabemos de cuántas maneras: las insociables, las salvajes, las vanidosas, las solitarias, las ridículas.

Nuestras compañeras se vengaban de la amistad que veian en nosotras, de que no tomábamos parte en sus entretenimientos juveniles.

Nosotras nos bastábamos á nosotras mismas.

De repente tú me abandonaste: me dejaste sola en el convento.

Habias cumplido tus diez y ocho años: yo tenia doce.

—Me voy, me dijiste.

—¿Por cuánto tiempo? respondí yo.

—Para siempre.

—¡Para siempre!

—Sí. Mi tutor me saca: no puedo oponerme á su voluntad: soy menor de edad.

—Pero tú vendrás á verme, te dije alentando apenas.

—No lo sé: yo no tengo voluntad, me respondiste.

—Me escribirás á lo menos.

—No lo sé tampoco.

Nos abrazamos llorando.

Al dia siguiente yo estaba sola, completamente sola entre mis mordaces y locas compañeras.

Tú no volviste ni escribiste.

¿Qué habia sido de tí? ¿Qué habia sido de tu tutor?

Nadie lo sabia en el convento.

Pregunté al marqués de Casa-Otero, que se mostraba muy complaciente conmigo.

—Me informaré, me dijo.

Cuando vino á verme al jueves siguiente, me contestó de la manera mas lacónica del mundo:

—No ha quedado ni aun rastro del tutor ni de la pupila.

—Pero ¿y sus bienes, tio?

—No he pensado en esto: el jueves que viene te contestaré.

En efecto, el jueves siguiente me dijo:

—Todos los bienes están de tal manera afectados por hipotecas, que aunque Paula viva cien años, no podrá percibir un solo maravedí de sus rentas.

—¿Es decir, observé yo, que la ha robado su tutor?

—No todos los tutores son como yo, me contestó lacónicamente el marqués.

V.

Pasaron cuatro años monótonos; cuatro años de sala de labor, de sala de música, de recreos en la huerta, de ejercicios religiosos; cuatro años en fin dentro de las costumbres de una celda, de cansancio conventual.

Habia yo crecido.

Era lo que soy ahora: un poco mas delgada, y nada mas.

Ya alguna de las criadas me habia dado alguna carta de amor.

Estas cartas eran muy originales, porque en el mundo, es decir, fuera del claustro, no me conocia mas que una sola persona: mi tutor.

¿Pero tú no conoces á ese sér que se llama busca-vidas ó busca-fortunas por medio de un casamiento?

No se me conocia, pero se sabia que yo era la baronesa de Castell-d'oro, con un millon y medio de renta y con diez y seis años.

Se habia preguntado al demandadero para poder referirse al escribirme el color de mis ojos y de mis cabellos.

Se me habian enviado retratos.

Se me llamaba de la manera mas hiperbólica del mundo, felicidad, sueño, vida, eternidad... ¿qué se yo cuántas cosas?

Se habia rebuscado en el Diccionario de la Academia para escitar la vanidad de la mujer.

Yo no contestaba á ninguna de estas cartas: me fastidiaban.

Y eso que todas venian firmadas por nombres ilustres, que á muchas acompañaban retratos coloridos, hechos con un no sé qué de intencionada coquetería.

Pero yo veia un necio y un busca-fortunas en cada uno de aquellos encantadores retratos.

VI.

Llegué á adquirir antes de salir del claustro una gran reputacion de altiva, de insensible.

Cuando mi tutor me presentó en el mundo, obtuve un éxito completo.

Esto fué el mismo dia en que cumplí mis diez y siete años.

Los salones de mi vieja casa solar, salones inmensos, por los cuales se puede correr caballos, estaban renovados, ornamentados, resplandecientes.

Una vieja parienta, que no sé de dónde le habia venido al marqués, y que no he vuelto á ver, hacia los honores de la casa.

La concurrencia fué brillantísima.

Se me rodeó, se me aduló, se me enconfitó, por decirlo así, á cumplimientos, á elogios, á galanterías.

La fiesta duró hasta las tres de la mañana.

A las tres y media estaba yo en mi cuarto, envuelta en un peinador y sentada junto á la chimenea.

VII.

Mis doncellas me habian acostado, pero yo no podia dormir: estaba demasiado sobreescitada.

Además de esto, me alarmaba un vago recelo.

Me levanté, y me puse un peinador que habia dejado junto á mí para ponérmele por la mañana; encendí una bujía en la lámpara de noche, y salí á mi salon particular, al que yo por su estension no me atrevo á llamar mi gabinete.

En él se habia apurado el lujo.

Los muebles eran de fantasía, afectando el gusto á lo Luis XV.

Todo era allí nuevo.

El plafon representaba un asunto mitológico en que abundaban deidades y ninfas, no muy en su lugar, en el cuarto de una soltera de diez y siete años.

Solo habia viejo una docena de retratos de damas mas ó menos hermosas, que debian ser mis parientas, porque todas tenian, respecto á mí, un indudable aire de familia, y algunas un gran parecido; pero los marcos eran completamente nuevos y en relacion con el mueblaje.

Los trajes de aquellas damas eran una mezcla de modas y de época.

Desde los trajes de 1830 hasta los de 1700.

Todas no podian ser mis abuelas; pero, como he dicho, todas pertenecian indudablemente á mi familia.

VIII.

Una entre ellas, con el traje á la moda de 1830, me llamó estraordinariamente la atencion y me conmovió.

Era una jóven de mi misma edad y enteramente semejante á mí; de tal manera, que cambiando el traje podia haber pasado aquel retrato por el mio.

La dama representada por aquel retrato debia ser mi madre.

Lo era en efecto.

Al dia siguiente, don Julian mi mayordomo me fué diciendo el nombre y aun la historia de las señoras representadas en aquellos doce retratos: historias sencillas, monótonas.

Todo se reducia á la fecha en que se casaron y con quién, los nombres de sus maridos, el número de sus hijos, la época de su muerte y su enfermedad, y algunos rasgos distintivos de su carácter; pero en cuanto á la historia de mi madre, creí notar reticencias en Julian.

Quise que se esplicase, y me dijo:

—La señora baronesa fué muy virtuosa, casi una santa, murió muy jóven, á los veinte años. Su marido... ¡pues!... el padre de vuecencia, murió... ¡pues!... murió de dolor dos años despues... Algunos han querido suponer que murió á causa de heridas recibidas en un duelo que se mantuvo secreto; pero esto no es exacto: el señor baron murió en los brazos de... del señor marqués de Casa-Otero, su hermano, y en los mios; murió de tristeza, de desesperacion, yo lo puedo asegurar á vuecencia. La pérdida que el señor baron habia sufrido era irreparable, y no tuvo resignacion... su carácter le mató...

Todo esto podia encerrar un doble sentido.

Sin embargo, Julian no fué mas esplícito.

Yo, por respeto á mis padres, no podia aventurar preguntas; pero no tenia ni una sola duda acerca de la virtud y de la dignidad de mi madre.

Á la vista de su retrato no era posible dudar.

El pintor habia reproducido su alma en sus ojos, y aquella alma aparecia paciente, pura, virtuosa.

IX.

Desde el momento en que la vi por primera vez, me apasioné de ella.

Desde entonces nunca dejo de mirarla y de venerarla cuando paso por mi gabinete.

Desde entonces nunca me recojo sin contemplar durante algun tiempo esa blanca y purísima figura, y sin orar delante de ella como delante de un altar.

¡Y qué! para toda hija que siente, ¿no es una cosa sagrada, un altar, el retrato de su madre?

X.

La contemplaba yo con el corazon dilatado, enamorado.

No sabia aún que aquel retrato representaba á mi madre.

Aún no me lo habia dicho Julian; pero me lo decia el corazon.

De improviso sentí dos manos ardientes y temblorosas que se posaban en mis hombros.

Alguna persona que habia llegado hasta mí sin que yo la sintiese, estaba detrás de mí.

Yo me estremecí.

Todo se reveló en mí: el miedo y el pudor.

Me volví, y encontré detrás á mi tio, al señor marqués de Casa-Otero.

XI.

Tú le conoces, Paula.

El marqués es hermosísimo.

Tenia entonces cuarenta y siete años, y apenas representaba treinta.

Sus cabellos negros y sedosos se agrupaban con suma gracia sobre su frente morena.

Sus patillas eran de un corte y de una belleza casi artísticas.

Sus grandes ojos eran elocuentes, ardientes, apasionados.

Sabia infiltrar con su mirada en el alma un no sé qué de embriagador.

Su boca, de una correccion admirable, dejaba ver en una sonrisa dulce, acariciadora, enamorada, una dentadura incomparable.

En su semblante, completamente afeitado á escepcion de las patillas, todas las formas eran armónicas y de un purísimo lineamiento antiguo.

Aún no tenia la doble cicatriz de sus mejillas.

XII.

Se comprende que sea la ambicion el empeño, el amor, el *quid divinum* de cierta clase de mujeres que no van mas allá de la esfera de lo material.

Pero á mí, aquella hermosura masculina, aquellas pretensiones de coquetería en un hombre, me habian repugnado siempre, habian acabado por hacérseme agresivas.

Sin embargo, yo trataba á mi tio con afecto; y si no le amaba, á lo menos no le despreciaba.

Á pesar de todo esto, la presencia del marqués en mi cuarto á tal hora, su mirada, su sonrisa, un no sé qué que emanaba de él, me aturdian.

El marqués traia un elegantísimo traje de casa que le favorecia sobremanera.

A mi movimiento de sorpresa, de repulsion, el marqués me dijo:

—Eres una niña: te sobrecoges de lo que ninguna otra se sobrecogeria: de la vista inesperada de su tutor, de su tio, en su aposento, á una hora avanzada de la noche.

Quiso asirme una mano, pero yo la retiré.

—Sal, le dije: tú no debes estar aquí... no has debido venir... yo no debo permitir que permanezcas.

El marqués se puso pálido.

—Yo te amo, me dijo; yo estoy locamente enamorado de tí: no te he sacado por otra razon del convento... No te alarmes: soy impaciente, y no puedo esperar á saber de tí lo que de tí debo esperar...

Nada le respondí.

—Sí, yo necesito unirme á tí, y unirme cuanto antes para ser feliz.

—¡No! le respondí.

—¿No quieres ser mi mujer?

—No.

—¿Amas á otro? esclamó el marqués, que se iba trasformando rápidamente, convirtiéndose de hombre hermoso en una fiera.

—¡No! respondí yo. ¿A quién ha de amar una niña como yo que acaba de salir de un convento?

—En un convento en donde hay numerosas sirvientas como en las Salesas Reales, á despecho de las monjas, ó mas bien á espaldas de las monjas, pueden entrar cartas y aun retratos.

—Yo no amo, yo no pienso en el amor, yo no sé lo que es el amor.

—¡Ah, sí! Tú sientes el amor: tus ojos tienen ya la espresion tentadora de Eva despues de su conversacion con la serpiente.

En efecto, yo tenia ya ánsia de amar.

Aquellas cartas que habia recibido y leido, sin hacerme amar á ninguno de sus autores, me habian hecho sentir el amor: un amor solitario, un amor triste que halagaba mi sueño: un sueño que hasta hace tres dias no ha tomado su forma real.

XIII.

Alfonsina suspiró, y suspendió la narracion por un momento.

Luego continuó:

»Y si yo amase, dije á mi tio, ¿no tendria derecho á amar?

—Yo mataria al hombre á quien tú amases, me respondió.

El semblante del marqués habia tomado la espresion espantosa de una fiera irritada y hambrienta.

Yo tuve miedo.

Busqué una puerta.

El marqués se interpuso.

Corrí al cordon de una campanilla.

El marqués me asió por un brazo y me atrajo á sí.

—¡Socorro! grité yo de una manera desesperada.

El marqués me puso una mano en la boca.

Yo mordí aquella mano.

El marqués rugió entonces.

Me sentí asida por la cintura y levantada; pero inmediatamente me sentí de nuevo en tierra.

El marqués se encontraba á mucha distancia de mí.

Un hombre habia acudido á mi socorro.

XIV.

¿Quién era aquel hombre?

No lo sé.

Solo sé que era horrible, que sus ojos relampagueaban, que por su boca salia un ronquido sordo, que tenia al marqués doblegado sobre un sillon y le oprimia con las dos manos el pecho, como un mastin feroz que tiene bajo sus patas un gato y le muestra regañando sus dientes.

El marqués temblaba.

Sus ojos se fijaban en los de aquel hombre llenos de espanto, de ansiedad, enloquecidos, dilatados, horribles.

—¡Ah! ¡tú! ¡siempre tú! esclamó el marqués.

—¡Sí! ¡yo! dijo con voz ronca aquel hombre: yo... que no permitiré hagas tu víctima á Alfonsina.

—Yo la quiero hacer mi esposa.

—Ella será esposa del que elija.

—Yo la amo.

—Tú no conoces el amor.

—Suéltame, déjame.

—Sí, pero escucha: mi mirada está siempre fija en Alfonsina, ¿lo oyes? Un solo estremecimiento de Alfonsina, un solo grito suyo causado por tí, me llamarán á su lado. ¡Guárdate! ¡ya me conoces! ¡no me provoques!

Y aquel hombre dejó de oprimir al marqués, se irguió, me miró con una larga mirada, avanzó hácia una puerta y desapareció por ella.

XV.

Yo no sé deciros cómo era aquel hombre sino en conjunto.

Aquel conjunto determinaba un sér horrible.

No he conservado memoria ni de un solo detalle de su sér; pero estoy segura de que si volviese á verle le reconoceria.

No le he vuelto á ver.

¿Está ese hombre cerca de mí?

No lo sé; pero el marqués desde aquella noche me respeta de una manera ciega.

Su galantería no tiene límites.

Vive conmigo en su cualidad de tutor, y me rodea de las mas esquisitas atenciones.

Me ama, no tengo duda de ello; me ama como nunca ha amado á ninguna mujer.

Para las demás es un libertino repugnante.

Muchas veces me he dicho yo:

—Si yo le amase, si yo me casase con él, puede ser que le salvase.

Me he sentido arrastrada á él, seducida por su amor silencioso, y por su respeto, por sus solicitudes, por su delicadeza respecto á mí.

Cuando una mujer se pregunta respecto á un hombre «si yo le amase,» ó le ama ya, ó está muy cerca de amarle.

Yo sentia la necesidad del amor; yo estaba hace tres dias en camino de un punto, llegado al cual contestaria con un *sí* á una nueva súplica del marqués; yo sabia que hasta cierto punto su conducta respecto á las mujeres era escandalosa.

Pero ¿qué soltero de nuestros dias, rico como él y jóven, porque el marqués lo es á pesar de sus cuarenta años, no es el héroe de escándalos y aventuras amorosas?

Estos hombres, cuando se casan, suelen convertirse.

Yo, si no sentia amor, sentia ya algo de interés por convertir al marqués; pero Dios no quiso que yo le convirtiese; mejor dicho, Dios no ha querido que yo me arrepintiese demasiado tarde.

Os voy á mostrar lo que me arrancó de repente de mi peligroso camino.

XVI.

Y la baronesa sacó de su bolsillo una cartera, y de ella dos papeles impresos doblados.

—Mirad, dijo desdoblando uno de ellos.

Era la gacetilla rota que habia tomado de sobre su tocador tres dias antes mientras la peinaba Clara.

—Leed, dijo Alfonsina.

Paula leyó, y al llegar al fin de la columna, al encontrarse sin el principio de la siguiente, esto es, sin la continuacion de la historia, ella y Clotilde hicieron el mismo movimiento de contrariedad y de impaciencia que habia hecho Alfonsina en la misma situacion.

—Tomad, dijo: yo he buscado el periódico, y hé aquí la noticia completa.

—¿Y ha averiguado usted quién es esa María, señora? dijo Clotilde.

—Señora no, ni usted, dijo vivamente la baronesa; *prima* y *tú*, porque tú de seguro eres mi prima. En cuanto á María, oid:

XVII.

—Yo habia casado á una doncella mia, dijo, y habia ido á las bodas á Aranjuez.

Entre las gentes que asistian á la boda, habia una jóven en quien no pude menos de reparar á causa de su estraordinaria belle-

za y de la esquisita elegancia de su traje, á pesar de que era muy sencillo: una de estas criaturas de las que hasta las mujeres se enamoran: el original vivo en fin de este retrato, añadió la baronesa señalando el de Andrea, que estaba sobre la mesa.

Pero esto es muy singular, Clotilde.

De la misma manera que al ver este retrato y al verte á tí hay que decir que tú eres hija de mi tia Andrea, de la misma manera, al verte á tí y al recordar á aquella jóven, hay que afirmar que sois hermanas, indudablemente hermanas.

Ahora bien: entre este retrato, tú y yo hay un indudable aire de familia; entre aquella jóven y nosotras no hay aire de familia alguno.

Y sin embargo, ella es mucho mas hermosa que el original de este retrato.

No puedo esplicarme esto mas que de una manera.

¿Sereis hijas de distintos padres?...

Se estremeció Clotilde.

Un nuevo misterio aparecia como una nube en el horizonte de su vida, en el cual, como sabemos, habia ya ráfagas rojas.

—Yo espero, continuó Alfonsina, que todo esto que no podemos esplicarnos, se desenvolverá un dia á nuestros ojos.

Sea como quiera, las dos sois hijas naturales, porque mi tia Andrea hace diez y ocho años no era casada.

Yo no sé si se casaria despues, porque Andrea desapareció.

En la carta en que María daba la razon de su estraña, de su terrible manera de suicidarse, parece que se refiera á su madre muerta.

—Pero esa María del periódico, esclamó alentando apenas Clotilde, ¿es la misma de las bodas, es la misma que ambas buscábamos en el hospital?

—Sí, la misma: tu hermana, mi prima. Pero continúo.

XVIII.

Yo busqué á María, pero María habia desaparecido.

Yo tengo veinte camas en el Hospital General, es decir, yo cuido de veinte enfermos pobres.

—¡Oh, qué hermoso es eso! dijo Clotilde.

—Ó qué entretenido. Hace tres dias encontré un nuevo enfermo, un jóven á quien se habia recogido exánime de hambre.

Me informé acerca de él.

No se sabia su historia.

Encargué se viese si le visitaba alguien, á fin de informarme por una persona que le conociese.

Me dijeron ayer que habia ido á visitarle una jóven hermosísima, escepcional, que debia ser ó su hermana ó su amante.

Por las señas que me dieron de ella, creí haber encontrado á María.

No quise encargar que la siguieran.

¿Por qué poner á nadie sobre su pista?

Preferí encontrarla yo.

Pregunté ayer á qué hora iba.

Me dijeron que habia obtenido un permiso especial del director para entrar desde las ocho á las once de la mañana.

Mujeres tan hermosas como María obtienen hasta lo imposible.

Para ellas desaparece la severidad de los reglamentos.

Fuí esta mañana á las once, y ya se habia ido.

Esto me puso de muy mal humor.

Habia que esperar otro dia, y yo entré en gran impaciencia por proteger á una criatura que habia llevado su dignidad hasta el punto de dejarse morir, y que era un conocimiento misterioso de mi buen tio: una víctima pura.

Para curarme de mi mal humor me fuí á hacer algunas visitas de confianza, y volví á casa á las tres.

XIX.

Apenas llegué, Julian, mi mayordomo, se acercó á mí y me dijo con gran misterio:

—Necesito hablar en secreto á vuecencia.

—¿De qué se trata?

—De una ladrona doméstica, á la que tengo encerrada; pero no

me atrevo á tomar ninguna determinacion sin ponerlo en conocimiento de vuecencia.

—¿Y es importante el robo?

—Importantísimo; mas de lo que vuecencia puede figurarse.

Me encerré pues con Julian.

—¿De qué robo se trata? pregunté.

—Hé aquí el cuerpo del delito.

Y me mostró este medallon, que no he querido presentarte hasta ahora, Clotilde.

XX.

La baronesa sacó de un bolsillo un objeto envuelto en un papel.

Le desenvolvió y le mostró á Clotilde y á Paula.

—¡Ah! esclamó Clotilde.

—Un nuevo ejemplar del retrato de esa señora, esclamó Paula.

—Sí, el mismo retrato, con la sola variedad del traje y del prendido, dijo la baronesa.

Este retrato me causó una impresion profundísima.

Reconocí á María.

Á su madre ó á su hermana.

Yo no conocia al original de este retrato.

—Esa señora, me dijo Julian, murió cuando vuecencia era aún muy niña.

—Pero ¿quién es esa señora?

—La señorita Andrea, hermana de la señora madre de vuecencia.

—¡Ah! ¡Mi tia! esclamé.

—Sí señora, tia carnal de vuecencia.

—Nunca me han hablado de ella.

—El señor marqués tiene sus motivos para no hablar de la señorita Andrea.

—¡Cómo!

—Sí. El señor marqués estuvo perdidamente enamorado de la señorita; pero la señorita amaba á otro. En fin, no estuvo de Dios, porque la señorita Andrea murió.

Volvia á encontrar reticencias en el relato de Julian.

—Habla, le dije; habla sin temor.

—El señor marqués conservaba este retrato sin duda, dijo Julian evadiéndose de contestar á mi insistencia, cuando de su cuarto le ha robado Clara.

Yo no insistí.

Se comprendia claramente que Julian no queria hablar.

—¿Conque ha sido Clara? dije.

—Sí señora, me contestó. Clara ha tenido la debilidad de creer que el señor marqués la ama... y como el señor marqués hace tres dias que no parece, en un momento de celos ha entrado en su cuarto, y yo la he sorprendido registrando una papelera forzada y apoderándose de este retrato. Esto es muy delicado, señora, delicadísimo; podria creerse que cualquiera de los antiguos y lealísimos criados de vuecencia habian cometido el robo. ¿Qué se hace de Clara?

—Tráela.

Poco despues, Clara se echaba llorando á mis piés.

—Yo estoy loca, señora, me dijo; y en mi locura... el señor marqués... yo... yo le amo... he tenido celos.

—Bien, bien, dije: el marqués trae sus desórdenes hasta mi casa. Bien: es necesario que esto termine: tú no puedes permanecer aquí, Clara; pero no quedarás abandonada: vuélvete á tu cuarto hasta que disponga yo... Que nadie sepa lo que ha sucedido.

Clara salió.

Llamé á Julian, le mandé se compusiera la papelera forzada y que guardase secreto.

Despues me fuí impaciente al hospital para preguntar al conserge si la hermana ó la amante del oficial enfermo que tenia licencia para ir todos los dias al hospital se parecia á este retrato. Entonces fué cuando te encontré.

Hé ahí mi historia, y todo lo que por ahora puedo yo decir de los misterios que nos rodean.»

—¡Oh! esos misterios se esclarecerán, dijo Paula: hay mil medios para esclarecerlos.

—Pero ¿y María? ¿dónde está María? esclamó Clotilde.

—La policía, hijas, la policía. María parecerá, yo os lo aseguro, dijo Paula, y no tardará en parecer.

XXI.

Hubo un ligero intervalo de silencio.

Al fin Alfonsina se pasó la mano por la frente, guardó los dos retratos en el bolsillo, en la cartera los papeles, y dijo á Paula:

—Ahora tu historia, tu estraña historia, Paula mia.

—¡Mi historia! ¿Y qué importa ella? Es la historia de una trasformacion demasiado estraña. Y sin embargo, nada mas sencillo, nada mas natural, dados los antecedentes... Pero Clotilde... tal vez Clotilde tiene algo mas importante que decir...

—Tu marido volverá á las diez, ¿no es esto? dijo Alfonsina.

—Sí.

—Tú no querrás que tu marido sepa...

—¡Oh! De ningun modo.

—Pues aprovechemos el tiempo.

—¿Y por qué no otro dia?

—¡Oh! Siento una viva curiosidad. Además, cuando tu marido vuelva, yo me llevaré á esta á casa...

—¡Cómo!

—Sí. Para vosotros es un inconveniente y para mí una compañera. Estoy segura de que es mi prima Clotilde; y si no lo fuera, yo me encargaré de ella, de la misma manera que me encargo de haceros la vida mas cómoda á tí y á tu marido.

—¡Oh! Lo acepto, lo acepto, Alfonsina. El pobrecillo es apto para cualquier cosa, y estoy cansada de enseñar música.

—¡Ah! Pues despídete mañana por medio de cuatro esquelas muy atentas. Ahora, venga la historia de tu trasformacion, Paula.

CAPITULO XIX.

SEGUNDA HISTORIA.

I.

—Allá va, dijo Paula sonriendo. Mi historia tiene tambien algo de sombrío, pero que no me ha tocado mas que á la fortuna. Las huérfanas lo perdemos todo cuando perdemos á nuestros padres. Se nos entrega á un tutor que cuida mas de él mismo que de nosotras. Mi historia es muy sencilla:

«Entré en el convento á los doce años.

Salí de él á los veinte.

Á los veinticinco llegué á mi mayor edad, y mi tutor debia rendirme cuentas.

Era necesario prevenir esto.

Un casamiento debia arreglarlo todo.

Mi tutor, convertido en marido, continuaria teniéndome bajo su dominio.

¿Sabeis quién era mi tutor?

Un bandido: sí, sí señor, un bandido.

No creais que un bandido de trabuco y puñal, feroz, terrible, feo, grosero, amenazador, espantable; nada de eso: un bandido muy fino, muy elegante, lleno de espíritu y de distincion, perfumado, de guante blanco, relacionado con todo el mundo, bello aún y seduc-

tor, á pesar de sus cuarenta y cinco años; hombre influyente, algo artista y algo poeta.

—La vida es cara, Paula, me decia muchas veces. Esta carestía de la vida obliga á tener muchas industrias, porque con una sola industria no basta.

Ahora bien: ¿sabeis qué cosa es una industria, cuando se trata de gentes que no tienen profesion conocida como mi tutor?

El robo, la falsificacion, la estafa, la agencia de innumerables negocios; todo oculto, todo encubierto por las mejores formas, por un ciego respeto á las conveniencias.

Cada uno de estos industriales se parapeta detrás de un pretesto para engañar á la opinion pública, para buscar la espalda á la ley.

Mi tutor era autor dramático: autor de una sola obra.

Era periodista; pero solo escribia alguna vez artículos de esos que cuando aparecen producen un escándalo, porque levantan á medias un velo.

Era autor á la manera que lo son hoy tantos.

Tenia un estudio elegante, y siempre algun retrato sobre un caballete.

Asistia á todos los círculos, conocia á todas las eminencias, formaba en las filas del partido conservador.

Pero fuera de su audacia y de su imaginacion para la *industria*, era un hombre vulgarísimo.

Tuvo el buen sentido de no hacerse nombrar diputado, lo que demostraba su total carencia de ambicion.

Pero en realidad lo que hacia era evitar su desprestigio.

Se puede comprar á un desesperado una obra literaria; se puede encargar á un perdido de talento un artículo notable; se puede pintar de cualquier manera y pasar por artista; se puede hacer hablar á la prensa y pasar por hombre célebre; se puede tener un arsenal de buenas frases, cogidas acá y allá de las conversaciones de café, de estos hombres notables que no saben que lo son y que sueltan sus pensamientos al viento; se puede hacer brillante y venenosa la chismografía, pero no se puede falsificar un orador.

Cierto es que puede encargarse un discurso; pero un discurso aprendido de memoria se resiente de la forma.

Y luego no se pueden prever las réplicas.

Hay que contestarlas sobre el campo; hay que disponer del pensamiento incisivo y oportuno que entra en medio de la peroracion del enemigo y le descompone como una estocada imprevista; hay que tener una gran práctica parlamentaria, ó ser el diputado del discurso único, que se largó despues de pronunciarlo, de recitarlo, á pretesto de cansancio, para no arrostrar el peligro de una contestacion torpe, á una poderosa réplica.

Estéban, así se llamaba y se llama mi tutor, cuyo nombre callo porque he convenido en no levantar el velo que cubre el misterio de su reverso, era pues muy prudente, y no tomó en la política mas que una media parte, una parte de entre bastidores, por decirlo así, pero que alguna vez le permitia ejercer una decidida influencia.

Un dia un pobre diablo, creyéndole hombre de corazon y con medios bastantes para darle á conocer, le leyó una obra dramática: una obra mala, pero con versos sonoros y de mucho efecto.

Estéban, mientras el autor desconocido leia, observaba que el hambre debilitaba su voz, que en sus ojos habia algo de ansiedad, que tenia miedo de que el hombre notable no creyese su obra digna de ser patrocinada por él.

Mientras leia el pobre diablo, Estéban estaba indolentemente reclinado en una otomana, arrojando bocanadas de humo á lo alto, cuyas espirales seguia con la vista.

En esta posicion, saboreando su cigarro, con la una pierna encima de la otra, con la espresion de una indiferencia glacial, de una distraccion profunda, Estéban hacia temblar al pobre autor, que le miraba de tiempo en tiempo con ánsia, que de momento en momento palidecia mas y mas, y cuya voz iba siendo rápidamente mas trémula y mas opaca.

II.

Os estoy delineando mi tutor, el hombre que habia engañado á mi padre hasta el punto de que le confiara mi educacion y mi fortuna.

Yo no sabria estos detalles si la vida íntima de Estéban no hu-

biera tenido un confidente, un instrumento; mejor dicho, si este instrumento no se hubiese enamorado de mí, no hubiese llegado á la audacia de hacerme la córte, y yo no hubiese tenido prudencia bastante para prevalerme del afecto interesado de este canalla, que era... ayuda de cámara de Estéban en la apariencia: en realidad, su hermano, su socio, su brazo de accion.

Nadie sin embargo sabia que Estéban y su ayuda de cámara Gabriel eran hermanos.

III.

¡Hermanos! direis: ¡hermanos, y el uno servia al otro!

Nada mas natural.

Esto era una organizacion, ó mejor dicho, la parte de una organizacion que se dejaba ver, en tanto que los otros nombres permanecian en la sombra.

Empecemos porque ni Estéban se llamaba Estéban ni Gabriel Gabriel.

Continuemos porque no eran españoles, sino napolitanos venidos de españoles, porque ambos, por un delito comun, habian sido desterrados de su patria á la edad de veintidos y veintitres años, y al año siguiente habian logrado evadirse.

¿Qué crímen los habia arrojado en el presidio?

El envenenamiento de una pobre jóven.

¿Por qué se habia envenenado á esta jóven?

Por heredarla.

¿Cómo habia podido Estéban hacerse heredero de aquella desventurada?

Casándose con ella, matándola cuando fué madre para que heredase el hijo, matando despues al hijo para que heredase el padre.

IV.

—¡Horrible! ¡monstruoso! esclamó Clotilde.

Alfonsina escuchaba y callaba.

—Esos horrores, esas monstruosidades que á nosotros nos es-

pantan, porque entre nosotros no son comunes, dijo Paula, aparecen cada dia como hechos perseguidos y penados por las leyes, en las columnas de los diarios ingleses.

¡La vida es cara, y es necesario mantenerla á cualquier precio!

¡Oh, sí! la vida es muy cara, y á todo da derecho el derecho de conservacion.

Nosotros tenemos una tierra de bendicion: una tierra que protege á sus hijos, que les da fácilmente el pan de cada dia.

Y luego los españoles son fuertes y sóbrios.

Y luego tienen mas corazon que cabeza.

¡Oh! nuestra pobre patria es muy grande y muy rica, yo os lo aseguro.

Viajad, mirad bien: no vayais al estrangero predispuestas á asombraros y á aturdiros.

No reposeis en la bella superficie.

Profundizad.

A poco que hayais profundizado os causará horror lo que haya salido adherido á vuestro dedo.

¡Lodo y sangre!

La hija que pega á la madre; la madre que arroja su hijo al agua porque no tiene pan que darle ó porque es un obstáculo para sus desórdenes; la mujer que envenena al marido; el hijo que mata al padre; el obrero que fatigado de ser obrero se arroja á una caldera de sebo hirviendo, inventando una manera horrible de suicidio; los adúlteros que abandonan, él á su esposa, á su esposo ella, que se llevan los ahorros de ambas familias, que se pierden en la inmensidad de la poblacion y pasan ocho dias de candentes placeres, y que cuando se van disipando aquellos ahorros gastan su última moneda en una cuerda y se dirigen á la ribera y se desnudan y componen sus ropas en dos paquetes y dejan sobre ellas dos malos versos en que declaran que mueren contentos porque han muerto amándose, que luego se atan rostro con rostro, pecho con pecho, y se arrojan á la profunda corriente, que los absorbe, los arrastra, los ahoga y los devuelve á los tres dias; el miserable que acogido bajo el techo hospitalario de dos antiguos amigos, escitado por la revelacion de los desdichados de la existencia en su poder de algunos escudos recien-

temente realizados, sorprende su sueño, los degüella, y se salva de la justicia arrojándose al agua; el espósito recogido por la caridad, amado como un hijo por una noble dama, educado con una solicitud sin igual, reprendido por sus desórdenes asalta una noche el dormitorio de su protectora, la asesina y la roba; la infame doméstica que aprovechando la ausencia de su señor estrangula á su ama mientras toma un baño, saquea sus armarios, estiende el cadáver sobre el lecho y pone fuego á la casa de campo para que el incendio cubra el doble crímen de asesinato y robo; el padre que abusa de la hija; la hija que asesina al padre; el infanticidio de cada dia; el adulterio continuo; el envenenamiento causado con la materia fosfórica que se ha comprado para matar las ratas; la muerte cruel, horrible, lenta, causada á golpe de martillo y aun á golpe de tacon de zapato; los niños arrojados al agua por el solo placer de arrojarlos; cuantas locuras, cuantos desvaríos, cuantas originalidades, cuantas monstruosidades del crímen pueden suponerse por una imaginacion calenturienta.

Todo esto, que para nosotros constituye una atmósfera de horror; todo esto, para nosotros increible y absurdo, es en el estrangero la cosa mas corriente, la cosa que no asombra á nadie, la cosa que está en sus costumbres.

Sin una gran costumbre, nadie se pone delante de un toro; sin una gran costumbre, nadie se mete en la jaula de un leon.

Y sin embargo, hay toreros y domadores de fieras que afrontan con una gran serenidad un peligro de muerte inminente.

El hombre, amigas mias, es inmenso, infinito: alcanza á todo, á todo, hasta al horror concentrado, hasta á lo infinito del dolor.

El hombre es maravilloso.

Vosotras no me desmentireis, pero si alguno me desmintiese, yo haria ver los diarios populares europeos, los diarios de la justicia, lo indudable.

Así pues, y tratándose de napolitanos de baja estofa, nada tiene de estraño que Estéban envenenase á su mujer para que la heredase su hijo, y que luego envenenase á su hijo para heredarle él; esto es, que cometiese un doble parricidio.

La criminalidad está en razon directa de la miseria pública.

Las aberraciones del sentimiento que producen los crímenes monstruosos, los crímenes que aparecen con una originalidad terrible, inaudita, son consecuencia de la inmoralidad, que es á su vez consecuencia de la miseria.

Las costumbres corrompidas, la literatura emponzoñada, esto es, la continua delectacion del espíritu con lo nauseabundo, con lo material, con lo descreido, con lo escéptico, con lo desesperado, acaban por viciar el sentimiento de las clases pobres, á quienes ni la educacion ni la ciencia defienden, para los que la vida es una carga insoportable, para quienes la muerte es un descanso.

¿Por qué en las clases superiores son rarísimos los crímenes de la multitud?

Observad: de una parte, están educadas; de otra parte, son ricas.

De lo que se deduce que la humanidad es inocente; que obedece á fuerzas superiores á su resistencia; que los pobres desheredados no tienen el parapeto de la fé ni el de la educacion ni el de la seguridad de la subsistencia; que para ellos es un imposible la cantidad que un rico gasta en un ligero capricho; que se les maltrata, que se les oprime, que se les hace los medios miserables del escandaloso lujo de las clases ricas; que las galas y los prendidos que embellecen á las elegantes destilan sangre de pobres á quienes el sufrimiento ha convertido rápidamente en salvajes; que los mejores medios de moralizar á un pueblo es procurarle los medios mas fáciles posibles de subsistencia, levantar el precio de los jornales, ó por lo menos asegurar el trabajo; reprimir la corrupcion por medio de la idea socialista arrojada como pasto brutal á los ignorantes; gobernar, y siempre gobernar con la economía política en la mano y la severidad contra las malas costumbres en el corazon, y no buscar la vida de la industria en la proteccion de la prostitucion y del vicio.

¡Ah! El pensador de corazon que ve pasar esa larga sucesion, esa sucesion continua de crímenes espantosos que amenazan á la larga con un cataclismo social, no tiene para esos pobres criminales odio ni recriminaciones: su vista se levanta mas alto, porque está mucho mas alto que la pobre multitud estraviada, corrompida con todas las corrupciones, desheredada de todas las herencias. Lo que se debe odiar y recriminar es la inmoralidad de los gobiernos que ha-

cen presa de las naciones y perpetúan los abusos y favorecen los elementos de disolucion para devorarlas mejor.

V.

Perdonadme, amigas mias, dijo sonriendo Paula: debo pareceros demasiado filósofa; pero ¡qué quereis! he viajado y he observado.

Estoy sola, completamente sola.

Agapito no es un compañero; es un afecto.

No tengo hijos.

Todos mis quehaceres se reducen á condimentar una sencillísima comida, á coser los rotos de la ropa blanca, á asear mi estrecha vivienda, á dar mis lecciones de piano.

En la soledad se piensa, y yo estoy pensando siempre.

Me entretengo en eso.

Y luego, es una manía muy comun la de meterse á reformistas, aunque solo sea en sueños.

Volvamos á mi tutor y á su hermano ayuda de cámara.

VI.

La inmediata muerte de la madre y del hijo; las circunstancias especiales de estas dos desgracias; el beneficio de una gran fortuna que estas desgracias aportaban á Estéban, y una multitud de ejemplos de este género, produjeron el rumor público.

La ley tomó en consideracion estos rumores y se puso en ejercicio.

Demasiado prudente Estéban, habia salvado aquella fortuna robada, ensangrentada.

La habia impuesto en un banco estrangero.

La mitad de esta fortuna procuró la evasion de los dos criminales.

Habian sido sentenciados á presidio perpetuo.

Los cadáveres habian sido desenterrados y se habia encontrado en ellos vestigios de envenenamiento, pero no de una manera tan

determinante que pudiese recaer sobre los acusados la pena de muerte.

Un tribunal de jueces de hecho se hubiera visto obligado á absolver á los asesinos.

Pero el jurado es la opinion pública.

La opinion pública, que juzga por la conciencia moral, no pudiendo cortar la cabeza á los culpables, los separa perpetuamente del cuerpo social.

VII.

Viajaron nuestros dos infames por América cambiados ya los nombres y apareciendo el uno como amo, el otro como criado, y algunos años despues vinieron á España, en donde desgraciadamente Estéban entabló relaciones con mi padre, que era un buen hombre, y supo engañarle y hacerse su grande amigo.

Pero nos ocupábamos de un pobre poeta dramático desconocido como medio para haceros comprender de qué manera se aprovechaba Estéban para apropiarse de todo lo que pudiera darle alguna importancia.

Este detalle y otros muchos de su vida los sé por su hermano Gabriel.

Cómo llegué yo á obtener la completa confianza de este miserable, os lo diré mas adelante.

VIII.

Gabriel me decia cuando me contaba este hecho:

—El poeta tenia dos oyentes: uno visible y otro invisible: mi hermano, que afectaba una indiferencia glacial, una indiferencia de cálculo, y yo, que estaba oculto detrás de un portier.

Aquella obra me interesaba.

Los versos eran sonoros, valientes, llenos de grandes pensamientos; los caractéres muy bien delineados, y el argumento muy interesante.

Á mí me parecia una obra maestra.

—Algo proyecta mi hermano, decia yo, cuando de esta manera se muestra indiferente.

Cuando hubo acabado el poeta, le dijo:

—Y bien podria hacerse algo con eso, pero se necesita de una inteligencia muy esperimentada: tal como está el drama, es irrepresentable. ¿Ha consultado usted con alguien?

—No señor: he tenido miedo. ¡Desconfio tanto de mí mismo!...

—Pero hay un medio. Moliere leia antes que á nadie sus admirables comedias á su cocinera: un pedazo del público que no piensa, sino que siente, es el público entero: cuando habeis llegado á interesar con una lectura á un individuo del vulgo hasta el punto de que abra los ojos y olvide lo que está haciendo y se conmueva, podeis tener la seguridad de que se conmueve el público: habeis cogido el corazon del vulgo, é importa muy poco que por esta ó la otra razon crítica no hayais obtenido el asentimiento de los sabios. ¿Qué os importa no haber herido en la cabeza, si habeis herido en el corazon? ¿No ha leido usted esta obra á su patrona?

—No señor: mi patrona es una bestia, que ha acabado por echarme á la calle con mi manuscrito debajo del brazo.

—¿Ni á la novia?

—No la tengo: un pobre no puede amar.

—¿Ni á un amigo?

—No se tienen hoy amigos cuando no se les puede dar nada.

—De modo que esa obra...

—Es perfectamente desconocida.

—Bien: déjela usted ahí, y vuelva dentro de ocho dias.

El pobre diablo se puso pálido y se le saltaron las lágrimas.

La espresion de su semblante era demasiado elocuente.

Queria decir claramente:

—Yo he leido á usted mi drama para que él me recomendase; tengo hambre, estoy en la calle, y no me atrevo á pedir á usted una limosna.

Mi hermano lo comprendió.

—Tiene usted mucho talento, le dijo friamente; usted se verá á flote algun dia, pero es necesario esperar. Ya sé, ya sé que esperar en una situacion como la de usted es muy fastidioso y un poco

comprometido. ¡Qué diablo! Nosotros los que hemos hecho nuestra carrera debemos proteger á los que empiezan: la mayor parte de los grandes hombres han soportado miserias de todo género antes de ser. Yo necesito un escribiente.

Brillaron de alegría los ojos del pobre diablo.

—¿Desde cuándo? dijo.

—Desde dentro de ocho dias.

Volvió á nublarse el semblante del jóven.

Mi hermano sonrió, sacó de la cartera un billete de doscientos reales y se lo dió.

Nuestro poeta cogió las manos de mi hermano, y en un arrebato de efusion se las besó y se las cubrió de lágrimas.

—Gracias, señor, gracias, le dijo; me ha salvado usted: ha salvado usted á mi pobre madre.

—¡Ah! ¿tiene usted madre? esclamó mi hermano, cuyo semblante se alteró.

—Sí, sí señor: una anciana ciega y sorda.

El semblante de mi hermano se despejó de nuevo.

La madre del poeta no podia conocer el drama: era sorda y ciega.

—Hasta dentro de ocho dias, le dijo.

El pobre muchacho salió conmovido.

—Ya sabes, me dijo mi hermano cuando entré.

—¿Qué? le dije.

—El vino de los Borgias.

IX.

—¡Ah! esclamaron á un tiempo Alfonsina y Clotilde.

—¡Sí! ¡el vino de los Borgias! repitió tristemente Paula.

—Pero estamos asistiendo á la representacion de un drama horrible, dijo Alfonsina.

—Os estoy dando á conocer el escelente tutor á quien mi buen padre habia confiado mi porvenir. Ahora voy á deciros lo que es el vino de los Borgias: yo tengo la receta.

—¡Tú! ¡La receta de un veneno!

—Sí, pero aquí en la memoria: es muy sencilla. Supon que po-

nes en un pedazo de carne cruda una gran cantidad de arsénico; que das de comer aquella carne á un perro grande... ¡Ah! ¡si es una receta muy conocida!... Despues de habérmela confiado Gabriel, yo la he encontrado con muy pocas variantes en una novela de Alejandro Dumas...

—Perfectamente. De modo que podemos...

—Sí: podemos procurarnos muy fácilmente un veneno que no deje rastros bastantes en la víctima para producir una condenacion suprema.

—Suprime, suprime la fórmula.

—¿Y por qué? Nosotras...

—Nosotras podemos tener una tentacion.

—En buen hora. Se necesitaban ocho dias para la confeccion del veneno y del contraveneno.

—¡Ah!

—Naturalmente: los criminales esperimentados no cometen imprudencias.

A los ocho dias volvió nuestro poeta.

Llevaba zapatos nuevos y camisa limpia.

—¡Ah! Escelentes noticias, amigo mio, le dijo Estéban. La direccion del teatro, á la que he leido el drama con algunas correcciones indispensables, le ha oido con entusiasmo: verdad es que yo me he esforzado en la lectura. Su obra de usted está admitida; pero ¡silencio! podria usted despertar envidias y producir intrigas de los otros autores que defienden el terreno palmo á palmo.

—¡Gracias! ¡gracias! esclamó el desdichado, que estaba trasportado de alegría.

—No es ya necesario que usted sea mi escribiente, dijo mi hermano: este era un recurso... yo puedo anticipar á usted algun dinero.

Volvieron las espresiones, las lágrimas, las manifestaciones mas ardientes de agradecimiento.

X.

Estéban invitó á almorzar al jóven.

A los postres, servidos por Gabriel, apareció una botella de trasparente Jerez de color de oro.

El pobre muchacho habia bebido almorzando demasiado, y se habia puesto sumamente alegre.

Bebió del Jerez.

Del Jerez bebió Estéban.

Media hora despues el desgraciado salió, soñando en la gloria, en la fortuna, y con un billete de mil reales en el bolsillo.

XI.

—¡Patibulario! ¡sombrío hasta lo negro! esclamó Clotilde.

—Desgraciadamente cierto, dijo Paula; y mas desgraciadamente aún, vulgar.

En cuanto salió la víctima, Gabriel dió una pocion al verdugo.

Aquel era el contraveneno.

Estéban arrojó todo lo que habia tomado.

Arrojó por tres veces.

Despues tomó un baño químico.

Despues se fué á la Bolsa.

XII.

El enfriamiento del estómago del emponzoñado debia ser la consecuencia.

Una gastritis debia matarle en quince dias.

No pudo volver á la cita de Estéban.

El dia décimosétimo Gabriel dijo á Estéban:

—El drama está concluido: la legitimidad de tu nombre de autor está garantida por la madre tierra.

XIII.

—¿Y la anciana? ¿la anciana sorda y ciega? esclamó Alfonsina, que estaba pálida como una muerta.

—¡La anciana! dijo tristemente Paula. La misma pregunta hice yo á Gabriel, que me contestó encogiéndose de hombros y con una frialdad espantosa:

—¡Qué! ¿acaso no hay en Madrid un hospital de Incurables?

Para concluir este horrible episodio de la vida íntima de mi tutor, solo necesito deciros que al portentoso éxito que obtuvo la obra dramática, robada con la circunstancia horrible de un asesinato, debia la gran reputacion del autor dramático que, habiendo ya mostrado bastantemente su genio, reposa sobre sus laureles.

—¡Y para esto un crímen horrible!... dijo Alfonsina.

—El ladron, para que no le denuncie el robado, mata, contestó Paula.

Clotilde escuchaba con una atencion profunda y con una profunda reserva.

XIV.

—Querreis ahora saber sin duda, dijo Paula, cómo llegué yo á poseer hasta tal punto la confianza de Gabriel, que este se aventurara respecto á mí en semejantes revelaciones.

¡Ah! Yo me defendia; yo era una actriz consumada; yo esplotaba los medios de defensa que me habia encontrado debajo de la mano.

Colocada entre aquellos dos hombres, el uno debia defenderme del otro.

Estéban se habia enamorado de mí, además de que necesitaba, á causa de las malas cuentas que no podia menos de dar de mi herencia, prolongar su dominio sobre mí.

Gabriel habia contraido por mí una verdadera pasion; pero la ocultaba de tal manera que nada llegó á sospechar su hermano.

Los napolitanos tienen las pasiones violentísimas.

El amor de Gabriel para mí era de todo punto violento, y tanto mas cuanto estaba mas comprimido, mas contrariado.

XV.

Yo, que confiaba ciegamente en la solicitud paternal de mi tutor, cuando vi el lujo, la belleza y las comodidades de su casa, cuan-

do me senté á la mesa y encontré la comida esquisita, cuando abrí mis armarios y los encontré llenos de magníficos trajes, cuando los cajones de mi secreter me mostraban estuches que encerraban ricas alhajas, me alegré.

Al fin iba á vivir.

Teníamos trenes, abonos en los teatros y una escelente servidumbre.

Pero con gran sorpresa mia, antes de presentarme en el mundo, antes de darme á conocer á los viejos amigos de mis padres, Estéban me dijo:

—El calor se ha anticipado, querida: ya no hay nadie en Madrid: tu presentacion no produciria efecto: nos vamos á defender del verano á mi quinta de la Alcarria.

—Como usted quiera, le dije. Pero entonces, ¿para qué esos trajes?...

—Tú no has reparado bien en ellos, me dijo; ó mejor dicho, la colegiala aún no tiene práctica en trajes de campo, hija mia: pueden visitarnos algunos amigos, y la señorita de... no puede presentarse sino de una manera conveniente.

XVI.

La quinta era un encanto.

Figuraos una estension como de diez mil metros cuadrados, de un terreno ligeramente accidentado.

Un encajonamiento de rocas caprichosas cubiertas de verdura.

Dos puentes rústicos al un estremo y al otro, determinando dos arcadas.

Mas allá de estas arcadas, verdura, sombra fresca, árboles cuyos troncos determinaban galerías interminables cubiertas de césped al cual nunca llegaba el sol.

Dentro de aquel estenso marco de rocas un muro de árboles.

El terreno cubierto por el verde inglés.

Una gruesa corriente, cayendo en una bellísima cascada de una de las rocas que servia de estribo al puente rústico, formaba una especie de lago bastante estenso y bastante profundo para que en él

pudiera pasearse sobre una hermosa lancha, una especie de yaht mecánico con ruedas.

Sobre la trasparente y azul superficie de este lago, cisnes, patos, ánades, gansos de todos los colores posibles.

Un embarcadero y un pequeño *chalet* que servia de habitacion á las aves acuáticas.

En un estremo de este terreno, tan accidentado, tan verdoso, tan bien compuesto para producir efecto, delante de los árboles, mejor dicho, rodeado por tres de sus lados por ellos y teniendo solo descubierto el vestíbulo una pequeña casa de mármol blanco con un esbelto perístilo, pareciéndose mucho á un templete griego, habia una pequeña pero cómoda mansion, en cuyas habitaciones se habia apurado el lujo.

Al otro estremo habia una casa de madera, una casa á la suiza, un verdadero *chalet* destinado á los criados, á la caballeriza, á la cochera.

En el templete no habia mas que dos habitaciones á ambos lados del ingreso.

La una, compuesta de una antesala, un saloncito, una galería y un dormitorio, estaba destinada para mí.

La otra, la de la izquierda, mas sencilla y con menos habitaciones, para Estéban.

Al fondo habia un comedor elegantísimo.

Debajo de este comedor una cocina.

En el piso superior dos habitaciones de huéspedes, á las cuales se subia por una escalera independiente que correspondia al esterior.

En estas habitaciones se habia instalado á la cocinera y á mis dos doncellas.

A la presencia de huéspedes, estas domésticas debian desalojarlas y trasladarse al *chalet*.

XVII.

—¿Qué te parece esto? me dijo Estéban.

—Esto es delicioso, le respondí.

—Pues hace poco tiempo esto no era mas que un pequeño valle

pedregoso, por medio del cual pasaba un arroyo que se desprendia de una roca. Toda esta bella naturaleza es producto del arte. El edificio era bueno, pero habia necesidad de amueblarlo, de ornamentarlo. Todos esos árboles, todos esos arbustos, todas esas hermosas enramadas se han traido de la montaña, se han escogido como se escogen muebles en un almacen. ¿Ves aquellas sombrías frondas que se ven por entre las aberturas de las rocas, por los dos estremos? Pues mas allá de ellas, á algunos metros de distancia, no hay otra cosa que un terreno árido, desnudo, horrible. Y sin embargo, desde aquí podemos creernos en el centro de un pequeño ensanchamiento de una inmensa selva. ¡Prodigios de la decoracion! ¡Maravillosos efectos del álamo negro, del castaño, del ciprés, del tamarindo, de la acacia y de la madreselva, combinados con arte y con gusto! Despues de haber trasplantado los muebles, esto es, los árboles y las plantas, despues de haber abierto el lecho de ese hermoso lago, despues de haber construido los edificios, se han traido esas comparsas de aves acuáticas, esas tropas de conejos y de liebres, que no pueden salir de aquí porque se lo impide una gruesa red de alambre estendida como un cinturon fuera del recinto. Cuando empiece á caer la tarde escucharás el canto melancólico del ruiseñor, y durante la siesta el arrullo monótono de la tórtola. Es que se han traido nidos con pajaritos, se han colocado en los árboles, y han acudido los padres. Por la noche oirás el canto del grillo y el de la rana, y el ladrido tranquilizador de los grandes perros, que alejarán á los pícaros. Un mundo de palomas coronará nuestros techos, y cuando quieras podrás pescar en el lago.

—Pero esto debe haber costado sumas inmensas.

—¡Bah! El terreno casi de balde, porque no servia para nada; en la montaña se compran centenares de árboles por muy poco; los jornales son baratos; la madera aserrada aquí al pié del bosque baratísima; al lado tenemos una cantera de mármol blanco: yo he sido el arquitecto y el maestro de obras; todo, hija mia, ha sido cuestion de jornales, y todo se ha hecho en menos de tres meses; he tenido empleados cien hombres, y sus jornales, los mas altos con los mas bajos, no han pasado de mil reales diarios; los árboles y los materiales no han llegado á otro tanto. ¡Asómbrate! lo que mas ha costado son

los muebles, los objetos de arte y su traslacion. El terreno, los árboles, los edificios, no han llegado á quince mil duros, y el mobiliario, las tapicerías, los cuadros, los bronces, los mármoles, la vajilla, han pasado de cuarenta y cinco mil.

—¿Es decir, que en un capricho has gastado sesenta mil duros? le dije.

—Los has gastado tú.

—¿Yo?

—Sí.

—Pues si no ha cometido usted una locura, yo debo ser riquísima.

—¡Oh! ¡sí! ¡riquísima! Además, tú no sabes que yo soy hombre de negocios y no cometo tonterías: el dinero que se ha gastado aquí está siempre aquí duplicado. Recuerda: hemos venido en ferrocarril, hemos descendido en una bonita estacion, y un carruaje nos ha traido aquí en cinco minutos; de la estacion á Madrid no hay mas que tres cuartos de hora: yo daré publicidad á esto, yo lo haré admirar, vendrán aquí gentes ricas que se enamorarán, que pagarán bien. ¡Qué diablo! en doblando la ganancia, fuera; no tenemos necesidad de otra cosa que de irnos á una estacion mas acá ó mas allá, donde yo confeccionaré un nuevo paraíso. La moda de vivir en el campo durante los calores se ha convertido en una necesidad: no es uno persona decente si no tiene una casa de campo, aunque en el jardin no quepan tres personas, y aunque se pueda cargar con la casa y llevársela á otra parte como quien se lleva una silla: la cuestion es poder decir: «Me voy á mi casa de campo; vengo de mi casa de campo.»

—¿Conque vamos á tener aquí sociedad?

—¡Pues y ya lo creo! No estaremos un momento solos: la comunicacion es fácil, y aquí se comerá bien, en una gran mesa perfectamente servida á la sombra de los árboles, con la música de la naturaleza: una sociedad alegre de hombres y mujeres de buen humor: se cazará, se pescará, se navegará, todo sin salir de aquí: se bailará al aire libre al compás de tu magnífico piano, colocado entre una enramada, se pasarán *soirées* muy agradables, yo te lo aseguro. Yo quiero que seas una reina, y que estés colocada en un lugar digno

de tí, en un lugar poético, grandioso, atractivo. ¿Para qué eres rica si no has de gozar de la vida?

XVIII.

Una angustia horrible me apretaba el corazon.

Todo aquello, que era realmente hermosísimo, me parecia espantoso.

Yo tenia esperiencia, pero un poderoso instinto me decia que se pretendia embriagarme, corromperme.

Yo me habia negado á las solicitudes de Estéban.

Yo le habia declarado que jamás seria su esposa.

Era necesario viciar mis sentidos irritados.

XIX.

En efecto, tuvimos sociedad desde el momento de nuestra llegada.

Desde el primer dia comimos con convidados.

Desde la primera noche bailamos.

Pero ¡qué convidados!

Libertinos gastados ya; mujeres elegantes, finas, graciosas, pero que disimulaban mal su desvergüenza, que eran por lo menos muy problemáticas.

Y parecia que se ponia un gran cuidado por Estéban en no convidar á ningun hombre que pudiera enamorarme, ni aun que pudiera casarse conmigo.

Todos era viejos verdes, ó por lo menos calaveras pasados ya.

Todos ellos eran casados.

Las mujeres que llevaban consigo me eran presentadas como mujeres legítimas; pero habia algo que me decia que se me engañaba.

Muchas veces una palabra viva ó una conversacion picante cuyo sentido no comprendia bien, me avergonzaba instintivamente.

—Es una colegiala que se aturde fuera del convento, decia Estéban cuando mi turbacion se hacia notable. Ya se acostumbrará.

Y aquellos miserables me miraban de cierta manera, con cierta

atencion especial, con cierto descaro que me irritaba, y soltaban la carcajada.

XX.

¿Y qué hacer? ¿Qué partido tomar? ¿A quién tenia yo en el mundo?

Preveia una situacion difícil, una situacion terrible.

¿Cuál podia ser aquella situacion?

Yo no lo sabia, pero tuve miedo.

Y como soy fuerte de espíritu, busqué por instinto de conservacion la defensa.

XXI.

Estéban estaba con frecuencia fuera de la quinta por dos ó tres dias.

Le llamaban sus negocios á Madrid.

Quedaba yo entonces confiada á Gabriel, á quien yo creia de buena fé ayuda de cámara, mayordomo, confidente, ómnibus en fin de Estéban.

Gabriel me acompañaba la mayor parte del tiempo, cuando yo salia á pasear por mi verde y enorme jardin.

Yo notaba cierto embarazo, cierto encogimiento en Gabriel.

Fastidiada, fatigada, inquieta, buscaba yo la soledad.

Una tarde...

Me habia sentado bajo una bella espesura á las orillas del lago.

El ambiente era fresco y estaba impregnado con el aroma de las flores, con ese suave y delicioso perfume campestre que nos impresiona de una manera deliciosa y nos produce una dulce soñolencia.

Poco á poco me fuí embriagando con aquella soledad, con aquel silencio, con aquella frescura, con aquel perfume.

Me recliné sobre el césped y me dormí.

Desperté de improviso, y mi mirada buscó un objeto, obedeciendo á un impulso desconocido.

¿Creeis vosotras en el magnetismo?...

Alfonsina se sonrió de una manera particular, delicada.

Aquella sonrisa era una galante negativa.

Clotilde escuchaba con una profunda atencion.

—Yo no creo en las maravillas del magnetismo, dijo Paula; pero creo en los fenómenos producidos por el flúido magnético, y encuentro estos fenómenos maravillosos.

Lo que á mí me despertó, lo que me obligó á mirar en el momento de despertar á un punto determinado, fué sin duda el intenso, el poderoso flúido que emanaba de la mirada que fijaba en mí Gabriel, contemplándome dormida.

Estaba sentado junto á mí, apoyado en sus manos, contemplándome con avidez, con una espresion inmensa, infinita.

Entrambos nos sorprendimos.

El balbuceó algunas escusas.

Yo no supe qué decir.

Entrambos nos levantamos á la par.

XXII.

Aquello habia sido una declaracion, una manifestacion involuntaria de Gabriel.

Yo sentia una viva repulsion hácia aquel hombre, y sin embargo, parecia que existia algo que me retenia á su lado.

—Ya no es posible callar por mas tiempo, dijo él dominándose: todo está dicho, pero dicho de una manera tal que es necesaria una esplicacion. ¿Quiere usted oirme, Paula?

Yo hice un movimiento de sorpresa al oirme llamar por mi nombre en vez de oirme llamar señorita.

—¿Por qué no he de llamar yo á usted Paula si se lo llama mi hermano? dijo Gabriel conociendo mi situacion.

—¿Su hermano de usted? esclamé yo admirada.

—Sí, Estéban.

—¿Estéban de Puertocerrado?

—Sí, Paula, sí; Estéban de Puertocerrado.

XXIII.

—¡Ah! esclamó Alfonsina poniéndose pálida. Uno de los grandes amigos de mi tio el señor marqués de Casa-Otero.

—Sí, Alfonsina, sí. Pero guarda este nombre en tu memoria; no uses de él: os estoy haciendo una confidencia, y he creido que os ofendia ocultándoos nada: vosotras guardareis el secreto.

—¡Oh! ¡sí! Pero continúa.

—Sentí la necesidad de una esplicacion, y escuché á Gabriel. Entonces él, enamorado, loco, me dijo:

—Yo puedo salvar á usted, Paula.

—¿Salvarme?

—Sí: mi hermano ha faltado á la confianza que en él habia depositado su padre de usted: se ha valido de falsedades, de amaños, para poder vender los bienes de usted, y tiembla llegue el momento de tener que dar cuenta de esos bienes, porque esto seria cuestion de abandonar con tiempo á España para evitar un proceso cuyas consecuencias serian el presidio. Estéban se ha metido en especulaciones atrevidas, y hace frente á sus compromisos valiéndose de un crédito que sabe mantener; pero estos equilibrios son muy difíciles: un incidente cualquiera puede precipitarlo todo en el abismo de la quiebra, y este abismo tendria en su fondo para Estéban, ya lo he dicho, el presidio. Yo soy el confidente, el amigo íntimo, el socio de mi hermano, y aparezco su criado porque así conviene. Le estoy haciendo traicion, me estoy perjudicando; pero ya lo he dicho: estoy loco por usted, sé que usted no me ama, que no puede amarme, no tengo esperanza alguna; pero siento por usted lo que no he sentido por ninguna persona: una adhesion á toda prueba y un interés vivísimo por su suerte.

—Gracias, le dije.

—Es necesario que usted se salve, y para que se salve es necesario que ponga usted de su parte una gran decision. Mi hermano no se detiene ante nada; mi hermano tiene una imaginacion de demonio potente; mi hermano comprende que nada se obtendria de usted por la violencia, y ha apelado á la corrupcion; teme la energía

de su carácter de usted, y pretende corroerla, destruirla. Todos esos que vienen á visitarnos, ellos y ellas, no son mas que miserables sin conciencia y sin pudor. Mi hermano confia en que en usted se irán inoculando las malas costumbres mal encubiertas de nuestros huéspedes. Este es un envenenamiento como otro cualquiera: un envenenamiento moral.

XXIV.

Siguió por algun tiempo la conversacion, haciéndose á cada momento mas grave, y al fin Gabriel me dijo:

—Es necesario que cesemos, que nos separemos: no me fio. Creo que mi hermano tiene entre la servidumbre algun espía tanto mas temible cuanto que yo le siento, le toco casi, pero no le veo, no sé si es hombre ó mujer. Oiga usted, Paula: esta tarde yo saldré de la quinta á caballo. A las cinco, aléjese usted por la parte de la cascada, dé usted la vuelta á la roca, siga usted un sendero, y encontrará usted, como por todas partes, una verja. Mire usted con cuidado. Allí hay una puerta. Yo la habré dejado únicamente encajada. Salga usted y siga el sendero; pero siempre en línea recta, dejando á la derecha y á la izquierda los senderos de cazadores que se cruzan.

Convine en ello.

Me separé de Gabriel, me encerré en mi habitacion, y esperé con impaciencia las cuatro de la tarde.

XXV.

Cuando las marcó el péndulo de mi gabinete, salí.

Nadie me vió salir.

Si á mas de Gabriel habia otro espía en la quinta, ó estaba descuidado ú oculto.

Yo no vi á nadie.

Seguí el camino que me habia indicado Gabriel: en pocos minutos llegué á la verja.

La examiné y encontré una puerta.

La abrí, y salí.

Paula.

XXVI.

Seguí un sendero estenso entre árboles.

Aquello era verdaderamente selvático y árido.

El arte no habia modificado á la naturaleza.

Seguí por aquel sendero; pero sin duda distraida hube de separarme de la línea recta, porque mi marcha se prolongaba de una manera indefinida.

Habia pasado mas de una hora desde que yo habia franqueado el postigo.

Era imposible que Gabriel me hubiera dado una cita para tan lejos.

Al fin oí cerca el ruido de una caida de agua, pero acompañada de otro ruido particular que no permitia dudar de la proximidad de un molino.

La yerba era crecida y fresca, y el ambiente húmedo exhalaba un perfume particular: el perfume de las riberas frondosas.

Adelanté mas, y me encontré junto á un gran remanso del Guadarrama, que corria á poca distancia.

XXVII.

La Providencia se vale de medios estraños.

Aquella tarde me casé, amigas mias.

—¿Que te casaste? dijo Alfonsina.

—Sí por cierto, porque aquella tarde hice conocimiento con Agapito.

—¡Ah!

—Sí: estaba sentado sobre un ribazo, inmóvil, con una caña de pescar en la mano y con los trastos de pesca junto á sí.

No me sintió.

Yo me acerqué sin cuidado, porque Agapito tenia la apariencia mas tranquilizadora del mundo.

Os confieso que en el primer momento me pareció ridículo.

Tenia una especie de levita de mahon con pantalon del mismo género, y un casquete indefinible.

Usted le ha visto, Clotilde, pero le ha visto usted arreglado.

Entonces... ¡oh, Dios mio!

Hay que creer en el magnetismo, ó por lo menos en algo misterioso que está fuera de la materia, ó que es un agente superior de la materia; una especie de espíritu misterioso de naturaleza inesplicable que determina las relaciones morales de los séres humanos entre sí.

Yo, que viendo de perfil á mi hombrecillo, replegado sobre sí mismo, dejando sentir en la inmovilidad de su posicion la paciencia heróica de un pescador de caña predestinado, habia sentido esa impresion punzante de lo ridículo que nos arranca una carcajada. Al volverse por acaso, al mirarme Agapito, sentí una emocion desconocida, pero poderosa, inmensa.

En una palabra, me enamoré de él.

Porque predisponerse en favor de un hombre una mujer, sentir una fuerte simpatía, algo como una alegría íntima al ver á un hombre por la primera vez, es dar el primer paso hácia el amor, es enamorarse, es empezar á arder.

El incendio se declara mas ó menos pronto, segun la predisposicion de aquella en quien ha prendido el fuego por una punta de los cabellos.

XXVIII.

El sacudimiento moral de Agapito fué mas fuerte.

Se puso pálido, exhaló una esclamacion ahogada, y se le cayó al rio la caña.

Se levantó, se quitó su casquete, y me dijo:

—¡Ah! ¡Perdone usted!

—¿Y qué? le pregunté yo, que estaba mas serena.

—¡Es verdad! dijo Agapito á cada momento mas turbado.

—¿Por dónde me acercaré yo á la estacion de... le pregunté.

—¡Ah! ¡sí! La estacion donde yo me apeo, dijo Agapito. Yo tengo un tio molinero.

—Sea enhorabuena.

—Los domingos vengo á pescar y á cazar.

—Perfectamente.

—Y usted es vecina... añadió atreviéndose á mucho sin duda, porque temblaba.

—No, no señor... yo vivo... en Madrid.

Hubo algunos momentos de silencio.

—¿Juega usted á la lotería, señorita? me preguntó al fin mucho mas tembloroso.

Aquella salida me produjo una emocion especial: una escitacion nerviosa por lo estraña.

—No, le dije.

—¡Ah! Si usted jugase... Yo tengo muy buena mano: todos los billetes que yo elijo salen premiados, y de una manera decente.

—¡Ah! dije riendo. Pues debe usted ser muy rico.

—No, no señora: cuando yo elijo para mí, nada... absolutamente nada.

—¡Oh! Esto es lamentable.

—Yo soy escribiente en la lotería de la Puerta del Sol... y por eso... si usted fuese aficionada, yo elegiria un billete para usted.

Agapito queria ya darme algo.

Mi traje era muy sencillo.

Lo podia llevar cualquiera.

Un peinador de muselina.

—Gracias, muchas gracias, le dije. Pero lo que yo necesito es que usted me indique el camino de la estacion de...

—Yo la acompañaré á usted.

—Acepto.

—¡Oh, Dios mio! esclamó Agapito. Mi caña...

Y lanzó una mirada tristísima á aquel útil de pescar que estaba ya muy lejos, avanzando lentamente sobre la azul superficie del remanso.

XXIX.

Nos pusimos en marcha.

Yo iba distraida, y tropecé.

—¡Oh, Dios mio! dijo Agapito. ¿Se ha hecho usted daño?

—No, no señor; gracias.

—¿Quiere usted mi brazo? Este terreno es terrible.

Yo tomé el brazo de Agapito.

Noté que temblaba.

Yo tambien me sentia impresionada.

Él callaba; pero de tiempo en tiempo, sin poder contenerse, me miraba de una manera ansiosa.

Avanzamos siempre en silencio.

De improviso vi yo entre la espesura, cerca de mí, un semblante pálido, sombrío.

Tuve miedo.

Habia reconocido á Gabriel.

Se habia ocultado de nuevo.

Agapito no le habia visto.

Me detuve bruscamente.

—¿Ha tropezado usted otra vez? me dijo con una gran solicitud Agapito.

—No, no es eso: es que me detengo.

—¡Ah!

—Sí; desde este sitio reconozco el camino.

—¡Ah!

—Doy á usted las gracias, y le suplico...

—¡Ah!

—Sí... es necesario que nos separemos.

Agapito me miró de una manera suprema.

Quiso decir algo, pero no pudo.

—Buenas tardes, me dijo con la voz trémula.

—Buenas tardes, amigo mio.

Agapito hizo un movimiento, vaciló, se puso pálido, se volvió y se puso en marcha.

Yo permanecí inmóvil.

Agapito volvió tres veces la cabeza antes de desaparecer.

XXX.

Entonces yo adelanté á gran paso por el sendero.

Torcí á la derecha y luego á la izquierda.

Me encontré de improviso con Gabriel.

Estaba muy pálido; pero su semblante era siempre para mí franco y benévolo.

—Hé aquí, dijo: si yo me hubiera encontrado á ese hombre en mi camino, si hubiera reparado en él, le hubiera mirado con desden: ahora me veo obligado á envidiarle.

—¡Cómo!

—Sí.

—Esplíquese usted.

—Usted gusta de esa pequeña persona, y en usted gustar es amar.

—¡Oh! Yo no he pensado en ello.

—Es posible, es probable. Cuando pensamos en el amor que nos inspira otro sér, amamos ya.

—¿Usted ama?

—¡Oh, sí! ¿Qué ha podido causar esa seriedad triste y lánguida que aparece en usted?

—¡Oh! Esto es muy estraño, dije.

—Y bien, ¿qué importa? contestó Gabriel como hablando consigo mismo. Hay algo que nos domina y nos trasforma, algo que hace que para un sér determinado seamos escesivamente buenos, escesivamente generosos, mientras que para los demás, ó somos perversos ó indiferentes.

—¡Oh! Eso debe ser... dije yo involuntariamente.

—Eso es el amor de los amores, contestó dulce, triste y melancólicamente Gabriel. Pero no pensemos en esto. Supongamos que no he visto nada, que no he observado nada, que nada he dicho. Todo se reduce á que nuestra entrevista se ha retardado una hora. Usted debe haberse perdido.

—Sí, sin duda.

—Y bien: sentémonos aquí sobre este tronco de árbol: es necesario que usted sepa quién es Estéban, quién soy yo.

Entonces me contó todo lo que os he contado antes.

Me aterró.

Porque yo no os he referido mas que uno de los crímenes de los dos hermanos.

Gabriel fué franco y esplícito conmigo, y no omitió nada.

Algo que no podia dominar, una especie de locura, le hacia confesar todos aquellos horrores.

XXXI.

Luego me dijo:

—La historia respecto á mi hermano es una historia de fortuna, una historia de cieno. Yo tiemblo. Estéban es capaz de todo. Supongamos una situacion en que se vea usted obligada á aceptar como una reparacion su casamiento con mi hermano... ¡Oh! Esto seria horrible... un testamento... luego... una copa de vino de Jerez... ¡Oh, no! Supongamos que no se atreve á comprometer á usted por miedo á su firmeza de carácter... Yo no sé, yo no sé lo que inventaria para arrojar de sí la responsabilidad que le agobia. Y es necesario pensar... buscar.... Solo falta un año para la mayor edad de usted, y un año pasa muy pronto.

XXXII.

Gabriel parecia interesarse vivamente por mí.

Su palabra me espantaba.

Sus augurios eran demasiado terribles, y parecian demasiado acertados para que un terror frio no se apoderase de mí.

—Habria un medio, me dijo despues de un largo espacio de meditacion. Si usted se enamorase de otro... yo no soy ese hombre... mi desgracia no lo ha querido. Si usted me amase, yo sabria lo que tenia que hacer.

—¿Qué? le pregunté, escitada por el acento de las últimas palabras de Gabriel.

—Si usted me amase, añadió levantando con resolucion la cabeza y dejando ver en sus ojos una espresion siniestra, participaria usted de mis ideas por simpatía; no la espantaria á usted lo que seria necesario hacer en defensa propia.

—¡Oh! ¡y usted es su hermano!

—No, soy su cómplice.

—¡Ah!

—Sí: el crímen rompe todos los vínculos, el crímen no deja entre dos miserables mas que los lazos del miedo. Generalmente, de dos que están unidos por una terrible responsabilidad, en momentos dados el mas fuerte estermina al mas débil. ¿Qué tiene que respetar el que no ha respetado la conciencia?

Y la voz de Gabriel era á cada momento mas lúgubre.

XXXIII.

De improviso se levantó.

—Vamonos, dijo: hace demasiado tiempo que está usted fuera, es decir, que la ha perdido á usted de vista su espía.

—¿Y quién es mi espía?

—Pepa.

—¡Ah!

—Sí.

—Pepa me demuestra un grande afecto.

—Naturalmente: la mejor manera de espiar á una persona es inspirarla confianza; así se sabe lo que se ve y lo que no se ve. No le encargo á usted que sea prudente porque usted lo es con esceso. Pero no importa: engañe usted á Pepa, porque engañándola á ella engaña usted á Estéban. Se ha puesto el sol... tengo miedo á la soledad con usted: yo soy un loco á quien queda un débil resto de razon, y es necesario valerse de él... Vamos, voy á llevar á usted a lugar por donde ha salido.

Y echó á andar con la cabeza inclinada sobre el pecho y las manos metidas en los bolsillos.

XXXIV.

Yo le seguia fuertemente preocupada.

Gabriel habia usado para mí de una terrible franqueza.

No se podia dudar de que estaba enamorado de mí hasta la locura, puesto que me habia revelado secretos horribles, escitado por sus celos: se comprendia que habia procurado que yo me horrorizase á todo trance de Estéban.

Pero un hombre tal era de todo punto espantoso.

¿No habia dicho que solo le quedaba un débil resto de razon?

¿No me habia dejado vislumbrar proyectos misteriosos, decisiones terribles?

Yo tenia miedo.

Caia la tarde.

La arboleda era espesa, bella.

El aire tibio, perfumado.

Y sin embargo, todo aquello que era hermosísimo, me parecia triste, lúgubre, aterrador.

XXXV.

Al fin Gabriel se detuvo, y me dijo señalando el postigo de la verja que se perdia entre la espesura:

—Hemos llegado. Puesto que tiene usted la llave, cierre usted.

Yo me apresuré á seguir aquel consejo.

El semblante de Gabriel estaba descompuesto, y me miraba con una espresion en que se representaba una lucha poderosa.

Pasé el postigo como se pasa por un punto despues del cual nos encontramos libres de un peligro espantoso.

En cuanto pasé, cerré.

Me puse rápidamente en marcha.

—Un momento, me dijo Gabriel.

Yo volví la cabeza y vacilé.

—Si le es á usted posible, me dijo, acordarse del mentecato que ha encontrado usted pescando, acuérdese usted.

Y despues de este estraño consejo se perdió entre la espesura.

XXXVI.

Dí á correr por el sendero que se abria delante de mí.

Temia que Gabriel se arrepintiese del respeto con que me habia tratado, saltase la verja, lo cual no era difícil, y me alcanzase.

En muy pocos minutos llegué á la abertura entre las dos altas rocas, mas allá de la cual estaba la casa.

Entonces me senté debajo del arco que formaba el agua al caer derrumbada por una pendiente violenta.

Estaba muy fatigada.

Empezaba á oscurecer.

Incliné la cabeza sobre el pecho y me abismé en la meditacion de lo que acababa de acontecerme.

Y ¡cosa estraña! aunque nada tenia de seductor el desconocido que habia encontrado pescando, su recuerdo era constante en mí y representaba para mí, sin que yo pudiera esplicármelo, una esperanza.

¿De qué manera podria serme útil el escribiente de la lotería de la Puerta del Sol?

¿Dándome un billete que resultase premiado por la virtud estraña que él se atribuia?

En lo que menos pensaba yo al recordar á Agapito era en el dinero.

¿Por qué me habia dicho Gabriel que si me era posible pensar en el mentecato que habia encontrado pescando, pensase en él?

Mis pensamientos empezaban á embrollarse, á producirme una sensacion semejante á la de un aturdimiento por embriaguez.

XXXVII.

De improviso oí junto á mí una voz dulce.

—Buen susto me ha dado usted, señorita, dijo aquella voz: creí que se habia usted perdido.

Volví la cabeza y encontré junto á mí á Pepa, á nuestra cocinera.

Era una criatura muy bella y muy simpática.

Parecia la chica mejor del mundo.

Por otra parte, me demostraba un gran afecto.

Me hubiera costado menos trabajo creer que lo que me habia dicho de ella Gabriel era una calumnia, que verme obligada á desconfiar de ella.

Sin embargo, ¿qué interés podia tener Gabriel en prevenirme contra ella, si verdaderamente Pepa no hubiera sido mi espía?

XXXVIII.

—No me he perdido, la dije mirándola como siempre, hablándola como siempre: me he alejado un poco, me he sentado y me he dormido.

—¡Ah! ¡sí! la alameda es muy hermosa; ¡y hace tanto calor!...

—Si hubieras seguido ese sendero, me hubieras encontrado á poca distancia, á algunos pasos de él, durmiendo entre la espesura.

—¡Ah! ¡entre la espesura! Vea usted, yo he ido, pero no la he visto á usted.

El acento de Pepa era lo mas natural del mundo.

Podia suceder muy bien que sospechase que algun interés me habia alejado por el bosque, pero no podia tener pruebas.

Estaba junto á mí del lado de la casa.

Si hubiera venido por el lado del bosque, para encontrarse donde se encontraba hubiera tenido que pasar por delante de mí.

Yo habia llegado corriendo.

Hacia algun tiempo que yo descansaba, y habia perdido ya las señales de la fatiga cuando encontré á Pepa.

XXXIX.

—¿Ha ocurrido algo? la pregunté como escitada por la circunstancia de haberme buscado.

—No señora, una tontería: Lesmes ha traido unos cangrejos hermosísimos, y yo la buscaba á usted para preguntarle si los queria cocidos ó en puré, porque no son bastantes para las dos cosas.

—¿Y cómo los has echo al fin?

—En puré. Y á propósito: la comida es de un género que estaria mucho mejor si usted viniese en seguida.

—Pues al momento.

XL.

Yo estaba triste, y siempre parecia alegre.

Yo no tenia apetito, y comí muy bien sin embargo.

Era necesario disimular.

Pepa únicamente me sirvió la comida bajo una glorieta de jazmines.

—Me fastidio, la dije.

—Pues parece usted completamente satisfecha, me respondió.

—Es mi carácter; pero me he acostumbrado de tal manera á la compañía del señor, que cuando se va me parece esto terriblemente solitario.

—¡Oh! me dijo. El señor es muy amable para todos, y muy solícito para usted.

—Y luego, la alegre sociedad que tenemos aquí cuando él está...

—¡Oh! ¡sí! señoras y caballeros muy galantes.

—Si pasamos aquí el invierno me voy á aburrir, porque las ausencias del señor serán mas largas, y no vendrá á visitarnos nadie.

—¿Y por qué? El tren no tardará mas tiempo en el invierno; todo se reducirá á que las reuniones sean en el salon y no al aire libre... y para el invierno... ¿quién sabe?

—¡Ah! Tú crees...

—Creo que para el invierno puede haber sucedido algo... por ejemplo... esa tristeza que usted siente cuando no está aquí el señor me parece un buen agüero...

—¡Agüero! ¿De qué?

Pepa se sonrió de una manera encantadora.

—Yo no tengo toda la confianza de usted, me dijo.

—¡Oh! ¡sí! ¡toda! la contesté.

—Permítame usted, señorita: toda no: usted no me ha dicho por qué la pone triste la ausencia del señor.

Sentí que mi sangre subia á mis mejillas, causado por el atrevimiento de Antonia.

Yo no estaba acostumbrada á estas confidencias.

Me conmovia además profundamente el ver confirmada la advertencia de Gabriel.

La virginidad del alma es escesivamente susceptible.

Al considerar que yo podia estar enamorada, el recuerdo de Agapito se me hizo mas fuerte.

XLI.

Pepa tomó aquel rubor mio por una confesion.

—Creo, dijo, que el señor va á ser muy feliz; y ¿quién sabe, quién sabe si él se aleja por distraerse?... El señor es para mí mas franco que usted. Muchas veces me ha dicho, en medio de los mayores elogios hácia usted:—Será muy feliz el hombre que la posea: es un tesoro.

Pepa me metia decididamente en una conversacion que me repugnaba y me irritaba.

Sin embargo, disimulé.

Al fin de la conversacion, Pepa me pareció perfectamente convencida de que yo estaba interesada de una manera séria por Estéban.

Sin embargo, yo nada habia dicho que fuese determinante.

XLII.

El dia siguiente por la tarde llegó Estéban.

¿Se le habia avisado?

Tal vez.

Me parecia contento, satisfecho.

La nube sombría que oscurecia su frente y su mirada desde que yo me negué á ser su esposa, habia desaparecido.

Se mostraba conmigo cariñoso, alegre.

Estaba verdaderamente seductor.

En cuanto á Gabriel, representaba de una manera perfecta el papel de *factotum* asalariado.

Ni aun cuando no podia reparar en ello Estéban, aparecia en sus ojos el mas leve interés por mí.

El hombre enamorado, enloquecido con una violencia apasionada del dia antes, no existia ya, á lo menos en apariencia.

XLIII.

Pasaron al fin tres dias.

Nada habia podido darme un indicio de que se desconfiase de mí.

Mi aventura del domingo era un secreto conocido solo de Gabriel.

El viernes, Estéban me dijo:

—Siento dejarte sola y contrariarte, hija mia; pero tengo que hacer un viaje que durará lo menos un mes. Voy á París, donde me llama un asunto del mayor interés: yo te traeré lo mejor de las novedades que encuentre para compensarte del aburrimiento de esta soledad.

Yo me alegré.

Tenia un mes á mi disposicion.

Pero me guardé muy bien de manifestar mi alegría.

Estéban partió.

XLIV.

Habia notado yo que una preocupacion profunda habia acometido á Pepa.

¿Qué causa atribuir á esto?

Yo no creí prudente preguntarla.

Sin embargo, me interesaba todo lo que concernia á aquella mujer.

Era una influencia tal vez demasiado íntima para Estéban.

Era que el instrumento empezaba á sublevarse, que era tal vez una asociada al crímen de Estéban, y que al presumir que Estéban me amaba hasta el punto de modificar sus proyectos, se sentia preocupada, tal vez herida en la vanidad y en el amor.

¿Tenia yo una rival en mi cocinera?

Esto no podia menos de contrariarme.

Por lo mismo no pregunté.

XLV.

El domingo por la mañana, Pepa me dió ocasion para salir de dudas.

—Señorita, me dijo: ¿será indispensable que yo sirva á usted la comida esta tarde? Rita me reemplazaria.

—De ningun modo, la dije: si tú tienes un interés...

—¡Oh! ¡sí! me dijo con resolucion. Estoy convidada á ir á Guadalajara, al teatro, á pasar algunas horas de distraccion.

—¿Con alguna amiga?

—Sí, sí señora, me dijo de una manera ambígua.

—Vamos, ahora me toca á mí decirte que no confias en mí.

—Pues bien, señora, yo tengo que hablar largamente de un negocio muy serio con una persona, y ella y yo queremos evitar murmuraciones de los compañeros.

—¡Hola! ¿de los compañeros?

—Sí señora. Don Gabriel quiere casarse conmigo.

Me sorprendió vivamente esta revelacion.

—Vamos, usted no esperaba esto, me dijo, ni yo tampoco: hasta hace tres dias don Gabriel no ha empezado á hacerme la córte, y hay inconvenientes... gravísimos inconvenientes... yo tenia otros proyectos... tanto da el uno como el otro.

—¡Ah! ¿tú tenias otro novio?

—Novio no... Pero en fin... dispénseme usted, señorita, que para casarme con el otro habia que vencer grandes dificultades... y don Gabriel... ¿está usted?... es buen mozo, parece que me ama... y el otro...

—No te violentes, la dije; yo no quiero conocer tus secretos. ¿Necesitas algunas horas para hablar sin causar murmuracion con Gabriel?... Tómalas... Rita me servirá.

—Muchas gracias, señorita.

XLVI.

A las dos de la tarde, Pepa, completamente empavesada, y haciéndola justicia, muy bonita, se fué.

A poco entró en mi habitacion Gabriel.

—¿Qué es esto? le dije. ¿Pues no tiene usted una cita?

—Sí, me contestó: era necesario apartarla de aquí; será necesario apartarla otras muchas veces para que usted tenga libertad, para que pueda usted ir á aprender á pescar con caña. ¿Soy un héroe del amor? No. ¿Se puede amar mas cuando se llega al punto de desear

lo que desea una mujer amada, aunque este amor nos cause unos celos del infierno?

—Pero yo no entiendo á usted, Gabriel, le dije.

—Es posible que no me entienda usted... Es posible que usted no comprenda que está enamorada.

—¿Enamorada yo?

—Del pescador.

—¿De aquel hombrecillo?

—¿Se sabe por qué amamos?

—Yo sé que...

—Que recuerda usted continuamente á ese señor.

—Bien, sí... pero...

—Pero pensar continuamente en un hombre, estar triste é inquieta, comer con violencia, sufrir y ocultar el sufrimiento causado por las solicitudes de otro hombre... no dormir... esto es amar.

—¿No dormir?

—Sí: hace algunas noches no pienso en usted sino en medio del silencio de la alta noche... Nunca ha sucedido eso hasta ahora... Y luego, el piano habla... el sentimiento de que está llena su alma de usted se trasmite por sus dedos al instrumento: llora, se queja, suspira en medio del silencio... ¡Oh! Y yo gimo, y yo me revuelco en mi lecho, y un infierno lucha en mi cabeza. ¡Usted ama! ¡y yo!... En fin, es necesario que usted me conceda que soy un héroe. Mis amigos, los que me conocen, mi hermano, me llamarian estúpido y me despreciarian; y es que el amor trasforma, modifica, reconstruye, por decirlo así, á una criatura.

XLVII.

Me sentí impresionada.

Me pareció como que algo misterioso me impulsaba hácia Gabriel.

Pero mi antipatía hácia él, mi horror hácia él, eran mas fuertes, y aquella emocion punible pasó, pero no sin un fuerte sacudimiento.

—Pero le esperan á usted, dije procurando desviar de aquel terreno la conversacion.

—No me esperan hasta la noche... Es necesario evitar que se aperciban... Si yo saliera detrás de Pepa se murmuraria, podria llegar á oidos de...

—¿De Estéban?

—Sí.

—¿Y qué importaria?

—¡Oh! Estéban adora á Pepa.

—¿Que la adora?

—Sí. No se lo he dicho á usted todo. Pepa es la querida de mi hermano.

—¡Cómo!

—Aún mas... si usted se casase con Estéban, Pepa seria su mujer cuando fuese viudo... Ella misma...

—¡Oh! esclamé. Por eso me ha dicho que por usted...

—¿Tenia que abandonar á otro?

—Sí.

—Y que para llegar á casarse ella con ese otro habia que arrostrar cosas muy graves... ¿No ha dicho á usted tambien eso?

—Sí.

—Pues se casará con él sin dificultades si yo logro realizar la intriga que preparo.

—¡Cómo! ¡Pues qué! ¿engaña usted á Pepa?

—Si no la engañara no amaria á usted.

—¿Y usted cree que no tiene un empeño por mí Estéban?

—¡Cómo! esclamó Gabriel poniéndose densamente pálido. ¿Será acaso Estéban el hombre á quien usted ama?

—No, se lo juro á usted: si yo amase á Estéban, no sufriria.

—¡Oh! ¡Es verdad! ¡Yo estoy loco!

Y se pasó las dos manos por la frente en un movimiento desesperado, me miró de una manera suprema, y dijo:

—No, Estéban no ama á usted; pero ama su interés, ama el verse libre de una responsabilidad legal muy séria: él hace todo lo que puede para enamorar á usted; pero si usted está enamorada... si usted se decide por el pescador, habremos salido muy fácilmente de la situacion.

—¡Situacion estraña la mia! dije tristemente.

—Sí; estraña y difícil, porque está usted rodeada de peligros... Supongamos que yo sucumbo á esta pasion contra la cual lucho...

—¡Oh! esclamé con miedo.

Á seguida lancé un grito.

Gabriel habia sacado del bolsillo un rewólver.

—¡Ah! ¡Por Dios! me dijo: tranquilícese usted. ¿Qué ha llegado usted á creer?

—Ese arma...

—Esta arma es para usted.

—¿Para mí?

—Sí, para usted; contra mí.

—¡Cómo!

—Supongamos que yo me olvido de todo...

—Usted está verdaderamente loco, esclamé fatigada por la repugnante pasion de aquel infame; usted llega hasta las exageraciones ridículas; usted supone en mí un carácter semejante al suyo, y me dice: «Toma: si un dia mi locura te obliga á defenderte, mátame.»

—Bien, dijo friamente guardando de nuevo el rewólver. Mejor.

Mi miedo crecia.

Aquel hombre estaba trasfigurado por algo escesivamente enérgico, por algo que yo no comprendia, por algo que le daba la apariencia de un demonio, pero que le embellecia.

De nuevo me sentí arrastrada hácia él.

De nuevo mi repugnancia, mi antipatía, me desprendió de él.

¡El magnetismo! ¡la fuerza de voluntad!

Gabriel tenia la fuerza de voluntad de Satanás.

XLVIII.

Paula se detuvo.

Estaba pálida y conmovida.

Clotilde escuchaba con una atencion, con una gravedad á cada momento mas crecientes.

Alfonsina fijaba en Paula una mirada atenta, severa y grave.

Ninguna de las dos jóvenes dijo una sola palabra.

Paula continuó.

XLIX.

—Usted ha sabido engañar á Estéban por medio de Pepa, me dijo Gabriel despues de un momento de silencio. Estéban cree que usted camina á interesarse por él, que sus ausencias le son á usted mas sensibles, y las prolonga para empeñarla á usted mas: aprovéchese usted de ellas.

—¿Y para qué? dije. Usted se obstina en creer que yo estoy interesada por ese jóven.

—Sí... puesto que usted deja conocer un interés de género no dudoso, y ese interés no es ni por Estéban ni por mí. Voy á dejarla á usted libre: de seguro el pescador está en su sitio caña en mano, y no se impacientará porque una trucha no trague el anzuelo, sino porque usted no parece. Vaya usted á que cese la impaciencia de ese pobre diablo, á quien es necesario envidiar.

Y Gabriel salió.

L.

Yo permanecí por algun tiempo aturdida, irresoluta.

Al fin fuí á mi secreter, y tomé la llave del postigo de la verja, que habia conservado.

LI.

Salí de la casa.

No habia nadie.

Di la vuelta á la roca, y me adelanté por el sendero que conducia al postigo de la verja oculta entre la espesura.

Mi corazon se agitaba de una manera estraña.

Estoy hablando con dos amigas, y debo ser completamente franca.

Gabriel influia de una manera poderosa sobre mí.

Si yo no hubiera conocido la historia monstruosa, terrible, aquella historia de crímenes cometidos con una premeditacion y un cál-

culo espantoso, y relatados con una sangre fria repugnante, acaso le hubiese amado.

Entonces hubiese cambiado mi porvenir.

¿Quién sabe si habria perecido?

¿Quién sabe si aquella abnegacion inconcebible de la pasion de Gabriel por mí, no era una trampa cubierta de flores hácia la que se me impulsaba? ¿un cálculo tan meditado y tan horrible como los otros que me habia hecho conocer Gabriel?

Este pensamiento que debia asaltarme y que me asaltó, neutralizaba, destruia la impresion que Gabriel habia causado sobre mí, y me inclinaba hácia Agapito, hácia el escribiente de loterías, hácia el sobrino del molinero, hácia el pescador del Guadarrama, hácia el pobre diablo, pequeño, casi ridículo, tímido, inesperto, pero en cuya mirada habia yo encontrado algo que me era fuertemente simpático, algo que no comprendia entonces y que no comprendo aún; pero ese algo que fué agrandando, háciéndose serio hasta que se convirtió en amor.

¡Ah! ¡el corazon humano! ¡el corazon humano! ¡incomprensible siempre, ignorante siempre, arrastrado siempre por un sentimiento que no puede esplicar, y víctima siempre de hechos inesplicables!

LII.

Mi cabeza era un torbellino, un caos.

Avanzaba maquinalmente.

Y sin embargo, hé aquí otro fenómeno que comprueba el magnetismo.

El sendero era tortuoso, le cruzaban otros muchos senderos semejantes; no hay nada mas monótono ni que mas engañe, que un agrupamiento de árboles, esas espesuras en las cuales no hay horizonte, entre las cuales es lo mas fácil y lo mas contingente perderse.

Y sin embargo, soñando despierta, sin fijar la atencion en nada de lo que me rodeaba, yo llegué á la márgen del Guadarrama por donde debia ir, atravesando la espesura por el lugar preciso.

LIII.

El viento fresco y húmedo de la ribera, el canto de las ranas, el ruido monótono de las caidas de agua y de las ruedas del molino, me sacaron de aquella abstraccion, de aquella especie de sonambulismo.

Agapito estaba replegado sobre sí mismo al borde de la ribera, inmóvil, teniendo en la mano su caña, junto á sí sus utensilios de pesca y un gran sombrero de palma, con la cabeza descubierta, y aunque jóven, calva en una gran estension sobre la frente.

Sentí algo de turbacion, algo de embarazo.

Porque al fin, aquello tenia el valor de una cita á la que yo acudia deliberadamente, buscando mas bien que siendo buscada.

Me detuve y permanecí inmóvil, dudando si me detendria y le hablaria ó me volveria.

En lo que se atribuye al magnetismo debe haber algo de verdad.

Agapito estaba de espaldas á mí.

Yo no habia hecho ruido.

Mis pisadas se habian apagado sobre la yerba espesa, menuda, fresca.

Habia permanecido inmóvil.

Ni el sol ni el agua podian proyectar mi sombra ni reproducir mi figura.

Y sin embargo, al poco tiempo de haberme yo detenido, Agapito se volvió deliberadamente, como si me hubiera sentido, como si me hubiese reconocido, y como la vez anterior, no dejó caer su caña, sino que la retiró, la dejó sobre la yerba, se levantó, se acercó resueltamente y me saludó con torpeza, estendiendo tímidamente hácia mí su mano.

Yo le sonreí y estreché la mano que me ofrecia.

Esto le alentó, y me dijo de una manera ardiente:

—Gracias, señorita; yo no esperaba volver á tener la felicidad...

Y como espantado de haber dicho mucho, se calló.

Yo busqué un pretesto para justificar mi presencia allí.

Seguimos hablando y andando con lentitud hácia los árboles.

Nuestra conversacion se interrumpia á cada momento á causa de

la timidez de Agapito, y por mi parte á causa de lo estraño de la situacion.

Hablamos mucho del tiempo, de la pesca, de la hermosura de las márgenes del rio, y entre tanto nuestros ojos sostenian otro diálogo mas serio, mas apasionado, mas íntimo.

Al fin Agapito tuvo un momento de resolucion, y me dijo:

—Yo me estoy muriendo.

—¡Ah! dije yo. Pues es necesario que usted no se muera: aún no es tiempo: es usted muy jóven.

—No tanto, señorita, no tanto: tengo ya veinticuatro años. ¿Y usted?

—Diez y ocho.

—¡Ah!... Pues sí me muero... decididamente me muero... estoy perdido, equivoco los números en la oficina, lo echo todo á perder, y me mamo cada reprension como para mí solo... ¡Ah! Nunca habia yo mirado al agua como ahora... nunca... Para mí el rio nunca habia significado otra cosa que un pez, y cuando mas un baño... pero ahora...

—Y ahora ¿qué significa? le pregunté yo sonriendo.

—Significa, me respondió vacilando y con acento lúgubre y melodramático, significa el fin, la abreviacion de una agonía.

—¡Ah! ¡Un suicidio!

—Cuando uno se fastidia, cuando todo le parece tétrico y negro, cuando no duerme, cuando no come, cuando está reprendido, amenazado, espuesto á ser despedido, á ser sentenciado á una degradante miseria, porque la miseria degrada siempre, no hay que darle vueltas, es estar bajo cero en el termómetro del dinero... es pues la desesperacion... Cuando á uno le suceden todas esas cosas, señorita, entonces no se puede ver ni un puñal, ni un estoque, ni un pañuelo, ni una cuerda, ni un árbol, ni un rio, ni un derrumbadero, ni una caja de fósforos, porque le entran á uno ánsias mortales de apuñalarse, de colgarse, de ahogarse, de precipitarse, de envenenarse, y todo para acabar con el sufrimiento y evitar la desesperacion.

Alfonsina soltó la carcajada.

En cuanto á Clotilde, permanecia séria, inmóvil, solemne, por decirlo así.

—Yo tambien me eché á reir, continuó Paula; y sin embargo, Agapito habia soltado su elucubracion de la manera mas triste, mas grave y mas amenazadora del mundo.

—Pero, hijo mio, le dije, ¿usted no cree en Dios?

—¿En qué quiere usted que crea un loco mas que en su locura? me contestó.

—¡Locura! ¡locura! ¿No tiene usted madre?

—¡Ah! ¡no! soy huérfano de nacimiento... Desgraciadamente no tengo mas que un tio molinero que cree hacer bastante con darme de comer bien, es decir, mucho y craso los domingos, y esto cuando hace buen tiempo y cuando se puede gastar para venir en el tren; de lo que resulta que con lo que invierto en la ida y en la vuelta podia comer muy bien en una fonda, pero no pescaria; la pesca es la que me trae... yo no tengo ni mas padre ni mas madre ni mas pariente que mi desgracia; yo soy el mas desventurado de los desventurados; yo me ahogo, yo me asfixio, yo necesito...

—¿Y qué necesita usted?

—Nada... señorita... nada... perdóneme usted: la estoy á usted fastidiando con mis ridículas quejas.

—Por el contrario, me entretiene usted mucho, porque hay un no sé qué de punzante, de gracioso, de original, en lo que usted dice, que me hace pasar un rato muy agradable.

—¡Ah, señorita! esclamó Agapito: yo no la creia á usted cruel.

—¡Cómo! ¡Pues qué! esclamé yo afectando asombro: ¿usted habla sériamente?

—Sí señora, con toda la seriedad con que Dios me ha echado al mundo.

—¿Y tiene usted deseos de morir?

—Sí señora, tengo ánsias de arrojar la vida, que se me ha hecho indigesta.

—Pero ¿por qué, señor, por qué?... dispense usted que le pregunte.

—Es usted muy dueña: porque estoy desesperado.

—¡Desesperado! ¡Bah!

—Desesperadísimo.

Yo no creí conveniente preguntar mas, y guardé silencio.

—Cien y cien, y mil y mil, y millones y millones de veces desesperado; y si no fuera por una loca esperanza... por esto que dicen de los milagros...

—Hay que creer en los milagros, ó ser impío.

—Pues porque no soy impío espero un milagro.

LIV.

Aquello era luchar con un pescador de caña, con un pescado, con un pez que giraba alrededor del anzuelo y no picaba en el cebo.

Yo estaba ya interesada por Agapito.

Me parecia el hombre del mejor carácter del mundo.

Su pequeña figura me agradaba.

Me halagaba lo intenso de su pasion por mí; pasion que me habia dicho con los ojos, con la palidez, con el temblor.

Y habia algo mas serio y que me impresionaba mas que todo: que Agapito estaba verdaderamente desesperado.

LV.

—Espero, le dije, que esa situacion estrema en que usted se encuentra colocado pasará, porque Dios hará el milagro.

—Usted cree...

—Tengo fé en la bondad de Dios.

—¡Ay, señorita! El milagro que yo necesito es muy gordo, gordísimo.

—Nada hay gordo para la voluntad de Dios.

—Usted es mi amiga, ¿no es verdad?

—Ciertamente; me es usted muy simpático.

—A una amiga puede decírsele todo; por supuesto, cuando ese todo no tiene nada de malo.

—Por supuesto, dije yo impacientada ya, y conteniendo con trabajo la manifestacion de mi impaciencia.

—Pues bien, señorita, me dijo Agapito creciendo en palidez y fijando en mí una mirada casi agonizante: yo estoy enamorado.

—Y bien, ¿qué tiene eso de estraño?

—¡Qué tiene eso de estraño, tratándose de mí, que soy modesto, conocedor de mí mismo y prudentísimo! ¿Pues no sabe usted, señorita, que yo he opuesto siempre al amor la reflexion, y que no he amado nunca por dos grandes motivos?

—¿Y qué motivos pueden ser esos?

—Mi absoluta pobreza, mi pobreza completa... mi gusto demasiado delicado... porque yo no me inclino hácia una jóven, yo no tengo necesidad de apelar á mi reflexion, sino cuando tropiezo con una divinidad humana, terrestre y pedestre... Voy á esplicarme. Si una jóven, y digo jóven porque si no es jóven no hay caso; si una jóven no es blanca y rubia, blanca como el oro, vírgen y rubia como el nácar... quiero decir... estoy aturdido... blanca con los tonos rosados y azulados del nácar, rubia con el color delicado, bello, rico del oro vírgen... si no tiene una garganta esbelta, redonda, con esas inflexiones de la forma y de la musculatura que hacen de una garganta un paraíso... no sé cómo decir... ¡ah! ¡sí!... un tesoro de sensaciones... ¡ah! ¡no! tampoco... en fin, una garganta indescribible, como yo la veo en... en mi sueño... en mi locura... si no tiene los ojos azules, delicadamente azules, límpidos, trasparentes, profundos, oscuros en su fondo, misteriosos, dulces, bellos, luminosos, grandes, rasgados, hermosos, cándidos, poéticos; si su frente no es tersa y serena y graciosa, frente de estátua; si su nariz no es bella y fina; si su boca no produce una sonrisa espiritual, un poco picante, pero con lo picante de la inteligencia; si al producir esta sonrisa los labios frescos, húmedos, rosados, no dejan ver una dentadura nítida, igual, perfecta; si los hombros no caen dulcemente, inclinándose hácia adelante como para contener el seno, y no son mórbidos y suaves; si el talle, las caderas, los piés, en fin, la parte baja del edificio no corresponde á la belleza de la parte superior, yo no me tomo ni siquiera el trabajo de mirar por segunda vez á esta jóven: me basta el mas ligero defecto para desencantarme. Y luego, si todas estas perfecciones físicas no están realzadas por una elegancia sin afectacion, por una sencillez sin pretensiones, por una educacion elevada, por una virtud indudable, no hay que contar conmigo, porque yo no he podido ni puedo pensar en una mujer, ni pensar nunca mas que para hacerla mi Eva, quiero decir,

mi costilla, y yo necesito que mi costilla sea un ángel. Ahora bien: ¿usted cree que Dios ha echado ángeles á la tierra para Agapito Lesmes, que es pequeño, que es feo, que es tonto, que es pobre; para Agapito Lesmes, escribiente de loterías, sobrino de un molinero burdo que cuando habla muge y cuando acaricia descoyunta?... ¿Usted cree, que habiendo tenido yo la desgracia de nacer con un gusto tan esquisito, puedo enamorarme, y que si me enamoro puedo dejar de apurar una larga agonía entre dolores insoportables?

LVI.

—Pero, Paula, dijo Alfonsina, tu marido es muy poeta, ó lo que es lo mismo, muy sensible; y pinta bien: he observado que hacia minuciosamente tu retrato.

—Sí, y mientras lo hacia me devoraba con los ojos y estaba trémulo y pálido como un cadáver. ¡Ah! No se sabe, no se sabe dónde está el volcan, la pasion ardiente, irritable, inflamable, omnipotente. A veces ese volcan estalla en la mirada de una jóven horriblemente fea, de un hombre perjudicado gravemente por la naturaleza, y lo fascinador de la pasion candente, poética, absoluta, incontrastable, embellecen de repente á la mujer fea, al hombrecillo vulgar y casi ridículo.

Esto acontecia entonces.

Agapito estaba hermoso, era poeta.

Pero no es poeta mas que para mí.

Me adora y me hace feliz.

Algunos groseros, algunos miserables, algunos estúpidos vulgares compuestos de materia corrompida, se han atrevido á dejarme oir sus pretensiones, empezando por decirme:—Es imposible que usted ame á Agapito: tenga usted confianza conmigo, que soy hombre de mundo: usted se ha casado con él por... casarse...

—¿Y hay hombres que hablan así? dijo tomando al fin una parte en el diálogo Clotilde.

—Sí, hija mia, sí; hay animales con forma de persona, que fuera de lo que vulgarmente se toca, no comprenden nada, no creen en nada: esos son los que componen el lodo de nuestra pobre civiliza-

cion podrida, los que están en todas partes, los que hablan en todas partes, los que todo lo manchan, los que nada respetan, los que no ven en las cosas mas que materia, materia y siempre materia, los que no pueden comprender ni comprenden nada que sea ideal, los que juzgan estúpidamente por las apariencias, é inventan la calumnia infame, torpe y repugnante.

El hombre corrompido, degradado, materializado, metalizado, ignorante, audaz, sin educacion, sin conciencia, sin alma, abunda.

Y esos hombres son soberbios, irritables, malvados.

Dios para ellos es una palabra sin sentido, una *vejez*, una preocupacion, un atraso, una barbarie, una ridiculez.

¡La conciencia!...

¡Ah! Quien no siente no puede tener conciencia.

La conciencia para los salvajes barnizados de nuestra civilizacion es otra palabra tan vana, tan ridícula como la misteriosa y terrible palabra Dios.

Y esos hombres sin corazon y sin fé, esos salvajes de todos los géneros, de todas las clases, de todas las posiciones, son el peligro de nuestra época, el peligro horrendo, la calumnia, la avaricia, la soberbia, la infamia, la disolucion, el caos.

Pero lo que ha de suceder está escrito.

Tal vez se salve nuestro tiempo; pero se salvará atravesando un mar de sangre, soportando una miseria horrible, teniendo por presente la desesperacion y por porvenir una estrella perdida en lo infinito.

¡Dios y la humanidad!

Adelante.

LVII.

Clotilde miraba con una fijeza creciente á Paula.

La hermosa frente de la niña blanca y pálida parecia como que trasparentaba algo terrible, algo formidable, algo que parecia en discordancia con su juventud, con su carencia de espresion.

Se hubiera dicho que Paula le era sospechosa de una manera grave, y que la observaba por instinto de observacion.

Alfonsina era una organizacion abierta y fácil, y seguia los movimientos de la palabra, del gesto, de la pasion de Paula.

LVIII.

Esta continuó:

—¿Y por lo visto, dije á Agapito, usted ha visto al fin su ángel deseado?

—Por mi desventura, esclamó.

—¡Cómo! ¿No le corresponde á usted, no le ama?

—No puede amarme.

—¡Cómo!

—Yo soy indigno de ese arcángel.

—¡Bah! le dije dejándome arrebatar de un movimiento del corazon. Ese arcángel no, pero esa mujer ama á usted.

No puedo esplicaros, amigas mias, lo que sucedió despues de estas palabras.

Yo me asusté.

Creí que se moria.

Su palidez se hizo lívida, sus ojos se revolvieron en sus órbitas, le vi envuelto por un vértigo horrible, por uno de esos vértigos que son siempre una agonía y muchas veces la muerte.

Yo corrí al rio, empapé mi pañuelo en agua, tomé agua con la boca y rocié abundantemente el rostro de Agapito, que al fin volvió en sí, y se sonrió, y me asió las manos, y me las estrechó, y rompió á llorar.

Era ya hora de que yo me retirase.

La hora de comer.

No quise inspirar sospechas.

Me despedí de Agapito, y convinimos en que no se ahorcaria ni se ahogaria ni tomaria fósforos, y en que nos veríamos el domingo siguiente.

Me separé de él sin decirle quién era, ni aun mi nombre.

Es verdad que no lo supo sino cuando se convino en nuestro casamiento.

LIX.

Yo estaba ya defendida de la pasion de Gabriel.

Estaba enamorada, y enamorada con toda mi alma, como lo estoy ahora.

LX.

Estéban volvió al mes justo de su partida, y me dejó ver bellísimas alhajas, bellísimos trajes, entre ellos uno admirable de desposada.

—¿Y para qué esto? le pregunté.

—Para cuando te cases.

—¡Ah! ¡no! le dije: yo me casaré de una manera mas modesta.

—¡Ah! me dijo mirándome de una manera fija, y tal que me hubiera aterrado si no hubiera tomado ya mi partido. ¡Has aprovechado mi ausencia!

—El acaso determina nuestro porvenir.

—¡Ah! ¿Y ha determinado ya tu porvenir el acaso?

—Sí... He encontrado á un jóven pescando.

—¿Y te ha pescado?

—Completamente. Me caso con él.

—¡Como si fueras mayor de edad!

—Importa poco, porque usted consentirá en ese casamiento.

—¿Yo?

—De seguro.

—¡Ah! Esplícame.

—Usted no querrá contrariarme.

—Yo tengo proyectos.

—Y bien, esos proyectos no creo que sean una dificultad.

—Tú ignoras...

—¿Qué?

—Que estás arruinada. Yo he sido débil, y he gastado por darte gusto de una manera insensata: queriendo aumentar tu fortuna, la he comprometido de buena fé.

—¿Y no es mas que eso?

—Nada mas.

—¿Y qué importa?

—Mucho. Tú tienes derecho á pedir cuentas.

—Yo tengo confianza en usted.

—Pero el hombre con quien te cases...

—El hombre con quien me case no sabe ni una sola palabra de mi historia: es un original á quien sin embargo amo por su misma originalidad: un escribiente de loterías.

—¡Pero esto es horrible!

—No, puesto que le amo.

—Yo, creyendo que tú me amarias, habia pensado en salvar esta situacion penosa casándome contigo: yo puedo darte cuentas... pero me he estralimitado de mis poderes de tutor... yo tengo confianza de que las operaciones en que he empleado tu inmensa fortuna, operaciones en grande, producirán una triplicacion de capital, pero á la larga... yo no puedo estar tranquilo mientras haya una persona estraña á mí y desconocida enlazada á tí, que puede tener derecho á pedirme cuenta de la inversion de tus capitales.

—Obremos de buena fé del uno para el otro, le dije: yo declararé que mi fortuna ha desaparecido con conocimiento mio, con mi consentimiento, que yo la he dispendiado en gran parte, que he arrojado el dinero por la ventana, cediendo á un indiscreto y desordenado instinto de caridad, de compasion, de debilidad mas bien: usted quedará á cubierto. Despues nosotros nos entenderemos, y nos entenderemos bien, porque usted me ama como á su hija.

Estéban me miró de una manera fija é investigadora, como procurando asegurarse de mi sinceridad.

Mi sangre fria, mi naturalidad, le engañaron.

—Pero ¿cómo arreglamos esto? me dijo. Ese hombre...

—Ese hombre es un pobrecillo para quien yo lo soy todo.

—Será necesario inventar una historia.

—Por supuesto.

—Decir que eres una huérfana recogida por mí...

—Perfectamente.

—Y á la que yo doy una dote de diez mil duros.

—¡Admirable! esclamé batiendo las palmas.

LXI.

Se elaboró pues una farsa, una ficcion, una novela que yo podria deshacer, pero no sin lastimar mi honra.

Yo temblaba por mi vida.

Amaba además á Agapito con pasion.

Hubo manejos, y se falsificó mi estado civil.

Yo no soy... ha llegado el momento de mi mayor muestra de confianza á vosotras... yo no soy ya Paula de Santisteban, sino Paula del Valle.

Agapito no recurrirá á los libros parroquiales para probar que Paula del Valle, huérfana, murió á los doce años...

Yo sacrifiqué mi fortuna, pero me salvé y soy feliz.

Agapito creyó la comedia una verdad, y cuando fuí su mujer se consideró el hombre mas feliz de la tierra.

Algun tiempo despues desaparecieron mi tutor y Pepa.

No he vuelto á verlos, ni á Gabriel, ni sé dónde están.

En cuanto á los diez mil duros de mi dote, se fueron en pagar diferencias de Bolsa.

Agapito, que se habia creido un grande bolsista, se dió tal arte, que al año tuvo que recurrir de nuevo á su destino de escribiente, y yo me vi obligada á aprovechar mis conocimientos en el piano.

Alguna vez encuentro á una compañera de colegio, pero como me ven pobre y modesta pasan de largo, lo que es para mí muy cómodo; y me guardo muy bien de tomar una discípula entre el círculo donde pudieran conocerme. ¡Y qué quereis! esta vida me hace feliz: vivimos bien, y tenemos algunos ahorros.

¿Para qué mas?

La verdadera felicidad es tener satisfecho el corazon.»

LXII.

—Tu historia es muy original, dijo Alfonsina, y sus circunstancias la harian parecer novelesca á otra que yo, que te conozco y sé hasta dónde llegan la valentía y la originalidad de tu carácter.

Si no fueras feliz, tu posicion me afligiria: de todos modos, Paula, siempre puedes contar conmigo.

—¡Oh! Lo sé; gracias, dijo Paula ligeramente conmovida.

—Cuento con que nos veremos con frecuencia, dijo Alfonsina levantándose.

—¡Cómo! ¿Te vas?

—Precisamente: es ya tarde; y me llevo á esta.

—¿Te la llevas?

—Naturalmente: es mi prima; indudablemente es mi prima. Conque adios. Vámonos, Clotilde.

LXIII.

Las dos jóvenes se despidieron de Paula.

Esta las acompañó hasta la puerta de la calle.

Cuando entraron en el carruaje Paula se entró.

Su fisonomía habia cambiado.

Aparecia en ella algo siniestro.

—¡Ah! ¡Esa niña! ¡esa niña! murmuró subiendo las escaleras: ¡esa niña, observadora, séria, profunda, impenetrable! Es necesario... sí, es necesario prevenirse... ¡Qué casualidades!... Pero no importa... Adelante.

Y se metió en su cuarto.

CAPITULO XX.

LA TERCERA HISTORIA.

I.

La servidumbre de Alfonsina reparó, como no podia menos, que su señora volvia despues de muchas horas, trayendo consigo á una jóven hermosa, muy modestamente vestida, delgada y pálida, y que tenia con ella un indudable aire de familia.

Sin duda era una parienta lejana, una parienta desconocida de su escelencia, puesto que la hablaba de tú y la trataba con el mayor cariño.

Los criados son los espiones de sus amos.

Como dice una frase proverbial muy conocida, enemigos pagados.

¿Quién era aquella señorita?

¿Por qué su escelencia la hablaba de tú?

¿Por qué aquella señorita se parecia á su escelencia?

¿De dónde venia?

¿Por qué venia?

¿Á qué venia?

Todas estas preguntas se las hicieron en el momento en que entró en la casa de Alfonsina Clotilde.

II.

Ambrosio el cochero aumentó las murmuraciones, contando lo que habia visto: el encuentro de Alfonsina y de Clotilde en la portería del Hospital General, la parada delante de la iglesia de Monserrat, la ida á una pobre casa de la calle de la Magdalena, la permanencia en ella, la descripcion de Cristóbal.

Todo era estraño.

Los criados de escalera arriba debian informar á los amigos íntimos del señor marqués de Casa-Otero, que venian á buscarle, á informarse de si habia aparecido ó no.

Los amigos íntimos del marqués de Casa-Otero debian tener mucho que contar en el Casino, en los círculos.

Acontecia algo de estraño casa de la señora baronesa de Castell-d'oro.

Si no se sabia claro, habia que suponer para no pasar por mal informados.

De este afan de todo el mundo de aparecer al corriente de los negocios de los demás, y de la torpeza y de la malevolencia, salen la mayor parte de las calumnias, y calumnias terribles.

Porque ¿qué hay que contestar á una persona que pasa por honrada cuando dice:—Yo lo sé, yo lo he visto: las pruebas han estado en mi mano?

III.

Alfonsina sabia esto demasiado, y para parar el golpe no contó ninguna historia, lo cual hubiera sido mucho peor.

Llamó simplemente delante de los criados á Clotilde prima, y la habló como si Clotilde proviniese de ella, de unos lejanos parientes que tenia en Andalucía.

Esto fué durante la cena.

Antes de ella, Alfonsina habia puesto por sí misma, encerrada con ella, un elegante traje de casa á Clotilde, y al vestirla habia dicho:

—Me alegro: mi guardaropa puede servirte: así salimos del apuro del momento.

IV.

Cuando se quedaron solas, encerradas en el bellísimo gabinete de Alfonsina, al lado de la chimenea, Alfonsina la dijo:

—¿Tienes sueño, Clotilde?

—No, contestó la jóven: mis nervios están demasiado escitados.

—¡Ah! ¡bien! De manera que podemos hablar.

—¡Oh! ¡sí!

—Veamos. ¿Qué te parece de Paula?

—Mal.

—¿Mal?

—Sí: me parece que la ha contrariado demasiado el que la encontremos.

—Lo mismo me ha parecido. Además, su historia es muy estraña.

—Mas que estraña, dijo Clotilde, terrible.

—¿Y tú crees...

—Yo creo... no sé por qué... porque yo no tengo esperiencia; pero me atreveria á jurar que Paula está en inteligencia con ese Gabriel, con ese miserable de quien nos ha hablado.

—Si estuviera en inteligencia con él no nos hubiese hablado de él una sola palabra.

—Tenia que justificar de qué manera habia perdido su fortuna, y no ha tenido tiempo de inventar una novela.

—Es posible que tengas razon. En efecto, yo no he podido esplicarme el relato de Paula. Pero ¿qué importa esto? Dejémosla con su historia: todo se reduce á escusar el trato con ella.

—Me causa, no miedo, pero sí recelo esa mujer.

—¿Y por qué?

—Puede suceder que influya algo sobre mí.

—¿Tú crees...

—Sí.

—¿Y en qué te fundas?

—En el instinto: me es antipática de una manera particular.

—Es hermosa y simpática.

—No importa: en el fondo de sus ojos hay algo que no se esplica, y que previene.

—Ese algo es el disgusto de una desgracia, si no aceptada, soportada con resignacion.

—¿Quién sabe? De todas maneras es una mujer estraordinaria: ó un ángel desventurado, ó un demonio.

—Tú estás muy mal prevenida contra la humanidad á pesar de tus pocos años, Clotilde: tú has debido sufrir mucho.

—¡Oh! ¡sí! en solos dos años.

—Me falta tu historia: yo no he querido preguntártela delante de una persona estraña. Ahora bien: ¿puedo ya conocer tu historia?

—Mi historia es muy sencilla.

—¡Cómo! ¿sencilla y te ha hecho desgraciada?

—La desgracia está en mí como un principio componente de mi existencia.

—No tienes otros motivos que la manía de que has nacido desventurada, dijo sonriendo Alfonsina.

—He crecido entre gentes estrañas, sujeta á la reguláridad de una pension en Nueva-York.

Dentro de la pension están mis primeros recuerdos.

Durante toda mi vida, he visto de año á año á mi padre.

—¿No mas que de año á año?

—No mas.

—¿Y cómo se llamaba tu padre?

—Don Juan de Arévalo.

—¿Y el nombre de tu madre?

—No lo sé; pero en la pension constaba yo como hija legítima.

—Continúa.

—Hace dos años, mi padre varió de nombre, de posicion, de traje.

Habia hecho un largo viaje, segun me dijo: las desgracias le habian convertido: habia abandonado el mundo, se habia hecho misionero, se llamaba el hermano Juan de la Penitencia, se habia dejado toda la barba y vestia un hábito franciscano.

Parecia que su carácter se habia trasformado tambien.

Antes era altivo, de mirada dura é imponente.

Vestia con severidad, pero con una gran elegancia.

Hablaba de una manera breve, concisa y acentuada.

Sus visitas anuales se reducian á algunos minutos.

Parecia rico.

Bajo el hábito franciscano, su frente parecia como que se inclinaba bajo la mano de Dios.

Su mirada era dulce y elocuente.

Su palabra lenta, débil, cansada, afectuosa, insinuante.

Una gran resignacion á la voluntad de Dios, y una gran fé en la Providencia, daban un no sé qué de consolador, de dulce, á su semblante.

El precio de mi pension habia disminuido.

Habia dejado de atender á mi guardaropa, á pesar de que era muy sencillo.

El misionero Juan de la Penitencia era muy pobre.

¿Qué habia hecho de su fortuna?

¿La habia entregado á los hospitales?

¿La habia invertido en obras de caridad?

Acerca de esto no habia dado la mas ligera esplicacion.

Al año de su primera visita, despues de su trasformacion en misionero, me hizo otra.

Aparecia mas humilde.

Mas agobiado bajo algo desconocido.

Redujo mas mi pension.

Por consecuencia, se redujo mas mi equipo.

Al fin, hace tres meses se presentó de nuevo.

Ya la cuestion no era de reduccion de pension, sino de supresion.

Su pobreza habia llegado al colmo.

Me sacó pues de la pension, y aquel mismo dia nos embarcamos como pasajeros de tercera clase en un paquete de vapor, sin que yo supiera adónde nos dirigíamos.

Al fin, hace algunos dias llegamos á Cádiz.

Tomamos el tren de tercera clase tambien, y llegamos á la primera estacion despues de Aranjuez.

Allí descendimos.

Tomamos entre la niebla y bajo la lluvia un camino, pasamos un puente, y llegamos á la casilla de un guarda campestre.

V.

Al llegar aquí, Clotilde contó á Alfonsina todo lo que hubiera podido contarla Cristóbal; pero suprimió lo de haber encontrado la cartera, la revelacion que le habia hecho espirante el llamado don Andrés Casares, y el haberse apoderado de aquella cartera misteriosa que aún no conocia.

Clotilde pues era completamente reservada para con Alfonsina.

Al vestirla esta, se habia negado con un hábil pretesto á cambiar de corsé para que Alfonsina no pudiese apercibirse de la cartera que tenia bajo él.

El carácter de Clotilde pues era concentrado, profundo.

Lo dominaba todo con una sangre fria admirable.

Lo preveia todo.

No aventuraba nada.

Y sin embargo de la paz de su semblante, de la pureza y de la lucidez de su mirada, aparecia con alma de ángel, y de ángel fuerte.

VI.

—Tu historia no puede ser mas sencilla, Clotilde, dijo Alfonsina, pero tampoco puede ser mas estraña. Hé aquí que te encuentras completamente huérfana, sin conocer de tu familia mas que á un padre misterioso... ¡Ah! ¡y en qué distraccion hemos incurrido las dos!

—Sí, dijo Clotilde anticipándose á Alfonsina: yo debia estar vestida de luto.

—Sin embargo, yo he dicho á los criados que eres hija de mi tio don Pedro de Vargas, que vivia allá en Carmona...

—Pues sostengamos la ficcion, dijo Clotilde: basta con tener el luto en el alma. ¿Y vive ese señor? Podrá venir á Madrid.

—Francamente, no sé si vive ó no: es un pariente lejano, un

un pequeño propietario que jamás ha salido de Carmona, y que no saldrá nunca, si es que vive. De siglo á siglo se recibe una carta suya. Ya ha pasado un año desde que escribió la última. Segun dice mi buen tio el marqués de Casa-Otero, es un señor por el que han pasado grandes desgracias, desde la pérdida de su fortuna hasta la pérdida de toda su familia. No creo que nos puedan coger el embuste, Clotilde.

—Pues sostengámoslo.

—Sí, sostengámoslo y procuremos rasgar el velo misterioso que envuelve el nacimiento tuyo, el de tu hermana; porque yo no tengo duda de que la hermosa jóven á quien buscábamos las dos esta tarde en el hospital, es tu hermana: no tengo tampoco duda de que las dos sois hijas de mi tia Andrea, hermana de mi madre, cuya muerte es un misterio doloroso. Estos dos retratos, el que tú tienes, y el que ha robado mi doncella Clara del aposento de mi tio el marqués de Casa-Otero, y que tengo yo, lo prueban. Es imposible que no sea vuestra madre una criatura que se os parece tanto. Ella ha pasado y pasa por muerta. Sin embargo, y ateniéndonos al periódico que se ocupa de María, su madre la habia educado, vivia hace poco sin duda, no hemos tenido tiempo: es necesario que yo averigüe, y voy á empezar á averiguar. Puede ser que mi doncella Clara sepa algo: soy impaciente... nosotras constituiremos el tribunal.

Y Alfonsina oprimió el boton de un llamador eléctrico.

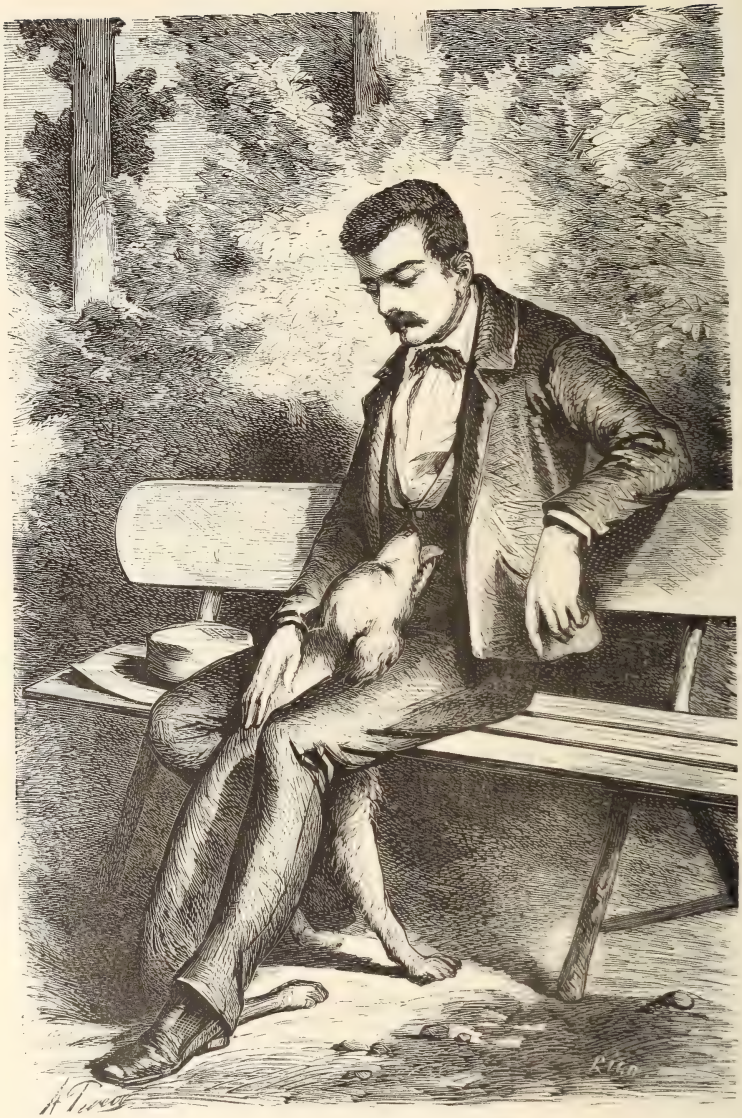
Apareció una doncella.

—Que venga don Julian, dijo Alfonsina.

Un momento despues entraba el mayordomo.

—Tráigame usted á Clara, le dijo.

El mayordomo salió.



Cristóbal.

CAPITULO XXI.

EN QUE CRISTÓBAL DESEMPEÑA POR SU PROPIA CUENTA EL OFICIO DE POLIZONTE Y VUELVE Á APARECER POR UN MOMENTO MARÍA.

I.

Cristóbal se habia echado á andar por Madrid á la ventura.

Llevaba en el bolsillo las dos llaves de la puerta interior y de la del cuarto segundo de la derecha de la casa de Andrés Casares, y además las pequeñas con que debian abrirse los muebles.

El proyecto de Cristóbal era audaz y peligroso; esto es, apoderarse de lo que encontrase allí, por lo que no debia considerarse ni considerarle nadie como ladron, puesto que era el padre adoptivo de Clotilde, y don Andrés Casares, *in articulo mortis*, y de la manera que le habia sido posible, habia constituido á la jóven su legataria universal.

Pero habia que ocultar todo esto si era posible por no mezclar á Clotilde en un proceso.

No se sabe por dónde puede salir la justicia humana.

Por lo mismo, Cristóbal se habia propuesto un golpe de mano audaz.

II.

Pero este golpe no podia darse hasta que el portero de la casa número 20 de la calle de Gravina hubiese cerrado la puerta esterior y se hubiese recogido: hasta las doce á lo menos de la noche.

III.

Las de invierno son muy largas en Madrid.

En los dias cerrados, á las cinco de la tarde es de noche.

¿Qué hacer durante siete horas?

Irse al teatro.

Pero los teatros no empiezan hasta las ocho.

Hacia mucho frio para andar por las calles.

Cristóbal se metió en un café.

Permanecer en un café despues de que se ha tomado, cuando no se conoce á nadie, cuando se está solo, es fastidiosísimo.

Despues, los que no tienen costumbre de pasar el tiempo en el café, como Cristóbal, creen que abusan cuando despues de haber tomado siguen ocupando una mesa.

No saben que la mayor parte de las mesas de los cafés están rodeadas durante muchas horas de gente que nunca toma, y á la que ni aun siquiera se le ocurre que abusa.

Un café es la plaza pública.

Una mesa un lugar público donde se tiene derecho á sentarse.

IV.

Habia salido de la calle de la Magdalena por la de Cañizares.

Habia atravesado las plazuelas del Angel y la de Santa Ana.

Se habia aventurado por la calle de la Gorguera.

En el momento en que se decidia á esperar en un café la hora del teatro, se encontraba á la puerta de un café que tiene un nombre en la muestra, á pesar de lo cual nadie conoce aquel nombre, nadie se cuida de él.

A aquel café se le llama ó se le llamaba, aunque en la muestra no aparecia aquel nombre, el café del Puñal.

Este nombre, dado por la opinion pública, basta por sí solo para dar á conocer el género de la concurrencia del establecimiento.

Ninguna persona decente, á no ser de ánimo audaz, que no repara en nada á trueque de conocerlo todo, ó un forastero que no sabe dónde se mete, puede entrar en aquel café.

El primero comete una imprudencia.

El segundo permanecerá en él muy poco tiempo, y no volverá á pasar ni aun por la puerta.

V.

Pero á la hora en que entró en él Cristóbal, á las cinco y media, no habia nadie en el café mas que alguna que otra persona de la misma calaña que la multitud que empieza á llenar el café á las doce de la noche.

Un mozo incalificable, como debe serlo el que tiene que servir á un público compuesto de canalla en su gran mayoría, y de cocheros y de mozos de café, á quienes no asusta este canalla, se acercó á Cristóbal con estrañeza.

Era un pájaro de paso que habia entrado allí sin saber dónde entraba.

Esto se conocia á primera vista.

Pero era pájaro de género bravo; por lo menos, un gavilan cuyo picotazo debia evitarse.

Esto se conocia tambien á primera vista.

VI.

En la primera sala hacia frio, y Cristóbal, buscando una temperatura mas elevada, se habia metido en el fondo del antro; en una sala mas pequeña, para llegar á la cual hay que pasar por delante del mostrador; en el *sancta sanctorum* de aquella especie de córte de los Milagros.

Cristóbal habia entrado distraido, y distraido habia pedido café.

Pero por esa costumbre que tienen todos los individuos del cuerpo de vigilancia, y un guarda campestre lo es, de reparar en todo lo que les rodea, de observar, de analizar, y de tal manera que no se conozca esta atencion, Cristóbal rodeó en torno suyo una rápida y al parecer indiferente mirada.

—¡Sacristía! esclamó. Pues ahí tenemos estos buenos mozos. ¡Lástima que yo no los cogiera en el monte de Matalobos! Canallas legítimos. ¡Atencion! Están hablando: veamos si podemos entretenernos en prestar un servicio: ellos tratan de algo.

Aquellos cuatro hombres, perdidos, atrevidos, ordinarios, groseros, procaces, sombríos, ceñudos, salvajes, cubiertos con gorras características, envueltos en capillas ó suplemento de blusas, hablaban una jerga ininteligible, un compuesto del caló y de lo que se llama la galopesca, un lenguaje solo comprensible á los gitanos y á los pícaros; el lenguaje en fin de la cárcel, del presidio y del garito; lenguaje que es por sí solo una recomendacion completa de la persona que lo usa.

Cristóbal no comprendia una sola palabra; como que pertenecia á esa clase de empleados del cuerpo de vigilancia que son hombres de bien.

VII.

Al mismo tiempo llamaron, Cristóbal, que habia concluido su café, para pedir una copa de ron y tener el pretesto de permanecer, y uno de aquellos tunantes.

El mozo dió la preferencia á este último.

El tunante, como para pagar, dió al mozo un billete de banco.

—¡Cero y van cinco! dijo con acento disgustado el mozo. Tú crees que no hay mas que cambiar billetes á cada paso.

—¡Anda, anda, que aún quedan! dijo el tunante. Y no hay que quejarse: muchos vengan... se trabaja bien: los hombres honrados que quieran trabajar no tienen por qué quejarse.

—Pero aquí no hay cambio.

—Lárgate á la calle.

—Bueno, dijo el mozo.

Y se fué á servir á Cristóbal.

Este pidió ron.

Se lo sirvieron al poco tiempo.

Los tunantes continuaron con su jerga ininteligible, sin reparar siquiera en Cristóbal.

Á los diez minutos el mozo volvió.

—¿Y eso? dijo con cierta avidez uno de los tunantes.

—Lo he dado á cambiar: no se cambia tan pronto un billete de mil reales.

Y se sentó familiarmente con ellos, y empezó á hablar con ellos en el mismo lenguaje.

Un cuarto de hora despues entró el muchacho de recados del café, y dijo al mozo:

—Ahí fuera te buscan.

El mozo salió.

Volvió á poco.

—Ahí tienes, dijo al tunante que le habia dado el billete: nueve de á cien reales y veinticinco pesetas.

—¡Mozo! dijo en aquel momento Cristóbal.

—¡Qué! ¿Otra vez? dijo el mozo acercándose.

—¿Cuánto es?

—Veinticuatro cuartos.

Cristóbal dió una peseta.

—Guarde usted lo que sobre, dijo.

—Muchas gracias, caballero, contestó el mozo.

Cristóbal se levantó, salió del café, y frente á él se metió en un portal estrecho, largo y lóbrego.

Salia de una caverna y se ponia á la puerta de una madriguera.

VIII.

La noche era muy oscura, y á causa del frio y de la lluvia que habia empezado pasaba muy poca gente.

Cristóbal esperó.

Á poco salieron los cuatro tunantes que habia visto en el café.

—Me parece que ya hemos hecho gran parte del camino, dijo Cristóbal; pero es necesario tener calma para coger mas.

Los pícaros habian tomado el camino de la plazuela de Santa Ana.

Pero antes de llegar á ella se metieron por el callejon del Gato.

Allí hay una especie de café, tambien primo hermano de el del Puñal, pero mas pequeño, y concurrido por canalla menos aristocrática que la concurrencia del otro: canalla de planta baja.

Cristóbal esperó en la puerta de otra madriguera.

No tardó mucho en salir del cafetin una muchacha, al parecer sirvienta del establecimiento.

Su facha no era la mas recomendable.

Su desvergüenza se marcaba hasta en su manera de andar.

Cristóbal venteó como un sabueso y siguió á la muchacha.

Esta siguió por la calle de la Cruz hasta las Cuatro Calles, y se metió en una taberna.

Cristóbal esperó.

Á poco salieron de la taberna la muchacha y un pillete con paletot, gorrita inglesa y baston: un tunante adecentado.

Él y ella estuvieron hablando algunos segundos.

Al fin se separaron, y el pillete tomó por las Cuatro Calles, por la Carrera de San Gerónimo, y llegó á la iglesia de los Italianos, que estaba abierta porque habia ejercicios.

Cristóbal, que le habia seguido, se entró en la iglesia casi al mismo tiempo que él.

—No, dijo Cristóbal mirándole rápidamente de través, pues tú no te me despintas ya, ni mas ni menos que los otros. Veremos quién es el pájaro que tú buscas aquí.

IX.

Nuestro pícaro adelantó, y fué á arrodillarse al lado de una dama elegantísima que estaba arrodillada cerca del presbiterio.

Cristóbal aguzó los ojos, vió que entre la dama y el pillo se cambió una rápida mirada, que poco despues la dama dejaba caer su libro de oraciones, que el tunante se apresuraba á levantarlo y á darlo á la dama, que se cambiaba un cumplimiento, que luego el pícaro se levantó y salió; pasó junto á Cristóbal, y este, que estaba de rodillas, y al parecer entregado á la oracion, dijo:

—No, no te me despintarás.

X.

La dama permaneció arrodillada.

—Vea usted, decia Cristóbal, por dónde podia yo hacer un buen negocio.

En aquel momento la dama se levantó, adelantó y pasó junto á Cristóbal, que la miró rápidamente.

—¡Sacristía, dijo, y qué divinidad! Y si tiene veinticuatro años es todo lo del mundo. ¡Y qué rumbo! Lo menos es una duquesa.

Y se fué detrás.

XI.

La dama entró en un carruaje particular que esperaba en la Carrera de San Gerónimo, cerca de la iglesia de los Italianos.

Los criados llevaban libreas de buena casa.

Levitones con boton dorado y blasonado, y galon de oro en el sombrero.

El carruaje partió al trote.

—Pues no te me escapas, dijo Cristóbal.

Y partió tras el carruaje.

Este se detuvo, pasada la calle de Sevilla, en una tienda de florista.

La dama bajó.

Cristóbal se metió prudentemente en un portal frente á la tienda.

Desde allí veia lo que en la tienda pasaba á través de los cristales.

La dueña del establecimiento hablaba con la dama de esa manera afabilísima, graciosa, insinuante, servicial, con que se trata á los parroquianos muy conocidos y que son muy buenos.

La dama por su parte sonreia, hablaba con gran confianza con la dueña de la tienda, revolvia géneros, estaba amabilísima.

Cristóbal la veia perfectamente á la fuerte luz del gas.

Era alta, esbelta, morena, viva, simpática, sumamente distinguida, hermosa: una mujer admirable, en una palabra.

Al fin la dama eligió algunos prendidos, sacó una pequeña cartera, y de ella un billete de banco, al parecer por su color, de cuatro mil reales.

La dueña hizo un ligero gesto de impaciencia, pero se contuvo y sonrió.

Tiró del cajon y rebuscó.

Cristóbal se estremeció, dió un paso como para salir, pero se contuvo.

—No, no, dijo; aún no es tiempo.

La dueña del almacen dió en billetes de banco y en monedas el cambio á la hermosa dama morena.

Esta habló algunos instantes mas aún con la florista, salió á la puerta y llamó.

Se acercó el lacayo, y tomando la caja de carton que contenia el prendido, la puso dentro del carruaje.

Un momento despues, este partia conduciendo á la hermosa morena.

XII.

Cuando el carruaje se hubo alejado, Cristóbal salió del portal, atravesó la calle y entró en la tienda.

—¿En qué puedo servir á usted? dijo la florista, que era jóven aún, como de treinta años, amable, fresca, bella, y al parecer, por su acento y por su manera, francesa.

—Yo, señora, dijo Cristóbal, tengo un encargo que me aburre un poco, porque yo no entiendo de esto: necesito flores.

—Y bien, ¿para qué objeto? ¿para traje, para prendido, para sombrero?

—Para sombrero, señora; y como yo no entiendo de esto, me entrego á usted.

—La señora para quien se destinan esas flores, ¿es jóven?

—Sí señora, como la que acaba de salir de aquí.

—¡Ah! sí: no es una niña.

—¡Cómo! Diez y ocho años, dijo Cristóbal.

—Veinticuatro largos, amigo mio.

—No, no señora, perdone usted: la señora de Vargas no tiene mas que diez y ocho años, y aún no hace seis meses que se casó.

—Usted se equivoca, amigo mio: esa señora que acaba de salir de aquí no es la señora de Vargas, sino la señora marquesa viuda de Satorres.

Maria ..

—¿Está usted segura?

—Segurísima: es una de mis parroquianas mas antiguas.

—Pues se parece mucho á la señora de Vargas, dijo Cristóbal. Verdad es que yo padezco de los ojos, he perdido mucha vista y he podido equivocarme.

—Eso es. Además, la luz artificial engaña mucho, y ha debido usted verla al entrar en el carruaje.

—Sí señora.

—¿Conque necesitamos un adorno de sombrero, dijo la florista, para una señora casada, de diez y ocho años y morena?

—Eso es, sí señora.

—Pues voy á darle á usted lo mas nuevo y lo mejor.

La florista puso una caja sobre el mostrador, la abrió, buscó, y presentó á Cristóbal un precioso y ligero adorno de verbenas rojas.

—¡Ah! Muy bonito, dijo Cristóbal.

En efecto, las flores eran admirables: una verdadera falsificacion.

Cristóbal pagó cuarenta reales por el adorno y salió.

XIII.

Aún no habian pasado cinco minutos desde que habia salido, cuando entró en la tienda una jóven alta, esbelta, gallarda, una de esas criaturas que no pueden verse sin que se sienta una viva impresion: blanca, rubia, pálida, de una admirable armonía de formas, con unos irresistibles ojos azules, puros, lánguidos, tristes: ojos lucientes en los cuales aparecia el reflejo de una inteligencia superior, pero sin pretensiones.

Vestia como una obrera: un trajecito de lana á la moda, ámplio y elegante, cerrado en la garganta, un cuellecito bordado, un manto de sarga, y unos pendientes muy largos de coral de imitacion.

El peinado era soberbio, aunque sencillo.

Sus cabellos, naturalmente ondulados, se agrupaban de una manera bellísima.

XIV.

—¡Buenas noches, madama Leontina! dijo al entrar.

Apareció una sonrisa de alegría en la graciosa boca de la florista.

—¡Cómo! dijo. ¿Usted por àquí, María?

—Yo por aquí, señora, contestó sonriendo lánguidamente María.

—¡Pues qué! ¿se ha disgustado usted con su maestra de Aranjuez?

—Nada menos que eso, señora; pero me he visto obligada á separarme de ella.

—¡Ya! Yo no conozco á esa señora mas que por lo que usted me dijo cuando se despidió de mí; pero supongo: es un verdadero disparate establecerse con un almacen de modas en Aranjuez: faltará el trabajo...

—Sí, sí señora, y yo no he querido serla gravosa. Además, se ha casado su hija, la casa es estrecha, yo estorbaba, me he venido pues á Madrid y necesito trabajo: sé que las ventas andan malas, pero sin embargo yo puedo hacer á usted muy barato género de primera clase.

—¡Cómo! ¿usted es florista? Yo la creia á usted costurera.

—Para ser costurera basta con tener dedal y agujas. Para hacer flores se necesita un número considerable de hierros: yo no habia podido hacerme con ellos.

—Yo los tengo en mi taller.

—Pero yo no quiero el taller. Sin ofender á esas señoritas, yo no me entiendo bien con ellas: sufro.

—Bien, dijo madama Leontina. Se me han encargado seis ramilletes para remontar un traje de baile: la persona que los necesita es delicadísima y de muy buen gusto, pero hay que entregarlos mañana á la noche.

—¿Me hace usted el favor del modelo, señora?

—Sí, hija mia, dijo la florista tomando un libro y sacando de él un papel en que habia dibujado y colorido un pequeño ramillete.

—¿A qué hora se necesita esto? dijo María.

—A las ocho...

—Imposible, aunque no me acueste, dijo María. Esto es muy entretenido.

—Á las ocho de la noche.

—¡Ah! Eso es distinto: estarán aquí mañana á las cinco de la tarde.

—¡Cómo!

—Sí, sí señora.

—¿Perfectamente concluidas?

—Sí, sí señora.

—Á otra pagaria yo dos pesetas por cada ramillete: á usted la pagaré diez reales.

—¡Ah, señora! esclamó con alegría la jóven. Si hubiera mucho trabajo de este género...

—No hay mucho; pero si el trabajo de usted me satisface, como espero, puedo procurarle á usted un jornal de seis á ocho pesetas.

—¡Oh, Dios mio! esclamó María poniéndose pálida, como aquel á quien dejan ver la perspectiva de una fortuna. ¡Seis ú ocho pesetas! Esa es la vida, la felicidad.

—¿Y dónde ha aprendido usted el oficio, hija mia?

—En París, donde he estado con mi pobre madre tres años. Si su salud no le hubiese exigido su vuelta á España, aún estaríamos allá. Vuelta inútil... mi madre ha muerto á los tres meses de llegar.

Los ojos de María se llenaron de lágrimas.

—Es necesario sobreponerse, María, dijo la florista; no llegar hasta el estremo á que usted llegó hace poco tiempo, y que ha dado á usted una celebridad envidiable como mujer de virtud y de corazon. Usted es muy impresionable: aliéntese usted: no le faltará á usted trabajo mientras yo esté establecida.

—Gracias, señora. No me habia engañado cuando he venido á usted llena de esperanza.

—¿Y quién le ha enseñado á usted el oficio, hija mia? añadió madama Leontina variando la conversacion.

—Madama Florentina, calle Laffitte.

—¡Ah! ¡Mi corresponsal!

—Yo estaba encargada de una seccion de obreras que se ocupaban únicamente del primer género.

—Bien, muy bien.

—¿Me hace usted el favor de telas y de alambres, señora?

Madama Leontina proveyó á María.

—Pues dispénseme usted, señora, dijo María: no quiero perder tiempo. Hasta mañana á las cinco de la tarde.

—¿Le hace á usted falta algun dinero á cuenta del trabajo? ¿cien ó cien y cincuenta pesetas, por ejemplo?

—¡Ah! no, no señora, muchas gracias, dijo María: aún tengo algun dinero, producto de la suscricion que hicieron para mí mis buenos vecinos, pero es menester pensar en el dia de mañana.

—¡Oh! ¡sí! Es necesario irse haciendo la posicion. Buenas noches, hija mia.

—Buenas noches, madama Leontina.

María salió conmovida, dejando tambien conmovida á la buena florista.

CAPITULO XXII.

UNA VIRTUD ENCONTRADA POR NO SABER QUÉ HACERSE DE UNAS FLORES CONTRAHECHAS.

I.

Cristóbal se fué en busca de la policía que siempre asiste á las Cuatro Calles.

Allí hay la seguridad de encontrar por lo menos, en un radio de veinticuatro metros, cuatro ó seis subinspectores, uno ó dos inspectores y seis ú ocho guardias civiles; como que las Cuatro Calles, y la de Sevilla, y el callejon de Peligros y el de Gitanos, son el foco, el lugar de cita de la flor y nata de los *buenos mozos de Madrid,* puestos íntimamente bajo la cuidadosa solicitud de la policía.

II.

Pero durante el trayecto de los cuarenta metros que separaban el almacen de la florista de las Cuatro Calles, Cristóbal reflexionó.

—Basta con haber matado el tiempo, dijo: esto ha sido un entretenimiento como otro cualquiera. Pero pensándolo bien, he cometido una tontería en gastarme cuarenta reales solo para saber cómo se llamaba aquella hermosa bribona. Despacio, Cristóbal, despacio: no nos metamos en procesos: ¿quién sabe lo que puede esa escelen-

tísima señora marquesa de Satorres, y si te saldria el tiro por la culata? Que la policía vigile: yo no cobro sueldo del gobierno, no me pertenezco. ¿Y qué hago yo con esto? añadió mirando la pequeña y bonita caja de carton que tenia en la mano, bellamente atada con un lazo de cinta de raso azul: ¿qué hago yo con esto?

Pasó con paso levantado una linda muchacha de taller.

—Perdone usted, hija mia, dijo Cristóbal poniéndose de repente á su lado: yo quiero hacerla á usted un regalo.

La muchacha se detuvo, se hizo atrás, miró de soslayo y torciendo la boca de la manera mas graciosa á Cristóbal, y luego dijo con acento acre, aunque con el timbre de voz mas simpático del mundo:

—¡Vaya, hombre! Usted se ha equivocado de alto á bajo. Quítese usted de en medio.

Este encuentro habia tenido lugar debajo de un reverbero, y el semblante de la chica y el de Cristóbal estaban perfectamente iluminados.

La jóven era linda, viva, graciosa, simpática, atractiva, elegante con arreglo á su esfera, y al parecer de diez y siete á diez y ocho años.

Trascendia además á honrada.

Cristóbal, aunque rudo, era buen mozo, simpático y apenas llegaba á los treinta años.

—Si yo hubiera pensado mal de usted, dijo Cristóbal aprovechando un momento de vacilacion de la jóven, á quien á pesar de todo no habia parecido mal su interlocutor, no la hubiera estado esperando.

—¿A mí? ¿Y qué tiene usted que esperarme á mí? dijo la oficiala.

—Uno espera al sol para recrearse en su luz, dijo Cristóbal.

—¡Vaya, hombre, es usted muy fino! dijo con un acento simpático, entre lisonjeada y séria la jóven. Quede usted con Dios.

Y sin embargo, miraba la caja y se comprendia que sentia curiosidad por conocer el contenido.

—De modo, dijo Cristóbal, que uno puede encontrarse á su mujer en medio de la calle.

—¿A su mujer? esclamó la muchacha mirando con mas atencion á Cristóbal.

—Sí señora, dijo este. Supongamos que yo voy por mi camino, y de repente me doy en el corazon contra unos ojos negros...

—Buenas noches, dijo la chica.

—Mire usted que yo soy un hombre de bien, dijo Cristóbal, y que la hablo á usted de formalidad.

—Pues bien, el que necesita una cosa la busca, dijo la jóven.

—Eso es lo que yo hago.

—Hablarle de repente á una mujer á quien no se conoce, en la calle, no es buscarla: hay otros medios.

—Alguna ha de ser la primera palabra, hija mia: ¿le falto yo á usted en algo?

—No.

—¿Tiene usted novio que se incomode de que hable usted con otro?

—¿Yo? esclamó la chica poniéndose colorada. Yo no sé lo que es novio.

—Pues es menester que lo sepa usted.

—No me hace falta.

—¿Y si yo quisiera ser su novio de usted?

—Hablaríamos, veríamos. ¿Qué quiere usted que yo le diga ahora?

—Pues hablemos.

—¡En la calle! Todos los que pasan nos miran.

—Pues yo me iré detrás, hablaré á su madre de usted.

—Yo no tengo madre ni padre ni nadie... yo soy...

—¿Qué es usted?

La jóven vaciló y dijo:

—Yo soy sola.

—¿Y vive usted sola?

—Sí señor, porque en Madrid están muy malas las compañías.

—De manera que aunque usted tarde en ir á su casa...

—Nadie me dirá una palabra, porque ni vecinos tengo.

—¿Quiere usted venir conmigo al teatro?

—¡Jesus! esclamó la jóven: ¿con un hombre á quien no conozco?

Pero sintió una fuerte tentacion, porque en el teatro Real se hacia *Roberto el Diablo*, y tenia casi hambre de verle.

Cristóbal la conoció el deseo.

—El teatro Real es un lugar público, dijo, y nadie puede decir nada, sino que la acompaña á usted su novio.

—Es verdad, dijo la muchacha. Pero si yo acepto puede usted venir con nuevas exigencias.

—No: palabra de hombre honrado.

—En fin, no me atrevo: sabe Dios quién es usted.

—Yo soy un hombre libre, honrado, trabajador y con algunos buenos ahorros, que me bastan para establecerme con mi mujer.

Estas eran ya palabras mayores.

La oficiala vaciló aún; pero al fin, pareciéndole á cada momento mejor Cristóbal, estimulándola por el momento el deseo de ver *Roberto el Diablo*, y la perspectiva de un marido buen mozo, honrado y trabajador, se decidió.

—Pero que no vaya usted á pensar mal de mí, dijo.

—¿Qué he de pensar mal, si es usted mas dura que una piedra, hija mia?

—Bueno: que no salgamos luego con una pata de gallo.

—Descuide usted.

—Pues vamos andando, que está lejos, y mientras llegamos será ya hora.

III.

Se pusieron en marcha.

Cristóbal se habia preocupado algo.

La jóven se habia sorprendido á primera vista, y se habia metido sin pensarlo en un terreno peligroso.

Anduvieron algunos pasos en silencio.

Al fin la jóven dijo de repente:

—¿Por qué no lo he de decir yo?

—¿Y qué es lo que tiene usted que decir? esclamó un poco alarmado Cristóbal.

—Para no aceptar nada de usted sin que usted sepa quién yo soy, y no me venga usted mañana con volverse atrás, bueno es que nos conozcamos: yo, señor mio, soy del Hospicio.

Causóle esto una impresion desagradable á Cristóbal; pero se rehizo rápidamente, y despues de un momento de reflexion dijo:

—Mejor, así nos escusamos de parientes; siempre que usted haya tenido buena conducta.

—Pues si yo no hubiese tenido buena conducta, dijo la muchacha, ¿estaria pespunteando dia y noche botinas de señora?

—Sin ofender á usted, que me parece una buena muchacha, eso no es una prueba.

—Eso sí es prueba, porque no andaria yo con un trajecillo de percal si fuese mala: que á montones hay señores que andan detrás de mí, y con el oro y los billetes de banco en la mano; y si yo le enseño á usted cartas que me he encontrado debajo de la puerta, porque yo no tomo ninguna... Mire usted, eso va en genios: hay mujeres que aguantan á un hombre que no las gusta, á un hombre que las trata como esclavas, por ir elegantes... Yo quiero mejor ir con cuatro trapos que sufrir á nadie, y luego que nadie me tenga que decir:—Tú eres esto ó lo otro, tú no puedes tratarte con mis hijas, porque son honradas.—Vamos, ¡qué vergüenza! No señor. Lo primero es llevar la frente limpia, y tener derecho á meterle las tijeras por un ojo á la bribona que se atreva á insultarnos: se pasa y se sufre cuando no hay trabajo, y cuando hay trabajo suda una y vela y se desoja para ganar dos pesetas... pero en fin, bueno: es una una chica decente... y andando... no hace falta mas.

IV.

Cristóbal empezó á sentir algo instintivo que se parecia al miedo.

La hospicianta iba ganando terreno sobre él, le iba gustando demasiado.

—Usted dice que es del Hospicio, y á mí me parece que no es usted de Madrid.

—¿Y quién ha dicho que yo soy de Madrid? No señor: yo soy vascongada.

—¿Vascongada?

—Sí señor: de San Sebastian.

—¿Y cómo ha venido usted á Madrid?

—Me trajeron.

—¿Quién?

—Un matrimonio que me sacó del Hospicio para que le sirviera.

El marido era propietario de Madrid.

Habia ido en la estacion de baños.

Como las criadas andan malas en Madrid, y las muchachas de Vizcaya tienen buena fama, pensaron en llevarse una vizcaina, y para que no tuviera á nadie se fueron á buscarla al Hospicio.

Un dia nos llamaron á todas y nos pusieron en fila.

—Como si hubiérais sido yeguas ¿eh?

—¡Qué quiere usted! Es menester dar gusto á los señores que van á sacar del infierno á una pobre espósita.

Sin duda les llené el ojo, porque me sacaron, despues de yo no sé cuántas formalidades.

Cuando se acabó la estacion de baños me trajeron á Madrid.

Tenia yo diez y seis años.

Á los seis meses de haber llegado murió la señora, y á los cuatro dias...

—¡Ya! á los cuatro dias, el señor se encontró tan triste y tan desesperado, que quiso que tú le consolaras...

—Sí señor... pero no se atrevió á decirme de palabra lo que queria, y una noche me encontré en la cama un papel escrito.

Aquel papel decia:

«Todo cuanto quieras, trajes, alhajas, dinero, por ser el ama de mi casa.»

Por la mañana en cuanto se levantó, le dije:

—Déme usted la cuenta.

Mi amo se puso muy pálido.

—¿Te quieres ir? me dijo.

—Sí señor, le respondí: soy yo muy pobre para ser el ama de una casa como esta.

—Me casaré contigo en cumpliendo el luto.

—No me gusta usted.

—Te enviaré al Hospicio, me dijo irritado.

—Y yo daré al rector esta carta que usted me ha escrito, para que sepa por qué he salido de su casa de usted.

Se echó á temblar mi amo, que era un hipócrita.

—Déme usted la cuenta, le dije, y quede usted con Dios, que yo me voy á meter á costurera.

—Vamos, mujer, añadió; yo te prometo no volverte á incomodar.

—La cuenta es lo que yo quiero: seis meses de salario á tres duros; con eso yo me manejaré.

—La señora te ha dejado mil reales para lutos, y despues de lo que en el luto se ha gastado, te sobran ochocientos.

—Pues que Dios se lo pague: así me manejaré mejor.

—Pero ¿adónde vas tú á ir? Una chiquilla de diez y seis años... añadió mi amo, que no me quitaba ojo de una manera que me daba miedo.

—Eso no es cuenta de usted.

—Vas á tener que vivir en compañía, y las compañías son peligrosas para una jóven como tú.

—Ya veré lo que me hago.

—Voy á darte mil quinientos veinte reales y una carta para mi administrador, á fin de que te dé en arrendamiento un cuartito bajo de una casa mia en la calle de la Palma Alta.

—Bueno, no tengo inconveniente; muchas gracias.

Desde entonces vivo allí.

Compré cuatro mueblecitos, y estoy hecha una señora.

Cómo casa de mi maestra, y no tengo cuidados.

Me queda una pesetilla para vestir, porque el calzado me lo da de balde el maestro.

Pero antes de tener trabajo... ¡válgame Dios!

Usted no sabe lo que pasa una muchacha que es así... guapilla como yo... pasadera... vamos.

El primer maestro á quien fuí, porque yo hago unos pespuntes divinos y me decidí por el calzado de señora, en cuanto habló conmigo dos palabras me metió en la trastienda, me tomó la cara y me dijo que queria cenar conmigo aquella noche en los Andaluces.

Yo salí á escape.

Al fin, cuando ya no me quedaba ni la mitad del dinero, encontré el maestro que tengo, que es muy bueno.

Pero ya hemos llegado al teatro.

Puede usted alabarse de que es usted el primer hombre de quien recibo un obsequio.

Y si usted supiera... En fin, ya hablaremos.

V.

Cristóbal tomó dos billetes de delantera de paraíso.

Apenas instalados los dos amantes, se levantó el telon.

—Esto es magnífico, esto es magnífico, esclamó la jóven al poco tiempo de comenzado el espectáculo. Yo no habia estado nunca en el teatro Real. Es verdad, es la primera vez que vengo al teatro; porque ¿cómo habia de venir sola? Á mí no me gustan las compañeras... todas ellas tienen un *cuyo*, y ese *cuyo* un amigo que quiere que una sea su *cuya*. Así se pierden muchas pobres chicas; es necesario tener paciencia, pero se aburre una. ¡Ay! Esto es muy hermoso.

Y la jóven guarnecedora abrió toda su alma para ver y para oir.

De cuando en cuando miraba á Cristóbal y se sonreia.

A cada momento le parecia Cristóbal mejor.

Este, á la fuerte luz del teatro, iba descubriendo mas y mas bellezas en la muchacha.

Se iba enamorando.

Llegó un momento en que dijo:

—Vamos, á mí me va á suceder algo. ¡Cómo diablos se enredan las cosas! La señorita Clotilde tiene la culpa. ¿Y quién me ha mandado á mí meterme á polizonte tonto y comprar flores contrahechas para no saber qué hacerme de ellas? ¡Cuando digo que en este mundo se vive de milagro!... ¡Vaya una hembra!... ¡y qué ojos tan relucientes y tan negros y tan dulces tiene esta pícara!... ¡y qué cabellera!... ¡si azulea de negra!... ¡y qué blancura!... ¡Vamos! ¿pues y la garganta y las manos?... No, pues como sea lo que parece... á los treinta años bien puede un hombre casarse.

Cristóbal nos deja ver un nuevo rasgo de su hombría de bien, de lo sano de su corazon.

¿Por qué pensar en marchitar una flor viva y pura y fragante, encontrada á propósito de unas flores falsas, sin olor?

VI.

En el primer entreacto, la jóven dijo á su reciente amigo, á su ya casi enamorado:

—Cuenta si hay mujeres hermosas ahí abajo en los balcones (palcos queria decir). ¡Y qué diamantes! ¡y qué prendidos! ¿Cuál le gusta á usted mas de todas aquellas?

—Ninguna, dijo Cristóbal; ninguna es tan bonita como usted.

—Muchas gracias; pero esa es una lisonja, porque yo no sirvo ni para descalzar, aunque contribuyo á calzarla, á la señora marquesa de Satorres, que está allí en aquel antepecho.

—¿La marquesa de Satorres?

—Sí señor, sí: la morena mas hermosa del mundo, y tan buena y tan amable... yo me desvivo por ella.

—¿Usted la conoce?

—¡Vaya! Gasta mucho calzado, y entra con mucha frecuencia en el taller. No quiere que nadie trabaje para ella mas que yo... y siempre me hace regalos. El otro dia queria que yo aceptase un collar de oro, un precioso collar con un relicario pendiente.

—Tienes una bonita garganta, Gabriela, me dijo: me he acordado de tí, y he comprado para tí este collar en los Saboyanos.

—Muchas gracias, señora, la dije. ¿Cómo me voy yo á poner eso?... Creerian... No... no señora.

—Vamos, tienes razon; pero ya que he pensado en tí, y tú por una razon que te honra no lo aceptas, acepta á lo menos lo que ha costado.

—¿Y qué va á hacer vuecencia con el collar?

—Se lo daré á una de mis doncellas.

—¡Pues qué! ¿las doncellas de vuecencia gastan esas alhajas?

—¡Pues ya lo creo! Soy rica, y quiero tenerlo todo á mi gusto.

Mis doncellas son muy elegantes: unas verdaderas señoritas. ¿Quieres tú serlo, Gabriela?

—No, no señora; muchas gracias: yo he servido, y no me gustan las compañeras.

—Bien; eres muy delicada... Toma mil reales que ha costado el collar.

Y me dió un billete.

Por cierto que el maestro le dió treinta vueltas y lo miró y lo remiró y dijo:

—Yo no sé qué tiene este billete... pero él es bueno, y viniendo de donde viene no hay que dudar.

—¿Y pasó el billete? preguntó Cristóbal.

—¡Pues no habia de pasar! Es que el maestro es muy aprensivo.

Él me lo cambió, y lo dió para cubrir una letra al otro dia á un cambiador del Banco, que lo tomó sin ningun inconveniente.

Es muy buena, muy buena, la señora marquesa de Satorres.

¡Y si usted viera!

Hace cuatro años que enviudó, y no ha querido volver á casarse; y eso que la acosan los pretendientes.

Un dia mi maestro, que tiene mucha confianza con ella, la decia:

—¿Por qué no se vuelve á casar vuecencia, señora?

—No se ama mas que una vez, le contestó suspirando la marquesa. Una mujer independiente no se casa mas que por amor: yo no puedo dejar de amar á mi difunto marido.

—¡Cuando le digo yo á usted que es muy buena! Y crea usted que yo estaria á su lado como quisiera, como su hija... y yo no sé lo que tengo para ella, que no me deja... y siempre prometiéndome...

—¡Ya! ¡ya! Caprichos de gran señora.

Y murmuró para sí mismo:

—¿Qué habrá aquí? Esa mujer ¿no puede ser la madre secreta de esta criatura?... Tal vez una infamia... ¡Quién sabe!

VII.

Volvió á levantarse el telon.

Gabriela se consagró con toda su alma al espectáculo, repitiendo á cada momento:

—¡Magnífico! ¡magnífico! ¡esto es la gloria! ¡qué bueno es ser rico!

—¿Qué? dijo Cristóbal.

—Que los ricos lo gozan todo, contestó Gabriela suspirando.

—La mala tentacion, murmuró Cristóbal con voz casi ininteligible: no te dejaré yo caer.

Gabriela continuó consagrándose al espectáculo.

VIII.

Á poco de haber caido el telon, Cristóbal, que no quitaba ojo de su nueva amiga, notó que la mirada de esta, fija en un palco platea, tomaba una espresion de espanto, que se ponia pálida y se estremecia.

Siguió la direccion de la mirada de la jóven, y fué á parar con la suya á un hombre fuertemente hermoso, aunque ya de edad madura, que no impedia el que apareciese tan fresco como un jóven.

Aquel hombre parecia un personaje.

Su traje y sus maneras eran inmejorables.

En cada una de las mejillas tenia una señal redonda y roja: una cicatriz.

—¡Ah! esclamó Cristóbal acordándose del difunto guarda campestre Francisco como por instinto. Él hizo fuego sobre un hombre, le dió en la cabeza y no le mató: volvió á hacerle fuego, le dió en el cuerpo, y aquel hombre pudo correr y escapar... Si yo le pudiese ver el cuerpo á ese señor... Y saluda á la marquesa... y sale de ese palco...

Cristóbal esperó.

Á poco esclamó:

—¡Ah! ¡Se conocen... se conocen los dos! ¡parecen grandes amigos!

El marqués de Casa-Otero, que él era, habia entrado en el palco de la marquesa de Satorres, y la estrechaba vivamente la mano y la miraba y hablaba con ella con gran interés.

IX.

Gabriela miraba aún espantada y pálida al marqués.

—¿Está usted mala, hija mia? le preguntó Cristóbal.

—Sí, sí señor, dijo Gabriela volviéndose y sonriendo de una manera forzada: me he puesto mala: sin duda las luces... el calor... porque aquí hace calor... ¿Quiere usted què salgamos?

—Sí... tomará usted algo.

—Una limonada me vendria bien.

—Pues vamos.

Bajaron.

En la puerta, Cristóbal pidió contraseñas.

La llevó á un café situado frente al teatro.

Gabriela pidió limonada gaseosa y bebió con ánsia.

Hablaba distraida, y se comprendia claro que se esforzaba por parecer serena.

—Vámonos, dijo al fin: esto no se me pasa.

En efecto, la palidez de la jóven continuaba, crecia, y en sus ojos habia algo de estraño.

Cristóbal la sacó del café.

Gabriela andaba vacilante, como si hubiera estado ébria.

—Tomaremos un coche, dijo Cristóbal.

—Como usted quiera, dijo Gabriela.

Tomaron una berlina de plaza en la plazuela de Isabel II.

—¿Adónde? dijo Cristóbal.

—Á la calle de la Palma Alta, núm. 80, contestó con voz apenas perceptible la jóven.

Cristóbal trasmitió esta direccion al cochero.

El carruaje partió.

Gabriela se habia dejado caer sobre un ángulo, y no hablaba.

—¿Qué es eso, hija mia, qué es eso? preguntó asustado Cristóbal.

—Nada, nada, respondió Gabriela: déjeme usted.

Y habia una ronquera alarmante en la voz de Gabriela.

Cristóbal la asió y la atrajo á sí.

La jóven no opuso resistencia.

Dejó caer su cabeza inerte sobre el hombro de Cristóbal.

Este sintió por la primera vez de su vida ese perfume indefinible que emana de una jóven hermosa y pura.

Su corazon latia violentamente.

—¡Gabriela! ¡hija mia! esclamó.

La jóven no contestó.

Cristóbal le puso la mano sobre el corazon.

El corazon de Gabriela latia violentamente.

Cristóbal se estremeció, acabó de enamorarse.

Bajó uno de los cristales delanteros, y dijo apresurado al cochero:

—¡De prisa! ¡de prisa! ¡á escape! esclamó, y te daré un duro de propina: esta jóven se ha puesto mala.

El cochero restalló la fusta, y el carruaje dobló su velocidad.

—¡Gabriela! esclamó Cristóbal.

La jóven no contestó; pero se asió fuertemente á su cuello, como amparándose de él.

Cristóbal gemia.

X.

De improviso se detuvo el carruaje.

Cristóbal tuvo que hacer un esfuerzo para desaferrar de sí á Gabriela.

—¡La llave! le dijo.

La jóven no contestó.

Cristóbal, cuyo susto crecia, la registró, y en uno de sus bolsillos encontró una llave.

La sacó, bajó del carruaje y abrió la puerta.

Volvió y pagó al cochero.

Luego metió los brazos en el carruaje, atrajo á sí á Gabriela, y la cargó sobre sus hombros.

La jóven, que era alta, pesaba mucho.

El miedo de Cristóbal aumentaba.

Gabriela estaba desplomada.

La metió dentro de la casa.

XI.

Aquella casa, que era una de las antiquísimas que se llamaban á la *malicia* porque solo constaba de piso bajo para librarse de la carga de alojamiento, formaba una esquina, y su puerta estaba situada sobre un callejon corto, en el cual no habia ninguna otra puerta.

No habia vecinos, porque aquel callejon le formaba el estrecho solar de una casa derribada hacia muchos años, cubierto de un musgo espeso, y que parecia abandonado por su dueño, puesto que no se construia sobre él.

Á un lado y otro de la puerta habia una pequeña ventana.

Sobre la fachada, de poca altura, un tejadillo, y en él una chimenea.

No podia darse una casa mas pequeña ni mas independiente.

El carruaje partió.

Cristóbal cerró, ó mejor dicho, entornó la puerta con el pié de la manera que pudo, porque no podia valerse de las manos.

Tentando tambien con el pié encontró otra puerta.

La empujó, y entró por ella.

Siguió tentando con el pié, y tropezó con un lecho.

—¡Ah! dijo. ¡Por fin!

Puso á Gabriela en el lecho, y encendió un fósforo.

XII.

El aposento era muy pequeño, como de tres varas en cuadro, capaz apenas para la cama, una cómoda, un confidente ordinario de los llamados de Vitoria, y cuatro sillas del mismo género.

Algunos trajes, el pobre guardaropa de Gabriela, estaban colgados en un ángulo.

Cristóbal buscó algo con que encender luz.

En aquella habitacion no lo habia.

Salió de ella, y por una puerta situada al frente entró en una pequeña cocina, muy limpia y provista de un pobre menaje, pero bastante.

En una palmatoria de imitacion de bronce que estaba sobre una pequeña mesa de la cocina, encontró media bujía.

La encendió, y volvió á la otra pieza.

CAPITULO XXIII.

DE CÓMO LOS INCIDENTES SON MUCHAS VECES LAZOS QUE APRIETAN EL AMOR.

I.

Cristóbal, lleno de ansiedad, se acercó al lecho.

Gabriela estaba sin sentido, y en su semblante se veia una espresion de pena, de terror.

—Pero ¿qué es esto? dijo Cristóbal. ¿Por qué está así esta chica? ¡Aquel caballero del palco!... ¡aquel caballero pálido! ¡tiene cara de mala alma! Ella no me ha dicho nada, pero se ha puesto así desde que le vió. ¡Bien! ¡bien! Con tal de que aquí no haya nada que me haga daño...

Cristóbal sintió esa conmocion horrible de los celos, que envenenan, que amargan, que despedazan el alma del que ama y teme le hayan robado el tesoro de su amor.

Cristóbal, á pesar de su rudeza, como habrán podido comprenderlo nuestros lectores, era vivamente impresionable.

Bajo su áspera corteza se ocultaba un alma escesivamente delicada.

Por lo mismo no habia amado nunca.

Las mujeres de aldea y de campo, con las cuales habia estado en contacto, habian escitado sus sentidos, pero no habian conmovido su alma.

Gabriela era hermosa.

Gabriela era delicada.

Gabriela le habia parecido pura.

Lo que habia acontecido entre ellos habia estrechado la distancia que separa á dos personas indiferentes con mas rapidez que si las circunstancias hubieran sido vulgares.

Cristóbal tenia oprimido el corazon, y por el momento no sabia qué hacer.

II.

Al fin, haciendo un esfuerzo, se dominó.

Vió que Gabriela respiraba mal, que no habia tiempo que perder.

La desajustó.

Al desajustarla gimió.

Acabó de enamorarse.

Habian quedado descubiertos los hombros y la garganta de la jóven, que eran admirables.

—Como pueda casarme con ella me caso, dijo Cristóbal.

Gabriela tenia al cuello una sutil cadena de oro, y pendiente de ella una especie de relicario.

Además, Cristóbal vió que sobre el hombro izquierdo, mas bien en el nacimiento del brazo junto al hombro, Gabriela tenia una cruz roja, pequeña pero perfectamente marcada, como si en la incision se hubiera puesto una materia colorante.

—Está señalada, dijo con esa doble actividad de las organizaciones nerviosas que abarcan dos ó tres pensamientos distintos á la par. ¿Para qué la señalaron si no pensaban en sacarla un dia de la Inclusa ó del Hospicio?

Cristóbal estaba á cada momento mas interesado.

III.

Fué á la cocina, buscó agua, encontró una jarrita de loza azul de Valencia, la llenó de agua de la pequeña tinaja de la patria de Dulcinea, volvió y roció el semblante de Gabriela.

A causa de la estacion, el agua estaba friísima.

Por el momento, Gabriela no dió señales de volver en sí.

Cristóbal volvió á rociarla.

Gabriela gimió y se movió.

—¡Ah! ¡Por fin! esclamó Cristóbal.

Gabriela abrió los ojos.

Se llevó las manos á la frente.

Luego se incorporó con viveza, y al ver la medio desnudez en que estaba la parte superior de su cuerpo, lanzó un leve grito y desapareció la palidez, reemplazándola un vivísimo color.

—¡Ah! esclamó cubriéndose los hombros y la garganta. ¿Qué es esto?

—Esto es que ha sido necesario desajustarla á usted porque se ahogaba, balbuceó Cristóbal.

—¡Ah! ¡sí! dijo Gabriela con acento fatigado: me ha dado el accidente.

Y se levantó y fué á sentarse en el sofá.

Habia quedado sobre su semblante esa marca lánguida que hace tan hechiceras, tan espirituales, á las jóvenes frescas, puras y lindas.

—¡El accidente! dijo Cristóbal.

—Sí, sí señor, contestó Gabriela: ¡el accidente! Yo soy muy nerviosa, mucho, y cuando cualquier cosa me afecta ya tenemos el accidente encima. Empieza por apretárseme el corazon, por espantarme de todo, por perder el conocimiento; pero esto pasa, pasa muy pronto; luego quedo como cansada y me da sueño; duermo, y asunto concluido: despierto buena y fuerte, y mejor que antes.

—¿Y qué ha visto usted, hija mia, que ha podido ponerla así?

—Un hombre, contestó francamente Gabriela.

—¿Un hombre á quien usted ha querido?

—Nada menos que eso; pero sí á un hombre que me causa espanto, porque tengo motivos para que me lo cause.

—¿Ha visto usted esta noche á ese hombre?

—Sí señor.

—¿Dónde?

—En el teatro Real, en uno de aquellos antepechos, próximo al de la marquesa de Satorres.

—De la buena marquesa de Satorres, ¿no es verdad?

—¡Calle usted, calle usted! dijo Gabriela. Vivir para ver. Una mujer que se sonríe con el marqués de Casa-Otero y que le da la mano, no puede ser buena.

—¡Ah! ¡Y la creia yo...

—¿Conoce usted á la marquesa?

—No; pero á mí me basta con ver á una persona la cara.

—¡Ah!

—Ese señor marqués de Casa-Otero es blanco y pálido.

—Sí señor.

—Es hermoso, pero tiene un no sé qué que irrita.

—Sí señor: mal alma que le sale á los ojos.

—Parece jóven, y tiene lo menos cuarenta y cinco años...

—Sí señor.

—Tiene una cicatriz redonda y sonrosada en cada mejilla.

—Sí señor. Pero usted le conoce.

—No: le he visto esta noche; he visto tambien que usted le miraba y se ponia pálida.

—¡Cómo! Usted ha reparado...

—Yo reparo en todo.

—¿Y qué ha creido usted al ver que yo me ponia pálida?

—Si fuera lo que yo creí, mataria á ese hombre.

—¿Que le mataria usted? dijo sonriendo de una manera enloquecedora Gabriela. ¿Es decir, que usted me quiere tanto que por celos mataria á ese hombre?

—Sí.

—¡Quererme tanto en tan poco tiempo! dijo Gabriela mirando de una manera mas enloquecedora aún á Cristóbal.

—¡Ahí verá usted! ¡Yo soy así!

—Pues señor mio, usted no tiene que matar á nadie como no se mate á sí mismo.

—¿Y por qué se ha puesto usted pálida y ha temblado usted y ha perdido el sentido despues de haber visto á ese hombre?

—Porque soy muy nerviosa, porque padezco de accidentes, porque cualquier cosa que me causa repugnancia ó cólera me pone así

—¿Y por qué el marqués le causa á usted eso?

—Eso es una historia.

—¿Y no la puedo yo saber?

—¡Vaya! ¿por qué no si es la cosa mas sencilla del mundo, pero un poco larga?

—¡Larga! dijo Cristóbal.

Y se acordó de que tenia algo muy importante que hacer aquella noche.

IV.

Miró su reló.

Una vieja saboneta de plata con la caja abollada, pendiente de un cordon de pelo con un pequeñísimo pasador de oro.

Eran las once y media.

Su empresa, como saben nuestros lectores, no podia dejarse para en adelante.

Don Andrés de Casares podia ser reconocido.

En ese caso, la justicia se haria cargo de su *abintestato*.

Cristóbal se levantó.

—¡Ah! ¿Usted tiene que hacer? dijo con un acento inquieto Gabriela.

—Sí, tengo que dejarla á usted sola, puesto que ya está usted buena.

—Indudablemente que no habia usted de pasar aquí la noche, dijo Gabriela: eso no estaria decente; pero usted se despide de improviso.

—Es, dijo Cristóbal, que no estaba acostumbrado á buscar pretestos, que tengo un asunto urgente que no le puedo dejar para mañana.

—¿Es usted casado? esclamó Gabriela. ¿Tiene usted necesidad de ir á esta hora á su casa?

—Yo no he dado motivo, señora mia, para que usted me insulte, dijo sonriendo tristemente Cristóbal.

—No, yo no tengo intencion de insultar á usted.

—¿Y qué es mas que un insulto preguntarme si soy casado, cuando la he dicho á usted que usted es la primera mujer á quien he querido?

—Los hombres tienen ustedes la conciencia muy ancha, y pobre de la mujer que fia en ustedes.

—¿Está usted recelosa de los hombres?

—Ese sí que es un insulto.

—Vaya, pues estamos en paz.

—Corriente: insulto por insulto. Pero... yo soy caprichosa: si no va usted á ver una mujer, ¿adónde va usted?

—Esa es una historia.

—Que nada tiene que ver con...

Gabriela se detuvo.

—No, dijo Cristóbal suponiendo el resto de la frase de Gabriela: nada tiene que ver con usted.

—Pero ¿qué es ello? Si somos novios, me parece que yo tengo derecho á informarme.

—Cuando usted me cuente su historia yo le contaré la mia.

—Bueno, bien, dijo Gabriela: el tiempo dirá. Vaya usted con Dios

Y dijo estas palabras de muy mal humor.

—Si pudiera quedarme, me quedaria, dijo Cristóbal.

—¿Qué se habia usted de quedar? Todo ello seria media hora mas ó menos.

—Pues por supuesto: eso he querido yo decir.

—Vaya, vaya usted con Dios, que está usted impaciente.

—Me voy, sí; pero yo me esplicaré. ¿Tiene usted que ir al taller mañana?

—Sí, todos los dias, menos el que no quiero ir.

—Pues no quiera usted ir mañana.

—No quiero; pero como me levanto temprano, para no fastidiarme en casa saldré, avisaré en el taller que tengo que hacer, y pasaré luego por la plazuela de Santa Ana.

—¿Á qué hora?

—Á las nueve.

—Pues hasta mañana á las nueve.

Gabriela se levantó, tomó la luz y echó fuera á Cristóbal.

Al despedirse á la puerta se dieron las manos.

Cristóbal estrechó vivamente la de Gabriela, y se la llevó al corazon.

La jóven la retiró vivamente y le llevó á la puerta, diciendo con un acento encantador:

—Hasta mañana á las nueve.

Y cerró.

—¿Por qué querré yo á este? se dijo. ¡Ah! Tiene muy buen corazon, es muy buen mozo: un poquito paleto, pero es muy listo y muy fino á su manera: me gusta. ¡Jesus, Señor! ¡Si me parece que estoy enamorada! No sabia yo que esto podia suceder tan pronto.

Gabriela, pensativa, con la cabeza inclinada sobre el pecho, entró en la cocina.

Hizo una vinagrada, la tomó, luego pasó al otro cuarto, se desnudó lentamente, se acostó y apagó la luz.

Cristóbal entre tanto, escitado, conmovido, enamorado, recordando los ojos, la garganta, los hombros de Gabriela, avanzaba á paso rápido hácia la calle de Gravina, murmurando de tiempo en tiempo:

—¡Me caso!

CAPITULO XXIV.

DE CÓMO UN HOMBRE DE BIEN PUEDE HACERSE SIN VOLUNTAD CÓMPLICE DE UN GRAN CRÍMEN.

I.

La calle de Gravina estaba completamente solitaria y silenciosa.

Un sereno dormia tranquilamente en el hueco de una puerta junto á una esquina de la calle de Fuencarral.

Cristóbal avanzaba con la misma seguridad, con el mismo descuido que un vecino que se volvia á su casa.

Cuando llegó á la puerta del número 20, no vaciló; abrió con la llave que ya llevaba de antemano preparada, entró y cerró.

Encendió un fósforo para alumbrarse.

El portero dormia en lo alto de la casa.

Eran las doce.

Una hora antes, el portero habia apagado las luces de la escalera y se habia subido á su buharda.

Cuando Cristóbal hubo llegado á la puerta del cuarto segundo de la derecha, la abrió y entró.

II.

Se encontró en un recibimiento perfectamente puesto.

Alfombra lisa de un medio color verdoso.

Un escaño de roble, teniendo en el centro del respaldo, entre unos ligeros adornos, un escudo de armas pintado.

Al frente una mesa de roble tambien, con una gran bandeja de plaqué cincelada puesta de canto y apoyada en la pared.

Sobre esta mesa, y colgado de esta pared, un gran reló de madera.

A los costados dos puertas.

Al frente de la entrada otra.

Una bella lámpara colgaba del centro del techo.

En los espacios libres de las paredes, perchas de bronce dorado con cabezas de cristal verde, destinadas á abrigos y sombreros.

Al frente una puerta con un grande y bello tapiz de seda y lana.

Un recibimiento en fin vulgar, pero á la moda.

III.

Cristóbal reparó en que la ventana del recibimiento, que debia dar sobre el patio, estaba cerrada.

Se sentia mal.

Ocupaba, aunque no lo fuese, la situacion de un ladron.

¿Lo era en efecto, ó no lo era?

¿Le autorizaba el estraño testamento de Casares?

Si era cogido, ¿le consideraria la ley como un ejecutor testamentario?

Indudablemente no.

Pero el hombre es la conciencia.

Cristóbal creia que lo que en aquella casa habia pertenecia á Clotilde.

No se podia hacer valer aquel estraño testamento ante la ley, porque hubiera sido necesario envolver á Clotilde en un suceso sangriento, esponerla á dudas y á equivocaciones judiciales.

No se podia tampoco dejar de aprovechar lo que se pudiese de la herencia.

Por eso estaba allí.

Pero temblaba.

Algo íntimo, escondido allá en lo profundo de su conciencia, le decia que cometia algo que se parecia á un delito.

Pero Cristóbal era vehemente.

Clotilde habia quedado sola en el mundo, la habia adoptado, y debia ser su padre en toda la estension de la palabra.

Debia arrostrarlo todo por ella.

IV.

Levantó el tapiz y entró en la antesala, encendiendo un nuevo fósforo.

Allí habia un verdadero lujo, aunque pesado y de mal gusto: lujo de banquero, ó de agiotista, ó de pelagatos enriquecido.

El mueblaje era dorado.

Lo demás de colores chillones.

Cristóbal tomó de uno de los candelabros de plata de la chimenea una bujía de color de rosa y la encendió.

Pasó adelante.

Entró en el salon.

Allí el lujo crecia en esplendor.

De todas partes arrancaba la luz de la bujía destellos luminosos.

Habia una cargazon de dorados, de espejos de cristal de roca en las arañas.

Habia sobre las consolas muchos objetos de plata.

—Este hombre debe ser millonario, dijo Cristóbal.

Y siguió adelante, entrando en un gabinete destinado, á juzgar por su mueblaje, á despacho.

Al fondo, tras un pórtico muy ornamentado, muy dorado, muy colorido, habia un dormitorio en cuyo lecho se habia apurado el lujo.

Entre los muebles, frente á la chimenea, habia una gran caja de hierro que afectaba una forma artística, una caja de seguridad, una de esas cajas de combinacion de letras que es imposible abrir si no se conoce la combinacion que permite que los fiadores cedan á la presion de la llave.

Cristóbal no conocia estas cajas.

Habia encontrado en el aro que contenia las llaves pequeñas el punzon cuadrado que se adaptaba á la cerradura de la caja.

Para él, la caja estaba abierta; pero el punzon no giró.

El fiador resistia.

Cristóbal se puso pálido.

Hizo un esfuerzo, pero aquel esfuerzo fué inútil.

—¿Y quién rompe esta caja? esclamó desalentado. Y aquí debe de haber mucho dinero.

La mirada de Cristóbal se habia hecho errante y vaga.

Sacó su navaja, una navaja fuerte y aguda, y tentó por todas partes é inútilmente la caja.

Procuró tenderla para ver si por detrás era mas accesible; pero no pudo.

El peso de la caja era enorme.

Siguió obstinándose, y siempre sus esfuerzos resultaron vanos.

Sudaba copiosamente.

Estaba sobreescitado, ansioso, sobresaltado.

V.

De improviso se alzó.

Habia sentido un ruido vago, un ruido semejante al que produce una llave en una cerradura.

Cristóbal apagó la luz, se puso de pié y observó.

Poco despues Cristóbal oyó en el salon el crujido de un fósforo al ser encendido, y un débil reflejo apareció en las vidrieras de las puertas del gabinete.

Cristóbal se lanzó al dormitorio y se escondió detrás de las suntuosas colgaduras del lecho, entre este y la pared.

Miraba de una manera ansiosa al gabinete por entre una estrecha abertura del cortinaje.

VI.

No tardó en aparecer una mujer con una palmatoria en la mano, y en ella una bujía de color de rosa, encendida.

La mirada de Cristóbal se dilató.

Jamás habia visto una mujer tan hermosa, ni cuya hermosura fuese mas terrible.

Era Josefa la valenciana, la amante de Casares, la amiga de Vicente el Lobo.

Entonces no la veia nadie, ó por lo menos creia ella que nadie la veia, y su hermosura habia tomado la espresion que la era natural.

Traia un traje oscuro, un pañolon negro y un manto rico sobre los hombros.

Aquel traje ámplio, sin ahuecadores, sus cabellos negros levantados en la frente como la crencha de un leon, acababan de darle un aspecto estraño, terrible.

VII.

¿Cómo estaba allí?

Josefa habia engañado á Vicente cuando le habia dicho que no tenia en su poder las llaves que le servian para entrar á cualquier hora de la noche hasta el gabinete de Casares sin llamar, sin avisar á nadie de su llegada.

Casares, como tantos otros solteros, vivia solo.

Tenia un criado; pero este criado no se quedaba en la casa.

Nunca entraba en ella sino cuando estaba en la casa Casares, que sabia demasiado que no se puede dejar tranquilamente á un doméstico solo en una casa donde hay grandes valores.

Josefa puso sobre la mesa la palmatoria y se acercó á la caja.

Miró los seis cilindros de combinacion en cuyos centros estaban todas las letras del alfabeto.

—¡Si yo acertara! dijo. Y es necesario acertar. Vicente romperia con suma facilidad esta caja; pero seria necesario partir con Vicente. ¡No! ¡no! seria demasiado y tal vez arrostraria un peligro, tal vez Vicente lo querria todo... No... no... Es necesario acertar. Cuando tenemos una idea fija... esa idea... ese nombre sale continuamente á nuestros labios, continuamente lo escribimos en el papel que tenemos delante... ¡Andrea! Yo he visto muchas veces escrito ese nombre sobre las carpetas de Andrés... ¡Si fuese!

Josefa dió vuelta á los cilindros hasta que sus seis letras compusieron el nombre de Andrea.

Luego sacó un largo y fuerte puñal como el que hubiera podido usar un asesino de profesion, y se valió como llave de él.

Josefa dió un grito de alegría.

La puerta de la caja se habia abierto.

Su puñal desapareció entre sus ropas, se levantó y se acercó á la mesa para tomar la luz.

En aquel momento apareció en el gabinete un hombre que adelantó hasta llegar á tocar casi á Josefa.

Esta le vió.

Arrojó un grito agudo y dejó caer la luz, que se apagó.

VIII.

—¡Ah! ¡ah! dijo una voz ronca, vinosa, burlona, entre las tinieblas. Tú no esperabas encontrarme aquí, paloma... No te asustes... Si yo te quisiera mal, hace ya algunas horas que estarias presa... pero yo te quiero muy bien... Es necesario que nos entendamos... A tí te falta uno de la policía, ¿eh? Deja, deja... si no tienes fuerzas las tengo yo... ¡Ah! ¡maldita!

Estas últimas palabras habian sido un rugido.

Á seguida se oyó un golpe sordo, semejante al de un cuerpo pesado que cae al suelo sobre una gruesa alfombra.

Á Cristóbal se le heló la sangre.

Algo terrible acababa de acontecer.

Seguia escuchándose un ronquido sordo, en medio del cual sonaba algo como el hervor intermitente del agua en una vasija.

Se oyó de nuevo el chasquido de un fósforo.

Brilló una luz.

Inmediatamente estuvo recogida la palmatoria, y encendida de nuevo la bujía.

IX.

Cristóbal acabó de helarse de espanto.

Un hombre estaba tendido por tierra.

.....con la otra sostenia la bujía, y se inclinaba para mirar al moribundo, que seguia roncando.

Se encontraba entre la mesa de despacho y la puerta del gabinete.

Por encima de su corbata y del cuello de su camisa, salia sangre como de un surtidor.

Sus ojos estaban espantados, terribles, y sus párpados se agitaban violentamente.

Era el mismo polizonte que aquella mañana habia seguido á Josefa.

Esta tenia levantadas con una mano las ropas, con la otra sostenia la bujía, y se inclinaba para mirar al moribundo, que seguia roncando.

Aquella terrible mujer estaba levantada sobre la punta de sus piés, y rodeaba lentamente, inclinada sobre aquel hombre, como un buitre sobre su presa antes de devorarla.

La sangre corria por debajo de la mesa en direccion contraria al lugar en que se encontraba Josefa, y empapaba profundamente la alfombra.

Josefa evitaba mancharse de sangre.

El ronquido del herido continuaba, y continuaban su inmovilidad y la nerviosa agitacion de sus párpados.

Josefa se inclinó, se alargó, dejó la luz sobre la mesa, se arrolló la manga de la mano derecha, se alargó mas, alcanzó su puñal que estaba por tierra, y le empuñó con firmeza.

Y todo esto lo hacia con la misma serenidad con que hubiera llevado á cabo una accion ordinaria, vulgar.

El espanto de Cristóbal crecia.

Josefa se inclinó sobre el pecho de aquel hombre, alzó el brazo, y le descargó tres veces sobre el costado izquierdo del herido.

Este se agitó en algunos movimientos convulsivos, y quedó al fin inmóvil.

El estertor habia cesado.

Todo habia concluido.

Aquel hombre se habia convertido en un cadáver.

Pero aún no habia terminado el horror.

Josefa asió por los piés el cadáver y le arrastró hácia otro estremo del gabinete, procurando siempre no mancharse de sangre.

Le arrancó la capa, la estendió por delante de él, arrollada, para que la sangre no pudiese correr hácia la parte posterior del gabinete, luego limpió con una punta de aquella capa el puñal, y despues se alzó, fué al lavabo, le abrió y se lavó la mano, y lavó tambien con gran cuidado, y examinándole de tiempo en tiempo con gran sangre fria, el puñal.

Le guardó.

Reconoció minuciosamente la parte baja de sus ropas, y cuando se hubo convencido de que no se habia manchado, recorrió de una parte á otra con la bujía muy baja el gabinete, examinando la alfombra.

Delante de la capa y mas allá de ella no habia sangre; la sangre empapaba un gran espacio entre la puerta del gabinete y la mesa; pero no podia correr ya.

X.

Cristóbal temblaba de horror.

Aquella tigre humana le erizaba los cabellos, que estaban empapados de sudor frio.

Un impulso poderoso le inclinaba hácia una puerta de escape que habia junto á él en el dormitorio.

Entre tanto, Josefa registraba la caja.

Cristóbal oia ruido de oro y roce de papeles.

—No, no, dijo. ¿Por qué huir? Yo no he hecho esto: los vecinos no pueden apercibirse: ese hombre, segun lo que ha dicho antes de morir, ha venido solo, esperando hacer un negocio; yo no puedo permitir que esa infame robe á Clotilde, no. Además de eso, si hay gentes fuera, es mas peligroso huir: es necesario informarse antes: esa mujer me informará... porque ella debia conocer al hombre que ha matado...

XI.

Josefa continuaba examinando la caja.

Su semblante, impasible en el momento de cometer un asesinato,

de acabar con su víctima, de arrastrarla, de borrar los rastros que sobre ella habia dejado el crímen, estaba en aquel momento fuertemente conmovida.

Tenia en las manos un magnífico collar de diamantes.

Sus pupilas chispeaban, y temblaban sus párpados como habian temblado los del miserable que acababa de morir.

Cristóbal adelantó.

Llevaba una navaja en la mano.

Aceptaba una lucha.

Porque todo habia que suponerlo en aquèlla fiera.

La gruesa alfombra encubria el ruido de sus pasos.

De repente se detuvo.

Comprendió que era inútil esponerse á tener que herir ó matar á aquel vampiro, y guardó la navaja.

Se acercó á Pepa por detrás y la asió de improviso por la cintura, rodeando á ella sus brazos.

Sintió un estremecimiento, un sacudimiento poderoso que á poco mas no hubiera podido resistir Cristóbal, semejante al de una serpiente gigantesca, y un rugido salvaje; pero al mismo tiempo Cristóbal habia asido por encima de las ropas el puñal que Josefa habia guardado en su bolsillo izquierdo.

XII.

—Si resistes y me obligas, dijo Cristóbal, vas á hacer compañía á ese otro.

Josefa comprendió que sus esfuerzos eran inútiles.

Cristóbal la sujetaba con un vigor terrible y sin violentarse, porque sus fuerzas eran las de un gigante.

—Tú no eres de la policía, dijo Josefa, que conservaba tanto mas su sangre fria cuanto mas supremo era el momento.

—No, dijo Cristóbal.

—Suéltame, contestó Pepa; suéltame y nos entenderemos.

—Entrégame tu puñal, repuso Cristóbal: no quiero verme obligado á maltratarte: tú eres una loba.

—Yo soy lo que tú no puedes creer.

—Yo creo lo que veo.

—¡Las apariencias! dijo Josefa con desprecio. Pero estamos perdiendo el tiempo. Toma mis manos, mis dedos; sujétame por ellos si es que desconfias de mí: regístrame, desármame.

Y metió sus dos dedos pulgares en la mano con que Cristóbal apretaba su cintura.

Cristóbal se apoderó de aquellos dos pequeños dedos, y los sujetó como hubieran podido sujetarlos unas esposas.

Entonces le quedó libre la accion de la otra mano.

Sacó el puñal del bolsillo de Josefa.

Despues la registró cuidadosamente.

No encontró ninguna otra arma.

Entonces la soltó.

—Cuando no me has matado teniéndome sujeta, dijo Pepa, es que no quieres matarme.

—Yo soy un hombre de bien.

—¡Ah! ¡sí! un hombre de bien que se introduce de noche en el cuarto de un hombre muerto, donde en una caja hay una inmensa fortuna.

—Esa es una historia...

—¿Una historia?

—Sí.

—Son las doce de la noche, dijo Pepa consultando un precioso reló guarnecido de diamantes: esto puede estar concluido en un cuarto de hora: podremos cenar...

—¡Cenar!... esclamó Cristóbal con un acento estraño: ¡cenar yo contigo!... ¡en tu casa!...

—No te creo tan tonto que te metas, por el placer de cenar con ella, en la casa de una mujer que ha hecho lo que has visto: cenaremos en un gabinete de los Andaluces de la calle de la Cruz.

—Concluyamos, dijo Cristóbal: despues veremos.

—Concluyamos, contestó Pepa. Supongo que partiremos...

—Indudablemente: prefiero esto á cometer un crímen.

—¿No habias entrado aquí á robar?

—Yo no tengo cara de ladron.

—Allá veremos. Pero en fin, esto importa poco. Veamos lo que hay aquí.

Y levantó el collar de brillantes que estaba por tierra.

—Esta joya, dijo Pepa, es parte de un aderezo destinado para mí. Ese hombre que está hoy espuesto en el colegio de San Cárlos, que lo estará mañana, debia ser mi marido: yo le he ayudado en gran parte á hacer la fortuna que se encierra aquí. Supongo que me dejarás las alhajas que aquí se encuentren.

—Por supuesto. Despues de lo que ha sucedido, no quiero nada que pueda reconocerse.

—Eres práctico muchacho.

—Un poco.

—¿Cómo te llamas?

—No lo sé.

—¡Ah! ¡ah! ¡Magnífico! Me vas gustando: no insisto. Pero adelante.

Y Josefa se metió algunos estuches en el bolsillo.

—Veamos, añadió sacando legajos contenidos en carpetas: estos son valores.

Y arrojó aquellos legajos sobre la alfombra, y se sentó descuidadamente.

Pero Cristóbal no se descuidaba.

Tomó uno de aquellos legajos, y le abrió.

Eran inscripciones del tres por ciento.

Sobre la carpeta se leia: «Un millon efectivo.»

Cristóbal sacó la cartera y anotó.

Abrió otro legajo. «Obligaciones de ferro-carriles,—seiscientos mil reales.«

Tomó un tercero. «Tres por ciento austriaco,—cien mil talers.»

—¿Qué es un talers? preguntó Cristóbal.

—Próximamente diez reales.

Cristóbal anotó un millon.

El resto eran billetes de banco de todos valores, y una suma de seis mil duros en oro.

Cristóbal se arrojó aquel oro en los bolsillos, y se rellenó despues estos de billetes de banco.

Tenia sobre sí millon y medio próximamente.

Josefa escapaba muy aventajada.

Pero su nueva fortuna constituia un pequeño equipaje.

Abultaba como un pequeño fardo.

XIII.

Josefa fué al lecho y tomó una funda de almohada que la sirvió de saco.

Metió dentro de ella los títulos, é hizo un envoltorio, que se metió debajo del brazo.

Y todo esto de una manera segura, tranquila, como si nada hubiera tenido que temer.

Luego tomó la palmatoria y se acercó.

—¿Qué otra cosa tendrá que hacer? dijo Cristóbal.

É inmediatamente exhaló un grito, y se lanzó hácia el dormitorio.

Josefa habia puesto fuego á las colgaduras.

—¡Oh! ¿Qué has hecho? esclamó Cristóbal.

—Borrar mi paso, contestó Josefa.

Y salió violentamente, como pretendiendo ganar la delantera á Cristóbal.

—¡Ah, maldita, infame! esclamó este alcanzándola y asiéndola. Tú quieres dejarme aquí encerrado.

Y la arrastraba asida de una mano por el salon, hácia el recibimiento.

Josefa lanzó una carcajada.

—¡Vamos, está visto! dijo. A lo menos bajo un punto de vista eres digno de mí.

En aquel momento llegaron á la puerta del cuarto.

—Espera, dijo Cristóbal: si tú tienes una llave, yo tengo otra.

Y abrió bien á tiempo, porque el humo empezaba á hacerse denso.

—Despacio, despacio por las escaleras, dijo Josefa: es necesario que no nos sientan.

Pero Cristóbal no podia ir despacio: le dominaba el terror.

Se deslizó por las oscuras escaleras, y llegó abajo sin tropezar siquiera.

El terror tiene una especie de doble vista, de la que no nos damos cuenta.

Abrió instintivamente la puerta de la calle, y sin cerrarla dió á correr.

De improviso se sintió fuertemente cogido por un brazo.

—¿Adónde vas, compadre? le dijo una voz airada é imponente. No corras: puedes llamar la atencion de un sereno ó de un guardia: si te preguntaran lo contarias todo: me parece que no eres tan digno de mí como yo creí. Vamos, echa por esta callejuela: despacio, hombre, despacio: en llegando á aquella esquina torceremos: nos encontraremos en la calle de Fuencarral: mas despacio aún. ¿No ves que una dama no puede ir así tan vivamente sin fatigarse, y mas una buena moza como yo?

Quien hablaba así era Josefa.

Cristóbal se dejó llevar, aturdido, durante algunos segundos.

CAPITULO XXV.

DE CÓMO UNA VEZ EMPEZADOS CIERTOS CAMINOS HAY QUE AVENTURARSE POR ELLOS.

I.

El intenso frio de la noche dominó al fin la escitacion de Cristóbal.

Cuando pudo apreciar con exactitud los objetos, se encontró llevando á Josefa del brazo, en la plazuela de Bilbao, marchando por una de las calles de pobres árboles deshojados.

Los faroles del alumbrado estaban rodeados de una atmósfera espesa y sombríamente luminosa.

El silencio y la soledad eran solemnes.

Un reló lejano, el de la parroquia de San José, marcó en aquel momento la una de la noche.

—Esto es horrible, horrible, esclamó Cristóbal.

—¡Horrible y llevas sobre tí millon y medio de reales! dijo Josefa.

—¿Y pensar que yo he podido quedarme metido en aquel horno?

—¿Crees...

—¿Y para qué me habias cogido la delantera mas que para salir, cerrar, dejar la llave en la cerradura é impedirme que yo pudiera de este modo salir y salvarme?

—Indudablemente, hijo: tú eres de la policía.

—No.

—De otra manera no te se podrian ocurrir tales cosas.

—¡Ah! Yo tengo la imaginacion muy viva.

—¡Tonto! Á mí no me convenia dejarte allí: cuando hubieras gritado hubieran acudido...

—¡Ah! ¡no! ¡no! Antes de que hubieran podido oirme me hubiera ahogado el humo.

—No tengo yo las malas entrañas de asesinar á un hombre que me gusta.

—¡Ah! esclamó Cristóbal. Esa es otra red que me tiendes.

—¡Diablo! ¡no! contestó Josefa. Tú eres un buen mozo, hijo mio, y tienes mucho corazon; eres muy hombre: yo necesito casarme, puesto que mi prometido ha sido víctima de algun enemigo sin duda.

—Pero... te olvidas de que hemos dejado ardiendo una casa, que puede suceder muy bien que antes de que se aperciban del incendio, tome este tal incremento que perezca alguna persona.

—¿Y qué hemos de hacerle? Cuando se nos atraviesa por delante un suceso tal como el que se nos ha atravesado esta noche, es necesario borrar las señales.

—Te se ha atravesado á tí: yo no he derramado sangre.

—Pero te has aprovechado de ella.

—Lo que yo llevo me pertenece.

—¿A tí?

—Sí: yo... soy el heredero de...

—¿De quién?

—Del muerto.

—Y yo tambien, puesto que como tú me llevo lo que era suyo.

—Pero el incendio... porque no avisar...

—Perfectamente. Eso seria lo mismo que decir: Vayan ustedes á apagar un incendio que nosotros hemos encendido.

—Es verdad, dijo con desesperacion Cristóbal.

—Nada, hijo, nada, dijo con una voz sarcástica Josefa: somos dos héroes dignos el uno del otro: no podemos separarnos.

Cristóbal se estremeció.

—Es necesario que nos pongamos á salvo, dijo Pepa: el permanecer yo á tu lado prueba lo que te estimo.

—No, dijo Cristóbal: eso prueba que eres prudente.

—No disputemos: pongámonos al abrigo de una contrariedad: si no quieres venir á mi casa, llévame á la tuya.

—Yo no tengo casa, esclamó Cristóbal.

—¡Cómo!

—Es una historia que nada te importa.

—Te equivocas: me importa todo lo que te corresponde.

—Y en efecto, estamos metidos en un compromiso.

—Indudablemente, dijo Pepa; y yo no te abandono.

—Sí, es verdad: tienes miedo: temes que si me dejas solo, yo que soy hombre de bien, arrastrado por mi conciencia, te comprometa...

—¡Ah! ¡no! Tú no sabes quien yo soy.

—Pero eres demasiado hermosa para que, dando tus señas, no te conozcan: tú debes ser muy conocida.

Josefa se estremeció.

—¡Ah! ¡tiemblas! dijo Cristóbal.

—Hace mucho frio. Pero ¿adónde vamos por aquí, señor? Estamos ya casi al fin de la calle de Alcalá.

—Es verdad, dijo Cristóbal: hemos seguido adelante sin saber por dónde: tú estás temblando, y sin embargo, debes estar acostumbrada á los crímenes.

—Yo no he cometido esta noche un crímen: aquel polizonte era un infame...

—Pase por el polizonte... A lo que yo pude juzgar, si aquel bribon no ha sido ahorcado, no habrá sido porque no haya hecho méritos para ello... Pero ve ahí la justicia de Dios: tú has sido el verdugo de ese hombre.

Josefa volvió á estremecerse.

—Mucho sientes el frio, dijo Cristóbal.

—Por lo mismo es necesario ponernos doblemente al abrigo de la intemperie y de la policía.

—Vámonos á una posada.

—No, nos haríamos sospechosos.

—Pues bien... ¿qué importa?... Vámonos á tu casa.

—¡Ah! ¡Por fin confias en mí!

—No, confio en que no te atreverás á ponerme en el caso de que yo haga algo terrible. ¿Dónde vives?

—En la calle de la Colegiata, número 4.

—Vamos pues.

—No estaré tranquila hasta que hayamos llegado: yo no habia contado con esto: este bulto nos hace sospechosos. ¡Ah! Un carruaje que viene despacio, que se retira. Espera.

—Es tambien una imprudencia tomar un carruaje: el cochero puede sospechar.

—Espera... yo te diré... Vamos hácia el carruaje.

Y Josefa impulsó á Cristóbal.

II.

El carruaje, que era de plaza, seguia adelantando lentamente.

Llegaron á él Josefa y Cristóbal.

El cochero parecia dormitar sobre el pescante.

—Me parece que sí, dijo Pepa examinándole en una rápida ojeada. Veamos.

Y luego añadió:

—Abre el párpado, compadre.

—¡Eh! ¿qué es eso? dijo el cochero haciendo un movimiento brusco, y demostrando en la manera de contestar que habia encontrado algo en las palabras que se le habian dirigido. El bicho no puede ya tirar de las herraduras el pobre; pero no le hace: mi berlina está siempre á disposicion de los amigos.

—Me alegro, dijo Pepa abriendo la portezuela y arrojando dentro su bulto: nos hemos salvado.

Y empujó hácia el interior del carruaje á Cristóbal.

—Colegiata, 4, dijo Pepa.

Y entró en el carruaje.

El paso del caballo se avivó de repente.

El cochero restalló la fusta, el caballo hizo un esfuerzo, y emprendió un medio trote.

—Yo no la conozco, dijo el cochero. ¿Quién será? Veamos.

III.

En media hora llegaron á casa de Pepa.

Esta bajó, abrió la puerta con llave, y sola entonces, llegó al carruaje y tomó su pequeño fardo.

Una fatalidad superior á su razon siguió impulsando á Cristóbal.

No sabia adónde ir.

Porque ¿cómo volver intempestivamente á casa de Gabriela? ¿Cómo ir á molestar á su primo? ¿á dar que sospechar á su mujer?

Las circunstancias pueden mas que el hombre.

Decidido á arrostrarlo todo, entró en el oscuro portal.

—Entra tú tambien, dijo Josefa al cochero.

—¿Y el carruaje?

—El caballo no se irá, dijo Josefa: le falta poco para caerse muerto.

—Tambien es verdad, dijo el cochero.

Y saltó del pescante y entró.

Cristóbal tenia la navaja en la manga de la chaqueta, y no perdia el menor detalle de lo que pasaba á su alrededor.

IV.

Josefa abrió la puerta del cuarto bajo de la derecha.

Entró á oscuras.

Cristóbal y el cochero la siguieron á tientas.

Muy pronto se encontraron en una antesala iluminada por una lámpara amortiguada.

—En mi casa no hay nadie, dijo Pepa al oido de Cristóbal, y ese se irá dentro de un momento.

Y abrió una puerta, atravesó una sala, y penetró en un gabinete, donde sobre la chimenea ardia otra lámpara opaca.

Josefa encendió una de las bujías de un candelabro, y con ella las otras.

El gabinete, que estaba ricamente amueblado y con un gusto esquisito, se esclareció.

Josefa miró frente á frente al cochero.

—No te conozco, *pipi*, le dijo.

—Yo á usted sí, señora: la he visto á usted pasar muchas veces por la Puerta del Sol, donde tengo mi punto; pero no creia...

—¿Has reparado tú en algo?

—Sí señora.

—Veamos.

—En que usted trae un bulto que pesa.

—Bien.

—En que este señor está asustado y usted no muy serena.

—Bien. ¿Y por el camino no has encontrado nada?

—Nada.

—¿Ni un bulto?

—Ni una mosca.

—¿Es decir que puedes hacer un negocillo por tu cuenta?

—Sí señora.

Josefa fué á un secreter de palo de rosa, de todo punto bello y artístico, le abrió, y de uno de sus cajones sacó algunos billetes de banco y los dió al cochero.

—¿Cuánto es eso? dijo Josefa.

—Doce mil reales, señora.

—Una carrera de noche son doce reales.

—Sí señora.

—Te he pagado mil carreras.

—Muchas gracias, señora.

—De propina dan á estas horas las personas decentes una peseta.

—Es verdad.

—Toma mil propinas.

Y dió al cochero otro billete de á cuatro mil reales.

—Vamos, no sabrá nadie que he encontrado esta noche un parroquiano tan generoso.

—Harás bien, porque tendrias que entregar esa carrera y esa propina, y de todo lo que hay aquí no te tocaria ni la mitad.

—Por supuesto.

—Anda con Dios: cuando te se ocurra algo, acude.

—Muchas gracias, señora: me aprovecharé del favor de usted.

—Anda, anda con Dios.

—Buenas noches.

Y el cochero salió.

Josefa se fué con él para cerrar las puertas.

V.

Es difícil esplicar la situacion de espíritu de Cristóbal.

Habia oido hablar de una gran asociacion de ladrones que tenia jefes, subjefes, secciones, una organizacion completa; pero habia creido en esto tanto como en las brujas.

Entonces no podia dudar.

Estaba tocando aquella asociacion.

Josefa volvió.

—Ante todo, dijo sonriendo á Cristóbal, es necesario que te convenzas de que en mi casa no hay nadie, para que estés tranquilo y podamos entendernos.

Pepa entró en su dormitorio, que era bellísimo, y tomó una palmatoria de plata con un resto de bujía de esperma, y la encendió.

Luego fué registrando todo el cuarto, que no era muy grande, con Cristóbal.

—Los que me visitan, decia mientras registraba, no ven mas que un criado inmejorable que les abre la puerta: este criado viene por la mañana á las nueve y se va cuando yo me recojo ó cuando se lo mando: mi cocinera y mi doncella duermen arriba en la buhardilla: desde las diez de la noche yo me quedo generalmente sola: mis criados tienen cada uno una llave: por el patio sube un alambre hasta una campanilla que avisa en un caso de necesidad á mi doncella y á mi cocinera, porque una punta del alambre está adherida á un cordon, pendiente junto á la cabecera de mi lecho. ¿Te has convencido de que estamos solos?

—Sí.

—Pues bien: el cuarto no tiene mas puerta que esta al esterior. Corre los cerrojos.

Cristóbal los corrió.

—Asegúrate ahora de que todas las ventanas están bien cerradas.

Cristóbal pasó revista á las ventanas que daban al patio.

En cuanto á las que daban á la calle, era inútil porque tenian reja.

—Yo no me he provisto, no me he podido proveer de ninguna arma, añadió Pepa. Convengamos pues en que obro contigo de buena fé. Ahora siéntate, descansa y está tranquilo: hace frio, y voy á encender la chimenea. Despues cenaremos.

—¡No! dijo Cristóbal.

—Receloso siempre; pero la cena la hará venir el mozo de los Andaluces de la esquina.

—¡No!

—Bien, no insisto.

Y Josefa abrió un cajon, que era al mismo tiempo un divan, sacó leña y encendió la chimenea.

Luego se sentó frente á Cristóbal.

Dejémoslos así por algun tiempo frente á frente, y volvámonos á la casa número 20 de la calle de Gravina.

CAPITULO XXVI.

DE CÓMO EL CRÍMEN SIEMPRE DEJA TRAS SÍ INDICIOS.

I.

Estaba gratamente entretenida la señorita de Rascafria en confeccionar un idilio para leerlo en el próximo *jueves* de las señoras de Pelaez, y se saboreaba ya con los aplausos que debian ser el premio de su inspiracion nocturno-matinal (eran ya las dos de la madrugada), cuando de repente dió un salto sobre su muelle silla, se le cayó la pluma de la mano, se puso pálida como un cadáver, y se le voló el bellísimo consonante que estaba ya en la punta de la pluma.

Habia sonado inmediatamente debajo de ella una múltiple detonacion, como la de un rewólver, todos cuyos tiros se hubiesen disparado á la par.

Esto era grave.

¿Quién se habia suicidado?

Apenas habia podido hacerse esta pregunta la poetisa, cuando sonó otra descarga semejante.

Aquello era mas grave.

¿Qué acontecia?

¿Se daba una batalla estraña en el cuarto segundo?

Al mismo tiempo se apercibió de un ruido sordo y terrible que hasta entonces no habia notado.

Tuvo miedo, y se echó fuera de su gabinete.

Al abrir la puerta retrocedió espantada.

A través de los cristales de una galería que daba á un patio, vió brillar de repente un reflejo fuertísimo como el de una gran llama que hubiese brillado un momento.

Aquel reflejo apareció mas fuerte y mas vivo sucesivamente.

Al mismo tiempo aspiró un olor acre, pesado, denso.

—¡Fuego! gritó: ¡fuego!

Y se fué á las puertas de los dormitorios de su familia, y las golpeó.

En un momento toda la familia, que era numerosa, estuvo de pié.

Se abrieron los balcones.

Se dió la alarma.

Los gritos se multiplicaron.

Despertaron los habitantes de otros cuartos, y al fin todo el mundo se lanzó por las escaleras, que afortunadamente estaban libres del incendio.

II.

Los serenos habian tocado los pitos.

Habian acudido muchos de ellos y muchos guardias.

Un volcan salió poco despues por los balcones del cuarto tercero de la derecha de la casa número 20 de la calle de Gravina.

—Pero ¿cómo es esto? esclamaba el portero, que estaba liado en un cobertor, con un gorro azul de lana en la cabeza. En el cuarto tercero de la derecha hace tres dias que no hay nadie. ¿Cómo ha podido prenderse el fuego?

—Habrá sido el gato que se habrá puesto á jugar con alguna caja de fósforos, dijo un curioso, que siempre los hay y á todas horas para todos los espectáculos en las grandes capitales.

—No hay gato, señor mio, esclamó la portera: el señor de Casares es enemigo de los animales.

—Pues no, no, dijo el portero, que estaba densamente pálido

temiendo no le exigiesen alguna responsabilidad: yo he apagado perfectamente los mecheros de gas de las escaleras.

—Yo he oido dos descargas de armas de fuego, esclamó la poetisa, que estaba liada en una capa de su padre que habia cogido al vuelo al escapar: yo he sido la que he dado la alarma. Si yo no hubiese estado ocupada en hacer una poesía... ¡oh! ¡qué horror! ¡un auto de fé hecho por... qué sé yo por quién!... pero indudablemente por el crímen.

—¿Dice usted, señorita, que ha oido dos disparos de arma de fuego en la casa? dijo un guardia civil que acababa de entrar en el almacen de vinos situado enfrente de la casa incendiada, que se habia abierto para dar un refugio á los espulsados por el incendio.

—Sí señor, contestó la musa; pero no precisamente dos disparos: dos descargas como de muchos tiros simultáneos que se repitieron con la intermision de algunos segundos. A la primera descarga yo creí que se trataba de un suicidio.

—Pues ya sé yo lo que es eso, dijo la portera.

—¡Ah! Usted sabe... dijo el guardia civil.

—Saber precisamente no, contestó la portera con la voz quejumbrosa y desesperada que le daban las circunstancias, porque no habia podido salvar ni la mas mínima cosa de su menaje: saber precisamente, no; pero me lo figuro.

—¿Y qué se figura usted, señora? añadió creciendo en gravedad el veterano.

—¡Pues! Don Andrés Casares, el inquilino de ese cuarto donde se cree se haya prendido el incendio, estaba muy preocupado.

—Preocupado ¿eh? observó el guardia.

—Sí señor, sí; disgustadísimo. Cuando se fué anteayer. me dijo:—Voy á un pequeño viaje: no sé cuándo volveré: cuiden ustedes de la puerta del cuarto.

—Ese señor ¿no dejaba en esa casa ningun criado? insistió el guardia.

—¡Qué! ¡si era el espíritu de la desconfianza! Menos para nosotros, que creia que se nos podia confiar oro molido.

—¿Y no ha dejado á ustedes las llaves?

—No señor; don Andrés tenia caprichos.

—¡Tenia! ¡tenia! murmuró el portero. ¡Pues no parece, mujer, sino que le das ya por muerto!

—El pobre señor estaba muy disgustado de la vida, esclamó la señora Mónica, que se iba compungiendo: habrá entrado sin que nosotros le sintamos, despues de haber nosotros cerrado la puerta, y solo en su cuarto... pues... ha puesto fin á su existencia... Los disparos son los que han puesto fuego.

—Vaya usted noramala, vieja estúpida, esclamó su marido. ¡Pues qué! suponiendo que los disparos hubiesen prendido en las ropas, ¿podia haberse declarado tal incendio en algunos segundos?

—Pues vaya usted norabuena, señor pillo, esclamó la señora Mónica, cuyas lágrimas se secaron al sentir el ultraje que la inferia su marido. ¿Pues no comprende usted que el señor Casares, para que luego no se dijese de él lo que se dice de los suicidas, esto es, que son unos cobardes, ha pegado fuego de antemano á la casa, porque se le crea víctima del incendio, y cuando el fuego le ha llegado á las narices, se ha disparado?

—Eso es inverosímil. Además de esto, solo el fuego puede disparar á la vez todos los tiros de un rewólver: no hay medio de otro modo. Esos rewólvers estaban sin duda en un mueble, y al llegar á ese mueble el incendio, los ha disparado.

—¿Tenia armas de fuego ese señor? preguntó el guardia.

—¿Y qué sé yo si las tenia ó no? dijo la señora Mónica. Hoy todo el mundo, hasta los perros, gastan rewólver.

—Ese señor, ¿era soltero? preguntó el guardia.

—Soltero ó viudo ó apartado de la mujer, dijo la señora Mónica, porque nadie sabia la vida del señor Casares. Lo que yo le sé decir á usted, señor guardia, es que vivia á solas, aunque á ratos estaba muy bien acompañado de cierta señora, que sin ofender á nadie y sin miedo de decirlo, es la mejor chica de Madrid, y quizás de España: esta mañana me preguntaba con mucho interés si habia vuelto el señor Casares.

—¿Habia algo entre ese señor y esa señora? dijo el guardia.

—Algo no, dijo el portero. En fin, yo no tengo que ver con las vidas de nadie.

—¿Y por qué no se ha de decir, esclamó la señora Mónica, cuando se puede añadir que se iban á casar? Era su querida.

—Entonces es posible que tuviese llaves de la casa y del cuarto esa señora, observó el guardia.

—¿Y qué se yo? dijo el portero. Las casas ajenas son respetables para mí.

—¿Y por qué no se ha de decir que sí, que doña Josefa tenia la llave de abajo y la de arriba?

—¿Doña Josefa de qué? dijo el guardia.

—Doña Josefa Sanchez, respondió la portera.

—¿Domicilio?

—Calle del Burro...

—De la Colegiata, dirá usted, corrigió el guardia.

—Calle del Burro se llamaba desde diez años antes de que yo naciera, y no me acostumbro á llamarla de otro modo.

—¿Número?

—Cuatro.

—¿Cuarto?

—Bajo.

—¡Pues no has movido tú mala cantera! dijo el marido despues de que se hubo alejado el guardia, que inmediatamente despues de haber oido aquellas noticias salió á escape.

—Pues mejor, dijo la señora Mónica. ¿Que sabes tú? Los dos andaban contrapunteados: si se ha venido esta noche y ha pegado fuego á la casa por hacerle daño, que la quemen viva. ¡Cuando pienso en mis mueblecitos!...

—No hay cuidado, señora Mónica, dijo la vecina: todos los muebles se han sacado por un portillo que han abierto en la casa del lado.

—¿Ves tú, mujer? esclamó el portero.

—¿Y yo qué he dicho?... Si ella no ha sido, mejor, porque al fin es una buena señora.

Entre tanto, el guardia corria hácia la casa del juez de primera instancia del distrito.

CAPITULO XXVII.

LA POLICÍA DE LOS LADRONES.

I.

Pero mas que el guardia civil corria un *quidam* que se habia encontrado por acaso dentro del almacen de vinos, y que habia oido aquel diálogo.

Este *quidam* tenia muy mala facha: una blusa y una gorrilla.

Habia oido tocar á fuego y habia acudido, porque hay cierta clase de gentes siempre dispuesta á correr allí donde puede reunirse una multitud de curiosos.

Este personaje era un *tomador del dos*.

¿Adónde iba corriendo como una liebre espantada?

A avisar á Josefa.

Y no la conocia ni poco ni mucho.

Pero se habia dicho:

—Si esa señora está comprometida, se alegrará mucho de que yo la avise, y me dará algo bueno.

Y corria y corria.

Hé aquí como es muy torpe y muy perjudicial el hacer en público preguntas graves acerca de cosas que deben ser secretas, si no se quiere que sea burlada la justicia.

El *tomador del dos*, que por la rapidez de su carrera podia decir-

se se habia convertido en un hombre de vapor; llegó en pocos minutos á la calle de la Colegiata y llamó con fuerza á los cristales de una de las rejas del cuarto de Josefa.

Esta, que estaba apurando todos los recursos de su esperimentada astucia y de su hermosura para apoderarse de Cristóbal, y que en verdad sea dicho iba logrando su objeto, se sobresaltó.

Fué á la reja y abrió las maderas.

—¿Es usted la señora doña Josefa Sanchez? dijo el pilluelo, cuyas palabras delataban su sobresalto.

—Sí, contestó Josefa profundamente alarmada.

—La portera de la casa numero 20 de la calle de Gravina, continuó el servicial canalla, dice que usted tiene las llaves de la casa y del cuarto donde ha aparecido el incendio, y un guardia ha ido á avisar al juez: yo se lo digo á usted por si le importa. Ahora, déme usted una limosna siquiera.

—Entra, le dijo Josefa.

Y fué á abrir la puerta.

El pillete entró.

Josefa le preguntó y le examinó profundamente.

Se convenció de que no mentia, de que era un pícaro que le hacia un servicio por obtener una recompensa.

Abrió un secreter y le dió un billete de quinientos reales.

—Véte, dijo.

El *tomador* salió á escape.

Josefa se volvió á Cristóbal.

—Mi hermosura, mi vida, mis riquezas, todo es tuyo si me salvas, le dijo.

—¡Si yo te salvo! ¿Y quién me salva á mí?

—Lo que he sacado de casa de ese hombre, dijo Josefa, me compromete: es necesario que te vayas, que te lo lleves.

—¡Ah! Estaba de Dios que lo que es de ella no se lo robes, esclamó Cristóbal apoderándose del bulto que estaba sobre un sillon.

—¡Ah! ¿qué dices?

—Que Casares tiene un heredero.

—¿Quién?

—¿Qué te importa?... Lo que te importa es librarte de esto que te compromete.

—¿Conque es decir que yo he matado, he robado, he incendiado para tí... que te he traido aquí para apoderarme de ese millon y medio de reales, y te favorece la fortuna y te lo llevas todo? Pues bien, véte. Pero oye: yo te conozco, ¿entiendes?... yo te conozco. Si mañana ves que he sido presa, guárdate... Anda, véte cuanto antes: eres un peligro junto á mí.

Y rápida, enérgica, adelantó hácia la salida de la habitacion.

Cristóbal la siguió, cargado con su fardo y lleno de una intensa alegría.

Josefa abrió la puerta.

—Véte, dijo; pero acuérdate.

Cristóbal se alejó, cubriendo con su capa su pequeño fardo y disimulándolo.

II.

—¡Ah! ¡Y yo no sé quién es ese hombre... por qué estaba allí! esclamó Josefa. Pero las llaves... me he olvidado de darle las llaves. No importa... ¿Y si... si son capaces de buscar en todas partes?... ¡Ah! El infame portero... Pero ¡ah! esclamó soltando una carcajada histérica: esas llaves van en el paquete... Si pudiera yo alcanzar á ese hombre... ¡Ah! Si yo pudiera...

Josefa cogió su manto, abrió la puerta, salió, se lanzó á la calle á la ventura.

—¡Ah! El café del Puñal... dijo: sí, el café del Puñal... Ese hombre no tiene domicilio... sí, sí, andará dando vueltas por Madrid hasta que amanezca... Si hubiese tenido casa me hubiera abandonado en la calle... me ha acompañado por recurso... ¿Quién será?... Forastero sin duda... sí, tiene cara de forastero...

Josefa corria.

La calle de la Gorguera está cerca de la Plazuela del Progreso.

Josefa llegó en pocos minutos al café del Puñal.

Llamó á un mozo.

El café estaba completamente lleno.

—Llámame á Tirones.

El mozo no conocia á aquella hermosa señora, pero conocia demasiado al pícaro que le encargaba llamar.

III.

Muy pronto una especie de bandido estaba en la calle delante de Josefa.

—Yo no conozco á usted, señora, mas que para servirla, dijo llenándose el ojo de la hermosura de Josefa.

—Pero conoces á Vicente el Lobo.

—Le he oido nombrar.

—Eres muy amigo suyo: él te nombra á cada paso: tú le cambias billetes.

—Bien, ¿y qué, señora?

—Un hombre anda por esas calles de Dios con tres millones de reales debajo del brazo, que ha robado á Vicente el Lobo.

—¿Nada mas que tres millones de reales? dijo ronco por la codicia el bandido.

—No perdamos el tiempo: es un forastero: lleva sombrero calañés y capa azul: puede ser que ande por las calles, puede ser que haya tomado por cualquiera de las avenidas de Madrid: buscadle, apoderaos de él, matadle si es necesario para que esos tres millones vuelvan á Vicente.

Y Josefa escapó.

Iba anhelante.

Cuando llegó á la calle de la Colegiata y la vió desierta se alentó.

Entró en su cuarto, se desnudó rápidamente y se acostó.

IV.

Entre tanto, el café del Puñal habia quedado casi desierto.

Una nube de bandidos habia salido de él y se habia estendido por Madrid.

Aquellos pícaros corrian, venteaban como los sabuesos, llevaban

los cuchillos en las mangas, preparados á herir sin perder tiempo en el momento que fuese necesario.

Al volver de cada esquina, sus ojos medían de una sola mirada toda una calle; y á pesar de sus penumbras, apenas disipadas por los reverberos, lo veian todo.

A veces uno de aquellos escelentes sugetos apercibia un bulto.

Entonces se encogia, se disminuia, se deslizaba y avanzaba rápidamente.

A veces solia ser este bulto un guardia civil embozado en su capa, cubierto el sombrero con una funda de hule negro.

Entonces nuestro amigo daba una vuelta completa, ganaba la retaguardia, se deslizaba como un raton, y al volver la primera esquina, si la calle estaba franca, escapaba á todo correr.

Si el bulto era un transeunte cualquiera, lo que era raro porque la hora no era de transeuntes, se erguia y pasaba como si tal cosa junto al otro, que no dejaba de mirar con estrañeza y recelo á aquella calamidad que se deslizaba junto á él.

En cuanto á los serenos, la luz advertia desde muy lejos á nuestros héroes.

Era de todo punto imposible se les escapase el hombre á quien perseguian, á no ser que este se hubiese metido en alguna parte.

Por lo mismo corrian y corrian cuanto podian, á cada momento mas ansiosos.

Se trataba de tres millones, y el dividendo debia ser magnífico.

Entre tanto Cristóbal atravesaba tambien casi á la carrera á Madrid, y se volvia y ganaba otra calle cuando veia á lo lejos un bulto que le parecia sospechoso.

CAPITULO XXVIII.

DE CÓMO LAS CASUALIDADES TOMAN MUCHA PARTE EN LAS HISTORIAS.

I.

Iba en direccion á la casa de Gabriela.

Habia dudado, pero al fin se habia decidido, obligado por la necesidad.

—Todo se reducirá á esplicárselo todo. Dios quiere que entre ella y yo haya desde los principios muchas historias. ¡Dios mio! Ese demonio con faldas me ha mareado algo: yo no he visto jamás una mujer tan hermosa; pero espanta. En cuanto me he separado de ella me ha parecido que me quitaba de encima la tierra de la sepultura, que resucitaba, y he vuelto á pensar en Gabriela... Yo no sé qué cosa me dice en mi interior que me quiere, que le gusto, que me ama, que me puedo fiar de ella... ¡Vamos, yo he estado borracho! Gabriela es mucho mas hermosa que la otra maldita, mas pura y mas hermosa... porque tiene una buena alma que la hermosea, y la otra tiene una alma infame que la ennegrece. Me parecia ver en la sonrisa de aquella miserable algo que me helaba el corazon y que me trastornaba la cabeza... ¡Dios mio, Dios mio, y cómo me tiene cogido! ¡Yo me voy á volver loco!

Y entre tanto, Cristóbal corria sin cesar hácia la calle de la Palma Alta.

II.

Iba ya por la mitad de la de Fuencarral, cuando al llegar á la primera esquina de la de Hernan-Cortés tropezó violentamente con una persona, y de tal manera, con tal ímpetu, que la arrolló.

Aquella persona lanzó un gemido.

Cristóbal se apresuró á alzarla.

Era una mujer, una jóven.

—Perdone usted, señora, perdone usted: yo no he podido evitarlo... ¿Se ha hecho usted daño?

—¡Ah! ¡no! ¡no! contestó una voz jóven, fresca, sonora, dulce, pero solemnemente triste. Nada tiene de estraño: volvíamos los dos la esquina.

—¡Dios mio! esclamó Cristóbal viéndola á la luz del reverbero de aquella misma esquina. Yo conozco á usted y no la he visto á usted nunca... Usted se parece á Clotilde como si fuera usted su retrato.

—¡Clotilde! esclamó la jóven estremeciéndose y mirando con ansiedad á Cristóbal. ¿Ha dicho usted Clotilde?

—¡Sí! ¡Clotilde! esclamó con estrañeza Cristóbal.

—¿Es jóven?

—Como usted.

—¿Y se me parece?

—Como una gota de agua á otra gota.

—¡Dios mio! ¡mi hermana!

—¿Su hermana de usted?

—Sí... mi hermana... ¿Dónde está?

Y la jóven apenas podia hablar.

—Indudablemente casa de la señora baronesa de Castell-d'oro.

—¡La baronesa de Castell-d'oro! esclamó la jóven, cuya voz se enronqueció y tomó un acento estraño.

—Sí señora.

—¿Y por qué dice usted que probablemente estará en casa de la baronesa de Castell-d'oro? ¿No tiene usted seguridad?

—Yo la dejé casa de mi primo Agapito con la señora baronesa...

y como la señora baronesa es su prima, indudablemente se la habrá llevado.

—¡Prima de Clotilde la baronesa! esclamó la jóven. ¡Oh, Dios mio!... Si fuese ella... Pero yo no puedo detenerme... tengo un enfermo, voy á buscar un médico...

—¿Está de mucho peligro ese enfermo?

—No, no; de mucho peligro no... pero.... cuando se ama á una persona... cuando la fiebre la hace delirar...

—¿No puede usted tardar quince minutos?... Yo tengo tambien necesidad urgente de llegar á cierta parte... y tengo tambien un gran interés en que nos espliquemos.

—Yo tambien necesitaba una esplicacion, esclamó María, que ya la habrán adivinado nuestros lectores. Vamos, vamos cuanto antes adonde usted tiene que ir.

—Yo tengo que correr... llevo conmigo una inmensa fortuna que está en peligro.

Y Cristóbal corrió.

María le siguió.

Cuando se corre no se puede hablar.

A Cristóbal le pesaba ya demasiado su fardo.

III.

Al ir á entrar por la calle de San Mateo vió de repente delante de sí dos hombres que avanzaban y que tenian muy mala traza.

Aquellos hombres se detuvieron, examinaron rápidamente á Cristóbal, y uno de ellos esclamó:

—Él es, *Manolo*. ¡A él!

—¿A mí? esclamó Cristóbal.

Y tuvo que saltar atrás para evitar ser alcanzado por una puñalada.

El bulto se le cayó de debajo del brazo.

—¡Ah! esclamó Cristóbal. Recoja usted eso, señora, recójalo: yo tengo que defenderme.

Y avanzó y estendió el brazo y alcanzó á uno de aquellos hombres, y de tal manera, que despues de algunos traspieses cayó.

El otro cargó sobre Cristóbal.

El herido silbaba con todas sus fuerzas.

María habia recogido el fardo, y estaba aturdida.

Cristóbal paraba los golpes de su adversario con el brazo izquierdo y cargaba.

El ladron se esquivaba de Cristóbal, saltaba, salia de línea, se encogia, avanzaba, volvia á saltar y á arremeter.

El herido silbaba aún, pero sus silbidos eran mas débiles.

El que peleaba con Cristóbal silbaba tambien.

—¡Salve usted eso, señora! ¡salve usted eso! dijo Cristóbal, que habia oido otro silbido á lo lejos: yo tengo faena para rato. Si yo no parezco, busque usted á la baronesa... ¡Ah! ¿dónde vive usted?

Pero María ya no le escuchaba.

A todo esto Cristóbal seguia peleando, sin dar ventaja ni obtenerla contra su adversario.

María no habia oido sus últimas palabras.

El terror la habia dominado y habia escapado, llevándose consigo el precioso bulto sin saber lo que contenia.

IV.

Habia llegado otro nuevo tunante, que habia acometido tambien á Cristóbal.

—No, no, dijo el primero, no te entretengas con este; sigue á una mujer que se lleva lo que importa, y que va hácia la Puerta del Sol.

El otro tunante ganó la calle de Fuencarral sin que Cristóbal pudiera evitarlo.

Pero en aquel momento sonaron pitos de serenos, que se habian alarmado por los silbidos constantes de los bandidos.

El que peleaba con Cristóbal huyó, volviéndose por la misma calle de San Mateo.

Cristóbal llegó á la esquina, pero vió avanzar en la direccion que debia seguir un hombre á la carrera.

Aquel hombre era el tunante que habia escapado en busca de María.

Hácia él, aunque á gran distancia, se veian avanzar rápidamente luces.

Eran serenos.

El ladron, aturdido, siguió por la calle de Fuencarral adelante hácia la salida.

Esto salvó á Cristóbal, que corrió á lo largo de la calle de San Mateo, teniendo la fortuna de no encontrar ningun sereno.

A la entrada de la calle habia quedado un bulto tendido é inmóvil.

V.

Un sereno retrasado reparó en un objeto negro que estaba en medio de la embocadura de la calle de San Mateo.

Era el casquete, la gorrilla del que habia peleado con Cristóbal, que la habia perdido en la refriega.

El sereno recogió el casquete y reconoció el terreno.

A pocos pasos encontró, sobre un mar de sangre, un hombre muerto con las trazas mas legítimas de ratero y de bribon que podian apetecerse.

—¡Anda! dijo impasible el sereno moviéndole con el pié y viendo que estaba muerto. A tí te han dado ya lo que te hacia falta, compadre.

Y tocó una y otra vez su pito.

VI.

A los cinco minutos habia allí seis ú ocho serenos, cuatro parejas de guardias civiles, y poco despues un subinspector de policía.

—¡Ah! Vea usted, dijo este, que cuando se busca una cosa no se la encuentra, y al volvernos nos encontramos con que la tenemos debajo del brazo. ¿No sabeis quién es este?

Ninguno le conocia.

—Es el famoso Tirones, el asesino, el que mató hace un año al tendero de la calle de Amaniel.

—¡Ah! ¡Oh! esclamaron acá y allá.

—¡Pero muerto! Es lástima: nos han quitado el gusto de ver qué tal montaba á burro. Que vayan, que vayan á avisar al momento al señor juez de primera instancia del distrito.

VII.

Acudió este funcionario.

Se hicieron todas las formalidades legales.

Se llenó en fin la diligencia del levantamiento del cadáver, y como no habia nadie á quien prender, juez, escribano, inspectores, guardias y serenos se retiraron.

El cadáver fué conducido al hospital.

CAPITULO XXIX.

UNA TENTACION Y UN MISTERIO.

I.

María y Cristóbal habian ganado cada cual los lugares á que se dirigian.

María habia llegado á una casa antigua y de negra apariencia al estremo de la calle de Hernan-Cortés.

Abrió la puerta con mano trémula, entró, cerró y adelantó á oscuras por unas escaleras.

Sigámosla.

Despues nos ocuparemos de Cristóbal.

II.

La casa, aunque vieja y fea, era enorme.

María continuó subiendo á tientas las escaleras, y procurando no hacer absolutamente ruido.

De la misma manera habia bajado media hora antes.

Llegó á las buhardillas y abrió una puerta, procurando que la llave no sonase en la cerradura.

Entró, cerró, y atravesó una pequeña habitacion en que ardia una luz.

Dejó sobre una mesa el bulto, y se acercó anhelante á un lecho en el cual habia un enfermo, pálido, demacrado, en cuyos ojos brillaba el fuego de la fiebre.

Le miró con la solicitud de una madre, con el cuidadoso afan de una amante.

III.

—¿Como estás, Luis? le preguntó.

—¡Ah! Mejor, un poco mejor, alma mia, contestó el enfermo. La tirantez del cuello ha cesado de todo punto: han cesado tambien los latidos de las sienes, que me espantaban no sé por qué...

—¡Por Dios, Luis! ¡qué aprension tan terrible! esclamó María.

—Yo he nacido en mala hora... yo no he tenido un solo dia feliz.

—¿Ni uno solo, Luis?

—Sí, el dia en que te conocí, en que te miré, en que me miraste, en que bajaste los ojos, te pusiste encarnada, y al volver á alzar los ojos me miraste... como no me habia mirado nunca ninguna mujer: tú me hiciste amar la existencia, María.

—Tu frente no arde ya, Luis; tu pulso es mucho mas regular.

—Me alegro, porque no habrá necesidad de médico... Cuestan muy caras las enfermedades. ¡Dios mio! ¡y tú pobre! ¡velando! ¡trabajando!

—¡Ah! ¡no! Me entretengo, dijo María. Yo amo las flores; contrahacerlas es un placer para mí. ¿Y qué habia de hacer velándote? Ese no es para mí un trabajo.

—Cuando las cosas se hacen por capricho, dijo Luis, divierten, nos hacen olvidarnos un momento de nuestra tristeza... Pero es verdad... los tristes no tienen caprichos... hacen por querer hacer cuando nuestro pensamiento está negro, cuando solo se nos ocurren ideas lúgubres... ¡Oh! ¡eso es insoportable!... ¡eso es horrible!...

—Yo no tengo mas penas que tu enfermedad, repuso María. Por lo demás... estoy muy contenta... los ramilletes me salen admirables... ¡Oh! ¡sí! madama Leontina no me dejará sin trabajo, yo te lo aseguro; yo la pondré de moda su establecimiento, y toda mu-

jer verdaderamente elegante y delicada irá á buscar allí sus prendidos de flores.

—Pero tú lloras, María...

—No: lloro de consuelo... porque tengo asegurado el pan... Podré ahorrar para llevarte á Panticosa.

—María, María... tú sufres... tú has vuelto conmovida, te ha acontecido algo... tan tarde... por este Madrid lleno de vagos, de perdidos que viven de noche...

—No, nada me ha acontecido, dijo María; pero me he conmovido fuertemente, de una manera terrible... he visto matar á un hombre.

—¡Cómo! esclamó Luis incorporándose vivamente.

IV.

María refirió á Luis su encuentro con Cristóbal, y el lance que le siguió.

—Esto es un suceso estraordinario... un suceso terrible, María; pero en último resultado, ese hombre se ha defendido, ese hombre ha matado en defensa propia.

—Sabe Dios lo que le habrá acontecido: se quedaba empeñado en una lucha terrible con otro asesino, cuando yo salí espantada, salvando el objeto que me habia encargado me llevase.

—¡Un objeto! No me has hablado nada de eso.

—¡Ah! ¡sí! Estoy muy impresionada: las ideas se revuelven como un torbellino en mi cabeza... ¡Oh! Ese hombre me ha reconocido sin conocerme... me ha encontrado enteramente semejante á Clotilde, á mi hermana desconocida... á mi hermana, que tanto amaba mi pobre madre... que tanto amo yo sin conocerla.

—¡Siempre misterio!...

—¡Oh! Un misterio sepultado en una tumba... un misterio que yo no tenia esperanza que se aclarase... que durante un momento creí iba á esplicarse... Por eso seguí á aquel hombre, y ahora... otra vez las sombras... un incidente inesperado, un incidente espantoso, me ha separado de ese hombre: yo oí que me dirigió algunas palabras al escapar yo, pero el terror no me dejó comprender-

las: yo corria... corria... habia cogido maquinalmente el bulto... maquinalmente le llevaba conmigo... y era pesado... muy pesado.

—¿Y qué contiene ese bulto?

—No lo sé... Pero veamos... tengo una inquietud mortal. ¿Quién sabe lo que contendrá ese bulto? ¿si habré yo ayudado sin saberlo á un ladron?

—¡Oh! ¡qué idea! Los ladrones no se acometen los unos á los otros; se conocen todos... son camaradas. Pero veamos ese bulto, veámosle.

V.

María fué á la mesa.

—¡Ah! ¡Luis! ¡Luis! La primera señal es de muy mal augurio: esos objetos que he traido están contenidos en una funda de almohada.

—¡Ah! esclamó suspirando Luis. Esto es verdaderamente estraño. Pero veamos.

—¡Estuches, Luis, estuches! ¡pedrerías riquísimas!... ¡un aderezo completo, admirable! ¡Ah! Esto es un robo.

Y las manos de María abandonaron aquellos estuches.

—Ven, ven, dijo: pon todos los objetos sobre la cama: alumbra.

María llevó los estuches y la funda que contenia aún los valores en papel, y los puso sobre el lecho.

Luego alumbró.

VI.

—En efecto, dijo Luis: esto es bellísimo y de un gran valor, además de un gusto enteramente nuevo, completamente artístico. Sí, sí... un robo... ¿Y quién sabe? ¿Qué aspecto tenia el hombre á quien encontraste?

—El de un hombre honrado; y su acento, su manera... cuando al verme se asombró por mi parecido con Clotilde, todo revelaba á un hombre de corazon, de gran corazon. Pero ¿cómo esplicarse que estas riquísimas alhajas hayan sido trasportadas á tal hora, y contenidas en una funda de almohada? ¡Ah! ¡Sangre, Luis, sangre!

—¿Sangre?

—Sí. Mira: sangre restregada... sí, sangre. ¡Dios mio!

VII.

La sangre es terrible.

Parece que Dios la ha dado la mision de acusar los crímenes.

Josefa habia apartado á un rincon el cadáver del agente de policía, habia puesto un impedimento á la sangre para que no llegase al lugar que ella necesitaba ocupar, se habia lavado las manos y el brazo, habia lavado su puñal, y sin embargo, en aquella funda de almohada que la habia servido de saco aparecia una ráfaga de sangre roja en un punto oscuro, donde se habia enrojecido mas la tela.

—¡Robo y asesinato! dijo con acento profundo Luis.

—¡Robo y asesinato! esclamó María estremeciéndose toda.

—Las apariencias siempre engañan, esclamó Luis.

—¡Ah! ¿De quién fiar, Dios mio? esclamó María. Aquel hombre parecia el mejor hombre del mundo.

—Esto es para nosotros una nueva desgracia, dijo Luis pensando de una manera que hoy parecerá á ciertas gentes muy estraña, para las cuales aparecerá Luis estúpido: esto nos compromete.

—Es necesario ver la manera de librarnos de ello, dijo María. Aquí hay papeles... legajos... ¡billetes de banco! ¡Ah! ¡títulos de la deuda!

—Veamos, veamos si encontramos aquí algun nombre, dijo Luis.

VIII.

En vano se miraban y se remiraban los títulos.

Eran todos al portador.

En cuanto á los billetes de banco, ni siquiera los miraron.

Al ver si quedaba algo en la funda, María encontró dos llaves: una mayor como de puerta esterior de casa, otra menor como de puerta de cuarto.

—¡Un robo! Indudablemente un robo, dijo Luis, y un robo manchado con sangre.

—¡Ah! ¡Otra alhaja! esclamó María, que habia metido de nuevo la mano en la funda. Un retrato... ¡Dios mio! ¡Mira, Luis, mira! El retrato de mi madre.

Y María le besó delirante.

—¡Oh! esclamó. ¡Y yo que sentia una desesperacion infinita porque ni aun siquiera me habia quedado el consuelo de una fotografía de mi madre, y tengo este magnífico retrato en miniatura! ¡Mira, Luis, mira! Tú no la has conocido. Mira si yo mentí cuando te decia que era hermosa.

—¡María! esclamó Luis. Este retrato le poseias tú en tí misma, y mas bella y mas jóven.

—Mas jóven sí... mas bella... ¡oh! ¡no! ¡no! ¡Pobre madre mia! Y este retrato ha debido hacerse cuando ya era desgraciada. Mira, hay una nube de tristeza en su frente, tan tersa y tan pura... ¡Madre de mi alma!

Y María rompió á llorar.

—Es necesario sobreponerse, María... sobreponerse á todo, esclamó Luis, si no quieres caer tú tambien; que no sea yo solo quien vuelva al hospital...

—¡Oh! ¡no! ¡al hospital no! esclamó María, cuyas lágrimas se secaron de improviso. Es necesario ser fuerte, trabajar, ganar... procurar que te restablezcas... ¡Oh! ¡sí! ¡sí! ¡Pero esto, Dios mio! ¿qué hacer con esto?... Avisar á la justicia...

—Sí... decir á la justicia: ¡Prendednos! Hé aquí un robo con señales de sangre...

—¡Dios mio! Pero yo diré la verdad de lo que ha acontecido...

—No te creerán...

—Diré que he ido á buscar un médico para tí...

—Me encontrarán tal vez muy mejorado y encontrarán inverosímil, despues de un reconocimiento facultativo, que tú hayas tenido nesesidad de salir á buscar un médico... Además, juzgarian por las apariencias... no creerian que el ángel que me ha arrancado del hospital, que me cuida, que vela por mí, es puro como el fuego... ¡Oh! ¡no! ¡no! ¡imposible! ¿Quieres seguir mi consejo, María?

—¿Cuál?

—Quememos esos valores, arrojemos esos diamantes al pozo de las aguas inmundas.

—¡Ah! ¡la fortuna tal vez de una familia! ¡un depósito sagrado que la Providencia ha puesto en mis manos!... Eso seria una cobardía que podria traernos un remordimiento... Esperemos, Luis, esperemos... tal vez ese hombre no ha sido muerto... tal vez le han preso... Si le han preso... ¡oh! si le han preso, estas riquezas volverán á su dueño... Es necesario esperar; pero entre tanto, es necesario que ocultemos esto.

—¿Y dónde? ¡Ah! sí... ¿dónde?

Los dos jóvenes se quedaron mirándose inmóviles durante algunos segundos.

Aquel cuerpo de delito pesaba sobre ellos con una gravedad insoportable.

Al cabo María abrió una maleta vieja y casi vacía, y metió en ella los estuches, los legajos de valores, las llaves... solo conservó el retrato.

Cerró la maleta y guardó la llave en el pecho.

—Si el dinero fuese nuestro... pensó.

Y su frente se encendió de vergüenza.

Habia oido un gemido contenido de Luis, y una tentacion habia pasado por su alma.

Las almas generosas que se avergüenzan de la tentacion inherente á la debilidad humana como se avergonzó María, no pueden sucumbir á la tentacion.

Miró sus pobres flores, que eran toda su riqueza, y se sentó junto á la mesa, emprendiendo de nuevo su trabajo.

—¡Ah! ¿Todavía? dijo Luis. Son ya las tantas. ¿Cuándo vas á descansar?

—No tengo sueño...

—¡Ah! La miseria es horrible, esclamó desesperado Luis: ver á la mujer que se adora doblegada bajo el trabajo, bajo la fatiga, y no poderse levantar de un lecho de sufrimiento... no poder confundir á los infames que nos han hecho víctimas de sus miserias... no poder protestar contra las injusticias y acometerlas... y ser bravo... y rugir impotente como el leon herido de muerte... ¡Ah!

—¡Pero, Dios mio! esclamó María: ¿á qué esa exaltacion? Te impresionas... tú no meditas... ¿Crees tú que yo puedo irme tranquila á mi cuarto... acostarme?... ¿Crees tú que yo puedo descansar? ¿No comprendes que para mí cada ramillete que acabo es una alegría, porque cada ramillete representa veinte reales, ó lo que es lo mismo, veinticuatro horas de existencia? ¡Ah! ¡no! ¡no! Esto ha de estar concluido mañana... he perdido mucho tiempo... este es un trabajo pesado, delicado, largo... pero agradable...

—Sí, como es agradable para el que se siente morir el halago del vampiro... Sí, es verdad... veinte reales por un trabajo artístico... sí, artístico, porque donde quiera que hay armonía y belleza hay arte; porque toda semejanza á la naturaleza, porque toda suplantacion á la naturaleza es una obra de arte... ¡Los obreros! ¡siempre esas víctimas sangrientas del lujo!... ¡Ah! ¡Y esas afortunadas mujeres que han nacido para brillar, para gozar, cuando admiran uño de esos admirables productos de la industria, no ven que brotan sangre y lágrimas; no adivinan que tal vez una pobre madre ha confeccionado aquel adorno que ha de embellecerlas, al lado de la cuna ó del lecho de un sér querido, enfermo, tal vez agonizante, y que tal vez la mezquina retribucion de aquel trabajo ha servido para comprar un pequeño ataud azul y blanco ó la última medicina que ha ido á buscar su desesperacion! ¡Ah! sí, sí, es preciso que el lujo sea barato, es necesario no sucumbir bajo la competencia... ¿Qué importa el obrero?... Muchos pequeños productos mal pagados constituyen un grueso capital.

—¡Luis! ¡Luis! ¡por Dios!

—¡Oh! sí, sí; pero la sed del lujo, emponzoñando el corazon de todos, corrompiéndolo todo, sumergiéndolo todo, venga á los mártires del trabajo. ¡Oh! Saludemos á la corrupcion que marcha soberbia é insolente coronada de flores, embellecida por pedrerías envueltas en sedas y en encajes... ¡Ah! la primera arruga y la primera cana nos vengan... la bancarrota y el suicidio y la cárcel y el presidio y la agonía de todos los goces son nuestras vengadoras... ¡Oh! ¡adelante! ¡adelante! Dia llegará en que esto termine. ¡Adelante!

IX.

María callaba.

Sabia que contradecir á Luis, que procurar calmarle, era escitarle mas.

Luis estaba calenturiento, terrible.

Adoraba á María, y verla á aquella hora trabajando, con la hermosa cabeza inclinada sobre aquellas flores que alguna vez mojaba una lágrima, le desesperaba.

X.

María le dejó concluir su filípica terrible contra todo lo existente, y que nosotros suprimimos, porque con tal escitacion hablaba Luis, que á seguirle un taquígrafo, á poco, su elucubracion hubiera constituido un volúmen.

En vez de contradecirle, María hacia algunas observaciones en el mismo sentido, pero mas templadas, como queriendo hacerle descender de las altas regiones adonde se habia remontado.

XI.

Al fin María dijo:

—Vamos, ya puedo descansar.

—¿Sí, hija mia? la preguntó con afan Luis.

—He adelantado el trabajo, y mañana le concluiré cómodamente.

—Me alegro. ¿Por qué no te vas á tu cuarto? Yo estoy bien; como que no tengo calentura. En todo caso, yo tocaré al tabique.

—No, Luis, no; estaria inquieta. Mira, voy á acercar una silla, echaré la cabeza sobre la almohada, y así descansaré mejor.

—Si no has de descansar de otro modo, bien, dijo Luis. Esto es terrible... no habia necesidad de que pasáramos otra mala noche...

—Déjame. Así es mejor, dijo María.

Y acercó al lecho una silla y se sentó en ella.

—Ahora, no me des conversacion, dijo: estoy muy cansada: déjame dormir.

Y echó la cabeza en la almohada.

Luis guardó silencio.

Á poco, la fuerte respiracion de María pareció indicar que se habia dormido.

—¡Ah! ¡pobrecilla! esclamó Luis. Ella es mi dolor, mi amor y mi vida, todo á un tiempo. Si no fuese por ella, yo me hubiera levantado ya la tapa de los sesos.

Sucedió un largo espacio de silencio.

Luego Luis dejó oir un breve y persistente ronquido.

En el mismo punto María levantó la cabeza.

No dormia; pero era necesario que Luis durmiese.

El sueño es uno de los mejores medicamentos para los enfermos.

La pobre jóven se levantó.

Lloraba silenciosamente.

Se inclinó sobre el dormido semblante de Luis, le contempló, y luego, despues de algunos segundos, besó con la estremidad de los labios aquella frente sudorosa.

Luego se alzó.

—¡Oh! ¡la baronesa de Castell-d'oro! esclamó. ¡Ella le ama! ¡sí! ¡ella le ama! Yo he sido una egoista en arrancarle del hospital: ella hubiera acabado de apasionarse de él... Es millonaria, puede casarse con él... hacerle feliz... él no tiene valor para soportar la miseria... la miseria le matará... ¡Oh! Yo debia haber renunciado. ¿Quién sabe si el amor de la baronesa le hubiera consolado... hubiera acabado por embriagarle, por hacerle olvidarse de mí, que he nacido para causar la desventura de todo lo que amo?

Un torrente de silenciosas lágrimas inundó el semblante de María.

—¡Oh! ¡valor! dijo. Es necesario concluir nuestra tarea: volvamos á nuestro trabajo: nuestros recursos se acaban. ¡Oh! ¡sí! El trabajo es la única providencia de los pobres.

Y se sentó junto á la pequeña mesa y avivó la luz.

Luego sacó de su seno el retrato de su madre.

Le contempló un momento, le besó, le guardó de nuevo, y luego tomó sus hierros y sus telas y continuó su bello trabajo.

CAPITULO XXX.

UNA MALA COMEDIA QUE DESCUBRE UN MAL SECRETO.

I.

Aún no podemos llevar al lector á la reducidísima habitacion de Gabriela, adonde Cristóbal se habia dirigido.

No podemos dejar por mas tiempo atrás una escena que hemos apuntado hace algunos capítulos.

Alfonsina habia hecho llamar á Clara.

Clotilde se habia ocultado entre las colgaduras del poético, del elegantísimo y bello dormitorio de su prima.

Clotilde debia escuchar una conversacion que la interesaba, puesto que andaba en el asunto un retrato que habia venido de una manera providencial para una comprobacion casi segura del parentesco de Alfonsina y de Clotilde.

II.

Clara se habia presentado, no tan humilde como lo habia esperado Alfonsina.

—Señora, dijo: no sé con qué derecho don Julian me ha tenido encerrada, esto es, presa.

—¡Ah! ¿tú lo estrañas? dijo Alfonsina fijando en su doncella mas estimada hasta entonces una mirada profunda.

—Sí señora: yo no he cometido delito alguno.

—¡Cómo! Tú te has introducido en el cuarto del señor.

—Tengo derecho.

—¡Ah! ¿Y has tenido tambien derecho para forzar la cerradura de un mueble?

—Sí señora.

—Yo no te quiero decir que ese delito tiene un nombre en el Código.

—Yo no he robado, dijo con altivez Clara; yo soy incapaz de robar: yo guardo los diamantes de vuecencia, y sin embargo...

—Bien, sí; pero don Julian no ha visto mas que lo que ha parecido: ha sido además prudente...

—Sí, no ha dicho tal vez lo que creia de mí; pero me ha encerrado... toda la servidumbre estará en murmuraciones... yo estoy inquieta... yo quiero saber lo que se pretende hacer de mí... y digo inquieta, porque no me gustará decir á un juez ciertas cosas.

—¿Y qué cosas son esas?

—Que el señor marqués está obligado á mí, y que yo he estado en mi derecho procurando asegurarme de la lealtad del señor marqués.

Y Clara dijo estas palabras de la manera mas solemne, con la voz tranquila y con una perfecta sangre fria.

—La conducta del marqués es incalificable, dijo Alfonsina.

—Por lo mismo yo necesitaba pruebas para hacerle cargo de su incalificable conducta, y las he buscado. He podido, si mi objeto hubiese sido... *robar*, aprovecharme de algunas ricas alhajas, entre ellas del reló guarnecido de rubíes, perlas y diamantes, que es hereditario en la familia.

—Repito que no te acuso de robo, aunque este retrato de que te has apoderado esté orlado de pedrería.

—¡Oh! El señor marqués es muy espléndido para enriquecer los recuerdos de las mujeres que ama.

—Es necesario que me concedas que es muy estraña la conversacion en que me metes.

—Yo creo, señora, que yo soy una señorita, y que por servir á vuecencia no he dejado de serlo.

—¿Y quién lo duda? Eres huérfana de un valiente oficial, te has educado bien; pero tu padre hizo la carrera en casa, era hijo de uno de nuestros antiguos criados, se le protegió y se le alcanzó una charretera: él era un hombre de honor, gracias á la educacion que mis abuelos le dieron, fué bizarro y ganó sus dos charreteras; pero tu abuelo fué nuestro cocinero.

—Han pasado ya los tiempos de las genealogías.

—Y permite, sin que te ofendas, porque no me gusta herir á nadie: hace ya mucho tiempo que han venido á determinar pequeñas ridiculeces insoportables los tiempos de la insolencia.

—Yo sentiria mucho que vuecencia me creyese insolente.

—Insolente no, loca; pero no es tuya la culpa, porque nadie tiene la culpa de estar enfermo.

Clara se mordió el labio inferior con una mal encubierta impaciencia.

—Yo creo, señora, dijo Clara, que hay una cosa comun á todas las clases y á todas las situaciones.

—Sí: el deseo de mejorar...

—No, no señora: yo creo que esa cosa es el corazon.

—¡Ah! ¡sí! ¿Y qué entiendes tú por corazon? ¿escuchar á un hombre que se olvida de todo, cerrar los ojos, soñar...

—Eso seria un negocio... y aquí no se trata de negocio.

—¡Ah! Se trata pues...

—De amor...

—¡Amor! Esto es muy vago... ¡Hay tantas maneras de entender el amor!

—Señora, yo amo... Esto es todo lo que puedo decir á vuecencia.

—¡Amas! ¿Y la reflexion no se ha opuesto á ese amor?

—Vuecencia acaba de decirlo: yo estoy loca.

—Y mi tio...

—El señor marqués no me ha dado motivo mas que para creer que tambien está loco por mí.

—¿Tienes pruebas?

—Ninguna en que se trasluzca el interés.

—Es verdad: eso seria un poco difícil tratándose de mi tio, que segun dice, aprecia mucho el ser amado por sí mismo... Una manía como otra cualquiera. Siéntate.

—¡Señora!...

—No quiero que te canses.

—Gracias, señora.

Clara se sentó, y permaneció en una actitud que establecia siempre una distancia entre ella y su señora.

—Me intereso mucho por tí, dijo Alfonsina: me estás muy recomendada por mi padre y por mi abuelo, y ciertamente, si me muestro severa contigo es porque me irrita que te hayas dejado engañar. Me irrita tambien verme obligada á hablar así tratándose de un pariente tan próximo como el marqués, y que además es mi tutor. Voy á decirte además algo que es tambien estraño me vea yo obligada á decirte... pero es necesario ya que cese esta situacion en que nos encontramos, que se deslinden perfectamente las posiciones: yo no amo al marqués, no le he amado nunca, no le puedo amar. Esta conversacion no tiene otro objeto que salvar, si aún es tiempo, á una jóven que ha nacido en mi casa, que ha sido la compañera de mi infancia, á quien mis padres han educado desgraciadamente de una manera superior... sí, desgraciadamente, porque han levantado tus aspiraciones.

—Nuestro tiempo...

—Es un tiempo de insensatez... de caos... de igualdad por lo alto, de absurdo. Mientras exista la soberbia humana no podrá existir la igualdad. Hoy no se busca la igualdad del trabajo, de la virtud, de la sencillez, de la probidad, del corazon... no... hoy se ha renegado de todo, de Dios, del honor, del amor, de la amistad, de la caridad... hoy no hay mas que un ídolo, el oro... hoy la vanidad, el materialismo, el indiferentismo á todo lo que no es un goce grosero, lo corrompe todo... hoy el ídolo es el oro. ¿Pues no ves que canallas que ayer protestaban contra la aristocracia, acometiéndola de todas las maneras imaginables, apostrofándola en todos los tonos posibles, se han hecho crear marqueses y condes y duques despues de haberse enriquecido por vergonzosos manejos? ¿No ves que los

industriales educan á sus hijas como si hubieran de dejarlas una fortuna en armonía con la insensata educacion que les han dado? En nuestro tiempo la confusion, la locura, el afan de ser, de figurar, de gozar... ¡La igualdad! ¡sí! La igualdad de la riqueza, la igualdad por lo alto, la desvergüenza, el escepticismo, el robo y la infamia por todas partes, invadiéndolo todo, inficionando impíamente lo que aún queda puro, escarneciendo y enlodando todo lo grande, todas las sublimes aspiraciones que han producido tantos heroismos y tantas glorias... Cuando yo vea que el hombre es hermano del hombre, que la caridad es el único y grande principio social, que la virtud y el trabajo son el espíritu y el medio de la existencia, que se proscriben todas las tiranías, todos los abusos, todos los absurdos, que la humanidad es una gran familia, que la ostentacion no es necesaria, que la primera categoría son la laboriosidad y la honra, que el hombre en fin tiene la conciencia de su dignidad natural, de su derecho natural; cuando el dinero no sea un medio y una tentacion continua al crímen, entonces creeré en la civilizacion y en el progreso; pero mientras estas sean palabras escarnecidas, enlodadas, de las cuales se hace un uso ridículo, mientras que la soberbia hable en nombre del derecho, me encogeré siempre de hombros y no podré hacer otra cosa que llamar loca á una pobre muchacha que se ha enamorado, no de un hombre, sino de una posicion imposible.

—Yo no puedo contestar, dijo Clara, porque yo no puedo presentar mi alma á vuecencia para que lea en ella. Yo no he pensado en ser la mujer del marqués... yo no he aceptado del marqués un solo regalo... yo sabia demasiado que el marqués no se casaria con una doncella de su sobrina la señora baronesa de Castell-d'oro, y no he querido que el marqués tenga derecho á despreciarme como á una cosa que se compra.

Y Clara, levantándose, añadió con exaltacion:

—El marqués se ha arrojado á mis piés... el marqués ha llorado, ha suplicado, se ha desesperado, se ha puesto pálido, ha enfermado... Ha habido un tiempo en que si yo le hubiera dicho: «un casamiento ó nada,» se hubiera casado conmigo... pero yo no he querido ocupar una posicion ridícula, señora, y he resistido tanto,

que me he vuelto loca. Tengo pues por lo menos derecho á que se me compadezca, á que se me respete, porque yo, señora, he respetado rígidamente las apariencias, porque nadie ha creido que el marqués es mi amante; y si ahora se sabe es porque es necesario que se sepa que si he decidido mi porvenir aventurándolo á una pasion, no he sucumbido al robo. ¡No! ¡eso no! ¡esa es la última de las degradaciones!

—Eso no lo sabe nadie... nadie mas que yo...

—Eso lo sabe toda la servidumbre... Don Julian es un canalla... don Julian me aborrece porque le he despreciado.

—Si don Julian te ha acusado de robo, su despedida será inmediata.

—Permítame vuecencia, señora, dijo Clara viendo que la baronesa estendia la mano hácia el boton de un llamador. No me obligue vuecencia á que aquí delante de vuecencia me defienda de una suposicion infame diciendo la verdad y presentando pruebas.

—¿Pruebas?

—Sí señora, pruebas.

—¿De qué especie?

—Pruebas escritas.

—Vé por ellas.

—No hay necesidad: las traigo siempre conmigo. He tenido miedo á los celos de don Julian, á un registro, á un robo de mi armario... Don Julian es capaz de todo... ¿Y á qué esponerse á que todo el mundo supiera lo que yo no queria que supiese nadie? Hé aquí, señora, hé aquí...

III.

Y Clara sacó una cartera, y de ella un papel doblado.

Aquel era un documento público, un contrato de matrimonio, aunque secreto en forma, cuyas partes eran el escelentísimo señor marqués de Casa-Otero y la señorita doña Clara de Sanabria, señorita de compañía (así se habia cubierto lo de doncella), de la escelentísima señora baronesa de Castell-d'oro.

No faltaba ni el mas ligero requisito.

Alfonsina leyó aquel documento con asombro.

—¿Cree vuecencia, dijo Clara, que el marqués, irritado por mi resistencia, empeñado... hubiera vacilado en consagrar nuestro amor por la religion?

—¡Clara! acaba de una vez... Dame esa cartera, esclamó Alfonsina.

Y con un movimiento estraordinariamente rápido, imprevisto, arrancó á Clara la cartera.

—¡Ah! ¡no! ¡no señora! ¡no quiero! esclamó Clara. Yo lo he dicho... yo he respetado... yo estoy obligada á respetar...

Pero Alfonsina no la oia.

Habia abierto la cartera, y habia encontrado un documento indudable.

—Dispénsame, la dijo: te he ofendido. Eres una jóven admirable, Clara. En fin, ya está hecho. Lo siento, lo siento mucho, porque... yo no soy preocupada... la atmósfera de nuestro tiempo me ha envuelto tambien, modificando en mí las preocupaciones de mi familia; yo soy algo demócrata, pero en el buen sentido de la palabra... Comprendo que tú no hayas querido ni quieras afrontar la difícil posicion en que te encontrarias colocada si este matrimonio se hiciese público, pero para mí eres desde este momento, no solo la marquesa de Casa-Otero, sino una jóven respetable.

—He sufrido la injuria y he callado, porque no se dijera: se ha casado con él por ambicion, por una ambicion insensata, dijo Clara.

Y se echó á llorar.

—Yo no te he injuriado... dijo Alfonsina: he sido severa, y nada mas.

—No: vuecencia no me ha insultado... pero don Julian me ha llamado ladrona, y me ha dejado oir estas terribles palabras:—La señora es muy débil: de otro modo, ya estarias entre las de tu jaez en la Galera, bribona.

—¿Eso ha dicho don Julian?

—Eso ha dicho.

IV.

Por esta vez Clara no pretendió impedir que Alfonsina oprimiera el boton del llamador eléctrico.

Con tal energía le habia apretado Alfonsina, que el sensible llamador, como si se hubiese comunicado á él el flúido que agitaba violentamente á Alfonsina, produjo una especie de rugido, por decirlo así, un sonido estridente, raudo, poderoso, enérgico, largo.

Apareció una doncella.

—Á don Julian que venga, dijo Alfonsina.

—¡Ah! ¡señora, por Dios! esclamó Clara. El marqués me va á matar.

—No, no te matará: no tendrá por qué, yo te lo aseguro. Estos bribones tienen siempre en su conducta algun cabo suelto bastante fuerte para que pueda sujetárseles por él.

—Ese hombre, señora, es capaz de todo, se atreve á todo contra mí.

—Temblará cuando se acuerde de tu nombre, dijo Alfonsina.

V.

El mayordomo entró en aquel momento.

—¿Se ha convencido vuecencia, señora, dijo, de lo que es esta bribona?

—Julian, dijo secamente la baronesa: creo que no he preguntado á usted.

—¡Señora! esclamó don Julian sorprendido. ¡Ah! ¡ya! ¡calumnias!

—¿Qué insolencia es esta? dijo Alfonsina.

El mayordomo miró aturdido á la baronesa y á Clara.

—Tú lo eres todo en casa, dijo con desprecio Alfonsina á don Julian, hablándole por primera vez de tú: sí, todo: mi cajero, mi guardajoyas, mi guardaropa; todo, todo está á tu cargo. ¿Crees tú que no me has robado, Julian?

—Por eso he hablado yo de calumnias, señora, respondió temblando el mayordomo.

—Los inventarios demostrarán que el calumniado ha hecho lo bastante para ir algunos años á presidio... por ladron...

—¡Señora!...

—Sí: se toleran ciertas cosas... no sé por qué... por estar bien servidos... porque otro ha de hacer lo mismo... por la mala manía de la condescendencia, de la generosidad, que son estúpidas cuando se trata de canallas que juzguen debilidad lo que es tolerancia.

—¡Señora!...

—Convengamos en que me has robado audazmente, en que siempre tendré á mi disposicion pruebas bastantes para dar contigo en la cárcel. Has sido parco, es cierto, pero me faltan muchos de mis diamantes, por un valor á lo menos de diez mil duros... es poca cosa, y te lo agradezco: alhajillas de esas que se usan cuando están de moda, y que se olvidan cuando la moda ha pasado. Los grandes diamantes de la familia han sido respetados: otra vez gracias... pero no por eso has dejado de ser ladron.

—¡Señora!...

—No me obligues á que te pida cuenta de las alhajas por inventario.

—Eran pequeñas cosas que yo supuse que vuecencia no volveria á usar... una licencia...

—¿De ladron?

Don Julian bajó la cabeza.

—Ahora bien, continuó Alfonsina: ¿crees tú que si yo estuviera casada, que si sospechase que mi marido tenia una amante, y que el retrato de la amante estaba en uno de sus muebles, no tendria derecho á apoderarme de él?

—Indudablemente, señora.

—¿Ha tomado mas que un retrato de mujer de uno de los muebles de su marido, la escelentísima señora marquesa de Casa-Otero?...

—¡Marquesa! esclamó con vehemencia Julian.

—Yo no lo he dicho... esclamó vivamente Clara.

—¡Marquesa! esclamó creciendo en espanto don Julian.

—Sí, dijo Alfonsina. ¡Marquesa! ¿Qué tiene esto de estraño? El amor lo esplica todo... todo, hasta el crímen. Afortunadamente aquí no hay crímen: aquí no hay mas que el uso de su libertad por dos séres... Este casamiento ha sido secreto, y profundamente secreto continuará... de todo punto secreto, porque si tú usas de esta revelacion necesaria, te pierdo, Julian, te pierdo sin compasion...

—¡Ah, señora!

—Pero como tú eres un canalla que puedes atribuir mi dicho á la primera causa que te se ocurra, por infame que sea, mira.

Y dió los dos documentos á Julian.

—¡Ah! ¡Por Dios, señora! contestó Julian, que parecia aturdido, resistiéndose á tomar aquellos papeles.

—¡Lee! le dijo Alfonsina.

Julian tomó aquellos documentos, y los leyó el uno tras el otro.

—Yo estoy aterrado, señora, dijo á Alfonsina devolviéndola aquellos papeles.

—¡Aterrado! contestó Alfonsina mirando profundamente á Julian, que á cada momento le parecia mas bribon.

—Sí, sí señora, aterrado, porque lo hecho ya no tiene remedio, contestó Julian con la cabeza baja y el acento humilde y cobarde.

—¿Qué es lo que no tiene remedio? preguntó Alfonsina con el acento cada vez mas concentrado.

—¿Quién habia de creer, señora... respondió á cada momento mas humilde Julian. Yo no he notado el mas leve indicio de intimidad entre esta señora y el señor marqués: yo he creido que una mala tentacion...

—¿Qué? esclamó vivamente Clara mirando con firmeza á don Julian.

—¡Perdon mil veces! pero yo vi salir á esta señora del cuarto del señor marqués con una joya en la mano que se apresuraba á ocultar...

—Y bien: esa equivocacion está ya deshecha, dijo Alfonsina.

—Para mí indudablemente, pero no para los demás, dijo Julian pronunciando de una manera apenas perceptible estas palabras.

—¡Para los demás! esclamaron á un tiempo Alfonsina y Clara.

En el acento de la primera vibraba la indignacion; en el de la segunda, la soberbia irritada.

Las palabras de Alfonsina llevaban el sello de la verdad, del sentimiento con que habian sido pronunciadas.

Las de la segunda eran sensiblemente afectadas: se comprendia la comedia.

—Basta, basta, dijo Alfonsina. Comprendo: es necesario una reparacion completa. Bien, no nos detengamos... llama á toda la servidumbre, Julian... Es necesario que se sepa *que la marquesa de Casa-Otero* ha podido entrar en el cuarto de su marido ausente, y registrar sus muebles para satisfacer recelos... nada mas natural... Bien, perfectamente... ya veo que este casamiento no puede permanecer secreto sin que se lastime en la honra de su esposa la honra de mi tio... Y bien... estas son consecuencias precisas... Concluyamos... Que venga la servidumbre.

—¡Señora!... dijeron al par Clara y Julian.

—Que venga la servidumbre... Esto me fatiga... quiero acabar.

Julian salió, y la baronesa se sentó junto á la chimenea y permaneció inmóvil.

Clara, que se habia levantado, no se volvió á sentar.

Permanecia de pié en medio del gabinete, con la mano derecha apoyada en el velador y la cabeza inclinada sobre el pecho.

Pero la agitacion de esta representaba una escitacion terrible.

Conquistaba un lugar que habia asaltado poco á poco.

Alfonsina estaba vivamente irritada.

Habia comprendido al fin que aquello era una intriga, y mortificaba su amor propio el haberse engañado durante un momento, el haber creido durante un momento á Clara una admirable mujer.

La situacion era de todo punto repugnante para Alfonsina.

VI.

Julian volvió con una multitud de criados de ambos sexos, que se quedaron agrupados á la entrada del gabinete.

Alfonsina se levantó y tomó los dos documentos que estaban sobre el velador.

De ellos dió uno solo á Julian: la partida de desposorios.

—Lee, le dijo: que se enteren esos.

Y volvió á sentarse.

Julian leyó en voz alta la partida.

La envidia y el asombro se pintó en los semblantes de los domésticos, que no pudieron contener un murmullo harto significativo.

Cuando Julian hubo concluido, Alfonsina, sin levantarse, dejando ver en su posicion sobre el sillon y en la actitud de su cabeza el desden que sentia por todo aquello, dijo con voz seca y sonora:

—La marquesa de Casa-Otero no ha podido hacer ese robo, ni le ha cometido tomando una joya, que es un retrato de mujer, de uno de los muebles de su marido. Salid.

Todos salieron, inclusa Clara.

—Tú no, dijo Alfonsina dirigiéndose á ella: yo no puedo echar á mi tia como si fuera una criada.

—¡Señora!... dijo Clara, en la que se notaban los efectos de una terrible lucha interna.

—Nada, hija mia, nada: tú mereces sin duda la posicion que ocupas... El amor es una de las grandes razones de la locura humana... Has sido pura, honrada, y el marqués ha comprendido que te amaba tanto que no podia menos de unirse á tí... Este es un hecho consumado: una fatalidad ha dado ocasion á que se divulgue este secreto. ¿Qué le hemos de hacer? Antes que todo es tu honra: Véte á tu aposento, es decir, al cuarto de tu marido... Dispénsame si conservo este retrato que ha sido la causa inocente de lo que acaba de suceder.

—Buenas noches, dijo Clara.

Y salió.

—¡Ah! Dignos los unos de los otros, murmuró Alfonsina. Y bien: ¿qué me importa?

VII.

Clotilde apareció en aquel momento.

—¿Has visto? le dijo Alfonsina.

—Sí, he visto una infamia mas.

—¡Mi tio! ¡siempre mi tio! ¡siempre su inconcebible conducta! dijo Alfonsina. ¡El amor! No puede ser el amor el que ha hecho este casamiento monstruoso.

—El amor no, el dinero, murmuró Clotilde.

—¡El dinero! esclamó Alfonsina.

—Sí, indudablemente el dinero: al marqués se le han impuesto sin duda condiciones, se le ha obligado, y esta noche se le ha dado el golpe de gracia.

—Pero ¿cuáles pueden haber sido sus condiciones?

—El dinero, repitió Clotilde.

—Pero ¿qué dinero? ¿de parte de quién?

—De parte del marqués.

—¡Ah! Esa es una suposicion muy aventurada.

—El marqués, segun las noticias que de él me has dado, es un libertino.

—Sí.

—Pues yo creo, á pesar de mi falta de esperiencia, que un libertino no puede amar...

—¿Quién sabe? ¡Caprichos!

—No: una mujer vulgar, una mujer que representa una comedia como una mala cómica, no puede engañar á un hombre pervertido que lo ha conocido todo, que no tiene corazon... Al marqués se le han dictado condiciones.

—Puede ser.

—Despues ha sido necesario llegar al resultado de una intriga hábilmente sostenida, y se ha preparado la repugnante comedia de hoy: tu antigua doncella y tu mayordomo están en inteligencia.

—Y bien: todo se reduce á alejar de mí á esos dos bribones y avisar á mi buen tio las causas que me han aconsejado echarlos de casa: allá se componga el marqués con ellos. Me alegro, esto despeja mas mi situacion respecto al marqués... mejor dicho, me libra de él, porque á pesar de su audacia, no se atreverá á afrontar el ridículo en que le envuelve su casamiento con una de mis criadas. Yo voy á ocuparme en escribir á mi tio... pero tú es necesario que descanses: es ya muy tarde.

—Sí, te dejo entregada á esa ocupacion indispensable, dijo Clotilde, que estaba ansiosa por encontrarse sola y examinar al fin el contenido de aquella misteriosa cartera que tenia hacia tres dias oculta entre sus ropas, y que de tiempo en tiempo la hacia esperimentar sobre su costado una sensacion estraña.

Parecia como si la cartera hubiera contenido algo viviente de una manera misteriosa.

Una de las doncellas de Alfonsina, llamada por esta, condujo á Clotilde á un bellísimo aposento inmediato, compuesto de cuatro piezas; á un verdadero aposento de huésped de una casa rica.

VIII.

Clara entre tanto, armada de un candelero con una bujía, habia atravesado altiva y rígida por entre los otros criados, asombrados, los anchos corredores del patio de aquella antigua casa.

Se metió por un callejon que se abria en uno de los ángulos de aquellos corredores.

—La llave del cuarto del señor, Julian, dijo al entrar por aquel pasadizo, en cuyo fondo habia una grande y rica mampara de damasco amarillo.

Julian acudió.

Abrió la mampara, y apareció una puerta de dos hojas de roble bellamente tallado.

Estaban solos.

Julian abrió la puerta.

—Pase vuecencia, señora marquesa, dijo con un acento en que se revelaba la malignidad satisfecha: me parece que he estado bien.

—¡Oh! ¡sí! ¡admirable, Julian mio! contestó Clara. Gracias, muchas gracias.

—Pero es necesario concluir, dar el último golpe.

—Se dará; pero véte, no sospechen: cuando todos estén acostados, vuelve.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

Y Clara entró, y Julian salió del pasadizo, y delante de algunos criados que permanecian en los corredores, se metió en su cuarto.

Los criados, despues de haber murmurado algun tiempo, se recogieron tambien.

Poco despues, la gran casa solar de Castell-d'oro estaba sumida en la sombra y el silencio.

CAPITULO XXXI.

LA IGUALDAD POR LA INFAMIA.

I.

Las habitaciones que habian ocupado aquella noche Clotilde y Clara se comunicaban por dos puertas de escape y un corredor alfombrado.

Aquellas puertas de servicio correspondian á los respectivos dormitorios.

Aquel en que habia entrado Clara era grande, magnífico, ostentoso: tapicerías de seda, cortinajes elegantes en el lecho y en las ventanas, chimenea de jaspe de una muy bella escultura, muebles, detalles, todo rico, todo sencillo, todo de un gusto admirable.

Clara puso la bujía sobre el gran velador incrustado que se veia en el centro, y se sentó junto á la chimenea, que estaba apagada.

Hacia frio, pero Clara no le sentia.

La luz de la bujía oscilaba, y respondiendo á las oscilaciones de la luz se movian los cortinajes de una de las ventanas.

Aquella ventana estaba abierta.

¿La habian dejado sin duda así para que ventilase la habitacion, ó tal vez aquello habia sido un descuido?

Aquellas ventanas daban sobre el jardin.

Debajo de aquellas ventanas habia rejas.

Es decir, que aquellas ventanas podian escalarse con facilidad.

II.

Clara estaba en tal estado de preocupacion, de sobreescitacion, que como hemos dicho, no se habia apercibido del aire helado que penetraba en el gabinete.

Aquella ventana abierta estaba muy cerca del lecho.

Clara, sentada junto á la chimenea, se mantenia de espaldas á aquella ventana, á la izquierda.

La jóven permaneció durante un largo espacio pensativa, con la cabeza inclinada sobre el pecho y fuertemente agitada.

Se oia su respiracion.

—¡Sí! ¡sí! ¡marquesa! dijo: ¡marquesa! Al fin... él se irritará... se volverá contra mí terrible... pero ¿qué importa?... es mi esclavo... los cómicos pertenecen enteros al que posee su secreto... En vano pretenderá escapárseme: es mio. Despues... sí... sí... es necesario concluir: Julian me estorba... es necesario deshacerse de él... continuar engañándole, hacerle creer que quien me estorba, de quien necesito desembarazarme es de él... El dinero, la posicion... esto es todo... yo soy una señorita... sí... Alfonsina me ha llamado siempre su señorita de compañía... mi padre era un valiente capitan... un noble... ¿Qué importa que mi abuelo fuese cocinero?... ¡Pues qué! ¿no hay grandes de España cuyos abuelos fueron mozos de cordel? Yo era la señorita de Valcárcel; ahora soy la marquesa de Casa-Otero: él está arruinado: no importa... yo pondré órden en casa... yo haré el milagro del pan y de los peces... Julian me servirá de instrumento... Despues... despues los instrumentos que han servido y estorban, se rompen.

Clara volvió á caer en una profunda meditacion.

III.

En aquel momento, un bulto embozado en una ancha capa apareció en una esquina de la calle del Pez, torció á la izquierda y se metió por la calle de las Minas, á la cual correspondian las cocheras de la casa de la baronesa de Castell-d'oro.

Á una de estas cocheras se dirigió en paso firme y rápido el embozado.

Llegó, y llamó levemente con la mano.

Un postigo de la puerta cochera se abrió inmediatamente.

Apareció un fondo densamente tenebroso, en el cual penetró el embozado.

—¿Estás ahí, Damian? dijo una voz sorda, ronca, impaciente.

—Sí, señor marqués, contestó otra voz servil, voz de criado de buena casa que contesta á su señor.

—¿Podré yo llegar sin ser sentido al cuarto de la señorita?

—Sí señor; pero he tenido necesidad de romper un cristal para dejar franca una de las ventanas del dormitorio de vuecencia.

—Bien, no importa; aunque has elegido la entrada de un camino algo largo.

—La única posible: otra ventana que yo hubiera abierto hubiera sido cerrada, mientras que no puede serlo una de las ventanas del dormitorio de vuecencia, porque Julian no echará la llave.

—Pero es necesario abrir tres puertas: las dos del pasillo y la otra que comunica con los salones.

—Yo me he procurado llaves maestras: tómelas vuecencia.

—Gracias, Damian: me has hecho un gran servicio.

—Con tal de que venga pronto la boda...

—¡Oh! ¡sí! Adoro á la baronesa; pero ten en cuenta con que te hago un grande honor confiándote un secreto mio.

—Descuide vuecencia.

—He podido valerme de Julian; pero Julian me ha hecho una mala pasada.

—¡Malísima!...

—¡Cómo! ¿Tú sabes... se apresuró á decir el marqués, en cuyo

acento se reveló un estremo cuidado por las estrañas palabras de Damian.

—En la casa, señor, han sucedido hoy cosas singulares.

—¿Qué?

—Esta tarde Julian nos ha dicho á todos:—Doña Clarita... pues... la doncella favorita de la señora, la que se llama á todas horas la señorita de compañía de la señora, sin acordarse de que la peina, la calza y la viste, ha acabado en intolerable, es una bribona.

—¡Cómo! ¡cómo! esclamó alarmado el marqués. ¿Por qué dice eso Julian?

—Porque ha sorprendido á Clara dentro del cuarto de vuecencia cometiendo un robo.

—¡Cómo!

—Como que ella se habia procurado no se sabe cómo otra llave del cuarto: despues se ha visto cómo la podia tener.

—¡Cómo! ¡cómo! repitió mas cuidadoso el marqués.

—Sí, sí señor, dijo Damian con esa audacia de los criados que sirven de cierta manera en negocios oscuros á sus amos: la señora marquesa tenia sin duda una llave doble para poder entrar sin ser vista en el cuarto de su marido.

—¿Quién ha forjado esa calumnia, Damian? esclamó con voz rugiente el marqués.

—¡Ya decia yo! Esto debe ser una calumnia... una mentira audaz. ¿Por qué el señor marqués, que ha reñido con la señora baronesa hasta el punto de irse de su casa, quiere penetrar de noche, sin que nadie lo sepa, en el cuarto de la señora baronesa?

—¡Ah! dijo con un acento estraño, tembloroso de celos, amenazador, en una palabra, el marqués. Tú te has permitido aventurarte en deducciones...

—Yo tengo imaginacion, señor marqués, y la pícara no se puede estar quieta... Á despecho mio, de una cosa pasa á otra.

—Veamos, veamos lo que te has figurado, esclamó conteniéndose á duras penas el marqués.

—¿Para qué podia querer vuecencia penetrar sin ser visto en el aposento de la señora...

—Yo no he hecho de ello un gran misterio... Cuando me has

espresado tu deseo de que sobrevenga pronto un casamiento, te he dicho que adoro á la señora.

—Pues bien: si vuecencia quiere obligar á la señora á que le acepte por esposo... vuecencia no puede estar casado... esa partida de desposorios que se nos ha leido debe ser falsa... á pesar de que la señora baronesa ha reconocido como esposa de vuecencia á Clara, y como tal nos la ha presentado.

IV.

El marqués rugió.

—¡Oh! ¡esto es terrible! dijo: ¡terrible de todo punto! ¡La espantosa cadena forjada por los escesos que no puedo romper, y que á cada momento forjan un nuevo eslabon! Pues bien, continuemos la cadena. ¡Habla! ¡dime!

Damian contó al marqués todo lo que sabia como los otros criados.

—Será necesario que me sirvas en cuerpo y en alma, Damian.

—¡Oh! ¡sí! Serviré á vuecencia mucho mejor que le ha servido Julian.

—¿Y qué sabes tú cómo me ha servido Julian?

—Debe haber servido muy mal á vuecencia, cuando necesita de un nuevo servidor.

—No, no es eso: es que tú me ofreces mas garantías que Julian.

—¿Yo? esclamó con el acento un tanto trémulo Damian.

—Sí, hijo mio, sí: ni tú has sido siempre criado, ni te has llamado siempre Damian.

—¡Señor!...

—Creo que con esto basta para que nos entendamos.

—Basta y aun sobra, señor.

—Pues bien: tú serás leal conmigo, y yo lo seré contigo. Tu seguridad te obliga á servirme bien.

—Yo siempre hubiera servido bien á vuecencia.

—Veamos. ¿No tienes nada mas que decirme?

—Sí señor. La señora baronesa ha ido esta tarde al Hospital General.

—¿Sí?

—La he llevado yo.

—¿Y á qué ha ido al Hospital? Hoy no es domingo.

—No lo sé; pero en la portería ha encontrado á una jóven muy hermosa, aunque flaca y pobremente vestida, han trabado conocimiento, la señorita hermosa ha entrado en el carruaje con la señora baronesa, y luego hemos ido á estacionarnos en la puerta de la iglesia de Monserrat: ha sobrevenido un paleto que ha hablado con las dos señoras, luego hemos ido á la calle de la Magdalena, y las señoras y el campesino han entrado en una casa de pobre apariencia; el campesino ha salido al oscurecer, y cuando he traido á casa á la señora baronesa y á esa señorita, el campesino no habia vuelto.

—¿Y qué señas tiene esa señorita?

—Se parece algo á la señora baronesa, y la señora baronesa la llama prima.

—¿Y se ha quedado en la casa?

—Sí señor.

—¿Dónde la han aposentado?

—En el cuarto inmediato al de vuecencia.

—¿Qué edad tiene esa señorita?

—Como diez y siete años.

—¡Ah! ¡Si fuese ella! esclamó el marqués como hablando consigo mismo.

Y luego añadió:

—Basta por esta noche. Abre la puerta que comunica con el jardin.

Damian asió de la mano al marqués, y atravesando la tenebrosa cochera, le llevó á una puerta, que abrió.

El aire frio de la noche dió en el rostro al marqués.

—Aguarda aquí, Damian, dijo este.

Y adelantó por el jardin solitario y silencioso, completamente envuelto en las sombras que apenas dejaban ver de una manera vaga é indeterminada los esqueletos de los árboles deshojados.

V.

—Anda, anda, señor, dijo Damian: ya somos iguales: de hoy en adelante, de lo que tú te procures con mi ayuda la mitad será mio. Julian y Clara han hecho su fortuna á costa tuya. ¿Por qué no he de hacer yo á costa tuya la mia?

En aquel momento el marqués llegaba al pié de la reja por la que se podia subir á la ventana del dormitorio que habia abierto Damian.

CAPITULO XXXII.

UN DOBLE ACECHADERO.

I.

El marqués vió el reflejo de una luz en la ventana abierta.

—¿Qué es esto? dijo. ¿Quién está en mi aposento? ¿Habrán colocado en él á esa señorita que ha venido esta noche con Alfonsina? ¿Y quién será esta señorita?

El marqués permaneció durante algun tiempo inmóvil é indeciso, escuchando con una profunda atencion.

Nada se oia.

Era que Clara estaba todavía sola, y tan pensativa dentro del gabinete del marqués, como el marqués lo estaba al pié de aquella ventana por donde se podia entrar en el gabinete.

Todo dormia ó parecia dormir en la casa.

Todo era silencio cerca y lejos.

Aquel silencio no se rompia mas que de tiempo en tiempo por el sonido de la campana de un reló, ó por la voz soñolienta del sereno, que repetia cantando cada hora.

El frio era intenso.

Un viento desapacible prestaba de tiempo en tiempo á la noche un rumor leve, pesado, apenador, sacudiendo las ramas deshojadas de los árboles del jardin.

Belisario, el viejo y grande perro guardian, que á ser otro el que estaba en el jardin le hubiese acometido valientemente, se restregaba cariñoso contra las piernas del marqués.

II.

Despues de algunos momentos de vacilacion, el marqués se asió á los hierros de la reja con las manos crispadas; y sirviéndose de la reja como de una escala, trepó por ella.

Pero desde lo alto de la reja hasta los hierros del balaustre de la ventana habia un medio metro de altura.

El marqués ganó el último travesaño de la reja, puso en él los piés, se levantó, se estiró, se mantuvo en equilibrio, á riesgo eminente de caer, logró asir los hierros del balaustre, se izó, y al fin, sin producir el mas leve ruido, logró salvar el balaustre y colocarse en el hueco de la ventana, oculto por los cortinajes.

III.

Clara permanecia junto á la chimenea apagada, sentada en una ancha y magnífica butaca, con la cabeza apoyada entre las manos y profundamente pensativa.

Su semblante concentraba una espresion siniestra.

Se comprendia claro que pensamientos terribles, pensamientos de esos que llevados á la ejecucion traen una gravísima responsabilidad sobre la cabeza que los ha engendrado, se revolvian en su cerebro.

El marqués absorbia aquella espresion, y su mirada penetrante parecia como que queria traducir de una manera clara las tenebrosas intenciones que aparecian en el pálido semblante y en la mirada inmóvil y profunda de Clara.

IV.

Al fin esta se irguió como por resultado de un sacudimiento nervioso.

En la habitacion inmediata habia resonado el leve rechinamiento de una puerta.

Como por resultado de un cálculo, de una idea preconcebida, el semblante de Clara se dilató, sus ojos tomaron una espresion dulce y anhelante, la rigidez de su semblante desapareció, y en sus labios vagó una sonrisa tentadora.

Clara se observaba en tanto en el espejo que estaba sobre la chimenea.

Hacia un ensayo de gesto, de espresion, de actitud.

—¿Querrá engañar á alguien? dijo el marqués. Pero ¿quién será este alguien?

V.

La presencia de un hombre en el gabinete contestó á la pregunta del marqués.

Aquel hombre era Julian.

Vestia con afectacion, con pretensiones de agradar, y llevaba perfectamente peinados y cuidados los cabellos y la barba.

Llegó hasta el marqués un suave efluvio fragante al entrar Julian en el gabinete.

El mayordomo se habia perfumado.

Todo revelaba á un hombre que acudia á la cita de un amor no satisfecho aún.

VI.

Clara se volvió al sentir el leve ruido de los pasos de Julian sobre la gruesa alfombra.

Se sonrió como sonríe una mujer enamorada, y le tendió la mano.

Julian estrechó con efusion la bonita mano de la jóven, y luego la besó con una grotesca galantería.

Despues la atrajo á sí y pretendió rodearla la cintura.

—Tú te equivocas, Julian, dijo Clara rechazándole blandamente: tú no me conoces.

—¡Ah! esclamó Julian tomando de repente una séria espresion de disgusto. ¿Hacemos la comedia?

—Si yo no te amase tanto, dijo Clara, deberia ofenderme; y no sé por qué te amo: no me mereces.

—¿Tendrá usted la bondad de esplicarse conmigo, señorita? dijo el mayordomo sentándose de una manera grosera en la butaca colocada frente á la que ocupaba Clara junto á la chimenea.

—Usted lo ha dicho, señor mio, contestó sériamente Clara, pero dejando apuntar bajo su seriedad una sonrisa deliciosa: yo soy una señorita, una verdadera señorita, aunque pobre, y por lo mismo, ni mi educacion ni mis principios me permiten cometer una indignidad.

—¡Ah! ¡bien! dijo Julian. ¿Y qué es lo que tú llamas indignidad?

—Tener un amante teniendo un marido.

—¡Un marido que te he procurado yo usando de un secreto del marqués!

—Ciertamente. Que yo me haya valido de los medios que he tenido á mano para obtener la reparacion de una infamia del marqués, de un abuso de fuerza y de confianza, no quiere decir que yo haya de vulgarizarme como una perdida.

—¡Ah! Esto es una comedia de magia, esclamó Julian.

—¿Y por qué de magia?

—Porque tiene trasformaciones.

—¡Ah! ¿Tú crees que yo me he trasformado? Pues bien, tienes razon; pero mi trasformacion data de mas atrás.

—¿De cuándo, si gustas?

—Del dia en que comprendí en fin que te amaba y te lo confesé.

—¡Ah!

—Sí; aquello era una trasformacion, porque aquello era descender hasta tí.

VII.

Se puso pálido Julian, y miró de una manera amenazadora á Clara.

—No te irrites, mi buen amigo, dijo esta: yo soy hija de un caballero, de un valiente oficial: sirvo á la baronesa, pero en una alta condicion: mas que su doncella, soy su protegida; podia casi decir que su amiga.

—Una amiga que la peina y la viste...

—Por complacencia, por agradecimiento: como pudiera hacerlo con una hermana...

—¡Ah! Pues no creia yo que te considerabas tan alta. ¡Ya! ¡es verdad! No habla ahora Clara la criada; habla la escelentísima señora marquesa de Casa-Otero.

VIII.

El marqués sintió unos vivísimos impulsos de presentarse y de terciar en aquella escena; pero mas que confundir á aquellos dos bribones le importaba escuchar, y permaneció inmóvil.

No era el marqués, debemos decirlo antes de avanzar mas, la única persona que asistia oculta á esta grave conversacion de dos criados esplotadores de las debilidades, del desórden, de la disolucion de un marqués arruinado y capaz de todo; detrás de la débil puerta de escape que correspondia por un lado al gabinete donde estaban los dos pícaros, y por el otro á un pasadizo corto que terminaba en otra puerta que correspondia á un gabinete, estaba Clotilde.

IX.

En el momento en que esta habia quedado sola, y antes de entregarse á la ansiada inspeccion de aquella cartera misteriosa que poseia á costa de tanto horror, reconoció la habitacion en que se encontraba; fué á sus puertas, las cerró, tocó las paredes, hizo en fin un reconocimiento completo.

Ya han comprendido nuestros lectores que Clotilde, á pesar de su juventud, era sagaz, prudente, inteligente y firme de voluntad.

Su carácter íntimo estaba densamente envuelto por su reserva.

No adelantaba un pié sino despues de estar segura de la firmeza

de su posicion sobre el otro, y en las circunstancias graves no vacilaba ni un momento en tomar una resolucion decisiva.

X.

Al tocar á la pared, á la izquierda de la chimenea, el choque produjo un sonido hueco.

Allí habia sin duda una puerta cuyo encaje estaba simulado por los junquillos y por la ornamentacion dorada sobrepuesta al damasco blanco de que estaban tapizadas las paredes.

Clotilde oprimió todas las partes salientes de aquellos adornos, y al fin se abrió una puerta.

Clotilde se encontró á la entrada de un pasadizo de corta estension y como de metro y medio de ancho, alfombrado y con las paredes escayoladas.

Al fondo habia otra puerta semejante á aquella que Clotilde habia franqueado.

Por debajo de aquella puerta habia una línea luminosa, indicio claro de que en la habitacion inmediata habia gente.

Clotilde se apresuró á alejar la luz que tenia en la mano, á fin de que los que estuviesen en la habitacion inmediata no se apercibiesen de que junto á ellos habia alguien, á causa del reflejo que debia dejarse ver por debajo de la puerta.

Cuando hubo evitado esto, volvió; se apercibió de que dos personas hablaban en la habitacion inmediata.

Acababa de sobrevenir Julian.

Clotilde se acercó á aquella puerta y escuchó.

Era necesario aplazar aún el exámen de los papeles que contenia la cartera.

Dada á conocer la situacion de nuestros personajes, volvamos á Clara y á Julian.

CAPITULO XXXIII.

LO QUE PUEDEN PREPARAR LA ASTUCIA Y LA INFAMIA.

I.

—Yo creia que me habia asociado á un hombre inteligente, dijo Clara.

—Espliquémonos de manera que no haya lugar á ninguna duda, dijo Julian: yo lo he jugado todo por tí: el marqués me aborrece... y con razon... yo tenia un secreto suyo... un secreto terrible... el secreto de la muerte de su hermano... ese secreto me ha servido para casarte con él...

—Y bien... yo, comprometida, injuriada, deshonrada, me he valido de ese secreto y de tu amor...

—Es decir, que me has esplotado, que has llegado á ser, por medio de horribles sacrificios mios, marquesa de Casa-Otero; que no bastando esto, para que el marqués se vea obligado á reconocerte como su mujer te he ayudado á representar la comedia del robo del retrato, y al fin todo el mundo sabe que eres la mujer legítima de su escelencia.

—Y bien, ¿qué tienes que reprocharme todavía?

—Me entretienes, me engañas: yo estoy loco por tí.

—Espera.

—¿Y por qué esperar?

—Espera á que sea viuda.

—¡Ah! ¡ya! ¡sí! ¡qué delicadeza de ideas! ¡viuda! ¡es cierto! ¡tu dignidad!

—Sí, ciertamente, mi dignidad y mi seguridad. ¿Crees tú que se puede engañar de una manera grosera, vulgar, al marqués? ¿Crees tú que el marqués no me ama? ¡Ah! Yo he sabido enamorarle el alma, yo le he dominado, yo le he puesto la ley. Cuando sepa lo que ha sucedido, que me he valido de una intriga para hacer público su casamiento, se irritará, no por dignidad, no por soberbia, porque el marqués desprecia la opinion pública, sino porque el dejar de aparecer soltero contraría sus proyectos: se irritará, sí, se desesperará, pero á nada se atreverá contra mí: es mio.

—Y bien: vengamos á lo positivo. ¿Tú dices que me amas?

—Te lo juro.

—¿Que no serás mi amante?

—No: el marqués se apercibiria, y seria terrible.

—¿Y no te tarda ser mi mujer?

—¡Oh! Lo anhelo.

—Pues muy pronto puedes ser viuda.

—Y habremos cometido un crímen inútil.

—¡Cómo!

—El marqués está completamente arruinado.

—El marqués tiene hipotecadas todas sus rentas, es cierto, pero tiene muchos recursos secretos.

—Que no le bastan: es necesario ayudarle á reconstituir su fortuna, que será nuestra.

—¿De qué manera?

—Por herencia.

—¡Ah!

—Cuando yo sea casada...

—¡Ah! ¡sí! ¡sí! Es verdad: mueren en Madrid el setenta y cinco por ciento de los niños.

—Y las madres heredan á sus hijos.

—¿Hablas de buena fé, Clara?

—Con toda mi alma.

—¿Y cuánto tiempo tendremos que esperar?

—Seis meses... En ese tiempo podremos ayudar de tal manera al marqués... hay tantos grandes negocios que emprender, que sus rentas habrán sido desempeñadas... ¡Qué placer, Julian! ¡qué fortuna! ¡tú marqués de Casa-Otero y en posesion de la mujer que adoras!

Brillaron de una manera salvaje, terrible, los ojos de Julian.

Clara le dominaba, le fascinaba, le embriagaba, poniéndole en perspectiva la satisfaccion de avaricia, de la vanidad y del amor.

—¡Oh! ¡Y cómo nos divertiremos, llevando nuestros carruajes blasonados entre esos sencillos aristócratas que se dejan arruinar por sus criados!... ¡Oh! ¡Y que será de ver á esta y á la otra apartando de nosotros los ojos escandalizados! ¡Cómo les haremos rabiar eclipsando sus *soirées*, sus recepciones, con recepciones mas brillantes que las suyas, á que acudirán ansiosos todos los ilustres parásitos de Madrid que cierran los ojos á todo cuando los deslumbra el brillo del oro, cuando al dar esplendor á una casa remarcada por sus condiciones y por la historia de su riqueza, están seguros de sacar de aquella casa algun oro para calmar la ira de sus acreedores! ¡Ah! ¡Y qué felices vamos á ser, Julian! ¡qué felices con nuestro inmenso amor y nuestra posicion envidiable!

—¡Seis meses! murmuró Julian.

—¿Y qué son seis meses? Yo soy casi una niña, y tú eres un hombre todavía jóven. ¡Seis meses!

—¡Una eternidad!

—Un segundo.

—En fin, añadió Julian suspirando, no se llega á un lugar tal como el á que nosotros nos dirigimos, sin andar un camino áspero, pendiente, fatigoso, resbaladizo. ¡Paciencia!

—Y prudencia.

—No puedes quejarte de mí.

—Por lo mismo no quiero que me des motivo de queja, y exijo que te sometas ciegamente á mi voluntad.

—¿Pues no soy tu esclavo?

—Un esclavo que intenta la rebeldía.

—Estoy dispuesto á probarte mi sumision.

—Veamos.

—Veamos.

—Es necesario que te vayas, que no vuelvas á procurar estar á solas conmigo.

—¿Y cómo nos entenderemos?

—Fuera de aquí, muy lejos: delante de las gentes de la casa yo estoy despedido.

—Es verdad... tengo no sé cómo la cabeza... Mejor, así estamos á salvo de olvidos, de impremeditaciones, de imprudencias... Nos veremos mas frecuentemente, y sin peligro, porque yo saldré tambien de aquí. Ahora véte, te lo suplico.

—Creo que no me engañas, Clara, dijo Julian mirando profundamente á la jóven; pero si un dia me apercibo de que te sirves de mí, de que pretendes sacrificarme, lo arrostraré todo, todo, todo, y por castigarte, por castigar al marqués, me envolveré si es preciso en una terrible causa criminal: ten presente que yo te adoro, que me has vuelto loco, y que locos como yo son terribles.

—¡Ah! Yo tambien estoy loca por tí, Julian mio; yo tambien sufro de una manera terrible... Pero véte, véte: quiero hablarte un momento para tranquilizarte... pero estoy temblando: no reposaré hasta que me hayas dejado sola.

—Bien: adios y hasta la vista, que espero sea pronto.

—Sí, cuanto antes: adios... adios, repitió Clara con acento enérgico, viendo que Julian vacilaba aún.

El miserable salió al fin, dejando sola á aquella otra miserable.

II.

—¡Ah! esclamó Clara cuando hubo oido el leve rechinamiento de la puerta de salida del cuarto del marqués. ¡Véte, véte, estúpido! ¿Crees tú que yo voy á matar para enriquecerte, para ennoblecerte, al hombre á quien adoro. ¡Ah! ¡Cuando yo daria por él mi vida, mi alma! ¡Seis meses! ¡Antes de seis dias tú no podrás comprometerme!

La escitacion que dominaba á Clara le habia hecho decir en voz

alta estas palabras, acentuadas con toda la elocuencia de una pasion terrible.

El marqués las habia oido.

Despues de haberlas pronunciado, Clara tomó de sobre la chimenea una bujía, salió y reconoció todo el cuarto del marqués, que constaba de cinco habitaciones.

Temia que Julian se hubiese quedado dentro.

Pero Julian habia sido leal: habia salido.

Clara cerró las puertas por dentro, y volvió al gabinete.

Al entrar dió un grito.

El marqués de Casa-Otero, despojado de su abrigo, descubierto y elegantemente vestido, estaba de pié é inmóvil en medio del gabinete.

—¡Ah! esclamó Clara palideciendo de miedo. ¡Tú!

—Sí, yo, adorada mia, dijo el marqués. Pero deja, deja ese candelero sobre la chimenea; siéntate y hablemos.

CAPITULO XXXIV.

DOS ESTRAÑOS ESPOSOS.

I.

—Buenas noches, marquesa, buenas noches, dijo con un agudo sarcasmo el marqués: héme aquí completamente feliz, felicísimo, objeto indudablemente de la envidia de todo el mundo, adorado por una mujer estraordinaria: sí por mi vida, de todo punto estraordinaria.

—¿Cuándo has venido? preguntó Clara con acento seco y breve, fijando en el marqués una mirada profunda, valiente, serena, como la de quien nada teme de la persona con quien habla, por peligrosa que sea.

—Hace media hora larga, contestó el marqués. Pero, Clara, hace mucho frio: sé por la última vez sirviente: es un capricho: enciende la chimenea.

—La sirviente no, la amante, dijo sonriendo Clara.

—¿Y por qué no dices la esposa?

—Porque yo antes que tu esposa soy tu amante.

—¡Ah!

—Sí, y espero que tú me amarás tanto que un dia serás completamente feliz.

—Es necesario convenir en que á cada momento ganas mas á mis ojos, que te adoro. Posees una audacia, una sangre fria y una conviccion tal de tu fuerza, que te lo juro, te vas convirtiendo para mí en un sér terrible.

—Yo no quiero ser para tí terrible, sino adorable, contestó Clara, que habia sacado algunos pedazos de encina de la pequeña leñera adjunta á la chimenea, y los encendia. ¿Conque hace media hora que has llegado?

—Sí.

—¿Has oido pues...

—Sí... todo.

—Sabes entonces, dijo Clara sonriendo de una manera embriagadora al marqués, que tu vida me pesa, que deseo ser viuda.

—¡Ah! ¡ah! Yo me habia reido siempre de esos que creen en las mujeres satánicas, respondió el marqués: debia pues reirme de mí mismo.

—Muchas gracias por la galantería, caballero.

—¿Estás verdaderamente tranquila, Clara? preguntó con un acento que revelaba el asombro el marqués.

—Sí, yo arrostro valientemente las situaciones en que me ponen, ó mi torpeza, ó acontecimientos que no puedo prevenir: yo me he valido de Julian para representar esa comedia... tú has sobrevenido no sé con qué intencion, porque tú no debias suponer que yo estuviese aquí... nadie ha podido, á no ser que tengas aquí espiones, nadie ha podido decirte el buen éxito de mi comedia, porque hace poco mas de una hora que acaba de representarse. Arrostrada pues por mí la situacion, dispuesta á todo, vengamos á esplicaciones necesarias. ¿Por qué estás aquí? ¿por dónde has entrado?

—Por esa ventana.

—Bien. ¿Y á qué has venido?

—Estoy arruinado.

—Eso es ya viejo.

—Necesito reponer mi fortuna.

—Eso es cuenta mia.

—Yo quiero hacerlo por cuenta propia.

—¿Cómo?

—Comprometiendo el honor de Alfonsina.

—¡Ah! Tú te proponias... casarte... para casarte era necesario...

—Mantener secreto nuestro casamiento.

—Tú estas loco... contraer deudas terribles con la ley...

—Por muchas que contraiga ya, las contraidas anteriormente son bastantes para producir una liquidacion suprema.

—Lo pasado quedará sepultado en un misterio profundo.

—Tú has matado mis proyectos.

—No: todo se reduce á que es necesario buscar otro camino: yo le encontraré, y seguro, segurísimo, te lo fio... Alfonsina es nuestra... y he tenido celos de ella... perdóname... yo no sabia lo que me amabas.

II.

El marqués se puso pálido de cólera, pero se contuvo.

Clara estaba apoderada de la situacion.

El marqués habia sido demasiado débil respecto á Clara.

Se habia enamorado de ella.

La habia creido una presa fácil.

Clara se habia encargado de probarle hasta qué punto puede llevar á un hombre un empeño.

Porque cuando decimos que el marqués se habia enamorado de Clara, no hemos querido decir que la hubiese amado.

Para amar es necesario tener el alma noble, y el marqués la tenia infame, horrible.

La fresca, la enérgica hermosura de Clara, el candor hechicero de que sabia servirse como una cómica de primer órden, su pureza, su elegancia, su educacion de señorita que debia al afecto de Alfonsina, todo esto habia hecho sentir una especie de hambre al marqués por la jóven doncella de su sobrina.

El oro y la vanidad debian fascinarla.

Pero Clara era mas ambiciosa, mas soberbia que lo que el marqués habia creido.

¿Para qué deshonrarse, para qué recibir un precio inseguro é in-

fame si podia legítimamente satisfacer las aspiraciones de su ambicion y de su vanidad?

La astucia es una cualidad casi siempre inherente á la mujer.

Dios las ha hecho físicamente débiles.

Ha aumentado su debilidad echando sobre ella la terrible carga de la maternidad.

Pero Dios es justo, y ha creado las compensaciones.

Ese sér delicado, débil, encantador, mitad de la vida del hombre, y con mucha frecuencia su vida entera, tiene una fuerza infinita en sus medios de seduccion, en la viveza de su inteligencia, en la fuerza y en la tenacidad de su alma.

Parapetada tras de la debilidad aparente, seductora con todos los encantos que embriagan al hombre, le enerva, le vuelve loco, se sobrepone á él, le esclaviza, le hace su instrumento, y se aprovecha de la fuerza del que se ha acercado al peligro engañado por una mirada, por una sonrisa, por una palabra suspirante, y soñando ha caido en un abismo en cuyo fondo ha despertado para adquirir la terrible certidumbre de que aquel abismo es insuperable.

III.

Clara habia desplegado contra el marqués un terrible lujo de seduccion desde el momento en que comprendió que el marqués gustaba de ella.

Empezó por rechazar los regalos, por esquivar todas las ocasiones de ser encontrada á solas por el marqués: todo esto envuelto en la afectacion del mas rígido decoro, de la fuerza mas desesperante para un libertino de las creencias religiosas, de un agradecimiento, una afeccion y una lealtad inmensas para Alfonsina.

Esta conducta dió por resultado que el afecto de Alfonsina hácia ella creciese hasta convertirse en un cariño intenso.

Clara contestó con una severísima energía á las proposiciones del marqués.

Rechazó con indignacion sus ofertas, le devolvió sin abrirlas sus cartas; luego tomó por confidente de su corazon, como ella decia, á

una vieja avara, vendida en cuerpo y alma al marqués, que formaba parte de la servidumbre de Alfonsina.

Era esta señora doña Verónica de no sabemos qué, viuda de un intendente de Marina, y ama de llaves de la casa.

IV.

Esta señora no se habia atrevido á mezclarse directamente en aquel asunto; pero era un espía del marqués cerca de Clara.

Clara no tenia novio.

Clara era buena, sencilla, honrada, pura, impresionable, estremadamente delicada, un tesoro en fin.

Estos eran los informes que de buena fé doña Verónica habia dado al marqués de Casa-Otero.

Estos informes habian empeñado mucho mas al marqués.

V.

Un dia doña Verónica dijo á este:

—Dios perdone á vuecencia.

—¿Y en qué he ofendido yo á Su Divina Majestad? contestó el marqués.

—Está matando vuecencia á una pobre criatura.

—¿Eh? ¿qué? ¿Quién es esa criatura de la cual soy yo el impío Herodes sin saberlo?

—Clara.

—¡Ah! ¡Clara! ¡Clara! ¡Que yo la estoy matando!

—Sí por cierto, señor marqués.

—Veamos, veamos, doña Verónica: ¿en qué se funda usted?

—Ha enflaquecido y está pálida.

—Está en los momentos de su desarrollo... á los diez y siete años...

—A los diez y siete años no suspira, no llora, no se revuelve en el lecho una jóven sino porque su sufrimiento es amor.

—¿Y quiere usted hacerme entender que yo soy el amor de Clara?

—¡Oh! Tengo la seguridad de ello. Cuando la hablo de amores, Clara sufre, escucha, pregunta, se conmueve, agoniza...

—Doña Verónica, yo tengo motivos para creer que Clara ni aun siquiera piensa en mí.

—¡Ah! Eso es dudar de mi esperiencia, dijo produciendo una sonrisa que parecia una mueca doña Verónica.

—¿Está usted segura?

—Como de que hay Dios.

—En ese caso, doña Verónica... francamente... yo haré la posicion, la fortuna de esa muchacha... no diré á usted que la amo, pero me encanta... sufro... Un poco de caridad por parte de usted, doña Verónica.

Movió la cabeza doña Verónica como la mueven los médicos cuando creen desesperada la situacion de un enfermo, y contestó de buena fé:

—La virtud de Clara es sólida... Yo tengo la seguridad de que está apasionada de vuecencia; pero la creo con valor para el martirio.

—El auxilio de una persona tan esperimentada como usted puede servirme de mucho, dijo el marqués; y yo probaré á usted mi agradecimiento, si debo á usted la satisfaccion de esta hambre que mi corazon siente por esa criatura... Como usted comprende, un enlace es imposible.

—¡Oh! ¡qué horror! esclamó escandalizada doña Verónica. La union del ilustre marqués de Casa-Otero con una criada, aunque esta criada sea un pino de oro... amiga oculta, secreta, protegida, en una palabra... bien... pero una alianza, subir á marquesa y á grande de España la nieta de un cocinero de la casa... horrible, horrible, mil veces horrible, señor marqués.

Y doña Verónica, muy satisfecha de lo que acababa de decir, se sorbió con gran placer un polvo.

VI.

Se hizo entre la vieja y el libertino un contrato de oro y lodo, y doña Verónica aprovechó la primera ocasion en que encontró sola á Clara para servir al marqués.

Era una tarde de verano.

Clara estaba sentada en un banco rústico al pié de un grupo de castaños, en el fondo del jardin, en un lugar solitario del cual gustaba mucho Alfonsina.

Detrás habia un gruta de mirto, y de ella se despeñaba una pequeña cascada que dejaba oir un rumor monótono.

Clara estaba con la cabeza inclinada sobre el pecho y profundamente pensativa.

Habia sentido á doña Verónica, habia averiguado que era un instrumento del marqués, y se habia puesto en guardia: habia empezado á representar admirablemente su papel.

Cierto es que Clara sufria, que el marqués la gustaba; es mas, la enamoraba; que la ansiedad que sentia por realizar el sueño de su ambicion la habia hecho enflaquecer y palidecer; pero tambien es cierto que su alma enérgica no habia sucumbido ni durante un solo momento á sus proyectos.

VII.

—Si esto no es quitarse la vida, Clarita, dijo doña Verónica acercándose á ella, venga Dios y véalo.

—¿Yo? contestó Clara levantando la cabeza y fijando sus grandes y bellos ojos negros con una espresion de estrañeza en la vieja.

—Sí, hija, sí; y tengo de usted una gran queja, dijo doña Verónica sentándose al lado de Clara.

—Siento mucho, señora, contestó la jóven, causar á usted el mas leve disgusto; en todo caso, será involuntariamente.

—Sí, hija, sí, añadió doña Verónica: usted sufre, usted llora...

—¿Yo?...

—Aún tiene usted en los ojos la señal de las lágrimas.

—Me acuerdo de mi madre.

—A quien usted no ha conocido.

—Por lo mismo me hace falta.

—Lo creo: siempre hacen falta las madres á los hijos; pero usted no está tan necesitada de madre como otras: tiene usted la noble y decidida proteccion de la señora.

—A una madre en ciertas situaciones no la reemplaza nadie, señora. ¿A quién sino á una madre puede una jóven confiar sus penas, pedirle consuelos...

—¿Y consejos?

—Consejos no: yo sé lo que debo hacer, y lo haré.

Algo como la insensatez de la desesperacion empezaba á trasparentarse en los elocuentes ojos de Clara.

—Esto es grave, gravísimo, dijo doña Verónica: yo no creia que hubiese usted llegado á tanto.

—¡Cómo! ¡No comprendo bien!

—Que hubiese usted llegado á apasionarse de tal manera.

—¡Pasion! ¿Y por quién?

—Vamos, hija, los enamorados creen que nadie los mira, que nadie los oye, que nadie los comprende.

—Y usted ha comprendido que yo amo...

—¡Para que yo no lo comprendiera viviendo juntas en un mismo aposento, un lecho junto al otro!

—¡Ah!

—¡Para no pensar en una pasion cuando se oye el llanto silencioso por la noche, los profundos suspiros, la inquietud, el no dormirse hasta muy tarde!

—Sí, sí, es verdad; no sé lo que me sucede, no sé lo que siento, dijo Clara: yo estoy triste, muy triste, me ahogo, agonizo...

Clara hizo una ligera pausa.

Habia sentido detrás del banco un leve rozamiento, como si alguien hubiese penetrado en el bosquecillo de rosales que estaba á su espalda.

Doña Verónica habia sentido tambien aquel rozamiento.

Indudablemente le habia producido una persona.

Aquella persona era el marqués de Casa-Otero.

VIII.

Ni la vieja ni la jóven dieron muestras de haberse apercibido de ello.

Clara continuó:

—Agonizo sí, y no comprendo la causa: la busco en vano. Mi tristeza aumenta, la agonía de mi alma se hace insoportable.

—¿Y no tiene usted en su alma la imágen de un hombre amado?

Clara miró atentamente á doña Verónica.

—Tengo dentro del alma el dolor de un imposible, dijo al fin.

—¿De un imposible?

—Sí señora, sí: y á nadie diria yo esto; pero usted me inspira confianza, señora, y parece como que sentimos un consuelo en nuestro dolor cuando le revelamos á una persona digna... y no hablo de pedir á usted consejos, porque, ya lo he dicho, no los necesito... sé demasiado lo que debo hacer, y lo haré.

—Un momento, dijo doña Verónica: antes de que me haga usted ninguna confesion, y para que vea usted que no la necesito, voy á decir á usted quién es el hombre á quien usted ama, y por cuyo amor está usted desesperada.

—¡Cómo! ¿Usted sabe...

—Sí: el amor es muy imprudente, ó mejor dicho, es muy difícil ocultar el amor y el objeto que le causa. Usted, hija, tiene la desgracia de estar locamente enamorada del señor.

—¡Ah! esclamó Clara. ¿Y he dado yo motivo para que se crea...

—Poco á poco: lo sé yo porque vivo demasiado cerca de usted, porque he sido testigo de sus insomnios.

—¡Ah! ¿Y cree usted que el marqués puede haberse apercibido?

—El marqués es muy esperimentado: yo creo que debe de tener la seguridad de que usted le ama.

—¡Oh! ¡Puede ser!

—Se ha comunicado con usted.

—Me ha enviado recados, me ha ofrecido regalos, me ha escrito cartas; pero yo no he oido, no he aceptado, no he leido...

—¡Diablo! ¡diablo! Pues el marqués es tenaz.

—Importa poco: si él es tenaz en su libertinaje, yo soy tenaz en mi deber.

—Pero la pasion...

—Sobre la pasion está la dignidad.

—Bien, muy bien, hija... ¿Y usted cree...

—Creo que mi amor no puede satisfacerse, porque no habria

otro medio que un casamiento, y esto es imposible.. Yo no me deshonraré: dirian que me habia vendido... no creerian que me habia impulsado una pasion incontrastable... él, acostumbrado á vencer virtudes fáciles, me despreciaria... ¡Oh! ¡no! Es necesario que sepa que hay una pobre jóven capaz de todo, de apurar el martirio, de morir, antes que de dar ocasion á que él me despreciase, á que aumentase la lista de mujeres perdidas por él con mi nombre.

—¡Ah! Esto es magnífico, hija mia, magnífico, dijo doña Verónica asiendo con ambas manos la cabeza de Clara y besándola en la frente. Consuela el conocer á jóvenes como usted en una época en que la corrupcion lo ha puesto todo impresentable, inservible... Pero ahora me acuerdo, Dios mio... tengo que cumplir una órden de la señora, una obra de caridad, y es ya hora, la hora oportuna de que me vaya. Adios, y hasta luego.

IX.

La obra de caridad de doña Verónica era dejar sola en aquel lugar apartado, bajo la luz neutra y melancólica del crepúsculo, entre las tupidas espesuras de los arbustos, á Clara.

El marqués estaba á pocos pasos de distancia.

Debia haberlo oido todo.

Apenas se habia alejado doña Verónica, cuando dejando su acechadero, el marqués dió un rodeo y apareció en un sendero cubierto de césped.

Se acercó silenciosamente á Clara.

Esta tenia la cabeza inclinada sobre sus manos, y aparecia profundamente abstraida.

El espeso césped apagaba el ruido de las pisadas del marqués.

Clara, aunque le sentia aproximarse, permanecia inmóvil.

El marqués llegó hasta tal punto junto á ella, que pudo asirla las manos, dejarse caer á sus piés de rodillas, y sujetarla por la cintura.

Clara se estremeció.

Produjo un sacudimiento poderoso y se desprendió del marqués, delante del cual quedó altiva, pálida, irritada, como quien acepta un reto.

—Es inútil todo esto, dijo el marqués: lo he oido todo, lo sé todo... estaba ahí, detrás de tí, cuando hablabas con la buena doña Verónica.

—¿Y bien, señor marqués? dijo con acento brusco y seco Clara.

—Que no puedes negarme que me amas.

—No.

—Que estás loca por mí.

—No.

—Que yo soy tu eterno pensamiento de dia, tu eterno sueño de noche.

—Es verdad, contestó con voz estraña Clara y envolviendo al marqués en una mirada satánica, pero conservando su espresion severa é indignada y su altiva actitud de defensa.

—Tú debes de haber concebido algun proyecto, dijo escitado por la ruda provocacion de Clara el marqués.

—Sí: el de no dar ocasion de ser el miserable juguete de nadie.

—¡Clara!

—Estoy en mi derecho.

—Eres una loca.

—En buen hora.

—Sepamos en fin á qué atenernos.

—¡Á nada!

—¿Pero me amas?

—Sí.

—¿Y si me amas...

—Me reduzco á amar.

—Esto es inverosímil.

—No: esto es lo que debe ser.

—¿Decididamente?

—Decididamente.

—Te haré una posicion.

—Es mejor la que tengo.

—¡Me desafias!

—No.

—Claramente: tu objeto.

—No perderme.

—¿Y tendrás tú fuerza para resistir tu amor?

—La tengo hace ya mucho tiempo.

—¡Clara!

—¡Sí!... ¡sí!... ¡sí!... ¡yo adoro á usted!

Y Clara huyó.

Desapareció como una sílfide por entre la espesura.

X.

Al dia siguiente á la misma hora, el marqués volvió á aquel mismo sitio.

Allí estaba Clara.

Pero esta no se dejó sorprender.

Le salió al encuentro y le dijo:

—Muchas gracias, señor.

—¡Oh! Yo, yo soy quien te agradezco...

—¡Vuecencia! ¡Ah! Á vuecencia debe importarle poco el verme ó no: un capricho.

—¡Una pasion mortal!

—¡Mentira!

—¡Clara!

—Hay cosas que no tienen mas que una contestacion representada por una sola palabra.

—¿Cómo puedo yo probarte que te amo?

—Casándose vuecencia conmigo, respondió tranquilamente Clara.

—¡Muchacha!

—Yo no digo á vuecencia que se case: lo que digo es que esa es la única prueba que puede darme vuecencia de su amor.

—Pero ¿estás loca?

—No, porque juzgo imposible un tal enlace: por lo mismo, juzgo imposible la felicidad de mi amor.

—No te entiendo.

—Yo soy muy franca; y porque lo soy, voy á hacer una súplica á vuecencia.

—¿Cuál?

—La de que no vuelva á buscarme en este sitio ni en ninguno: los criados, que todo lo observan, podrian interpretarlo, y yo no quiero que se interprete nada acerca de mí.

—Pero...

—Si vuecencia se obstina en perseguirme me veré obligada á confiar mi situacion á la señora y á suplicarla me procure la entrada en un convento.

—Estoy muriendo por tí.

—Me alegraria: así sufriríamos de igual manera.

El marqués palideció de emocion.

Dió un paso hácia Clara.

Clara desapareció como el dia anterior.

XI.

El marqués estaba en buenas manos.

Habia tropezado con una niña físicamente pura, pero dotada de una imaginacion satánica.

Por otra parte, su juventud, su belleza y su pureza, la hacian terriblemente incitante para el marqués.

Durante dos meses, todos los recursos del viejo libertino, todas las malas artes del marqués, se estrellaron contra la astucia de Clara.

Hubo escenas dramáticas, entrevistas terribles, y al fin, irritado el marqués, convertida para él Clara en una de esas dificultades, el vencimiento de las cuales produce un momento de gloria, se casó con Clara, pero en secreto.

Hay que advertir que el marqués engañó á Clara; que aquel matrimonio fué una comedia, una farsa.

Triunfar, aunque á coste y costa, y hastiarse del triunfo, fué para el marqués cosa de un dia.

Nuestros lectores habrán comprendido que el marqués de Casa-Otero era uno de esos criminales frios para los cuales la palabra *conciencia* está vacía de sentido.

Clara comprendió que estaba amenazada, que era para el mar-

qués una cadena, y que se apresuraria á romperla en cuanto lo necesitase.

Pero sabia tambien que el marqués romperia su cadena de otro modo.

El arsénico es un grande auxiliar.

El puñal es escandaloso.

Produce sangre que mancha las manos, que mancha las ropas, que deja numerosos vestigios, fuertes hilos de Ariadna que guian á la justicia por el laberinto del crímen.

Lo que habia que temer del marqués no era una puñalada, sino un envenenamiento.

Clara no comió desde el momento en que se sintió amenazada, sino del plato de Alfonsina, á la cual no convenia esterminar aún al marqués.

La doncella que servia en su gabinete la comida á su jóven señora, podia muy bien alimentarse de la comida dejada por ella.

Esto era muy natural.

XII.

Pero tambien era muy natural que Clara pretendiera llegar al objeto, al resultado, al fruto de su larga intriga.

Era necesario que todo el mundo supiese que ella era la marquesa de Casa-Otero, sin que el marqués pudiera acusarla.

Entonces Clara pensó en un instrumento, y eligió á don Julian el mayordomo, que hacia mucho tiempo andaba enamorado de ella.

Ya sabemos hasta qué punto habia sabido engañar Clara á Julian, y hasta qué punto habia sabido servirse de él.

XIII.

Clara continuaba su obra.

El marqués, como hemos dicho, estaba sujeto por el momento.

Volvamos al lugar en que hemos interrumpido el diálogo de estos dos séres repugnantes, para poner al lector en algunos antecedentes.

—Los celos, continuó Clara, han traido la situacion en que nos encontramos; situacion que se ha hecho por sí misma, de la que yo no tengo la culpa. ¿Querias tú que yo pasase por ladrona? Yo habia sido sorprendida por ese miserable Julian con un retrato que yo habia sacado de uno de tus muebles, con el retrato de una mujer hermosísima, contenido en un medallon de oro orlado de diamantes. Era necesario decir la verdad: que yo habia tenido celos. Hé aquí empeñada mi honra: ha sido necesario que yo me declare á Alfonsina, y Alfonsina es tan delicada, que sabiendo que la servidumbre...

—Tú te olvidas de que yo sé, porque lo he oido, porque tú me lo has confesado, que todo esto no ha sido mas que una farsa tuya, representada por tí y por ese miserable Julian.

—Y bien, esclamó con violencia Clara: mátame si quieres; pero yo no podia vivir... yo tenia celos... sí... celos horribles... yo veia que llegaria un dia en que se me sacrificaria para poder llegar á poseer la mano de Alfonsina, y me he defendido.

—Sin mirar las consecuencias.

—¡Ah! Una vez dado el escándalo de tu union conmigo, has muerto para toda otra mujer, porque te habrás puesto en ridículo; si fueses rico, no faltaria alguna noble hermosura que se prestase á reemplazarme; pero estás arruinado, amigo mio: tu esperanza era comprometer á Alfonsina: eso no es posible ya: tu objeto era restaurar tu fortuna; yo te ayudaré. Y cuando vuelvas á ser rico, porque yo te habré ayudado á ello, ¿qué te importará que tu mujer tenga un orígen mas ó menos brillante? Yo soy hija de un bravo oficial, nieta de un cocinero... en buen hora; pero ¿cuántos nietos de algo menos que un cocinero son hoy admitidos y respetados por su oro en los salones? Yo haré tanto por tí que acabarás por adorarme, yo te lo aseguro.

—Y bien, sí... yo te amo, yo estoy loco por tí, dijo el marqués: tú eres la mujer que ha nacido para enloquecerme. Además, ¿qué alma encontraria yo en el mundo que se pareciese tanto á la mia? Nosotros somos el uno digno del otro: dejemos pues de mirarnos con prevencion, entendámonos completamente. Mañana vivirás junto á mí, y yo te presentaré de la mano á mis amigos, y les diré: Hé aquí la marquesa de Casa-Otero.

—Aún falta algo que esplicar.

—¿Qué?

—El retrato que he encontrado en tu secreter.

—¡Ah! Un retrato con traje de hace diez y ocho años.

—Pero tú no eres un jóven: hace diez y ocho años tenias tú veintisiete. Cuando despues de diez y ocho años se guarda un retrato de mujer, pueden quedar aún tales vínculos...

—¡Andrea! ¡oh! ¡pobre Andrea! dijo el marqués con voz ronca.

XIV.

Clotilde, que escuchaba aún, al oir estas palabras concentró toda su alma en sus oidos.

—¡Andrea! dijo Clara. Alfonsina nombra algunas veces á esa señora, que segun ella, fué hermana de su madre, y muy desgraciada.

—Sí, muy desgraciada, contestó el marqués con voz mas ronca aún.

—El nombre de esa señora debe estar enlazado á una historia lúgubre.

—A una historia siniestra, dijo el marqués.

—Quiero saberla.

—Y bien, sí, dijo el marqués; pero tenemos tiempo: esta noche es una noche de reconciliacion.

—No: ante todo necesito de toda tu confianza: quiero saberlo todo, todo, hasta tus crímenes. ¡Qué! ¿no somos el uno del otro? ¿Crees tú que me detendré yo ante nada?

XV.

El marqués estaba dominado por la fiebre, escitado por la influencia satánica de Clara, contrariado en sus proyectos, dominado.

Sus ojos dejaban ver una mirada errante como los de un loco.

Estaba en uno de esos momentos en que los criminales mas contumaces lo confiesan todo.

—Y bien, dijo: vas á escuchar una historia en la cual está la

primera causa de los acontecimientos de toda mi vida. Pero aguarda: aquí en mi armario tenia yo, y aún debe estar, una licorera bien provista: debe haber tambien cigarros: voy á ponerme en mejor situacion de sostener un largo relato.

Y el marqués fué á un armario, le abrió, sacó una licorera y un cajon de cigarros, los puso sobre el velador, junto á la chimenea, llenó las copas, encendió un cigarro, dió otro á Clara, que le encendió tambien, y empezó el relato siguiente.

CAPITULO XXXV.

UNA VIEJA HISTORIA.

I.

Clotilde comprendió que la historia que se preparaba á contar el marqués debia ser larga.

Por consecuencia, para no fatigarse, y para escuchar mejor, se sentó sobre la alfombra y pegó su oido á la puerta.

El marqués empezó de esta manera...

Pero, mi buen lector, yo prefiero contarte por mí mismo la historia en cuestion, porque yo la conozco mejor que la conocia el marqués, y porque de esta historia nacen consecuencias que el marqués no podia saber.

I.

Vivia en Sevilla allá por los años de 182... el viejo marqués viudo de Casa-Otero.

Esta casa provenia de la montaña de Santander.

Uno de los abuelos la habia ilustrado, no por sus hazañas, sino por su dinero.

Allá en 1700, Melchor Valle, pobre diablo, hijo de unos labra-

El marqués empezó de esta manera.....

dorcillos que apenas sacaban para la renta de un terreno tomado en arrendamiento, encontró que era muy duro estar todo el año al sol, al viento y á la lluvia y trabajando como un negro para sacar lo comido por lo trabajado, y aun siendo poco lo comido y malo.

Pidió pues á su padre su licencia y su bendicion, y como no tenia absolutamente dinero para el pasaje, se ofreció de pinche para la cocina de un bergantin que se hacia á la vela para la Habana.

Llegó al fin con buen viaje, aunque largo, saltó en tierra sin mas hacienda que dos camisas limpias y una que no se habia quitado durante el viaje, y se echó á buscarse la vida, entrando de muchacho de almacen en uno de azúcares y cacaos.

II.

Tenia entonces Melchor quince años, y era muy guapo, muy listo, muy amable, muy insinuante y muy servicial.

Era blanco, blanquísimo, rosado, de tez fina y trasparente, rubio, robusto, de bellas formas y bien proporcionado, y sonreia como un ángel.

Además era forzudo como un atleta, y muy pronto se hizo estimar por sus grandes servicios de fuerzas.

En muy pocas horas removia él solo los fardos del almacen.

Era muy fiel además.

Por lo mismo, don Diego Vargas de Figueroa, que así se llamaba el colono, el riquísimo criollo dueño del almacen, creyó mas útil que en el almacen en su casa á Melchor, y le llamó á ella, proveyendo en él la plaza de mayordomo que habia dejado vacante un negro, muerto algun tiempo atrás.

III.

Una gran simpatía habia unido á Melchor con su principal.

El padre de este habia sido tambien montañés, y como Melchor, habia llegado cuarenta años antes á servir con una mano atrás y otra delante, como suele decirse.

Pero le habia echado Dios en la buena casa de una viuda riquísima, jóven aún y buena moza, que se aburria de ser viuda, y encontró que podia salir honestamente de su aburrimiento casándose con el garzon de veinte años, robusto y buen mozo que la montaña de Santander habia criado para ella.

Matías, que así se llamaba este otro montañés, que desde que habia visto el buen empaque y la amabilidad de la viuda se habia enamorado de ella, se apresuró á decir que sí á la pudibunda y difícil declaracion de la dama, que era toda una señora; se casó con ella, y dió muchas gracias á Dios por haber llegado de una manera tan grata á millonario.

IV.

De este felicísimo matrimonio nacieron muchos hijos, un número horrible, incalculable; como que doña Estefanía cuando se casó solo tenia veinticuatro años, y estuvo echando hijos al mundo de una manera monstruosa, inconcebible, á uno por año hasta los cincuenta.

Pero escepto el primero, esto es, don Diego, todos los otros se morian antes de cumplir los seis meses.

Por último: Rosita, la postrer venida, y á la que como á los demás se contaba por muerta en el fatal plazo de seis meses, no se murió, y se encontró don Diego, ya de veintinueve años, y ya encargado de los negocios de la casa, y ya casado y con dos hijos, con una preciosa hermana blanca y rubia, que á la época en que entró como mayordomo en la casa Melchor Valle, contaba once años. Pero estaba tan alta, tan desarrollada, tan hecha en lo moral y en lo físico, que aparentaba diez y seis ó diez y siete, y ya andaban tras ella mas de cuatro golosos de oro y hermosura.

Porque de una parte era una soberbia moza preciosísima, gracias al sol tropical, á la naturaleza exuberante de nuestra Antilla, y habiendo muerto los padres, los dos hermanos habrian heredado á cincuenta millones de pesos cada uno; y en cuanto á hermosa, Rosita era un lucero, un prodigio.

En la casa habia otras cuatro jóvenes, hermosísimas tambien y

sobrinas de Rosita, pero todas mas viejas que ella, menos hermosas y menos ricas; como que tenian que repartirse entre cuatro un patrimonio igual al de Rosita.

La primera tenia diez y nueve años, porque don Diego se habia casado muy jóven.

La menor quince.

V.

Melchor pues se encontró con un coro de ángeles con alas de oro.

Y los cinco ángeles de aquel coro estaban á su cuidado y al de una vieja aya, porque la esposa de don Diego habia muerto, y este estaba en sus negocios ó en sus haciendas casi todo el tiempo.

Melchor cayó de piés en la casa.

Sus buenas prendas hicieron que se enamorasen de él la tia y las cuatro sobrinas, lo que produjo en la casa una especie de guerra civil que la conmovió profundamente.

Melchor tuvo el buen sentido de no adjudicarse á ninguna de las enamoradas, de no desairar á ninguna, de dejarse cuidar de todas, de recibir de todas, de avenirse á todas.

Pero sus deseos, sus aspiraciones, estaban fijas en la mas jóven, en la mas hermosa, en la mas rica.

VI.

Así pasaron, Dios sabe cómo y con cuántas dificultades, dos años.

La presencia del padre impedia las hostilidades entre las hermanas y la tia; hostilidades que volvian con mas fuerza cuando el papá se ausentaba.

La aya dejaba correr aquello, porque la única con quien se habia mostrado cariñoso y agradecido, aunque secretísimamente, Melchor, habia sido con ella.

Doña Marcela era una matrona arrogante, de cuarenta años y de muy buenos bigotes y de muy buenos pesos duros; y si no habia

pensado en apropiarse definitivamente al honrado garzon montañés, habia sido... ya lo sabia ella, por no causar disgustos á don Diego, que la estimaba mucho.

Causábale algo de celos, porque se moria de amor por el montañés, el ver el favor de que este gozaba con las cinco, pero se los aguantaba de miedo de que si decia algo á don Diego despidiese al disputado Adonis.

VII.

Pero esto debia tener su término.

Rosa habia entrado en sus catorce años.

Melchor en sus diez y nueve.

Las rivalidades de las hermanas entre sí, y de todas con la tia, habia llegado á su colmo. Al fin Rosa, desesperada, envió una calurosa siesta de verano á su negrita, á decir recatadamente á Melchor que niña Rosa queria hablar con él.

Doña Marcela estaba en cama de resultas de una hemorragia por las narices, y no pudo ni apercibirse de aquella entrevista ni impedirla.

Las tias estaban descuidadas en sus habitaciones.

Rosa se mecia en su hamaca con un veguero entre sus dientes de perlas cuando entró Melchor.

—A ver, míreme usted, señor mio, le dijo Rosa.

Melchor se turbó.

—Vaya, sí, dijo Rosa notando el aturdimiento en la mirada de Melchor: me alegro: nos casamos.

—¿Que nos casamos?

—¡Vaya! Nos queremos: yo tengo cincuenta millones y catorce años; mi hermano no tiene que meterse en nada, porque lo que yo quiero es lícito. Conque no hay mas que hacer: esta tarde nos vamos á ir á caballo con dos negros á la hacienda.

—¡Pero niña Rosa!...

—¡Pero niño Melchor!...

—Su hermano...

—Mi hermano no dirá que no; y si dice que no, yo diré que sí... Nada, á la hacienda esta tarde.

VIII.

Algunas horas despues, don Diego oia sin estrañarse las siguientes palabras de su hermana:

—Diego, yo quiero como á las niñas de mis ojos á Melchor.

—Bueno, mujer, contestó don Diego: Melchor es un buen muchacho, honrado, laborioso, buen mozo... Me parece bien...

—Pues al instante...

—¡Cómo, mujer!... Tanta prisa...

—Sí, porque si no me adelanto á decírselo yo hoy, se lo dirán mis sobrinas...

—¡Diablo! esclamó don Diego incorporándose en la hamaca y poniéndose serio. ¡Pues qué!...

—Sí... todas están enamoradas de él.

—¡Rosa!

—¡Diego!

—Pues cuanto antes, hija, cuanto antes.

—Mas aún: si se entera de esto doña Marcela, nos le roba.

Por aquella vez don Diego se echó fuera de su hamaca.

—Pues señor, dijo, no falta mas sino que tambien me enamore yo del mocito.

—Ya ves, hermano, que urge, si no quieres que nos arañemos todas.

—Sí, hija mia, sí, cuanto antes; pero hacen falta los papeles, hay que enviar por ellos á España, y tardarán lo menos cinco meses.

—¡Bah! dijo Rosita sacando de su pecho una preciosa cartera de seda color de rosa. Los papeles están aquí.

—¡Niña!

—¡Ya lo creo! Como que sin dar cuenta á nadie he enviado yo á un agente mio, ¿tú entiendes?... á un agente mio, al negro Colás, á España.

—¡Y decíamos que Colás se habia ido á la Sierra!

—Sí, se habia ido á la montaña de Santander.

—Pues hija, en cuanto se hagan las galas y dicho las amonestaciones, te casas y te vas con tu marido á España y con el negro Colás.

IX.

Así se hizo el casamiento de Melchor Valle con la riquísima, hermosísima y jóven criolla doña Rosa de Vargas y Figueroa.

No sabemos lo que sucedió á la viuda abandonada ni á las cuatro enamoradas doncellas.

Lo que sí sabemos es que por los años de 1704 llegó á la rada de Santander, en un bergantin propio cargado de barricas llenas de pesos fuertes mejicanos, y con una admirable rubia, don Melchor del Valle (habia añadido ya la partícula), para ser la envidia de todos sus paisanos y el regocijo de sus padres, que no creian lo que veian.

X.

La inmensa fortuna de Rosa sufrió algunas mermas.

La guerra de sucesion tenia á Felipe V sin un cuarto.

Melchor, á fuer de montañés leal por una parte, y por otra su mujer, ansiosa de brillo y de esplendor, socorrieron pródigamente las arcas reales, hasta el punto de que cuando se terminó la guerra de sucesion y Felipe V quedó pacíficamente asegurado en el trono, el inmenso capital de Rosita se habia reducido á diez millones de duros.

Pero como esto era bastante para titularse y para obtener grandeza de España, y como don Melchor del Valle de Sos, que ya se habia estirado á todo esto su apellido, tenia contra el real Erario cuentas por cincuenta millones de duros, Felipe V encontró muy cómodo espedir carta-cédula creando al ilustre y eminentísimo señor don Melchor del Valle de Sos, en premio de sus cuantiosos y enormes servicios, marqués de Casa-Otero con grandeza de España de primera clase.

Nunca se habian comprado mas caros un título y una grandeza de España.

Hoy estos artículos están mucho mas baratos.

Este era el orígen del título de Casa-Otero.

XI.

Vivia pues en Sevilla en 183... el viejo y viudo don Gaspar del Valle de Sos, cuarto marqués de Casa-Otero, gotoso, agriado y dado á los diablos, porque la nacion entera, escepto algunos centenares de miles de fanáticos, cometian la infame traicion, el horrendo sacrilegio de disputar la corona, de arrebatársela al señor don Cárlos V.

Esto era lógico.

El poseedor de un título y de una grandeza creadas por el señor rey don Felipe V, promulgador en España de la ley sálica que escluia del trono á las hembras, debia ser por agradecimiento carlista de todo corazon.

Don Gaspar no habia probado en la vida mas que amarguras.

Su hijo mayor Alfonso le era odioso.

Su madre habia dado causa á celos, no sabemos si fundados ó temerarios, á don Gaspar, á causa de cierto jóven capitan de navío.

Habia habido tempestades, aunque solapadas, en la familia, y una mañana habia aparecido el capitan de navío muerto de una estocada junto á la puerta del convento de Gerónimos, á orillas del Guadalquivir, sin que se supiera cuál habia sido el cuerpo cuya mano airada habia dado al difunto aquel pasaporte para el otro mundo.

No amaba mucho mas don Gaspar á su segundo hijo don Juan; tenia fundadísimos motivos para considerarle intruso, puesto que...

Pero nosotros nos limitamos á decir que causó mucho escándalo en Sevilla la muerte súbita, acompañada de furiosos dolores de tripas, de cierto padre trinitario, de quien el rumor público dijo haber muerto envenenado.

Pero no se supo nunca qué mano impía habia preparado la copa ó la olla podrida del buen regular.

Por último, tampoco amaba á su tercer hijo don Pedro, el marqués.

El nacimiento de este se señaló por el incendio de un pabellon de la quinta que tenia don Gaspar en San Juan de Alfarache.

La marquesa salió del pabellon en camisa y medio quemada, y hubo quien afirmó que habia visto entre el humo y el fuego agitarse como una forma humana que no habia podido salir.

Luego entre los escombros se encontraron dos espuelas y una espada medio fundidas, y se dijo que por aquella fecha se habia perdido un capitan del regimiento de caballería del Príncipe.

Pero ¿habia puesto alguna mano terrible fuego al pabellon?

Se ignoraba.

En cuanto á las espuelas y á la espada, podian muy bien ser del marqués.

El fuego habia alterado de tal manera la forma que no se podia sacar en claro si eran de militar ó de paisano.

En cuanto á doña Margarita, la esposa del marqués, se dijo que por salvarse de las terribles quemaduras que el incendio la habia causado, habia hecho voto de encerrarse por todos los dias de su vida á hacer penitencia en el convento de la Encarnacion; por supuesto con el permiso de su marido y la licencia del ordinario.

Algunos años despues, doña Margarita murió en olor de santidad.

XII.

El marqués, gravemente tocado de la cabeza, se habia ido á la quinta de San Juan de Alfarache, donde se habia encerrado, sin dejar que nadie, fuera de una escasa y vieja servidumbre, se acercase á él, ni aun sus hijos.

No habia hecho reconstruir el pabellon incendiado, ni que se reconociesen los escombros.

La justicia únicamente los habia reconocido en parte, y habia dejado de reconocerlos en el momento en que se encontraron las espuelas y la espada.

—¡Basta! dijo el asistente. Dios ha permitido este incendio.

Y aunque nadie comprendió las palabras del magistrado, no se volvieron á remover los escombros.

Las yerbas silvestres, la ortiga, la malva loca, el musgo, habian cubierto aquellas ruinas.

Muchas noches los viejos criados buscaban á su señor, y le encontraban sentado sobre lo mas alto de los escombros, á la luz de la luna, que prestaba un tinte verdoso á su perpetua palidez de espectro, con la mirada estraviada y temblando de frio aunque la noche fuese sofocante y calurosa.

Algunas veces, cuando le daban cuenta de alguna fechoría de sus hijos, que eran unos terribles calaveras, como que se habian criado libres del freno de la autoridad paterna, solia decir:

—¡Malditos! ¡malditos! Pero no, no, añadia inmediatamente: ellos no tienen la culpa.

Nadie comprendia el profundo sentido de estas palabras.

Todos creian que se referia á las calaveradas de sus tres hijos el marqués.

Y el estraño y terrible don Gaspar, con su humor negro, con su gota, con su misantropía, con su locura, continuaba pudriéndose en vida en la quinta de San Juan de Alfarache.

CAPITULO XXXVI.

CONTINUACION.—LOS TRES HIJOS DEL MARQUÉS DE CASA-OTERO.

I.

Eran estos el escándalo de Sevilla.

Vestian siempre á lo curro.

Llevaban siempre el cuchillo en el bolsillo y las pistolas en la faja.

Se habian criado en poder de un ayo, rodeados de domésticos serviles, y con dinero para todos sus caprichos.

Parecia como que su padre habia tenido empeño en educarlos mal.

Nadie comprendia esto.

Solo algunos viejos conocidos del marqués, decian cuando se trataba de estos tres jóvenes:

—Dios perdone á Casa-Otero: ellos no tienen la culpa.

II.

Alfonso contaba veintidos años, veintiuno Juan, y Pedro veinte.

Pero los tres eran de las peores inclinaciones del mundo, y aunque jamás se separaban, se aborrecian, y la noche que no encon-

traban á algun desdichado para maltratarle, se maltrataban á sí mismos.

No habia fiesta que no interrumpiesen con una imprudencia, ni tienda de montañés que no alborotasen con una pendencia, ni iglesia á la que no llevasen alguna impiedad.

Presos continuamente y castigados, nunca los castigos eran graves por la influencia de los amigos de su padre, que los disculpaban diciendo:

—Son jóvenes, ricos, se les da dinero á mano, y se les ha criado mal; pero ellos sentarán la cabeza: esto no pasa de ser calaveradas.

III.

Llegó un tiempo en que los hermanos se separaron, emprendiendo cada cual su vida por su cuenta.

Esto consistia en que los tres se habian enamorado, ó mejor dicho, en que se habian echado novias que los entretenian.

Esto hizo que cesasen sus calaveradas en comandita, y que se creyese que habian sentado la cabeza.

—No durará eso mucho tiempo, dijo el padre cuando lo supo: eso es que se preparan para faltas mas terribles.

IV.

Habian ordenado los médicos fuese á tomar los aires natales á la señora doña Eufemia de Arévalo, baronesa de Castell-d'oro.

Esta señora era jóven y estaba tísica.

Su tísis habia empezado á marcarse desde la muerte de su marido el baron de Castell-d'oro, acontecida en un duelo en Madrid, á causa de insultos causados por el ardor de una disputa política.

La pobre Eufemia era todavía muy hermosa, y la tísis, esa enfermedad que embelesa á sus víctimas, dándoles una languidez poética, la hacia encantadora.

Solo tenia treinta años.

Y sin embargo, su hija mayor Amalia solo contaba diez y siete, y diez y seis su segunda hija Andrea.

Las andaluzas son muy precoces.

Por un fenómeno singular, siendo ya mujeres completamente formadas á los doce eños, su juventud es larga, larguísima.

Las hay que á los cuarenta años parecen jóvenes de diez y ocho.

Eufemia se habia casado á los doce años.

Á los catorce tenia dos hijas.

Á pesar de la tísis, su juventud era poderosa.

Apenas representaba veinte años.

Sus hijas parecian sus hermanas.

El baron de Castell-d'oro era tambien jóven.

No habia cumplido aún sus treinta y seis años, cuando una estocada dejó viuda á la pobre Eufemia.

Hay otro rasgo muy comun en las andaluzas.

Aman pronto, y aman para toda su vida.

Un amor afortunado hace su felicidad.

Un amor triste las mata.

La tísis se apodera de ellas.

V.

Era conmovedor ver á Eufemia, con su frente pura y tersa de una forma hechicera, ligeramente morena, con sus grandes ojos negros y lúcidos, con su boca de un contorno hechicero y fuertemente voluptuoso, con su dulce garganta de cisne, con su magnífica cabellera negra ondeada, pálida como un cadáver, melancólica como el crepúsculo de la tarde en las riberas del Guadalquivir, riendo tristemente, de una manera casi sobrenatural, mientras fijaba en sus hijas una mirada enamorada.

Su traje, siempre negro, daba un lúgubre contraste á su enérgica hermosura.

VI.

Los libertinos de Sevilla la preferian á sus hijas.

Eufemia se veia obligada á despedir á sus doncellas para librarse de billetes importunos.

Salia, paseaba por sus hijas; pero se comprendia que el mezclarse entre el mundo la atormentaba.

Recibia gentes, porque no podia dispensarse de ello.

Iba al teatro, por sus hijas tambien.

Habia pasado hacia ya mucho tiempo el luto, aunque para ella no podia pasar nunca.

Pero el espectáculo no existia para ella.

Todos reparaban en sus profundas abstracciones.

Muchas veces sus magníficos ojos negros dejaban asomar silenciosas lágrimas, y crecia su palidez y temblaba.

Y era que su imaginacion de fuego la llevaba al momento en que su marido habia caido herido de muerte; momento que ella no habia visto, pero que se la representaba de una manera mas terrible aún.

Ni aun siquiera habia visto el cadáver.

La cruel piedad de los amigos se lo habia escondido.

¡Y es tan terrible recordar el momento en que un sér amado se ha separado de nosotros conmovido y pálido, sin que nosotros sepamos la causa de su palidez, de su conmocion; recordar aquel beso supremo que nos ha dado, recordar que no le hemos vuelto á ver y que hemos pretendido en vano levantar con el alma la tierra de su tumba para verle de nuevo!

VII.

Eufemia sentia estas impresiones íntimas cien veces al dia.

Y cien veces al dia su alma fundida en lágrimas salia por sus ojos.

Y su fiebre crecia.

Y crecia su languidez.

Y la respiracion se hacia mas difícil.

La tísis avanzaba, avanzaba, se apoderaba dulcemente de la jóven.

Eufemia sentia el paso acelerado de la muerte, y la temia por sus hijas.

¿Qué iba á ser de ellas, hermosas, jóvenes y ricas, entregadas á parientes interesados?

Para Eufemia, la muerte era la amiga que debia llevarla al lado de su marido; pero era á la par la amiga que debia separarla de sus hijas.

El amor de la madre luchaba con el amor de la esposa.

Y todo esto, trasparentándose en el bello semblante de Eufemia, la trasfiguraba, la convertia en una ilusion, en un sueño; la hacia irresistible.

VIII.

Amalia y Andrea, dentro aún del descuido de la juventud, no comprendian la enfermedad de su madre.

La creian triste, y nada mas.

—El tiempo la curará, decian.

Y ni aun sospechaban que el tiempo iba haciéndolas rápidamente huérfanas.

La juventud es la vida.

La juventud es la esperanza.

La juventud es el dorado dia sin nubes de nuestra vida.

IX.

Los tres hermanos vieron á las tres señoras, y sus novias perdieron mucho.

Empezaron á hacérseles insoportables.

Relacionados con las tres señoras por razones de clase y aun de parentesco, aunque lejano, los tres hermanos empezaron á reunirse de nuevo en la tertulia de la baronesa de Castell-d'oro.

Los tres se habian fijado en las tres.

Aquello era una empresa digna de don Juan Tenorio.

X.

La pobre Eufemia se vió inquietada en su dolor.

Los tres deliciosos hermanos la hicieron sufrir el uno tras el otro

y en pocas horas tres declaraciones de buen mozo seguro del éxito, tres declaraciones *sui generis*.

Eufemia se vió obligada á decir á sus criados:

—Cuando venga cualquiera de esos tres señores, que no estoy en casa.

Y como los tales Tenorios se presentaron cada uno de por sí al dia siguiente para volver á la carga, al encontrarse con que les daba con la puerta en las narices, se irritaron; pero se irritaron los unos contra los otros.

Cada uno de por sí creia que él habia estado oportunísimo en el verdadero terreno de la conquista de la rica jóven y hermosa viuda.

Se buscaron, se apostrofaron, se acometieron, y se supo en Sevilla que los tres hijos del loco marqués de Casa-Otero estaban en la cama, aporreados y malheridos, á consecuencia de la recíproca paliza que se habian dado.

XI.

Entre tanto Eufemia seguia muriéndose, y el marqués de Casa-Otero pasando horas enteras sobre las ruinas del pabellon incendiado, y muriéndose tambien á impulsos de la locura y de la gota.

Como segun el proverbio castellano, cosa mala nunca muere, los tres simpáticos hermanos se restablecieron casi al mismo tiempo; pero no se restableció la media armonía para el mal que entre ellos existia antes de su amorosa empresa contra Eufemia.

Los tres hermanos se habian convertido en enemigos irreconciliables.

Volvieron á la carga, pero acometiendo no ya de frente, sino de flanco.

Eufemia se sintió herida por la calumnia, asaltada por anónimos, en lucha continua con una servidumbre vendida, desvelada por músicas que los hermanos la daban, y por querellas que entre los hermanos estallaban terribles, á causa de estas músicas al pié mismo de sus balcones.

Adonde quiera iba Eufemia, allí iban los tres.

Ni aun en la iglesia encontraba refugio seguro.

Siempre alguna de las ávidas miradas de cualquiera de los tres buenos mozos se fijaba en ella.

Se encerró, y ni aun á los balcones la fué posible asomarse: allí, en la calle, estaban los tres, firmes en su empeño, el uno acá, el otro allá, el otro mas lejos.

Antes de dar el escándalo de ampararse de las leyes, y decimos escándalo porque la murmuracion hubiera comentado de mil maneras posibles la apelacion al amparo de las autoridades de la baronesa, esta se decidió á abandonar á Sevilla y volverse á Madrid.

En vano los médicos la dijeron que en el estado en que se encontraba un viaje podia ser para ella peligroso; además de que no la convenia el duro clima de Madrid.

—Si permanezco aquí, muero mas pronto, dijo la pobre Eufemia.

Y de improviso, como quien huye, de noche, á la sordina, se puso en viaje.

XII.

Cuando al dia siguiente acudieron los tres hermanos y se encontraron con la puerta y los balcones cerrados de la casa de la baronesa, creyeron que esta se habia encerrado á piedra y lodo.

—Nos teme, dijeron cada uno de por sí, coincidiendo en un mismo pensamiento: nuestra victoria está próxima.

Pero un caritativo peletero que tenia su tienda frente á la casa de la baronesa, les dijo que la señora, con sus hijas y con toda su servidumbre, habia marchado aquella mañana, dejando la casa vacía.

—¿Y adónde se ha ido? preguntó al peletero cada uno de los tres hermanos.

—Eso es lo que yo no puedo decir á usted, señorito, contestó á cada uno de ellos el peletero.

La verdad era que la baronesa, sus hijas y su servidumbre, habia desaparecido.

Solo habia quedado en la casa para guardarla un viejo criado, y este criado, por mas que se le pagó y se le amenazó, solo pudo decir que las señoras, con toda la servidumbre y su equipaje, en cuatro coches de camino, habian salido de repente de Sevilla; que el

equipaje se habia hecho en dos horas, y que no habian dicho adónde iban.

Esto debia constar por el pasaporte, y cada uno de los tres hermanos se atrevió á ir á preguntar al corregidor; pero este funcionario los recibió muy serio y muy hosco, y les respondió:

—No veo el derecho que pueda usted tener para saber adónde ha ido la señora baronesa de Castell-d'oro.

XIII.

En un mismo dia y casi á la misma hora, aunque en distintos lugares, montaron á caballo para ir á Madrid, donde suponian habia huido Eufemia, los tres hermanos.

Pero á la primera jornada, en Carmona, se encontraron en la posada del Sol.

—¡Cómo! ¿tú de viaje? se dijeron los unos á los otros.

—Sí, respondieron cada uno de por sí: yo voy á Córdoba.

A las veinticuatro horas se encontraron en Bailén, en la posada del Mudo.

—Yo voy á Granada, dijeron el uno al otro.

Pero aquella noche volvieron á encontrarse en las Ventas de Cárdenas.

Aquel no era ciertamente el camino de Granada.

Al fin los tres se confesaron que iban á Madrid en busca de la familia huida de Sevilla.

—Yo voy por Eufemia, dijo Alfonso.

—Yo por Amalia, añadió Juan.

—Yo por Andrea, dijo Pedro.

—Pues hagamos juntos el camino: esperemos la diligencia y tomémosla, dijo Alfonso; así iremos mejor, y no tendremos que apresurarnos por tomarnos mútuamente la delantera.

XIV.

Pero el viaje á Madrid fué inútil.

Los tres hermanos preguntaron á los parientes que tenian en la córte.

Nadie les dió razon de la baronesa de Castell-d'oro.

Se habia perdido.

No podia suponerse que estuviese en Madrid.

—¿Estará en Badajoz?

La baronesa tenia mucha hacienda en Estremadura.

Allá corrieron los tres hermanos.

En Badajoz tampoco se tenia noticia de la baronesa.

Preguntaron los hermanos al administrador de aquella señora en Estremadura, y ó este no sabia dónde estaba, ó no queria decirlo.

—Nos divertimos, dijo un dia Alfonso á sus hermanos comiendo con ellos.

Los tres se miraron y se echaron á reir.

—¡Y vaya si nos divertimos! observó Juan. Esto es mejor que fastidiarnos en Sevilla: lo hemos esplotado todo allí de tal manera, que ya nada tiene para nosotros interés. Los hombres nos temen y las mujeres se han puesto todas de un mismo color para nosotros; pero se nos va acabando el dinero, y es necesario recurrir al abuelo.

XV.

Escribieron al viejo marqués desde Badajoz, y esperaron allí la respuesta.

Esta no se hizo esperar.

Para otros hijos hubiera sido terrible.

El marqués estaba muy enfermo; los médicos le habian desauciado, y queria hablar con sus hijos antes de morir.

Esto les importaba muy poco desde el punto de vista del cariño.

Pero acontecia que con la muerte del marqués las circunstancias variaban de todo punto.

Hasta entonces la bolsa paterna se habia abierto por igual y sin tasa para los tres hermanos.

En cuanto el marqués cerrase el ojo, Juan y Pedro quedaban reducidos á la precaria situacion de segundones, atenidos á unos alimentos insuficientes.

Era indudable que Alfonso, el mayor, no seria tan generoso respecto á Juan y á Pedro como lo habia sido su padre.

Era necesario ir.

A Alfonso le importaba seguir á su padre aquella rareza de su ánimo para que no dejara muy mejorados á sus hermanos menores.

Á estos los llevaba un pensamiento contrario.

Era preciso arrancar, á la agonía de aquel padre loco á quien conocian apenas, cuanto mas pudieran.

Tomaron pues la posta, y tres dias despues los tres hermanos, compungidos, con el semblante completamente adaptado á la situacion y como si hubieran sido los mejores hijos del mundo, llegaron á la quinta de su padre, en San Juan de Alfarache, sobre la ribera del Guadalquivir.

CAPITULO XXXVII.

CONTINÚA LA HISTORIA.—LAS ÚLTIMAS PALABRAS DE UN PADRE MORIBUNDO.

I.

Era al principio de la noche.

La luna llena iluminaba el campo y el rio con una luz clarísima.

Á lo lejos, al fondo, se veia Sevilla y en medio de ella la altísima Giralda como un vigilante centinela, dejando ver en su parte superior como un ojo de fuego un punto luminoso.

Era sin duda la luz de la habitacion del campanero.

Á la izquierda corria el Guadalquivir con sus riberas orladas de altos árboles.

Los negros y espesos olivares rodeaban la quinta.

Todo era melancolía, tristeza, silencio cerca y lejos.

II.

Para llegar al edificio de la quinta, que era muy antiguo, habia que atravesar un ancho espacio murado, al cual daba entrada un portalon.

Desde aquel portalon á la quinta habia un arrecife, á cuyos lados corrian dos hileras de altos y copudos castaños.

Á la entrada de este cercado, de la parte de adentro á la derecha,

sobre un malecon construido sobre el rio, habia algunos paredones bajos, ennegrecidos, inclinados, determinando un recinto irregular.

Dentro de este recinto se veia un terreno accidentado con montoncillos caprichosos cubiertos de musgo y de ortigas y de malvas y adormideras locas.

III.

Sentado en un ancho sillon antiguo, blasonado en su respaldo, colocado en el centro de aquellos paredones sobre el montoncillo mas alto, y en medio de una espesura de plantas silvestres, habia un hombre envuelto en una bata roja y temblando de frio.

Este hombre, iluminado de lleno por la luna, parecia anciano, pero no podia determinarse su edad.

Mas que un sér humano era un cadáver viviente, demacrado, lívido, de piel mate rugosa, impura.

Su ancha y voluminosa frente, accidentada, con marcadísimas protuberancias, se prolongaba en una gran calva que no relucia: era una calva repugnante.

El viento de la noche agitaba las largas crenchas de su cabellera lacia, completamente cana, pero un cano cuya blancura era tambien repugnante.

Parecia que aquellas canas habian estado enterradas y habian tomado el color de la tierra.

Unos ojos pequeños, hundidos en sus alvéolos, relucian con el fuego mate de la fiebre, y se agitaban inquietos, malévolos, hoscos, terribles, impacientes.

Las manos secas, crispadas, de este espectro, se asían convulsivas á los estremos de los brazos del sillon.

Aquella cabeza estraña se movia continuamente en un sentido de arriba abajo, como las de esas figuras de yeso de movimiento con que se entretiene á los niños.

Aquel movimiento era tan repulsivo como el de esas bulvosas arañas que se mecen sobre sus patas en las bóvedas de las ruinas y en los techos de las grutas.

El aliento de este sér estraño era una especie de ronquido sordo y persistente.

Nadie le acompañaba.

Á alguna distancia, sentado en un banco bajo uno de los árboles del arrecife que cruzaba el atrio, por decirlo así, de la quinta, habia un criado que dormitaba.

IV.

Cuando sonó el alegre y sonoro ruido de las campanillas de los caballos de la silla de posta que conducia á los tres hermanos, el viejo, el espectro, el marqués de Casa-Otero en fin, se agitó convulsivamente, se asió con mas fuerza á los brazos de su sillon, y gritó con voz ronca y potente, con voz tan robusta que parecia imposible pudiera salir de aquel cuerpo aniquilado por la demacracion, por la atrofia:

—¡Silvestre! ¡Silvestre! ya están ahí esos malditos: abre el porton y tráelos.

Silvestre, que era el criado que dormitaba, se puso en pié de un salto, fué al porton y abrió completamente sus dos enormes hojas de roble.

Al mismo tiempo la silla de posta embistió al galope por el porton y entró en el atrio.

Se detuvo á poca distancia.

El postillon abrió la portezuela, y los tres hermanos, con elegantes trajes de viaje, bajaron.

—¡Ah! dijo Alfonso dirigiéndose al criado. Tú eres el viejo moscon Silvestre.

—Sí, señorito, contestó el criado.

—Pues mira, se necesita de toda mi memoria para haberte reconocido: no te he visto mas que dos veces, y hace un siglo.

—Como los señoritos no han venido desde hace un siglo á ver al señor, y yo siempre estoy á su lado...

—Parece que estamos amenazados de la desgracia de perder á nuestro padre, dijo afectando una emocion que no sentia Alfonso.

—Sí, señoritos, sí, contestó con una verdadera emocion Silvestre.

—¿No son ellos? gritó la ronca y poderosa voz del viejo de una manera mas vibrante, mas terrible que la vez anterior.

—¡Ah! ¡Nuestro padre está ahí! dijo Pedro.

—Sí, señorito, sí: no sé por qué se pasa gran parte de la noche en ese corral abandonado, dijo Silvestre. Pero vamos, señoritos, vamos, porque cuando el señor se impacienta se pone terrible.

V.

Los tres hermanos, preparándose cada cual para representar su papel, siguieron á Silvestre, que por un portillo de los paredones, y á través de las ortigas, las amapolas, las malvas y las adormideras, condujo á los tres jóvenes hasta el lugar donde se encontraba el marqués.

—¡Ah! ¡ah! Hélos aquí por fin, dijo el marqués soltando una carcajada ronca y estridente. Creia que no íbais á llegar á tiempo: una mano de acero agarra mis entrañas, tira de ellas, me las saca, y con ellas la vida... ¡Ah! ¡ah! ¡Sois escelentes, buenos mozos! Tengo un gran placer en veros antes de morir. Mi agonía ahora será dulce y tranquila: no tardará mucho en acabar esto: la tierra tiene hambre de mí, se impacienta porque no puede roer aún esta vieja armazon de huesos cariados. ¡Ah! ¡ah! ¡Mis valientes y hermosos jóvenes, yo os doy las gracias por el placer que me procurais! Véte, Silvestre, y no escuches; véte muy lejos: cuida de que nadie pueda escuchar.

Silvestre se retiró.

Los tres hermanos estaban delante del terrible moribundo, formando una especie de semicírculo.

—¡Ah, señor! esclamó Alfonso avanzando hácia el marqués: ¡qué dolor tan agudo es para nosotros ver á usted en ese estado!

—¡No te acerques, no me toques, maldito! esclamó el marqués pegándose con violencia en un movimiento de retroceso al respaldo de su sillon.

Alfonso retrocedió asombrado.

Los otros dos, que habian hecho un movimiento para acercarse al moribundo, se detuvieron y permanecieron inmóviles.

—¿Qué tengo yo que ver con vosotros, hijos de mala madre? esclamó el marqués. ¿Qué me importa nada respecto á vosotros, mas que consolar mi agonía con la certidumbre de que os despedazareis como lobos?

—¡Señor! esclamó con asombro Alfonso.

—¡No me llamas padre! dijo el marqués soltando una carcajada. No parece sino que os han contado la historia de vuestra madre. Y sin embargo, no la sabe nadie, la he guardado yo envuelta en mi odio: la guardan las heladas cenizas de estas ruinas. ¡Ah! ¡cuánto he sufrido por aquella miserable! ¡cuánto la he amado y cuánto la amo aún!

Una tos cavernosa, que parecia como que rasgaba al producirse el pecho del marqués, le interrumpió.

Los hermanos estaban aturdidos: no podian esplicarse aquello.

—Yo he callado, yo he callado, continuó el viejo: la amaba demasiado, y no queria que el mundo la despreciase á la infame, á la adúltera...

—¡Señor! ¡señor!... esclamó Pedro. Usted no sabe lo que dice: usted delira.

—Sí... deliro, es verdad... y este delirio dura desde hace muchos años, muchos, desde antes que nacieras tú, Alfonso, tú, el futuro marqués de Casa-Otero... y yo podria decir... ¡no! ¡no son mis hijos!... ¡mirad las pruebas!... ¡nada tengo que ver con ellos, con los malditos, con los hijos de la maldita! Pero ¡la he amado tanto! ¡la amo tanto aún! ¡amo tanto por ella á sus hijos!...

VI.

Los tres hermanos agonizaban de ansiedad.

Temian que en efecto el marqués tuviese pruebas de lo ilegítimo de su nacimiento; que sus palabras fuesen el sarcasmo de la venganza de un esposo ofendido, enloquecido, irritado, convertido en una bestia feroz por la indignidad de su esposa.

Ellos nada sabian.

Los que habian traslucido la historia de su madre, la causa de la feroz locura del marqués, habian callado.

Educados fuera de la casa paterna, puestos en malas manos, y por consecuencia mal educados, no habian estrañado que su padre pudiese pasarse muchos años sin verlos, y que en toda su vida no los hubiese visto mas que cinco ó seis veces.

Entonces comprendieron claramente aquella conducta, se la hizo comprender la dura, la terrible, la violenta revelacion del marqués, y temblaban de una manera visible.

—No os aterreis, dijo el marqués comprendiendo la situacion moral de los tres hermanos. El que ha callado, el que ha defendido por tanto tiempo su honor con su silencio, continuará callando algunas horas mas, que serán todo lo que pueda durar esto. Yo os amo, os adoro, porque sois mi venganza. Dicen que las almas de las madres, hasta de las malas madres, vagan alrededor de sus hijos; que gozan en su felicidad, que sufren con sus desgracias... ¡Ah! ¡sí! ¡yo os amo! ¿Qué queja podeis tener de mí? Me he metido en este destierro, he reducido mi servidumbre, no tengo ni caballos ni carruajes, no recibo gentes, cómo como un labrantin, visto como un aldeano, y todo por ahorrar, por atesorar para vosotros, hijos mios; sí, mis hijos, porque sois sus hijos, ¿lo entendeis? y como sois sus hijos, yo os amo como si lo fuérais mios. ¡Ah! ¡y cuánto dinero me habeis costado! ¡cuánto habeis gastado, mis queridos! ¡cuánto os ha hundido en el cieno de los vicios mi oro! Pero no habeis cometido aún el crímen, y es necesario que os hagais dignos de vuestra madre cometiéndolo; es necesario, es necesario que vuestra sangre tenga medios para revelarse tal cual es. ¡Ah! ¡ah! ¡oro! ¡mucho oro! ¡el oro es el ángel de la tentacion!... Yo os he guardado un tesoro.

Los tres hermanos no se atrevieron á hablar.

Guardaban un silencio de estupor.

Indudablemente el marqués estaba loco.

Sus pequeños ojos, encandescidos por la fiebre, pasaban con una mirada agresiva, malévola, con una mirada de demonio, del uno al otro de los tres hermanos.

VII.

Aquella era una horrible pesadilla.

A pesar del egoismo, de la casi insensibilidad del alma de los tres jóvenes, se sintieron oprimidos, helados, como si hubiera pesado sobre ellos la losa de plomo de una tumba.

Aquello no podia ser mas fantástico, mas terrible.

Parecia como que les hablaba desde la eternidad un espíritu maldito.

El viejo continuó:

—Sí: el oro es la facilidad continua para el mal: es el principio corruptor con que todo se envenena: es la enervacion del cuerpo y la muerte del alma. Cuando se ha dado á una criatura una tan buena, tan completa, tan esquisita educacion como la que yo os he dado; cuando se la entrega á la direccion de ayos y de preceptores tan buenos como los que yo he elegido para vosotros, mis buenos, mis escelentes hijos, vuestra madre me lo agradecerá allá desde el lugar en donde se encuentre, que yo no sé muy bien á qué atenerme acerca de esto... Pero vosotros decís bien... este viejo loco divaga... ¿Creerá que nos importa algo á nosotros lo que nos está diciendo? Teneis razon... estais aterrados porque todavía no veis claro acerca de vuestro porvenir... esto es, acerca de la cantidad de oro que yo puedo dejaros. Tranquilizaos... todos quedais igualmente ricos... yo soy muy justo. La vinculacion y el título y la grandeza de España son de Alfonso, le corresponden; es... mi primogénito. Pero yo he ahorrado la mitad de mis rentas durante veinticuatro años... la otra mitad la habeis gastado vosotros... por igual: yo no he olvidado que la igualdad es el principio mas precioso de ese compuesto que se llama justicia, y que cada época, cada civilizacion, cada nacion ha condimentado á su manera; pero ningun legislador ha prescindido de lo igual, salvo la salsa picante de los privilegios que una y otra generacion oscura de entendimiento y de dignidad ha mezclado al guiso... Pero teneis razon: mi locura es insoportable: yo me meto en comentarios: ¡ya se ve! me he pasado tanto tiempo privado del placer de charlar con vosotros, mis queridos he-

rederos, que nada tiene de estraño que aproveche esta última ocasion para satisfacerme... Pero es necesario que el mundo nada tenga que decir... Esto se acaba, y la religion me espera... Es necesario someterse á aquello de á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César... La mano de acero que me amarra aprieta mas y mas. Todo lo que tenia que deciros os lo he dicho ya: que os amo, que os adoro, que pago en vosotros á vuestra madre una deuda de agradecimiento, que os dejo ricos, muy ricos: esto os lo dirá dentro de tres dias mi testamento.

La voz del loco, tonante, terrible, áspera al principio de esta escena, se habia ido apagando, mezclando con aquella tos espantosa, debilitándose, perdiéndose.

La agonía avanzaba rápidamente.

—Idos, dijo: nada teneis que hacer ya aquí... idos.

—¡Señor!... dijeron los tres avanzando hácia el marqués.

—¡Atrás, malditos, atrás! esclamó este. No me toqueis... no me toqueis... idos... yo os maldigo... y al maldeciros os cubro de oro.

Los tres hermanos se retiraron aterrados.

Aquella situacion los dominaba.

Salieron de las ruinas y llamaron á Silvestre.

—El señor necesita de tí, dijo Alfonso: acude.

VIII.

Poco despues, el marqués fué trasladado por cuatro criados á la casa, y entregado á un confesor que habia acudido de Sevilla.

Aquel sér maldito, aquel réprobo, seguia engañando al mundo.

El Viático fué con gran pompa en un carruaje.

Al amanecer habia muerto el marqués de Casa-Otero.

IX.

Tres dias despues, los tres hermanos, completamente vestidos de negro, asistieron á la apertura del testamento.

No se podia dar mas amor ni mas justicia á sus hijos.

Cada uno de ellos recibia en dinero veinticinco millones de reales.

Cierto es que Alfonso salia mejorado, puesto que heredaba los bienes vinculados; pero esta mejora era solo en la apariencia, porque desaparecia á causa de las hipotecas con que estaban gravados aquellos bienes.

—Tendremos pleito, dijo Alfonso: las deudas deben pagarse del dinero existente.

—Esto es muy cuestionable, dijo el notario: no está previsto: es muy raro que quien puede pagar deudas que están creciendo por sus intereses, no las pague.

—¡Pleito! ¡pleito! dijo Alfonso, que veia con sobrecejo que sus hermanos quedaban tan ricos como él, que habia esperado humillarlos y ponerlos fuera de combate cuando muriese su padre.

—Pues pleito, dijo el notario.

Hé aquí una herencia que el marqués habia dejado á sus hijos, y que no constaba en su testamento.

CAPITULO XXXVIII.

SIGUE LA HISTORIA.—LO QUE PUEDE PRODUCIR UNA LLAVE DE GENTILHOMBRE.

I.

Es costumbre, con arreglo á la etiqueta de la córte, que cuando muere un gentilhombre, su heredero se presente al rey y le entregue la llave de oro, representacion del cargo que el difunto á quien ha heredado ha tenido en la casa real.

Con arreglo á esta costumbre, el nuevo marqués de Casa-Otero, don Alfonso del Valle de Sos, dejando entablado un terrible pleito contra sus hermanos, se fué á Madrid para entregar al rey la llave y para pedir las reales cartas de sucesion en el título y en la grandeza de España.

La córte estaba en la Granja.

Allá se fué Alfonso y pidió audiencia al rey, que estaba ya amagado gravemente de su última enfermedad.

El rey, como sucede casi siempre en estos casos, dejó la plaza de *su padre* á Alfonso, asegurándole que estaba muy satisfecho de la lealtad y de los buenos servicios del difunto marqués.

Al poco tiempo, Alfonso recibió sus cartas de sucesion y fué presentado en la córte como marqués de Casa-Otero y grande de España.

II.

Era rico, jóven y buen mozo.

Su nobleza, como sabemos, no era ni muy antigua ni muy clara.

Pero ¿qué importaba esto?

La verdad era que tenia cuatro millones de renta.

Hizo las visitas de rigor á sus iguales que se encontraban en la Granja, todos aquellos que tenian hijas casaderas pusieron en él los ojos, le adularon, le acogieron, le acariciaron, pretendieron hacerle de su familia.

La vieja duquesa de Fresnoseco tenia dos preciosas hijas, á mas de un hijo no precioso, pero sí infatuado con su rancia nobleza, guardia de corps y espadachin consumado.

Las dos jóvenes eran preciosas, sencillas, admirablemente educadas, si se tiene por buena educacion la hermosura, la modestia y el candor de la mujer.

III.

El señor marqués de Casa-Otero no habia olvidado á Eufemia, no habia prescindido de ella.

Habia contraido al mismo tiempo por ella una pasion y un empeño.

No sabia dónde estaba, pero tenia seguridad de encontrarla y muy pronto, valiéndose de la influencia que su posicion le daba en la córte.

Estaba tísica.

Se acercaba rápidamente á la muerte.

Por lo mismo, Alfonso tenia una gran necesidad de encontrarla.

Queria devorar, antes de que muriese, aquella candente y lánguida hermosura que le enloquecia.

Un recelo nublaba con suma frecuencia la sombría frente del marqués.

Cuando Eufemia huyó de Sevilla estaba muy enferma.

Habian pasado seis meses.

Habia llegado el otoño.

Los árboles estaban deshojados.

En la Granja hacia ya un frio intenso, hasta tal punto que si la córte permanecia allí era porque los médicos de cámara del rey decian que á su majestad le convenian mucho los aires puros de la montaña.

El otoño es el verdugo de los tísicos.

¿Habia muerto Eufemia?

Este pensamiento apretaba el corazon al marqués.

Y como no estaba acostumbrado á que el corazon se le apretase, para desapretarle pensaba en Amalia, la hija mayor de la baronesa de Castell-d'oro, que era una preciosa rubia que se parecia mucho á su madre.

—Si Eufemia ha muerto, ahí está Amalia, decia Alfonso: es necesario buscarlas. Es posible que ahora, en posesion ya de mi herencia, no sea tan ingrata conmigo. ¿Y quién sabe si todo consistió en la manera que tuve de presentarme á ella, y tal vez en la brutal competencia de mis insolentes hermanos?... Ahora será distinto: no me acercaré por mí mismo; buscaré una mediacion, me conduciré de una manera mas sumisa y mas galante... Sobre todo, mis hermanos no están aquí, y no pueden hacerme daño: tal vez Eufemia me ame. ¿Y por qué no? Yo tengo mucha suerte con las mujeres: á ellas las seduce la tenacidad: entonces pudo creer que yo me inquietaba porque mi padre no se moria, y que lo que yo buscaba era un título y una renta. Ahora es distinto: yo soy mas rico que ella... tal vez me ame... ¡Oh! y si me ama... si me ama, tal vez mi amor sea la medicina de su enfermedad. El amor es la vida de las mujeres. Sí, sí, es necesario que yo busque á Eufemia cuanto antes, que me case con ella; y si ha muerto, que me case con Amalia. ¡Oh! Amalia es para mí una conquista segura: Amalia me ama... no puedo dudarlo... se encendia cuando me veia; sus hermosos ojos azules buscaban tímidamente los mios... ¡Y Andrea, la hermosísima Andrea!...

Para Andrea habia tambien intenciones en la pervertida alma del marqués.

IV.

Á pesar de la decidida intencion de entroncarse en la casa de Castell-d'oro, Alfonso, por entretenerse, y arrastrado por las mujeres, cuando conoció que se le queria pescar por la vieja duquesa de Fresnoseco para una de sus hijas, no se hizo el indiferente, pero adoptando una conducta que no le comprometiese de una manera formal.

Estrechó una amistad ardorosa con Mariano de Casairujo y Miranda, primogénito de la duquesa, y por todas partes se les veia juntos.

La casa de Fresnoseco estaba muy atrasada, y era de toda urgencia meter en la familia á un miembro riquísimo que pudiera sacarla del atolladero.

Así es que se dejaba cierta latitud, se usaba de cierto descuido respecto al trato de Alfonso con Isabel, la hermana mayor, á quien Alfonso parecia preferir.

Pero era el caso que Dolores, la menor, habia encontrado muy bueno casarse con un marqués jóven, y aun mozo, que tenia para poder pasar la vida cuatro millones de renta.

De modo que lo que descuidaban de intento la madre y el hermano, de intento y muy de intento lo cuidaba la hermana menor.

Un empeño de una mujer respecto á un hombre, por ligero que sea, es un primer paso en el amor.

Cuando el empeño es tan grave como el que sentia Dolores por Alfonso, es la carrera activa del amor en un solo pensamiento y á poco espacio.

V.

Alfonso é Isabel se metian con mucha frecuencia en el hueco de un balcon, entre las colgaduras, para ver, ó mas bien para no ver, á través de los cristales empañados por el frio, las accidentaciones de la Sierra, cubiertas de un blanco manto de nieve.

Nada recelaba la duquesa.

Nada veia la duquesa.

Pero Dolores, que todo lo escuchaba, lo veia todo, sorprendia intimidades, y muchas veces, al otro lado de la cortina que cubria á los dos jóvenes, oia ardientes palabras de amor, juramentos y promesas.

VI.

Aún no habian pasado ocho dias desde que podia decirse que Isabel y Alfonso eran novios, cuando una mañana Dolores, despeinada, flaca, arrastrando una bata sin ahuecador alguno, con la mirada estraviada y malévola, llamaba al cuarto de su hermano, que todavía no se habia levantado, porque habia pasado la noche en una orgía y se habia recogido muy tarde.

Dormia profundamente.

Pero tanto llamó Dolores, que al fin hubo de despertar y contestar agriamente.

Dióse á conocer Dolores, le dijo que tenia que hablarle para un asunto de gravísima importancia, y al fin, despues de cinco minutos que Mariano invirtió en medio vestirse, llegó á la puerta, la abrió y recibió á su hermana.

Al verla en aquella facha, despeinada, ojerosa, lívida, irritada, se puso en guardia.

—¿Qué hora tenemos, Dolores? la preguntó.

Dolores apuntó con su pequeño dedo la esfera de un péndulo.

—¡Las ocho! esclamó escandalizado Mariano. ¿Y qué ha podido hacer que te levantes á esta hora, Dolores?

—Nuestra honra, contestó enfáticamente Dolores.

Mariano, que se ocupaba en romper la punta de un cigarro, lanzó un redondo voto, sin consideracion á los castos oidos de su hermana menor, un voto de soldado, tiró el cigarro y dijo con una mirada estraviada de cólera:

—¡Nuestra honra! ¿Sabes lo que dices?

—Sí... la han manchado dos infames.

—¡Dolores! ¡dos!

—¡Ella y él! se apresuró á decir Dolores.

—Pero ¿quién es ella? ¿quién es él?

—Ella es... Isabel; él... el marqués de Casa-Otero.

—¡Bah! dijo Mariano volviendo á sentarse y tomando de sobre la chimenea otro cigarro. Tú padeces de malos sueños, tú eres una visionaria... el marqués ha estado conmigo de broma hasta las tres de la mañana.

—¿Y á las cuatro?

Volvió á palidecer el marqués.

—A las cuatro ¿qué?

—A las cuatro ha saltado las tapias del jardin, y se ha metido por la escalera del pabellon en el cuarto de Isabel.

—¿Y estabas tú acechando?

—Oí ladrar al perro, ladrar como un desesperado, pero estaba encerrado y no podia salir al jardin; me levanté, abrí las maderas de mi ventana, hacia una luna muy clara, vi que un hombre saltaba las tapias, la luna le dió en la cara y le reconocí; y como el marqués no habia de saltar las tapias para permanecer en el jardin, corrí á la puerta de comunicacion de mi cuarto con el de mi hermana, pretendí abrirla, pero estaba cerrada por la otra parte; llamé á Isabel, no me respondió, entonces serian las cuatro en mi reló; poco despues oí pasos furtivos, despues dos voces en el cuarto de Isabel, dos voces contenidas, la suya y la del marqués; luego, no me atreví á llamar, no quise producir un escándalo. Es necesario que mates al marqués, Mariano, y que se encierre en un convento á Isabel.

—No: es necesario casarlos, dijo Mariano; y se casarán, yo te lo aseguro. Guarda un profundo secreto acerca de esto: que nada sepa mamá: disimula con Isabel: yo compondré esta noche á nuestro hombre: yo me ocultaré esta noche en tu cuarto.

VII.

Pero aconteció que por mucho que quiso disimular Dolores, por mucho que quiso disimular Mariano, Alfonso se apercibió de que su aventura de Tenorio con Isabel no era un secreto mas que para

la madre, que los dos hermanos la conocian, y se guardó de saltar la tapia.

Es mas, se alejó, y aun se indispuso con Mariano lo bastante para poder escribir á la duquesa de Fresnoseco:

«Señora: Era para mí un placer inapreciable frecuentar la casa de usted; pero su hijo mayor y yo no podemos entendernos: y yo no puedo ir á la casa de una familia con todos cuyos individuos no estoy en una perfecta inteligencia.

Ruego á usted, señora, crea cuán grande es el sentimiento que me causa, etc.»

VIII.

Esto era una provocacion intencionada.

Era dar antes de que le dieran.

Era tomar una ventaja.

Pero habia sido demasiado presuntuoso.

Mariano de Casairujo no era hombre que dejara las cosas en tal estado.

Se fué á casa del marqués y le dijo:

—¿Ha escrito usted esta carta á la duquesa mi madre?

—Ciertamente, contestó con frialdad Alfonso.

—Ayer tuvimos una ligera disputa sobre política, añadió Mariano; disputa bastante para que nos disgustáramos ligeramente, pero no para un rompimiento. Esa disputa ha sido una villanía, puesto que se la ha procurado, que se la ha buscado para prevalerse de ella.

—No he entendido bien, dijo Alfonso.

—Digo, contestó friamente Mariano, que me debe usted la honra y la felicidad de mi hermana Isabel; y que para faltar á promesas traidoras ha buscado usted cobardemente una salida, creyendo que yo ignoraba...

—Lo que yo creo que usted ignora, dijo Alfonso, es que yo pongo á la puerta al que me habla como usted se atreve á hablarme, y le envio dos amigos para que acaben en pocas palabras la conversacion.

—Bien, dijo friamente Mariano; pero me atrevo á esperar que quedará en usted un resto de honor, y que esos amigos no sabrán el verdadero motivo de nuestra desavenencia.

—No hay motivo que infiera deshonra á ninguna de las señoras de la familia, dijo sonriendo friamente Alfonso.

—Bien, dijo Mariano envolviendo al marqués en una mirada de muerte.

Y salió.

IX.

Al dia siguiente por la mañana llegaban á la Boca del Asno, estrecha y oscura garganta de la sierra de Guadarrama, algunos ginetes.

Eran el marqués de Casa-Otero y el primogénito de Fresnoseco con sus testigos.

No se habian llevado médicos.

El duelo debia ser á muerte, y completamente secreto para evitar el rigor de las ordenanzas.

No se habló ni una sola palabra.

Los testigos, que no sabian la verdadera causa del duelo, eligieron el terreno, concluyeron rápidamente los preliminares, colocaron en sus puestos á los adversarios, les entregaron las espadas y les dieron la señal.

Mariano era muy superior en destreza á Alfonso.

Así es que al primer ataque Alfonso recibió una terrible estocada en el costado derecho y cayó.

Se habia convenido que el duelo seria á muerte: hasta quedar sin vida sobre el terreno uno de los dos.

En consecuencia, Mariano se dirigió sobre Alfonso con el intento de rematarle á estocadas.

Pero los padrinos no lo permitieron.

—Se me roba la satisfaccion que necesito, dijo Mariano.

—Nosotros no podemos permitir se hiera á un indefenso, contestó uno de los testigos.

—Se habia convenido en condiciones escepcionales, insistió Mariano.

—Todo lo que podemos hacer es dejarle abandonado, y no avisar para que le socorran, dijo otro de los testigos.

Á todo esto, Alfonso guardaba un profundo silencio, una perfecta inmovilidad; pero oia con ansiedad aquella discusion terrible.

—¿Me dan ustedes palabra de honor de no avisar á nadie, ni directa ni indirectamente, para que le socorran? dijo Mariano.

—Sí, lo juramos por nuestro honor, dijeron los testigos.

—Pues que le socorra Dios si quiere, dijo Mariano.

Y montó á caballo, y montaron los testigos, y todos se alejaron preocupados.

Para ellos, tal habia sido la estocada, Alfonso debia morir si no era socorrido inmediatamente.

El sitio era solitario y apartado.

Probablemente no debia pasar en mucho tiempo por él ninguna persona, especialmente en aquella estacion.

X.

Pero no habian contado con un individuo que abunda en los lugares ricos de caza y que prefiere los sitios mas apartados, menos concurridos, para burlar la vigilancia de los guardas de montes.

El cazador furtivo.

Ese sér bravío, colindante con el bandido y que muchas veces lo es.

Apenas se habia perdido el choque de las herraduras de los caballos sobre las peñas, cuando de entre un jaral salió un hombre rudo, fuerte, atlético, moreno, sombrío, de grandes y hoscos ojos negros.

Vestia un miserable traje de estezado, con sombrero gacho, abarcas; llevaba un morral de piel vacío á la espalda, y al hombro una vieja y negra escopeta.

Le seguia un perro flaco, pero de admirable planta.

XI.

El perro llegó en dos saltos al herido y le olió.

El cazador llegó poco despues.

—Te hago rico si me salvas, dijo Alfonso con voz débil: atájame la sangre: tengo una estocada en el pecho.

El cazador hincó una rodilla en el suelo, desnudó rápidamente á Alfonso, y con su propia camisa le hizo un vendaje.

Mientras le vendaba le reconocia.

—Mucho me engaño, caballero, dijo, ó de esta no muere usted: la herida es ancha y ha atravesado, pero de través. Vamos, me parece que con quince dias de cama estamos fuera del paso; pero no se le puede traquetear á usted mucho: es menester llevarle á usted en un colchon, y por cuatro ó seis hombres. Pero no hay cuidado: á una legua de aquí viven en una casa de campo unas señoras que son muy caritativas.

—¿Son personas ricas?

—Sí señor, tienen una nube de criados, y yo creo que se han venido aquí por quitarse del mundo, porque están tristes: una de ellas, la madre, no se quita el luto.

—¡Ah! esclamó Alfonso acordándose de Eufemia. ¿Si me habrá costado una estocada encontrarla?

El cazador no oyó estas palabras.

—Por supuesto que usted me pagará bien, dijo.

—Te doy mil duros y te tomo á mi servicio, contestó Alfonso.

—Y usted, ¿quién es?

—El marqués de Casa-Otero, grande de España.

—¡Ah! Pues voy á tomar el caballo de su escelencia para llegar mas pronto. No tenga cuidado su escelencia: todo ello será que su escelencia pase mucho frio, pero el frio es bueno para las heridas.

XII.

Y el cazador, dejando allí la escopeta, desató el caballo de Alfonso, montó en él y se alejó al galope.

Pasando de un barranco á otro, de una á otra cresta, llegó en fin á un pequeño y alegre valle entre dos colinas.

En aquel valle habia una preciosa quinta á la inglesa, con persianas verdes y peristilo cubierto de cristales y adornado con hermosas plantas de invierno.

Delante de este pequeño y bello edificio habia un ancho parterre.

Algunos grupos de casas de madera, de verdaderos *chalets* parecian ser las dependencias de la quinta, y formaban una especie de pintoresco caserío.

XIII.

Hacia un hermoso dia.

Eran las diez, y calentaba algo el sol.

Tres señoras se paseaban por el parterre.

Eran en efecto la baronesa de Castell-d'oro y sus dos hijas.

Eufemia habia pensado en meterse en un lugar solitario.

Habia escogido la sierra de Guadarrama por la parte de su derivacion sobre la Granja, y habia enviado á su mayordomo, que habia comprado aquella tierra y en muy poco tiempo habia hecho construir aquel lindo retiro.

Los muebles, las alfombras, cuanto habia sido necesario para hacer las habitaciones confortables, se habia llevado de Madrid.

Imposible pues habia sido por este escondite á los tres hermanos, dar con la baronesa de Castell-d'oro.

XIV.

El cazador llegó á la verja de la tapia del parque y llamó.

Como Eufemia estaba en aquel momento cerca y conocia al cazador, se acercó á la verja y la abrió por sí misma.

—¿Qué es esto, Eusebio? preguntó. ¿De quién es ese hermoso caballo? ¿Qué ha hecho usted?

—Yo, señora, contestó Eusebio, cazo donde no puedo, es verdad, no se ha de morir uno de hambre habiendo reses en la sierra; pero yo no he robado nunca, ni robaré. Este caballo es de un caballero que se queda malherido á una legua de aquí: en la Boca del Asno.

—¡Malherido! esclamó poniéndose pálida Eufemia.

—Sí señora: yo iba á pasar el arroyo, cuando sentí ruido de caballos: me escondí: á poco llegaron sus dueños, y se detuvieron: echaron pié á tierra, y dos de ellos se dieron de estocadas.

—¡Ah! ¡Un desafío!

—Sí señora: uno de los caballeros cayó herido, y los otros le abandonaron: yo me acerqué para socorrerle: me ha ofrecido mil duros y tomarme á su servicio: yo no necesito cirujano: con tal de tenerle aquí, yo le curaré: los pueblos están mas lejos.

—¿Y quién es ese caballero? dijo Eufemia.

—Me ha dicho cómo se llama, pero yo no me acuerdo: solo me acuerdo de que es marqués.

—Pues al momento, al momento: llame usted, tome usted todos los criados y todo lo que necesite, y cuanto antes.

—Necesitaré hilas, señora.

—¡Ah! Las haremos mientras ustedes vuelven.

XV.

Eufemia y sus dos hijas mandaron preparar ese aposento del huésped que se tiene en todas las casas de campo bien montadas, y se pusieron á hacer hilas.

Á las doce, Amalia, que estaba en el mirador, dijo:

—Ven acá, mamá; mira, por allí vienen.

Los criados de la baronesa, conduciendo una camilla improvisada, y Eusebio, bajaban por el repecho.

Las tres señoras bajaron rápidamente, y llegaron á la verja del parque.

Poco despues llegó la camilla.

Cuando Eufemia vió el rostro del herido, se inmutó.

—¡Él! esclamó.

—¡Ah, señora! dijo Alfonso. Dios es bueno, muy bueno, puesto que me ha traido herido, agonizante, á su casa de usted.

CAPITULO XXXIX.

AÚN SIGUE LA HISTORIA.—DE CÓMO LOS ACCIDENTES VARÍAN LAS SITUACIONES.

I.

Era de todo punto imposible rechazar en aquellas circunstancias á un hombre cuya vida estaba en peligro, aunque este hombre fuese un enemigo.

No era posible tampoco dejarle en poder de criados.

Eufemia se resignó.

Este accidente le habia sido doblemente doloroso.

Primero, porque Alfonso, herido en un duelo, le habia recordado la muerte de su marido.

Despues, porque su escondite habia sido inútil.

Pero confiaba en que el agradecimiento corregiria al marqués.

II.

Por mas que el cazador juraba y perjuraba que no se necesitaba médico donde estaba él, la baronesa no se valió de él para la cura de Alfonso mas que por el tiempo necesario para que llegase un médico de Segovia.

Este encontró perfectamente preparado al herido, y tanto que se valió de Eusebio como practicante.

La herida era mas grave que lo que Eusebio habia creido á primera vista.

La sonda lo demostró.

Estaba interesado el pulmon.

—Dos líneas mas, habia dicho el médico, y no tendríamos hombre.

III.

Eufemia y sus hijas fueron para Alfonso unas admirables hermanas de la Caridad.

Si Alfonso hubiera sido otro hombre, la conducta para con él de las tres señoras le hubiera modificado.

Pero lo que Alfonso hizo fué aprovecharse desde el momento de la situacion conmovedora en que se encontraba.

Durante muchos dias fué necesario un esquisito cuidado.

Alfonso estuvo entre la vida y la muerte, boca arriba, reducido á un silencio absoluto.

Pero si no podia hablar con la lengua, hablaba con los ojos.

Sus miradas dulces, agradecidas, elocuentes, se fijaban, ya en Eufemia, ya en sus hijas.

Eufemia creyó que el tenaz y grosero Alfonso del Valle de Sos de otro tiempo se habia trasformado.

En cuanto á Amalia se enamoraba mas y mas.

Andrea estaba triste y taciturna; pero se comprendia que no era Alfonso quien la impresionaba.

IV.

A los quince dias, el herido estuvo fuera de peligro.

Hablaba y pasaba largos ratos en conversacion con la baronesa y con sus hijas.

Eufemia habia acabado por perdonarle los malos ratos que le habia dado, y el haberla obligado á convertirse en serrana como ella decia.

—Pero, continuaba, los aires de la sierra me han hecho mucho bien: mi médico, que viene cada quince dias y pasa tres con nosotras, me ha dicho que tal vez la enfermedad que padezco no sea la tísis.

—Pero esta tierra es muy fria, señora, dijo Alfonso: estamos en octubre, y ya es necesario dormir con la chimenea encendida.

—No, no es el frio el que perjudica á los tísicos, dijo Eufemia; es el aire impuro, y aquí los aires son purísimos, fáciles. Además, yo no he querido decírselo á mi médico, y aun me cuesta trabajo decírselo á usted: yo creo en los saludadores.

—¿En los saludadores, señora? preguntó con estrañeza Alfonso. ¿Y qué es un saludador?

—Un saludador es una especie de hechicero.

—¡Cómo! Usted tan cristiana, señora; usted que tantas veces me ha hecho seguirla á la iglesia, ¿cree usted en los hechizos?

—Afortunadamente no están aquí mis hijas, contestó Eufemia, y podemos hablar de esto. Yo temo que estas estrañas creencias mias sean supersticiosas, y no quiero inocularlas mi supersticion; pero estoy muy lejos de ser impía, de creer en otro poder que en el de Dios. No, amigo mio, no: un saludador se parece á un hechicero, pero no lo es; un saludador cree en Dios y en sus santos, y cura por medio de oraciones milagrosas.

—Y á sus oraciones, ¿no se mezcla algo material, Eufemia?

—Sí, ciertamente: el saludador, ó mas bien la saludadora, porque es una mujer de quien hablo á usted, me hace tomar un cocimiento de ciertas yerbas mezclado con leche: es una pastora de estos contornos; de tiempo en tiempo yo voy sola á su aprisco, y ella se mete conmigo en la montaña, me señala unas yerbas carnosas, redondas, de la especie de las verdolagas, pero que no son verdolagas, y que ella llama la yerba de Santa Eustaquia; me hace cogerlas, y que mientras las coja rece á la santa una oracion que me ha hecho aprender de memoria. Cuando he cogido las bastantes para cuatro cuartillos de cocimiento, teniendo yo las yerbas en las manos y de rodillas, murmura algunas oraciones ininteligibles; despues el cocimiento se hace en su cabaña, de rodillas y rezando: ella se queda con el cocimiento puesto en una gran redoma que dice que está ben-

dita, y que permanece colgada conteniendo el precioso líquido á la intemperie fuera de la cabaña por la parte de Oriente: los primeros rayos del sol suelen bañarla por la mañana: el líquido que resulta es craso, oleoso, verde. Todas las mañanas la tia Escolástica, que así se llama, me trae en un jarro un cuartillo de leche mezclada por mitad con el precioso cocimiento; y la verdad es, Alfonso, que desde que tomo ese medicamento me siento mucho mejor, respiro con facilidad, estoy mas ágil y mas fuerte, y mi enflaquecimiento va desapareciendo.

—¿Quién sabe si los árabes conocian el remedio de la tísis?

—¡Ah! ¿Usted cree...

—Creo que los árabes eran grandes médicos y grandes botánicos, que se ha perdido mucho destruyendo por una ignorancia fanática los preciosos manuscritos de la biblioteca árabe granadina.

—¿De modo que, segun usted, yo he estado tísica?

—Sí, baronesa, sí; tísica de todo punto.

—Lo mismo cree don Bonifacio, esto es, mi médico, y se asombra: atribuye mi mejoría á los aires puros de la sierra.

—¿De modo que usted le guarda el secreto?

—Religiosamente; como que la tia Escolástica dice que si alguno sabe lo de la yerba de Santa Eustaquia, la medicina pierde su virtud.

—¿Y esas señoritas ignoran tambien...

—Todo el mundo menos usted.

—¿Y no teme usted que el medicamento sea ineficaz?

—No: tengo un interés mayor en que usted lo sepa. Dios lo sabe y Dios me perdone el que falte al misterio.

—¿Y que interés es ese?

—Usted es presuntuoso, marqués; está usted acostumbrado á fáciles aventuras. Desde el momento en que pudo usted hablar, en intenciones, en acentuaciones que no podia usted evitar, me ha dejado usted conocer claramente que si yo habia huido de usted habia sido por miedo de no apasionarme: aprovechemos esta ocasion en que mis hijas se encuentran en su cuarto: usted es terrible, marqués.

—¡Señora!

—Sí, sí por cierto; no porque yo corra el peligro de enamorar-

me de usted, permítame usted esta frase, sino porque usted en nada repara para satisfacer un empeño: he querido evitar: esto es todo.

—¡Ah, señora! Bien ve usted que estoy trasformado.

—Siempre es un mejoramiento, pero solo en la forma: eso no es otra cosa que un cambio de táctica.

—¿Usted cree...

—Estoy segura de ello.

—¿Y si dijera á usted, señora, que usted ha sido la causa de la estocada que me tiene postrado en este lecho?

—¿Yo?

—Sí, ciertamente, porque esta estocada me la ha dado el pariente ofendido de cierta jóven.

—¿Y qué culpa tengo yo de que haya usted ofendido á ese jóven?

—Yo no creo una ofensa el haber sido galante: todo consiste en que se han tomado por lo serio mis galanterías, en que se me han exigido reparaciones innecesarias, y en que yo me he negado.

—¿No convenia á usted esa señorita?

—Es hermosa y jóven y pura, y nada hay que decir en cuanto á su rango.

—¿Y por qué no ha hecho usted feliz á esa enamorada? dijo con un acento ligeramente punzante Eufemia.

—Porque yo no puedo hacer feliz á nadie siendo desgraciado.

—¡Ah!

—Sí, porque mi union con toda otra que no fuese usted, seria para mí una horrible desgracia.

—Hemos venido á una conversacion necesaria, porque ella justifica una esplicacion de todo punto imprescindible, atendido su carácter de usted.

—¿Una esplicacion?

—Sí por cierto, una esplicacion muy franca y muy sincera. ¿Pretenderia usted, marqués, que le amase un cadáver?

—¡Un cadáver, señora! Esto es demasiado fantástico.

—Sí, dice usted bien, porque corresponde á la fantasía, á la imaginacion, al alma: yo, marqués, soy un cadáver para el amor.

—¿Usted lo cree?

—Yo siento en mi alma algo que está muerto; mejor dicho, yo tengo en el alma un amor triste, un amor sin esperanza, un amor que me matará, á pesar de mi mejoría, si no hace un milagro la yerba de Santa Eustaquia: el amor de mi marido. ¡Ah! ¡no! Yo no soy de esas viudas que se casan sin que á ello las obliguen causas tan poderosas como la existencia, como la educacion de sus hijos, no, marqués, no; yo creo que una mujer digna de ser respetada no debe tener, no tiene mas que un amor; que ese amor es para un solo hombre, y que cuando se ha dado ese amor se ha dado todo, nos hemos quedado sin él.

—¡La vida! ¡la juventud!

—No, porque la viudez del amor es la muerte.

—Mujeres que sienten de tal manera, son escepciones.

—Tanto me da: considéreme usted como una mujer escepcional.

—El amor en principio es una poderosa simpatía que se desarrolla, que crece, que se convierte en un sentimiento íntimo, delicado, profundo...

—Yo no sé lo que es el amor, contestó vivamente Eufemia; pero sé que no es simplemente una simpatía. Si así fuese, amaríamos á todo el que nos fuese simpático... No, marqués, no; usted ataca en falso, usted quiere llegar á conclusiones á que yo no le permito que llegue... Y además, y para concluir de una vez, si el amor fuese en su principio una poderosa simpatía, yo no podria amar á usted, porque...

—¿Por qué?

—Porque no me es usted simpático.

—¡Oh, señora!

—Ciertamente que no: para que dos séres sean simpáticos, es necesario que sean semejantes. ¿Y qué semejanza hay entre su carácter de usted y el mio? ¿En qué me parezco yo al calavera lúgubre que va dejando tras sí la desgracia, y que por un miserable capricho comete faltas irremediables, faltas que pudieran muy bien llamarse crímenes?

—¡Oh, y qué severidad tan terrible, señora!

—La justicia es siempre una, marqués.

—Pero cuando la justicia nos despedaza el alma, cuando la per-

sona que ejecuta friamente esa justicia con la insensibilidad de la ley es la hechicera, la incomparable criatura que adoramos, nuestro sueño, nuestra gloria, nuestra aspiracion suprema...

—¡Nuestro empeño!

—Sujéteme usted á una prueba, señora, aunque la prueba sea no volverla á ver á usted en un plazo larguísimo... vivir agonizando, luchando...

—Eso seria conceder algo, y yo nada puedo conceder.

—¿Nada?

—Sí, mi amistad.

—¡Pues qué! ¿no la tengo ya?

—No... yo no puedo dar á usted lo que á mi juicio no merece aún.

—¿Que no merezco?

—No por cierto... yo no puedo ser amiga de un hombre de tan depravada moralidad como la de usted...

—¿Es decir...

—Que cuando usted se restablezca le suplico que se aleje de nosotras.

—Y yo obedeceré, señora, pero obedeceré desesperado.

—¡Que tenacidad!

—Sí, la tenacidad de la queja de quien sufre un dolor tenaz é insoportable.

—¡Mis hijas! esclamó Eufemia. Empeñemos otra conversacion, y no volvamos á tener otra de este género: creo que ya hemos hablado todo cuanto teníamos que hablar.

Y Eufemia entabló otra conversacion completamenta opuesta.

V.

Entraron Amalia y Andrea, y tomaron parte en aquella conversacion que tenia por objeto la enfermedad del rey y las noticias de la córte.

A las diez las tres señoras se retiraron, y Eusebio, que habia ya tirado la escopeta, que habia cambiado de traje, y que habia entrado en la servidumbre del marqués, se quedó cuidando de él como de costumbre.

Tan fuertemente severa habia estado Eufemia con Alfonso, que este desesperó de recabar nada de ella.

—En efecto, dijo; es de esas estúpidas mujeres que guardan fidelidad á un muerto: está loca, y como la locura es incurable, lo mejor será prescindir de ella. ¿No tengo ahí á Amalia, que es su retrato, y mas jóven y mas fresca y tan hermosa por lo menos como ella, y que no ha amado y que, ó mucho me engaño, ó está loca por mí? ¿No puedo seguir en esta vida de calavera, empeñando aún quince dias el corazon en malas manos y sufriendo á cada momento repugnantes infamias? ¿Será que si una mujer puede perder á un hombre, otra mujer puede salvarle? ¡Quién sabe! ¿Habrá tenido lugar en mí el milagro de una trasformacion? ¿Amaré yo? ¿Será una prueba de mi amor mi sumision á su voluntad? Pero ¿por qué está siempre constante en mí el encendido recuerdo de Amalia y un reflejo del de Andrea? ¡Ah! Es que son sus hijas; es que se la parecen; es que yo tengo necesidad de amar... ó mas bien que yo estoy loco... Pero ¿cómo he creido... No, no ha mentido al hablarme; su voz era tranquila, grave. Suponerla un dominio tal sobre sí misma, seria suponer demasiado... No, no; está enamorada de un recuerdo, de su difunto. ¡Ah! ¡Maldito difunto! Si se pudiese matar á los muertos... Yo he podido hacerme amar de ella... la soy simpático... ¡Mis calaveradas... mis ruidosas y estúpidas calaveradas! ¡Ah! Hay momentos en que si pudiéramos quemaríamos nuestro pasado y arrojaríamos las cenizas al viento.

Y lentamente las ideas de Alfonso se fueron envolviendo, mezclándose á otras, borrándose.

Al fin se durmió, y soñó con Eufemia.

CAPITULO XL.

TODAVÍA LA HISTORIA.—UNA MUJER BAJO UN DOBLE PUNTO DE VISTA.

I.

Eufemia se despidió de sus hijas á la puerta de su cuarto, las besó en la frente suspirando y se fué al suyo.

—Yo no sé lo que tiene mamá, dijo tristemente Amalia, pero á mí me parece cambiada.

—Y á mí tambien, contestó Andrea.

—Desde que vino el marqués...

—Sí, desde que vino el marqués...

—¡Ya se ve! cuidar de un pobre herido... tenerle entre la vida y la muerte ocho dias...

—¡Oh! Esto es terrible.

—¿No es verdad, Andrea?

—Sí, Amalia mia.

Y las dos jóvenes se desnudaron y se acostaron en un mismo lecho.

Siempre habian dormido juntas.

II.

Eufemia no se acostó.

Se sentó juntó á la chimenea y despidió á sus doncellas, mandándolas que se acostasen.

—¡Es estraño! dijo una de ellas á la otra. ¿Qué le sucede á la señora?

—Me parece que se nos casa, respondió la otra.

—¡Bah! Mujer... hace cuatro años que murió el señor y aún no se ha quitado el luto.

—Del cuerpo no, pero del alma...

—Está triste.

—Pero no está tan enferma.

—¿Supondrás tú...

—Yo no supongo lo que veo.

—¿Y qué has visto?

—El otro dia... entré yo de repente con una tisana en el cuarto del marqués: la señora le estaba mirando de una manera...

—¡Cómo!

—Sí, la señora estaba sola con él...

—¡Imposible! ¡Mirar la señora á un hombre!...

—El marqués estaba dormido... Cuando me sintió, la señora se puso encarnada como una cereza.

—Pues mira, mejor... así tendremos regalos...

—Y no acostarse la señora... no desnudarse...

—Puede ser que se entiendan, que aprovechen la noche para hablar.

—¡Qué maliciosa eres!... ¿Pues no se queda allí Eusebio?

—Es verdad... Pues no, entonces no sé lo que es.

A poco, las dos doncellas se encerraron en su cuarto.

III.

¿Amaba por fin la baronesa á Alfonso, á aquel hombre á quien habia despreciado, de cuyas groseras calaveradas habia huido?

¿Lo presentia Alfonso?

¿Lo veia el que estaba alrededor?

¿Se engañaba?

Eso es lo que vamos á ver, porque vamos á lanzar nuestras miradas en el fondo del alma de Eufemia.

IV.

Esta tomó un pequeño volúmen preciosamente encuadernado, un volúmen de biblioteca de dama rica y elegante, y le abrió.

Eran las poesías de Melendez Valdés.

Muy pronto le dejó.

Sus ojos seguian las líneas, pero el pensamiento no leia.

Su pensamiento estaba en otra parte.

Vagaba de una tumba á un lecho, de lo pasado á lo presente, de su marido al marqués de Casa-Otero.

Una lánguida, una encantadora melancolía espiritualizaba su semblante.

Un leve color rosado habia reemplazado la acerba palidez de su rostro.

Sus ojos tenian un brillo encantador.

Fluia de ellos una vida poderosa.

Una sonrisa de deleite íntimo apenas perceptible vagaba en su hermosa boca.

Su mirada aparecia inmóvil, como fija en un punto de lo infinito.

No pensaba, sentia.

Su respiracion era poderosa y fácil.

Su delicado seno se levantaba y se deprimia dulcemente.

La enfermedad habia pasado.

En los pulmones antes congestionados de Eufemia funcionaba el aire con una deliciosa facilidad.

Habia en todo su sér algo que parecia ser el resultado de un enlanguidecimiento sensual.

V.

—¡Me ama, sí, me ama! dijo al fin. Le he convertido... es mio... ¿Por qué luchar conmigo misma? ¿Acaso nuestro sentimiento es obra nuestra? ¿No viene de las impresiones que recibimos?...

Eufemia sonrió.

—La vida sin el amor, dijo, es un martirio, es la muerte... peor siempre que la muerte, porque la muerte es la insensibilidad: la vida sin el amor es el doloroso, el horrendo vacío del alma...

Un leve estremecimiento recorrió el delicado sér de Eufemia.

—Yo creí, pensó, que para mí habia muerto todo... que mi amor yacia en una sepultura adherido á un cadáver... ¡Dios mio, Dios mio, esto no era verdad! El sér rechaza á la nada, la vida á la muerte. ¡Oh! ¡Mentira! ¡mentira! No vivimos solo del espíritu... no... tenemos una materia impresionable, una materia avara, una materia hambrienta...

Eufemia inclinó la cabeza sobre el pecho, y su meditacion se hizo mas profunda.

—El hambre del corazon mata, murmuró; el hambre del corazon es la tísis... y el que desfallece de hambre, el que agoniza, el que siente dolores insoportables... ¡Ah! El instinto de conservacion... ¿Es que busco disculpas?... ¿es que contrarío mis creencias sobre el amor? ¿es que reniego de ellas y sufro?... Me parece que cometo un crímen... ¡Ah! ¡no! ¡no! yo obedezco á las leyes de mi sér... yo no falto á mis deberes... no... Las disposiciones de la Iglesia parten de la eterna sabiduría, de la conciencia divina... ¿Y no permite la Iglesia las segundas nupcias á las viudas?... Suponer en unas segundas nupcias una falta, una vergüenza, una impureza, una deslealtad, es rebelarse contra la Iglesia, es sobreponerse á ella, es pretender ser mas sábia que ella... es protestar... No... no... una viuda puede contraer segundos esponsales...

Las ideas de Eufemia cambiaron de repente de giro.

—Yo no los contraeré, dijo. ¿Y por qué? ¿por temor á una sombra? ¡No! por temor al ridículo... por miedo de que digan:—Hé ahí la que no se ha quitado el luto durante cuatro años... hé ahí la que decia que no era viuda... hé ahí la enamorada de un primer amor que se viste de desposada, que enciende otra vez la antorcha, que entra de nuevo en la vida del amor, que no puede soportar por mas tiempo la soledad de su viudez...—¡No! ¿Qué importa el mundo cuando no puede arrojar sobre nuestra frente la mancha de una falta ó de un crímen?... ¿Qué es la murmuracion?... La mordedura inevitable contra la cual debemos aforrarnos bien para que no pase de

nuestro traje... ¿Quién no es calumniado ó quién no es murmurado en este hermoso mundo en que vivimos, que necesita un largo pasto para su eterna conversacion?... ¿Qué seria de la envidia y de la malevolencia sin murmuracion? ¿Cómo podria ser chispeante la conversacion si no la hiciesen murmuradora?... ¡Oh! El mundo de hoy es un niño malévolo y mal educado... hoy todo se sacrifica á un chiste, á una buena frase, á una palabra aguda... Las gentes necesitan hoy todas pasar por agudas... El mundo me importa muy poco... Pero ¿á qué esta discusion conmigo misma? ¡Ah! La costumbre: no salimos fácilmente de una esfera de ideas para entrar en otras: esto es obra de la reflexion y del tiempo.

VI.

La fatigada imaginacion de Eufemia se detuvo un momento.

Pero muy pronto volvió á su actividad.

—Pero ¿por qué le amo yo, dijo, si sé que es un miserable? ¡Porque se ha batido! sosteniendo la deshonra de una mujer, el asesinato tal vez de una víctima... ¿Por qué le amo?

Eufemia buscó en vano una solucion á este problema.

—¿Qué somos? esclamó. Pero ¡Dios mio! es una locura pretender esplicar un misterio. ¡El amor! Todos han pretendido definirle, y nadie le ha definido: yo creia que el amor es un sentimiento que viene á nosotros desde un misterio, y que como la electricidad, es múltiple, infinito en sus fenómenos. ¿Cuál es el resultado del amor? ¿cuál el efecto de un amor? La adhesion completa de un sér á otro sér, el complemento de la vida de dos séres... ¡Oh! ¡sí! ¡sí! Los definidores del amor han tomado el efecto por la causa: la causa es desconocida... ¿Se comprende que una mujer que tiene el alma pura y noble ame á un hombre, resúmen de todo lo perverso, de todo lo infame, de todo lo repugnante... que la otra, que solo amaria por la forma esterior, por la materia que le parece bella, se enamore un dia, se entregue en cuerpo y en alma á un sér fuertemente repugnante?... ¡Oh! ¡Misterio y siempre misterio! ¡Se habla de un flúido! Pero ¿qué es ese flúido? ¿de dónde viene? ¡Misterio! ¡La simpatía! Su resultado. ¡La voluptuosidad! Un efecto. ¡Dios mio, Dios mio! La verdad es

que yo estoy loca, que sufro y que lucho porque me siento vencida. ¡Oh! y él... él me adora... le fascino, le embriago, le amo hasta el punto de que no conoce, de que no puede conocer el sentimiento que me inspira.

VII.

Las ideas de Eufemia volvieron á embrollarse.

Ella era para sí misma un misterio, y hablando consigo misma se envolvia.

Pero dotada de una energía terrible, de una indomable fuerza de voluntad, volvia á la carga.

Eufemia no se comprendia bien.

Todo consistia en que era inmensamente nerviosa, en que vivia cuanto puede vivir una criatura, en que necesitaba el trabajo de todas las facultades de un alma escesivamente impresionable, en que por consecuencia, ya lo hemos dicho, no podia vivir sin amar.

VIII.

La mujer es naturalmente vanidosa... hemos dicho mal: el sér humano es vanidoso.

La vanidad es su gran lucha y su gran peligro.

Eufemia, á pesar de lo inconveniente de los medios puestos en juego por Alfonso del Valle de Sos para hacersea mar de ella, se habia sentido halagada por aquella tenacidad.

Cierto es que los tres hermanos habian sido tenaces, pero Alfonso habia sido el mas delicado de los tres, y tambien el mas empeñado, el mas tenaz.

Tenia además sobre los otros grandes ventajas personales, y era mas instruido, mas distinguido.

En él al fin habia algo de bueno, aunque solo fuese una sombra, un matiz apenas perceptible.

Eufemia se habia empeñado tambien, habia sostenido la lucha; pero se detuvo allí donde debe detenerse una mujer de ciertas condiciones: ante el ridículo.

Prefirió huir á quejarse, á dar lugar á cuestiones, á suposiciones.

Sintió algo estraño que la dió miedo; algo contra lo cual luchaba por instinto sin conocer la razon.

Huyó, se escondió.

El que huye teme.

Alfonso, cuando habia formulado este pensamiento, habia sido completamente lógico.

Eufemia, sin creer que estaba impresionada por Alfonso, no habia dejado de recordarle.

Cuando el acaso ó la fatalidad se lo presentaron pálido, ensangrentado, sintió un estremecimiento horrible, un frio insoportable en su alma, algo que se revolvia dentro de su sér sin salir á su semblante, algo que no se esplicó aún.

La mirada ansiosa, lúcida, alegre, á pesar de su estado, que fijó en ella Alfonso en el momento de verla, hizo correr por sus venas un flúido desconocido.

Se sintió verdaderamente adorada, ó lo creyó, ó era que Alfonso, en momentos dados amaba, y la adoracion se reflejaba en sus ojos, en la palidez de su semblante, en su sonrisa, en su estremecimiento.

El corazon humano es incomprensible, porque el corazon humano es en la casi generalidad de los séres la contradiccion.

Cada sentimiento que pasa por nosotros, cada variacion de temperatura, cada modificacion de nuestra sangre, cada leccion de la esperiencia, son una variacion de nuestro sér moral, una contradiccion en nuestra conciencia.

De lo que resulta que el hombre pasa su vida haciendo un rudo trabajo de continua trasformacion.

Esto era lo que no habia llegado á esplicarse Eufemia.

Esto era lo que la hacia un misterio para sí misma.

Todo consistia en que Eufemia hacia su trabajo de trasformacion, ó mejor dicho, que siguiendo lógicamente los sucesos de su vida con arreglo á sus impresiones, habia entrado en un terreno escabroso, desconocido para ella, y en el cual se perdia.

Pero gozaba, porque al fin su alma habia encontrado pasto para una de sus actividades que la muerte habia dejado sin ejercicio.

Cuando el amor es violento, esclusivo, grande, inmenso, incontrastable; cuando se ha convertido en la esencia de nuestro sér; cuando otro sér nos ha absorbido, nos ha identificado á sí; cuando ese sér es destruido, nos arrastra en su destruccion, nos lleva consigo.

Sí: cuando dos séres se han identificado en un mismo sér, cuando el uno muere muere el otro... le sigue cuando la tristeza y el hastío de la vida y la amargura han completado su obra de destruccion.

El hígado ó el pulmon ó el cerebro se lesionan, se descomponen y nos matan.

Eufemia se habia sentido amagada.

La tísis habia empezado su obra.

Pero antes de la lesion, antes de la descomposicion, habia llegado el remedio.

Eufemia amaba... Eufemia vivia.

IX.

Y sin embargo, ocultaba su amor y le combatia.

Era que aún no habia sido anegada su razon por las oleadas de la pasion; era que todavía luchaba; era que todavía dominaba; era en fin un mundo infinito de sensaciones.

CAPITULO XLI.

LA HISTORIA AÚN.—FATALIDADES.

I.

Quince dias despues, Alfonso habia dejado el lecho y salia algunos momentos al parterre en los dias buenos y despejados cuando el sol estaba en su mayor fuerza.

La córte se habia ido de la Granja á Madrid.

En la córte no se sabia qué habia sido del marqués de Casa-Otero.

El primogénito de Fresnoseco y los testigos del duelo le creian muerto.

¿Y cómo no pensarlo, puesto que no se habian recibido noticias suyas?

El lugar donde habia quedado abandonado era completamente solitario.

Nada tenia de estraño que el cadáver hubiese sido devorado por los cuervos, y que permanecieran al aire sus huesos insepultos.

Si esto era cierto, el secreto quedaba perfectamente guardado; porque dado caso que un dia se encontrara el esqueleto, ¿cómo reconocer por su esqueleto á un hombre?

Bajo la nieve debian podrirse los papeles que podia tener sobre sí el marqués.

Y si tenia consigo alguna alhaja que contuviera su cifra, el primer montaraz que encontrase sus restos debia guardar silencio por no hacerse responsable de un robo.

Se habia preparado el casamiento de Isabel con un antiguo novio que antes se habia creido inadmisible, pero al cual se consideró despues precioso.

La familia de Fresnoseco pues habia quedado perfectamente tranquila, aunque algo contrariada, por el casamiento poco ventajoso de Isabel.

II.

El marqués de Casa-Otero se habia perdido.

Esta noticia habia causado cierta sensacion en la córte, porque al fin se habia perdido un señor muy rico y que habia llegado con grande aparato.

Pero de esto se habló ocho dias.

Despues nada.

En la córte, las novedades, sean del género y del volúmen que fueren, pasan muy pronto.

Solo Isabel y Dolores de Fresnoseco no se olvidaban de él.

A Isabel la habian casado con un ente ridículo.

La intriga de Dolores no habia tenido efecto alguno para ella.

Ni aun sabian las hermanas que su hermano era la causa del traspapelamiento de Alfonso.

La noticia del desaparecimiento de este habia llegado hasta Andalucía.

Juan y Pedro tomaron la posta, llegaron á Madrid, y pretendieron se declarase vacante el título de Casa-Otero.

A entrambos les convenia esto.

Juan debia seguir en la sucesion, y á Pedro le correspondian los alimentos de inmediato.

La justicia y la policía buscaron cada una por su parte; pero nada se sacó en limpio.

Se dijo á los hermanos que nada se podia hacer hasta que pasase algun tiempo.

Que podia muy bien el señor marqués haber emprendido un viaje, y no haberse tomado la pena de escribir todavía.

Por último, que si pasados seis meses no se tenian noticias suyas, se daria la administracion de los bienes á Pedro, como hermano segundo; pero que no se le podia poner en posesion sin tener una prueba del fallecimiento del marqués, sino cuando hubiese pasado con arreglo á las leyes, el plazo de la prescripcion.

III.

Y lo que era mas estraño, el pleito contra Pedro y Juan se seguia por el apoderado del marqués, que decia que mientras no se le recogiesen por este sus poderes, ó no se probase su muerte, continuaria en el ejercicio de su cometido.

Mas aún: interpuso su derecho para que pasado el término de seis meses no se diese la administracion de los bienes del marqués á su hermano don Pedro, puesto que él era el apoderado legítimo del marqués.

Los dos hermanos, para estar á la mira, se establecieron en la córte.

IV.

Entre tanto Alfonso, aunque ya completamente restablecido y fuerte como si nada le hubiese acontecido, continuaba oculto en la quinta de Castell-d'oro, sin dar noticias suyas.

Temia que Mariano de Fresnoseco se le echara encima.

El duelo habia sido á muerte, y dentro de unas terribles condiciones.

La ofensa habia sido gravísima.

Mariano era terco, rencoroso, terrible, y sobre todo, mas diestro y mas alentado que Alfonso.

Era necesario desembarazar de obstáculos el camino de su vida, y no era Alfonso hombre que se parase en delicadezas, ni cuya conciencia rechazase el crímen.

Pero ¿cómo hacerse?

V.

Tenia á su lado un hombre bravo, un hombre resuelto á todo, que le estaba muy agradecido, y que le habia cobrado una gran afeccion.

Este hombre era Eusebio.

Como hemos dicho, el marqués le habia tomado á su servicio, le habia nombrado su cazador.

Un dia, pasado ya un mes desde el desafío, Alfonso dijo á Eusebio:

—Quisiera que mañana nos metiésemos por el monte: yo no soy cazador, pero querria verte tirar algunas piezas.

—Muy bien, señor, dijo Eusebio; pero es necesario que antes arreglemos una montería.

—Los criados de la baronesa no creo sean grandes cazadores, dijo Alfonso.

—No señor; pero con ir yo de aquí á media legua y hablar con una persona, tendremos todos los cazadores que queramos.

—Pues bien, prepáralo todo, y mañana por la mañana saldremos de caza.

—Puede vuecencia convidar á las señoras, que se divertirán.

Meditó un momento Alfonso.

—Pues no habia pensado en eso... Yo queria alejarme de aquí, porque necesito hablar largamente contigo sin que nadie lo note, y habia pensado en un dia de caza; pero ahora se me ocurre otra idea: voy á hablar con la baronesa, que sale muy á punto de la casa.

VI.

Eufemia adelantaba por una de las avenidas del parterre, entretenida en la lectura de un pequeño libro que traia en la mano.

—Véte, dijo Alfonso á Eusebio.

Este tomó por una avenida de árboles, y Alfonso se puso en marcha hácia Eufemia.

Esta le habia visto, pero habia disimulado y habia continuado avanzando lentamente y como absorbida por la lectura.

Al fin, al estar muy cerca de Alfonso, no pudo menos de hacer como que habia reparado en él.

VII.

Eufemia estaba mejor, mucho mas fuerte y mucho mas gruesa; como que cada dia sentia mas un amor al que se entregaba, sin comprender la causa de aquel amor, pero le ocultaba de una manera perfecta.

Ni por un solo indicio podia Alfonso apercibirse de aquel amor.

—¡Oh, amigo mio! dijo la baronesa cerrando el libro y guardándolo en un bolsillo de su traje. No creia encontrarle á usted por aquí: usted preferia otro de los costados de la quinta.

A aquel costado correspondian las habitaciones de las tres señoras.

Alfonso acostumbraba á ir á sentarse en un banco de césped que estaba cabalmente frente al punto medio de la distancia que separaba los balcones del cuarto de la baronesa de los balcones del cuarto de sus hijas.

—Sí, dijo Alfonso: busco el abrigo del viento.

—Pues está usted ya completamente bueno, dijo Eufemia; y me alegro mucho.

Y se asió del brazo del marqués.

—Gracias por el interés que usted se toma por mí, señora, dijo Alfonso.

—Sí, respondió Eufemia: tengo un vivo interés, y un interes doble.

—¿Doble?

—Sí por cierto: primero, el interés de la salud de usted; luego... el interés de que usted vuelva á la córte... de que cese de fastidiarse en este destierro.

—Siempre cruel, siempre terrible, dijo Alfonso, y cada dia mas hermosa, cada dia mas interesante.

—Y usted cada dia mas tenaz, dijo tranquilamente Eufemia.

—Para llegar á un grande objeto, señora, es necesario una gran fuerza de voluntad.

—Pero la fuerza de voluntad es inútil cuando se lucha con lo imposible.

—Baronesa, dijo Alfonso deteniéndose y mirando fijamente á Eufemia: espero que no estremará usted conmigo su crueldad. Yo sé que usted no puede amarme... Por lo mismo mi afecto por usted se ha trasformado, se ha modificado.

Eufemia sintió una opresion del corazon.

El marqués hablaba con una gran naturalidad.

No mentia pues cuando decia que se habia modificado su afecto hácia ella.

Pero ¿de qué género era este cambio? ¿En qué situacion respecto á ella se habia colocado el marqués? ¿Por qué habia dejado de considerarla como el sér representante de todas sus aspiraciones?

Eufemia sintió un dolor agudo, porque estaba ya de todo punto enamorada; pero soportó este dolor, sin que la mas leve espresion alterase su semblante.

—Yo me alegro mucho, dijo, de que haya cesado el empeño de usted por mí: así podremos entendernos mejor...

—Deseo que nos entendamos perfectamente; pero temo...

—¿Y qué?

—Eufemia, usted ha hecho nacer en mí la necesidad del amor.

—Bien, ¿y qué?

—Encontrando llena su alma de usted... desesperado... he buscado un consuelo...

—¡Ah! Esto es natural. ¿Y le ha encontrado usted?

—Espero encontrarle si usted me autoriza.

—¿Yo?

—Sí por cierto.

—Es estraño que usted necesite una autorizacion mia para procurarse un consuelo.

—Se trata de Amalia.

Una súbita palidez cubrió el bello semblante de Eufemia.

El golpe la habia alcanzado de improviso.

No habia tenido tiempo de prepararse.

Se habia descubierto durante un momento, y el marqués la habia visto el alma.

Alfonso tembló de una manera tan perceptible, que Eufemia, que continuaba asida á su brazo, no pudo menos de notar aquel estremecimiento.

La conmocion de Eufemia, aquella conmocion tan elocuente, habia cogido tambien desprevenido al marqués; pero entrambos se reprimieron.

VIII.

—Me acaba usted de dar un disgusto, marqués, dijo Eufemia; un gravísimo disgusto.

—¿Un disgusto, señora?

—Sí: porque si usted tiene motivos para creer que Amalia le ama... me anuncia una gran desgracia de mi hija.

—¿Una desgracia, señora?

—Sí, porque la mujer que ame á usted no puede menos de ser desgraciada.

La conmocion de Eufemia era tan fuerte, que á pesar de toda su sangre fria no pudo contenerse, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Alfonso no tuvo ya duda.

Eufemia era suya.

Sin embargo, fué prudente.

—No, no, dijo: juro á usted por mi honor, que yo nada he aventurado respecto á Amalia que pueda hacerla comprender que la amo; y en cuanto á ella, nada he visto que me indique que soy amado.

—¿Nada?

—Nada.

—Entonces pues...

—Un desesperado, señora, busca cuantos recursos están á su alcance para obtener todo el consuelo que le sea posible.

—No comprendo.

—Para permanecer yo al lado de usted, para amarla, si no como esposa como hermana, necesito una posicion legítima en la familia: mi enlace con una de sus hijas...

—¡Ah! ¡no! esclamó la baronesa: ¡jamás!

—¿Y por qué?

—Porque yo no quiero.

—Amalia no es viuda: Amalia no tiene un amor muerto en el alma.

—Pero yo no quiero que dentro de poco tenga el alma muerta.

—Sentiré mucho, Eufemia, que usted me obligue á ser tan tenaz respecto á Amalia como lo he sido respecto á usted...

—Pero ¿usted la ama?

—No: sin embargo, es hermosa... pura... apasionada... necesita la vida del amor... Usted no puede arrojarme de aquí... no tiene usted pretesto... usted no puede prevenirla... Hoy sabré lo que puedo esperar de ella... Usted no tiene derecho á obligarme á que yo viva perpetuamente sin amar.

—¡Oh, Dios mio! ¡Yo no he dicho eso! ¡yo no quiero eso! Suplico á usted sea generoso y se aleje... Usted no puede amar á mi hija... usted no puede...

—Sí: yo no puedo amar á nadie, es verdad, dijo el marqués.

Y envolvió en una candente mirada á Eufemia, que lanzó un grito.

Se habia visto completamente descubierta.

—¡Ah! ¡Por fin! esclamó el marqués.

Y sonrió de una manera tal, con tal alegría del alma, que Eufemia no pudo ofenderse.

—¡Tú! ¡solo tú! esclamó el audaz Alfonso.

—Pero ¿qué es esto, Dios mio? esclamó aturdida Eufemia.

—Es que Dios me ha inspirado, dijo Alfonso; es que lo que yo decia, impulsado por mi desesperacion, era lo mas á propósito que podia decir.

—¡Oh! ¡no!

—Es inútil, de todo punto inútil pretender recobrar la posicion perdida, dijo Alfonso.

—Esto es una inmensa desventura, contestó Eufemia.

—¡Desventura! ¿Y por qué si tú me amas?

—Suplico á usted que no me tutee, marqués, dijo Eufemia: ahora estamos peor que nunca.

El marqués se puso mortalmente pálido.

—Peor que nunca, dijo Eufemia: comprendo que sienta usted por mí una de esas pasiones monstruosas que por todo atropellan, y ante esto... soy franca y leal, me embriago... porque ¿á qué negarlo?... amo á usted...

—¡Dios mio! esclamó el marqués. ¡Pero esto es una pesadilla!

—Sentémonos, marqués, sentémonos... estoy muy fatigada: vuelve la opresion de mi pecho: usted, que me habia salvado, usted me mata...

—¿Yo, Eufemia? dijo el marqués sentándose en el tronco de un árbol derribado, junto á la baronesa.

—Sí: usted me mata, porque... soy madre... porque yo no puedo hacer infeliz á una hija mia...

—¿Me ama Amalia?... ¿Usted ha notado?... dijo el marqués.

Y dejó ver otro estremecimiento nervioso á la baronesa.

—No... dijo Eufemia: quien ama á usted, á quien verdaderamente usted ama sin saberlo... es...

—¿Quién?

—Andrea.

—¡Andrea!

—Sí: el corazon humano es incomprensible, incomprensible de todo punto. ¿Cómo caben tantos amores en un solo corazon?

—¡Eufemia!

—¡La irritacion, la corrupcion del alma!

—¡Señora!

—¡Pues qué! ¿no he dicho á usted que ahora estamos peor que nunca?

—Yo juro que usted, y solo usted...

—¿Yo? Sí, yo soy para usted la embriaguez, el delirio, la ambicion, el deseo... pero no el amor... no... el amor es terrible: al amor no puede dominársele siempre... un momento inesperado, una prueba repentina, le revela: yo soy un ejemplo.

—¿Usted?

—Sí... no sé por qué... porque la moral de usted me es repulsiva, no puedo arrojar del alma la terrible pasion que por usted siento... yo soy muy firme, muy leal y muy digna, permítame usted que lo diga, yo puedo encubrir mis afectos; pero en una situa-

cion solemne como esta no puedo, no debo mentir, Alfonso: tiene usted la mirada fija, profunda, poderosa: hay en ella un fulgor apasionado, ardiente, terrible, que embriaga á la mujer ó al hombre respectivamente. Es usted materia, y no mas que materia... pero una materia tentadora... una especie de demonio.

—¡Ah! esclamó dolorosamente Alfonso.

—La belleza de la mujer es para usted irresistible, y con una fuerza de voluntad incontrastable se obstina usted y lucha y relucha hasta que vence... Usted mismo no sabe el funesto poder que tiene... le impele á usted el instinto, el hambre voraz é insaciable de la mujer hermosa... Una vez vencedor, solo le queda á usted el recuerdo de la victoria, que tambien pasa muy pronto... Ni una sola cualidad noble, ni un solo sentimiento poético hay en usted para la mujer enamorada y vencida... y sin embargo, mientras lucha usted parece usted verdaderamente enamorado, y de tal manera, que ha llegado usted á engañarme, ha llegado usted á hacerme creer que mi amor le habia convertido... Yo esperaba... cuando se espera se vive... pero quise dilatar la prueba... la prueba ha llegado: ha engañado á usted mi indiferencia, ha prescindido usted de mí, y ha puesto su empeño en mis hijas.

—¡Eufemia!

—Sí, sí; lo repito: los resultados de la mala educacion, la perversion del sentimiento...

—¡Y usted dice que me ama!

—La pasion no es la razon... Afortunadamente, mi razon no ha sido ahogada por la pasion.

—Eufemia, esa fuerza de la mirada que usted cree que yo poseo, esa luz intensa, profunda, opaca, ardiente, que sale del alma y que embriaga á la mujer ó al hombre, ese encanto irresistible, le posee usted de una manera incontrastable: su alma de usted se escapa en volcanes por sus ojos, se exhala en su aliento, en su voz, de todo su sér de usted... Yo siento que... no puedo esplicarme... yo me ahogo... yo agonizo... yo tengo fuego en las entrañas... yo estoy loco...

—¡Ah! esclamó Eufemia levantándose y retrocediendo. ¡Imposible! ¡yo no enloqueceré jamás!

—¡Pero si yo me convierto, si yo no vivo mas que por tí y para tí!...

Dijo con tal elocuencia estas palabras el marqués, que Eufemia sonrió.

—Si eso es cierto, dijo inclinándose hácia el marqués, si yo tengo la prueba indudable... puedes esperarlo todo de mí, Alfonso... todo... mi amor, mi único amor... mi amor vírgen... ¡Oh! ¡sí! Yo no he amado hasta ahora, pero he nacido desventurada y desventurada moriré... ¡No! ¡no! Tú no eres el hombre que puede satisfacer mi corazon, que puede elevar mi alma. ¡Ahora sí! ¡ahora sueñas! ¡ahora te embriago! Despues...

—¡Oh! ¡Siempre!

—¡Esperemos! ¡esperemos! dijo recobrando el dominio sobre sí misma Eufemia. Vengamos á la prueba.

—Sí: vengamos á la prueba.

—Volvámonos á la quinta, dijo Eufemia asiéndose con un brazo tembloroso á otro no menos tembloroso brazo del marqués. Dominémonos: podemos encontrarlas: que nada noten: sígamos...

—¡Pero esa prueba!

—La necesito al momento.

—¿Cuál?

—Mañana mismo va usted á despedirse de nosotros, va usted á volver á Madrid.

—¿Á Madrid?

—Sí... á Madrid, á la córte. Es necesario que yo sepa que la causa que ha traido á usted desgraciadamente á mi casa, no forma parte de una historia de infamia.

—¡Ah! ¡no! Yo no he mentido.

—Bien... en ese caso, si usted no ha comprometido la honra de una mujer, si su lance ha sido solo uno de esos encuentros tan comunes y tan fáciles entre hombres de un cierto carácter, ningun inconveniente puede usted tener en ocupar su posicion en la córte... Supongo que yo no habré interesado mi corazon por un hombre que, además de sus malas cualidades, tenga la de...

—¿La de cobarde?...

—Sea.

—Iré á Madrid.

—¿Mañana?

—Mañana precisamente no, porque tengo preparada una partida de caza con que esperaba sorprender á usted: Eusebio ha ido ya á buscar los cazadores...

—¡Oh, bien! ¿Qué importa? Pasado mañana.

—Pasado mañana partiré.

—Á propósito: hé ahí mis hijas, que vienen hácia nosotros.

En efecto, las dos jóvenes desembocaban por una avenida de setos de espinos rosas, asidas de la mano y tranquilas.

Muy pronto las cuatro personas estuvieron juntas.

Eufemia y Alfonso se habian dominado completamente, y nada pudieron notar las jóvenes.

La conversacion se hizo general.

Era la hora de comer, y se volvieron á la quinta.

CAPITULO XLII.

LA HISTORIA PROSIGUE.—UNA MADRE QUE HACE EL SERVICIO DE DESCUBIERTA.

I.

Eufemia seguia siendo para el marqués la conquista mas séria, mas terrible y mas comprometida de todas las que habia llevado á cabo hasta entonces.

Todas ellas habian sido empresas vulgares.

El calavera lúgubre habia empezado á verle las espaldas á la fortuna.

La fácil conquista sobre Amalia de Fresnoseco le habia procurado una estocada y un odio á muerte.

Aquella estocada le habia llevado hasta Eufemia.

Eufemia se convertia para él en una combatiente formidable.

Alfonso, cuando habia llegado el momento de probarse como valiente, se habia demostrado á sus propios ojos cobarde.

Tenia miedo á Mariano de Fresnoseco.

Un miedo incomprensible.

Mariano era uno de esos temerones, bravos y espadachines que no cejan ni perdonan.

Alfonso estaba seguro de ello.

Sin embargo, era necesario, de todo punto necesario, ir á Madrid.

Lo exigia Eufemia, y Alfonso por el momento era su esclavo.

II.

La fatalidad que hemos visto aparecer en el capítulo anterior, continuaba.

Los temores y las ideas espresadas acerca de sus hijas por Eufemia, habian violentado la irritable voluptuosidad de Alfonso, cuyo carácter débil y pervertido le entregaba sin defensa á sus pasiones.

Durante la comida, Eufemia tuvo mas de una vez ocasion de aterrarse.

Por mas que Alfonso pretendia no perder el dominio sobre sí mismo, sus ojos, saturados de un flúido terrible, sus magníficos y poderosos ojos garzos, habian vagado de Amalia á Andrea, de Andrea á Amalia.

Eufemia habia comprendido que si sus hijas no estaban enamoradas de Alfonso, estaban terriblemente predispuestas; que Andrea particularmente palidecia y bajaba los ojos como aturdida bajo la mirada de Alfonso.

Eufemia, antes de llegar á los postres, habia tomado una resolucion decisiva.

III.

Despues de la comida, como Alfonso se hubiera ido á su cuarto con un pretesto, porque en realidad se sentia mal bajo la mirada investigadora de Eufemia, esta aprovechó la ocasion de que Amalia hubiese ido al invernadero á llevar pan á los patos del *aquarium*.

Andrea, indolente y pensativa, se habia quedado en el comedor junto á la chimenea.

Eufemia se sentó frente á ella.

—Yo creia, dijo, que una madre era siempre la amiga de sus hijas, y mucho mas una madre jóven como yo.

—¡Mamá! esclamó sorprendida Andrea.

—Tú sufres, Andrea, continuó Eufemia.

La jóven se puso vivamente encendida.

—Repito que estoy quejosa de tí, Andrea.

—Pero mamá...

—Yo estoy enferma, muy enferma: necesito morir tranquila, y quiero conocer el corazon de mis hijas.

Andrea se puso mas pálida aún.

—Tú sufres, lo repito... ¿Has dejado allá en Sevilla algun amorcillo?...

—¡Mamá, yo soy muy desgraciada!

Saltó violentamente el corazon de Eufemia.

—¡Desgraciada tú, hija mia! esclamó Eufemia.

—Sí, mamá, sí... esclamó la jóven: yo amo á un hombre que...

—No te detengas; sigue: ¿no ves que sufro... que sufro de una manera cruel por tu sufrimiento?

—De un hombre que tú no estimas... de un hombre con quien tú no querrás que yo me enlace... y que además, mamá...

—¡Oh! ¡acaba! ¡acaba!

—Me espanta.

—¡Que te espanta!...

—Sí...

—¿Y por qué?

—No sé; pero me espanta.

—¿Y quién es ese hombre?

—Nuestro huésped.

—¿El marqués de Casa-Otero?

—Sí... mamá... ese hombre... me mira de una manera... yo veo algo siniestro en sus ojos... me da miedo.

—Y sin embargo, dices que le amas...

—Sí... mamá, sí... ¿Tú quieres que yo te hable como á una amiga? Pues bien, te digo lo que no diria á mi hermana... y te digo aún mas...

—¿Mas aún?

—Sí... tengo celos.

—¿Celos de quién? esclamó Eufemia poniéndose pálida como un cadáver, temiendo que su hija hubiese descubierto algun descuido

suyo, alguna de esas miradas que se escapan á la mujer mas prudente.

—Celos de...

Y Andrea se detuvo de nuevo, prolongando el martirio de su madre.

—¡Oh! ¡por Dios! dijo Eufemia.

—Celos de mi hermana...

—¿De Amalia?

—Sí.

—¡Cómo! ¿Ese hombre habrá pagado la hospitalidad que se le ha dado con una conducta doble? ¿Por qué un hombre de honor, antes de aventurar ni una sola indicacion de amor á una jóven digna, no cuenta con su madre?

—No, mamá, no: el marqués se ha mostrado y se muestra completamente indiferente con nosotras; pero Amalia pronuncia con mucha frecuencia su nombre en sueños.

—El marqués partirá pasado mañana, dijo Eufemia recobrándose: ya no hay motivo para que permanezca aquí: nosotras volveremos á Madrid: yo arrojaré este luto, que ya no debo llevar, abriré mis salones, os presentaré al mundo, no volvereis á ver á ese hombre, y esas primeras impresiones pasarán. ¡Oh! ¡sí! ¡pasarán! Sois hermosas, puras, buenas, y yo tendré el gusto antes de morir de dejaros bien establecidas.

—¡Ah! ¿Por qué hablar de morir, madre? dijo Andrea arrojándose de nuevo al cuello de su madre y cubriéndola de besos.

—Sí, sí, no pensemos en eso, dijo Eufemia: yo estoy mejor, mucho mejor... sin duda yo me he equivocado... esto no es la tísis...

—¡Oh! ¡no, mamá! Si fuese la tísis, no hubieras recobrado tu hermoso color, tus fuerzas; no engruesarias mas cada dia.

—Sí, sí, es verdad, dijo sonriendo Eufemia: viviré, viviré lo bastante para poder hacer felices á mis hijas.

En aquel momento entró Amalia con un hermoso ramillete de flores de invierno, y le presentó sonriendo á su madre; pero la sonrisa de la niña era muy triste.

—Tengo que daros una buena noticia, dijo Eufemia.

—¿Cuál, mamá? preguntó Amalia.

—Teníais grandes deseos de ver una montería, ¿no es verdad?

—Sí, mamá, respondieron las dos jóvenes.

—Pues bien, el marqués tiene la galantería de ofrecérnosla para despedirse de nosotras.

—¿Se va? preguntó Amalia, que habia empalidecido densamente.

—Sí... está ya bueno, y necesita hacer un largo viaje.

Amalia se repuso, y procuró parecer indiferente.

Eufemia no tenia ya duda.

Andrea no se habia engañado.

Amalia, como ella, amaba al marqués.

—¡Ah! dijo Eufemia. Esto es un sueño, un sueño sombrío, y es necesario desvanecerle.

CAPITULO XLIII.

LA HISTORIA SE ENREDA.—UNA TRAMPA DE LOBO.

I.

Al dia siguiente á las diez de la mañana salieron de la quinta, en asnos pintorescamente abigarrados y enjaezados, las tres señoras con bellos trajes de campo.

Habia que notar una singularidad.

Eufemia se habia quitado el luto, é iba tan coquetamente vestida como sus hijas, y parecia tan jóven como ellas.

Sus ojos ardian, relampagueaban, tenian una espresion profunda cuyo pensamiento era muy difícil adivinar; pero estaba pálida como un cadáver.

A su lado, ginete en un magnífico caballo, iba el marqués.

Los precedia Eusebio con una escopeta al hombro y un viejo lebrel al lado, y los seguian algunos criados que en dos asnos llevaban la comida.

La cocinera sobre otro asno, y el pinche tirando de la cabalgadura de su jefe, pertenecian á la comitiva.

II.

Muy pronto empezaron á perderse por entre las primeras estribaciones de aquella parte del Guadarrama.

El paisaje era escesivamente pintoresco, aun en aquella estacion en que los grandes árboles estaban deshojados.

Pero el hielo en las umbrías; los troncos y las ramas de las encinas y de los robles escarchados; los mil géneros de arbustos de follaje perenne que se ven en las montañas, con su multiplicidad de matices de un verde mas ó menos oscuro, mas ó menos pálido; la yedra, la madreselva, los musgos, todo este rico mueblaje de la naturaleza que decora y festonea las gargantas, las lomas, los desfiladeros; los arroyos mas ó menos caudalosos precipitándose por lechos pendientes, cayendo en cascadas ó determinando pequeños lagos; las blancas casitas esparcidas acá ó allá; acá ó allá grupos de ovejas ó hatos de cabras haciendo sonar sus esquilillas; y todo esto iluminado por la luz radiante de un cielo fuertemente azul, en el que flotan vaporosas y blancas nubes, constituye un espectáculo grandioso, poético, del que no tienen idea los que nunca salen de las poblaciones sino para hacer un rápido viaje en ferro-carril.

III.

Pero ninguno de nuestros personajes reparaba en estas bellezas de la naturaleza.

Todos iban preocupados.

Los únicos que gozaban, que se esparcian, porque tenian un verdadero dia de campo, eran los domésticos.

Llegaron al fin á una plataforma, á un ensanchamiento en el que se cruzaban dos caminejos de herradura.

En el punto del cruce se levantaba una ermita, y delante de ella una cruz de piedra.

El santero, especie de jayan rudo, vestido con un hábito ceniciento y con la barba prolongada y áspera, que no era sacerdote ni siquiera fraile, ni de modo alguno penitente, sino uno de esos que se buscan la vida en una ermita, que costean encendida la luz del altar y tienen á la puerta un cepillo colgado de la pared para que reciba limosna para el culto de la ermita; uno de esos hombres que por su situacion aislada en el campo están siempre en contacto con

la gente *non sancta* que anda siempre á salto de mata, estaba delante de la ermita rodeado de quince ó veinte *greñudos*, cada uno de los cuales tenia una escopeta.

Una multitud de perros de caza de todas clases acompañaba á estos hombres.

IV.

Al ver á la cabalgata que se acercaba, todos estos montaraces se acercaron, echando mano á sus sombreros y sonriendo de una manera salvaje.

El santero se acercó tambien.

La baronesa dió algun oro menudo al santero para el culto del Cristo de la ermita, produciendo una especie de codicia no satisfecha en aquel hombre, y rudas miradas de envidia en los otros.

Agradeció con voz gangosa el santero á la baronesa *su caridad* y *su devocion*, Eusebio arengó á los cazadores para que trabajasen bien, diciéndoles que cuanto mejor lo hicieran mejor pagados serian, y nuestra partida de caza empezó á aventurarse por la parte ya áspera de la sierra, donde debian encontrarse las reses mayores.

Llegaron al fin á un punto donde estaba preparado una especie de andamio de ramas, hojas y troncos sobre las ramas de algunos árboles: desde allí debian ver pasar las señoras las reses levantadas por el ojeo, para que el susto de la vista del jabalí ó del ciervo irritado, abriéndose camino por entre los jarales, no alterase la diversion.

Subieron á aquella especie de estrado por una escalera rústica las señoras y su servidumbre, escepto algunos criados que querian tomar parte en la montería, se retiraron á alguna distancia los asnos y el caballo, desaparecieron entre los jarales los cazadores, y muy pronto se oyeron en redondo los gritos y los ladridos del ojeo.

Este espectáculo tiene sus momentos de monotonía, y es necesario proveerse de paciencia, como para la caza al lazo ó la pesca al anzuelo; es necesario buscar á las reses, levantarlas, acosarlas, acorralarlas, dirigirlas, á fin de pasar por delante de estos verdes

palcos, ó por delante de los puestos donde las señoras esperan con el corazon palpitante y la escopeta preparada, acompañadas de su cazador particular.

Al fin se oyeron á lo lejos y en redondo las voces, los ladridos, y poco despues los disparos mas ó menos frecuentes.

Para el que no está acostumbrado, hay momentos terribles en la caza mayor, momentos de ansiedad y aun de miedo.

Alguna vez se oye el silbar de las balas, alguna vez sucede alguna desgracia por una impremeditacion; un tiro que hiere á algun cazador emboscado, una escopeta que se revienta, algun hombre herido por un jabalí, sin contar con los perros desventrados que vienen aullando á ampararse de la gente.

La selva retumba.

Los ecos de la montaña repiten los alaridos de los monteros, el ladrido de los perros, el bramido de las reses heridas.

Lo repetimos: es un espectáculo demasiado fuerte para el que no está acostumbrado.

Cuando las partidas de caza son *comme il faut*, hay que añadir el lujo de las comparsas, por decirlo así, los pintorescos y bizarros trajes de caza, las tocatas de las trompas; pero en nuestras montañas toda esta parte de aparato está de mas: los cazadores, negros, encurtidos, llevan un remendado y lustroso traje de *estezao*, una vieja escopeta que sirvió á su abuelo y á su padre, mal reformada por el sistema de percusion, y á falta del rico y artístico cuchillo inglés de caza, la navaja guifera es bastante para degollar la res.

Las trompas son reemplazadas por el alarido de voces salvajes, y por el rabioso ladrido de los perros encarnizados en el rastro.

Todo es rudo, palpitante, terrible, dramático.

Los pobres y pacíficos habitantes de la selva huyen en tropel despavoridos, y á veces tropas de ciervos y de gamos y de venados se precipitan por los senderos, pasan como exhalaciones por los puestos, y reciben en monton el fuego nutrido de los cazadores apostados.

Pero cuando el que escapa es un jabalí, entonces el espectáculo es demasiado duro para el novicio en la caza.

Se oye un ruido sordo, rápido, que se acerca con una celeridad

infinita; se ven saltar de repente fragmentos de maleza; se ve que entre esta maleza se abre una senda, y de repente, erizado el cerro, flameantes los ojos, espumosa la boca, aparece un enorme jabalí que apenas se deja ver porque pasa con la violencia de una bala de cañon.

Se oye un tiro, otro.

Resuena un gruñido potente, un alarido de rabia del animal, que si no ha sido bien herido, se vuelve sobre el tiro con una rapidez increible, con la rapidez del relámpago, y ¡ay del cazador si al volver la fiera no la remata de un segundo tiro ó no la contiene con la escopeta armada con el cuchillo de monte! ¡Ay si le alcanzan los agudos y afilados colmillos!

Casi nunca los perros siguen de cerca al jabalí durante su fuga: el jabalí corre mas que ellos.

Pero cuando la res se siente acorralada, herida; cuando los perros la acometen y la acosan por todas partes, entonces no puede darse el espectáculo de una lucha mas brava, mas encarnizada, mas sangrienta.

El jabalí hiere á diestro y siniestro, y los valientes perros, siquiera cojos, abiertos, con las entrañas de fuera, no cejan hasta que rinden al jabalí y le sujetan bajo el cuchillo de monte del cazador.

V.

La caza á que asistia la baronesa con sus hijas fué pobre en resultados.

Iban pocos hombres y pocos perros, y aquellos lugares estaban muy *castigados*. Pasaron dos ó tres ciervos que escaparon saltando, llevando una gran delantera á los perros, y únicamente un cervatillo, un pobre *bichejo*, vino á caer herido de muerte delante del palco de la baronesa; lanzó un triste balido, miró á Eufemia con un dolor supremo, y espiró.

Eufemia sintió un estremecimiento frio.

—¡Oh! esclamó. El hombre es cruel, muy cruel, y merece bien todas las desgracias que le afligen.

¡Oh! esclamó. El hombre es cruel, muy cruel.....

Y sobrecogida por aquel espectáculo sangriento, por aquellos viejos perros que se encarnizaban en el inocente animal, por aquellos rudos cazadores que le rodeaban gritando, bajó de la enramada y manifestó un deseo decidido de que se acabara la caza.

VI.

Volvieron á montar en los asnos, el marqués montó á caballo, y se empezó la marcha de retorno.

Solo se habian hecho dos piezas: el cervatillo y su madre; es decir, se habia destruido una familia.

Los cazadores se alegraban porque habian acabado temprano la tarea, y por lo mismo el marqués estaba sombrío y uraño.

Habia contado con que la noche los hubiera sorprendido en el monte; habia tendido una asechanza á Eufemia.

Pero eran las dos de la tarde, y á las cuatro debian llegar á la quinta.

VII.

Mientras duraba el ojeo, Alfonso, solo con Eusebio en una espesura, le habia dicho:

—Cuento contigo para un empeño de gran compromiso.

—Para lo que vuecencia quiera, respondió Eusebio.

—Es que, respondió Alfonso, que se iba derecho al negocio porque preferia la línea recta á la curva, se trata de matar á un hombre.

Se rascó la estremidad de la oreja derecha Eusebio, pero no se conmovió en gran manera.

—¿No tienes costumbre? le preguntó el marqués.

—No he tenido nunca necesidad de despachar á nadie, contestó Eusebio con una naturalidad que hacia mas terrible el efecto de sus palabras.

—¿Y si te diesen dos ó tres mil duros?

—Entonces tendria necesidad.

—Pues cuento contigo.

—Lo mismo da.

—No te entiendo.

—Quiero decir, que si yo no lo hago lo hará otro.

—¿Y por qué tú no?

—Porque yo sé hacer una res, pero no sé hacer un hombre; para todo se necesita costumbre: tirar á un hombre no es lo mismo que tirar á un jabalí: tiembla la mano, y cuando la mano tiembla el golpe no es seguro.

—Es que yo no quiero entenderme mas que contigo.

—Pues por supuesto, señor: yo hablaré al *Pardo*, que está aquí con los otros.

—¿Y quién es el Pardo?

—Un huido de presidio, un hombre que sabe acechar sin que le sientan y acercarse á quien quiere sin que le vean; un hombre que nada tiene que perder, y que si le cogen, aunque haya sido con la mano metida en la herida, negará como San Pedro negó á Cristo, y estará negando hasta con la argolla al cuello; por lo mismo el Pardo es muy bueno, señor, porque ni se perderá vuecencia ni me perderé yo, que lo sentiria por mi mujer y por mi hijo, por mi pobrecillo Francisco, que no tiene mas que diez años y es ya un buen cazador.

—Yo haré tu fortuna y la de tu hijo.

—Por supuesto, señor: yo no dudo eso; pero déme vuecencia algun dinero para que yo le llene el ojo al Pardo.

—¿Cuánto quieres?

—Diez ó doce onzas.

Sacó el marqués un puñado de oro de su bolsillo, que como era andaluz y rumbon siempre iba cargado de oro, aun cuando fuese á un desafío, como la última vez que habia salido de su casa, y dijo á Eusebio:

—Al momento.

—¿Al momento, señor?

—Sí, cuanto antes: mañana tengo necesidad de ir á Madrid, y si fuera posible me alegraria de poder entrar desembarazado ya de un mal enemigo.

—¿Y quién es ese señor?

—Don Mariano de Casairujo y Almudia, hijo mayor de la duquesa de Fresnoseco.

—¿Y dónde puede encontrarse á ese señor?

—No lo sé; pero vive en la calle del Arenal, número 75.

—Basta: el Pardo se enterará en dos minutos; pero como vuecencia no saldrá hasta mañana de aquí, ni llegará á Madrid hasta pasado mañana, creo yo que con que la cosa se haga mañana á la noche se habrá hecho á tiempo.

—Perfectamente; pero yo no estaré pasado mañana en Madrid sino con una noticia cierta.

—Podemos parar en una de las posadas que hay fuera de la puerta de Segovia.

—Bien: pónte de acuerdo con ese hombre.

—Pues voy á arrimarme á él, y al momento vuelvo con la contestacion.

—Espera: te necesito para otro negocio.

—Diga vuecencia.

—Hay que entretener la caza hasta una hora en que no podamos volver esta noche á la quinta.

—Para eso hay que hacer como que nos estraviamos.

—Por supuesto: quiero que no podamos pasar la noche mas que en un lugar aislado y solitario.

—En la dehesa de los Mochuelos hay una cabaña de pastores.

—Pues hácia allí.

—Descuide vuecencia.

—Cuando todos estemos dormidos, hay que poner fuego al barranco.

—Muy bien, señor; eso lo hará otra persona.

—Toma mas dinero.

—No señor, hay bastante con el que vuecencia me ha dado.

—¡Cosa rara! Eres el primer hombre desinteresado que he encontrado en toda mi vida.

—Lo creerá vuecencia, señor: yo tengo el interés de que vuecencia mire por mí y por mi familia. Pero volvámonos si vuecencia gusta: dejaré á vuecencia con los otros en el puesto, que está cer-

ca de nosotros, y me iré á hablar con el Pardo, que está apostado mas allá.

VIII.

Tres cuartos de hora despues, Eusebio decia al marqués:

—El Pardo se ha ido ya, y me ha dicho:—Descuida, que ese señor que te estorba no te estorbará pasado mañana.

—Por supuesto que tú no le habrás dicho que yo...

—Yo he dicho: ¿Quieres ganarte cuarenta onzas?

—¿Pues á qué estamos? me ha respondido él.

—A mí me estorba un señor, le he dicho yo.

—¿Y quién es?

Yo le he dicho el nombre y las señas de la casa.

—¿Y cuándo es menester que se haga esa muerte? me ha preguntado.

Yo he respondido:

—Pasado mañana.

—Pues pasado mañana ese señor no te estorbará.

—Es menester que vayas á llevarme la noticia al parador de Anton, fuera de la puerta de Segovia, cuanto antes mejor.

—Al amanecer estoy yo allí.

Y luego, á pretesto de que se habia puesto malo, se fué.

A estas horas estará trotando hácia Madrid, y llegará esta noche.

IX.

En aquel momento caia herido el cervatillo cuya muerte habia horrorizado á Eufemia.

Poco despues, el marqués se desesperaba porque Eufemia habia espresado su voluntad terminante de volverse á la quinta.

Su segundo proyecto habia fracasado.

Su intencion habia sido salvar del incendio á Eufemia, arrebatándola consigo, y aventurarse con ella en una situacion conmovedora en medio de la soledad y del silencio.

El marqués lo habia esperado todo de las ideas romancescas y del amor de Eufemia.

Pero estas mismas ideas romancescas, esta viveza de la imaginacion, esta delicadeza del corazon, la habian defendido de una trampa preparada con una fria perversidad.

Antes de la caida de la tarde entraban en la quinta, y se servia en ella aquella comida que se habia preparado para comerla alegremente en la sierra.

CAPITULO XLIV.

LA HISTORIA AVANZA.—UN CONTRAEFECTO.

I.

Tanto anduvo Pardo, que á la una de aquella misma noche llamaba á un ventorrillo, á un cuarto de legua de la puerta de Segovia.

Llamó, abrieron, y en cuanto el del ventorrillo le vió, se asustó.

—Vamos, dijo, tú tienes gana de dar algo que ver en la plazuela de la Cebada.

Por aquel tiempo, la plazuela de la Cebada era el lugar de las ejecuciones de muerte, que se hacian generalmente por el bello sistema de la horca.

—Nada menos que eso; y por lo mismo, vengo aquí á ponerme nuevo.

—Entra, hombre, entra.

—¿Te parece á tí que tendrás, por supuesto despues de una buena cena, algunos trapos con que yo me forre, y algo con que procurarme otra piel y otros pelos?

—Por supuesto, hombre. ¡Ni que fueras cómico y tuvieras que hacer una comedia!

—Ea, pues dame de cenar y bien.

—De cenar te daré yo siempre; pero si te doy de cenar bien, que no salgamos con que luego pague el obispo.

—Mira y muérete, dijo Pardo sacando del bolsillo un puñado de onzas.

—Vamos, ya veo que se trata de algo, dijo el otro.

—Pues si no se tratase de algo, ¿crees tú que me hubiera yo dejado tan ainas mi buena amiga la sierra de Guadarrama?

—Pues te vas á comer la mejor liebre que se ha matado desde hace cien años, y la mejor gallina del corral... y digo, que te voy á sacar un vino, que si se lo dieran á beber al rey, que dicen que está enfermo, resucitaba.

—Bien, hombre, bien... Pero dime si tienes con que yo me disfrace.

—Ya sabes que yo tengo siempre ropa para los amigos.

—Pero es que yo quiero una ropa que me cambie tanto de lo que yo soy, como si convirtiesen en canario á un gorrion, ¿entiendes tú?

—¡Vaya! Y te voy á vestir de maestro de escuela.

—Me parece bien.

—Y todavía está caliente: figúrate tú que esta tarde estaba aquí Pitichin, cuando pasa montado en su asno don Propercio, el maestro de escuela de Pozuelo. Pues has de saber tú que Pitichin se escurrió, y yo dije: Vaya, ese perdido se ha largado por no verme, para no pagarme los dos cuartillos que se ha bebido y el chorizo que se ha comido: bueno, cuando tenga pagará, y le apunté en la cuenta diez cuartos; cuando cátate ahí que á poco de ser de noche oigo llamar muy aprisa á la puerta del corral.

Acudo, abro, y me encuentro con Pitichin que me dice:

—Pronto con el burro adentro.

—Pero ¿qué burro es ese? me dije yo.

—El de don Propercio, me contestó; y es necesario hacerle que corra mas que si fuese un calesin.

Ya puedes tú figurarte: ahora mismo está el burro casa del tio Pantojos, en el barranco de Embajadores, y mañana no le conoce ni la madre que le parió. Pero el burro traia encima un lio que se quedó aquí. Aquel lío era toda la ropa de don Propercio, hasta los

zapatos. Pitichin le habia dejado en cueros fuera del camino, y muy afuera; de modo que puede ser muy bien que antes de llegar al camino, el maestro de escuela se haya helado.

—Pues me cambio en maestro de escuela mañana por la mañana.

—¡Hombre! ¿y si te conocen la ropa?

—¡Como si no hubiera puestos en el Rastro y en las Américas Viejas que me lo cambien y me lo arreglen y me lo pongan como nuevo! Lo que yo quiero es entrar seguro por las puertas de Madrid y llegar á las Américas Viejas.

II.

Y en efecto, el Pardo, embutido en un leviton, saliéndole por ambos flancos de la cara las dos puntas de un enorme cuello de camisa, calada una peluca rubia, sobre la peluca un sombrero de una enorme altura, de alas estensísimas, y convertido en pardo rojizo el negro de la felpa de seda, con unos pantalones largos de color de ayosa con trabillas, y unos zapatos redondos y enormes de tres suelas, entraba gravemente por la puerta de Segovia, ocultando la aviesa mirada con unas gafas verdes guarnecidas de tafetan.

Lo mejor que tenia el disfraz era que no lo parecia.

Figurones como el que representaba Pardo, aunque raros, los habia á docenas en Madrid.

III.

Muy pronto llegó el bandido á una de las cavernas, esto es, baratillos de las Américas Viejas, y en cuanto estuvo dentro se dió á conocer con una palabra.

Aquella palabra era:

—Chucho.

Al oirla el baratillero, que era un viejo y estaba embozado en una capilla y calado un gorro de algodon azul hasta los ojos y encorvado sobre un barreño en que habia algun fuego, porque el dia era muy frio; al oir el baratillero aquella palabra, decimos, se ir-

guió de una manera violenta, dejó ver un semblante feroz y miró de una manera amenazadora al ente estrafalario que se le presentaba.

—No hay que espantarse, hermano, dijo Pardo; pero ha caido que hacer y necesito vestirme.

—¡Ah! Eso es distinto... ¿Eres tú?... Me alegro... Entra... ahí está la Parpajila, que ya sabes que es muy lista, y ella te servirá.

IV.

Dos horas despues, esto es, á las diez de la mañana, salia disfrazado de una manera admirable, con todas las apariencias de una persona decente, elegante y rica.

Se usaban entonces unas prendas de abrigo que se llamaban *sur-toust*, estrechos, apretados al talle, de faldones hasta los piés, labrados en el pecho con cordones y trencillas á manera de dorman de húsar, con cuello de pieles y bocamangas de pieles.

El color era generalmente verde.

Se usaban camisas de cuello muy alto y de picos muy largos y muy almidonados.

Corbatin alto de raso rizado con el lazo artísticamente dispuesto.

Pantalones negros muy estrechos con trabillas largas.

Botas muy lustradas.

Sombrero de castor sin pelo, cónico y alto.

Por último, guantes amarillos.

El peinado era rizado, en bucles en las sienes, y con gran *tupé*.

Se añadian unos lentes de oro pendientes de un cordon de pelo, reló de oro con colgantes y dijes, y una caña de India con puño de oro.

V.

Este era el traje que llevaba Pardo; traje aristocrático que le trasformaba completamente y que le sentaba muy bien, porque no solo era un bandido terrible, sino un pillo de pesca.

Llevaba además otras dos cosas: un puñal de Albacete y una de

esas pequeñas pistolas que llamaban los tunantes cachorrillos, cargada hasta la boca.

VI.

El Pardo se fué en derechura casa de un alquilador de coches de lujo.

—Necesito, le dijo, un *landó* con armas, con criados, con librea, con dos escelentes caballos: un carruaje que parezca mio y que convenga á mi clase y á mi fortuna.

El carruaje fué dispuesto al momento.

A todo esto eran las doce; hora en aquel tiempo de las visitas de cumplido.

VII.

Llegó el carruaje á la casa número 75 de la calle del Arenal, á una gran casa que á primera vista demostraba servir de morada á un grande, ó por lo menos á una familia muy rica y muy encopetada.

El lacayo saltó del empinado pescante y recibió una órden.

Inmediatamente entró y preguntó al portero si estaba en casa el señorito don Mariano.

El portero, que vió un carruaje de todo punto conveniente y una convenientísima librea, contestó que sí; llamó á un criado, y este condujo á Pardo al cuarto del señorito don Mariano, creyendo que conducia á uno de sus amigos.

Mariano miró con estrañeza al pícaro.

No le conocia.

—¿A quién tengo el honor de recibir? le preguntó.

—Al mejor amigo que ha tenido vuecencia en todos los dias de su vida, contestó audazmente Pardo.

—¿Qué es esto? añadió creciendo en estrañeza Mariano.

—Nada, señorito, nada... es que yo tengo necesidad de hablar con vuecencia.

—¿Sí?

—Y de un asunto que vuecencia se alegrará de saberlo.

—Concluyamos.

—Aquí no se trata de un robo, añadió creciendo en audacia Pardo: mire vuecencia.

Y sacó del bolsillo un puñado de onzas.

—Pero ¿qué es esto? repitió con creciente estrañeza Mariano.

—Tome vuecencia una de esas pistolas que están colgadas de las paredes, haga fuego sobre mí si doy un solo paso hácia vuecencia. Pero cierre vuecencia la puerta: es necesario que nadie nos oiga.

Mariano cerró la puerta sin tomar la pistola, y vino á colocarse harto cerca al alcance del brazo de Pardo.

—Es usted muy valiente, señorito, dijo Pardo, desconcertado por la serenidad de Mariano.

—Concluyamos, contestó este. ¿Qué tienes que decirme? Ya veo que eres un pícaro disfrazado.

—Sí señor. ¿Tiene vuecencia algun enemigo?

—No sé: no me tomo la pena de pensar en eso.

—Pues mire vuecencia que hay enemigos de muy malas tripas. ¿Conoce vuecencia al marqués de Casa-Otero?

Mariano hizo un movimiento.

—Vamos, ya veo que no me he equivocado, dijo el bandido.

—Pero ¿á qué viene todo esto? contestó ya inquieto Mariano.

—Escuche vuecencia. Ayer un camarada me dijo:

—Toma estas veinticinco onzas.

—¿Y para qué?

—Para que le metas á una criatura tres pulgadas de hierro donde sea menester para que no se lo cuente á nadie.

—¡Ah! esclamó Mariano.

—Sí señor, sí; y que me han encargado que despachase cuanto antes, porque la persona que pagaba el negocio queria entrar mañana en Madrid sin tener en él estorbos.

—¿Y te han dicho que el hombre á quien yo estorbaba era el marqués de Casa-Otero?

—No señor; pero yo lo he supuesto.

—¿Con qué fundamento?

El bandido contó á Mariano toda su entrevista con Eusebio, pero sin nombrarle, y luego añadió:

—A Eusebio, que se buscaba la vida cazando mal, le habia amparado el marqués de Casa-Otero, á quien se encontró hace mes y medio muy malherido á media legua de la Granja.

—¡Ah! ¡ah! esclamó Mariano. ¡Le encontraron malherido!

—Sí señor.

Y respondiendo á algunas preguntas de Mariano, Pardo le dijo que el marqués habia sido conducido á la quinta de la señora baronesa de Castell-d'oro, y que en ella habia permanecido y permanecia el dia anterior.

VIII.

—Bien, dijo sonriendo Mariano: está visto que el marqués no se ha perdido, sino que ha estado muy bien guardado; pero lo que yo no veo bien es el objeto que te ha traido á hacerme esa confidencia.

—¡Vaya, señor! Un pícaro como yo, que está ya desesperado y cansado de andar á salto de mata, espuesto á que el hambre le haga hacer una tontería que le entregue á la justicia, á un clavo ardiendo se agarra como los ahogados: yo sé que no hay un grande de España que no tenga poder bastante para que su majestad el rey nuestro señor no le conceda el indulto de un pobre diablo que por haber dado algunas puñaladillas y haber *afanado* algunos cuartos, le han enviado á la grande escuela de Ceuta: no sabe vuecencia con cuántas penas me he *zafado* yo del grillete ni cuántos trabajos he pasado entre los moros y qué negro me he visto para volver á España, que en fin, no se sabe lo que se quiere á la tierra en que se ha nacido sino cuando se está fuera de ella y no se puede volver; en fin, señor, que yo vengo á vuecencia porque vuecencia podrá ser mi padre y mi madre y compadecerse y quitarme de trabajos; y yo juro á vuecencia por lo que mas quiero, que es mi madre, que se murió la pobrecita de pena de verme en presidio, que si vuecencia me saca el indulto del rey, viviré del trabajo de mis manos y seré mas honrado que un santo.

—Cuenta con tu indulto, dijo Mariano; pero sepamos adónde vas tú á parar.

—Mire vuecencia: vuecencia me dará una prenda suya que yo pueda decir que la he robado despues de haber matado á vuecencia á la media noche...

—¡Ya! dijo Mariano.

—¡Pues claro está! El marqués de Casa-Otero, que no puede ser otro el que me ha pagado para que mate á vuecencia, teme á vuecencia como al fuego: ¡si se está viendo! Y porque le teme, y por no encontrarse con vuecencia...

—Bien, bien, comprendido. Pero á mí, ¿qué me importa de todo eso?

—¿Qué? ¡Poca cosa! Suponga vuecencia que yo no voy mañana con una prenda estimada de vuecencia, á avisar al marqués de que todo está ya acabado, de que puede entrar sin miedo en Madrid: yo no iré á decirlo, porque como no he cumplido con él, no quiero que me abochorne; entonces dirá:—Ese tuno se ha largado con mis veinticinco onzas: busquemos otro...—Y de asesinos hay peste; y no serán tan leales como yo... En fin, vuecencia haga lo que quiera.

IX.

Meditó un momento Mariano.

Luego fué á una cómoda, y de ella tomó un magnífico reló guarnecido de diamantes, con colgantes tambien de pedrería.

Aquel reló tenia esmaltadas las armas de Fresnoseco.

Luego abrió un secreter y tomó de él una petaca de oro ricamente esmaltada, cincelada y orlada de pedrería.

Por un lado tenia las armas reales; por el otro la cifra de Cárlos III, y debajo esta inscripcion:

«En muestra de mi real aprecio, á mi leal vasallo el duque de Fresnoseco.»

—Toma, dijo. Estas alhajas, de gran valor para mí porque son hereditarias, no valen sin embargo mas de dos mil duros: cuando vuelvas á presentármelas yo te los daré: cuenta además con tu indulto.

—Vuecencia se fia de mí, dijo el pícaro, y yo me fio de vuecencia. Tengo por seguro mi indulto.

—Mañana, cuando me presentes esas alhajas; pero no te daré ni los cuarenta mil reales ni el indulto sino cuando sepa que el marqués entra en Madrid.

—¿Y no seria mejor que vuecencia fuese á buscarle donde yo le encontrase mañana?

—No: esa proposicion me prueba que obras de buena fé, pero no me conviene. El marqués me teme porque me ha sentido la mano: huiria: tendria que matarle como á un perro. No, no; engañémosle: llévale esas alhajas. Mas aún: toma este pañuelo, añadió sacando uno del bolsillo: tiene mi cifra. Mata un gato y mánchale de sangre.

—Perfectamente, señor.

—Te espero mañana.

—Vendré.

—Véte. ¡Ah! Tu nombre: tu filiacion en una papeleta: tu filiacion del presidio.

Mariano escribió la filiacion que le dictó el Pardo.

Luego salió.

X.

Mariano se vistió y fué á ver á un pariente suyo que era una alta influencia; se encerró con él, y no salió hasta despues de dos horas.

Aquella noche Mariano recibió un pliego cerrado.

Era el indulto del Pardo.

Al dia siguiente este se presentó á la misma hora, y entregó lealmente á Mariano el reló y la petaca.

—¿Y el pañuelo? le preguntó con interés Mariano.

—Le ha guardado para memoria el marqués, contestó sonriendo de una manera siniestra el Pardo.

—¡Ah! Perfectamente. ¿Y estaba bien dispuesto el pañuelo?

—Colorado casi todo, menos las puntas donde están las cifras.

—Perfectamente. ¿Y qué te ha dado?

—Otras veinticinco onzas.

—Aquí tienes ciento veinticinco en dos cartuchos, dijo Mariano, valor de las alhajas que me devuelves.

—Muchas gracias, señor, dijo Pardo. Pero ¿y el indulto?

—Aquí está... Sin embargo, falta algo.

—¿Qué, señor? dijo palideciendo Pardo.

—¿Dónde ha parado el marqués?

—En su casa, calle del Barquillo, número 80.

—Perfectamente. Sígueme.

Sin estrañeza alguna, Pardo siguió á Mariano.

Este abrió una puerta de servicio, adelantó por un corredor oscuro, bajó por unas escaleras estrechas y oscuras tambien, y abrió una puerta.

Pardo le siguió, dócil como un perro.

—Entiendo, dijo: vuecencia, para asegurarse de mí, quiere dejarme encerrado.

—Por supuesto: estos son los sótanos: no estarás aquí mucho tiempo. Cuando me asegure de que el marqués está en Madrid, en su casa, vendré y te soltaré. Entra.

—No tengo cuidado alguno: he sido leal, dijo el bandido entrando. Vuecencia encontrará al marqués de Casa-Otero en su casa.

Mariano cerró y guardó la llave en el bolsillo.

—Esto me cuesta caro, dijo subiendo las escaleras; pero hago un buen negocio: el marqués me pagará los dos mil duros que he tomado á préstamo, y mas... mucho mas... pagará nuestras deudas... Esto debí yo hacerlo desde el principio... pero yo no le conocia: tenia fama de valiente... de terrible... ¡Ah! ¡ah! Se hacen muchos disparates por no conocer á las personas; pero afortunadamente esto tiene remedio.

XI.

Mariano pidió un carruaje.

Al salir, vió el landó alquilado por Pardo, que esperaba todavía.

—Ese pillo tiene talento, dijo: puede servirme; estos tunantes son siempre útiles...

Y entró en su carruaje y se fué á buscar á los dos amigos que le habian servido de testigos en su duelo con el marqués.

Llevaba consigo el reló y la petaca.

CAPITULO XLV.

LA HISTORIA SIEMPRE.—EL LOBO EN LA TRAMPA.

I.

Acompañado de sus dos amigos, Mariano se hizo conducir casa de Alfonso.

El portero no tuvo razon alguna para negar á su amo.

—Quiero sorprender, dijo Mariano, á mi buen amigo: le hemos creido perdido.

Y subió con sus dos acompañantes, y sin preguntar mas se entró por el recibimiento.

—Esperadme aquí, dijo á sus amigos.

Y siguió como por su casa propia.

—Perdon, señor, le dijo un criado; pero el señor marqués duerme.

—Estúpido, dijo, ¿no comprendes que si yo no me hago anunciar es porque lo considero inútil?

—¡Pero señor!...

Mariano dió un rodeon al criado, y siguió metiéndose por una sala, luego por un gabinete, al fin en un dormitorio.

Al pasar, habia reparado en que la casa estaba perfectamente montada.

II.

En un gran lecho de caoba, que entonces era una madera de gran lujo, bajo colgaduras de damasco amarillo, dormia profundamente Alfonso.

La noche anterior, el mal lecho de una fonda, y sobre todo su inquietud, no le habian dejado dormir.

Su sueño era profundo y tranquilo.

Mariano le contemplaba á la luz que se filtraba á través de las dobles colgaduras por la abertura de las hojas de un inmenso balcon.

Por debajo de la almohada del dormido asomaba un objeto rojo.

Mariano tiró de él.

Era un pañuelo horriblemente ensangrentado.

Pardo pues no habia mentido al asegurar que habia llevado á cabo lealmente su compromiso.

Un hombre de honor hubiera sentido subir la cólera de su corazon á su cabeza.

Mariano, por el contrario, sonrió.

Hacia su negocio.

Casaba á su hermana Dolores, la hacia feliz.

Contempló con delicia, con fruicion, el pañuelo.

Luego comprendió la sorpresa que debia sentir al verle el marqués, y como no veia aquello desde el punto de vista de lo fantástico ni de lo dramático, sino desde el punto de vista de lo positivo, soltó una larga y sonora carcajada.

Aquella carcajada despertó al marqués.

Se encontró con un bulto delante, y se asustó.

Cuando reconoció despues de algunos segundos á Mariano, hizo un movimiento y un gesto tan melodramáticos, que Mariano soltó una mas larga y sonora carcajada.

El marqués habia quedado de rodillas en medio del lecho, estendiendo los brazos hácia Mariano; temblaba, estaba pálido como un cadáver y queria hablar y no podia.

Mariano le mostraba el pañuelo ensangrentado, estendiéndole, levantándole con ambas manos, y continuaba riendo.

El marqués creia tener delante el espectro vengador de su enemigo.

III.

—¡Concluyamos! dijo al fin Mariano dejando de mostrar el pañuelo al marqués y dejando de reir. Tranquilízate, miserable: no es, gracias á Dios, un alma del otro mundo la que tienes delante, sino un amigo que viene á cobrarte una deuda atrasada.

Y se sentó en un sillon que estaba á la cabecera del lecho.

—Pero ¿qué es esto? ¿qué significa esto? dijo el marqués, yerto de espanto, con la voz trémula y apenas inteligible, y sin modificar su posicion mas que por la caida de sus brazos.

El drama de la verdad tiene mucho de ridículo, y con gran frecuencia sus situaciones son de todo punto repugnantes.

De una vulgaridad estúpida proviene muchas veces una catástrofe sombríamente trágica.

—Es preciso ser muy avaro, dijo Mariano, para pretender encontrar un cobarde mas despreciable que tú.

—¿Yo? esclamó el marqués.

—Todo se reduce á que el asesino de que te has servido ha preferido ganar de una manera doble, sin peligro, á servirte esponiendo su cabeza.

—¡Ah!

—Sí: todo esto ha sido una comedia: esto es sangre de gato.

—¡Ah! murmuró el marqués.

Y dejándose caer sobre el lecho, se cubrió y guardó silencio.

—No he venido á velarte el sueño, dijo Mariano, sino á recordarte...

Continuó el silencio del marqués.

—Tú, abusando del candor de mi hermana Isabel, no conviniéndote nuestra alianza porque no podíamos dar á Isabel una gran dote, comprometiste nuestro honor; pero yo le salvé: te castigué y casé á mi hermana.

El marqués no contestó.

—Nuestro duelo sin embargo fué á muerte: estás vivo: yo vivo tambien: es necesario comenzar de nuevo.

—No, dijo el marqués: usted es mas diestro que yo.

—Es verdad: mas diestro y mas afortunado: esto es un inconveniente, porque yo no puedo olvidarme de que soy un caballero... pero ello es necesario hacer algo.

Empezó á respirar el marqués.

Se entraba en transacciones.

—Ha habido mucha exageracion, dijo: yo me sentí provocado, insultado: si se me hubiera exigido simplemente mi union con la señorita de Fresnoseco...

—¡Ah! ¿Hubieras convenido en ello?

—Sí... con toda mi alma.

—¡Ah! Perfectamente, dijo Mariano sonriendo y acercándose sin repugnancia á lo repugnante. Marqués, eres mi hermano.

—¿Yo? ¿Pues qué Isabel no se ha casado?

—Sí.

—Entonces pues...

—Pero ¿cuál era la que tú amabas? dijo Mariano con la sangre fria de un pícaro que hace un negocio. Yo creí que la que tú amabas decididamente era mi hermana Dolores.

—Indudablemente, dijo el marqués. Dolores es hermosísima... yo no he podido verla sin conmoverme.

—¡Ah! ¡Lo que es no esplicarse! Pues eres feliz, hermano, eres feliz.

—Pero esa señorita...

—Esa señorita está muy triste desde que has desaparecido.

IV.

Los ojos del marqués se estraviaban: su cabeza se desvanecia: se sentia cogido.

Una cólera siniestra ardia en su alma, pero no estallaba.

Le contenia el miedo.

—¿Esa es una condicion que se me pone? se atrevió á decir.

—Eres muy inconveniente, marqués, respondió con acento amenazador y lúgubre Mariano.

—¡Ah! ¡no! ¡no! Desconfiado, y nada mas.

—Hé ahí recado de escribir, amigo mio, dijo Mariano: voy á traerte con que escribas.

Y se levantó y fué á la mesa.

Tomó una carpeta, papel y tintero, y vino junto al lecho.

—No, no escribiré, dijo el marqués.

—Bien: en ese caso, dijo Mariano, ahí están mis amigos los del lance pasado: volveremos á empezar de nuevo.

—No, no, es inútil: usted me mataria: es usted mas diestro y mas fuerte que yo.

—Escribe, dijo Mariano presentando un papel sobre la carpeta al marqués.

Este vaciló.

—Escribe, repitió Mariano.

—¿Se trata de una obligacion mia con una señorita? dijo el marqués.

—No: se trata de una obligacion tuya con un asesino.

—No, nunca: eso seria entregar mi honra y mi libertad á la justicia.

—Esa obligacion la guardaré yo... esa obligacion la quemaré el dia de tus bodas con Dolores.

El marqués tenia la imaginacion viva, y midió con un solo pensamiento toda la trascendencia de la situacion.

Comprendió cuán poco le importaba todo á Mariano de Casairujo; que aprovechaba una ocasion; que aquello no era mas que un robo bajo una forma estraña, de todo punto nueva y original.

Se le cogia, se le acosaba, se abusaba de él, y esto de una manera decidida, como el ladron que pone el puñal al pecho.

—¿Cuánto dinero quiere usted? dijo el marqués probando un nuevo medio.

—¡Qué vulgaridad! esclamó Mariano. Lo que quiero es la felicidad de mi pobre hermana Dolores, que sufre.

El marqués ignoraba hasta qué punto podia ser estraña y funesta la trama que se habia urdido contra él.

Probó sin embargo un último medio.

—Déjeme usted á lo menos algunas horas para reflexionar, dijo.

—No: mis amigos están esperando, dijo Mariano, y no quiero hacerlos esperar mucho tiempo. Escribe.

El marqués tomó la pluma.

«Entregaré á Cecilio Pargas, alias Pardo, cuarenta onzas de oro el dia en que haya matado á don Mariano de Casairujo, hijo mayor de la duquesa de Fresnoseco.»

—Ahora, la fecha y la firma, añadió Mariano.

El marqués fechó y firmó.

Luego se dejó caer sobre el lecho.

Mariano guardó el papel.

Fué á la mesa y puso sobre ella el recado de escribir.

Despues dijo, acercándose de nuevo al lecho:

—Toma mi pañuelo ensangrentado: te lo dejo, puesto que lo estimabas como un recuerdo. Adios, hermano. Tendremos un placer todos en que nos acompañes hoy á la mesa: no tengas inconveniente: Isabel está con su marido en Andalucía, y Dolores se alegrará mucho de verte.

Despues de esto salió.

El marqués rugió como un lobo que siente el dolor del aparato de hierro que le sujeta.

—¡Infames! ¡infames! ¡infames! esclamó incorporándose en el lecho, cerrando los puños, estendiendo los brazos y rechinando los dientes. Sí... sí... me casaré... me casaré... pero ¡ay de vosotros!... Yo pagaré vuestras deudas y sostendré vuestro lujo; yo os arrancaré de la miseria, ilustres bandidos; pero ¡ay! ¡ay un dia! no siempre han de engañarme, no... La leccion que acabas de darme, Casairujo, es provechosa, yo te lo aseguro... ¡Ah! ¡ah! ¡me aterras! Sí; es verdad, me obligarias á huir de la córte... á apartarme de ellas...

Estas ellas eran Eufemia y sus hijas.

V.

—Y bien, añadió: esto no tiene remedio: es necesario resignarse; he dado un paso en falso y he caido en una trampa. ¡Pero ellas! ¿Cómo presentarme delante de ellas? Es necesario ganar tiempo. Le

ganaré, disimularé, me doblegaré hasta que pueda caer silencioso sobre ellos.

El marqués hizo un esfuerzo y logró dominar su semblante.

Luego llamó.

Acudió su ayuda de cámara.

El marqués se vistió, pidió un carruaje, y se fué á comer con su familia futura.

En aquellos tiempos se comia en todas partes entre dos y tres.

CAPITULO XLVI.

LA HISTORIA PROSIGUE.—SE PRESENTA UN NUEVO Y MISTERIOSO PERSONAJE.

I.

Pasó algun tiempo.

Dolores de Casairujo, que se habia puesto pálida y flaca, habia recobrado toda la frescura, todo el brillo de su juventud y de su belleza.

Los honores de esta curacion se debian al marqués de Casa-Otero, que habia sido *le medecin malgre lui,* de Moliere, esto es, el médico á la fuerza.

La pasion puramente material de Dolores estaba satisfecha con la próxima perspectiva de su casamiento con aquel buen mozo de los grandes, lucientes y terribles ojos garzos, orlados de espesas pestañas negras.

Dolores no cabia en sí de orgullo.

Se hacia acompañar á todas partes por Alfonso.

Cuando salia con su madre en carruaje, todos veian al dos veces codiciado marqués, por hermoso y por rico, ginete en un magnífico overo andaluz, con elegantísimo traje de montar, á la portezuela del carruaje, del lado de Dolores, con la cual hablaba sin cesar.

Dos lacayos montados en soberbios caballos y con ricas y ostentosas libreas á la inglesa, seguian á larga distancia.

II.

La murmuracion tenia materia donde hincar el diente.

Se habia reparado en que los trenes de la casi arruinada duquesa de Fresnoseco se habian renovado; en que se habia renovado el mueblaje y la ornamentacion de la casa; en que en fin las dos señoras se presentaban espléndidamente puestas, y siempre con trajes no vistos; que se habia vuelto á tomar el abono en los teatros y en los toros, y que se habia aumentado la servidumbre.

Toda esta restauracion tenia por orígen algunas palabras cambiadas entre los dos futuros cuñados.

Un dia, poco despues de la escena cómico-dramático-fantástica que han visto nuestros lectores en el capítulo anterior, Mariano se entró de rondon en el dormitorio de Alfonso cuando este se encontraba mas sumergido en el dulce sueño de la mañana.

Le despertó sin miramiento, abrió de par en par el enorme balcon, haciendo estornudar al marqués por la fuerte y repentina impresion de la luz, y le dijo:

—Dispénsame, chico; pero para darle una buena noticia no se debe esperar á que despierte un hombre que está dormido como un liron.

—¿Una buena noticia? dijo el marqués, que se aterraba con la duda de cuál seria la buena noticia que le traia su futuro hermano político.

—Sí, la de un escelente negocio, por el cual realizamos en el término de un año un 15 por 100 sobre cuatro millones de reales.

—¡Ah! dijo Alfonso, que se puso pálido.

—Treinta mil duros, chico, treinta mil duros; y esto por el solo trabajo de escribir una órden á tu administrador general.

—¿Y crees tú que mi administrador tendrá disponibles cuatro millones?

—Mira, dijo Mariano presentándole una carta.

—¿Y qué es esto? dijo el marqués, á quien aquella carta parecia negra, negrísima.

—La respuesta á una pregunta mia.

—Veamos.

—«Yo puedo entregar á vuecencia en el término de quince dias cuatro millones de reales, decia aquella carta; pero necesito para esto una órden del marqués mi señor.»

—No creia yo que estaba tan en fondos, dijo el marqués. Me alegro. Dame, si gustas, con qué escribir.

Mariano se apresuró á servir á su cuñado.

Este escribió:

«Páguese por la presente al escelentísimo señor don Mariano de Casairujo y Almudia la cantidad de cuatro millones de reales.—A mi administrador general.»

—Perfectamente: te doy la enhorabuena, dijo Mariano guardando la carta-órden: es un negocio magnífico. Toma el resguardo por el que mi madre y yo nos obligamos á reintegrarte de esa suma con el interés de 15 por 100, al plazo de un año, contado desde la fecha.

El marqués tomó el resguardo, y sin verle le rasgó.

—¿Qué haces? esclamó Mariano.

—¡Qué vergüenza! ¡Entre nosotros recibos, plazos, intereses!... dijo el marqués. No, Mariano, no; de todas maneras yo tenia que dotar á tu hermana.

—Permíteme, dijo con un acento singular Mariano: es necesario rehacer ese resguardo; esa cantidad nada tiene que ver con el dote de Dolores.

—¡Ah! ¡bien! ¡perdóname! ¡una equivocacion! dijo el marqués. Es verdad: ¿qué tiene que ver esto con la dote de mi adorada Dolores, que al fin y al cabo se queda en nuestra familia? Nada, es verdad; tengo la cabeza yo no sé cómo. Es verdad: estoy todavía medio dormido.

—Te traeré un nuevo resguardo.

—¿Y para qué? ¿No somos todos unos? ¿no nos amamos? ¿no estamos completamente satisfechos los unos de los otros?

—Bien, dijo Mariano; lo mismo da: el mejor resguardo de tu dinero es nuestro honor.

—Indudablemente, Mariano, indudablemente.

—Adios, chico, adios, dijo Mariano. Vaya, te esperamos para almorzar.

—Iré.

—Pues hasta luego.

—Hasta luego.

Y Mariano salió.

—¡Ah! ¡Miserables! esclamó Alfonso. Me robais, abusais de un paso en falso mio; pero si no puedo haceros arrojar el robo, os haré arrojar las entrañas. ¡Ah! Recobre yo aquel terrible papel que me arrancaste por el terror... Entonces, ya nos veremos, señora madre, señor hermano, señora esposa.

Sin embargo, cuando fué al almuerzo el marqués, se presentó de la mejor manera del mundo, tranquilo, alegre, sonriente, hermosísimo.

—Marqués, le dijo la duquesa: cada dia me siento mas feliz de contar á usted entre mi familia: es usted admirable.

—¡Oh! Señora... no comprendo...

—Gracias... muchas gracias, marqués, dijo la duquesa estrechándole fuertemente la mano.

Despues del almuerzo, Dolores le dijo en un rápido aparte:

—¡Oh! ¡Te adoro, Alfonso mio! ¡Me has dado la mayor prueba de amor que podias darme!

Y sus frescos labios rozaron la oreja del marqués.

Este se estremeció.

Le impresionaba fuertemente Dolores.

Estaba seguro de pasar algunos dias de trasporte; pero le parecia demasiado caro.

Con ocho ó diez millones que debia costarle aquella beldad morena, se podia comprar todo el harem del gran señor, sin contar con el vínculo indisoluble, porque este vínculo no existia para el marqués.

Él decia cuando pensaba en esto:

—Lo que no se puede desatar, se corta.

Y cuando sonreia á este pensamiento, su sonrisa le daba toda la espresion de un lobo en acecho de su presa.

Era necesario empezar á cortar por mas arriba de Dolores, esto es, por Mariano.

III.

Juan y Pedro, los bellos hermanos de Alfonso, estaban dados á los diablos con aquella resurreccion que no esperaban, porque habian deseado no tuviese lugar.

Su presencia en Madrid era ya inútil.

Sin embargo, permanecieron.

Se habian encontrado de repente con la baronesa de Castell-d'oro y con sus dos hermosísimas hijas.

La baronesa habia montado casa en Madrid en la calle de Fuencarral, número 115.

El estenso jardin de esta casa correspondia de una parte á la calle de la Palma Alta; por la otra en fin, su límite eran las tapias que entonces servian y han servido mucho despues de muros á Madrid.

IV.

La noticia del proyectado enlace entre el marqués de Casa-Otero y la hija menor de la duquesa de Fresnoseco habia cundido por Madrid y habia llegado á los oidos de la baronesa de Castell-d'oro y de sus hijas, que empezaron por sorprenderse y acabaron por irritarse.

La conducta de Alfonso era indigna.

Tenia toda la importancia de un desprecio inmerecido.

Se añadia á esto que el marqués no se habia atrevido á hacerlas una simple visita de cumplido.

Que se habia olvidado de todo, hasta del agradecimiento.

Las hijas no podian en rigor quejarse.

Ni una sola palabra las habia dejado oir el marqués que le comprometiera como hombre de honor.

Pero ambas habian creido encontrar en sus miradas, en su acento, en sus esquisitas atenciones, algo que las autorizaba para sentirse heridas, y dolorosamente heridas, por la conducta posterior del marqués.

En cuanto á Eufemia, era distinto.

El marqués la ofendia gravísimamente: su conducta, puesta enfrente de la situacion estraña que se habia establecido entre ella y el marqués, era incomprensible.

El marqués sabia que era amado.

El marqués se habia mostrado desesperado por las dificultades que se oponian á la satisfaccion de su amor.

Habia mostrado además un empeño terrible que habia hecho temblar á Eufemia, al par que la habia halagado.

Como mujer, se sentia herida en el corazon y en el amor propio.

Como madre, en sus hijas.

La situacion no podia ser mas estraña, mas terrible.

Eufemia recurrió á su razon y á su dignidad, y su razon y su dignidad fueron impotentes.

Una pasion suprema, terrible, incontrastable, superior á todo en ella, arrastraba á Eufemia hácia Alfonso; una pasion dolorosa, porque Eufemia sabia bien hasta qué punto era indigno de ser amado el marqués; una de esas pasiones que desesperan, con las cuales se lucha, y que en vez de ser vencidas acaban por dominar, por enloquecer á quien las siente; uno de esos misterios inesplicables de la naturaleza; una enfermedad.

Sin embargo, la razon de Eufemia mentia.

Estaba enamorada, llena del recuerdo de Alfonso, pero decidida al martirio, y con la atenta mirada de madre fija en sus hijas.

V.

Notó con alegría que la indigna conducta del marqués habia sublevado su dignidad, que aquel amor que empezaba en ambos se habia detenido, habia sido anulado por el amor propio.

Sus hijas á lo menos podian salvarse.

Pero habian conocido el amor, habian por lo menos sentido su primera influencia, y la mujer contrae muy pronto la necesidad de amar y de ser amada cuando el primer velo del amor se descorre en el fondo de su alma.

—Es necesario casarlas, dijo: dejarlas protegidas antes de que yo muera.

Y como eran buenas y ricas, y no habia necesidad de otra cosa que de ponerlas en contacto con el mundo para que se multiplicasen los aspirantes, Eufemia abrió sus salones.

VI.

Aquí se bifurca nuestra historia, se complica, aparecen nuevas acciones y nuevos personajes.

Las reuniones de la baronesa de Castell-d'oro eran brillantísimas y atraian lo mas distinguido de la córte.

Durante algunos años, Eufemia habia vivido retirada, oscurecida en su gran casa de Sevilla, guardando rígidamente su luto, y un enorme sobrante de sus rentas se habia acumulado.

Su administrador, que era uno de esos raros hombres de bien que se interesan por el capital de los que depositan en ellos su confianza, habia hecho por sí mismo, y como con dinero propio, especulaciones seguras á corto plazo y beneficiosísimas.

Así es que Eufemia se encontró con una enorme arca de metálico, pudo comprar una casa estensa, decorarla, amueblarla con lujo y con grandeza, embellecerla con un magnífico jardin preparado para poder dar fiestas al aire libre cuando templase la estacion.

En las veladas de la baronesa se cantaba, se representaba, se bailaba, y sobre todo se cenaba admirablemente.

En fin, habia viajado mucho, y habia aportado á su casa todo lo que habia visto en las primeras casas del estranjero.

Así pues, las fiestas de su casa eran una novedad.

Se las esperaba con ánsia, y no faltaba ninguna persona de los altos círculos: los nobles, los políticos, los militares, los funcionarios.

Solo faltaron dos nombres entre los centenares que quedaron contenidos en tarjetas en la gran bandeja de plata del ancho recibimiento de Eufemia: el de la duquesa de Fresnoseco y el del marqués de Casa-Otero.

Pero en cambio un dia, ó mejor dicho, una noche, la baronesa se

encontró en sus salones con los dos hermanos del Valle de Sos, Juan y Pedro, que le fueron presentados por un presentado algunos dias antes.

VII.

Este señor era un rubio anglo-americano, escesivamente original, pero con una originalidad que nada tenia de ridículo, con una originalidad que correspondia al espectro.

Era jóven, como de veinticinco años, y bello, sin que su belleza se hiciese reparable.

Vestia como todo el mundo, pero se notaba en su traje una esquisita elegancia, una especie de estilo propio que era comun á su actitud, á su andar, á sus movimientos, á su acento, á todo lo que constituia su sér.

Tenia el aspecto indudable de hombre superior.

Este caballero se llamaba sir James Lawnou; pero de él no se sabia otra cosa.

¿Cuál era su estado? ¿cuál su profesion?

Se ignoraba, y no se preguntaba, porque entre gentes bien educadas estas preguntas no se hacen nunca sino en situaciones dadas, es decir, cuando se trata de un enlace ó de un duelo.

La justicia no tiene derecho á interrogar al que ninguna falta comete.

En cuanto á la policía... ¿qué habia que sospechar de un hombre que aparecia grande amigo de todos los altos señores, que eran, por decirlo así, mas realistas que el rey y mas papistas que el Papa?

Y luego, que á quien tiene gran casa, gran servidumbre y grandes trenes, no se le pregunta nada.

Además, sir James Lawnou, llegado á Madrid cuatro meses antes, habia sido presentad por respetabilísimas personas que le habian conocido en el estranjero alta y convenientemente relacionado y respetado.

Cuando despues de la presentacion, en otra reunion se preguntaba á estas personas quién era sir James, estas respondian:

—¡Millonario!

—¡Oh! ¡Millonario! Pero su familia...

—No se sabe... viaja... viaja siempre... generalmente está poco tiempo en cada capital... En cada capital monta casa, la monta de una manera admirable, y cuando se va, solo lleva consigo una maleta, y deja el riquísimo mobiliario, sus trenes, todo, á los criados que le han servido, como una herencia.

—¡Oh! ¡Raro! ¡rarísimo!

—Sí señor, muy raro. Mas aún: en todas las plazas de Europa tiene crédito ilimitado abierto.

—¿Y de dónde proviene ese crédito?

—Del banco de Nueva-York.

—¿Es soltero?

—No se sabe. Su manera es irreprochable: se entretiene en no hacer nada: jamás se le ha visto galantear á una dama.

—Preferirá los amores fáciles.

—Nada: impasible.

—¡Pero señor! ¿qué hombre es ese?

—Un misterio.

Y como el rango de un misterioso es tan alto como otro cualquiera, cuando el hombre misterioso es elegante, bello, distinguido, simpático, irreprochable, y sobre todo millonario, sir James Lawnou era admitido en todas partes.

Tenia además el arte de estar entre las mujeres sin murmurar y sin herir su amor propio por la falta de murmuraciones.

Parecia como que dominaba á las personas que le rodeaban, y que estas no sentian por él mas que lo que él queria que sintiesen.

Esto era raro.

Sin embargo, constaba por los hechos.

Se hacia estimar de una manera fácil, sin mas trascendencia ni verse obligado á salvar compromisos de ningun género.

Los esplotadores estaban contentos de él.

Los adivinaba y los satisfacia.

En cada esplotador tenia un amigo.

Era un hombre que andaba, se revolvia, iba y venia entre la sociedad como un pez en el agua.

¿Era feliz sir James?

Debia serlo.

Sin haber dado ninguna muestra de valor, sin saberse si conocia ó no las armas, se le respetaba como valiente y diestro.

No queremos que se figuren nuestros lectores que este señor tiene nada de fatídico, nada de lúgubre, nada de inmóvil, nada de personaje romántico.

Era un hombre de escelente corte, y nada mas.

Tomaba parte en todas las conversaciones, sonreia siempre, y era indolente como una dama, y de formas esquisitamente delicadas.

Sus manos especialmente eran admirables.

Montaba con una grande facilidad, y dirigia un tronco por entre un torbellino de carruajes sin sufrir un solo choque, ni siquiera una rozadura.

Su vida era de todo punto metódica.

Se levantaba á las diez, almorzaba á las once y daba de almorzar á sus amigos mas allegados, esto es, á sus conocidos mas viejos; recibia de doce á dos, visitaba de dos á cuatro, cabalgaba ó recorria en carruaje, generalmente ligero, el Prado, comia á las seis, siempre con convidados, asistia despues un momento á cada teatro, iba á las diez á esta ó á la otra casa, se retiraba á las doce, tomaba un té y se acostaba.

Jamás hablaba con sus criados mas que para darles órdenes.

Jamás atravesaba una mujer los dinteles de su casa.

Jamás su sistema de vida cambiaba, ni aun en los dias crudos y lluviosos, porque entonces salia en carruaje cerrado.

Era rígido en el uso de los trajes convenientes á cada hora y á cada situacion.

Jamás escribia y jamás recibia cartas.

Su vida era en fin lo mas monótono y lo menos escéntrico, por decirlo así, del mundo.

VIII.

Un dia sin embargo sobrevino un incidente que turbó en alguna manera la monotonía de la vida de sir James.

Montaba un bello alazan árabe, negro, muy vivo y muy rápido.

Sabido es que los animales tienen amor propio.

Particularmente los caballos, le tienen escesivo.

Sir James notó que su árabe se calentaba, sostenia su trote, se lanzaba.

Indudablemente el caballo era escitado.

Sir James buscó la causa.

Á la derecha trotaba un bello andaluz castaño, montado por un hermoso y elegante jóven.

Este jóven habia tomado un empeño.

Habia establecido una especie de competencia de su caballo con el alazan.

En los siempre tranquilos ojos de sir James ardió algo rápido, imperceptible, pasajero como una chispa eléctrica, pero terrible.

Volvió instantáneamente la tranquilidad, la mas perfecta tranquilidad á sus ojos, y contrarió á su caballo, que se encabritaba y resistia.

Un momento despues, el árabe piafaba tranquilo, contenido por su ginete.

El caballero del castaño andaluz imitó al anglo-americano y quedó siempre á su derecha, pero sonriendo, dejando ver una espresion de superioridad y de triunfo.

Ardió una llamarada mas terrible en los ojos de sir James; pero se apagó instantáneamente.

—¡Lástima! dijo el otro ginete, que era Pedro del Valle de Sos.

Y como aquella palabra habia sido notoriamente dirigida á sir James, este contestó saludando:

—No: lástima no.

Y soltó la rienda á su caballo.

—¡Ah! Gracias, dijo Pedro.

Y empezó una apuesta tácita y galante.

IX.

Los dos caballos trotaban con ardor, y de una manera tal, tan igual, tan acompasada, que parecia el uno la sombra del otro.

Siguieron adelante.

Recorrieron el Prado de San Gerónimo, el de Recoletos; salieron á la esplanada donde mas tarde se estendió el paseo de la Fuente Castellana, llegaron al alto y siguieron por el camino de Chamartin.

El inglés-americano iba como si el caballo y él no hubieran sido dos cuerpos distintos, y no peor Pedro, que era un gran ginete.

Pero se habia visto ya obligado á ayudar á su caballo, mientras que su contrincante mantenia constantemente abandonado á sí mismo al suyo.

—¡Diablo! dijo Pedro. Ese caballo, señor mio, es una máquina.

—Sin duda, dijo con naturalidad sir James: es un mecanismo viviente.

—Pero un mecanismo que no se cansa.

—Sí... sí por cierto, señor mio; todo consiste en que tarda en cansarse.

—Me alegraria de saber hasta dónde alcanza el resuello de ese bicho.

—Esto es imposible por ahora, porque ese pobre animal va ya muy fatigado.

—Pues es de la Cartuja.

—Un admirable caballo, sin disputa, dijo sir James.

—Inferior, muy inferior al de usted.

—No, señor mio, no: todo consiste en que el mio tiene mas costumbre: yo amo el trote, y troto siempre.

—¿Usted cree que Rubí...

—Rubí vale tanto por lo menos como Pluton.

—¡Ah! ¿Se llama Pluton?

—Sí.

—Me atreveré á hacer á usted una proposicion, dijo Pedro.

—Sin atrevimiento puede usted hacérmela.

—¿Estima usted mucho su caballo?

—Ni mas ni menos que otro buen caballo.

—De manera que no seria para usted un gran sacrificio vendérmelo.

—Yo no conozco los sacrificios; pero no hago aquello de lo cual no tengo costumbre: yo no vendo jamás.

—¡Ah! Lo siento.

—Pero compro siempre: por lo mismo todo puede arreglarse. ¿Le parece á usted bastante precio por su caballo el mio?

—¡Oh! Sí señor.

Sir James desmontó en el acto.

Pedro desmontó tambien.

Cambiaron los caballos y montaron á la par.

—Gracias, dijo sir James. Pero dispénseme usted: se acerca la hora de mi comida: escúseme usted, pero yo no contrarío mis costumbres sin una gran necesidad, que no he esperimentado nunca. Adios pues.

Y saludando á Pedro, revolvió su caballo y se lanzó al gran galope.

Rubí iba magnífico.

—¡Diablo! dijo Pedro. Yo no le hubiese hecho escapar así... Y este maldito... Vamos, quieto... Pluton, creo que no has perdido mucho en cambiar de ginete.

Pluton resistia.

Los estribos estaban un poco largos para Pedro.

Desmontó.

Entonces vió que las estriberas eran de plata cincelada, y de un trabajo artístico admirable.

El freno era del mismo género.

Cada hebilla representaba una obra maestra.

La montura era tal como no la habia visto Pedro.

—¡Ah! dijo. Con lo que vale el arnés hay para comprar diez caballos como el mio. Es necesario que yo devuelva esto: yo no recibo regalos de quien no conozco. ¿Y quién es ese señor? ¡Bah! Debe ser muy conocido: cualquiera de mis amigos, al decirle las señas, me dirá quién es.

X.

Pero Pedro no tuvo que preguntar á nadie.

Sabia por confidencias de criados que la baronesa de Castell-d'oro y sus hijas iban aquella noche á la ópera, esto es, al teatro de la Cruz.

Pedro estaba decididamente enamorado de Amalia, y se fué allá.

En el primer entreacto vió entrar en el palco de la baronesa un jóven.

Aquel jóven era el incógnito de su aventura.

¿Permaneceria en el palco?

Pedro no debia ir á esperarle á la puerta como un pretendiente tenaz que acecha á un ministro.

Á seguida, Pedro se hizo esta pregunta impulsado por los celos:

—¿Tendrá alguna intencion en esa visita de palco mi hombre?

Pero se convenció de que no, en la manera con que hablaban las señoras y él.

Sin embargo, si al abrir el palco sir James le hubiese visto Pedro, se hubiese tranquilizado completamente.

Una mirada rápida, profunda, infinita, suprema, ansiosa, enamorada de sir James habia envuelto durante un momento á Andrea, que estaba profundamente pensativa.

Cuando sir James se dejó ver en el palco, su conmocion habia pasado.

XI.

La visita duró algunos segundos.

Sir James apareció á poco en un palco, y se sentó en el lugar de preferencia.

Era sin duda su palco.

Pedro estaba en una luneta en una fila que coincidia con el palco de sir James.

Este volvió la cabeza y vió á Pedro.

Le saludó con una leve inclinacion de cabeza, pero de una manera indudable y perfecta.

Pedro contestó cordialmente al saludo con la mano, á la franca manera de los andaluces.

Poco despues abria la puerta del palco de sir James.

XII.

Este se levantó y ofreció su lugar á Pedro, que le ocupó.

—Dispénseme usted, le dijo cuando se hubieron sentado; pero tenia necesidad de ver á usted.

—¡Oh! Perfectamente, dijo sir James: me tiene usted á su disposicion.

—Señor mio, mi conciencia no me permite exigir por mi caballo un precio escesivo...

—¡Oh! Un admirable animal; un *cartujeño* legítimo, de primera raza; uno de esos escelentes productos de la mezcla sangre árabe con la española.

—¿Usted cree...

—Yo hubiera dado por su caballo todo lo que me hubiera pedido.

—Pero el de usted...

—No es malo.

—¡Malo! ¡Una alhaja!

—Resulta pues que no hemos sido perjudicados ninguno de los dos... sobre todo, yo no conozco en cuanto á mí eso de perjuicios... pero en cuanto á los demás...

—La montura de su caballo de usted...

—Francamente, amigo mio, es igual la del de usted.

—¡Gracias!

—No.

—¿Quiere usted ser mi amigo?

—¡Oh! Ciertamente... me es usted muy simpático.

—¿Amigo del corazon?

—¡Pues cómo son los amigos!... yo no los conozco de otra manera.

Y la voz de sir James era natural, lánguida, fresca, franca, insinuante.

—Yo soy Pedro del Valle de Sos, andaluz, y hermano menor del marqués de Casa-Otero.

Sir James saludó.

—Y yo, dijo, soy James Lawnou, anglo-americano, y no tengo parientes.

XIII.

Desde aquel momento, una grande amistad unió á los dos jóvenes, sin que ninguno de ellos pudiese darse cuenta de la causa de este afecto.

La verdad era que siempre se veia reunidos á Pedro del Valle de Sos y á James Lawnou.

Al fin acabaron por vivir juntos, por partirlo todo, menos el dinero, porque Pedro era bastante rico para sustentar sus gastos.

En una palabra, Pedro era el huésped de James.

Sin embargo, James no aparecia ni mas ni menos que como le hemos presentado hasta ahora, acomodándose siempre con un tacto admirable, y sin que se notara que cedia, al carácter de todas las personas con quienes trataba.

—Quiero ser su amigo de usted, habia dicho Pedro.

—¡Oh! Ha prevenido usted mi deseo, habia contestado Lawnou.

—Almorzaremos mañana juntos.

—Me alegro mucho; cabalmente mañana tendré en casa una multitud de buenas personas, que encontrarán muy grato hacer el conocimiento con usted.

XIV.

Sobre el almuerzo, Pedro dijo á sir James:

—¿Quiere usted que salgamos á caballo?

—Perfectamente: hoy no tenia visitas y no sabia qué hacerme, dijo sir James: me iba á ir á la iglesia.

—¡Cómo! ¿Usted es católico?

—Sí, amigo mio.

—¡Cosa rara!

—¿Y por qué?

—Porque es usted anglo-americano.

—En los Estados-Unidos hay de todo.

—¡Ah!

—Y los católicos que viven en los estados protestantes son los mas ardientes católicos del mundo.

—¡Ah!

—Sí, sí señor: yo voy á la iglesia todos los dias, pero no hago ostentacion de ello.

—Será usted pues realista neto.

—No, amigo mio: soy republicano.

—¡Cosa rara!

—¡Qué! ¿un republicano no puede ser católico?

—Parece que sí, puesto que usted es católico y republicano.

—Amigo mio, de la misma manera que puede probarse por las Santas Escrituras el derecho divino de los reyes, por las Santas Escrituras puede probarse tambien la soberanía de los pueblos. Frente al *pro me reges regnant*, está el *vox populi*, *vox Dei:* de modo que cuando, como entre nosotros se dice, la voz del pueblo proclama la república, la república es de derecho divino, porque segun el Evangelio, la voz del pueblo es la voz de Dios, lo que quiere decir que sobre todo está la voluntad de Dios.

—Indudablemente: yo soy católico y realista.

—Y yo católico y republicano.

—Tenemos pues un sentimiento comun que nos une.

—Tenemos otros muchos.

—Me parece que sí, porque yo me siento arrastrado de una manera invencible hácia usted.

—Esto es para mí muy lisonjero.

—¿Quiere usted mandar que vayan á mi casa á buscar mi caballo?

—¡Oh! ¡sí!

Sir James llamó, y mandó fuesen á buscar el caballo de Pedro.

XV.

—Necesito correr por el campo, dijo Pedro, respirar todo el aire de la creacion: me ahogo.

—¿Y por qué, amigo mio?

—Por una mujer.

—¡Ah! ¡Las mujeres! Ellas son la razon de todos nuestros hechos; por ellas se esplica muchas veces nuestra conducta.

—Yo me he trasformado.

—El amor modifica nuestra alma de una manera demasiado determinante.

—Es raro: hace dos años, la misma mujer que ahora me enloquece era para mí un empeño trivial; mejor dicho, este empeño me lo inspiraban á la par ella, su madre y su hermana: entre mis hermanos y yo habia una especie de apuesta: éramos unos calaveras deshechos, y obligamos á las tres señoras á desaparecer de Sevilla: en Madrid han aparecido de repente: yo volví á contraer mi empeño... pero anoche...

—¿Qué?

—Anoche las vi en el teatro: la mayor atrajo mi atencion de una manera estraña, heria mi voluntad; yo sentia lo que no queria sentir, una embriaguez que me enloquecia; usted entraba en aquel momomento en el palco, y durante un momento tuve celos.

—¡Ah! ¡Las de Castell-d'oro!

—Cabalmente; pero me tranquilicé cuando vi que usted las trataba como un antiguo conocido, y nada mas.

—Sin embargo, las conozco muy recientemente.

—Parece que tiene usted influencia sobre ellas.

—Son muy amables y me favorecen con su confianza.

—¿Quiere usted hacerme un favor?

—Indudablemente.

—Tengo un gran interés en ser presentado á esas señoras; pero temo...

—No tema usted nada.

—Pueden recordar nuestro tenaz empeño de Sevilla... la persecucion de que las hacíamos víctimas.

—Cuando cambian las circunstancias cambian las personas. Además, la sola presentacion de usted por mí será una garantía para esas señoras.

—¡Ah! Me parece Amalia un sueño de felicidad que va á desvanecerse.

—Amigo mio, las mujeres son muy estrañas para el que no las comprende: tal que ayer se burlaba de un don Juan y le convertia en un imbécil, cae á los piés de este imbécil sin saberse por qué,

y le vuelve á reponer en toda la plenitud de su antiguo carácter.

—No pretendo yo ser un don Juan para Amalia, sino una cosa completamente vulgar: un marido.

—En hora buena.

—Puedo aspirar honestamente á su mano: si ella es rica, yo tengo dos millones de renta.

—El dinero no entra por nada en las cuestiones de amor.

—¡Oh, amigo mio! A creer á usted, estoy de enhorabuena.

—Veremos, veremos, dijo sir James, que habia reflexionado durante un momento. Esta noche hay recepcion casa de la baronesa: puedo presentar á usted esta noche; pero antes voy á probar el terreno: iré á verme con ellas: envíeme usted esta noche un criado de confianza.

—¡Oh! Mi ayuda de cámara: un buen muchacho: mi mano derecha.

—Bien: por medio de él avisaré á usted; esté usted prevenido, porque espero que la contestacion sea favorable.

XVI.

En aquel momento entró uno de los criados de sir James, y anunció que los caballos estaban dispuestos.

Los dos recientes amigos dieron un largo paseo por los alrededores de Madrid sobre Rubí y Pluton, que compitieron admirablemente.

La conversacion fué animada é íntima.

Pedro dió cuenta de todo á sir James, que le escuchó sonriendo.

A las cinco habian vuelto.

Pedro se fué á su casa, y sir James á comer á casa de Eufemia.

El ayuda de cámara, el confidente de Pedro, fué á las nueve casa de sir James.

Este miró profundamente á Sebastian, que así se llamaba el criado.

La mirada de este vaciló.

Aquella conmocion duró un instante.

Sir James dió á Sebastian una esquela para su amo.

Cuando Pedro leyó esta esquela, lanzó un grito de alegría.

Habia leido lo siguiente:

«Puede usted ponerse el frac mientras yo voy: será usted bien acogido.»

XVII.

Dos horas despues, Pedro era presentado por sir James á Eufemia.

Esta le habló y le trató como si no le hubiera conocido, como si hubiera sido para ella una persona de todo punto nueva, de la manera con que se recibe una persona que nos es presentada con encarecimiento por uno de los amigos á quienes mas estimamos.

Poco despues Pedro, asombrado de la acogida de que habia sido objeto, estaba sentado junto á Amalia.

—¿No me recuerda usted? le dijo anhelante por la duda que le atormentaba.

—Sí, contestó la niña bajando los ojos: usted es uno de los tres hermanos Valle de Sos.

—Pedro.

—¿Y no recuerda usted...

—Sí, recuerdo, contestó palideciendo Amalia; pero me parece usted muy cambiado.

—¡Oh, gracias!

—De manera que puedo atreverme á esperar su amistad de usted.

—¡Oh! Creo que sí.

—¡Oh, Amalia, Amalia!... dijo Pedro.

Y no se atrevió á seguir.

La jóven guardó silencio.

Se cruzó una mútua mirada.

Aquella mirada fué encendida, enamorada, de parte de Pedro.

De parte de Amalia, atenta, pudorosa, conmovida.

Pedro supo contenerse, mantenerse en los límites de un trato esquisito; pero permaneció al lado de Amalia.

Sostuvo con ella una conversacion sin trascendencia; pero lo que no decian sus palabras lo decian sus ojos, su abstraccion en la contemplacion de la tranquila hermosura de la jóven.

Bailaron.

Entonces el baile que ponia mas en contacto á una pareja era el wals.

Una especie de vértigo, una especie de arrobamiento, de éxtasis delicioso, de sonambulismo embriagador, se habia apoderado de Pedro bailando con Amalia.

Hubo un momento en que, arrastrado por una fascinacion terrible, la dijo:

—Yo te amo: sé mia.

—Sí, contestó Amalia, impulsada por una emocion igual.

—Cuanto antes... dijo Pedro: mañana pido á su madre de usted su mano.

—¡Ah! ¡no! ¡no! ¡mas tarde! Pareceria estraño, contesto Amalia.

Y cesando de bailar, volvieron á sentarse, y continuaron hablando, dominados por aquel estraño sonambulismo.

XVIII.

Era la una de la noche.

Amalia y Pedro continuaban el uno al lado del otro hablando de su amor, ni mas ni menos que si hubieran sido amantes de mucho tiempo.

Entre tanto, sir James habia dejado los salones de la baronesa.

Habia bajado, habia tomado su carruaje y se habia hecho conducir á la Carrera de San Gerónimo, junto á la iglesia de los Italianos.

Bajó, adelantó por la calle de Cedaceros, llegó á la de la Greda, torció por ella y se detuvo delante de una casa antigua, pero de buena apariencia.

En aquel tiempo Madrid, malísimamente alumbrado por pequeños y escasos faroles alimentados con aceite, empezaba á quedarse á oscuras á las once de la noche, y á las doce no existian en las calles mas luces que las de los faroles de los serenos.

Uno habia en la puerta de la casa número 15, pero profundamente dormido.

Su farol estaba pendiente de su chuzo, arrimado á la pared.

Sir James estaba inmóvil frente á la puerta cerrada, con la cabeza alta y con la mirada fija de una manera estraña, de una manera terrible, profunda, poderosa, como en un punto en el interior de la casa.

XIX.

Poco despues se oyeron pasos en las escaleras.

Luego en el portal.

A seguida el chirriar de una llave en una cerradura.

Por último, la puerta se abrió.

No podia verse quién la habia abierto, porque el portal estaba densamente oscuro.

—Cierra, dijo sir James.

La puerta se cerró.

—Marcha, dijo sir James.

Se oyeron unas sordas pisadas.

Una persona, que solo podia apreciarse por el ruido de los pasos, subió las escaleras precediendo á sir James.

Sus pasos se continuaron sobre el plano del piso principal.

Se abrió otra puerta.

Continuaron los pasos, pero apagados, como sobre alfombra.

Al fin cesaron.

—¡Luz! dijo sir James.

Se oyeron de nuevo los sordos pasos que se alejaron.

Poco despues se vió el reflejo de una luz detrás de una puerta.

Aquel reflejo avanzó, se aproximó, y al fin entró un hombre en ropas de dormir, con una palmatoria y una bujía encendida en la mano.

Aquel hombre era Sebastian, el criado de confianza confidente de Pedro.

Su semblante tenia una fijeza, una tiesura que se parecia algo á la del cadáver.

Sus ojos estaban abiertos; mas aún, dilatados, pero inmóviles.

—Obedece, le dijo sir James.

Sebastian, como si se le hubiera dado una órden esplícita, de-

tallada, dejó la palmatoria sobre la repisa de la chimenea, salió, volvió á poco con un pequeño llavero, se dirigió á un secreter y le abrió.

Luego se retiró y permaneció inmóvil á alguna distancia.

Sir James se acercó al secreter.

En el hueco inferior, desprovisto de cajones, habia tres esportillos de palma llenos completamente de oro.

Sir James trasladó aquel oro á sus bolsillos.

Dejó en el hueco los tres esportillos vacíos.

Luego abrió los cajones.

En uno de ellos encontró un grueso rollo de billetes del banco de San Cárlos.

XX.

Entonces la mirada de sir James no era la tranquila, dulce é inteligente mirada de un sér escesivamente simpático.

Era la mirada feroz, recelosa, sombría, la mirada de lobo hambriento que el avaro fija en el dinero.

Su boca sonreia con una especie de deleite repugnante, y dejaba ver en sus labios una arruga circular semejante á la de ciertas fieras.

Aquel hombre inmensamente rico, millonario, temblaba de emocion á la vista de algunos miles de reales representados por aquellos billetes.

Los guardó con una mano trémula en los bolsillos de su frac.

Luego registró con una ansiedad terrible los cajones, y encontró algunas ricas alhajas de hombre.

—No, alhajas no, dijo: las conocen: alhajas no.

Y cerró de nuevo los cajones.

—¿No hay mas dinero? ¿no hay mas billetes? preguntó á Sebastian.

—No, contestó este con voz ronca.

—Cierra, dijo sir James.

Sebastian cerró.

Luego, como si le hubieran dado una órden de tomar la luz, se puso en marcha y por el mismo camino.

Llegó á la puerta de la calle y la abrió.

El sereno continuaba durmiendo.

—Cierra, acuéstate y olvida, dijo sir James.

Y se alejó.

XXI.

Sebastian volvió por los mismos pasos, entró en el gabinete de su amo, tomó la bujía, se puso en marcha, llegó á un pequeño aposento que habia en los corredores y se entró en él, puso la palmatoria sobre una pequeña mesa sin apagarla, y se acostó.

Todo esto lo habia hecho de una manera maquinal, como un autómata.

Despues de haberse acostado no pudo notarse en él otra diferencia sino que sus ojos se cerraron, desapareció la rígida tension de los músculos de su semblante, y apareció naturalmente dormido.

XXII.

Sir James se hizo conducir á su casa.

Entró en ella, se encerró en su gabinete, penetró en un pequeño aposento oscuro adherido á él y donde habia una caja de combinacion.

Compuso la palabra necesaria para que pudiesen jugar los resortes, abrió, y con la misma espresion de feroz avaricia que ya hemos advertido en él, guardó en la caja el oro y los billetes que habia robado de una tan estraña, de una tan fantástica manera á Pedro del Valle de Sos.

Luego cerró, deshizo la combinacion, salió de su gabinete, guardó la llave de la puerta en el bolsillo, bajó, tomó de nuevo el carruaje y se volvió á la casa de la baronesa.

Daban las dos en el momento en que entraba en ella.

Al aparecer en el salon sir James, al arrojar una mirada á Pedro y á Amalia, la situacion especial que les dominaba desapareció.

Se cortó su conversacion.

Parecia como que el uno y el otro volvian de un sueño, y que solo les quedaba un vago recuerdo de lo que durante el sueño habia acontecido.

—La cena espera, dijo sir James acercándose á los dos jóvenes y mirando galantemente á Amalia: las parejas empiezan á dirigirse hácia el comedor: hé aquí mi brazo, señorita. Amigo mio, vaya usted á ofrecer el suyo á la baronesa.

Pedro obedeció.

Amalia se asió del brazo de sir Lawnou.

Entonces se borró completamente de la memoria de nuestros jóvenes todo lo que habian hablado.

Sir Lownon habia dejado de ser el avaro horrible capaz de todo por el oro, para convertirse en el sér estimado, simpático, querido y respetado por todos.

XXIII.

Ya sabemos lo que era sir Lawnou: uno de esos terribles magnetizadores que producen los Estados-Unidos; uno de esos modernos hechiceros de la familia del terrible mister Hume; pero este se guardaba muy bien de dejar conocer el tremendo poder que debia á la naturaleza.

Le esplotaba.

Mister Hume, á lo que parece, es un sér bueno que no usa del poder que tiene.

Si le usara le ocultaria como le ocultaba sir Lawnou.

Y era singular que este pudiese usar del esceso de la fuerza de flúido magnético que poseia y que constituia su poder, como el asesino usa del puñal que lleva oculto cuanto le conviene en la sombra y nada mas.

Generalmente estos séres, dotados por la naturaleza de una tal potencia magnética, tienen la mirada fija, intensa, generalmente malévola y aterradora; mirada nociva que hace un daño horrible, que envenena y que mata á los niños ó á los séres escesivamente nerviosos que la encuentran por acaso.

La intuicion vulgar ha predicho con muchos siglos de anticipacion los descubrimientos de la ciencia.

Antes de que esta encontrase el flúido magnético con sus resultados; antes de que le diese nombre, muchos siglos antes, generaciones y generaciones han conocido lo que se llama *mal de ojo* en España, lo que en Francia se llama *porter le malheur*, esto es, *causar la desdicha*, hacer sentir los resultados de una poderosa voluntad malévola, de una especie de daño intuitivo contra el género humano.

Yo me acuerdo, y cuando me acuerdo me estremezco aún, de que siendo muy jóven, atravesando una tarde de invierno el compás ó atrio del convento de Santo Domingo de Granada, pasando por el cual se ahorraba camino para llegar al Realejo, de que una mujer harapienta y al parecer vieja que iba delante de mí, se volvió de repente y como de una manera deliberada, y me dejó ver una insoportable mirada de demonio, una mirada que me estremeció, que me heló, que me causó un horror indefinible, que me puso malo de una enfermedad estraña como si algo componente de mi sér se hubiera envenenado; mirada que no pude olvidar en mucho tiempo, y contra la influencia de la cual tuve que desplegar toda mi fuerza de voluntad.

Algunos que conocieron y trataron en París al célebre anglo-americano mister Hume, me han dicho que por mas que él queria hacer aceptable, por decirlo así, inofensiva y vulgar su mirada, esta era siempre un tanto nociva, un tanto repulsiva, un tanto difícil de soportar, y que cuando se distraia y miraba de improviso á una persona, esta palidecia, temblaba, dejaba ver la espresion del espanto, como el pajarillo en el cual fija su terrible mirada el boa.

Pues bien; esto que hoy se atribuye á un esceso, á una concentracion de flúido magnético, era lo que antes se tenia por facultad de causar mal de ojo.

Yo he visto despues, las estoy viendo á cada paso, muchas de esas miradas agrias, venenosas, irritantes, insoportables, todo á la par.

Pero no he vuelto á ver una mirada semejante á la de la horrible vieja del compás de Santo Domingo.

XXIV.

Despues de la cena se bailó un poco mas.

A las tres empezaron á retirarse las gentes que habian asistido á la brillante recepcion de Eufemia.

Sir Lawnou llevó á su casa en su carruaje á Pedro.

Por el camino, este le dijo:

—Lo que me sucede es de todo punto estraño.

—¡Bah! Amalia se le presenta á usted admirablemente, ¿no es cierto?

—No, no es eso, amigo mio; es que quiero recordar y no puedo lo que hemos hablado durante hora y media por lo menos: me sucede lo que al que sale de un fuerte estado de embriaguez: no se acuerda de lo que durante la embriaguez ha hecho ó dicho.

—¡Pues qué! ¿no le parece á usted bastante embriaguez la del amor?

—Ha habido un momento en que se ha apoderado de mí algo tan intensamente delicioso, que he creido morir. Amalia me parecia un sér sobrenatural, ideal, resplandeciente, hermosísimo, con una hermosura infinita, con una hermosura que mataba.

—El amor, amigo mio, el amor.

—Puede ser. Despues de ese momento, mis recuerdos se embrollan, se confunden, se borran; pero lo que puedo decididamente asegurar á usted es que soy otro hombre, y que me parecen un sueño absurdo todas las necedades que he hecho hasta ahora: no me conozco; me paso las manos por la frente.

—El amor, siempre el amor, que regenera y trasforma.

—Decididamente, amigo mio, me caso con ella; digo, si ella me quiere por marido.

—¡Oh! Indudablemente.

—¿Usted cree...

—El que observa sin pasion, ve claro. Amalia se ha conmovido vivamente á la vista de usted, me ha dejado ver todos los síntomas de un principio de amor, de uno de esos amores que deciden del porvenir, de la situacion del corazon de un sér. Usted será feliz, muy feliz, amigo.

—¡Ah! ¡Que Dios le oiga á usted! ¡que tenga yo que bendecir el momento en que he conocido á usted!

—No, el momento en que la ha conocido usted á ella; mejor dicho, el momento en que la ha considerado usted como siempre la ha debido considerar. ¡Ella es un tesoro!

XXV.

En aquel momento, el carruaje, que habia ido muy de prisa, paró en la calle de la Greda delante del número 15, esto es, delante de la casa de Pedro.

Por aquella vez el sereno estaba despierto, y acababa de cantar con voz estensa y sonora las tres y media.

Fué á la puerta y la abrió.

Luego llamó para que acudiesen con luz.

Los dos amigos se despidieron.

Sebastian bajó con luz y á medio vestir; mejor dicho, liado en una capilla.

Estaba pálido y como asombrado.

El carruaje de sir James partió.

Pedro, ébrio aún con el recuerdo de Amalia, siguió á su ayuda de cámara.

—A tí te sucede algo, dijo al entrar en su gabinete Pedro viendo la estraña catadura de su doméstico.

—Es verdad, señor, dijo este: cuando he despertado á los golpes de la puerta, me he asustado.

—¿Y por qué? ¿qué has visto?

—La bujía encendida y muy corta ya sobre mi mesa de noche.

—¿Y qué tiene eso de estraño?

—Que cuando me acosté la apagué.

—Creerias apagarla.

—Permítame usted, señor: me acuerdo perfectamente que al acostarme la apagué; como que el apagarla me costó tres soplos.

—Te sucederia eso anoche: estarás trascordado.

—Permítame usted, señor: anoche estuve leyendo hasta que se apagó la bujía.

—¿Y quién ha podido encender la luz si tú has estado solo?

—Eso es lo que yo digo: ¿quién ha encendido la luz?

—Algun duende, dijo sonriendo tristemente Pedro.

—Pues yo le aseguro á usted que como encuentre al tal duende, no lo ha de pasar muy bien.

—Basta: tú has salido despues de que yo me he ido, y has bebido mas de lo justo.

—No he bebido; pero me duele la cabeza como si hubiese cogido una gran borrachera.

—Anda, anda, y acuéstate, Sebastian.

—Sí, sí señor: así que haya registrado la casa, dijo Sebastian.

XXVI.

Pedro tenia todo el cuarto principal, que constaba de diez piezas, y en el cual no vivian mas que él y Sebastian.

Este nada encontró.

Las puertas y los balcones estaban cerrados.

Nadie pues habia entrado en la casa.

—Pues señor, dijo Sebastian: indudablemente yo no apagué la luz; pero ¿cómo es que tengo la seguridad de haberla apagado?

—Acuéstate, acuéstate, Sebastian, dijo Pedro: tú has debido beber algo mas de lo justo.

—Ni una gota, señor: esto es estraño. Pero en fin, he debido dejar encendida la luz.

XXVII.

Al dia siguiente, Pedro se levantó muy tarde y con un gran dolor de cabeza.

Habia soñado con demasiada fuerza.

Amalia habia llenado sus sueños; habia sido para él, dentro de su alma, un arcángel de fuego.

Llegó la hora de almorzar y no almorzó.

Se sentia enfermo, pesado.

Necesitaba respirar el aire libre; pero estaba fatigado, y ni aun se atrevia á salir á caballo.

—Decididamente, dijo: es necesario que yo me compre un carruaje: esta es una comodidad de que no debe prescindir un hombre rico. Pero un carruaje no es nada. Se necesitan dos por lo menos: uno cerrado, otro abierto, una berlina y una carretela. Un tronco no es nada: los caballos se ponen malos á cada paso. Dos... Y bien, con todos los gastos de atalajes y libreas, esto es cuestion de cuatro mil duros. Hagamos nuestra cuenta: he recibido veinticinco mil duros, tengo cuentas pendientes á lo mas por seis mil... Veamos, veamos; esto me entretendrá.

XXVIII.

Pedro abrió su secreter y lanzó un grito.

Los esportillos que habia puesto allí llenos de oro estaban vacíos.

Abrió los cajones.

Los billetes habian desaparecido; pero las alhajas estaban allí.

—¡Sebastian! ¡Sebastian! gritó Pedro de una manera estraña, con un acento tal, que el ayuda de cámara acudió desalado. ¡Mira! le dijo mostrándole los esportillos y los cajones vacíos.

El ayuda de cámara abrió enormemente los ojos y la boca.

—¿Y bien, señor?... dijo.

—¿Y bien, Sebastian?... Que me han robado, esclamó con un despecho infinito Pedro, porque su administrador le habia enviado todo lo que podia enviarle.

—Usted debe estar trascordado, señor, dijo Sebastian, pálido como un difunto: ha debido usted poner el dinero en otra parte.

—Puede ser, puede ser, dijo Pedro.

Y abrió cómodas y armarios.

Buscó por todas partes, pero nada encontró.

—Yo creo, dijo Sebastian mirando anhelante á Pedro, que usted no creerá...

—No creo... no creo... imbécil... me has visto nacer... no tienes necesidad para robarme de apelar á estos medios: aquí ha habido anoche ladrones...

—Pero ¿por dónde han entrado, señor, si todas las puertas estaban cerradas?

—Ha habido ladrones. ¿No apagaste tú la luz?

—Sí señor.

—¿Y no la has encontrado encendida al despertar?

—Sí señor.

—¿No recoges tú todas mis llaves?

—Sí señor; pero he encontrado en el bolsillo de mi chaleco la llave del secreter cuando la he buscado para ponerla en la cerradura.

—¡Ladrones! ¡ladrones!

—Pero ¿cómo es que no se han llevado las alhajas, señor?

—No lo sé.

—Pues yo voy...

—¿Adónde?

—A casa del comisario.

—Nada de eso... sospecharia de tí.

—Que me metan preso: yo no he salido anoche... nadie ha venido á buscarme... que registren mi baul, mi maleta...

—Nada... nada de eso... seria dar lugar á sospechas en los otros; sospechas que yo no tengo... Asunto concluido: veinticinco mil duros menos.

Y habia algo del acento de la desesperacion en estas palabras de Pedro.

Porque aunque era andaluz y pródigo, la prodigalidad era respecto á sí mismo.

La desaparicion de los veinticinco mil duros le mortificaba como hubiera mortificado al hombre de negocios mas miserable.

—Esto no se puede quedar así, señor, dijo Sebastian: es necesario dar parte.

—No, no: es necesario buscar dinero... esto es todo: nos han dejado sin un cuarto: no importa... saldremos del apuro como podamos: pediré.

—¡Señor!...

—Ni una palabra mas, Sebastian, si no quieres que sospeche que me has robado.

Sebastian se calló.

En verdad, Pedro no sospechaba de él.

Estaba seguro de su fidelidad en cuanto á un asunto de este género.

En cuanto á lo demás, sabia demasiado Pedro que los antiguos criados de casa grande tienen el derecho de enriquecerse con lo que llaman sus provechos, que no son otra cosa que un robo al por menor, múltiple, continuo, dia por dia, hora por hora, minuto por minuto.

XXIX.

Pedro se hizo llevar un carruaje de alquiler, y se fué casa de mister James, al que encontró entretenido con algunos comensales, como de costumbre.

Mister James nunca comia solo.

—¡Pero, señor! ¿qué es esto? ¿qué le sucede á usted? dijo en cuanto vió á Pedro. Está usted desencajado, amigo mio. ¿No es verdad, señores? Valle de Sos no está en estado normal.

—Estoy dominado por una gran contrariedad, lo confieso, contestó Pedro.

—¿Alguna dama? dijo uno de los comensales.

—No: un caballero desconocido... un misterio... una persona á quien no conozco, que no espero conocer, con la cual no me unen relaciones de ningun género, y que sin embargo se ha hecho sentir de mí por valor de veinticinco mil duros en onzas de oro y billetes de banco.

—¡Ah! Pues no se comprende esto bien, dijo otro.

—Sí, sí, señores, dijo Pedro: un ladron.

—¡Un ladron! esclamaron todos.

—Ó dos ladrones, ó tres ó mas: ¿quién sabe? dijo Pedro sentándose junto á la chimenea.

—Pero ¿no han dejado indicios?... preguntó con una perfecta naturalidad mister James.

—Sí, contestó Pedro: los esportillos y los cajones en que estaban el oro y los billetes, vacíos, y una luz encendida.

—Pero ¿no ha habido fractura?

—No, no señor... nada absolutamente: han abierto con la llave del secreter y han vuelto á cerrar.

—Pero ¿á quién se le ocurre, dijo otro, dejar puesta la llave en un mueble que encerraba una cantidad respetable?

—Mi ayuda de cámara recoge las llaves que se quedan puestas en los muebles, y las guarda.

—¡Ah! esclamaron algunos.

—No, no, señores, dijo Pedro: tengo una absoluta confianza en Sebastian.

—Esto es estraño, dijo sir James: hace tres dias, el conde de Torresfuertes guardó en su caja un millon en billetes de banco, que destinaba á la compra de una propiedad. Pues bien, cuando al dia siguiente fué á buscarle, se encontró con que la caja estaba vacía: una caja de combinacion. Mas aún: cuando fué á quejarse al superintendente de policía, este le dijo:—Señor conde, en el espacio de un mes he recibido diez quejas de este género, y todas con las mas raras circunstancias: en Madrid hay ladrones invisibles, que entran á través de las paredes, que se meten por los ojos de las llaves, á los que nadie ve, nadie siente, que se llevan limpiamente el dinero y los billetes de banco, y lo dejan todo en órden y no tocan á las alhajas, por mas que sean de mucho valor.

—Cabalmente, dijo Pedro: mis alhajas, que representan un valor considerable, y que estaban en el mismo secreter, han sido respetadas.

—Pues habria un medio para coger á ese misterioso ladron, dijo sir James.

—¿Cuál? esclamó vivamente Pedro.

—Avisar secretamente á todos los banqueros, á todas las personas que tienen grandes cantidades en su casa, para que marcasen algunos billetes, algunas monedas, de una manera imperceptible, pero bastante para producir una prueba.

—¡Bah! Un ladron que tan delicadamente roba, debe ser un duende y saberlo todo, observó otro.

—¿Y por qué un duende tan apasionado de lo ajeno no se mete en el Banco? dijo Pedro. Así podria hacer de una vez su negocio, y el robo se repartiria por igual entre todos los accionistas.

—¿Quién sabe? Manías sin duda, dijo sir James. Ese duende, ó no lo es y no tiene el poder de entrar donde quiera, ó es ma-

lévolo y gusta de hacer daño en grande á determinadas personas.

—Hay que convenir en que todo esto es muy estraño, dijo Pedro; y si el misterioso ladron no se contiene, va á causar en Madrid un pánico horrible entre las gentes ricas.

—¿Y quién sabe si se limitará solo á robar? dijo sir James. Pero sepamos, Valle de Sos: ¿el tal duende ha dejado á usted completamente sin dinero?

—Sin mas que el que tenia en los bolsillos... y en un momento en que pensaba montar formalmente casa.

—Como quien va á casarse, ¿no es esto? dijo sir James.

—Puede ser, contestó Pedro.

—No falta, repuso el anglo-americano, quien haya asegurado qué noche estuvo usted muy galante con la chica mayor de la de Castell-d'oro.

—No he hecho misterio de ello, dijo Pedro: es verdad que yo no hago misterio de nada. Si ella me acepta y su madre me la da, esta será cosa que no se dilatará mas que el tiempo necesario para los preparativos.

—La baronesa es muy rara, dijo uno, y no se puede deducir nada de ella: no sé cuántos años ha estado guardando el luto á su marido encerrada en un casaron de provincia; y por último, perdida con sus hijas, escondida no se sabe dónde, de repente ha aparecido en Madrid como un sol deslumbrante, ha montado de una manera admirable su casa, y ha hecho rabiar á todos los que daban fiestas. Si la baronesa sigue así, aunque es muy rica acabará por arruinarse: hay algo de locura en ella; de modo que, amigo Valle de Sos, su pretension de usted está pendiente de un *abenate* de esa señora.

—Y principalmente, dijo Pedro, de la voluntad de Amalia.

—Pues dicen algunos de los que estuvieron anoche casa de la baronesa, y que pertenecen á esa clase de espiones que lo observan todo para murmurar despues, que Amalia se mostraba interesada por usted hasta lo inconveniente, dijo sir James.

—¡Cómo! ¡Pues yo no lo he reparado! dijo Pedro.

—Cierto. La embriaguez del amor, observó uno. Los que se embriagan no se acuerdan despues de lo que ha pasado por ellos durante la embriaguez.

—Todo lo que ha pasado por mí desde anoche acá es para mí una sombra, dijo Pedro: una sombra densa, á través de la cual nada veo. Mis recuerdos se detienen en el momento en que fuí presentado por Lawnou, y no vuelven á continuar sino en el momento en que volví á ver junto á mí á Lawnou: habian pasado cuatro horas.

—Cuatro horas de conversacion íntima, silla á silla con la hermosa Amalia, dijo uno; conversacion en que reparó todo el mundo, menos la baronesa.

—Estaba tambien entretenida, dijo Pedro.

—No, distraida, profundamente distraida, y al parecer sufriendo un gran malestar.

—¿Habrán robado tambien á la baronesa? preguntó uno.

—No, contestó sir James: yo soy amigo íntimo de Eufemia, y conozco sus negocios.

—¿Estará ya arruinada? preguntó uno.

—No: ha gastado un tesoro en su instalacion, pero le ha quedado mucho mas, que su administrador, que es un buen hombre, ha empleado en propiedades. Puede decirse que Eufemia no tiene un cuarto en su casa: su administrador paga sus cuentas y realiza sus créditos. Eufemia no toca jamás el dinero: el ladron misterioso no encontraria en su casa mas que alhajas riquísimas, y está visto que las alhajas no son del gusto de este estraño ladron.

Y como hubiera pasado ya un gran rato de silencio, los comensales fueron despidiéndose, y Valle de Sos y Lawnou quedaron solos.

XXX.

Lawnou abandonó el comedor con Pedro, llevando echado su brazo sobre el hombro de este.

Entraron en un bello gabinete circular.

Lawnou se separó entonces de Pedro, fué á un precioso buró de palo de rosa, le abrió y sacó de él un libro.

Cuando le abrió, Pedro vió que era de talones del banco de San Cárlos.

Lawnou escribió en uno de ellos la cifra quinientos mil reales, le cortó y le dió á Pedro.

—¡Ah! ¡Gracias! dijo este. Yo pensaba recurrir á usted por el momento, pero no por tanta cantidad: yo no podria pagarla en menos de dos años.

—¿Y qué importa? dijo sir James. Esto no es un préstamo ni un donativo; esto es simplemente procurar que no esté usted sin dinero.

—Sin embargo...

—Nada, nada... esto es para mí insignificante. Puedo llenar de una cantidad doble todos los talones que quedan, y no me veria en apuro para hacer frente á los giros. Esto que se llama dinero y que tanto se ansía, á mí me fatiga... no sé cómo librarme de él.

—¡Oh! esclamó Pedro.

—Por consecuencia, no hablemos mas de esto.

—Sin embargo...

—Usted es por sí mismo rico, y además va usted á casarse con una riquísima heredera.

—Me casaria con ella aunque fuese pobre como una rata, dijo Pedro.

—Pues es millonaria, amigo mio, y millonaria su hermana, contestó sir James: cada una de ellas tiene veinte millones, ó como decimos los americanos, un millon, pero no en dinero, en propiedades sólidas compradas bien, es decir, que producen una renta escepcional, y que cuando se vendan producirán un 25 por 100 mas que lo que han costado.

—¿Y usted cree que Eufemia me dará su hija?

—No sé, no sé... Para los asuntos graves, Eufemia tiene una fuerza de voluntad increible... no es fácil dominarla: es escesivamente nerviosa.

Pedro no pudo entender la intencion de estas palabras.

Hablaba el magnetizador.

En aquel tiempo, el magnetismo era desconocido de todo punto en España; pero los Estados-Unidos son la vanguardia de la civilizacion.

Ellos adelantan al resto del mundo en muchos años.

Ellos tenian ferro-carriles en 1820.

Los fenómenos del magnetismo, esto es, de la electricidad animal, por decirlo así, no asombran á nadie en los Estados-Unidos.

XXXI.

—Usted se casará con Amalia, á pesar de su madre, á pesar de de ella misma, dijo sir James.

—¡Oh! ¡Usted ha observado!

—Yo soy muy observador.

—¿Y qué le parece á usted que debo hacer?

—Empezar por el principio.

—La cuestion siempre importante en los negocios es saber dónde empiezan.

—Tiene usted razon: el principio es siempre el fin; y como el fin de usted es Amalia, Amalia es por lo mismo el principio.

—Perfectamente.

—Dentro de tres dias haga usted su visita de cumplido.

—Eso es.

—El viernes próximo vaya usted á la recepcion.

—¡Oh! Por supuesto.

—Hágase usted el caballero de Amalia.

—No podria pasar por otro punto.

—Amalia es pudorosa y altiva: se necesita usar con ella de un gran tacto.

—¡Oh! Bien: gracias.

—Tengo el deber de aconsejar á usted con arreglo á mis observaciones para que usted las aproveche. Debe usted ir con la sonda en la mano; debe usted dejarse llevar, pero con piés de plomo.

—¡Oh! Me importa mucho no aventurar nada.

—Empiece usted por ponerse en una situacion de todo punto conveniente; monte usted su casa de una manera inmejorable, y no se pare usted en gastos. Los tesoros, para ser bien esplotados, exigen desembolsos, y Amalia es un tesoro.

—Para eso habia yo pedido á mi administrador medio millon de reales.

—¡Bah! dijo sir James levantando los hombros. ¡Medio millon de reales! ¡Miseria! ¿Quiere usted hacerme un favor?

—¡Oh, amigo mio! Usted puede disponer de mí.

—Pues bien, de mi cuenta corre establecer á usted convenientemente: despues le pasaré la cuenta.

—¡Oh! Me da usted miedo. Usted es un Creso, y temo que no pueda yo hacer frente á la cuenta de usted.

—¡Oh! ¡no! Estoy seguro de que usted me reembolsará lo que yo haya gastado sin sacrificio. ¿Conque tengo los poderes de usted?

—De todo punto.

—En ese caso, permítame usted que dé algunas órdenes, y despues iremos á dar una vuelta por el campo. Adoro el campo, amigo mio: los árboles, las corrientes, los horizontes, las montañas, los celajes, son la obra de un supremo, de un soberano artista que se llama Dios... Vuelvo al momento.

Y sir James salió.

XXXII.

—¿Qué hombre es este? dijo Pedro. Aún no hace tres dias que le conozco, y ya me domina y me atrae, me enamora. ¿Y quién es la mujer á quien este hombre ama? ¡Oh! Este hombre es un misterio. ¡Qué grandeza! ¡qué desprendimiento! ¡qué buena forma! Indudablemente estamos muy atrasados. En los Estados-Unidos debe de haber hombres como este á centenares: aquí no tenemos uno solo; aquí todo es estrecho, pequeño, vulgar.

XXXIII.

Sir James entró en aquel momento.

—Cuando quiera usted, amigo mio, dijo: los caballos nos esperan.

Bajaron, y encontraron en el patio dos magníficos caballos que Pedro no conocia.

Dos lacayos con una rica y elegante librea esperaban, teniendo de la mano dos caballos asombrosos que debian ser sus monturas.

Estuvieron paseando por los alrededores de Madrid hasta las cinco y media, hablando esclusivamente de la familia Castell-d'oro.

Pedro se entregaba á la pasion que le inspiraba Amalia.

En cuanto á sir James, hablaba de las tres señoras como si ninguna de ellas le importase nada, considerando la cuestion desde el punto de vista del amor.

Comieron juntos los dos amigos con otros diez ó doce convidados, ó mas bien comensales.

Se sabia que Lawnou recibia todos los dias comiendo.

Á las siete quedaron solos los dos amigos.

—Dé usted una vuelta por su casa, dijo Lawnou. Á las nueve nos reuniremos en el teatro de la Cruz.

XXXIV.

Pedro se fué á su casa.

—¡Pero usted está loco, señor! dijo Sebastian, que poseia en alto grado la confianza y la familiaridad de su amo. ¿Con qué vamos á pagar todos los gastos en que usted se ha metido?

—¿Yo?

—Ciertamente. Á las cuatro de la tarde ha venido á pararse el carruaje á la puerta.

—Es verdad: he visto á la puerta un magnífico carruaje.

—¿Y no ha reparado usted?

—No.

—Ese carruaje tiene en las portezuelas las armas de la casa.

—¿Las mias?

—Sí señor; y es completamente nuevo y de última moda, una gran cosa.

—¡Ah!

—¡Pero, señor! ¿no ha reparado usted en que en el recibimiento habia un lacayo jóven y buen mozo, con una escelente librea á la inglesa?

—Sí; pero he creido que seria un conocimiento tuyo.

—Yo no tengo conocimiento entre esa canalla, se apresuró á decir Sebastian. Además, ha venido un notario preguntando por usted.

—¿Un notario?

—Sí señor; y me ha hablado de no se qué gran casa en Puerta de Moros: una casa comprada por usted.

—¡Hombre, hombre!

—Y como llamados con campanilla, han venido un tapicero y un mueblista á ponerse á las órdenes de usted.

—Y todo esto es obra de sir James Lawnou; pero yo no sé cómo en tan poco tiempo ha podido hacer tanto.

—El dinero, señor; el dinero es la mayor hechicería que yo conozco.

—Debe estar admirablemente servido sir Lawnou.

—El dinero y siempre el dinero.

—¿Qué te parece ese hombre, que puede dar como quien da un ochavo cosas como esta? dijo Pedro sacando el talon y dándolo á Sebastian.

—¡Medio millon de reales! dijo Sebastian con asombro mirando la cifra del talon. Cabalmente la cantidad robada.

—Como que yo lo habia contado todo á sir James.

—Pues señor, ese caballero es una Providencia.

—Un grande amigo.

En aquel momento llamaron á la puerta.

Poco despues entró un lacayo inmejorable, y dijo:

—Esto acaban de traer para el señor.

Pedro tomó un papel impreso y manuscrito á la par.

Era un abono de palco bajo por todo lo que restaba de temporada del teatro de la Cruz.

—¡Ah! ¡sí! dijo Pedro.

Y añadió como si estuviese completamente en antecedentes:

—¿Dónde tenemos la cuadra y la cochera?

—En la calle de la Palma Alta transitoriamente.

—Bien: mañana iré á ver si aquello está en órden.

—Yo creo que el señor quedará satisfecho, contestó el lacayo.

Y se retiró.

Pedro miró el péndulo que estaba sobre la chimenea.

Eran las siete y media.

—Vísteme, Sebastian, dijo.

Á las ocho entraba en un magnífico landó tirado por dos admirables caballos árabe-ingleses Pedro, y se hacia conducir al teatro de la Cruz.

El palco estaba perfectamente dispuesto.

Pedro reparó en que su situacion era frente por frente del palco de la baronesa de Castell-d'oro.

La acomodadora se puso á las órdenes de Pedro.

—¡Ah! dijo. Vuecencia no ha reparado en nada.

—Yo no tengo tratamiento, dijo Pedro. ¿Y en qué es en lo que yo no he reparado?

—El marqués de Cienfuegos, que tenia el abono de este palco, ha debido exigir yo no sé cuánto por cederlo.

—¡Ah! ¡no! Ha sido puramente una muestra de amistad.

—Cosa rara que por amistad haya hecho nada el señor de Cienfuegos, porque es avaro y apretado como un puño.

Y la acomodadora mostraba el puño cerrado á Pedro.

—Todos los provechos que con él se tenian se reducian á una peseta por Navidad. Y luego exigencias... órdenes á cada momento... ¡Ah! Me alegro, me alegro: este era el peor palco que teníamos.

—Yo no soy muy exigente, dijo Pedro, pero no soy avaro. Tome usted, y espero que se cuide de la limpieza del palco.

Y dió media onza á la acomodadora.

—Puede usted mandar cuanto guste en todo y por todo, señor, dijo la acomodadora inclinándose profundamente; y si usted necesita enviar alguna vez un recado á la escena, no tenga usted inconveniente: yo estoy muy bien relacionada allá adentro; lo mismo digo respecto á los otros palcos: yo soy muy discreta.

—Gracias.

—Buenas noches, señor.

Y la acomodadora se retiró.

XXXV.

Media hora despues entraron en su palco las de Castell-d'oro, y repararon inmediatamente en que Pedro estaba en un palco frente á ellas: en el palco del marqués de Cienfuegos.

Este pues le habia cedido su abono.

Esta observacion se hicieron todos los abonados y todos los concurrentes asíduos al teatro.

Pedro figuraba de buena manera, porque eran conocidas su vanidad y la avaricia del marqués de Cienfuegos, y se suponia que sin un gran cebo no habria cedido su abono.

A las nueve, sir James hizo una ligera visita á Pedro, que, fuerza es confesarlo, habia soltado su corteza de *provinciano* y aparecia puesto de una manera inmejorable.

XXXVI.

Pedro salió mas enamorado que lo estaba del teatro.

Amalia le habia mirado poco; pero cada una de sus miradas habia sido para Pedro una promesa tímida.

Amalia estaba indudablemente enamorada de Pedro.

Este pasó una noche de delirio.

Sus sueños estuvieron llenos de Amalia.

Se despertó muy temprano.

Habia dado órden de que viniera su carruaje á las nueve.

A las nueve y media bajó, y encontró una admirable berlina de dos asientos.

El tronco era distinto: distintos tambien los criados.

—Es necesario convenir, dijo, en que sir James es lo mas á propósito del mundo para montar una casa.

XXXVII.

El rápido trote de los dos grandes y magníficos caballos andaluces enganchados á la berlina, llevó en cinco minutos á las cocheras á Pedro.

Encontró en ellas dos coches de ceremonia, dos berlinas, dos carruajes ligeros de los que entonces se llamaban tílburis, dos carretelas, un landó, un faeton, una silla de posta, un coche de camino, dos carruajes de doma y un furgon.

En las cuadras habia cuatro troncos de caballos árabes, cuatro ingleses de Tarbes, dos andaluces, y dos pares de mulas.

Tres cocheros, tres lacayos y tres mozos de cuadra constituian el personal del tren.

Pedro lo encontró todo establecido con un órden admirable.

—Los atalajes y los botones de las libreas, dijo el cochero en jefe, no tienen todavía las armas del señor: no ha habido tiempo: era necesario abrir los troqueles; pero mañana estarán. En cambio, todo lo demás está corriente, y deseo que el señor esté satisfecho.

—Sí, sí, ciertamente, dijo Pedro; y continuaré contento si todo sigue como ahora.

—Cuando nos establezcamos en la nueva casa, dijo el cochero, todo estará mejor; pero hoy he ido á ver aquello, y necesita lo menos una obra de quince dias.

—Encárguese usted de ella.

—Muy bien, señor.

—Lléveme usted á la nueva casa.

El cochero en jefe montó en el pescante de la berlina y condujo á Pedro al número 15 de Puerta de Moros, que era un casaron inmenso.

Sus salones, sus departamentos, estaban llenos de tapiceros, de mueblistas, de albañiles.

Tres dias despues, la casa debia estar completamente puesta.

CAPITULO XLVII.

LA HISTORIA EMPIEZA Á HACERSE LÚGUBRE.—CÓMO PUEDE PERDERSE POR EL AMOR UNA MUJER FUERTE.

I.

Pedro se instaló definitivamente en su casa, y abrió sus salones como puede abrirlos un soltero.

Sus recepciones, aunque sin el bello elemento de la mujer, eran brillantes.

Pedro habia estrechado sus relaciones con Eufemia; pero aun todavía no habia hablado.

Habia asistido á algunas reuniones.

Habia sido el caballero de Amalia.

Amalia, aunque sin quererlo, le habia dejado conocer su afecto; mas aún, valiéndonos de una frase vulgar, su enamoramiento; pero Pedro estaba dominado por la timidez de los enamorados de veras.

No veia claro.

Dudaba acerca de la manera cómo era considerado por Amalia.

Los grandes amores son tímidos y cobardes.

Al fin, una noche se encontraron por acaso solos en su gabinete Amalia y Pedro.

La soledad es la mejor compañera del amor.

Amalia se habia sentado junto á la chimenea.

Estaba triste, grave, y una especie de profunda melancolía embellecia su semblante.

En sus grandes ojos azules de color de cielo, bellos y dulces, habia luz, una luz dulce, irresistible: el clarísimo reflejo de una alma pura y enamorada.

Los frescos, sombrados y sonrosados labios de la jóven estaban entreabiertos y daban salida á una respiracion pura.

—¿Sufre usted, Amalia? le pregunto con una tierna solicitud Pedro.

—Sí, sufro... no sé... no sé lo que sufro... estoy fatigada, y sin embargo... no he bailado, no me he agitado.

—Yo tambien, yo tambien sufro una opresion esterior sobre el corazon: soy feliz, y sin embargo, me parece que las lágrimas van á brotar de mis ojos.

—Y yo, y yo tambien, dijo Amalia.

Y una mirada creada por la situacion se cruzó entre los jóvenes; una de esas miradas que hacen la suprema felicidad de dos séres, que son al mismo tiempo una declaracion esplícita; una de esas miradas que lo dicen todo, que todo lo presienten, que satisfacen mútuamente á dos enamorados.

—Es necesario que esta situacion dolorosa, dijo Pedro, concluya cuanto antes.

—¡Oh! respondió Amalia. Mamá...

—Mamá... ¿qué?

—Tiene muy mala idea de usted.

—¿Mala idea?

—Se acuerda...

—¡Ah! Aquel era otro tiempo... Además, todo consistia en nuestra tenacidad... nosotros no hemos faltado jamás á las conveniencias.

—Mamá dice... es necesario recibirle... nos ha sido presentado por una persona demasiado respetable... pero en el fondo...

—¡Ah! Le soy antipático...

—No... no precisamente... pero mamá es muy severa... yo hago un sacrificio... cometo casi una rebeldía en permanecer tanto tiempo al lado de usted, y cabalmente esta noche...

Los ojos de Amalia se llenaron de lágrimas.

—¿Qué? preguntó anhelante Pedro.

—Esta noche, cuando aún no habian venido gentes, mamá me dijo:—Se empieza á reparar en las asiduidades de Valle de Sos respecto á tí... Yo comprendo perfectamente que una jóven bien educada no puede rechazar la galantería de un amigo de su casa... pero es necesario indicar á ese amigo que su galantería, por mas que nos favorezca, nos contraría... Es necesario que Valle de Sos se ponga á mas distancia de tí...—Mamá me ha comprendido sin duda... y si ha comprendido, sus palabras han sido una advertencia, un mandato, una prohibicion... No conseguiremos nada, amigo mio.

—Pero si yo cuento con usted...

—Pedro, yo soy muy franca... Sé que usted me ama... yo le amo á usted... podríamos ser muy felices... pero su pasado de usted, sus calaveradas de otro tiempo le hacen mucho daño. Mamá nos ama con toda su alma, y todo lo teme por nosotras... se negará...

—Y entonces...

—Mi alma será de usted... pero obedeceré á mamá.

—¿Me autoriza usted para que le pida su mano?

—Sí... pero será inútil, contestó tristemente Amalia.

—Lo veremos.

—Volvámonos á los salones: esta noche haremos como las anteriores... se murmuraria mas si dejásemos ver un cambio brusco...

Y Amalia se levantó, tomó el brazo de Pedro y salió del gabinete.

II.

La conversacion de los dos jóvenes hasta el fin de la fiesta fué apasionada, delirante, llena de dolores y de esperanzas; pero Amalia insistió en que si su madre no consentia, ella no daria un solo paso hácia Pedro, ni se prestaria á ningun medio que este le propusiera, por lícito y aceptable que pudiese ser.

—Es decir, que ama usted á su madre mas que á mí.

—Son dos amores distintos, dijo Amalia con acento de protesta.

—Sí, pero sacrifica usted el uno al otro.

—Mamá está enferma, muy enferma, dijo Amalia, y no quiero acusarme del terrible crímen de su muerte.

—¡Oh! ¡Exageracion!

—No, no: mamá es impresionable hasta un punto increible. Si yo diera uno de esos pasos que son para una madre una rebeldía dolorosa, la mataria tal vez... tal vez bastaria un momento de exacerbacion para que cayese como herida por un rayo. No, no; pero yo guardaré á usted la fé de mi alma: si no soy de usted, no seré de otro.

—Mañana pido á mamá la mano de usted.

—Nada se pierde: si usted puede convencerla, seremos felices.

III.

Al dia siguiente á las tres de la tarde, Pedro se presentó en la casa de la baronesa.

Esta le recibió en su gabinete.

Pedro dejaba notar en su semblante una espresion profunda, decidida.

Despues de los saludos, Eufemia dijo, impidiendo que Pedro tomase la palabra:

—Es inútil, imposible.

—¡Imposible, señora! ¿Y por qué?

—Porque yo amo á mis hijas.

—¿Y cree usted que Amalia unida á mí...

—Seria la mas desgraciada de las criaturas.

—¿Usted no cree en las conversiones, señora?

—Sí, puesto que soy cristiana; pero necesito muchas pruebas para creer en ellas.

—¿Y si yo diera á usted esas pruebas?

—¡Oh! ¿Y quién ha de determinarlas?... Seria lo mismo que encargar á usted la representacion de un papel de comedia... No: las verdaderas pruebas, amigo mio, las traen los sucesos, vienen por sí mismas.

—¿Y no es ya una prueba resignarme á la voluntad de usted, despedazarme el corazon, esperar resignadamente?

—¡Oh! ¡sí! Ese es un principio de prueba, y tanto mas cuanto que aseguro á usted que yo jamás consentiré en ese enlace.

—¿Ni aun cuando esté usted segura?

—Es que no lo estaré nunca... pero suponiendo que usted se case con Amalia habrá usted tenido que esperar pacientemente á que yo muera; y digo pacientemente, porque yo me cuidaré mucho, mucho, para que no se rompa este hilo de vida que me queda.

—¡Ah, señora! esclamó Pedro. ¡Qué ideas las de usted! ¡Cuánto me aflige verla desesperada!

—No, desesperada no, amigo mio: esta es una enfermedad, simplemente una enfermedad, contraida tal vez por una razon de conformacion física: tengo la garganta larga.

—¡Oh! ¡admirable! Es usted una de las mujeres mas hermosas...

—¡Ah! ¡sí! dijo sonriendo lánguidamente Eufemia.

—Señora, para no impresionarse por el esceso de hermosura de que ha enriquecido á usted la naturaleza, es necesario no sentir, no ver...

—¡Ah! No, no, dijo Eufemia repitiendo otra sonrisa; no se necesita mas que de otra hermosura semejante en otra mujer mas jóven... mas fresca... mas incitante... permítame usted la frase; yo puedo hablar así, soy viuda y... vieja.

Una mirada profunda, rápida, irresistible, penetrante, incitante de Eufemia fué á caer de lleno sobre los ojos de Pedro, que se puso pálido, trémulo, vaciló, y balbuceó algunas palabras ininteligibles.

—¿No es verdad, dijo Eufemia inclinándose hácia Pedro y dejándole sentir el doble y delicioso perfume de sus cabellos y de su aliento, que el amor es un misterio que no comprendemos, un engaño, una alucinacion, un sentimiento, siempre dispuesto á cambiar de objeto?

—¡Señora!

—¿No es verdad que si una mujer hermosa, una mujer de alma de fuego niega á un hombre la mano de su hija... tal vez porque...

—¡Eufemia!

Una segunda mirada mas intensa de la terrible viuda fué á envolver la mirada absorta de Pedro.

Sus manos se tendieron hácia ella.

Eufemia se dejó asir una mano.

Pedro llevó aquella mano sobre su corazon, y luego contra sus labios.

—¿Cuál de las dos, Pedro? esclamó Eufemia con acento dulce, embriagador, incitante.

—¡Tú! ¡tú! ¡y siempre tú! esclamó Pedro fascinado, çayendo de rodillas.

—¿Yo? dijo Eufemia inclinándose sobre él.

—¡Sí! ¡tú!

—¡Y dime! Si yo te dijera: ¡Te amo! ¡te amo! ¡únete á mí!...

—¡Oh, Dios mio! Ahora comprendo; tú eres, tú eres á quien yo amaba.

—¿Y ella? esclamó con un acento indefinible Eufemia.

—¿Y qué me importa ella? esclamó Pedro.

—¡Ah! ¡Ella te ama!

—Sí.

—¡Ella es como yo impresionable! ¡ella puede morir!

—¡Ah! ¡Yo soy tuyo, tuyo! ¿Qué me importa lo demás?

—Hé aquí la prueba... la prueba completa, dijo Eufemia cambiando bruscamente de tono, dejando ver en su acento un desprecio supremo, y rechazando á Pedro: el corazon de una madre no se engaña nunca.

—¡Señora! esclamó Pedro levantándose aturdido.

—¡La sensualidad, y siempre la sensualidad! ¡la materia! esclamó con un supremo desden Eufemia. ¡Y á esto llaman los hombres amor! ¡á esto sacrifican el alma de una mujer!

—¡Señora!

—¿Por qué no me hablas de tú, Pedro del Valle de Sos? dijo Eufemia creciendo en desprecio. ¿Por qué no me propones el envenenamiento de mi hija para que sufra menos? ¡Ah! ¡esto es despreciable! Ha bastado con que una mujer que desgraciadamente conoce demasiado el corazon humano, sujete á una prueba al libertino torpe y corrompido. ¡Basta ya! Debe usted comprender que nuestra conversacion ha concluido.

—¡Señora!

—Hasta la vista, amigo mio. El viernes próximo me procurará usted una satisfaccion honrándome con su asistencia.

Esto queria decir:

—Espero será usted suficientemente bien educado para no dar motivo á murmuraciones con un rompimiento franco.

Despues de las últimas palabras, Eufemia salió.

Esto era despedir á Pedro, que salió confundido y se fué en derechura á casa de sir James, á quien le contó lo que le acababa de acontecer.

—Ya lo sabia yo, dijo Lawnou: tiene una fuerza de voluntad á toda prueba, y una imaginacion portentosa: sabe lo que vale una mujer, y le ha tendido á usted un lazo en que usted ha caido sin defenderse.

—La defensa era imposible: se ha presentado á mis ojos trasfigurada.

—¡Oh! Lo comprendo: es una mujer terrible... y admirable... porque en organizaciones tales como las de Eufemia son admirables la dignidad y la virtud... como que son un misterio...

—¿Usted cree...

—Esas mujeres han nacido para lo candente, para lo terrible, para el desórden, para pasar sobre todo, para dominarlo todo, para ser reinas y dejar tras sí un rastro de escándalo... La tísis se encarga del cuadro final de una de esas vidas que han sido un torbellino de triunfos y de desórdenes: la tísis devora á Eufemia; pero es cabalmente porque su dignidad y su virtud comprimen su alma: es un hermoso, un hermosísimo mecanismo que se rompe.

—Ha habido un momento en que me he creido trasportado á una region encantada: ello ha sido una prueba, pero una prueba violenta, irresistible, á que hubiera sucumbido un santo... Estoy desesperado: amo á Amalia... sí... sí... la amo... es como su madre, pero sin la esperiencia de su madre... Esa señora ha abusado...

—Esa señora ha tenido razon... usted no la conoce: usted no ama: usted se impresiona, y nada mas; y como la impresion le domina á usted, le embriaga, usted cree amor lo que no es mas que un sentimiento puramente material; pero tranquilícese usted: olvide usted al esperimentado arcángel tentador para pensar en el otro

arcángel puro aún, y á quien usted no conoce aún bien porque no le ha visto usted en una situacion decisiva: un dia, y tal vez no tardará, usted comprenderá que la hija es tan terrible como la madre.

—¿Y qué debo hacer?

—Obedecer la última órden de Eufemia, contando con la indicacion del deseo de que usted no rompa ostensiblemente con ella: hay que temer al estúpido mundo de nuestros dias y evitar interpretaciones gratuitas: siga usted frecuentando como siempre la casa de la baronesa, continúe usted siendo galante con Amalia; pero muéstrese usted resignado con la voluntad de su madre, hágala usted sentir que se va alejando de ella: veremos los resultados, y arreglaremos á ellos nuestra conducta.

IV.

Pedro, aleccionado ya, siguió al pié de la letra los consejos de sir James.

Al poco tiempo, la conducta fria y ya reservada de Pedro, aunque galante siempre, se dejó notar en Amalia.

Su amor por Pedro creció, se exageró, se convirtió en un empeño terrible.

—Es necesario que haga usted un viaje, dijo sir James: un viaje largo.

—Pues no tengo deseo alguno de alejarme de Madrid: la enfermedad de Eufemia se agrava.

—Sí, sufre... sufre horriblemente...

—¿De amor?

—Sí.

—Pero ¿á quién ama?

—Al marqués de Casa-Otero.

—¿A mi hermano? ¡Pero si mi hermano se va á casar con Dolores de Fresnoseco!

—Hé ahí la agravacion del triste estado de Eufemia: hé ahí su muerte.

—Pero ese casamiento aún no se ha verificado... Eufemia puede...

—Eufemia no dará un solo paso.

—Pero mi hermano...

—Su hermano de usted se engaña... su hermano de usted cree sin duda en la indiferencia aparente de Eufemia... su hermano de usted, sin duda para probarla, se ha separado de ella, y se ha irritado ahora al ver que ella nada ha hecho para aproximarle á sí...

Sir James sabia demasiado la causa fundada del alejamiento de Alfonso del Valle de Sos de Eufemia.

Sabia todo lo que habia sucedido entre Mariano de Fresnoseco y él.

Tenia medios para saberlo; pero queria matar á Eufemia.

V.

—Necesario será, dijo Pedro saliendo de la casa de mister James, que yo arregle esto. En verdad en verdad, me cuesta un gran trabajo acercarme á mi hermano... pero en fin... yo necesito tener una gran influencia sobre la baronesa. ¿Y qué influencia mejor que la de Alfonso, que me agradecerá el que yo le deshaga una equivocacion?... ¡Estúpido! ¡Preferir una chica, bella sí, pero que no puede comparársela ni á cien leguas con la otra, y pobre como un raton!... ¡Bah! ¡bah! Es necesario que yo me ayude... Vamos á casa de Alfonso.

VI.

El marqués estaba en casa; pero se negó de muy mala manera á recibir á Pedro.

—El señor me ha dicho, dijo á este su ayuda de cámara, que no tiene nada que oir de usted, ni usted nada que decirle... Yo siento... pero su escelencia me ha mandado repita á usted estas palabras.

—¡Bah! Su escelencia está loco, dijo Pedro. Tráeme recado de escribir.

El ayuda de cámara se lo sirvió.

Pedro escribió lo siguiente:

«Alfonso: Te traigo un mensaje de tu hermosa baronesa de Castell-d'oro. Mereces, por la brusca manera que has tenido de darme con la puerta en las narices, que yo me vengase yéndome; pero á pesar de todo, soy un buen hermano. Espero.—*Pedro.*»

Cerró esta esquela y la dió al ayuda de cámara.

Algunos instantes despues, Pedro estaba en el aposento de Alfonso.

VII.

Este tenia su esquela en la mano.

—¿Es esto, dijo, una estratajema de que te has valido para venirme con alguna impertinencia?

—No sé con qué objeto podia ser esa impertinencia, dijo Pedro sentándose: te hemos ganado el pleito en el inferior, te lo ganaremos en el superior, y en las Mil y Quinientas... Esto es un asunto aparte... pero yo te doy una leccion de cariño, imbécil: yo te traigo el corazon.

—¡El corazon!

—Sí; es imposible que tú prefieras á la divina Eufemia esa chicuela insípida con quien te vas á casar: lo haces sin duda por vengarte de Eufemia.

—Sí, dijo distraido Alfonso.

—Eufemia te ama, hombre, Eufemia te ama...

—¡Que me ama!... en otro tiempo... Pero ¿por qué, por qué no me ha dejado conocer... Yo he pasado junto á ella, la he mirado y la he encontrado inmóvil.

—Su altivez, hijo, su altivez; y luego, tiene razon: ¿qué escusa tienes de tu conducta?...

—¡Ah! La escusa de mi conducta... esclamó Alfonso rechinando los dientes.

—Eres raro... estás loco, yo creo, como nuestro padre.

—Pero en fin...

—Véte ahora mismo casa de la baronesa...

—¿Yo?

—Ciertamente.

—¿Para recibir un desaire?

—No... para dominarla...

—Pero ¿estás tú seguro...

—Segurísimo... se muere por tí... y esto no es una metáfora: se muere.

—Pero ¿no decias que traias un mensaje de su parte?

—Algo habia que decir para que me recibieses; pero tanto da...

—¿Y qué interés tienes tú?

—¿Yo?... Que me ha negado la mano de su hija Amalia, que me adora, y á la que yo adoro... Amalia no se atreve á desobedecer á su madre, y yo necesito una influencia para con la baronesa.

—Pero ¿cómo has sabido...

—He deducido... ¿Sabes lo que me ha dicho?—El amor de los Valle de Sos mata, y yo no quiero que muera mi hija: los Valle de Sos no tienen fé.—¿Quieres mas?

—¿Es eso cierto?

—Vé, y por los resultados verás si te engaño ó no; pero no te refieras á mí, ¿entiendes? Carga tú solo con la responsabilidad de tu ida: esto es mejor: tendrá el mérito de la espontaneidad; te lo agradecerá ella... Pero Alfonso, ten cuenta con ella... ella es terrible: no te dejes dominar: lucha, hijo, lucha con todas tus fuerzas...

—¡Ah! Tú no sabes cuál es mi posicion, dijo Alfonso; y la amo, la amo, me embriaga.

—¿Y te casas con otra?

—Desesperado.

—¿Desesperado cuando tienes en tu mano el remedio?

—Sí, sí, es verdad: le tengo en la mano, contestó despues de algunos momentos de reflexion Alfonso.

Y luego añadió:

—Iré.

VIII.

En efecto, una hora despues un criado hacia estremecer á Eufemia anunciándola una visita del señor marqués de Casa-Otero.

No habia medio de negarse.

—¡Oh! ¿Qué es esto, Dios mio? esclamó Eufemia.

Y se preparó.

Recibió en su gabinete á Alfonso.

Este se acercó lentamente.

La tomó una mano, se la besó, y la dijo:

—¡Perdóname!

Eufemia no pudo contenerse.

Luchando con aquel amor que su alma rechazaba, habia llegado hasta la desesperacion por su amor.

Rompió á llorar.

—¿Pueden escucharnos? dijo Alfonso.

—No: mis hijas han salido, contestó Eufemia entre sus lágrimas.

Alfonso se levantó y fué á la puerta.

—¿Qué va usted á hacer? ¡Mi honra!

—¡Tu honra, tu alma, tu eternidad, todo es mio! dijo el marqués.

Y cerró la puerta.

El llanto de Eufemia creció.

El marqués se acercó á ella, se arrodilló, la cogió las manos, y la dijo:

—¿No es verdad que me amas?

—Sí, dijo de una manera ardiente, terrible, voraz, Eufemia. Los moribundos pueden decirlo todo.

—Y los desesperados tambien, contestó Pedro.

Y soltando las manos de Eufemia, se sentó junto á ella.

Eufemia le miró frente á frente.

—Mis vicios y mis desórdenes me han traido á una situacion desesperada.

—¡Qué situacion... la de un hombre que reconoce sagradas promesas, que abandona á la desesperacion á una mujer digna, de cuya alma se ha apoderado á su despecho... que se casa con otra...

—Obligado.

—¡Obligado!

—Sí... he sido un miserable... he deshonrado por un capricho á una mujer... un hermano suyo me ha retado... me ha herido gravemente en duelo... me ha abandonado... yo he tenido miedo á ese

hombre... tú me pediste como prueba de que nada tenia que temer de esa familia por una cuestion de honra, que me presentara en Madrid... yo tenia miedo á Mariano de Fresnoseco.

—¿Miedo?

—Sí; pero hoy no se le tengo ya...

—¡Alfonso!

—¡No! Tu amor, mi desesperacion... se han antepuesto á todo, á todo... mataré á ese hombre...

—¡Dios mio! ¿Y qué se dirá...

—Que le han matado por robarle...

—¡Alfonso! ¡Un asesinato!

—El infierno por tu amor.

—No, yo no quiero... no...

—Eufemia, yo te amo, yo te adoro: tú eres para mí... ¡Oh! Yo no puedo decirte lo que eres para mí... yo no sé... pero esto es la muerte y la vida, el infierno y el paraíso... Eufemia, tú serás mi esposa...

—¿Por medio de un crímen?

—Mariano de Fresnoseco es un miserable... Oye... ha llegado el momento de que no exista ningun secreto entre nosotros. Yo tenia miedo á la ferocidad de ese hombre, y envié delante de mí á un bandido para que me desembarazase el negocio; pero este bandido me vendió, me engañó: fué á entenderse con él, y vino á buscarme, á presentarme unas alhajas y un pañuelo ensangrentado que decia haber arrebatado de sobre el cadáver de Mariano de Fresnoseco.

—¡Oh! ¡Señor! esclamó Eufemia.

—Todo, todo por tí... mi vida y mi alma: me embriagaba tu amor... me arrastraba... Me habias pedido una prueba... y un nombre... En último caso yo no he hecho mas que defenderme... Un hombre que abusa de su superioridad en las armas, es un infame que asesina en duelo á un estúpido... El verdadero duelo con Mariano de Fresnoseco es de asesinato á asesinato.

—¡Ese es un camino inadmisible! esclamó Eufemia.

—¿Y tu amor? ¿Qué amor es el tuyo que se detiene ante la muerte de un infame?

—¡Mi amor es la muerte!

—Eufemia, Eufemia, yo te adoro... Eufemia, yo no puedo vivir sin tu amor, sin tu amor dichoso, sin obstáculos. Eufemia, yo lo arrostraré todo por tí...

—¡Cásate! dijo sollozando Eufemia.

—¿Y tú?...

—¡Yo!... ¡yo!... ¿Qué importo yo?... ¡Yo... moriré! ¡moriré pronto!... Pero escucha, Alfonso, escucha: á pesar de todo, yo te amo... porque... yo no lo sé... pero te amo con ese amor que no tiene nada de la tierra... Oye: me basta con saber que tú no amas á esa mujer con quien vas á casarte... ¿oyes? á mí me basta con tu alma. Mira: tú no puedes venir á mi casa, no; se murmuraria... nos venderian nuestros ojos... todos verian en ellos nuestros amores... Pero oye: ¿no te satisfarias tú con que de tiempo en tiempo nos viésemos secretamente, nos dijésemos yo te amo, cambiásemos una mirada de amor?

—¡Oh, Dios mio! esclamó Alfonso.

—Mira: mi cuarto tiene una galería que da al jardin; en esa galería hay una escalera; por esta parte no habita nadie mas que yo... Véte ahora... pero ven esta noche á las doce: yo te esperaré junto al postigo del jardin.

—Vendré.

—Sí, sí; pero véte, véte cuanto antes... Es necesario que esta visita no sea larga... que no reparen los criados...

—Adios... hasta la noche, dijo Alfonso.

Y asió una mano de Eufemia, fué á la puerta, la abrió y salió.

Eufemia se quedó anegada en lágrimas.

Pero se dominó, secó su llanto, y poco despues, gracias á su terrible voluntad, pudo atravesar algunas habitaciones completamente serena á la vista de los criados.

CAPITULO XLVIII.

EN QUE TIENE LUGAR UNA DE LAS CATÁSTROFES DE ESTA HISTORIA.—DE CÓMO PUEDE COMETERSE UN ASESINATO SIN INTENCION DE COMETERLE Y SIN RESPONSABILIDAD ANTE LA JUSTICIA HUMANA.

I.

Aún no habia pasado una hora, cuando anunciaron á Eufemia una visita de Mariano de Fresnoseco.

Eufemia se sobresaltó.

¿Qué queria aquel hombre?

¿Habria cometido alguna imprudencia Alfonso?

No era esto sin embargo.

La visita intempestiva de un individuo de la familia Fresnoseco á Eufemia reconocia otra causa.

Mariano no confiaba en Alfonso, y le tenia rodeado de espías hasta en su misma casa.

Alfonso daba largas á su casamiento con Dolores de Fresnoseco.

Mariano fué avisado al momento de que Alfonso habia ido á casa de la baronesa de Castell-d'oro.

Mariano lo temia todo.

Esta era la causa de su visita.

II.

Eufemia recibió á Mariano en el mismo gabinete en donde habia recibido á Alfonso.

—En las situaciones determinantes, señora, dijo con una infinita, con una repugnante audacia aquel miserable, hay que afrontarlo todo, hay que asaltarlo todo, por difícil que sea la posicion en que podemos vernos colocados.

—¿Y á qué viene este prefacio? dijo tranquilamente Eufemia.

—Para justificar las pocas, las breves palabras que voy á decir á usted.

—Veamos.

—Si dentro de ocho dias mi hermana no es la marquesa de Casa Otero, el señor marqués será llevado ante los tribunales.

—¡Ah! Hé aquí un estraño pleito.

—No, no señora: una causa criminal, vulgarísima.

—¿Una causa criminal?

—Sí señora... una causa por tentativa de asesinato, frustrado por los servicios del miserable encargado de cometerle.

—¡Oh! ¡Qué estravagancia! ¡qué medios! esclamó riendo la baronesa.

—¡Ah! ¿Usted duda? dijo Mariano poniéndose pálido.

—No: me rio. Por lo demás, dentro de un mes me caso.

—¿Con el marqués de Casa-Otero?

—Con el marqués de Casa-Otero.

—¡Señora!

—Creo que no pretenderá usted imponerme temor, dijo con desprecio Eufemia.

—Yo... esclamó descompuesto ya Mariano; yo no digo lo que no puedo cumplir... No me conviene matar á ese hombre... prefiero tenerle atado, y le tengo...

—Continúa el ridículo.

—Oiga usted, baronesa, esclamó Mariano buscando en un bolsillo de su levita con las manos trémulas, y sacando una cartera y de ella un papel.

Y leyó la órden de muerte dada á un asesino, arrancada por Mariano, y escrita y firmada en un momento de terror por Alfonso.

—¿Y bien? dijo tranquilamente Eufemia fijando su mirada serena y profunda en Mariano.

—Y bien, señora, ¿no cree usted que esto sea una ligadu-

ra bastante para tener sujeto al señor marqués de Casa-Otero?

Eufemia se levantó, fué á un magnífico armario que habia en el gabinete, y que era al mismo tiempo un precioso escritorio, le abrió, bajó su tabla y sacó un cofrecillo y de él algunos estuches que abrió, dejando ver á Mariano deslumbrantes alhajas.

—Esos diamantes, dijo, valen tres millones de reales: esos diamantes por ese papel.

—El marqués de Casa-Otero vale seis millones de renta, contestó soltando una cínica carcajada Mariano.

Ardieron los ojos de Eufemia.

Brillaron como los de una pantera irritada.

Mariano tenia aún en la mano el papel.

Eufemia, rápida como el pensamiento, se lanzó á Mariano y le arrancó el papel terrible y le arrojó á la chimenea.

Todo esto fué tan rápido, tan imprevisto, que no pudo evitarlo Mariano.

Ciego de cólera, avanzó hácia la baronesa, y la asió brutalmente por un brazo.

—¡Ah! esclamó esta.

É inmediatamente gritó:

—¡Á mí! ¡á mí! ¡al asesino! ¡al ladron!

Mariano retrocedió aturdido.

Eufemia aprovechó aquel momento, saltó, esparció de un vigoroso golpe por el suelo las joyas que estaban sobre el tablero del armario, ganó una puerta, la cerró, y acercándose á un balcon, continuó gritando:

—¡Al ladron! ¡al asesino! ¡socorro!

III.

Mariano, aturdido, aterrado, dominado, vencido por aquella audacia, por aquella astucia femenil que no habia podido ni aun sospechar, permaneció por algun tiempo indeciso.

Luego sacó de su bolsillo un pistolete, y salió por la primera puerta que encontró abierta; pero se habia metido por las habitaciones interiores.

IV.

Habian acudido los criados, habia acudido gente.

La casa, dos minutos despues, estaba cercada.

El gabinete de Eufemia lleno.

Todos miraban aquellas ricas alhajas esparcidas por el suelo.

Eufemia apareció entonces.

Tenia descompuesto el peinado, descompuesto el traje, terriblemente amoratada una mano.

—¡Ah! esclamó pudiendo hablar apenas, espantada por la situacion. El hijo de la duquesa de Fresnoseco... buscadle... me ha sorprendido, me ha arrancado la llave de ese armario...

—¡Mentira! esclamó una voz terrible, siniestra. Tú me has insultado; pero... no te burlarás.

Sonó un estampido.

Una bala rompió el espejo de Venecia puesto sobre la chimenea.

Delante de aquel espejo estaba Eufemia.

Al sonar el estampido cayó por tierra.

Todos lanzaron un grito de horror.

Todos se volvieron al asesino.

Mariano de Fresnoseco lanzó una horrible carcajada, miró con desprecio á los criados y á los estraños que habian acudido, y sacó otro pistolete.

Todos retrocedieron.

Mariano se apoyó el pistolete debajo de la barba.

Estaba horrible.

Sonó un nuevo estampido.

Mariano cayó por tierra desplomado.

La sangre salia á borbotones como de una fuente de su cráneo hecho pedazos.

V.

En aquel momento entraron un comisario y algunos agentes de policía.

Entonces, pasado ya el primer momento de terror, se acudió á Eufemia.

—¡Desmayada! ¡no mas que desmayada! esclamó el mayordomo. ¡Gracias á Dios! La señora vuelve en sí...

Mariano, trémulo por la cólera, separado de Eufemia por una distancia de cinco pasos, habia errado el tiro.

Al volver en sí Eufemia, al poder darse cuenta de lo que tenia ante sí, al ver el cadáver de Mariano rodeado de un mar de sangre, esclamó:

—¡Un asesinato al fin!

Nadie entendió el sentido de estas palabras.

Y como sobreviniera un alcalde (aún no habia entonces jueces de primera instancia), Eufemia prestó su declaracion en forma.

Resultaba por ella: Que don Mariano de Fresnoseco se habia presentado en la casa de la baronesa; que esta le habia recibido como un conocimiento antiguo; que don Mariano, imponiéndose á ella, amenazándola, la habia pedido sus alhajas; que habiéndose negado la baronesa, don Mariano la habia acometido, la habia arrancado de un bolsillo del traje la llave del armario, y habia pretendido apoderarse de las alhajas, conteniendo entre tanto á la baronesa con una mano; que esta habia logrado ganar una puerta, y habia pedido socorro.

Acusaron como indicios y como cuerpos de delito á Mariano las señales de violencia que quedaban en el delicado brazo de Eufemia, el desórden de su traje y de su peinado, la rasgadura del bolsillo de su traje, y las alhajas esparcidas por el suelo.

Habia además la tentativa de asesinato contra Eufemia, y el suicidio de Mariano de Fresnoseco.

El crímen pues estaba completamente probado.

—Ha hecho muy bien en castigarse por su misma mano, señora, dijo el alcalde. En cuanto á vuecencia, todo se reduce al susto y á que laven la alfombra. Voy á disponer que se lleven inmediatamente el cadáver.

VI.

Eufemia pasó á otra habitacion, donde á poco entraron anhelantes sus hijas.

El semblante de Eufemia habia adquirido una espresion lúgubre, siniestra.

En sus ojos habia algo de insensatez.

—El infierno me persigue, y Dios me abandona, esclamó desesperada: es inútil luchar.

VII.

El golpe habia sido decisivo, terrible.

El marqués de Casa-Otero quedaba libre de una manera absoluta.

Tales circunstancias habian coincidido en aquel suceso, que nadie dudaba de que Mariano de Fresnoseco habia pretendido cometer uno de esos crímenes que por su magnitud conmueven poderosamente la opinion pública.

Por otra parte, Mariano habia gozado de una deplorable reputacion.

Fanfarron terrible siempre, siempre llevando al terreno del duelo la oposicion que se hacia á sus escesos; jugador sin delicadeza, ó como pudiera decirse, estafador de juego; contraedor de deudas de mala fé; exactor de dinero sobre la cobardía de los débiles; maldiciente, imprudente, cínico, libertino, todo el mundo encontró muy natural que aquel miserable, abusando de su conocimiento por razon de clase, se presentara en la casa de una rica viuda, pretendiese robarla, intentase asesinarla viéndose descubierto, y despues, para evitar el terrible castigo de las leyes, se levantase la tapa de los sesos.

Mariano habia empeñado sin saberlo un partido de muerte y deshonra con un sér á quien habia creido débil, con Eufemia, y en la cabeza volcánica de aquel sér habia surgido un pensamiento que habia sido un rayo para Mariano de Fresnoseco.

VIII.

Todos se sentian bien despues de aquella catástrofe.

Mariano habia pesado sobre la buena sociedad de Madrid de una manera insoportable, cometiendo esos crímenes que se desarrollan y hieren á espaldas de la ley.

Habia sido un cáncer doloroso, y el fuego habia curado aquel cáncer.

Su madre y su hermana no pudieron resistir la vergüenza, y escaparon de la noche á la mañana de la córte, para esconderse en un rincon de provincia.

El nombre de Mariano de Fresnoseco fué borrado y tachado de infamia de las listas del cuerpo de Guardias de Corps.

Una familia se habia hundido en la sombra.

Y todo esto no reconocia otro principio que un acto de libertinaje de Alfonso del Valle de Sos.

CAPITULO XLIX.

LA HISTORIA AVANZA.—DOS ENLACES FACILITADOS POR EL HORROR.

I.

Eufemia habia sido consecuente al pensamiento que la habia inspirado aquel acontecimiento fatal.

—Es inútil luchar, se habia dicho.

Y no luchó mas.

Aquella noche á las doce bajó al jardin.

Temia que Alfonso, preocupado por la magnitud de aquel acontecimiento, no acudiese; pero esperimentó un vivísimo sentimiento de terrible alegría, cuando al dar las doce, pegada á la madera del postigo del jardin, oyó de la otra parte tres golpes repetidos.

Abrió anhelante, palpitante, trémula.

Entró un hombre.

—Somos dignos el uno del otro, dijo Eufemia.

Pero al desembozarse aquel hombre, retrocedió aterrada.

II.

Aquel hombre mostraba á la luz de la luna llena una larga barba blanca, sucia, áspera, erizada.

Sus narices eran gruesas, rojas, granujientas.

Sus ojos estaban cubiertos por unas gafas oscuras.

Largos mechones de cabellos grises salian por debajo de un sombrero abollado, maltratado, descolorido.

Un leviton harapiento le cubria de los hombros á los piés, y se apoyaba en un baston nudoso.

En este sér repugnante y miserable se habia convertido el hermoso, el magnífico marqués de Casa-Otero, el demonio tentador de Eufemia.

III.

—¡Ah! ¡Perdon, adorada mia, perdon! esclamó una voz dulce, temblorosa, enamorada. Te he causado miedo.

—¡Ah! ¿Eres tú? esclamó reponiéndose Eufemia.

—Sí, yo soy, dijo el marqués, que él era, abriendo su repugnante leviton y apareciendo convenientemente vestido.

Eufemia se apresuró á cerrar el postigo, volvió junto á su amante, le asió con una mano trémula y le llevó á través del jardin á la puertecilla que terminaba en la escalera por la que se llegaba á la galería que estaba en comunicacion con el cuarto de Eufemia.

La chimenea estaba encendida, encendidos los candelabros colocados sobre ella, y delante de ella un precioso velador de mosáico con un servicio de fiambres, de vinos y de licores.

El pavimento de mármol duro abrillantado, formando un grueso mosáico de colores vivos, estaba descubierto; como que se habia quitado la alfombra empapada en la sangre de Mariano de Fresnoseco.

Eufemia llevaba su resolucion á todo hasta la exageracion.

Habia podido elegir otro lugar para su entrevista secreta con Alfonso.

Sin embargo, habia querido que fuese allí.

Habia ferocidad en la desesperacion de Eufemia.

Delante de la puerta de su alcoba habian quedado alterados en un grande espacio los colores vivos del mármol con un tono fuertemente rojizo.

Era la marca de la sangre de Mariano.

En la parte inferior del grande espejo de la chimenea habia un agujero perfectamente redondo, del cual irradiaban las múltiples líneas del cristal roto hasta el marco.

IV.

Alfonso se quitó su forro de miseria, esto es, la peluca, las gafas, la barba, una doble corbata, el leviton, unos pantalones desflachados y unos grandes zapatos rotos, apareciendo elegante y hermoso.

—¿Á qué esto? dijo Eufemia.

—Estoy perdido, ó por lo menos lo supongo, dijo el marqués; yo no podia dejar de venir á verte, sobre todo habiendo tenido lugar lo que ha sucedido, y me he disfrazado.

—¡Perdido! esclamó Eufemia, cuya palidez aumentó. ¿Tenemos un nuevo secreto, una nueva historia?

—Ese hombre tenia contra mí una prueba terrible.

—¡Ah! ¿Un papel firmado por tí en que mandabas su muerte á un asesino?

—Sí: un papel arrancado por fuerza, ya lo sabes.

—Pues bien, ese papel no existe.

—¡Cómo!

—Ese hombre, para hacerme renunciar á tí, pretendió aterrarme leyéndome el contenido de ese papel: yo comprendí que era necesario aventurarlo todo; me lancé á él, y le arrebaté el papel.

—¡Ah!

—Y aquel papel...

—Sí, sí: no tuve mas que un momento para verle, pero este momento me bastó para reconocer tu letra, tu firma. Aquel hombre se lanzó sobre mí, me asió brutalmente, tan brutalmente, que... mira...

Y Eufemia mostró su hermoso brazo izquierdo al marqués, amoratado, negro, lívido, con una especie de anillo junto á la muñeca.

—¡Oh! ¡Infame! esclamó el marqués.

—Yo estaba junto á la chimenea... arrojé á ella el papel, que ardió. Una amenaza de muerte ardió al mismo tiempo en los ojos de aquel hombre... yo me aterré, y grité: ¡Socorro! ¡al asesino! ¡al ladron!

—¡Ah!

—Mis joyas, mis mas ricas joyas estaban sobre el tablero de ese armario.

—¡Ah! esclamó el marqués dejando ver una horrible sonrisa.

—Yo habia gritado de terror... pero en el momento comprendí hasta qué consecuencias podia yo llevar aquel lance; pero antes habia sacado las alhajas, que son de un precio sumo, y las habia ofrecido todas á aquel hombre por el papel que te comprometia. Su vista me inspiró una idea: las esparcí rápidamente, salté, me evadí, gané esa puerta, la cerré, todo esto en un solo instante; abrí el balcon y me puse á gritar: ¡Ladrones! ¡asesinos! El primer grito habia sido impremeditado, arrancado por el terror; el segundo grito habia tenido una intencion: la intencion de poner fuera de combate á aquel hombre, de hacer recaer sobre él una prision, un proceso, una sentencia que le apartase de nuestro paso... pero yo no creia, no, que el lance llegaria á las terribles consecuencias á que ha llegado.

—Así estamos definitivamente seguros, seguros de una manera doble, libres de todo compromiso, dijo con una horrible sangre fria el marqués.

La palidez de Eufemia creció, y un poderoso temblor la agitó de los piés á la cabeza.

—Este gabinete y el salon, en uno de cuyos balcones estaba yo, se habian llenado de gentes. Muchos de los transeuntes habian trepado por una reja del piso bajo al balcon en que yo me encontraba, para protegerme desde el momento; yo creí que podia volver con seguridad al gabinete que habia abandonado; aquel hombre no estaba allí; las gentes que llenaban el gabinete, los criados, miraban con asombro las joyas esparcidas por el suelo... Aquel es mi dormitorio, añadió Eufemia señalando con su dedo rígido un bello pórtico cerrado con anchos cortinajes de riquísima muselina bordada: ese dormitorio tiene una puerta de escape que corresponde al tocador... se sintió ruido por aquella parte, se abrieron los cortinajes, apareció aquel hombre, me miró, abarcándome con una mirada siniestra, terrible, y estendió hácia mí su brazo armado con una pistola; yo me hélé de terror, me desvanecí, caí.

—¡Ah!

—Mira... mira el golpe de la bala.... esclamó Eufemia señalando el espejo roto.

—De manera que tu terror, haciéndote caer, te ha librado.

—Sí... No estaba escrito que yo muriese aún.

—Tú no morirás... mi amor será tu vida.

—Cuando volví en mí, continuó Eufemia como si no hubiese oido la última réplica del marqués, aquel hombre estaba por tierra, nadando en su sangre, con el cráneo hecho pedazos.

—¿Y qué importa? ¿No era un infame? esclamó el marqués. ¿No intentó contra mí un asesinato? ¿No me puso entre la vida y la muerte? Despues, ¿no se ha valido contra mí de una odiosa estratagema? ¿No me ha obligado á firmar un papel que me hacia su esclavo? ¿No me ha robado cuatro millones, que han servido para pagar las deudas de su casa? ¿No ha llevado su audacia hasta el punto de hacerme esclavo de sus villanos intereses? La Providencia se ha vuelto contra él, y le ha castigado de muerte.

—Sí: cuando el juez sentencia, arroja la cabeza del sentenciado al verdugo. La Providencia ha sentenciado á ese hombre, y el verdugo elegido por la Providencia he sido yo... Sí, Alfonso, sí: debemos unirnos: somos dignos el uno del otro... tú has llegado hasta el asesinato, y yo he pasado sobre él.

V.

Hubo algunos instantes de solemne silencio.

Eufemia habia dejado caer la cabeza sobre su pecho, y se oia su alentar ardiente, fatigado.

De improviso se irguió, se levantó, tomó una bujía de un candelabro, asió con una mano crispada una mano del marqués, y le dijo lanzando una mirada candente al espejo roto:

—Mira: ese espejo nos reproduce descompuestos, monstruosos: parecemos un conjunto de fragmentos de carne viva que afecta una forma estraña: ese espejo permanecerá así... Ven...

Y le arrastró hácia el pórtico de la alcoba.

—Mira, añadió soltando la mano del marqués, abriendo el cortinaje y lanzando una mirada insensata al fondo de la alcoba: aquel

es mi lecho nupcial viudo, vacante: para llegar á él, es necesario pasar por encima de esta sangre.

É inclinándose, dejó caer la luz de la bujía sobre el rico pavimento enrojecido con la sangre de Mariano de Fresnoseco.

Alfonso temblaba.

La situacion se hacia sentir de él con todo su siniestro horror.

Luego, asiendo de nuevo la mano de Alfonso, le dijo llevándole junto al velador cargado de ricos fiambres y de esquisitos vinos y licores:

—Hé aquí nuestra cena de bodas: comamos, bebamos, riamos, alegrémonos... yo soy tuya.

Y el semblante de Eufemia aparecia espantoso con su contraccion y su palidez lívida.

. . . . . .

Quince dias despues se celebraban con gran ostentacion las bodas del marqués de Casa-Otero con la baronesa de Castell-d'oro, y las de Pedro del Valle de Sos, hermano segundo del marqués, con Amalia, la hija mayor de la baronesa de Castell-d'oro.

CAPITULO L.

LA HISTORIA AVANZA.—SE EXACERBA DE TAL MANERA LO MONSTRUOSO DEL CARÁCTER DE UN MISERABLE, QUE EL AUTOR CREE NECESARIA UNA DIGRESION QUE SE PARECE MUCHO Á UN SERMON Y Á UNA CATILINARIA.

I.

Las fiestas de Eufemia se hicieron mas brillantes.

Á pesar de que por su casamiento con Alfonso era marquesa de Casa-Otero, todo el mundo decia, cuando se trataba de su casa, de sus *soirées*, las fiestas de la de Castell-d'oro.

Alfonso habia sido absorbido por su mujer, y esta le hacia feliz.

Estaba ébrio de amor.

Todo el mundo le envidiaba.

Eufemia se habia trasfigurado de tal manera, habia crecido de tal manera su hermosura por la espresion de su semblante, por su palidez intensa, por una dulce demacracion, por el brillo febril de su mirada, por un no sé qué de fantástico, de infinito, de poderoso, de desconocido, que resplandecia.

Su casa era un continuo lugar de placer.

Á su mesa se sentaba siempre lo mas elegante, lo mas rico, lo mas distinguido de la córte.

Las escursiones, las giras á la magnífica quinta de Eufemia se multiplicaban.

Parecia como que la baronesa pretendia aturdirse, no reposar, no cesar.

Le causaba horror el encontrarse sola, y lo evitaba.

Su vida era un torbellino, en el que arrastraba á una sociedad numerosa, jóven, avara de alegría y de placeres.

Pero esta agitacion, esta diversion continua, este ir de acá para allá, no tocaba nunca al desórden; nunca se faltaba á la mas leve forma.

Un rígido decoro envolvia la casa de la baronesa.

Algunos, desde el fondo de esta multitud alegre, contemplaban tristemente á Eufemia.

Veian en ella una luz brillante, pero que sin perder su brillo ni su pureza, perdia su intensidad.

La tísis avanzaba á grandes pasos.

Muchos decian:

—Eufemia se suicida: Eufemia lo devora todo: su prodigiosa actividad toca ya á la exageracion: ¿por qué se suicida si es feliz?

Muchos que habian visto mas que un crímen vulgar en la catástrofe de Mariano de Fresnoseco, creian ver en el fondo de la mirada de Eufemia, en una ligera nube estendida sobre su tersa frente, el estigma del remordimiento.

Muchos veian revolverse un misterio monstruoso detrás del velo de sangre que cubria la memoria deshonrosa de Mariano de Fresnoseco.

Se habia murmurado mucho del casamiento de Eufemia con Alfonso.

En una palabra, la opinion pública, que es un monstruo de un olfato finísimo, estaba preocupada.

Verdad es que la opinion pública tiene mucho de suspicaz, que se preocupa con facilidad, y casi siempre por las apariencias.

Pero la opinion pública mata á los que tienen la desgracia de una gran delicadeza de sentimientos.

Detrás de las generales galanterías, de las mas decididas muestras de afecto y de respeto, Eufemia notaba algo agresivo que en vano se pretendia disimular á su perspicacia: cierta prevencion, cierta insistencia en murmurar, en aclarar algo que se sospechara oculto.

El escándalo que habia causado por sus circunstancias la muerte de Mariano de Fresnoseco, el conocimiento de todos del serio compromiso que habia existido entre el marqués de Casa-Otero y Dolores de Casairujo, envolvia en sus consecuencias morales á Eufemia.

Habia trasminado todo, porque los criados son testigos inevitables y malévolos.

Se habia sacado en limpio, de una en otra deduccion, que un año antes habia tenido lugar un duelo á muerte entre Mariano de Casairujo y el marqués de Casa-Otero; que este habia sido abandonado como muerto; que le habia recogido Eufemia y le habia cuidado, y que de este cuidado, y en medio de la soledad de su casa de campo, habian nacido los amores, terminados por un enlace precedido de acontecimientos fuertemente dramáticos.

Se habia sabido que la causa del duelo entre Mariano y Alfonso habia sido el honor de Isabel, hija mayor de la de Fresnoseco, casada á toda prisa con un cualquiera; en fin, el proceso inquisitorial instruido por la opinion pública habia dado por resultado un esclarecimiento perfecto, menos en un punto: en lo relativo á la tentativa de robo y de asesinato de Mariano de Casairujo contra la baronesa de Castell-d'oro, seguida de un suicidio.

Anónimos que á todas luces procedian de la duquesa de Fresnoseco, habian tendido á hacer nacer la opinion de que no habia habido tal robo, sino que Mariano de Casairujo habia sido víctima de una intriga satánica urdida por la baronesa de Castell-d'oro.

Pero ¿cómo desmentir las violencias probadas por los indicios que habian quedado sobre el cuerpo y en los vestidos de Eufemia?

Por otra parte, ¿no era Mariano un bribon de alto coturno, reconocido como tal por todo el mundo?

¿No habia pagado la casa de Fresnoseco todas sus deudas despues del proyecto de casamiento de la hija menor con el marqués de Casa-Otero?

¿No habia dilatado este cuanto le habia sido posible su casamiento?

La opinion pública se embrollaba: miraba, volvia á mirar, escudriñaba, y se envolvia mas y mas.

II.

Eufemia sentia en las miradas, en los descuidos, en las impremeditaciones, en las inoportunidades de sus numerosos amigos, esta elaboracion sorda y constante de la opinion pública, y veia tarde que habia contado con mas valor, con mas fuerza de espíritu que los que realmente tenia.

Todo lo habia sacrificado por una pasion bastarda, por una pasion de los sentidos, por una embriaguez.

Habia sepultado en el olvido la memoria de un esposo dignísimo.

Habia transigido con la inmoralidad del marqués.

Habia olvidado el interés de sus hijas.

Habia momentos durante los cuales, aunque no era fanática, se creia poseida por el espíritu del mal.

III.

Y no era esto solo.

La terrible actividad de Alfonso, su pasion, su sed, su hambre rabiosa por la hermosura, habia traido á Eufemia á la mas dolorosa de las situaciones en que puede verse colocada una mujer de alma impresionable, de imaginacion ardiente y terrible: á la situacion de sentir celos á causa de su hija.

Andrea habia llegado á ser el empeño del marqués.

La situacion del alma de Andrea hacia que el marqués, desesperado, hubiera contraido una espresion de lobo rabioso.

Nada contenia á aquel vampiro, siempre sediento de belleza.

Indiferente para él la madre, como lo habia temido Eufemia, nada le importaba lo monstruoso de un afecto irritado y delirante por la hija.

Él que lo habia arrostrado todo, el libertinaje, el asesinato, el escándalo... el hijo del adulterio maldecido por un loco moribundo, era un escelerato, un miserable de esos que, ocultos entre la multitud, se encuentran en todas partes á poco que se les busque, y que vienen á ser las úlceras gangrenosas del cuerpo social.

La negacion de todo lo que determina una creencia, da por resultados el materialismo, el embrutecimiento.

¿Qué quereis que respete el que en nada ve otra cosa que un resultado material, un producto de la naturaleza, una cosa aprovechable en este ó el otro sentido puramente material.

¿Qué quereis que encuentre repugnante el hombre que tiene pervertido el sentimiento, y que cuando levanta la vista al cielo no ve mas que un inmenso espacio azul?

Presentaros esos tipos monstruosos, esos tipos horribles, productos de la desmoralizacion causada por el materialismo, es demostraros hasta dónde pueden llegar las horribles consecuencias de la muerte del alma por el escepticismo, por la negacion de todo lo intangible, de todo lo espiritual, de todo lo sublime, de todo lo divino, de todo lo santo.

No llameis inmoral al poeta porque hace delante de vosotros la autopsia de un cuerpo corrompido: esto seria lo mismo que vituperar á la ciencia, que analiza y estudia para buscar el remedio de dolorosas enfermedades.

IV.

Observad.

El marqués de Casa-Otero, el loco, el padre legal de estos tres séres repugnantes, se une á una mujer impura, á una mujer pervertida.

El adulterio profana el lecho conyugal, y en vez de castigar este adulterio, el marqués le oculta por vanidad, da su nombre á los hijos de la adúltera, pero los aborrece, y busca una venganza horrible sobre séres inocentes, entregándolos á manos mercenarias é infames, procurando perderlos por los resultados de una educacion monstruosa.

Ved las consecuencias.

Deduzcamos: el hombre es la sociedad: la educacion hace al hombre. Consecuencia: la buena educacion es la base de una buena sociedad.

¿Qué es el hombre? El alma.

¿A qué se debe encaminar la educacion? A levantar el espíritu del hombre á las grandes, á las sublimes aspiraciones.

A apartarle cuanto sea posible de la tierra, elevándole hácia el cielo.

Dios, la patria, la libertad, el honor, el amor, la caridad: hé aquí las grandes creencias, las creencias sublimes que, despojadas de toda supersticion, de todo fanatismo, de todo abuso, deben inculcarse en el hombre por el ejemplo, que es la educacion.

La madre que cuando su hijo empieza á murmurar sus primeras palabras no le hace aprender el nombre de Dios, no le enseña esas dulces y consoladoras oraciones que levantan el espíritu del hombre hasta la divinidad y le ponen en relacion con ella; la madre que cuando el niño es crecido, en vez de inculcarle la buena fé, el honor, la dignidad, le amaestra para que la ayude á engañar á su padre; que hace de su hijo su cómplice, y abre para su hijo una escuela de prostitucion y de escándalo; el padre que delante de su hijo consiente en el fondo de la familia la estafa y el engaño contra los demás; los padres débiles que no cuidan de contrariar en sus pequeños las naturales tendencias salvajes y desordenadas del hombre sin educacion; todos en fin los que no saben guiar las pequeñas plantas, aclimatarlas en una atmósfera de salud, son los responsables de la corrupcion social, los productores de monstruos como los que aparecen en este libro y hemos dado á conocer en otros; los estúpidos y los infames que han disuelto la familia, que han podrido la sociedad, y que no conocen mas Dios que el oro ni mas culto que el de los placeres sensuales.

No, no anatematiceis al poeta que os presenta en todo su horror el cadáver, que estudia las causas de su descomposicion repugnante y os las muestra para que podais ser buenos maestros de vuestros hijos.

Lo inmoral es irse con la corriente de cieno, dejarse llevar con ella, procurar hacer pasar como bueno lo que es el resultado de la corrupcion de las costumbres, vulgarizarlo todo, materializarlo todo, alentar el fanatismo y el error, cubrir con una palabra hipócrita lo repugnante, y no presentar nunca el espíritu sobreponiéndose á la

materia, la virtud luchando con el crímen y soportando heróicamente el martirio.

El que va contra la corriente de cieno, el que arranca de ese cieno fragmentos infectos y los muestra á la vista de todos con toda su fétida verdad, ese enseña, y todo el que enseña moraliza, todo el que enseña fortalece al enseñado, porque le hace conocer los peligros y le muestra la verdadera senda por donde el hombre puede y debe marchar con el corazon tranquilo y la frente alta.

El que señala al caminante las trampas de lobo cubiertas de flores que puede encontrar sobre su camino, es un amigo; el que le enseña á mantenerse en una prudente reserva respecto á todo el mundo, el que le demuestra por medio de ejemplos vivos que bajo una apariencia de ángel puede existir una horrible alma de demonio, es un amigo.

El que presenta el crímen y la infamia y lo monstruoso en toda su horrible deformidad, y siguiendo la lógica necesaria de los sucesos, verdadera siempre, ofrece á la vista del lector los sufrimientos, los terrores, la inquietud, la agonía perpetua de los criminales, este le inspira el horror al crímen, cuyas consecuencias son tan terribles, y presentándole el contraste de la virtud, siempre glorificada, siempre vencedora, le encamina á ella.

Pero para juzgar de la vida y de la literatura descriptiva, que es su reflejo, se necesita ser inteligente.

Los séres inteligentes no necesitan de aclaraciones.

Nuestra digresion ha sido inútil; pero se ha deslizado, no sin razon, á lo largo de nuestra pluma.

Independientes y francos siempre, hemos presentado en todas las clases, porque en todas las clases existen, la bajeza, la miseria, la prostitucion, la infamia, el crímen.

Nosotros hemos dicho y decimos:

«Para nosotros, el pabellon no protege la mercancía. Nosotros, bajo toda bandera, nos apoderamos del contrabando de guerra.

No hay para nosotros investidura, por alta que sea, de debajo de la cual no saquemos, si existe, lo nauseabundo.

Nosotros hemos respetado y respetaremos siempre; es mas, los defenderemos con todas nuestras fuerzas, todos los altos principios

religiosos y sociales; pero no hemos respetado al individuo ni le respetaremos, cualquiera sea su carácter, si no es respetable por sí mismo, si en vez de estar en armonía con su sagrada ó altísima investidura, la profana y la mancha.

Desenmascarar á los malvados, sacar de la sociedad lo horrible, patentizarlo, marcarlo, estigmatizarlo, este es el deber de todo hombre independiente, severo y honrado: el cumplimiento del deber es siempre difícil, muchas veces doloroso. Cuando se trata de un escritor de novelas, este cumplimiento es un martirio: todas las clases pretenden ser impecables. Atacais los vicios en un individuo de una clase cualquiera, y toda la clase se vuelve contra vos, os ataca, os calumnia, pretende despedazaros, se llega hasta el anatema por un millon de voces contra una voz sola. La defensa parece imposible. Sin embargo, son notorias, son públicas las corrupciones de todas las clases, sin escepcion: inútil es pretender ahogar la voz de la verdad. Todo el que siente y piensa está del lado del severo y valiente censor. Los hipócritas se irritan, redoblan sus maldiciones y sus calumnias, el vulgo imbécil los cree; no importa: no hay combate sin heridas, y la infamia, cuando se ve atacada, consecuente consigo misma, muerde á traicion la honra de quien la ataca.

No importa, repetimos: es preferible, mil veces preferible ser mordido por la ira y mortificado por la estupidez del vulgo, á ser un escritorzuelo miserable que escribe todas las corrupciones, que habla al vulgo en su lenguaje y adula á los miserables para que estos le ayuden á hacer su negocio.

El mundo es la patria del pensamiento, y es muy frecuente el caso de que el que en tal círculo ha sido calificado de inmoral, de monstruoso, de peligroso, sea considerado en otro como una moralidad severa y como un sentimiento ardiente por lo bello, por lo sublime, por lo santo.

La idea va á todas las inteligencias.

El sentimiento á todos los corazones.

La idea, el sentimiento, la imaginacion, no son estranjeras en ninguna parte.

Yo siempre he respetado el dogma, las leyes, las costumbres y la honra ajena.

Sin embargo, algunas minorías podridas é indignas de su investidura, viendo patentizados por mi pluma harto enérgicamente sus vicios y sus indignidades, me han llamado con el millon de lenguas venenosas de la calumnia, inmoral, impuro, desordenado.

No importa: adelante: que rujan cuanto quieran: un dia no nos reduciremos solo á generalidades: garantidos por la libertad de exámen de la Europa civilizada, nos referiremos á hechos concretos, á escándalos públicos que nadie se atreva á contar, seremos el azote ardiente de la hipocresía y del servilismo, con las pruebas incontestables en la mano: habremos cumplido con nuestro deber: habremos seguido en cuanto nos haya sido posible el alto ejemplo de los Santos Padres, de Santa Teresa, del gran cardenal Cisneros, y de tantos y tantos ilustres varones que persiguieron la hipocresía y el vicio hasta el pié de los altares, defendiendo la augusta respetabilidad del altar.

Nuestra época está cubierta por un asqueroso manto de hipocresía bajo el cual fermenta una de las mayores corrupciones por que ha pasado la humanidad, y la libertad, el bienestar y la dignidad de los pueblos, se sacrifica á miserables y odiosas individualidades.

Adelante: Dios lo quiere: para que un cuerpo enfermo se reduzca á polvo, es necesario, inevitable, que pase por la corrupcion.

Es necesario que un grande incendio devore las materias fétidas é inflamables del pantano y le deseque, purificándole para que no se corrompan las aguas puras que entran en él.

Entre tanto, la virtud caminará cabizbaja y ensangrentada y triste por el áspero sendero, la voz de la verdad será contestada en coro por la voz de la infamia y de la calumnia, y los apóstoles de la pureza, de la justicia, de lo sagrado, serán acometidos, perseguidos, estrangulados.

Adelante.

V.

Pero la situacion es horrible: la virtud se cansa, se desespera, duda... no se la reconoce, se la posterga. El ejemplo es terrible: la posicion, la fortuna, la consideracion, están concedidas al oro... los

medios son fáciles, pero repugnantes: todo se reduce á una cuestion de dignidad, de noble fiereza, de independencia indomable. Pero sois pobre, impotente con vuestra dignidad y vuestra independencia, y nadie las reconoce, nadie cree que os permitais el lujo de la independencia y de la altivez al precio de la pobreza, nadie os concede que podais ser como otros, y no sois como ellos porque valeis mas que ellos. No: no sois porque no podeis: no estais alto porque no habeis podido subir á la cucaña donde están el oro, la posicion... no... el vulgo no ve ó no quiere ver la escala de huesos humanos por donde otros han subido á su altura: no creen que vos no estais allí porque no habeis querido ser antropófago de una parte, reptil de la otra: habeis querido, pero no habeis podido: os habeis puesto á precio, y no han querido compraros: no valeis pues nada: sois un bribon impotente, un bribon despreciable: si vuestras bajezas os hubiesen hecho millonario, seríais un pícaro, pero un pícaro con talento, y esto ya es algo.

Hé aquí por qué los dignos y los honrados necesitan ser fuertes, alentar una fé infinita.

Pero es verdad: esta es una cuestion de educacion, de temperamento, de carácter.

Cada hombre es lo que debe ser.

De lo que resulta que esta digresion es inútil: el reptil será siempre reptil, y se alimentará con lodo; el águila volará siempre sobre las nubes, y mirará frente á frente al sol, volando hácia él, sin reparar siquiera en que no puede ser vista por la multitud á causa de su altura.

La multitud está mas cerca de los reptiles que de las águilas.

Y como esta digresion es inútil, su señoría el censor, mi respetable dueño en España, puede de un golpe de lápiz tachar todo esto y cuanto quiera, si le parece ó peligroso ó inadmisible á la publicidad: yo me resignaré, porque estoy acostumbrado á resignarme, y acaso acaso se lo agradeceré, porque tal vez suprimiéndola me haga un favor. [1]

[1] Esto se escribia antes de la revolucion de setiembre, cuando todavía el pensamiento sufria la humillacion de la censura. He escrito esta nota al corregir las pruebas.

Hay un proverbio que dice:

«Al que se mete á redentor le crucifican.»

Es verdad; pero yo respondo, alterando otro refran, como cierto ilustre en letras amigo mio:

«Cada cual tiene,
Don Zacarías,
Sus aprensiones
Y sus manías.»

Yo tengo la manía de dejar correr mi pluma, importándome tres bledos de lo que de su censura resulte.

Con tal de que no lastime ni creencias, ni costumbres, ni honras, que eso no suelo hacerlo, todo va bien.

CAPITULO LI.

LA HISTORIA PROSIGUE.—UN MAGNETIZADOR MAGNETIZADO.

I.

Eufemia sufria el castigo de su falta, que no era ciertamente el haber contraido un segundo enlace, sino haber cedido á un funesto amor, á un amor puramente sensual, inspirado por un infame á quien conocia demasiado.

Tal vez no habia estado en su mano evitarlo.

Tal vez no habia tenido bastantes fuerzas para la lucha.

Pero habia combatido al borde de un abismo, y al ser vencida habia caido en él.

Ella incapaz del crímen, de una manera inmediata habia incurrido en el crímen por una consecuencia lógica, al olvidarlo todo por un amor insensato.

No bastaba esto.

No bastaban los tormentos horribles que le causaba su conciencia, viva y terrible en el fondo de su alma.

Era necesario que bajase mas bajo.

Era necesario que tuviese celos de su hija.

Sin embargo, no habia nada que temer.

Andrea era fuerte, y Andrea amaba.

Andrea habia contraido otra pasion funesta.

Andrea estaba enamorada, ciegamente enamorada, y sufriendo ya un martirio á los diez y siete años, de mister James Lawnou.

II.

Este hombre estraño, este hombre inalterable á toda otra pasion que á la avaricia, habia sucumbido al amor, ó mas bien á una fuerza de voluntad superior á la suya.

Hemos dicho ya que, jóven, distinguido, feliz, inteligente, instruido, elegante, de conversacion fácil y amena, riquísimo, dotado en fin de cuantas cualidades pueden impresionar á la mujer, Lawnou evitaba el amor, sabia por un misterio contener á las mujeres en el límite del aprecio, y no se sabia de él una sola aventura amorosa.

Esto era verdaderamente estraño.

Nosotros no creemos en los hechizos ni en lo sobrenatural; pero creemos sí en la influencia recíproca de los séres humanos por medio del flúido magnético: la cosa mas natural del mundo, y que la esperiencia ha comprobado para todos los que saben leer en el corazon humano.

Un sér no puede ser, respecto á otro, mas que simpático ó antipático en mayor ó menor grado.

La simpatía ó la antipatía son un resultado puramente magnético, puramente natural.

El magnetismo, lo hemos repetido cien veces, el principio desconocido, el misterio que solo se revela por los hechos, y cuya razon no se esplica todavía, y tal vez no se esplicará nunca, es maravilloso.

Es al mismo tiempo la actividad material y las relaciones morales del sér humano.

Es una especie de materia flúida inapreciable que se acerca al espíritu, y que todavía no es el espíritu inmortal que existe en el sér humano.

Es el sentimiento y el agente del sentimiento.

Es la vida material.

La individualidad sensible y subordinada á la materia bruta, que es á la par su mecanismo, su medio de accion.

Nosotros creemos el magnetismo porque le sentimos, como com-

prendemos nuestro espíritu inmortal por fenómenos misteriosos é inesplicables.

Como sentimos, como tocamos la divinidad, porque vemos sus inesplicables fenómenos.

Hoy no se puede entrar en un análisis, en un estudio filosófico acerca del sér humano, sin encontrarse frente á frente con el magnetismo.

Por el magnetismo se esplican fenómenos, escepciones, aparentes monstruosidades que no podrian esplicarse sin la idea, siquiera abstracta, del magnetismo.

¿Qué son las relaciones identificadoras de dos séres enteramente distintos en la apariencia, el amor de una jóven hermosa, pura, inteligente, rica, dotada de una escelente educacion, por un sér degradado, viejo, repugnante, cínico, miserable? Un fenómeno magnético.

En otra esfera: ¿cómo se esplican el movimiento, la memoria, los sueños, los presentimientos, las antipatías instantáneas ó motivadas, sino como fenómenos del magnetismo?

¿Qué son el entusiasmo y la ira, la risa y el llanto, la perpétua y múltiple actividad en fin del sér humano? El magnetismo siempre.

Y por esta creencia en un misterio, no venimos á parar á la fatalidad ciega, no despojamos al sér humano de su libertad, no nos ponemos en lucha ni en contradiccion con nuestras creencias religiosas ni filosóficas: venimos únicamente á la lógica necesaria de los sucesos.

¿Y qué tiene de estraño que esto que llamamos magnetismo sea misterio?

Si el misterio no encerrase como en un globo, en que solo dispone de un pequeño espacio, á la inteligencia humana, el hombre lo sabria todo, lo podria todo, seria Dios.

Hay pues que resignarse á lo profundamente oscuro del misterio, y reconocerle por su impenetrabilidad y por sus consecuencias.

Los charlatanes se han apoderado del magnetismo y le han envuelto en el desprestigio de ridículas exageraciones.

Mañana la ciencia recobrará su imperio, se observarán los fenó-

menos de lo que hoy se desatiende, y de este estudio profundo y concienzudo surgirá como resultado una apreciacion completamente distinta del hombre y de sus actos.

La humanidad sin duda alguna, iluminada por la ciencia, se modificará, poniéndose en armonía con la naturaleza y acercándose mas á Dios.

Estamos aún en la sombra.

Cuando mas, podemos decir que vemos allá, en un horizonte remoto, el indeciso albor de un nuevo dia.

¿Cuántos siglos tardará el hombre en llegar á él?

¿Cuántas revoluciones habrán pasado sobre nuestro globo? ¿cuántas civilizaciones habrán nacido y muerto antes de que el hombre llegue al fin de su camino, al último límite marcado á su inteligencia?

¡Quién sabe!

Pero la ley del progreso es una ley constante, una ley absoluta, una consecuencia de la actividad, hácia adelante, hácia la luz.

¿Tendrán los globos habitados su vejez, su decrepitud, su muerte?

Probablemente: casi seguramente.

Un globo es un sér, y todo sér es perecedero...

¿Estamos nosotros, que hemos aprisionado la electricidad, que devoramos la distancia por el vapor, que fijamos el dia y la luz sobre el papel, haciéndole conservar imágenes, que hemos utilizado la materia inflamable hasta el punto de llevar el fuego en nuestro bolsillo, que entrevemos el espíritu; estamos, repito, en el límite del saber humano, viendo ya la luz del último dia de nuestra ciencia?

¡Quién sabe!

Un paso mas allá en la ciencia: descompongamos la electricidad.

¿Ádónde habríamos llegado?

¿Comprendeis?

III.

Mi imaginacion se lanza á veces en espacios desconocidos, y una locura estraña se apodera de mí... yo veo... delirios sin duda...

Yo me apresuro á despertar de esos sueños peligrosos; pero me queda algo de ellos.

Por eso creo en el magnetismo sin dejar de creer en Dios, sin olvidar la primera oracion que me enseñó mi pobre madre.

Yo lo armonizo todo sin violencia.

Y por medio de ese que tal vez es un sueño de mi imaginacion, me lo esplico todo, hasta lo mas absurdo, en las relaciones de los séres.

Yo creo cada dia mas en la parte inmortal de nuestro sér.

Yo, recorriéndolo todo, creo cada dia mas en la responsabilidad del sér humano respecto á sus actos por ante una justicia absoluta.

Yo no veo otra cosa que la eterna vida entre el principio destructor y el principio conservador, entre el bien y el mal.

Yo no veo otra cosa que la eterna tarea de la actividad de componer y descomponer, de distribuir, de arruinar, de asimilar, de trasformar.

Yo creo en la aniquilacion y en la destruccion continua.

Yo veo la materia, siempre viviente y siempre variando de forma.

Yo sobre todo esto veo el principio eterno viviente, creador, veo á Dios, el espíritu omnipotente y misterioso que ha hecho descender en una gradacion continua el espíritu puro, la materia flúida, la materia bruta, el hombre subiendo hasta él por una escala infinita que nace en el lodo, en la tierra.

Ved pues cómo yo razono mi creencia en el magnetismo: como un medio de union entre la materia bruta y el espíritu inmaterial é inmortal.

El humo aparece espeso en un principio, se estiende, se eleva, se divide, se subdivide hasta que se funde en átomos impalpables en el espacio, en la gran masa que á medida que se eleva se subdivide mas y mas y mas, hasta que se pierde en el éter.

Y así es la inteligencia elevándose en el espacio infinito de la ciencia.

Ella sube hasta tocar la divinidad.

Sube por una escala continua de relaciones, y á medida que sube los horizontes se ensanchan para ella, y la inunda una luz mas y mas refulgente, mas y mas diáfana, mas y mas blanda, mas y mas pura.

IV.

Lo repetimos: estamos aún entre la sombra; pero entre la sombra se hace precisamente la obra mas perfecta.

Las consecuencias están en relacion con los sucesos.

Toda causa es la consecuencia de otra causa; toda consecuencia la causa de una sucesion ó de muchas consecuencias.

V.

Lawnou, como todos los séres considerados en sí mismos, no era otra cosa que la consecuencia de una organizacion escepcional.

Andrea era tambien una organizacion escepcional.

Estos dos séres se pusieron en relacion, en lucha, desde el momento en que se conocieron.

Lawnou se sintió por la primera vez impresionado.

Por la primera vez, la mirada dilatada, severa, pura, tranquila, inmóvil é incontrastable de una mujer, hizo vacilar su poderosa mirada.

Lawnou sintió el golpe, pero le paró y se puso en defensa.

Su poderosa voluntad le sostuvo en la apariencia; pero en el fondo de su alma Andrea continuó su irresistible dominio.

Lawnou se convirtió por ella en un sér vulgar, desconocido á sí mismo: en un sér sujeto al amor.

VI.

Andrea fué creciendo, elevándose á sus ojos, idealizándose, trasfigurándose, divinizándose.

Ella ejercia un poder sin conocerle, por un simple efecto de la voluntad, sobre Lawnou.

Le amaba, pero de una manera tranquila, de una manera poderosa, como si hubiera comprendido que era amada por Lawnou, y amada esclusivamente.

Lawnou tenia algo de supersticioso.

La esperiencia le habia demostrado el poder que tenia sobre los séres vulgares, y habia creido este poder hijo de una causa ridícula.

Se creia hechicero como las síbilas y las pitonisas.

Se entregaba en secreto á prácticas supersticiosas, acababa por crearse á sí mismo un sonambulismo magnético, y veia, ó mejor dicho, soñaba, creyéndolas realidades, cosas espantosas, cosas estrañas, de todo punto sobrenaturales; pero ningun resultado positivo respondia á sus evocaciones á los espíritus.

Avaro por temperamento, habia evocado las sombras de famosos hechiceros; las sombras habian aparecido para él, las habia pedido la revelacion del secreto de la piedra filosofal, se la habian dado, segun él creia, pero al volver á la vida habia olvidado siempre la fórmula.

Se encontraba impotente para hacer oro.

—¡Ah! ¡Es que un espíritu enemigo me persigue! esclamaba desesperado.

Volvia á evocar los espíritus, aparecian, le revelaban el lugar recóndito de la tierra donde se encontraban montañas de oro macizo, pero lo olvidaba tambien: le quedaba cuando mas un confuso recuerdo.

Deducia, meditaba, acababa por creer que el lugar misterioso estaba en el centro del África, se afirmaba en su idea, creia ver claro, tener los datos indudables, y emprendia un viaje.

La formacion del terreno debia guiarle.

Pero habia hecho grandes gastos, habia soportado terribles fatigas, se habia puesto en peligro, y la configuracion necesaria del terreno no aparecia, ni ninguno de los indicios necesarios.

Á un viaje se sucedia otro.

Desde los veinticuatro á los treinta años, Lawnou no habia hecho otra cosa que viajar en busca del oro.

Siempre en vano.

Su poder se reducia únicamente á causar un profundo sonambulismo á la generalidad de las personas, con muy raras escepciones; sonambulismo perfecto que ponia á aquellas personas bajo el dominio de su voluntad.

VII.

Así se habia procurado el dinero que habia necesitado, á la manera que ya le hemos visto procurárselo.

Habia pues encontrado la mina de oro.

Pero su manía era encontrar el oro mismo en su criadero, inacabable, infinito.

Lawnou tenia otra pasion violenta en el alma, aunque inferior á la avaricia: la pasion de la mujer.

Pero se habia dicho:

—La impureza es un pecado que me hace impotente: todos los grandes séres que han dominado á los demás, que les han hecho sus esclavos, se han levantado sobre la miseria de una pasion que enerva la voluntad.

Y Lawnou, continuando en sus deducciones, dijo:

—El dia en que tú sucumbas á una mujer, te unas á ella, te habrás convertido en un sér completamente débil, habrás perdido el último resto de tu poder.

Y una supersticion se apoderó de él.

Sacrificó la sensualidad á la avaricia.

Luchó consigo mismo, y se creyó salvado.

Las mas hermosas mujeres no le conmovian.

VIII.

Pero Andrea le conmovió resistiéndole.

Se irritó, y probó su poder sobre Andrea.

Una noche... (conocia ya perfectamente el plano del jardin de la baronesa y la estructura del pabellon del jardinero); una noche se acercó al postigo del jardin y lanzó su pensamiento y su voluntad hasta el pabellon del jardinero.

Este resistió.

Pasó algun tiempo, y no le sintió acercarse Lawnou.

Forzó su pensamiento y su voluntad.

Resistió el jardinero aún.

Al fin, á la tercera acometida, sintió Lawnou unos pasos firmes, marcados, acompasados, regulados.

Los pasos de autómata de un sonámbulo.

Un cuerpo chocó contra el postigo.

—¡Abre! le dijo Lawnou.

Inmediatamente el postigo se abrió.

Lawnou entró.

—Cierra y espera aquí.

El jardinero cerró, y quedó inmóvil junto al postigo.

Lawnou adelantó por el jardin y fué á sentarse en un banco rústico, junto á la fuente, teniendo tras sí una pequeña espesura.

Lawnou lanzó su pensamiento y su voluntad á Andrea.

En aquel mismo momento se apareció la jóven por detrás de la fuente.

IX.

Eran las doce de una noche de verano.

Lucia la luna llena.

Andrea venia vestida de blanco, hermosísima; pero no tenia apariencia alguna de sonámbula.

Al ver á un hombre en el jardin, hizo un movimiento de sorpresa y de temor mas naturales del mundo.

—¡Soy yo! esclamó Lawnou, destronado de su trípode de hechicero, porque le habia aturdido el encantador efecto de la aparicion de Andrea.

—¡Ah! ¿Es usted? dijo la jóven deteniéndose.

—Sí, yo soy, dijo Lawnou, pretendiendo al mismo tiempo hacerla caer en el sonambulismo.

Pero Andrea fué á sentarse tranquilamente á su lado, repuesta ya de su terror.

Resistia.

Lawnou para ella era un simple enamorado que en vez de magnetizar era magnetizado por un no sé qué delicioso.

Lawnou tenia miedo.

Le faltaba su poder y se creyó perdido.

—¿Qué hace usted aquí? le preguntó con una dulce curiosidad Andrea.

—Usted... contestó aturdido Lawnou.

—¿Yo qué?

—Usted me ha llamado.

—¿Yo?

—Sí, porque usted me ha atraido. Puedo jurar á usted que estoy aquí sin saber cómo.

—Hablemos sériamente, Lawnou, dijo Andrea: yo he tenido calor en mi cuarto, no tenia sueño, y he bajado á tomar el aire... le encuentro á usted aquí... ¿Cómo es esto?

—Respóndame usted francamente, Andrea: ¿pensaba usted en mí?

—Veamos qué derecho tiene usted para hacerme esa pregunta.

—El derecho de un enamorado correspondido.

—¡Ah! ¿Usted sabe...

—Sí: usted me lo ha dicho.

—¡No!

—Sí: no se habla solo con los labios...

—¡Ah! ¿Usted cree...

—Sí: creo que nos amamos, y que los dos lo sabemos.

—Es posible, dijo enérgicamente Andrea; pero yo no me habia dado cuenta del sentimiento que usted me inspiraba.

—¿Y ahora?

—Sí... No encuentro una razon para negarlo: los dos somos libres... una palabra de usted me ha esplicado...

—Yo no he pronunciado hace ya mucho tiempo esa palabra porque he tenido miedo.

—¡Miedo! esclamó con estrañeza Andrea.

—Sí... El amor me mataba...

—¡Oh, Dios mio! Es necesario confesar que es usted muy escéntrico, Lawnou, como buen anglo-americano, contestó Andrea sonriendo.

—¡Ah! No, no: el amor que yo siento por usted es una pasion voraz, irresistible, insaciable.

Lawnou estaba fuera de sí.

Andrea, con su candor, con su sencillez, con su hermosura, le embriagaba.

—¡Oh, Dios mio! esclamó Andrea conmovida. Pero es necesario que usted me esplique...

—Esto no tiene otra esplicacion que la que ya he dado á usted: usted me ha llamado.

—No.

—Usted me ha llamado con la voluntad.

—No.

—Usted pensaba en mí hace poco con una poderosa insistencia.

—Es verdad, dijo bajando los ojos Andrea.

—Hé aquí, hé aquí que ha influido usted sobre mí... que he venido, que he saltado la tapia sin duda sin darme cuenta de ello, y me he encontrado aquí.

—¿Usted cree en el magnetismo?

—No solo creo en él, sino que le conozco y le practico.

—Yo no creo en él; y la prueba es que me sujeto sin temor á que me haga usted dormir.

X.

Lawnou miró fijamente á Andrea; pero encontró sus ojos inmóviles, dilatados, lúcidos, fijos, inmensos, y esperimentó el efecto contrario que se habia propuesto producir.

Lawnou se aterró.

El flúido de Andrea era mucho mas poderoso que el suyo.

Entonces comprendió que él no habia hecho venir á la jóven al jardin, sino que por el contrario ella le habia hecho ir á él.

Comprendió además la razon por qué amaba á la jóven hasta el punto de sobreponerse á la supersticion que le obligaba á aborrecer á las mujeres.

Se creyó perdido y procuró retroceder.

Se levantó.

—Y bien, dijo Andrea: ¿se declara usted impotente?

—Sí, sí señora, contestó mister James, pero de una manera re-

lativa: soy impotente respecto á usted, pero potente, potentísimo respecto á los demás.

—¡Qué manía, Lawnou!

—La de creer en un poder que estamos seguros de poseer por una larga esperiencia.

—¡Un poder que nada puede contra mí, que soy la mujer mas tímida del mundo!

—Y sin embargo usted me vence.

—¿Yo? esclamó riendo Andrea. Hé aquí un triunfo que no esperaba.

—Una mujer vence á un hombre cuando le obliga á amarla.

—Y formalmente, Lownon, dijo gravemente Andrea: ¿usted me ama?

—¡Ah! ¡Con frenesí! esclamó mister James.

Y pretendió asir las manos de Andrea.

Esta hizo un movimiento que contuvo á Lawnou.

—Y bien, dijo Andrea despues de algunos segundos de silencio; yo creo que amo á usted: si usted me ama, esto será asunto concluido muy pronto: mamá me adora como adora á mi hermana: á mamá no hay quien la persuada de que su enfermedad no es mortal, ni mucho menos; ansía dejarnos establecidas, segun dice ella, antes de morir: diríjase usted á mamá.

—Aún no, aún no, esclamó Lawnou: es necesario que usted me conozca; usted no sabe quién soy yo.

Se pintó una espresion de dolorosa reserva, de atencion profunda en el cándido semblante de Andrea.

El acento que habia dado Lawnou á sus últimas palabras parecia como que envolvia un misterio.

—Sea como quiera, dijo Andrea, no debemos volvernos á ver aquí: yo no puedo permitirlo: podrian además observarlo los criados: este ha sido un encuentro casual: yo, en vez de gritar ¡ladrones! añadio sonriendo, me he puesto á hablar francamente con el ladron; pero será por la última vez en este sitio y á esta hora. Adios, Lawnou: buenas noches.

—Adios, Andrea, dijo Lawnou, que no se atrevió á insistir, estrechándole la mano.

La jóven se alejó, rodeó la fuente, y muy pronto su blanca forma se perdió entre los árboles.

Lawnou permaneció inmóvil por algun tiempo y como petrificado.

Despues se dirigió hácia el postigo, murmurando:

—Héme aquí en la situacion de los hombres vulgares. ¡Estoy perdido!

CAPITULO LII.

DE CÓMO UN HOMBRE QUE BEBE RON Y FUMA UN HABANO NEGRO TRAS OTRO HABANO MIENTRAS CUENTA UNA HISTORIA, NO PUEDE CONCLUIRLA; CON ALGUNOS RAROS INCIDENTES QUE VERÁ EL LECTOR.

I.

Aunque nosotros contamos por nuestra propia cuenta la historia que queda pendiente en el capítulo anterior, tenemos que interrumpirla en el mismo punto en que la cortó Juan del Valle de Sos.

Clara la habia escuchado con la mas profunda atencion.

Con no menos Clotilde, echada sobre la alfombra del pasillo, pegada la cabeza á la puerta, habia escuchado aquel largo relato, y se habia impacientado por las preguntas y las observaciones que con sobrada frecuencia habia hecho Clara.

No solo habia oido Clotilde: habia visto tambien.

Uno de los nudos de la madera de la puerta en la parte inferior habia saltado, y habia quedado un agujero por el que podia mirar cómodamente una persona.

II.

El marqués, que como hemos dicho tenia provisto su cuarto de licores y tabaco, habia puesto una botella de ron sobre la mesa, una caja de habanos, se habia reclinado en una butaca, y no habia cesado de beber y de fumar durante la historia.

Ni una sola observacion le habia hecho sobre esto Clara.

Parecia como que deseaba que el marqués se embriagase.

Esto no podia menos de ser.

A la hora de su cuento, el marqués habia apurado una botella de ron.

Se habia levantado y habia tomado otra botella del armario.

No habia cesado de fumar.

Con la punta de un cigarro habia encendido otro.

III.

Así pasó el tiempo.

Dos ó tres péndulos inmediatos dieron con una diferencia de segundos las cuatro de la mañana.

Habia pasado un largo espacio sin que Clara hiciera al marqués ni una sola observacion, desde el momento en que el marqués habia empezado á dar señales de embriaguez.

Las primeras señales habian coincidido con el momento en que el marqués introducia en su relato como magnetizador á sir James Lawnou.

Tal vez este era un personaje fantástico, misterioso, tal vez un sér inventado por el marqués, abortado tal vez por su cerebro escitado.

IV.

El marqués habia apurado la segunda botella, y habia tomado una tercera.

Su voz era ya ronca, opaca, apenas inteligible.

Clara callaba y continuaba mirando profundamente al marqués.

Este al fin cortó su relato, inclinó la cabeza, y su cuerpo se abandonó en el sillon.

No habia podido resistir mas á la embriaguez.

Clara permaneció algun tiempo observando al dormido.

Luego se levantó.

Se acercó á él y le movió dulcemente.

El marqués produjo un sonido gutural, pero no se movió.

Clara permaneció inmóvil durante un momento.

Luego se inclinó sobre el marqués, y le registró.

Sacó una cartera, un puñal, un rewólver.

—¡Ah! esclamó Clotilde. ¿Para qué lleva ese hombre esas armas?

Clara, sin estrañar lo que Clotilde habia estrañado, abrió la cartera y sacó de ella algunos papeles.

Abrió uno: era una carta.

Clara, creyéndose sola y cediendo á su escitacion, leyó en voz alta lo siguiente:

«No comprendo tu carta, marqués: me amenazas: dices que no vienes porque no quieres que te vean entrar en una miserable casa de la calle de Tabernillas; pero no vienes porque no te atreves á amenazarme frente á frente. Los billetes son cosa de doña Josefa y de la señora marquesa de Satorres. No seas necio, marqués mio: si has reñido con tu buena sobrina la señora baronesa de Castell-d'oro, yo no tengo la culpa. Te estimo mucho, marqués mio; pero no vuelvas á escribirme como me has escrito, porque sin valerme del magnetismo tengo bastante poder para hacer que te arrepientas de provocarme. Espero que reflexionarás y vendrás á darme tus escusas.—*Vicente el Lobo.*»

—¡Ah! Esto no me importa, dijo Clara, que cediendo á sus celos se habia apoderado de la cartera del marqués. Veamos esta otra carta.

Y la leyó.

Era la que el marqués habia recibido de un amigo suyo de Cádiz, anunciándole que habia visto á su hermano Alfonso entrar en un wagon en el tren-correo de Madrid, y que no pudiendo poner ya en el correo una carta, ni siendo asunto del telégrafo, la enviaba con el primero que habia encontrado á mano.

—Tampoco me importa nada esto, dijo Clara.

Y abrió una tercera carta, y la leyó del mismo modo en voz alta.

«Señor marqués, decia: He llegado, me he informado como yo sé informarme de las cosas, sin causar sospechas, y he sabido, es mas, he visto que el fraile á quien yo seguí desde Cádiz ha sido asesinado por un sujeto que parece persona decente, y á quien nadie conoce. En cuanto á la niña que acompañaba al fraile, está en la ca-

silla de un guarda de campo, cerca del rio; yo no pierdo de vista esa casilla. Esto es todo cuanto tiene que decir á vuecencia su humilde criado,—*Andrés Picote, álias Cascarilla.*»

—¡La señorita! ¡la señorita! dijo poniéndose densamente pálida Clara. ¿Quién es esa señorita?

Y guardó silencio.

Sus ojos tenian algo de espantoso, algo que parecia el reflejo de un crímen que se revelara siniestro en el alma de Clara.

—¡Oh! ¡Yo lo sabré! dijo. ¡Yo sabré quién es ese Cascarilla! ¡yo lo averiguaré todo!

Y metió los papeles en la cartera, que no contenia mas.

V.

De improviso, Clara sintió que la arrebataban la cartera.

Cuando se volvió, solo vió una sombra que desaparecia por una puerta que se cerraba: por la puerta de comunicacion, por el pasadizo con el otro aposento. Pero por pronto que desapareció la sombra, Clara vió perfectamente en ella una mujer, y de una manera rápida un semblante en que le pareció reconocer á Alfonsina.

Nuestros lectores habrán comprendido que quien habia arrebatado la cartera á Clara habia sido Clotilde.

Ya hemos dicho que entre Alfonsina y Clotilde existia un marcado aire de familia, casi una semejanza.

Además, Clotilde estaba vestida con un traje de Alfonsina.

Nada pues tenia de estraño que Clara creyese que era Alfonsina la mujer que la habia arrebatado la cartera.

VI.

Clara se puso densamente pálida.

—Habrá estado escuchando, dijo: indudablemente: sí, su cuarto está en comunicacion con ese otro cuarto inmediato á este. ¡Escuchaba! ¡sí! ¡escuchaba! Pero ¿habrá estado escuchando durante mucho tiempo? ¿habrá oido?...

Clara temblaba de los piés á la cabeza.

—Si ha oido, esclamó, todos nuestros proyectos se desvanecen: es rica... tomará precauciones... El tiene misterios en su vida... sí, los tiene sin duda... Si la baronesa por librarse de peligros descubriese alguno de esos misterios... Esa historia que él me contaba... esa historia en la cual veia yo algo terrible... ¿Quién sabe? ¿Y qué hacer, Dios mio, qué hacer?

Ardió una mirada siniestra en los ojos de Clara.

Aquellos ojos, en otras situaciones tan bellos, aparecian entonces terribles.

Clara permaneció durante un momento pensativa, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

De repente la irguió, fué á la puerta é intentó abrirla; pero aquella puerta estaba cerrada por dentro.

—¡Ah! ¡Me teme! esclamó. Me teme porque se ha acercado á mí por detrás: porque me ha quitado la cartera y ha huido. ¿Mi señora no se atreve ya á ponerse frente á frente de su doncella? ¿La espanta la marquesa de Casa-Otero?

Clara continuaba creyendo que quien la habia arrebatado la cartera habia sido Alfonsina.

VII.

El marqués dormia y roncaba tranquilamente.

—¡Oh! Es necesario advertirle, dijo. En una de sus cartas se hablaba de billetes, de amenazas: el lenguaje era el de un bandido... Y aquella doña Josefa... y aquella marquesa de Satorres... ¡Ah! ¡la hermosa, la hermosísima marquesa de Satorres! porque se la nombra en una carta firmada por... Vicente el Lobo. Sí, sí, es preciso advertirle... Es violento y se irritará... No importa: yo he tenido celos: además, está sin armas y yo soy mas fuerte que él.

Y tomó el rewólver y el puñal y los escondió en el lecho entre los colchones.

Luego se dirigió al sillon donde continuaba roncando el marqués.

Levantó la mano en un movimiento decidido, pero se detuvo.

—¡Oh! Está borracho, dijo. Yo he hecho muy mal en dejarle beber tanto... yo queria apoderarme de su cartera... ¡Ah! He hecho

mal, muy mal... pero los celos... ¡Oh! ¡sí! Le amo... le amo no sé por qué: yo que no he amado á nadie... ¡Oh! Es que tiene el alma como yo, decidida á todo.

Y Clara lanzó una sombría mirada á la puerta por donde habia desaparecido la mujer á quien habia creido la baronesa de Castell-d'oro.

—¿Le amará ella? El otro dia en Aranjuez, mientras la peinaba, me hizo una advertencia intencional... ¡Ah! ¡La cabeza se me va! Yo no sé, yo no sé lo que temo ni por qué me estremezco.

En efecto, un poderoso temblor habia pasado por el cuerpo de Clara.

VIII.

Volvió á levantar la mano sobre el marqués como para despertarle, y vaciló de nuevo.

Volvió á estremecerse sin saber por qué.

Por último le movió, y se vió obligada á menearle fuertemente para que despertase.

—¡Oh! ¡Imbéciles! esclamó el marqués medio dormido aún. ¡Que no estoy! ¡que se vayan! ¿Á qué vienen á buscarme? ¿qué tienen que ver conmigo? ¡Ah! ¡que es la justicia! ¡Ah!

Y el marqués se levantó en un movimiento brusco, y fijó su mirada espantada en Clara, que fué la única persona que encontró junto á sí.

Pareció como que se despejaba en gran parte la embriaguez del marqués.

IX.

—¡Ah! ¡Estoy en mi cuarto, dijo, y tú estás aquí como otras veces! ¡Yo pensaba no volver tan pronto á mi cuarto!... Alfonsina me ha echado de muy buena manera de su casa, sin echarme... ¡Oh! ¡Es verdad! Yo no podia permanecer aquí sin dinero... negarme dinero era echarme. ¿Por qué estoy yo aquí?

Habia algo de siniestro en la mirada del marqués.

—¡Dios mio! esclamó Clara. ¡Vuelve en tí, Juan! ¡el ron te ha vuelto loco!

—¡Loco! ¡loco! esclamó el marqués. Sí... puede ser... pero no ha sido el ron... ha sido tanta cosa como me ahoga, como me compromete.

—¡Tú! ¿Comprometido tú?...

—¡Eh! ¿Quién dice eso? esclamó el marqués, que á cada momento aparecia menos ébrio, pero en cuya mirada se dejaba ver á cada momento mas y mas estravío. Yo he venido aquí para algo: sí, yo he venido para comprometer á una mujer... para obligarla á casarse conmigo: era mi única salvacion... y tú te me has puesto delante: tú que eres mi demonio... tú que me has obligado... ¡tú, Clara!

Los ojos del marqués flameaban.

—¡Ah! Tú te has puesto delante... y tú me has impedido... ¡Ah! Yo necesitaba dinero, mucho dinero... yo hubiera sabido arrancárselo á Alfonsina. ¡Quítate! ¡apártate! ¡el paso franco!

Y lanzando lejos de sí á Clara, se dirigió á la puerta por donde habia entrado y salido casi instantáneamente Clotilde.

—¡Oh! ¡Cerrada! esclamó sacudiéndola: ¡cerrada! Esta puerta no puede cerrarse mas que por dentro, y no estaba cerrada... ¿Quién ha abierto? ¿quién ha cerrado esa puerta?

Se habia vuelto á Clara, y la miraba de una manera terrible.

Clara se aterró, y cayó de rodillas.

—¡Ah! Yo no tengo la culpa, dijo juntando las manos: yo he tenido celos.

—¡Celos! ¡celos! Y bien, ¿qué? dijo el marqués, cuya embriaguez habia pasado de todo punto, reemplazada por una especie de locura.

—¡Celos... de tu sobrina!... esclamó. Pero ella... ella ha aparecido de repente... yo no la he sentido... yo no la he visto... yo no la he visto mas que desaparecer despues de haberme quitado la cartera.

—¡La cartera!... ¡la cartera!... esclamó el marqués, cuyos ojos estaban inyectados de sangre: ¡la cartera que yo tenia en el bolsillo!

—¡Sí! esclamó con angustia Clara.

—¿Y esa cartera la tiene ella?

—Sí.

—¿Se la has dado tú?

—¡No! Ella me la ha arrebatado.

—¡Ah! ¿Una cartera en que hay una carta para mí de Vicente el Lobo en que se habla de billetes?...

—Sí.

—¡Oh! Tú me has vendido... tú eres una miserable... esclamó el marqués: tú vas á morir...

X.

—¡No! esclamó una voz firme, una voz de mujer.

El marqués, sorprendido, se volvió hácia el lugar donde habia sonado la voz, y vió delante de la puerta de comunicacion abierta, á Clotilde.

—¡Ah! ¡No era la baronesa! esclamó Clara mientras el marqués miraba atónito á Clotilde.

—No, dijo esta; no ha sido la baronesa: he sido yo.

—¿Y quién eres tú... tú, que tanto te pareces á María?

—Yo soy hija de Andrea, contestó con voz firme Clotilde.

El marqués se sintió impresionado, como magnetizado por la intensa, fija, tranquila y poderosa mirada de Clotilde.

Esta avanzó hácia el marqués, y el marqués retrocedió.

—¿Quién era mi padre... nuestro padre... el padre de María, el mio? esclamó de una manera terrible Clotilde.

—Tu padre, el de María, era un hombre del cual has heredado todo su terrible poder, dijo aterrado el marqués.

—¿El magnetismo?

—¡Sí!

—¡Ah! Puede ser... puede ser... Pues bien, veamos si yo tengo fuerza para hacerme obedecer.

Y volviéndose á Clara, dijo:

—Acuéstate, duerme y olvida lo que este hombre te ha contado esta noche.

Clara retrocedió hasta el lecho, y solo se detuvo cuando el lecho la impidió retroceder mas.

—Sígueme tú, marqués, dijo Clotilde.

Y se volvió hácia la puerta, y entró por ella

El marqués la siguió.

XI.

Atravesaron aquel corto pasadizo, y entraron en el cuarto donde la baronesa habia aposentado á su prima.

El marqués parecia fascinado.

Clotilde se sentó junto á la chimenea.

El marqués permanecia de pié junto á un velador, apoyándose en él.

—Siéntate, marqués, siéntate, dijo Clotilde señalando al marqués un sillon frente á ella, cerca de la chimenea.

El marqués se sentó.

Clotilde tomó una cartera que estaba sobre el velador, la cartera del marqués, sacó de ella dos cartas, y abriendo una de ellas y leyéndola, dijo...

Pero necesitamos para continuar pasar á otro capítulo.

CAPITULO LIII.

EN QUE APARECE MAS Y MAS EL ESTRAÑO CARÁCTER DE CLOTILDE.

I.

La jóven tomó una cartera que estaba sobre el velador, la cartera del marqués, y reteniéndola en la mano, dijo:

—Debes creer en la Providencia, marqués.

—¿Y por qué? dijo este, que parecia dominado por la jóven.

—Porque me ha colocado á mí entre tí y un nuevo crímen tuyo.

—¿Un nuevo crímen mio?

—Sí. El honor y la vida de Alfonsina están amenazados.

—Estoy desesperado.

—¡Desesperado! Es decir, terriblemente comprometido.

—Sí.

—Dime, esclamó Clotilde: hace un año te batiste en duelo, ¿no es verdad?

—Sí, contestó aturdido el marqués.

—Y en ese duelo te causaron dos heridas.

—Sí.

—Una que te atravesó el semblante, pero interesándote solo las mejillas; otra por la espalda.

—Sí.

—Conque fué en duelo... con el crímen, ¿no es verdad?

—¡Oh!

—¿Conociste á Francisco García?

El marqués tembló.

—Tenemos pues ya al asesino del monte de Matalobos, al que no ha podido encontrar la justicia.

—No, no, esclamó vivamente el marqués: yo puedo probar que he recibido esas dos heridas en duelo.

—Bien, dijo Clotilde: yo no soy un juez de hecho: yo no necesito una prueba palpable: á mí me basta una conviccion.

—¡Ah! ¡Esto es estraño! ¡muy estraño!

—Sí, en efecto, dijo Clotilde: la situacion en que me encuentro es la mas estraña del mundo. Pero continuemos: dejemos por ahora el asunto de Francisco García.

Clotilde abrió la cartera, tomó de ella una carta y la desdobló.

—¿Quién es esta doña Josefa...

—Es una hermosísima mujer: doña Josefa Sanchez.

—Su historia.

—Una valenciana hermosa, una hortelana...

—Que ha llegado á llamarse doña Josefa.

—Sí.

—Es decir que desde la huerta ha subido á una alta posicion.

—Sí.

—Quiero conocer los medios de su posicion.

—Un dia, un cazador imprudente se metió por la huerta de Pepe... es decir, de su padre.

—Y encontró á doña Josefa y se enamoró de ella.

—No por cierto: encontró al padre de Josefa, que tomándole por un ladron, sin decir esta boca es mia le disparó un trabucazo y le malhirió.

—¡Ah!

—Solo despues de haberle herido conoció que se habia equivocado, aunque no en gran manera, porque si el cazador no iba á robarle fruto, iba á cazarle á la hija.

—¿Y qué sobrevino?

—Que el tio Pepe se arrepintió de haber obrado tan de ligero, metió en su cabaña al herido y le curó: despues el herido, en pago, le robó, cuando hubo curado á su hija, y se la llevó á Valencia.

—¿Y qué resultó de esto?

—Que el tio Pepe, que no sufria que se burlasen de él, se calló, hizo como que se resignaba á la mala accion de su hija, dejó pasar tiempo, y un dia, mejor dicho, una noche, se metió en Valencia, esperó al hombre á quien ya habia herido, y cuando salió de casa de su hija le soltó un segundo trabucazo, pero tan certero, que no fué necesario curar al herido.

Despues el padre llamó á la puerta de la casa de su hija.

Pero esta empezó á gritar ¡al asesino! acudió gente, y el tio Pepe fué preso.

Un año despues le ahorcaron, porque el asesinato habia sido alevoso y llovia sobre mojado.

—¿Y qué fué de doña Josefa?

—Por las recomendaciones de un nuevo amigo la dieron una plaza de cigarrera en la fábrica de tabacos.

—¡Ah!

—Se habia enamorado de ella un empleado.

—¡Ah!

—Pero Pepa no le amaba para hacerle á ¡secas su novio, y le declaró que no se acercase mas á ella si no iba con buen fin. El tal se casó.

—Y luego...

—Pepa se arrepintió: el tal empleado estaba cubierto de acreedores que le llevaban la tercera parte del sueldo, y era además muy celoso: á los seis meses de casada enviudó doña Josefa.

—Y luego...

—La muerte de su marido causó algunas murmuraciones, y doña Josefa tuvo por conveniente irse de Valencia.

—¿Y adónde se fué?

—Á Madrid.

—Y allí...

—Aprovechó la educacion que la habia dado su madre: se metió á cocinera.

—Perfectamente: y como cocinera ha conocido á don Gabriel...

—Sí, dijo con asombro el marqués. Pero ¿cómo sabes tú esa historia?

—Yo soy un poco hechicera.

—Es posible, dijo el marqués: me estás obligando á revelarte cosas que yo no hubiera revelado á nadie.

II.

—¿Conoces tú á Paula de Santistevan? preguntó despues de algunos momentos de reflexion Clotilde.

—Sí, la digna esposa de Agapito.

—¿Qué clase de mujer es Paula? preguntó Clotilde con un acento particular.

—Paula es un personaje doble: ha recorrido todas las esferas sociales: tan pronto la he conocido en una condicion servil, tan pronto en una condicion elevada, pero siempre terrible.

—¿Ha servido á Paula doña Josefa? ¿ha sido su cocinera?

Miró el marqués con asombro á Clotilde.

—¿Y cómo sabe usted?...

—¡Ah! Yo sé muchas cosas: por ejemplo, que se pueden atribuir á un duelo heridas que han sido recibidas por ladron.

Palideció densamente el marqués, miró ó pretendió mirar con una espresion de amenaza á Clotilde, pero se encontró contenido por la poderosa y fria y tranquila mirada de la jóven.

—Sí, sí, dijo aturdido: Josefa Sanchez ha sido cocinera de Estéban, su amante y despues su esposa.

—¿Y lo es aún?

—No: Josefa es viuda.

—¿Viuda por la voluntad de Dios?

—No: viuda por su propia voluntad.

—¡Ah! ¿Conque esa señora...

—Sí...

Y habia algo de terrible en las reticencias de los dos interlocutores.

III.

—¿Y qué es ahora esa Josefa?

—Una dama rica y sola y viuda, una mujer hermosa hasta tal

punto que es una tentacion irresistible: una rica dama á quien todos pretenden, y respecto á la cual ninguno puede jactarse de ser correspondido.

—Y ese Vicente el Lobo...

—Ese es un consocio, un cómplice de Josefa.

—Ese hombre tiene una amante.

—Sí, la pupila de su hermano.

—Paula de Santistevan.

—Sí. Pero usted lo sabe todo.

—No todo, puesto que pregunto: si no necesitase saber mas no preguntaria: no me gusta gastar el tiempo en balde.

—Y á mi vez, dijo con acento inseguro el marqués, ¿no me seria lícito hacer á usted algunas preguntas?

—No, porque usted no tiene derecho á ello.

Se mordió contrariado los labios el marqués.

Evidentemente le dominaba la jóven.

IV.

—Circunscribamos, dijo esta: doña Josefa Sanchez es una aventurera peligrosa, una bribona, una infame.

—Sí.

—¿Dónde vive esta doña Josefa?

El marqués vaciló.

—¿Dónde vive? repitió Clotilde con acento firme y profundo.

—En la calle de la Colegiata, número 4.

—¿Qué relaciones la unen con Gabriel de Fonseca, ó mas bien con Vicente el Lobo?

—Relaciones de crímen.

—¿De qué género?

—De todos, menos el crímen vulgar, que consiste en robar y matar á mano armada.

Clotilde escribió en una hoja de la cartera del marqués las señas de la casa de doña Josefa.

—¿Dónde vive Vicente el Lobo? preguntó Clotilde.

—Calle de Tabernillas, número 20.

—¿Quién es esta marquesa de Satorres?

—Una alta dama, una persona de prez.

—¿Casada?

—No: viuda.

—¿Viuda á la manera que doña Josefa?

—Sí.

—¿Cómo puede esplicarse la muerte de ambos maridos?

—Por el arsénico.

—¿Y se conocen esas dos damas?

—Mucho.

—¿Dónde vive la marquesa de Satorres?

—Calle de Leganitos, 38.

Clotilde escribió de nuevo.

El marqués estaba dominado por una especie de temblor persistente.

Le causaba miedo Clotilde.

No podia esplicarse la influencia que ejercia sobre él.

V.

—¿Por qué se habla en estas cartas de billetes de banco? preguntó Clotilde.

—Porque... dijo el marqués.

Y se detuvo.

—Espero, dijo creciendo en fijeza y en intencion Clotilde, que será usted suficientemente galante para no dejar sin contestacion una pregunta mia.

—Esos billetes son falsos.

—¡Ah!

—Sí, sí señora, falsos: la vida es cara...

—Indudablemente, dijo Clotilde con una gran naturalidad, con una gran sangre fria: la vida es muy cara, y es necesario procurar hacerla barata. Una falsificacion de billetes de banco es un medio escelente y poco criminal, puesto que el banco es muy rico y todo se reduce á que los accionistas cobren un poco mas bajos sus divi-

dendos: en cambio, se ha puesto un mayor capital en circulacion, de lo que resulta que una gran falsificacion de billetes es beneficiosa.

Dijo Clotilde con un tal acento, con una tal intencion estas palabras, que el marqués alentó una esperanza porque creyó que queria tomar parte en el negocio.

—En efecto, dijo, una falsificacion de billetes á nadie perjudica realmente. Supongamos que se ha arrojado sobre la plaza en billetes falsos cien millones de reales; que el activo del banco es de quinientos; que los accionistas realizan un interés de 12 por 100. Veamos.

—Sí, veamos, dijo Clotilde haciendo una operacion en una hoja del libro de memorias.

Cuando la concluyó, dijo:

—Esto es: los accionistas habrán percibido en vez de un 12 por 100, un 11,97 centavos y algunas milésimas: nada, una miseria que no arruina á nadie.

—Indudablemente, dijo animándose el marqués.

—Esto, suponiendo siempre que la falsificacion sea tan perfecta que no dé lugar á un compromiso, constituye un escelente negocio casi inofensivo.

—¡Oh! Es imposible, imposible de todo punto reconocer la falsificacion, sino por el número de órden y por la série.

—¿Y no es posible salvar esto?

—De ninguna manera... porque si se cogiera un número y una série que no existen en el banco, la falsificacion era palpable; y si lo son de las séries y del número de órden, se puede encontrar el duplicado; pero esto es muy difícil por el gran movimiento de los billetes; casi casi imposible.

—Sin embargo...

—Las especulaciones peligrosas tienen siempre un azar, dijo con impaciencia el marqués; pero si se descubriese la falsificacion de los billetes, no se descubriria fácilmente la fábrica de donde salen.

—Los que los espenden...

—Son personas de las cuales no puede sospecharse nada; personas de posicion que han podido muy bien recibir un billete falso

de cuatro mil reales, sin tener para qué acordarse de quién se le ha dado: en el juego, por ejemplo...

—De manera que usted cree...

—¡Oh! Sí.

—Esas personas que espenden los billetes tendrán un beneficio.

—Naturalmente: un buen beneficio: un 60 por 100.

—¡Ah!

Y Clotilde inclinó la cabeza sobre el pecho, y meditó como quien lucha contra una tentacion.

—Si mi sobrina quiere, si usted quiere... dijo alentado el marqués.

—Veremos, veremos, dijo Clotilde.

—Esto es muy sencillo: se deja jugar en casa... esto no tiene nada de estraño... se juega fuerte... y en el juego... supongamos... se apuntan quinientos reales con cuatro mil... se pierde, se percibe un cambio de tres mil quinientos... y como no siempre se pierde, porque se hace un doble negocio, se obtiene la diferencia.

—Perfectamente.

—¿Y está admitido el juego en nuestras casas?

—¡Oh! La policía las respeta... en ellas se juega con seguridad.

—¿Y en qué consiste que teniendo estos recursos está usted necesitado de dinero?

—¡Oh! Este es un negocio que empieza, dijo el marqués, y para plantear el cual han sido indispensables grandes gastos: ahora se empieza en pequeño: si resulta bien se esplotará en grande, y entonces... ¡Oh! entonces... entonces no me veré yo obligado á indisponerme con Alfonsina por cuestion de maravedises.

—Ya hablaremos de esto. Pero estoy cansada, necesito reposo, y es necesario concluir nuestra entrevista: solo me faltan algunas preguntas que hacer á usted... Esa doña Josefa, ¿tiene algun amigo íntimo?

—Sí... un tal don Andrés Casares...

—¡Ah! ¿Y dónde vive ese señor?

—Calle de Gravina, número 20.

—¡Ah! ¡bien! ¿Conque esto es una organizacion completa?

—Completa no: aún nos falta mucho; pero suficiente.

—Marqués, tengo sueño, dijo Clotilde: suplico á usted que se retire. Es necesario además, que antes de que salga usted tan secretamente como ha entrado, tranquilice usted á su... esposa... es necesario precaver imprudencias... ¿Cuándo nos veremos?

—Mañana á la noche, si usted quiere.

—En buen hora.

—Yo entraré por ese balcon que da al jardin... á las doce.

—No... á las doce no... á las dos.

—Pues bien, á las dos... Adios, hija mia... hasta mañana.

Y el marqués salió por la puerta de comunicacion, azorado, de una manera vacilante, como un ébrio.

Clotilde esperó un tanto.

Luego fué á la puerta de comunicacion, y vió que el pasadizo estaba desierto y cerrada la otra puerta.

Clotilde adelantó silenciosamente y cerró aquella puerta por dentro.

Luego salió y cerró tambien la otra puerta.

—¡Ah! dijo. ¿Qué especie de influencia es la que yo tengo sobre ese hombre? Le domino, le doblego á mi voluntad... Y bien, mañana á la noche vendrá... yo habré tomado todas las precauciones necesarias... él acabará de contarme su historia suspendida. Reposemos: es necesario que yo conserve mis fuerzas; va en ello el honor de mi madre, la felicidad de mi hermana, de mi pobre María, á quien tanto ansío conocer... mi posicion tal vez... Es necesario apurar todo esto, por repugnante, por monstruoso, por criminal que sea... ¡Oh! No en vano habia yo sospechado de aquella Paula... y este hombre... este miserable... ¡Ah! ¡los tres hijos del adulterio, maldecidos por un loco!... ¡La Providencia! ¡Y que yo haya creido mi padre á uno de esos miserables!... ¡Ah! ¡no! ¡no! Ese hombre no podia ser mi padre.

Y Clotilde, que se habia desnudado murmurando estas palabras, se acostó, y agobiada por la fatiga de su espíritu se durmió profundamente.

CAPITULO LIV.

NOCHE TOLEDANA.

I.

Retrocedamos.

Busquemos á Cristóbal.

Este corria y corria fuera de sí.

Habia llegado sin saber cómo á casa de Gabriela.

A su puerta se detuvo.

Vió que no habia nadie en la calle.

Sin embargo, su corazon latia apresuradamente.

Esperó: dudaba: no sabia de qué manera justificar su vuelta.

Y necesitaba ocultarse cuanto antes, lavarse la mano derecha, que estaba teñida de sangre.

A poca distancia habia una de esas pequeñas fuentes de vecindad de cuya agua se puede disponer á todas horas.

Cristóbal fué á ella, oprimió el resorte del grifo, y puso la mano en el caño.

La mano quedó muy pronto completamente limpia.

Cristóbal bebió con ánsia: la sangre causa sed.

Habia matado á un pícaro; pero ¿qué importaba?

Siempre es duro á un hombre de bien matar, aunque sea en defensa propia.

Volvió á la puerta de Gabriela, y se detuvo aún antes de llamar.

—Pero es preciso, dijo, que yo piense lo que he de decir á esta muchacha: estará en siete sueños.

Entonces y solo entonces fijó su atencion en el sonido de las campanas, que continuaban tocando á fuego.

—¡Diablo! ¡aquello sigue, dijo, aquello es grande! Pues bien, ya tengo un pretesto: la calle de Gravina no está lejos de la de la Palma Alta: yo no sé si las dos calles son de la parroquia de San Ildefonso; pero puede ser muy bien que sean.

Y sin vacilar ya, fué á la ventana de la derecha de la puerta, que correspondia al dormitorio de Gabriela, y llamó primero levemente, pero sin resultado, por lo cual llamó con mas fuerza.

—¿Quién es? dijo Gabriela con voz soñolienta y disgustada.

—Soy yo... dijo Cristóbal: están tocando á fuego.

Poco despues se entreabrió la ventana, y la fresca voz de Gabriela dijo:

—¿Que están tocando á fuego? ¿Y bien, y qué?

—Que como las campanadas señalaban el incendio en la parroquia de San Ildefonso, yo tuve miedo de que el incendio fuese aquí, y he venido.

—Muchas gracias, dijo Gabriela. ¿Conque tanto se interesa usted por mí?

—Sí, mujer, sí... te quiero como no he querido nunca á ninguna mujer... ya ves tú... que estando cerca no he podido irme sin decirte dos palabras.

—Muchas gracias.

—¿Sabes que hace un frio...

—¡Ya! ¡ya!

—Y que empieza á llover...

—Vamos, ¿por qué no dice usted que quiere entrar?... Pasaremos una mala noche... pero ¡cómo ha de ser!... Espere usted que me vista y encienda luz.

II.

Cristóbal esperó, aunque no sin impaciencia.

Al cabo de diez minutos se abrió la puerta y apareció Gabriela,

fresca y sonrosada, y mas bella con el desórden de sus hermosos cabellos.

—Entre usted, señor, entre usted, dijo sonriendo. ¡Vaya un novio que me he echado yo, que no me deja en paz! Fortuna que yo no tengo vecinos que atisben... Bien es verdad que si los tuviera no admitiria á mi padre en mi casa, si viniese á decirme tú eres mi hija, á estas horas: creerian lo que quisieran. ¡Es una bendicion lo dispuestas que están las gentes á creer todo lo malo! ¿Y dónde es el fuego?

—No lo sé, hija, no lo sé, porque con el afan de ver si era en tu casa...

—Habia de haber sido mucha casualidad.

—¿Y quién sabe? Cuando se quiere mucho á una persona, nos asustamos muy fácilmente por ella.

—Vaya, muchas gracias. ¿Y sabe usted que yo me perezco por ver los incendios, y que muchas veces cuando oigo tocar tarde de noche á fuego, me consumo porque no puedo ir sola? Pero ahora es distinto, porque tengo aquí un buen mozo que me acompañe.

Cristóbal se sintió vivamente contrariado por esta salida que no esperaba; pero no se atrevió á negarse.

—Como tú quieras, mujer, la dijo; pero mira que hace un frio que corta la cara.

—¡Vaya! Me abrigaré bien: á mí no me asusta el frio; tengo yo ahí un sobretodo de lana enguatado que se rie del hielo, y una capuchina magnífica, quiero decir, que abriga mucho. Voy á recogerme el pelo, que me pesa y me incomoda.

Y sobre la palabra, se desató la cabellera, la estendió, y una oleada mas de amor se entró en el corazon de Cristóbal.

Nunca habia visto en una mujer tantos ni tan largos ni tan hermosos cabellos.

III.

—¿Sabes que á cada momento te quiero mas, chiquilla? dijo el honrado Cristóbal, que respetaba á aquella pobre jóven como si hubiese estado acompañada por su madre.

—Yo me alegro, señor mio, dijo Gabriela volviendo su candoroso, espresivo y gracioso semblante por debajo de los brazos, cuyas manos levantadas á lo alto de la cabeza se ocupaban de arreglar sus cabellos: yo tambien quiero á usted un poquillo.

Y una sonrisa arrebatadora, junta á un gracioso movimiento de boca y á un guiño inocentemente picaresco, acompañaron á estas palabras.

—Parece mentira, dijo Cristóbal; parece mentira que en tan poco tiempo...

Y suspiró de una manera tal, que á Gabriela se le escapó otro suspiro semejante.

—Eso mismo digo yo, observó la jóven: ¿por qué en tan poco tiempo? Pero esto se comprende: es porque está de Dios.

Cuando se espone esta razon suprema, no hay mas que aceptarla sin réplica.

Porque para la voluntad de Dios, nada, por estraño que sea, es imposible.

—Y siguen tocando á rabiar, dijo Gabriela: el fuego debe ser de los buenos. ¡Pero, señor! ¿por qué hay tanto incendio en Madrid? Por descuidos de mujeres que no piensan en nada mas que... En fin, bueno está el mundo: á mí nunca se me pega fuego á la casa, porque tengo cuidado, y como cómo fuera, no tengo que dejar la hornilla encendida. Vamos, yo ya estoy; conque en apagando la luz y en cogiendo la llave, en marcha: salga usted para que no se rompa usted algo á oscuras: noche completa: mañana trabajará otra.

—Nos iremos de paseo, muchacha, y nos divertiremos mas que esta noche, dijo saliendo Cristóbal.

—Buen cuerpo va usted á tener sin haber dormido, dijo Gabriela saliendo y cerrando la puerta.

—Yo soy muy fuerte... pero tú...

—Yo he dormido bien... ¿Qué hora es?

Cristóbal consultó á la luz de la luna un viejo reló de plata que tenia, y dijo:

—Son las cuatro.

—¡Ya decia yo! He debido dormir mucho. ¡Ya lo creo! Cinco horas. Pero usted, ¿dónde ha estado estas cinco horas, señor mio? dijo

con algo del acento de los celos Gabriela, asiéndose del brazo de Cristóbal.

—¿Dónde he estado yo? contestó este sorprendido. ¡Bah! ¿Dónde, sino en mi posada... calle de la Magdalena, casa de un primo?

—¡Ah! Tiene usted un primo...

—Sí, hija, sí... un primo escribiente de loterías.

—Me alegro... Jugaremos á ver si por el parentesco... Pero ande usted de prisa para que sintamos menos el frio, que es bueno.

—Oyes tú... no me has dicho por qué te hizo ponerte mala el señor del teatro Real solo con verle.

—Esa es una historia, una picardía, un apuro del que me sacó la Santísima Vírgen de la Soledad de la calle de la Paloma, á la que me encomendé.

—¿Y fué ese señor...

—Sí señor, sí, el señor marqués de Casa-Otero, que me conocia mucho.

—Pero...

—Calle usted... siempre hay en el mundo malas hembras para servir á bribones. Tenia yo una compañera que se llamaba Rosita; una rosa, Cristóbal, una rosa, y viva y alegre que no habia mas que pedir. ¿Y simpática? Parecia un ángel. Siempre salíamos juntas... ¡Pero Dios mio, ya se ve el resplandor del incendio!... ¡Y qué de humo! Se va á quemar Madrid; y con este viento...

En efecto, se habia levantado un fuerte viento del Norte.

Por lo mismo, el frio se habia hecho irresistible.

IV.

Estaban nuestros novios en una travesía que desembocaba en la calle de Fuencarral: al fondo de aquella travesía, por encima del tejado, se veia el resplandor del incendio y una gigantesca y espesa co umna de humo.

Cristóbal se estremeció.

Él no habia causado aquel incendio; pero no habia avisado, no habia dado la alarma para que se le cortase en los principios, ó á lo menos para que se salvasen los vecinos.

Él no sabia si alguno habia perecido.

Era hasta cierto punto cómplice de aquel espantoso desastre.

Conocia además á la incendiaria, y ni aun siquiera pensaba en denunciarla.

Por ajeno que fuese Cristóbal al conocimiento de las leyes, era inteligente, y el sentido comun le decia que por lo menos le alcanzaba una gran responsabilidad.

Su conciencia le acusaba tambien; pero nada le decia en cuanto al pillo á quien habia matado.

Le pesaba aquella muerte; pero un pesar no es un remordimiento, y no puede tenerlo el que ejercita el derecho de la legítima defensa, sean cuales fueren los resultados.

V.

Se olvidó de la historia de Gabriela, y apretó el paso.

Necesitaba saber si habia sucedido alguna desgracia.

Ella le apretó tambien, cediendo á la curiosidad; pero al llegar cerca de la esquina, Gabriela resbaló y vino al suelo.

La luna inundaba de una luz muy clara aquel espacio de la calle.

La jóven vió un charco negro.

Era la sangre del ladron muerto por Cristóbal, que ya se habia llevado la justicia.

—¿Qué será eso tan negro y que reluce tanto? dijo.

—Nada, contestó Cristóbal con la voz trémula: ¿qué sé yo?

Y tiró de Gabriela.

—Vaya, Cristóbal, dijo la niña: se ha puesto usted de repente de muy mal humor.

—¿Yo? No, contestó Cristóbal dulcificando su acento. Es que me ha dado yo no sé qué de ver lo grande que es el incendio. ¿Quién sabe si habrá perecido alguno?

—Dios no habrá querido, dijo Gabriela.

—Ya ves que pensar en eso no pone de buen humor.

—Pues pronto vamos á saberlo, porque el incendio está ya tan cerca que se oyen las voces de los que trabajan.

VI.

Cinco minutos despues estaban en uno de los estremos de la calle de Gravina.

De allí no dejaban pasar los guardias civiles y los centinelas del ejército, que tenian abierta una calle entre la multitud, que á pesar de la hora se agolpaba en aquel punto de vista.

—¿Ha sucedido alguna desgracia? preguntó Cristóbal á un guardia civil que estaba junto á él.

El guardia se volvió, y al ver á Cristóbal esclamó con ese acento de alegría con que saludamos á un antiguo conocido á quien volvemos á ver de improviso despues de mucho tiempo:

—¡Calla! ¿Eres tú, Cristóbal?

—¡Cómo! ¿Eres tú, Sarabia?

—Sí, hombre, sí.

—¿Y has salido á sargento?

—Sí, hace un año; cuando pasé á la Veterana.

Cristóbal y Sarabia se habian conocido cuando el segundo era cabo y pertenecia á la demarcacion de Titulcia, en la que, como sabemos, habia servido Cristóbal como guarda de campo.

—Pues me alegro, hombre, me alegro, dijo Cristóbal. ¿Dónde tienes el cuartel, para ir un dia á buscarte para convidarte á mi boda?

—¡Cómo! ¿Te casas?

—Sí, hombre, sí: con esta jóven que tengo al lado; y para eso he dejado la guardería.

—Has hecho bien, Cristóbal, has hecho bien, dijo Sarabia: la vida en el campo, y como nosotros la teníamos, andando siempre á tiros con los criminales, que la tenga quien la quiera. ¿Y te casas pronto?

—En seguida: en cuanto se saquen los papeles.

—Pues mira, acepto el convite, dijo Sarabia. Mi cuartel está en la calle del Duque de Alba. ¿Y tú, dónde vives?

—Casa de un primo mio, en la calle de la Magdalena; pero me mudaré mañana, no sé adónde todavía: no quiero incomodar á nadie, ni aun á mis parientes.

—Los parientes son los peores.

—Tienes razon. Y dime, Sarabia: ¿ha sucedido alguna desgracia en el incendio?

—Sí, contestó el guardia.

Cristóbal se estremeció y se bañó de sudor frio.

—Se ha encontrado á un agente de policía secreta medio quemado.

—¡Ah! dijo Cristóbal. Pues ¿y cómo ha podido reconocerse entonces que era un agente?

—Porque de medio cuerpo arriba no le habia alcanzado el fuego.

—¡Pobre hombre! dijo Cristóbal. ¡Qué muerte! ¡quemado vivo!

—No, hombre, no: le habian matado antes: el cadáver tiene tres puñaladas en el pecho.

—¡Ah! ¡Vaya una historia!

—Al desplomarse un piso ha rodado ese cadáver, y le han recogido. Al principio, segun el parte que se recibió de que se habian oido algunos disparos poco despues de comenzado el incendio, se habia creido que alguno que habia pensado en suicidarse habia puesto antes fuego á la casa, y que luego se habia matado; pero cuando se reconoció el cadáver carbonizado á medias, se conoció la causa de los disparos: tenia dos rewólvers de á seis tiros en la cintura, y cuando llegó á ellos el fuego, se dispararon; y estos disparos han sido una fortuna, porque un señorito que pasaba los oyó y dió la alarma. Por el reconocimiento se vió que el cadáver no habia muerto del fuego, sino de las puñaladas recibidas, y por una medalla de plata que llevaba en el bolsilo, que era agente de la policía secreta.

—Vaya, pues mira, Sarabia, un pillo menos, dijo Cristóbal en voz baja.

—Tienes razon: así los quemaran á todos, contestó el guardia.

—¿Y se han quemado muchas casas? dijo Cristóbal.

—Una sola, y en parte: el fuego se ha aislado; pero todos los muebles, todos los efectos y todas las personas se han salvado, menos los muebles del cuarto segundo de la derecha, que estaba cerrado por ausencia del vecino que le ocupaba.

—¿Y la casa está asegurada, Sarabia?

—Sí, hombre, sí. ¡Para que un propietario no asegure su casa!

—Pues me alegro, hombre, pues me alegro, dijo Cristóbal.

—Oiga usted, dijo Gabriela á Sarabia: ya que es usted amigo de mi novio, podia usted dejarnos pasar: á mí me gustaria ver la casa de cerca.

—No hay nada que ver, hija, contestó Sarabia, porque las paredes de la fachada han quedado de pié, y se está trabajando dentro. ¡Como no quiera usted ver al celador de policía medio quemado!...

—Pues ¿y por qué no? dijo Gabriela. Todo es ver, y ya tendré que contar en el taller.

—Vaya, pues vengan ustedes conmigo: diré que son ustedes vecinos de la casa donde está el muerto.

VII.

Habian encontrado un amigo entre los encargados de no dejar pasar á nadie.

España es la tierra de los compadrazgos.

Los mas cercanos del público vieron meterse en la demarcacion prohibida á los privilegiados, y se quedaron murmurando.

Nadie les dijo una palabra, porque veian que iban hablando con un sargento de la Guardia Civil.

Y cuando el sargento los introducia en el terreno vedado al público, tendria sus motivos para ello.

No eran Gabriela y Cristóbal los únicos privilegiados.

Cuando entraron en una estensa sala situada en un cuarto bajo, se encontraron con que habia allí un verdadero público de todas clases y condiciones.

El lugar era infecto: una especie de burdel: un establecimiento de dormir, á ocho cuartos media cama y doce la cama entera.

No se comprende esta enorme diferencia de precio, ni por qué son mas las medias camas que se ocupan que las camas enteras.

En aquel momento estaban todas vacías, porque gran parte de los individuos que las ocupaban habian sido presos por los agentes que habian entrado buscando un lugar para colocar el cadáver, al

que no se podia dejar en medio de la calle, y el resto habia huido por el tragaluz de un sótano.

Tales eran de recomendables los huéspedes nocturnos del burdel.

VIII.

El cadáver estaba en uno de aquellos lechos estrechos y sucios.

Estaba horrible.

Toda la parte inferior, esto es, las piernas y el vientre, eran una llaga ennegrecida, espantosa.

Las ropas habian sido quemadas á medias por el fuego.

Quedaban sobre la parte superior.

La camisa, el chaleco, estaban horriblemente ensangrentados.

Una llamarada que sin duda habia pasado rápidamente, le habia quemado los cabellos y le habia tostado y ennegrecido el semblante.

Sin embargo, podia reconocérsele.

En cuanto le vió Gabriela, esclamó:

—¡Ah! ¡Ese hombre! ¡yo conozco á ese hombre!

—Sí: era un agente de policía especial, dijo con cierto acento irónico uno de los que allí estaban.

La jóven sintió un no sé qué que la mortificó.

Ella no habia comprendido el sentido exacto de aquellas palabras, pero habia comprendido la malevolencia con que habian sido pronunciadas.

—Yo conozco á ese hombre porque era un pícaro, se apresuró á decir con un desden irritado; pero no fué por la penitencia á Roma, ¿estamos? ni irá nadie que se meta conmigo, porque no.

La mirada airada de la niña y otra amenazadora de Cristóbal, hicieron que el importuno se apresurara á escurrirse.

—Vámonos de aquí, dijo Gabriela: ya hemos visto todo lo que teníamos que ver.

Y salió.

La siguieron Cristóbal y Sarabia.

Cuando estuvieron fuera, en la calle, la jóven se volvió al segundo.

El semblante de la jóven se habia despejado.

Los disgustos pasaban por ella como una tormenta de verano.

Era fuerte por la tranquilidad de su conciencia.

—Muchas gracias, guardia, dijo á Sarabia.

—No hay por qué, señora, contestó este.

—Sí: hemos visto una cosa que no se ve todos los dias: un hombre cubierto de sangre por arriba y quemado por abajo: y era un pícaro. Yo no digo que mereciese un castigo tan cruel: pero peor hubiera sido que esa desgracia hubiese sacrificado á un hombre de bien. Vaya, quede usted con Dios, guardia: no se incomode usted mas: yo creo que para salir no habrá las dificultades que para entrar.

—De ninguna manera: aquí es al revés que en la cárcel y en el hospital, dijo Sarabia: allí es muy fácil entrar y muy difícil salir. Sin embargo, voy á acompañar á ustedes. ¿Adónde van ustedes?

—Á la plazuela de San Ildefonso, contestó Gabriela: allí hay una buena buñolería: se me han apetecido buñuelos. Noche toledana. Si usted quiere venir á tomar un buñuelito y una copa de aguardiente...

—Muchas gracias, niña, muchas gracias: yo no puedo moverme de aquí: otro dia será.

—Otro dia será otra cosa mejor que buñuelos, dijo Cristóbal.

Y como hubiesen llegado á la calle de Hortaleza, se despidieron de Sarabia y se alejaron en direccion á la plazuela de San Ildefonso.

IX.

—¿Por qué te has incomodado tú cuando te ha dicho aquel hombre que el muerto era un agente de policía especial? dijo Cristóbal.

—Porque esa es la historia que ha hecho que yo me desvanezca en el teatro Real cuando he visto al infame del marqués de Casa-Otero. Yo soy muy nerviosa; y como el marqués me ha causado un gran disgusto, un gran compromiso, un gran miedo, como el marqués me ha perseguido y me ha amenazado de hacer todo el mal que pueda al hombre á quien yo ame, vea usted ahí: se me ha alterado la sangre de miedo y de cólera cuando le he visto, porque el marqués es muy malo.

—Pues yo necesito saber lo que ese hombre ha hecho contra tí...

—Asustarme y mortificarme; pero, deja que ya te contaré... Vamos de prisa... hace un frio inaguantable: la buñolería estará caliente.

X.

Y apretaron el paso.

En la Corredera Alta de San Pablo, entrando por la plazuela de San Ildefonso, hay una buñolería profunda, donde se hacen escelentes buñuelos.

Muchas noches de verano, uno de los sabios mas notables que posee España, grande amigo mio, amigo de toda la vida, que vivia hace algunos años en la plazuela de San Ildefonso, despues de haber estado hasta una hora muy avanzada, huyendo del calor de la cama, en el Prado hablando conmigo y yo con él de literatura ó de filosofía ó de ciencias, me acompañaba á tomar una libra de buñuelos con chocolate en la susodicha buñolería, cuyo dueño estaba muy ajeno de que servia á un matemático y á un poeta.

Esta buñolería se abre á las dos de la mañana.

Mi amigo y yo en el verano estábamos juntos hasta las tres, y en Madrid es sabido que la gente que no está sujeta á un trabajo cualquiera de los que ocupan todo el dia, vive de noche.

En todas partes sucede lo mismo.

En París están abiertos hasta una hora muy avanzada de la noche, en los *boulevards*, los cafés mas importantes, adonde van á cenar ó mas bien á almorzar, despues de haber estado hasta muy tarde en su círculo, los *hombres de letras,* como aquí se dice, los artistas, los periodistas y una multitud de clases.

Mas de cien *restaurants* acá y allá, están abiertos toda la noche para los estudiantes, los calaveras y la gente *non sancta*, y á todas horas de la noche no cesa el movimiento de los carruajes, ni dejan de pasar transeuntes por los *boulevards* principales, por todas las calles en fin del centro, á que puede llamarse verdaderamente París.

Porque todo lo que está comprendido dentro de las fortificaciones no es París.

París es la parte animada, elegante, concurrida, *comme il faut:* esta parte tiene un color, una animacion y un carácter esclusivamente suyo: el resto de París sabe ya decididamente á provincia.

El París elegante, el París que encanta á los estranjeros, el París de la moda y del lujo, es muy pequeño.

Se encierra en Montmatre y faubourg Saint-Denis y Saint-Antoine de la una parte.

De la otra los Campos Elíseos y Passy y el Sena.

El París encantador se estiende desde la puerta Saint-Denis al boulevard Malesherbes: desde las Tullerías y el Louvre hasta la calle de los Mártires.

Ese París lleva una vida de agitacion, una vida al vapor, y cada dia y cada noche vierte torrentes de oro y encierra el mundo de los espectáculos y de la alegría y de la hermosura.

En el invierno, en cuanto empiezan los bailes de la Grande Opera, este centro nervioso, insaciable de goces, está en ebullicion.

Los que dicen que en París todo el mundo está acostado, ó por lo menos metido en su casa entre once y doce de la noche, no conocen el París elegante: el verdadero París es desconocido para ellos.

París es como todas las grandes capitales, pero en una inmensa escala: el carácter de Madrid en pequeño; y respecto á nuestras damas, es el mismo carácter de París.

Solo hay una pequeña diferencia en la forma, y una distancia inmensa en el lujo.

París es el pueblo mas avanzado de la raza latina; y en cuanto á la raza, tiene un gran parecido con sus hermanas Italia y España: mucho mas corrompido que ellas y de todo punto loco y ligero: hé aquí todo.

Pero siempre encantador cuando le mirais por el lado bello, siempre admirable cuando le considerais desde el punto de vista industrial, guardando, ocultando bajo un manto de oro y púrpura una miseria horrible, una miseria de todo punto dolorosa y de todo punto incurable, y en su parte baja, en su parte ínfima, en sus cimientos, una canalla de que no hay ejemplo ni aun idea en ninguna parte.

Por eso esta capa espesa y siempre en fermentacion de mons-

truosos reptiles conmueve y hace vacilar de tiempo en tiempo la cabeza imperial de París.

Una palabra, una idea, nos ha llevado á esta digresion que no creemos inútil, porque París es de todo punto desconocido á nuestro público, y hemos concretado un juicio acerca de París para que empiece á comprender que las diferencias esenciales que existen entre París y Madrid no son tan grandes como se supone, que las costumbres y la manera de ser se parecen mucho; en fin, que somos una continuacion: que París va en la vanguardia de la civilizacion y nada mas, conservando siempre el carácter determinante, típico, originario de la raza latina, de la gran raza latina á que todos tenemos la fortuna de pertenecer.

Continuemos nuestro relato.

XI.

Cristóbal y Gabriela se entraron en la buñolería de la Corredera Alta de San Pablo, en la cual no habia nadie mas que los del despacho, que se reducian á tres personas, y se metieron en el rincon mas retirado, mal alumbrado por una candileja de aceite clavada á gran altura en la pared junto á una mesa inadmisible.

Allí podian hablar sin ser oidos.

Les llevaron buñuelos y rosoli para Gabriela, y aguardiente para Cristóbal.

—¿Y bien? dijo este mordiendo un buñuelo.

—Allá voy, allá voy, dijo la niña.

Y empezó su relato de la manera siguiente.

XII.

«Rosa era... no, no era, parecia una escelente chica.

Tenia diez y ocho años, y era la mas bonita, la mas graciosa y la mas viva del mundo.

Tenia además muy buena conducta, ó parecia que la tenia.

Era muy trabajadora y muy arreglada y muy económica.

Con dos pesetas que ganaba, comia, pagaba la casa, se vestia, y

Y empezó su relato de la manera siguiente.

tenia algunas alhajitas y algun dinerillo en la Caja de Ahorros.

Yo decia: esta Rosa sabe vivir.

¿Cómo se tiene traje de seda, y se vive en un cuartito muy limpio y muy cuco, con bonitos muebles, y se come regular, lo que basta, y se tiene además dinero en la Caja de Ahorros?

—Esto es saber vivir, me decia Rosa: esto es ser una miserable, apurar el ochavo: este es el resultado de la laboriosidad y de la economía.

Yo estaba encantada de Rosa.

Nos habíamos hecho amigas inseparables.

Acabamos por vivir juntas.

Pero yo veia que ganando dos reales mas que ella no me quedaba nada, y no tenia tanto ni con mucho como ella.

—Ello vendrá, me decia Rosa. Las cosas no se hacen de repente: órden, órden y órden y trabajo, y el dinero luce, el dinero crece.

Yo la miraba con respeto, como á una sábia, como á una hermana mayor.

Yo no veia nada de reprensible ni aun de reprochable en la conducta de Rosa.

Ella estaba siempre á mi lado.

Verdad es que todos los dias estaba dos ó tres horas fuera del taller, pero era porque iba á llevar obra á señoras que la estimaban mucho, y querian que ella se la llevase.

Yo no sospechaba nada.

Te acordarás que te dije que la marquesa de Satorres, antigua parroquiana de mi maestra, me habia halagado mucho y habia pretendido llevarme á su casa.

Yo no habia pensado mal de esto.

No habia aceptado por no perder mi independencia de jornalera.

Una jornalera, despues que sale del taller, es todo de sí misma, nadie la manda, es dueña de su casa, dispone por completo de sus noches y de sus dias de fiesta; en una palabra, no es esclava, ni tiene que servir á nadie.

Cuando esta noche he visto al marqués de Casa-Otero en el palco de la marquesa, y he reparado en la manera íntima con que se

trataban, he comprendido que la marquesa de Satorres es una ilustrísima bribona, tan despreciable como la honrada y simpática Rosa.

XIII.

La jóven tomó un sorbo de rosoli, y continuó:

—Un dia, Rosa me dijo enseñándome unas preciosas botitas de raso violeta:

—Ayer no pude llevar esta obra: es para la marquesa de Santi-Ponce, que es una escelente señora: estará impaciente porque debia habérselas llevado ayer. ¿Quieres venir conmigo? Es una escelente señora.

—Bien, la dije.

—Pues es menester que te pongas elegante: estas damas gustan de las chicas guapas y bien puestas, y es muy bueno estar bien con ellas: no se sabe lo que puede suceder: voy á peinarte.

Yo la dejé hacer.

Me arregló de tal manera, que yo no pude menos de gustarme cuando me miré al espejo.

Me habia hecho un peinado precioso, me habia puesto pendientes y collar de corales, que me caian muy bien, y me habia vestido con un traje suyo muy sencillo pero muy elegante.

La creia yo tan amiga mia, que no me opuse á nada de esto.

—Hoy nos divertiremos mucho, me dijo: ya verás: tú te acordarás mucho de este dia, porque va á ser un dia grande.

Yo me alegré.

Yo creí que se trataba de un dia de campo.

XIV.

Salimos.

Ella iba tan bien puesta como yo, ni mas ni menos, con la diferencia de que en vez de llevar collar de corales llevaba una cadena de oro con una crucecita.

Llegamos á la travesía de la Ballesta, y entramos en una casa de mediana apariencia.

—Yo creia, la dije subiendo las escaleras, que esa marquesa viviría en mejor calle y en mejor casa.

—Es muy arreglada, me dijo entrando; pero ya verás: la casa es muy buena por dentro.

En el primer piso, Rosa llamó á la puerta de la izquierda.

Se abrió el ventanillo, miraron, la puerta se abrió y apareció una criada.

Rosa entró sin decir una sola palabra ni preguntar por la señora.

Yo creí que tenia confianza para ello.

Entramos en una sala puesta con mucho lujo, y Rosa me dijo:

—Espera aquí: voy á ver á la señora.

Y abrió una puerta de cristales y entró y volvió á cerrar.

Yo me quedé sola y sin cuidado, porque aquello no tenia nada de particular.

Cristóbal, las mujeres no deben entrar en una casa que no conocen ni con el lucero del alba.

Las bribonas son muy hipócritas.

Ninguna mujer parece mejor que ellas.

XV.

Tomó Gabriela un nuevo sorbo de rosoli, y continuó:

—Pasaron algunos minutos.

Al cabo se abrió la puerta por donde habia salido Rosa, y entró muy elegante el marqués de Casa-Otero, á quien yo conocia demasiado, porque me habia perseguido mucho.

Yo retrocedí.

—Veamos de qué te espantas, me dijo sonriendo el marqués: de que yo me interese vivamente por tí y quiera hacer tu porvenir.

—Muchas gracias, le dije airada.

Y me fuí á la puerta de la sala; pero me la encontré cerrada.

—No seas loca, me dijo el marqués presentándome algunos billetes de banco: todo esto es para tí.

Yo me abalancé á un balcon, le abrí, y dije:

—Si usted no se marcha, si usted no abre todas las puertas para que yo salga, alboroto la vecindad.

El marqués se aterró.

Al mismo tiempo se abrió la puerta de cristales, y apareció una mujer que parecia una señora.

—Nada de escándalos, hija, nada de escándalos, dijo: va usted á salir inmediatamente.

—Una palabra, dijo el marqués: yo te señalo una pension de doce mil reales anuales.

—No.

—Pues bien, dijo el marqués: estoy enamorado de tí hasta la locura, y mataré á todo el hombre á quien quieras.

—Bien, dije sofocada; pero yo necesito salir cuanto antes.

—Salga usted, hija, salga usted, me dijo sonriendo la mujer que habia aparecido.

Y abrió la puerta de la sala y la de las escaleras, que estaba frente á ella.

Yo salí como un toro del toril; pero al llegar al pié de las escaleras, ese hombre que hemos visto medio quemado, medio ensangrentado, se me puso delante.

En la puerta de la casa habia un coche de plaza.

—Venga usted, amiga, buena moza, me dijo aquel hombre.

—¿Y adónde tengo yo que ir con usted? ¿qué tengo yo que ver con usted?

—En la Jefatura política se lo dirán á usted.

—Yo no tengo nada que ver con la Jefatura política.

Aquel hombre me asió brutalmente.

Yo luché y empecé á dar gritos.

Al instante se reunió gente.

—Yo soy un inspector especial, dijo aquel hombre sacando una medalla de plata, y cumplo con mi deber llevando esta mujer al Gobierno Civil.

Nadie contestó. Todos me miraron con desprecio.

—Pues bien, dije: vamos al Gobierno Civil: el señor gobernador sabrá lo que se hace conmigo.

Y entré en el coche.

XVI.

Cabriela acabó de apurar la copa como para pasar aquella parte de su relato.

—En el Gobierno Civil, continuó, me tuvieron encerrada tres horas en un cuarto oscuro y negro.

Al fin me sacaron y me llevaron al despacho del gobernador.

Yo me eché á sus piés, y le dije llorando:

—Necesito que vuecencia me proteja: conmigo se ha cometido una infamia.

El gobernador me preguntó con una gran benevolencia, yo se lo conté todo, y el gobernador me dijo:

—¿Tiene usted quien responda de su conducta?

—Sí señor: mis maestros.

El gobernador me hizo esperar en su gabinete, y mandó llamar á mi maestro y á su mujer.

Estos se escandalizaron, dieron de mí los mejores informes, respondieron de mi conducta, y el gobernador me entregó á ellos.

A Rosa fueron á buscarla á su casa para prenderla, pero no la encontraron.

En cuanto á la infame mujer en cuya casa habia pasado el lance, la formaron causa y la sentenciaron á algunos años de galera.

Á Rosa la cogieron tambien al cabo y la encerraron.

Al marqués no le hicieron nada.

XVII.

La jóven se tragó un buñuelo.

Estaba sobreescitada.

—Yo no podia olvidarme, continuó, de las amenazas del marqués, y para ver si era capaz de cumplirlas, me dejé hacer la córte por uno de los oficiales del taller, y salí con él á paseo dos domingos.

Al lunes siguiente al segundo domingo, no pudo ir al taller.

Le habian dado una terrible paliza.

Vea usted, por qué yo me asusté mucho y me puse mala en cuanto vi al marqués.

Me acordé de sus amenazas.

De lo que habia hecho con Pascual.

Yo sentí aquello, porque Pascual era un buen muchacho; pero como no le queria, no me hizo mucha impresion.

Usted es distinto.

Á usted le quiero yo mucho.

Usted tiene cara de valiente y de no dejarse maltratar así de cualquier modo por cualquiera.

Yo tengo la imaginacion muy viva.

Le vi á usted muerto ó preso en el momento en que el marqués supiese que yo le queria á usted.

Me asusté y me puse mala.

Pida usted otra copa de rosoli para mí, porque el acordarme de esto me pone triste.

XVIII.

La copa fué traida, y Gabriela la bebió y sonrió.

—Pues así y todo, dijo Cristóbal, nos casaremos dentro de ocho dias, y veremos quién es el señor marqués de Casa-Otero. ¡Como que no hay mas que *escabecharme* á mí! ¡Qué tontería! Ahora me entran mas ganas de casarme contigo.

—Dios nos saque en paz, dijo Gabriela; aunque yo creo que al marqués se le ha pasado ya el capricho.

—Mira, dijo Cristóbal: mañana vas tú á despedirte del taller; dices que vas á casarte, y que dejas el oficio porque tu marido no tiene necesidad de que tú trabajes.

—Mejor es que vayamos hoy mismo los dos á ver á los maestros, que me tienen como hija, y para que nada tenga nadie que reparar, yo me estaré casa de los maestros hasta que nos casemos.

—Me parece bien. Pero ¿qué vamos á hacer hasta la hora en que podamos ver á los maestros?

—Nos estaremos aquí hasta el amanecer, dijo Gabriela: despues iremos á tomar un vaso de leche de vacas al Retiro, y en seguida iré yo al taller: al medio dia va usted, y les hablamos.

Convenido esto, pidieron otra libra de buñuelos nuestros dos novios, y se metieron en una larga conversacion de todo punto particular que nada nos interesa.

CAPITULO LV.

UN ENCUENTRO INESPERADO.

I.

Al dia siguiente corrian por Madrid las noticias de un incendio en la calle de Gravina; incendio que, segun se decia, habia empezado en un cuarto completamente abandonado por la ausencia de su inquilino.

Este inquilino era muy conocido en ciertos círculos: en la Bolsa, en el Casino, en los principales cafés, en los vestuarios de los teatros, en las buenas casas donde hay una recepcion por semana.

Era además muy conocido tambien en muchos círculos que nos atreveremos á llamar subterráneos.

Un punto de uno de estos círculos era Vicente el Lobo, aquel singular personaje á quien hemos presentado muy á la ligera.

II.

Se habia reconocido por fin á Andrés Casares en la mañana siguiente á su esposicion.

La marquesa de Satorres, Antonia del Sauce, la misma que hemos visto en una tienda de la Carrera de San Gerónimo pagando algunas flores con un billete de cuatro mil reales, era una dama muy

caritativa, puesto que daba muchas limosnas y tenia algunas camas en el hospital.

Esta señora iba al hospital todas las mañanas á las ocho.

Dejaba su carruaje en la plazuela de Anton Martin, y llegaba al hospital á pié y muy modestamente vestida, ni mas ni menos que como podia vestir una costurera.

Esto hacia que el portero y los dependientes del hospital la tuvieran por muy sencilla y muy buena.

—¡Qué caritativa y qué campechana es, decian, la señora marquesa de Satorres!

Alguna vez un enamorado callejero, encontrándola sobre su camino tan jóven y tan bonita, y tomándola por una muchacha abordable, la acometia. Antonia rechazaba al corsario ó parlamentaba con él, segun que el corsario le agradaba ó no; pero siempre hacia que el galanteador se detuviese á una buena distancia del hospital, para lo cual le decia:

—Yo voy á ver un primo que tengo enfermo desde hace mucho tiempo: los empleados del hospital me conocen: retírese usted: no quiero que piensen mal de mí yendo acompañada: espéreme usted en la esquina de la calle del Colegio de San Cárlos; yo volveré dentro de una hora.

El Tenorio esperaba indefectiblemente.

Antonia era demasiado hermosa y demasiado graciosa y demasiado viva para no esperarla.

Antonia volvia mas ó menos pronto, segun que le habia agradado el que la esperaba, daba una vuelta mas ó menos grande con él por las calles en torno de la plazuela de Anton Martin, despedia en fin á su pareja, y entrándose por un cafetin que correspondia á dos calles para hacer perder la pista, salia á la plazuela por un camino cubierto, digámoslo así, y se iba á su casa para mudar de traje y consagrarse á otros negocios.

III.

La mañana siguiente á la noche del incendio de la casa de Andrés Casares, un hombre que doblaba la esquina de la calle de San

Eugenio, en direccion á la plazuela de Anton Martin, se tropezó manos á boca con la marquesa.

El encuentro fué rudo.

—¡Bárbaro! dijo Antonia.

—¡Bárbaro, no! dijo el otro con acento grosero. Ella será la...

El incógnito se detuvo aquí, miró á la marquesa, se pintó en su semblante una espresion de asombro mezclada de alegría, y esclamó:

—¡Antoñuela! ¿Tú aquí?

—¡Cascarilla! esclamó la marquesa poniéndose pálida y dejando conocer una espresion de gran contrariedad. ¿Quién te ha sacado del presidio?

—¡Diablo! ¡Seis años pasados dia por dia! No parece sino que no tienes memoria. Por una puñalada bien dada se saca poco: ¿y quién te ha sacado á tí de Cádiz?

—Me he venido con un caballero.

—Pues mira que no te tiene muy bien portada: allá gastabas sedas, y aquí vas con percales y manto de sarga.

—¡Qué quieres! Cuando una se busca la vida trabajando...

—¡Calla! ¿Tú trabajas?

—Sí: soy costurera.

—¿Y tu caballero?

—Se murió.

—¿Y no te dejó nada?

—Sí... deudas...

—¡Válgame Dios! Yo no creia que tú eras tonta, Antoñuela.

IV.

En este momento, uno de esos elegantes que suelen trasnochar en los barrios bajos con algun *cantaero* de gitanos, y que llevan en el semblante el sello de una mala noche, avanzó por la calle de San Eugenio y llegó á la marquesa, que estaba en la esquina hablando con Cascarilla.

La reconoció y la saludó.

—¡Ah, marquesa! la dijo. Buenos dias. ¡Tan temprano! ¡Ah!

Sí, es verdad: el sitio y el traje de usted me dicen que va usted á desempeñar su caritativa tarea al hospital.

Y al mismo tiempo miraba con estrañeza á Cascarilla.

La marquesa se apresuró á decir:

—Sí; y ya estaria allá si no me hubiera encontrado á este antiguo criado de casa. Pepe, adios: ya sabes, véte, preséntate al mayordomo, y serás recibido otra vez.

—Muchas gracias, señora, contestó Cascarilla con la mayor naturalidad: Dios se lo pague á vuecencia.

Y se fué; pero á poca distancia se metió en un portal, y observó.

—¡Marquesa! ¡marquesa la Antoñuela! ¡Vamos, algun marqués viejo que se ha enamorado de ella! Pues mejor: me ha caido la lotería, el premio grande. Madrid es una mina. ¡Para haberlo sabido! Pero siempre es tiempo. ¡Para que se me vaya á mí la gachona! ¡Que si quieres!

Y continuó observando sin ser visto á la marquesa y á su elegante amigo.

V.

—Pues no, dijo este: hoy la acompaño á usted.

—Por poco espacio, amigo mio, dijo la marquesa: no quiero que me vean en el hospital acompañada de nadie.

—¡Siempre rígida!

—Y gracias que aun así nos perdonen los maldicientes. Pero vamos: mis enfermos me esperan.

—Es usted un ángel, marquesa.

—Y usted un lisonjero, baron.

Y la marquesa se puso en marcha.

—Ya que usted va ahora mismo á consolar enfermos en nombre de la caridad, dijo el baron, me parece oportunísimo el momento para escitar la caridad de usted, su ardiente caridad, en favor de un enfermo que agoniza.

—Yo no cuido mas que de enfermos pobres, dijo la marquesa.

—Pues mas pobre que yo de esperanzas, es difícil haya otro sobre la tierra. ¡Siempre esquivándose!

—Precisamente: yo no puedo fijar mi atencion en un hombre de costumbres tan ambíguas como las de usted, y además tan poco piadoso. ¿Cuántos años hace que no oye usted misa, baron?

—No se trata de eso: cásese usted conmigo, y le prometo oir misa todos los dias y confesar todos los sábados.

—Lo consultaré con mi confesor.

—¡Aunque no sea mas que por rescatar un alma del poder de Satanás, marquesa!

—Empiece usted por trasformarse, amigo mio, y despues veremos.

—Mañana voy á buscar un maestro á las Escuelas Pías. Pero ¿qué hace aquí tanta gente reunida? Sin duda algun cadáver espuesto.

—¡Oh! dijo afectando una gran repugnancia la marquesa. ¿Quién será?

—Deje usted, voy á ver, dijo el baron: á mí me repugnan tambien estas cosas; pero por saber qué clase de persona es...

Y el baron se acercó.

Era alto, y pudo ver por encima de las cabezas de la multitud.

—¡Ah! esclamó. ¿Qué es esto? ¡Andrés!

—¿Conoce usted al muerto? le preguntó la marquesa, que no miraba.

—Y usted le conoce tambien, marquesa, y le conoce todo el mundo en Madrid: es Andrés Casares.

—¿Andrés Casares?

—Sí... sí señora, Andrés Casares: venza usted su repugnancia, y mírele usted.

—En efecto, dijo la marquesa palideciendo mas: es Andrés Casares.

VI.

En aquel momento intervino un tercero.

Un hombre con sombrero de copa, capa azul, y bajo ella un levita de ropería.

—Perdonen ustedes, dijo, señora, caballero... pero yo soy de la policía.

Palideció levemente la marquesa.

—¿Y bien, qué?... dijo con una franca impaciencia el baron: ¿qué tenemos que ver esta señora ni yo con la policía?

—Nada, caballero. Pero voy á esplicarme: yo soy de la policía secreta, y estoy aquí de servicio para ver si alguien conoce al muerto.

—¡Ah! esclamó la marquesa.

—Ustedes hacen un servicio á la justicia si le conocen y declaran quién es.

—Es don Andrés Casares, banquero... dijo el baron.

—Muchas gracias, caballero, dijo el de policía sacando una cartera y preparándose á escribir en ella. ¿Y dónde vivia el difunto?... Esto ahorrará á ustedes de prestar declaracion, porque yo me valdré del portero de la casa.

—Calle de Gravina, número 20, cuarto segundo.

—La casa incendiada, dijo el de policía escribiendo.

—¿Incendiada? esclamó la marquesa.

Y se puso otra vez densamente pálida.

—Sí señora, incendiada y quemada hasta los cimientos: no han quedado en ella mas que las paredes.

—¡Ah, baron! esclamó la marquesa. Han debido perderse grandes valores. ¡Y yo que tenia una suma de consideracion, treinta mil duros, en poder de Casares!...

—A mí me coge tambien algo, pero no tanto, dijo el baron. Esto es horrible: ¡su casa incendiada! ¡él asesinado!

—Sí, sí señor: esto es muy estraño, dijo el de policía, y puede ser que uno mismo sea el autor de estos dos crímenes. Muchas gracias, señores; para servir á ustedes.

Y el polizonte, despues de haber saludado respetuosamente, se alejó.

—Sea como quiera, dijo la marquesa, yo voy al hospital. No porque le haya á uno sucedido una desgracia, ha de olvidarse de los desgraciados.

—¡Siempre el ángel!

—No, marqués, no: tal vez la pecadora, que hace cuanto puede para que Dios la perdone sus culpas, dijo la marquesa con esa es-

presion hipócrita que está tan de moda entre ciertas gentes que no creen en Dios ni en el diablo. Pero adios, adios, que es ya tarde.

—Adios. ¿Irá usted esta noche al teatro Real?

—Indudablemente.

—Pues allí nos veremos. Hasta la vista, marquesa.

—Hasta la vista, baron.

VII.

Hé aquí cómo supo la justicia quién era el otro asesinado desconocido del monte de Matalobos.

Por la declaracion de los porteros se habia sabido que Casares se llevaba siempre las llaves de su cuarto.

Las llaves no se habian encontrado sobre él.

Era pues de presumir que el asesinato de Casares se hubiese cometido por quitarle las llaves y valerse de ellas para robarle, y que una vez consumado el robo, los ladrones hubiesen puesto fuego á la casa para borrar las huellas del asesinato de un agente de policía en la habitacion incendiada.

Este incidente establecia un misterio.

—¿Cómo, por qué se habia encontrado un agente de policía secreta en una habitacion, fuera de la cual estaba su dueño, que habia quedado completamente sola?

El asunto era uno de aquellos que producen una causa célebre, y el juez de primera instancia bebia los vientos en busca de pruebas para esclarecer la verdad.

VIII.

Volvamos á la marquesa.

Al cabo de una hora salió del hospital.

Al pasar por el portal donde aún permanecia esperándola Cascarilla, este la cortó el paso.

—Ahora que estamos solos, Antoñuela, la dijo, es necesario que te vengas conmigo.

—¿Y adónde? contestó tranquilamente la marquesa.

—Mira, ahí cerca, en una de esas calles, hay una buñolería donde he estado yo esta mañana tomando buñuelos y aguardiente. Vámonos para allá: allí hay un rincon oscuro donde podremos hablar sin cuidado.

—Vamos; pero vé tú delante: yo voy detrás: podríamos tener otro encuentro como el anterior.

—Bien, yo iré delante, con tal de que no me des esquinazo, Antoñuela.

—Me interesa tanto hablarte, como á tí te interesará hablarme. Echa á andar.

Cascarilla se puso en marcha, y cuando se hubo alejado algunos pasos, la marquesa le siguió.

IX.

Poco despues entraban en la calle de Buenavista, y en una buñolería.

Cascarilla se fué á su oscuro fondo, y en él se sentó junto á una mugrienta mesa.

La marquesa llegó y se sentó tambien.

A poco, una bandeja llena de dorados buñuelos, y una botella de aguardiente estaban sobre la mesa.

CAPITULO LVI.

DEL DESCUBRIMIENTO DE UN ALMA EN PENA Y DE LA FALSEDAD DE UN BILLETE DE BANCO.

I.

—¿Y cómo eres tú marquesa? preguntó Cascarilla. ¡Pues me parece bien! ¡Una cigarrera... y de pitillos de contrabando!

—¿Qué quieres, hijo? contestó la marquesa. Un dia se cayó del muelle de San Antonio al agua un señor; el hombre nadaba como un pez de plomo; no habia por allí nadie; yo estaba esperando á un sargento de artillería de Marina; me dió lástima el señor y me tiré al agua.

—¿Vestida y todo?

—¡Pues vaya! Le cogí por el cuello del *futraque* y le saqué; me metí con él en unos Montañeses de enfrente, y el señor, agradecido, me dió veinticinco onzas.

—¡Vaya, mujer, un buen regalillo! Pero eso no es ser marquesa.

—Espérate, hombre, que no soy costal. Yo envié á mi casa por ropa, me vestí otra vez y me fuí á esperar á mi sargento, con el cual, y con las veinticinco onzas que me habia dado el señor, me fuí á correrla: mira tú, tres dias nos llevamos de jaleo el sargento y yo... en fin, era menester descansar de aquello, y el sargento tenia que embarcarse.

Acababa yo de meterme en la cama y de arroparme muy bien y

de estirarme para dormir á mi gusto, cuando sentí que me echaban la puerta abajo.

—¿Quién diablos será? dije yo. Pues que llame con la cabeza: no estoy en casa.

Pero ¡quiá! Parecia que quien llamaba tenia los puños de hierro y daba con los dos.

Me asomé á la ventana y me encontré con que quien llamaba era Tirillas, el amo de la tienda de Montañeses donde yo habia entrado hacia tres dias hecha una sopa y con mi señor trincado por el pescuezo.

—¿Qué se ofrece? dije yo torciendo el gesto y de muy mal modo á Tirillas.

—Abre, mujer, abre, me dijo, que te traigo una noticia que te va á volver loca.

En fin, y para no cansar, lo que sucedia era que yo le habia gustado muchísimo al señor, que no habia podido olvidarme, que habia vuelto á la tienda de Montañeses y habia preguntado por mí á Tirillas.

Y como Tirillas era un tunante, le habia dicho que lo mejor que podia hacer era olvidarse de mí; que yo era una muchacha muy honrada que por nada del mundo me perderia, y que yo vivia con una señora que me habia sacado del Hospicio, y me ganaba la vida trabajando de costurera.

El señor dijo que él era el marqués de Satorres, y muy cristiano y muy caballero; que nunca habia pensado él en libertinajes, que era viudo, y que puesto que yo le habia enamorado y le habia salvado la vida y era honrada y buena, queria casarse conmigo.

—Conque ya ves tú, añadió Tirillas, que puedes ser marquesa, cariño, solo con que se compongan algunas cosas, que se compondrán: tienes diez y siete años, eres lista, y con cuatro lecciones te haces tú una señora y se la pegas al lucero del alba: por supuesto, chiquilla, que cuando tú seas marquesa me has de pagar bien el negocio, ó canto.

—Pues te habrá sacado un lado el tal Tirillas, dijo Cascarilla, porque el mozo no se descuidaba.

—¡Vaya, hombre! dijo la marquesa sonriendo de una manera

sesgada. Un dia en una fiesta de gitanos le dieron una puñalada en la tetilla izquierda.

—¿Y tu marido?

—Yo soy viuda.

—¡Ah! ¡Ya!

—Sí: era muy viejo el marqués, y se murió de susto de verse casado conmigo al poco tiempo.

—¡Vaya, mujer! ¿Y te dejó bien?

—Sí, hombre, sí: me dejó todos sus bienes libres, que eran mas que los vinculados, y además algunos millones en el banco. ¡Ya se ve! habia sido ministro...

—Pues te doy la enhorabuena, Antoñuela.

—¿Y tú?

—Yo, hija mia... figúrate tú que un dia me dijeron en Ceuta:—Toma tu licencia, Cascarilla, y véte.

Me metieron en un falucho y me enviaron á Algeciras.

Allí no conocia yo á nadie, y dije:

—A tu tierra grulla, aunque sea en un pié.

Y me fuí de limosna en una balandra.

Llegué con veinticinco reales: ya ves tú, me los comí en dos dias, y hace cinco ó seis que estaba yo en la estacion del ferro-carril, cuando un señor que yo no conozco me dió un billete de tercera para Madrid, una carta para el señor marqués de Casa-Otero, y me dijo, señalándome un fraile y una jóven que estaban en un wagon de tercera clase:

—Métete ahí, y no pierdas de vista á esos dos. Cuando llegues á Madrid no los dejes hasta saber en dónde paran, y cuando lo sepas, llevas esta carta al señor marqués de Casa-Otero: en el sobre van las señas.

—¡El marqués de Casa-Otero! dijo profundamente la marquesa. ¿Y le sirves?

—Sí, hija mia, sí; pero el marqués no tiene un cuarto, y me hace trabajar mucho.

—¿Y en qué te hace trabajar?

—Despacito, reina mia, despacito: yo no sé si me puedo fiar de tí.

—¡Ah! ¿Con que sirves en cosas importantes del marqués?

—Yo soy un hombre de mucho talento y muy útil, dijo Cascarilla con una gran importancia.

—¡Ya lo creo! Para todo, hasta para dar un pasaporte.

—No lo he hecho nunca: ya sabes que si yo he ido al otro lado del agua ha sido por una puñaladilla de mala muerte; pero si lo pagan bien...

—¿Dónde pára el marqués de Casa-Otero?

—¡Ah! ¿Tú sabes que el marqués se ha perdido?

—Lo sabe todo el mundo: los criados son nuestros espías. El marqués ha tenido un gran disgusto con su sobrina la baronesa de Castell-d'oro, ha roto con ella, se ha quedado sin un cuarto... esto se sabe por los criados.

—¿Sin un cuarto? dijo poniéndose pálido Cascarilla.

—Sí, hombre, sí, dijo la marquesa: eso se dice; pero tú que le sirves debes saberlo.

—Mira, contestó Cascarilla rascándose una oreja y profundamente serio: el marqués hasta ahora no me ha dado mas que palabras: yo me estoy manteniendo con lo que me dió el otro caballero de Cádiz, unos cuantos duros, y esto no tiene gracia. Supongamos que yo me comprometo por el señor marqués creyendo que el señor marqués me va á poner rico, que no me sale bien el lance y que voy al palo de balde... Vamos, vamos... es necesario que me hables claro.

—Se habla así, dijo la marquesa.

Y sacando una pequeña cartera, y de ella un billete de banco de dos mil reales, le dió á Cascarilla.

—¿Y para qué es esto, hermosa?

—En primer lugar, para que no me llames hermosa ni me hables de tú, dijo la marquesa fijando una mirada profunda en los ojos de Cascarilla: una mirada valiente, amenazadora, dominadora.

—Perdone vuecencia, dijo Cascarilla verdaderamente puesto en respeto: yo debo haberme equivocado: todo consiste en que vuecencia se parece como una gota de agua á otra gota á una buena hembra que cuando tenia quince años empezó á aprender á vivir teniéndome por maestro; vuecencia lo sabia sin duda yo no sé cómo...

—Mira, dijo la marquesa: Antonia la Rabicorta, la gaditana, la alegría de Puerta de Tierra, se murió, ¿entiendes tú? se murió.

—¡Qué lástima! Pero ¿es verdad que se murió?

—Sí, hombre, sí, eso lo sabe todo el mundo: medio Cádiz fué á su entierro: se puede pedir su partida de defuncion: yo soy doña Antonia de Navascués, marquesa viuda de Satorres; y si te he contado una historia, la he inventado, era porque queria oirte.

—Bueno, bien: ¡si yo no dudo! dijo Cascarilla rascándose de nuevo la oreja. Vuecencia es vuecencia, y Antoñuela la Rabicorta se murió... No hay que pedir, no, partida de difunto á la iglesia... eso lo estoy viendo yo... vuecencia no es Antoñuela, ni Antoñuela vuecencia... ¿Con que todo Cádiz fué al entierro de Antoñuela?

—Sí, hombre, sí... ¿No conoces allí á nadie?

—Yo conozco á todo el mundo.

—Pues en saliendo de aquí pones un despacho telegráfico á quien te parezca mejor, por supuesto pagando la contestacion para tenerla, porque tus amigos no deben estar muy en fondos, y pregunta si murió Antoñuela la Rabicorta, si la enterraron, y cuándo fué esto.

Miró con espanto Cascarilla á la marquesa, y vaciló.

—Pues si vuecencia no es Antoñuela, ¿cómo se le parece tanto? dijo.

—Mi padre era muy enamorado, Antoñuela era del Hospicio... puede muy bien ser mi hermana.

—Puede ser... puede ser, dijo mas conforme Cascarilla.

Pero insistiendo, añadió:

—¿Y cómo sabe vuecencia mi vida y milagros?...

—Despacio, despacio, señor Cascarilla, dijo la marquesa: tú te metes donde no te llaman: basta con que yo te conozca, y con que sepa que eres hombre de provecho.

Cascarilla se bebió distraido una copa de aguardiente, y se quedó profundamente pensativo.

II.

La marquesa permaneció tambien en silencio durante algun tiempo.

Al fin dijo:

—Tú viniste de Cádiz por encargo de un señor á quien no conocias, encargado de vigilar á un fraile y á una jóven que venian á Madrid, y de avisar del lugar en donde parasen al marqués de Casa-Otero.

—Sí.

—Cuéntame lo que viste y lo que hiciste.

Cascarilla contó todo lo que saben nuestros lectores á la marquesa.

Despues continuó:

—Al dia siguiente de mi llegada, el marqués me buscó y me dijo:

—Salgo de la casa de mi sobrina: rompo con ella; pero necesito penetrar esta noche en su casa sin que nadie me sienta: lleva esta carta al jefe del tren.

La llevé.

Fuí á decir al marqués que el jefe del tren de la baronesa le esperaria aquella noche en la puerta de la cochera.

El marqués me dijo:

—Está dispuesto para lo que sea menester, y cuenta con que te haré rico.

—¿Has vuelto á ver al marqués?

—Para verle tengo que tomar el tren para quedarme en Getafe, y á la estacion iba cuando encontré á vuecencia.

—Es necesario que vayas á ver al marqués.

—Son las ocho de la mañana, y el segundo tren no sale hasta las once.

—Tienes pues tiempo para poner un despacho telegráfico y recibir la contestacion, si pagas para que se reconozca la urgencia.

—Me basta, me basta.

—Estoy segura de que te informarás.

—No, como soy cristiano.

—Vé á ver al marqués: vuélvete esta tarde, y dime lo que el marqués te haya dicho.

—¿Y dónde he de ir?

—Al café de Anton Martin, á las cinco.

—Muy bien, señora.

—Adios, y no me sigas, dijo la marquesa; es mas, te prohibo que vayas á mi casa ni que siquiera pases por la calle.

—Muy bien, señora.

La marquesa se levantó y salió.

Cascarilla pagó, salió tambien, se embozó en su capilla, ganó la calle de Atocha y la plazuela de Anton Martin, y preguntó á un cualquiera dónde estaba el telégrafo.

Le dijeron que en la Puerta del Sol, en el ministerio de la Gobernacion, y Cascarilla se fué para allá murmurando:

—¡Que no es Antoñuela la Rabicorta! ¡que ha muerto Antoñuela la Rabicorta!... ¡que medio Cádiz fué á su entierro!... ¡Mentira! Antoñuela es la marquesa de Satorres, ó yo estoy loco ó borracho ó dormido... pero me ha dicho que pregunte por el telégrafo á Cádiz... bueno, sí señor... se preguntará... Es menester saber á qué atenerse.

Y como Cascarilla iba muy de prisa, llegó muy pronto á la administracion central de Telégrafos.

Inmediatamente presentó el despacho telegráfico siguiente:

«Á Curro el Remellado, plaza de San Antonio, 15, Cádiz. ¿Se murió la Rabicorta? ¿La enterraron? ¿Cuándo se murió? Yo la he visto en Madrid.—*Cascarilla.*—Contestacion pagada.—Urgentísimo.»

—¿Cuándo tendremos aquí la contestacion? dijo Cascarilla.

—Las señas de su domicilio de usted, y se la enviaré en cuanto llegue la contestacion.

—Yo vendré por la contestacion.

—Pues bien, venga usted antes de una hora; puede ser que para entonces ya haya contestacion.

—Muy bien, dijo Cascarilla: volveré dentro de una hora.

Y se salió y se metió en una taberna del callejon del Cofre, y almorzó bien, porque para él los buñuelos no habian hecho otra cosa que abrirle el apetito.

Entre comerse una fuente de callos, otra de caracoles y dos chuletas de ternera asada, regado todo con tres botellas, necesitó mas de una hora.

III.

Volvió al telégrafo.

Ya habia llegado la contestacion.

Estaba concebida en estos términos:

«¿Que tú has visto á la Rabicorta? Tú estás loco ó borracho: la Rabicorta se murió hasta las patas hace cuatro años, y la enterramos y estuvimos llorando quince dias. Pregunta otra cosa.—*Curro.*»

Se rascó la oreja Cascarilla.

—Bueno, dijo, bueno, rebueno... Ponga usted otro despacho, señor oficial, para otra persona, y yo volveré esta tarde por él.

Presentó este nuevo despacho, que costó muy caro porque era muy largo, á Cascarilla, y porque pagó un doble de contestacion.

«Señor don Gorito de Andrade: Tenga usted la bondad de decirme si se murió la Rabicorta, y cuándo, y si la enterraron, que usted la estimaba mucho y debió estar en el entierro y verla enterrar: yo me he encontrado aquí á la Rabicorta, mas bonita que antes: es el caso que ella me conoce tambien, y si no es la Rabicorta, es un alma en pena metida en el cuerpo mas hermoso del mundo. Sáqueme usted, por Dios, de cuidado, don Gorito, que estoy que no me llega el alma al cuerpo, no sea que esté tratando yo con una muerta resucitada. La contestacion, doble que este despacho, va pagada, que ya que incomodo á usted no he de hacer que tambien le cueste á usted el dinero.—*Cascarilla.*»

IV.

Para pagar se vió obligado el tunante á dar el billete que le habia dado la marquesa.

Le tomaron sin dificultad.

Sin embargo, el empleado le habia dado algunas vueltas.

Cascarilla salió.

—Todo esto es muy original, dijo uno de los empleados.

—¡Cosas de andaluces! respondió el de la caja. Y me ha parecido que el billete es sospechoso.

—¡Ah! dijo el otro. Esta puede ser una esploracion, Gutierrez.

—¡Cómo! ¿Se habia de atrever á traer aquí billetes falsos?

—Es una manera de asegurarse de su perfeccion, dijo Gutierrez.

Y sacó de nuevo el billete, que pasó de mano en mano por todos los empleados.

Fué examinado en todos sentidos.

Fué declarado legítimo por todos.

Sin embargo, el cajero estaba inquieto.

Llamó á su ordenanza y le envió con el billete al Banco.

Allí á los pocos momentos no pudo haber duda.

El billete estaba admirablemente falsificado.

Solo la comprobacion del talon y del número de série habian demostrado su falsedad.

Entonces se examinó mas prolijamente por los grabadores y los peritos, y se encontró en fin un grave defecto en uno de los óvalos del trasparente.

La matriz se habia lastimado sin duda, y en un pequeño punto estaban las líneas embrolladas.

Se tomaron las disposiciones necesarias para detener á Cascarilla si volvia por la contestacion.

—No, no volverá, esclamó desesperado el cajero, á cuyas espaldas se pegaban dos mil reales: he sido víctima de un robo.

Inmediatamente fueron avisados los principales comerciantes de Madrid, á los cuales podian llevarse á cambiar billetes.

CAPITULO LVII.

DE CÓMO CRISTÓBAL DESEMPEÑA UNA VEZ MAS EL OFICIO DE AGENTE DE POLICÍA.

I.

Juan del Valle de Sos, al salir de su estraña entrevista con Clotilde, habia ido á esconderse, por decirlo así, en la posada de Getafe.

Clotilde le habia dominado.

Habia ejercido sobre él una especie de influencia magnética; pero en el momento en que se vió libre de ella, se arrepintió de haber ido tan lejos en sus confidencias con la jóven.

La situacion en que se encontraba era insostenible.

El marqués no podia esperar ni un dia mas.

Su casamiento con Clara podria descubrirse.

Cierto es que aquel casamiento habia sido aparente.

Que Clara habia sido engañada.

Que bajo pretesto del secreto se habia cometido una imprudencia y un sacrilegio.

Era necesario que Clara no pudiese hablar.

Era tambien necesario que el marqués saliese de aquella situacion terrible, completamente privado de dinero, por la enérgica resolucion de Alfonsina.

Era de todo punto necesario comprometerla.

La tentativa de la noche anterior habia fracasado.

Esperaba pues con impaciencia á Cascarilla.

II.

Este llegó á las once y algunos minutos.

—Vámonos á paseo, le dijo el marqués: hace un dia muy hermoso.

—Como vuecencia guste, dijo Cascarilla.

Y salieron de la posada y luego del pueblo, y se aventuraron por las huertas.

En el tren en que habia ido Cascarilla, habian ido tambien Cristóbal y Gabriela.

Antes de entrar en el wagon de segunda, para el cual habia tomado billetes Cristóbal, reparó en Cascarilla y le pareció haberle visto otra vez.

Fatigó su memoria, y al fin recordó que le habia visto á lo lejos rondando su casilla de guarda campestre algunos dias antes.

Ya sabemos que Cascarilla habia seguido la pista al marqués de Casa-Otero, Alfonso del Valle de Sos, disfrazado de misionero. y de Clotilde.

III.

Aquella mañana muy temprano, antes de las ocho, Gabriela habia ido á ver á su maestro.

—¿Sabe usted una cosa? le dijo.

—¿Qué, niña? le respondió el buen industrial, que la trataba con mucho cariño y como de la casa.

—Que hoy no vengo al taller.

—Bueno, mujer. ¿Y por qué?

—Porque no vuelvo á trabajar.

—¡Cómo! esclamó don Francisco nublando el semblante. Te nos echas á perder, Gabriela. ¿De qué vas á vivir?

—De lo que gane mi marido, que es un hombre de bien, contestó tranquilamente Gabriela.

—¿Tu marido? esclamó con asombro don Francisco.

—Sí señor; me caso.

—Pero ¿cómo, si no tenias novio?

—Pues ahí verá usted, maestro; de la noche á la mañana me ha salido un hombre de bien.

—Necesito conocer á ese hombre.

—No tengo inconveniente: me está esperando en la esquina. Con que usted le vea la cara me basta.

—Pues que venga.

IV.

Gabriela salió, y á poco entró con Cristóbal, todo confuso.

El aspecto del ex-guarda de campo fué ya una garantía para don Francisco.

Le hizo un interrogatorio, justificándole con el deber que tenia como hombre honrado y como maestro de Gabriela de velar por ella, y quedó completamente satisfecho de las respuestas de Cristóbal.

Tan francos fueron y tan leales.

—Pues, hija, dijo entonces don Francisco, yo no tengo hijos: cuando yo me muera, me heredarán unos parientes lejanos; pero no te quedarás tú sin una buena parte: yo habia pensado esto, aunque no te lo habia dicho: mi mujer y yo te queremos mucho; por consecuencia, y ya que el señor me parece muy bien, ha llegado la hora de que yo hable. Tú no trabajarás mas como obrera; pero te quedarás en casa encargada del despacho. ¿Te parece bien?

—¡Vaya! sí señor.

—Tendrás un duro diario.

—¡Vaya! pues que Dios se lo pague á usted.

—El casamiento se hará en casa, y mi mujer y yo seremos los padrinos.

—Mejor.

—Además, yo te doy mil duros de dote para que tu marido se maneje con ellos.

—No hay necesidad de eso, dijo vivamente Cristóbal.

—Usted no tiene derecho á oponerse, señor mio, dijo sonriendo

don Francisco: yo soy rico, y no tengo pariente á quien agradecer ni siquiera el que me estime: esta se ha portado muy bien con nosotros: cuando mi mujer está mala, que sucede con frecuencia, ella la cuida, ella maneja la casa; ella además conoce muy bien el oficio, y ninguna mejor para el despacho. En esto, créame usted, yo soy muy franco, no es todo desinterés; yo no la he puesto ya en el despacho porque es muy atractiva, y yo tenia reparo de esponerla á las inconveniencias de los parroquianos, que son gente de alto coturno, soltera: despues de casada es distinto: no la engañará nadie: ella en el despacho me doblará la parroquia.

—No hay que hablar mas, dijo Gabriela: negocio concluido: yo tomo todo lo que usted me ofrece, porque me lo ofrece con muy buena voluntad. Ahora bien, como estoy hoy alegre, quiero pasearme con mi novio por el campo, y nos vamos á Aranjuez.

—Bien, mujer, bien: mientras tú te paseas, la maestra saldrá á encargar la canastilla, una canastilla elegante, y yo voy á cortarte unas botitas de raso, ya sabes, como aquellas por las que yo pongo ocho duros.

—Es usted muy bueno, maestro; pero mire usted, tengo hambre: nos vamos á almorzar á la fonda; luego comeremos en Aranjuez, y despues este me traerá aquí: desde ahora hasta que me case viviré con ustedes.

—Vivirás siempre, porque la casa es grande.

—Muchas gracias: mejor, así no tendremos que pagar alquiler.

V.

Cristóbal escuchaba dominado por la situacion.

Á cada momento le parecia mas simpático y mejor don Francisco.

La proteccion de este á Gabriela le habia inquietado.

Pero respecto á don Francisco, no era posible la inquietud: tenia el alma en la cara.

VI.

—Vamos, vayan ustedes con Dios, dijo el industrial: el dia es hermosísimo: yo iria de buena gana; pero ustedes tendrán que ha-

blar mucho, y además es dia de trabajo y tengo que hacer: los tres dias de bodas nos divertiremos en grande. Conque hasta la noche.

—Hasta la noche, maestro.

—Hasta la noche, y cuente usted conmigo como con un servidor y un amigo, dijo Cristóbal, que era muy cumplido.

Se pusieron en marcha.

—Espera, Gabriela, espera, dijo don Francisco cuando llegaban á la puerta de la tienda Cristóbal y la jóven.

Los dos se volvieron.

Don Francisco se acercó.

—Se me ha olvidado preguntarte una cosa muy importante, dijo en voz baja. ¿Sabe el señor...

—Sí señor, contestó Cristóbal.

—¿Sabe usted que esta...

—Sí, maestro, sí. ¿Pues no se lo habia de decir yo á un hombre que me ha buscado tan lealmente? Sabe que soy inclusera.

—Sí señor, dijo Cristóbal: lo sé y me alegro; así no tendremos parientes que nos incomoden.

—Bueno: pues nada mas, dijo don Francisco. Vayan ustedes con Dios, y hasta la noche.

VII.

Se alejaron definitivamente nuestros enamorados, y se fueron á almorzar al café de la Iberia viejo.

El famoso Cervantes les sirvió.

Á Cervantes el de la vieja Iberia le conocia todo el mundo.

Despues de almorzar convenientemente, se fueron á pasear por el Retiro para hacer tiempo y tomar el tren de las doce para Aranjuez.

Cuando fueron á la estacion y Cristóbal vió en el salon de descanso á Cascarilla, y le reconoció por el hombre que habia visto rondar una vez la casilla, dijo á Gabriela:

—¿Sabes que podrá suceder muy bien que no vayamos á Aranjuez?

—¿Empezamos ya con caprichos y tonterías, señor mio? dijo Gabriela.

—No, no es eso, luz de mis ojos, contestó Cristóbal: es que hay cierto pájaro, que sin duda va á alguno de los pueblos inmediatos, á quien me interesa observar.

—¿Quién? dijo Gabriela.

—Ese que está vuelto de espaldas, que tiene una capilla azul y un sombrero calañés.

—Parece un tunante.

—Pues por lo mismo.

—¿Y qué tienes tú que ver con tunantes? dijo Gabriela, que desde aquella mañana hablaba á Cristóbal de tú.

—No mires, que se puede volver y reparar, é importa mucho que esté descuidado.

—Pero y bien, ¿por qué te importa?

—No hemos hablado todavía, y tenemos muchas cosas que decirnos: cuando hablemos lo sabrás todo.

VIII.

En aquel momento se abrió la puerta del salon que correspondia al anden, y se oyó el silbido de la locomotora.

Cascarilla, con el contoneo de los andaluces de baja estofa, se encaminó gentilmente á un wagon de segunda clase y se metió en él.

Cristóbal y Gabriela entraron tambien.

—¡Vaya una hembra divina! esclamó para sí Cascarilla, al que se le bailaron los ojos. ¡Y tener yo que quedarme en Getafe! ¡Por vida de mi abuela la Bizca! Si yo pudiese averiguar dónde pára esa rosa, ¿qué se me habia de escapar á mí? ¡Jesucristo y qué ojos!... ¡Vamos... y pensar que ese bruto que va con ella!...

Pero Cascarilla apartó inmediatamente los ojos de Gabriela, asustado por una mirada irritada de Cristóbal.

IX.

Cascarilla pasó muy mal los cinco minutos que tardó el tren en llegar á Getafe.

Se echó fuera, y tan de prisa iba, que no reparó en que Cristóbal y Gabriela habian bajado tambien.

—¡Vaya un tio! dijo Gabriela. Tiene cara de traidor: me da miedo de que te metas con él.

—¿Sabes tú quién soy yo?

—Lo que veo es que ese hombre tiene trazas de traicionero.

—Los traicioneros no se atreven conmigo: si se atrevieran, no existiria yo en el mundo.

—¡Válgame Dios, hombre! No te convences: me parece que tienes mal genio. ¡Has echado una cara desde esta mañana!...

—Perdóname: no es contigo: son mis cosas.

—¿Y qué cosas tienes tú?

—Ya hablaremos. ¿No te he dicho que tenemos que hablar mucho?

X.

Á todo esto seguian á lo lejos á Cascarilla, que se dirigia al pueblo.

No habia tomado el ómnibus que hay en la estacion para que los viajeros salven la distancia que hay desde ella al pueblo, y Cristóbal y Gabriela no le habian tomado tampoco.

XI.

En efecto, Cristóbal llevaba muy mala cara.

Su situacion no era para menos.

Recordaba el asesinato del polizonte en la casa de Casares, su conocimiento con Pepa, la particion de dinero, despues su encuentro con María, su choque con los bandidos que le habian asaltado, el depósito que habia confiado á María.

Tenia remordimiento porque no habia ido á buscar á Clotilde, á contárselo todo; pero tenia tambien miedo de estar en Madrid.

Habia matado á un hombre.

Nadie lo habia visto, es cierto; pero un incidente cualquiera podia descubrirle.

Habia matado en defensa propia; pero antes de que esto se averiguase debia sufrir una larga prision.

Todo, lo repetimos, contribuia á que Cristóbal tuviese muy mala cara.

XII.

Dudaba si debia revelarlo todo á Gabriela.

Y sin embargo, se decia que era bueno tomar consejo de las mujeres.

La revelacion era demasiado grave; pero él debia decirlo todo á una criatura que de tal modo y en tan poco tiempo se habia enamorado de él, que casi era su mujer.

Pensaba además en el relicario que habia visto pendiente del cuello de la jóven; en la cruz señalada en un hombro.

Gabriela le habia dicho que tenia que hablarle.

Lo repetimos: era muy natural la ansiedad de Cristóbal, á la que llamaba mala cara Gabriela.

XIII.

Al cabo de diez minutos, Cascarilla se metió por el pueblo sin reparar en que era seguido.

Cristóbal y Gabriela continuaron detrás.

Cascarilla se metió en una fonda.

Poco despues, como sabemos, salió con el marqués de Casa-Otero, y ambos se encaminaron á la salida del pueblo.

Continuaron siguiéndolos á lo largo los dos novios.

—¡Bastante nos importarán á nosotros esos! dijo Gabriela contrariada.

—Calla y sigue, contestó con firmeza Cristóbal.

Siguieron.

XIV.

El marqués y Cascarilla se habian perdido por entre las huertas.

Al fin salieron de ellas y adelantaron hácia un agrupamiento de árboles.

Cristóbal, que no dejaba la pista, dijo:

—Ya sé yo adónde van á parar: de prisa, mas de prisa, Gabriela; tomémosles el rodeo.

Y llevando á la jóven del brazo y casi corriendo, avanzó á la carrera, prevaliéndose de las ondulaciones del terreno para no ser notado por aquellos á quienes seguia.

Un cuarto de hora despues ganaba la espalda del grupo de árboles al que, segun él, se dirigian el marqués y Cascarilla.

En una hondonada adonde habian llegado, sobre uno de esos senderos que se llaman caminos de herradura, habia un pequeño ventorrillo de dos cuerpos.

Cristóbal entró en él conduciendo á Gabriela.

Se encontró con una vieja y una muchacha.

La vieja los miró con intencion.

—¿Hay algo en que servir á ustedes? dijo.

—Sí, madre, sí, contestó Cristóbal: usted tendrá una habitacion.

La vieja miró de una manera repugnante.

—¡Vaya si tengo! dijo: arriba, y aunque á lo pobre, muy bien puesta y limpia.

—Pues bien, dijo Cristóbal: mi mujer se va á quedar ahí mientras yo vuelvo.

Se borró la sonrisa de la vieja.

—Yo no me quedo en ninguna parte, dijo con disgusto Gabriela.

—¡Cómo! ¡cómo! esclamó Cristóbal gravemente serio. ¿Empezamos ya, señora?

Gabriela miró con ansiedad á su novio.

—Usted me hará el favor, dijo Cristóbal, de esperarse aquí, ¿estamos? Yo tengo un negocio importantísimo que llevar á cabo, ¿usted entiende?

—Sí, sí señor que entiendo, dijo Gabriela, cuyo disgusto no cesaba. ¿Dónde está esa habitacion? Vamos allá; pero creo que tú no me tendrás esperando hasta el dia del juicio por la tarde.

—Yo creo que volveré pronto, dijo Cristóbal.

En fin, Gabriela subió al piso alto de la casa, acompañada de la

vieja, á quien para tenerla propicia habia dado un duro Cristóbal, y este salió de la casilla y tomó la direccion del grupo de árboles, que no se veia desde allí á causa de la configuracion del terreno.

XV.

Cristóbal adelantó con precaucion.

Al montar la pequeña colina que habia ocultado hasta entonce, los árboles, vió al marqués y á Cascarilla que se perdian entre ellos.

Cristóbal siguió adelante, cubriéndose siempre.

Corria, y llegó muy pronto á aquella pequeña alameda.

Penetró en ella silenciosamente, con todas las precauciones del cazador que se propone sorprender á la pieza en su cama.

Llevaba el oido atento.

El ex-guarda campestre era muy á propósito para una esploracion de este género.

Muy pronto el viento le trajo el rumor de dos voces.

Aquellas voces no estaban distantes.

La arboleda por aquella parte era espesa.

Cristóbal se acurrucó y avanzó.

De improviso se detuvo, se tendió y aplicó su oido á la tierra.

Oyó mas distinto el rumor de las voces.

Casi casi distinguió la entonacion.

Siguió arrastrándose como una culebra.

La maleza le protegia.

No causaba absolutamente ruido.

Así llegó á un lugar desde el cual vió, sin que pudiera ser vistos á nuestros dos personajes.

XVI.

Estaban en medio de un pequeño claro.

El marqués estaba sentado sobre una piedra, y sentado en la yerba estaba junto á él Cascarilla.

El lugar que ocupaban estaba perfectamente aislado.

Se comprendia que habian buscado un lugar en el cual, no pudiendo verles nadie, de nadie pudieran ser oidos.

—Parece que Dios me ha traido al lugar donde debia colocarme, dijo Cristóbal: el viento viene de allá, y pasa sobre ellos y sobre mí: el viento me traerá todo lo que hablen, por bajo que sea.

Y se tendió y pegó su oido á la tierra.

XVII.

Oyó distintamente todo este diálogo:

—Ya lo sabes, decia el marqués, y espero que no cometas ninguna torpeza: por medio de Damian puedes entrar esta noche en mi mismo cuarto: allí estará esperándome Clara: un golpe seguro, Cascarilla: un golpe seguro, que no pueda gritar: despues te salvas por donde hayas entrado.

—Muy bien, señor, contestó Cascarilla, que estaba decidido á decir que sí á todo lo que le propusiese el marqués.

Sentia en el bolsillo el peso del dinero que le habia dado la marquesa de Satorres.

—Nada espones, añadió el marqués, porque Damian se guardará muy bien de decir que él te ha facilitado la entrada. Para que no te ponga inconvenientes, voy á escribir una carta en que le diré que yo no puedo ir, pero que te envio á tí para que te pongas de parte mia de acuerdo con Clara.

—Pero esa carta puede comprometerme, dijo naturalmente Cascarilla.

—No, porque cuando suceda lo que debe suceder, cuando Damian se encuentre con Clara muerta, quemará esa carta que seria contra él una prueba de complicidad.

—Es verdad, dijo Cascarilla volviendo de nuevo á su papel.

—Esto es una cosa concluida, dijo el marqués. Ahora bien: falta lo principal, falta la baronesa.

—¡La baronesa!

—Sí por cierto: necesito tenerla en mi poder.

—¿Y cómo va á ser eso?

—De una manera muy sencilla: mi sobrina tiene la manía de la caridad.

—Bueno. ¿Y eso qué?

—Que la caridad nos va á servir de medio.

—¡Ah!

—Sí, escucha: en el número 15 de la calle del Tribulete vive un bribon, un raton de iglesia, un hipócrita, un avaro que me conoce mucho, que me ha servido mucho, á quien siempre he pagado bien, y que por lo mismo está siempre dispuesto á servirme. Este raton se llama don Anastasio, y vive solo; si no está en su casa, le encontrarás donde esté el jubileo: no tienes mas que preguntar por él al sacristan ó á cualquiera de los acólitos: ellos le avisarán. Cuando le veas, le das la carta que voy á escribirte.

—Bueno, bien, dijo Cascarilla.

XVIII.

Pasaron algunos minutos de silencio, durante los cuales el marqués escribió con un lápiz sobre un papel.

Despues el marqués dobló aquel papel, y lo entregó á Cascarilla.

—Nada tenemos que hacer aquí ya, dijo el marqués: vámonos. Es necesario que cuanto antes lleves esta carta á don Anastasio. Á la noche, ya lo sabes, véte á la puerta de las cuadras de mi sobrina, llama tres veces con la mano, y da esa otra carta á Damian; despues, sin vacilar... Es necesario que yo me quite de en medio inconvenientes.

—Descuide vuecencia, dijo Cascarilla: ya sabe vuecencia lo á propósito que yo soy para un empeño de honor. Pero se me ocurre una cosa: ¿cómo me voy yo á Madrid, si no pasará tren hasta las cuatro de la tarde?

El marqués sacó algunas monedas, tal vez del último dinero que le quedara, y dijo á Cascarilla:

—Alquila un caballo; si no le encuentras, una mula, y véte cuanto antes á Madrid.

—Muy bien, señor.

—Espero aquí, dijo el marqués: bueno es prevenirlo todo: no conviene que por un acaso nos vea nadie juntos: podria sobrevenir algun grave compromiso: la justicia pregunta mucho.

—Me parece bien, señor, dijo [illegible]

Y se tendió y pegó su oido á la tierra.

—Pues hasta la vista: sírveme bien, y has hecho tu fortuna.

—Descuide vuecencia.

El marqués se alejó.

XIX.

—Y bien, dijo Cascarilla cuando el marqués hubo desaparecido completamente: veamos lo que dicen estas dos cartas.

Y abrió una de ellas y se puso á leerla.

Pero aún no habia concluido, cuando se sintió asido por el cuello, y con tal fuerza, que lanzó un grito ahogado.

Luego, la mano poderosa que le asía le doblegó.

Otra mano le quitó la carta.

—Dame la otra, dijo una voz ronca.

—¿Qué otra? esclamó con voz ahogada Cascarilla, que en la posicion en que se encontraba no podia ver á su formidable interlocutor ni podia vencerle.

—La otra carta que ha escrito para don Antonio el de la calle del Tribulete el señor con quien acabas de hablar.

—Pues suélteme usted, amigo, para que yo pueda sacar de mi bolsillo esa carta, contestó Cascarilla.

Cristóbal, que él era, le soltó.

Cascarilla se enderezó y miró á Cristóbal.

Los tunantes de buena ley conocen á primera vista lo que es ó lo que no es el hombre que tienen delante.

Al ver Cascarilla á Cristóbal se asustó; pero era dueño de sí mismo, y el susto no le pasó al semblante.

—Y bien, amigo, tome usted la otra carta que me ha dado ese señor, dijo sacándola del bolsillo. Me alegro, porque yo no pensaba hacer nada de lo que ese señor me ha mandado: yo he venido aquí por compromiso. ¡Como que no hay mas que hacer lo que ese señor quiera! ¡y de balde! porque ha de saber usted que ese señor está perdido.

—Menos palabras, dijo Cristóbal, y oye: yo te he tomado la filiacion y el nombre, ¿entiendes? yo soy de la policía.

—Por muchos años, dijo Cascarilla. Y mire usted, me alegro: yo

soy muy bueno para la policía, y si usted quiere recomendarme...

—Lo que yo te recomiendo es que guardes un gran secreto acerca de mí, porque de lo contrario eres hombre perdido.

—Muy bien, descuide usted.

—Ahora véte, procurando que el marqués no te vea: por ese sendero se sale al camino: no te detengas: márchate á Madrid, y como si el marqués nada te hubiera encargado, porque si yo sé que has advertido á alguien, te me echo mano y no lo pasas bien.

—Repito que descuide usted.

—¡Ea! ¡largo! dijo Cristóbal.

Y dió un puntapié á Cascarilla, que se puso en fuga.

—De seguro, dijo Cristóbal, que ese tuno no se mete ya en este negocio. Pero veamos qué dicen estas cartas.

XX.

La primera decia así:

«Mi estimado Damian: No voy yo porque no seria prudente; pero es necesario que la persona que lleva esta carta hable con Clara: introdúcele y enséñale el camino. Tu obligado,—*J.*»

La segunda era larga.

Hé aquí su contenido:

«Mi buen Anastasio: Ya sabes cuánto te estimo y cuántos buenos negocios te he procurado: necesito que me sirvas ahora de una manera decisiva.

Es necesario que yo me apodere de mi sobrina la señora baronesa de Castell-d'oro.

Para esto es necesario llevarla á tu casa: yo iré á ella á las diez de la noche.

Para conseguir que la baronesa vaya á tu casa hay un medio muy sencillo.

Haz que cualquiera de tus comadres copie la carta siguiente:

«Excelentísima señora baronesa de Castell-d'oro: La reconocida caridad de vuecencia alienta á un desgraciado padre de familia á recurrir al gran corazon que Dios á vuecencia ha dado, y que nunca se siente mas satisfecho que cuando practica el bien: desgracias in-

merecidas, enfermedades, desastres de todo género, le han sepultado en una miseria horrible, que soportaria con resignacion si no estuviesen sumidos en ella séres á quienes ve perecer sin poder librarles de los mas horribles padecimientos, de la desnudez, del frio, del hambre, de la desesperacion.

Si vuecencia, como espero, tiene la bondad de venir á la calle del Tribulete, número 15, cuarto segundo, se convencerá por sí misma de que nada hay de exagerado en las quejas de este humildísimo, y de antemano reconocido servidor de vuecencia,—*Juan Rubio.*»

Es preciso, Anastasio, que tú hagas el papel de Juan Rubio, que metas en un camistrajo una muchacha guapa, á la que harás parecer pálida, que busques una comadre que haga el papel de madre desventurada, y tres ó cuatro pelones que pondrás en situacion.

Se trata de una comedia, detrás de la cual hay tal vez una fortuna.

Haz lo que puedas hacer, y cuenta con el magnífico agradecimiento que te ofrece,—*J. V. de S.*»

«P. D. Envia esta carta al oscurecer: yo iré á tu casa á las diez.»

XXI.

—Bien, muy bien, dijo Cristóbal: ninguna de estas cartas me obliga á estar en Madrid hasta la noche: puedo pasar bien el dia con mi querida: podemos hablar: son las doce y media: á las cuatro pasa un tren: en tres horas y media podemos decirnos todo lo que nos tenemos que decir: el dia está hermoso: en el ventorrillo he visto unas hermosísimas gallinas. Pues bien, una con arroz á la valenciana: ella debe tener buen diente: yo le tengo tambien: mientras paseamos y hablamos se hará la comida. Vamos allá.

Y Cristóbal se encaminó rápidamente al ventorrillo.

Gabriela estaba asomada á la ventana, y en cuanto le vió acercarse bajó.

CAPITULO LVIII.

DE CÓMO CRISTÓBAL PASÓ UNA BUENA TARDE, Y AL VOLVER Á MADRID SE AFIRMÓ EN LA CREENCIA DE QUE CASCARILLA ERA UN BRIBON.

I.

—¿Has acabado ya? le preguntó la jóven.

—Sí, vida mia, sí, y estoy completamente á tu disposicion, dijo Cristóbal.

—Por supuesto hay que pasarse por hoy sin Aranjuez.

—Me parece que sí.

—Lo siento, porque Aranjuez me gusta mucho: me desvivo por correr por aquellas alamedas de árboles interminables.

—Ahora están muy frias, y los árboles no tienen hoja.

—Pero se come muy bien en la fonda de la estacion.

—Aquí no comeremos mal. ¡Hola, patrona! Mate usted una gallina, y guísela usted con arroz á la valenciana.

—¡Y si se pudiera tener otra con tomates! dijo Gabriela. Pero no es tiempo.

—Yo tengo riquísimos tomates en conserva.

—Pues bueno, dijo Gabriela: gallinas no, pollos pequeños: dos pollos con arroz, otros dos pollos con tomates, una ensalada con huevos duros, y... nada mas, hay bastante; y eso al momento: se puede hacer en una hora: dentro de una hora volveremos.

—Muy bien, señorita, dijo la vieja.

Y se lanzó sobre un desgraciado pollo que iba corriendo tras otro por quitarle un granillo.

II.

Gabriela, sin inquietarse en lo mas mínimo porque acababa de decretar la muerte de cuatro inocentes, se asió al brazo de Cristóbal.

Este la condujo por un sendero orlado de yerba, al lado de un arroyo, hácia los árboles.

—¿Se podrá saber á qué te has ido? dijo Gabriela.

—Sí, mujer, sí: me habia causado grandes sospechas el bribon que ha venido en el mismo coche que nosotros, y necesitaba saber... Pero nada... era un asunto de contrabando de carne... de matute.

—Anda y déjalos que se ganen la vida, dijo Gabriela. Pero tú tienes secretos, Cristóbal, tú estás triste...

—Sí, mujer, sí; anoche me sucedió una negra cuestion, y tengo miedo.

—¡Miedo! ¿Y de qué?

—Anoche maté á un hombre, dijo Cristóbal haciendo un esfuerzo.

—¡Jesus mio! esclamó la jóven poniéndose densamente pálida y temblando.

—Sí, mujer, sí; cuando yo me retiraba á mi casa me acometieron cuatro tunantes.

—¿Para robarte?

—Sí.

—Y cada uno con una navaja de á palmo en la mano.

—¿Es decir, que te viste obligado á defenderte?

—Sí.

—¿Y que si no matas mueres?

—Sí.

—Pues entonces... has hecho bien, Cristóbal, has hecho bien: todo el mundo tiene obligacion de defenderse.

—Sí; pero si se averigua...

—Habrán conocido que el muerto es ladron; le encontrarian con la navaja en la mano

—Sí, sí, todo eso es verdad; pero antes de probarlo se pasarán seis meses: en España la justicia camina muy despacio.

—Bueno; pero te soltarán... ¡ya lo creo que te soltarán! Y luego, que mi maestro conoce mucha gente gorda y hablará por tí. Eso no es nada.

—¿No has dejado de quererme, Gabriela?

—No: me parece que te quiero mas ahora, porque eres valiente.

—¡Alma mia!

Y Cristóbal se sonrió.

—Así te quiero, alegre, dijo Gabriela. Pero me parece que no me lo has dicho todo.

—Voy á decirte lo que falta.

—Veamos.

—Yo tengo una hija.

—¡Una hija! esclamó Gabriela deteniéndose.

Se habia puesto pálida, y miraba á Cristóbal de una manera escesivamente séria y severa.

—Una hermosa hija de diez y ocho años.

—¡De diez y ocho años! ¿Pues cuántos tienes tú?

—Treinta.

—Entonces tu hija no es tu hija.

—No: es una jóven á quien he prohijado.

—¿Y por qué has prohijado tú á nadie?

—Escúchame, Gabriela. Pero sentémonos: aquí, al pié de esta tapia, calienta bien el sol.

III.

Se sentaron junto á la tapia de un cercado, y Cristóbal contó á Gabriela cómo habia adoptado á Clotilde; que su padre, que era un misionero, habia sido asesinado; que estaba sola en el mundo; que la habia llevado casa de su prima, y que en ella habia encontrado á la baronesa de Castell-d'oro, que la habia creido su pariente por lo mucho que se le parecia, y se la habia llevado á su casa; pero no contó á Gabriela lo de la cartera, ni lo de la herencia de Clotilde, ni la aventura terrible en que se habia encontrado al ir á buscar aquella herencia.

IV.

—Y bien, dijo Gabriela: si la señora baronesa de Castell-d'oro no conserva consigo á esa señorita porque no sea su pariente ó porque no quiera, vivirá con nosotros, y la enseñaremos á guarnecer calzado de señora. Has hecho bien, Cristóbal, has hecho bien: tienes un corazon muy hermoso: á cada momento te quiero mas.

—Veamos, dijo Cristóbal: cuando una mujer quiere á un hombre tiene confianza en él.

—¿Qué es eso? ¿qué quieres decir?

—Que yo te he contado todas mis cosas, y tú no me has contado las tuyas.

—¡Yo sí, Dios mio! Yo te he contado todo lo que tengo que contar, que es muy poco.

—Algo hay que no me has contado.

—Sabrás tú mas que yo.

—Anoche, para hacerte volver en tí, te desajusté.

—¡Vaya! yo no sé qué necesidad hay de decirle á una cosas que la enfadan.

—Al despertarte vi que pendiente de la cadena que tienes al cuello hay así como un relicario, y que en el hombro izquierdo tienes una cruz encarnada.

—¡Toma! Es una señal que me hicieron para echarme á la Inclusa, y lo que hay en el relicario, mira.

Y la jóven sacó de su seno aquella sencillísima joya, la abrió, y sacó de ella un pequeño papel amarillento y plegado en algunos dobleces.

En aquel papel se leia:

«Setiembre—1.°—1836.

Gabriela.

Está bautizada.

Guardad esta medalla y este papel.»

—¿Y nada mas? dijo Cristóbal.

—Nada mas, dijo Gabriela guardando el papel en el medallon y el medallon en el seno: esto y la cruz roja que tengo en el hom-

bro. El medallon me le dieron cuando salí del Hospicio, encargándome le conservase: entonces me dijeron que este medallon y esta cruz podrian servir un dia para que mis padres me reconociesen: yo me eché á pensar: yo dije: cuando me enviaron á la Inclusa con una joya de oro, mis padres deben ser ricos: tal vez este medallon lo ha llevado mi madre, y me estremecí. Pero ¡bah! han pasado dos años, y nada, no me han escrito del Hospicio, aunque saben dónde estoy, porque tienen derecho á saberlo. ¡Ah! Para casarnos tenemos que avisar al Hospicio, y se informarán de si eres hombre de bien, y de si tienes para mantenerme... Es menester pedir los papeles, Cristóbal... Lo que se ha de hacer á hacerlo: no me gusta estar así: no quiero pasear con quien no es mi marido, y á mí me gusta mucho pasear, cuando no hay que hacer, se entiende. Vamos á llevar muy buena vida: los dias de fiesta á divertirnos: verdad es que no podremos irnos un dia entero al campo, porque es necesario tener abierta la tienda hasta la una. ¡Pero has visto qué bueno es mi maestro! ¡Mil duros á tocateja... y luego heredarle! ¡Válgame Dios! Verdad es que cuando yo esté en el despacho se aumentarán los parroquianos.

—Pues no me gusta eso mucho.

—¡Calla, tonto! Todo se reduce á ser amable, á sonreirse alguna vez, y á parecer como otras muchas. Y luego, ¿crees tú que en Madrid las mujeres son mas ó menos galanteadas porque estén en un despacho ó no? Con que valgan algo no pueden salir á la calle sin que se les vayan detrás moscones. ¡Son mucho los hombres de Madrid! Pero con no hacerles caso y con enseñarles los dientes cuando es menester, asunto concluido. La que se sabe hacer respetar, se la respeta.

V.

Tendríamos diálogo para muchas páginas si hubiésemos de ocuparnos del que medió entre los dos enamorados hasta que escitados por el hambre creyeron que ya la comida debia estar pronta.

Se volvieron al ventorrillo y encontraron la mesa puesta.

Comieron alegremente y todo les pareció muy bien.

A las cuatro estaban en la estacion esperando el tren, que no tardó en llegar.

Quince minutos despues, Gabriela entraba sola en la tienda de su maestro.

Cristóbal se habia escusado de ir, y se habia despedido hasta el dia siguiente.

VI.

Empezaba á oscurecer cuando Cristóbal pasaba por la Puerta del Sol.

De improviso vió que de la puerta de la casa de Correos avanzaba un grupo de gente.

En medio de aquel grupo se veian los tricornios de aquellos caballeros que se llamaban *guindillas*, esto es, agentes de proteccion y seguridad pública.

Cristóbal acudió como otros tantos curiosos.

En medio de los agentes iba un hombre preso, maniatado, cabizbajo, andando de mala gana en direccion á la calle de la Montera.

—¡Calla! dijo Cristóbal. ¡Este es mi hombre! Pero ¿por qué le llevan preso?

Era en efecto Cascarilla.

VII.

Cuando volvió de Getafe, creyendo que era hora de que hubiera venido de Cádiz la contestacion de su compadre don Gorito, se entró tranquilamente en la oficina de la administracion del telégrafo.

Cuando le vió el cajero se le alegró el alma.

Sin embargo, él y los empleados disimularon.

—¿Ha venido la contestacion de mi despacho? preguntó.

—Sí señor, y bien completa, contestó el oficial.

—Veamos, veamos, dijo Cascarilla.

—Tome usted.

—Hágame usted el favor de leérmelo, dijo el tunante, porque yo estas letras de las oficinas las leo muy mal.

El empleado abrió el despacho.

Entre tanto, otro empleado habia salido.

El despacho decia así:

«¡De quién te acuerdas tú ahora, Cascarilla! La Rabicorta se murió hasta las uñas no se sabe de qué: una mañana se la encontraron muerta los vecinos: una apoplegía. Se alborotó el barrio de San Antonio, se la vistió de blanco, como doncella que era, y se la puso una palma; por mas señas que la compré yo: luego se la metió en una caja propia y elegante, y en hombros de la Pimienta y de la Cogujada y de la Narices y de la Blanqueadora, todas vestidas de blanco y con las matas de pelo tendidas, se la llevó al Campo-santo y se la enterró en paz y en gracia de Dios; y despues, como es de costumbre, se la hizo un fiesta, y hubo cante y buñuelos y manzanilla por largo: yo fuí al entierro y la vi echar la tierra encima con estos ojos que la tierra se ha de comer, y desde entonces á nadie he oido hablar de ella hasta que tú me has preguntado. Como has pagado tanto despacho, todavía se quedan palabras en la máquina, y no las aprovecho porque tengo mucho que hacer...»

VIII.

Aquí se interrumpió el despacho.

Una mano robusta se habia apoyado violentamente en un hombro de Cascarilla, que se volvió de muy mal humor.

Se encontró con un comisario de policía.

—¿Es este el hombre que ha dado á usted esta mañana un billete de dos mil reales? preguntó el comisario al cajero.

—Sí señor, dijo este; y suplico á usted le registre á ver si se le encuentra encima el cambio.

—¿Y á mí, por qué me ha de registrar nadie? dijo Cascarilla.

—¡Silencio! esclamó el comisario levantando su baston. Regístrenle ustedes, agentes.

—¿Es por el billete? esclamó Cascarilla entregándose y abriendo los brazos para que le pudiesen registrar bien.

—Sí, bribon, esclamó el cajero: por el billete falso que me has metido esta mañana, infame.

—¿Que era falso el billete? esclamó Cascarilla poniéndose mortalmente pálido. Pues que mil rayos me partan si yo lo sabia: me lo ha dado ella.

—¿Y quién es ella? preguntó el comisario mientras los agentes seguian en su operacion.

—Ella es, dijo Cascarilla, la del despacho.

—¿La muerta? esclamó el oficial que tenia aún el despacho en la mano.

—¡La muerta! esclamó Cascarilla. Que se lo cuenten á su abuela. ¡La muerta! Yo la he visto, y ella me ha jugado una partida serrana, como de las suyas. Señor comisario, yo soy inocente, yo no sabia nada: si el billete es falso que se lo carguen á ella en cuenta, á la señora marquesa de Satorres.

—¡Oh! esclamó el comisario. Hágame usted el favor de escribir, señor mio.

Uno de los empleados escribió.

—¿Cuánto se ha encontrado? añadió el comisario á los agentes.

—Mil ochocientos noventa reales, dijo uno de ellos.

—Se han quedado con dinero, señor comisario, dijo Cascarilla: que enseñen todos las manos; se han quedado esos pillos de guindillas lo menos con cinco ó seis duros.

Cascarilla no fué oido.

Solo consiguió que uno de los guindillas le agarrara brutalmente por un brazo, y le dijera sacudiéndole:

—Usted nos hará bueno eso.

—¡Pero, señor! dijo Cascarilla: ¿estamos aquí en Turquía, ó es este el prendimiento de Cristo?

—¿Y qué mas se ha encontrado? dijo el comisario.

—Una navaja de las de Santo-óleo, un pañuelo, y una cajetilla de tabaco, papel y fósforos.

—Que me den el tabaco, los fósforos y el papel, dijo Cascarilla.

—Átenle ustedes, contestó el comisario, y vamos.

Lo que consiguió Cascarilla con acusar á los polizontes de que se habian quedado con cinco ó seis duros, fué que le ataran de una manera tal que le obligaron á dar gritos.

Le sacaron á la calle y le encaminaron á la cárcel del Saladero.

Entonces fué cuando, atravesando la Puerta del Sol, le vió Cristóbal.

Por lo que decian los guindillas á los que les preguntaban, supo que le llevaban preso por espendicion de billetes de banco falsos.

—¡Ah! murmuró Cristóbal. Ya sabia yo que se trataba de una buena pieza.

En aquel momento vió pasar esbelta, rápida, distraida, una mujer.

—¡Es ella! esclamó Cristóbal.

Y la siguió.

CAPITULO LIX.

DE CÓMO Á CAUSA DE LA BRUTALIDAD DE UN COMISARIO, ESTUVO Á PIQUE DE TURBARSE EL ÓRDEN PÚBLICO, Y DE CÓMO CRISTÓBAL SUPO Á CAUSA DE ESTO, QUE HABIA MATADO SIN RESPONSABILIDAD.

I.

Cristóbal siguió á aquella jóven; pero iba tan de prisa, y estorbaba de tal manera la gente á Cristóbal, que cuando iba á alcanzarla, ya entraba en la tienda de la florista de la Carrera de San Gerónimo, donde la vimos la noche anterior.

Porque aquella jóven era María.

Llevaba una caja de carton.

Habia cumplido su palabra: en aquel momento daban las cinco en el reló del Buen Suceso.

Habia pasado toda la noche y todo el dia trabajando y cuidando de Gabriel.

Los tres millones entregados por Cristóbal habian sido olvidados.

Estaban guardados en un armario.

Eran como si no existiesen: no les pertenecian.

Si no hubiese encontrado trabajo María, si nada les hubiese quedado de la suscricion de sus vecinas, si les hubiese acometido la miseria, Gabriel hubiera vuelto al hospital; Maria hubiera demandado la entrada en un asilo de beneficencia.

Las almas nobles y buenas son fuertes contra la adversidad, y sucumben bajo la desgracia antes que mancharse con la infamia ó con el crímen.

II.

Cuando acabó su último ramillete lanzó un grito de alegría.

—Buen jornal, dijo: tres duros en veinte horas: sí, no es poco ganar treinta reales diarios. Madama Leontina encontrará los ramilletes bellísimos. ¡Oh, Dios mio! ¡Trabajo, trabajo continuo! Esta es la vida del pobre. ¡Ah! Y con buen trabajo, con trabajo como este, no tengo que esforzarme mucho para ganar treinta reales.

—¡Y yo no puedo ayudarte en nada! esclamó desesperado Gabriel.

—¡Ah! Tú te repondrás, tú trabajarás tambien, dijo María. Despues... ¡Oh! Cuando estés bueno...

La jóven se detuvo.

Un vivo color sonrosado que habia subido á su semblante, habia suplido á las palabras que no habia pronunciado.

Se habia puesto entre tanto un pañolon, habia puesto en una caja los ramilletes, y luego se prendió el manto.

—Volveré al instante, dijo: duerme entre tanto; madama Leontina no me entretendrá. ¿Quieres algo?

—No, alma mia, estoy bien: tengo la cabeza firme: yo creo que mañana me podré levantar.

—Para eso es necesario estar tranquilo. Pero adios: vuelvo al instante.

María cerró la puerta, y dejó la llave á una vecina del piso inferior.

Esta quiso ver los ramilletes, y examinándolos y asombrándose y elogiándolos, detuvo á María algunos minutos.

Esta pudo tomar al fin, casi á la carrera, la calle de Hortaleza adelante.

En poco tiempo llegó á la Carrera de San Gerónimo, á la tienda de madama Leontina.

Cristóbal la habia seguido, y se quedó esperando fuera.

—¡Bah! dijo. Las mujeres cuando se ponen á hablar no acaban nunca, y mas cuando llevan trabajo á una tienda.

Y se puso á hacer fatalmente un cigarro.

Y decimos fatalmente, por lo que se verá mas adelante.

Madama Leontina no habia entretenido, como pensaba Cristóbal, á María.

La habia bastado examinar rápidamente las flores.

—¡Admirables, hija mia, admirables! dijo. Yo no creí que era usted tan buena florista: irremisiblemente, es necesario que se quede usted en casa al frente del taller.

—¡Un sueldo! esclamó María conmovida.

—Sí, el sueldo que usted quiera.

—Bien: mañana hablaremos de eso, madama Leontina, dijo María: por esta noche dispénseme usted: tengo una amiga enferma, á la que cuido, y la he dejado sola.

—¡Ah! Lo siento. Tiene usted que entretenerse un poco mas, y hacerme al mismo tiempo un favor: no tengo dinero suelto: agradeceria á usted vaya á cambiar este billete de cuatro mil reales á los Saboyanos.

—Con mucho gusto, señora, dijo María.

III.

Hé aquí lo fatal de haber pensado en hacer un cigarro Cristóbal mientras esperaba á María.

Mientras madama Leontina daba el billete de banco á María, Cristóbal encendia su cigarro en otro de un transeunte.

No habia visto pues que María habia tomado un billete de cuatro mil reales, ni vió tampoco que habia salido, hasta que mirando á la tienda vió que no estaba en ella, y buscándola, la apercibió á lo lejos en el momento en que entraba en la tienda de orfebrería de los Saboyanos.

Cuando llegó Cristóbal á la tienda, ya habia dado María el billete.

El del mostrador lo habia mirado al trasluz por algunos segundos, y habia dicho á otro de la tienda:

—Francisco, vaya usted adentro por el cambio de un billete de cuatro mil reales.

Entre aquellos dos hombres se habia cruzado un signo de inteligencia que María no habia visto.

Francisco habia entrado.

En aquel momento llegaba Cristóbal, y miraba por los cristales á María.

—No, pues ahora no se me escapa, se dijo: en cuanto salga la hablo. ¿Y á qué viene aquí? No compra. ¿Para qué espera? ¡Pero, Dios mio! ¡qué hermosa es y qué interesante!

IV.

En aquel momento se detuvieron junto á él tres hombres.

El uno no tenia sombrero.

Parecia dependiente de una de las tiendas inmediatas.

Los otros eran guindillas.

—Esperen ustedes aquí, dijo el de la cabeza descubierta: yo voy á avisar al comisario, que está en el café de al lado.

—¿Á quién van á prender? se dijo Cristóbal.

Entre tanto, el del mostrador daba conversacion á María de la manera mas natural del mundo.

María suponia que estarian contando el dinero.

Pasaron cinco minutos.

Al fin Cristóbal vió venir al dependiente con un hombre de capa y sombrero redondo, que olia desde una legua á polizonte.

Los dos entraron en la tienda.

V.

—Buenas noches, dijo el comisario. Este dependiente me acaba de decir que me necesita usted para detener una persona que le ha dado para que se lo cambie un billete de banco de cuatro mil reales falso.

—¡Dios mio! esclamó María. ¡Un billete falso!

—Sí, sí señora: una bribonada que afortunadamente se ha frus-

trado, dijo el saboyano de buena fé, creyendo que María era una ladrona.

María no oyó mas.

Vaciló, y cayó sin sentido.

—¡Pues! ¡Lo de todas! dijo el comisario. Estas buenas mozas son terribles. ¡Á ver, Puerta! añadió dirigiéndose á uno de los guindillas, mientras alzaba á María: vaya usted por un coche.

Cristóbal estaba aturdido.

Lo habia comprendido todo.

El comerciante tenia el billete en la mano, y le mostraba al comisario.

—¡Pero, señor! decia Cristóbal: ¿será esto posible? ¿Será esta hermosa jóven que tanto anhela encontrar la baronesa, espendedora de billetes falsos? Despacio, Cristóbal, despacio. ¡Y á esta mujer he entregado yo la fortuna de Clotilde, esa fortuna que he recibido á tanto precio!... Veamos, veamos qué es esto.

VI.

El comisario tomó el billete y le examinó.

El comerciante le hacia observaciones.

Entre tanto, se habia reunido mucha gente.

Cristóbal estaba ya perdido entre ella, y observaba siempre lo que en la tienda acontecia.

El comisario guardó el billete, y como hubiese llegado ya el coche, se apresuró á hacer llevar á él á María, que continuaba desmayada.

La estraordinaria hermosura de la jóven habia interesado á todo el mundo, particularmente á las mujeres.

Una vendedora de castañas de la esquina, que habia acudido á la novedad, al ver que metian en el coche á María, esclamó:

—¿Apuestan ustedes, señoras, á que se va á meter tambien en el coche el señor comisario?

El polizonte miró de una manera terrible á aquella hembra de rompe y rasga.

—¡Que si quieres! dijo la castañera. No se incomode usted, cariño, que quien va á entrar en el coche soy yo, ¿entiende usted? ¡Pues no faltaba mas!

—Retiren ustedes á esa mujer, dijo el comisario.

—¿Y por qué, esclamó Cristóbal mirando de hito en hito al polizonte, si se presta á acompañar por decencia á una jóven desmayada, que tal vez es inocente?

—Cállese usted, esclamó el comisario presentando su baston á Cristóbal.

—No, dijo este; y estoy dispuesto á ir adonde usted quiera.

Un rumor sordo y amenazador se dejó sentir entre la multitud que rodeaba al coche.

Resonaron algunos silbidos y algunas voces de ¡fuera! ¡fuera! ¡que la acompañe una mujer!

El pueblo español, y especialmente el pueblo de Madrid, se opone siempre á las violencias públicas de la autoridad, por mas que sea duramente restrictivo el régimen que pesa sobre la nacion.

Y no podia serlo mas el que sufria España por aquellos tiempos, seis meses antes de la revolucion del 54, cuando hacia feliz y grande á España el gabinete Sartorius.

Pero esto importaba poco.

El pueblo español en ciertas circunstancias no respeta nada; mejor dicho, no teme nada.

VII.

El comisario sintió miedo.

Aquello se convertia en un tumulto.

Cedió, pero remarcó á alguno de los que le habian apostrofado, entre ellos á Cristóbal.

La valiente castañera, dejando encomendado el puesto á su hija, se metió triunfante en el carruaje, y el comisario se vió obligado á montar prosáicamente en el pescante.

Esta especie de bribones han sido siempre muy insolentes y muy coléricos.

El de que nos ocupamos estaba furioso, y antes de montar dijo á los guindillas:

—Vigilen ustedes á todos los que me han hecho la contra, y á ver si encuentran por dónde meterles mano.

Despues de esto, el carruaje se puso en marcha, llevando en el pescante al comisario y en el estribo á un guindilla.

La multitud siguió al carruaje.

—¡Aprieta al caballo! dijo el comisario al cochero.

Este, que era como todos los de su clase, rebelde, y se habia picado de miron, dijo:

—El caballo está muy cansado, señor comisario, y va muy cargado el coche.

—Si no aprietas te meto en la cárcel, dijo el comisario.

Á esta insinuacion, el cochero arrimó dos latigazos al pobre bicho, que partió al trote largo.

Esto no hizo mas que aumentar el escándalo.

Una nube de silbidos de la multitud que seguia al carruaje, mejor dicho, que le rodeaba, saludó al polizonte.

Todos aquellos ociosos se pusieron á la carrera.

Los que vieron al pasar aquello, y quisieron informarse de que era, corrieron tambien.

Los silbidos aumentaban.

El comisario temblaba.

Temia que acreciese la tempestad, y que la turba, alentada por su número, pasase á vias de hecho.

Pero el pueblo español no pone en libertad á los criminales.

Se reduce á evitar que se les trate brutalmente, y silba *sans façon* á la autoridad que abusa.

Al acercarse aquel tumulto al Gobierno civil, la guardia, que era de guindillas, se formó apresuradamente.

Crecieron los silbidos.

El coche se detuvo.

El comisario, rugiente como un tigre, se echó del pescante al suelo, y levantando su baston, dijo á la guardia:

—Despejen ustedes esa gente y prendan al que resista, en nombre de la reina y del órden público.

Entonces avanzó una especie de diputacion en que habia gentes de diferentes trazas, desde lo mas elegante hasta lo mas modesto.

—Nosotros somos ciudadanos, dijo uno de ellos; hemos presenciado un escandaloso abuso de autoridad, y necesitamos ver al señor gobernador para quejarnos de este comisario.

Aquello era ya serio.

Se trataba del derecho de representacion; que nunca ha estado completamente ahogado en España, ni aun en los tiempos de mas tiranía.

El comisario tembló y se cubrió de sudor frio.

—Pero, señores, dijo con la voz trémula, ustedes están equivocados: yo no he cometido ningun abuso.

—Sí señor, esclamó la castañera sacando la cabeza por la portezuela del carruaje: ese pícaro queria meterse solo con esta pobre que está todavía desmayada, y que es bonita como un ángel, y porque le dijimos que eso no estaba decente, nos quiso sopapear á todos: sí señor, á todos: á ciudadanos y á ciudadanas libres, porque sí.

Los aplausos á la castañera y los silbidos al comisario se mezclaron.

Los de la guardia no sabian qué hacerse.

El gentío aumentaba.

La noticia de los atropellos del comisario cundia entre la multitud.

Al fin se presentaron algunos de los empleados del Gobierno civil.

Oyeron á aquella especie de diputacion del pueblo, que dió unos informes horribles.

Segun ellos, la imprudencia y los desafueros del comisario habian estado á punto de causar una conmocion popular.

El comisario desmentia y daba parte, como alegando un servicio, de que habia arrestado á una espendedora de billetes falsos; que era hermosa é hipócrita; que habia hecho el papel de desmayarse; que algunos vagos habian querido armar un alboroto, y que los hombres honrados que formaban aquella diputacion, y que habian llegado despues, habian sido engañados.

—Todos estábamos allí cuando ese señor ha pretendido ejercitar sus violencias.

—¡Sí! ¡sí! ¡sí! gritaron muchas voces.

María fué sacada.

Su desmayo continuaba.

Hasta los empleados del Gobierno civil se interesaron por ella.

En aquel estado fué introducida en una sala baja, donde estaba el gobernador.

La castañera y otra mujer de la misma talla llevaban en brazos á María.

El comisario entró, seguido de aquella diputacion improvisada del pueblo.

Oyó primero á esta, que dió una queja formal *de las brutalidades, de las peligrosas imprudencias* del comisario, y el parte de este de la aprehension del billete presentado por María para que se lo cambiasen en los Saboyanos.

VIII.

—Señores, dijo el gobernador: ese comisario queda desde ahora depuesto, preso, y sujeto á formacion de causa. El gobierno no puede permitir que los funcionarios que nombra para el sostenimiento del órden público y el cumplimiente de las leyes, se escedan criminalmente de sus atribuciones y den lugar á escándalos y escenas de trastornos. ¡Los ciudadanos honrados son respetables! El gobierno no lo olvida, y los satisface siempre que recurren en queja. Se hará cumplida justicia; y para ello, ruego á los señores de la comision que tengo delante, dejen sus nombres y la noticia de sus domicilios en este gobierno, para que pueda oírseles como testigos por la autoridad competente. Doy á ustedes las gracias, señores, por el celo con que defienden los derechos públicos y los fueros de la justicia, y les suplico que se retiren.

Con la comision se retiraron la castañera y su socia.

María quedó sola con el gobernador, que llamó y mandó se la socorriera.

En la calle, la guardia habia despejado la multitud.

Cristóbal se habia quedado acechando á la sombra, en la calle de Calderon de la Barca, inmediata al Gobierno civil.

Otro hombre á lo lejos observaba á Cristóbal.

Este hombre era un guindilla que no sabia que el jefe que le habia dado la órden de vigilarle habia sido depuesto y preso, en virtud de una hipocresía gubernamental.

Cristóbal acababa de salir del despacho del gobernador.

Se apercibió de que era observado.

Se fué en derechura al bulto.

Este, que no tenia órden mas que de vigilar, se retiró.

—¡Agente! dijo con una voz tan firme Cristóbal, que el guindilla, no sabiendo á qué atenerse, y temiendo habérselas tal vez con algun individuo de la policía secretísima, se detuvo.

Cristóbal se acercó.

—Usted me acecha, dijo.

—¿Yo? Mire usted lo que dice, contestó el guindilla con la prosopopeya que se permitia aquella canalla.

—¡Vamos, hombre! dijo Cristóbal: ¡si todos somos unos!

—¡Qué! ¿usted es de de la policía? dijo mas suave el guindilla.

—Si no lo soy, lo he sido, aunque á campo abierto.

—Yo no entiendo.

—Yo sí; y sepa usted que si el comisario que ha preso á esa jóven, le ha dado á usted órden de que me siga, es como si no se la hubiera dado nadie.

—¡Cómo! ¡qué!

—Como que el señor gobernador le ha quitado el destino y le ha metido preso.

—¿Qué es lo que usted dice?

—Lo que usted oye: si usted no lo cree, vaya usted á preguntarlo al Gobierno civil; y si usted piensa que yo lo hago esto por quitármele á usted de encima, iremos los dos.

—Vamos, sí señor, dijo el guindilla: veremos si eso es verdad, ó si quiere usted burlarse de la autoridad.

IX.

Los dos se acercaron al Gobierno civil.

—¿Es cierto, Mosquito, dijo el guindilla, que el jefe e ha quitado la vara al comisario Millones, y le ha metido preso?

—Sí, hombre, sí: ha hecho una barbaridad, y le han encerrado en el calabozo.

—¡Si era muy bruto! Usted tiene razon, amigo, añadió volviéndose á Cristóbal: usted está bien informado. El que no sabe es como el que no ve. Pues me alegro, Mosquito, me alegro: siempre nos tenia en un pié como grullas á los del distrito del Prado; y además, á mi compadre *Crujíos* le tenian prometida la primera comisaría que vacase, y yo me iré de ordenanza con él.

—Eso es mejor, y yo me alegro, porque tu compadre el señor Crujíos es todo un buen mozo.

—¡Que si es! Ya verás. Vamos, buenas noches, Mosquito. Amigo, usted puede irse por donde le dé la gana, y usted perdone.

—Vaya, pues aunque no sea mas que por el conocimiento que hemos hecho, venga usted á tomar conmigo un café, agente.

—Con mucho gusto, con tal de que sea en un café manchego.

Todo el mundo sabe en Madrid lo que es un café manchego; pero fuera de Madrid no.

Un café manchego es una taberna.

X.

Fueron en buena compañía el guindilla y Cristóbal á la taberna del inmediato mercado de San Miguel.

Por el camino tuvo lugar este diálogo:

—¿Conque usted ha sido tambien del ramo? dijo el guindilla.

—Precisamente del ramo, no, dijo Cristóbal, pero de otro muy parecido: yo he sido guarda de campo.

—¡Ah! Siendo los guardas de campo, ¡pues! son los agentes del campo.

—Primos hermanos de los guardias civiles.

—Eso es.

—Y se necesitan muchas tripas para ser guarda, porque se anda con mala canalla: matuteros y cazadores libres y ladrones de leña...

—¡Pues no! ¡Mire usted que nosotros!... ¡Cuando menos nos

catamos nos mete un greñudo una puñalada que nos deja secos. ¡Y luego llamarnos guindillas! Yo no sé en qué ha estado pensando el gobierno cuando nos ha puesto en el tricornio este pimiento. Pero en fin, los tiempos están malos, y dos pesetillas diarias no son de perder.

—Y lo que cae.

—Eso cae por encima; y si no fuera por lo de encima, no sé cómo habia de vivir con lo caro que está todo en Madrid.

—Ya se pondrá barato, hombre, ya se pondrá barato. Y se trabaja, ¿eh?

—Hombre, con estos malditos que no se cansan de conspirar, no tenemos un momento de descanso: todos los dias buscando revoluciones: yo no sé qué quieren: y el gobierno es bueno.

—Escelente, escelentísimo, dijo Cristóbal, que no se fiaba: como este gobierno dure mucho, España va á ser la nacion mas grande del mundo.

—¡Vaya! Gobierno de fuerza: si usted viera... y no se mete en tonterías: se hace cargo de que los españoles tienen la sangre caliente, y que de tiempo en tiempo, á la fuerza han de dar una puñaladilla, y por eso no se persigue á nadie; se hace que se hace, se busca cuatro dias, y luego se olvida. Pero con los conspiradores, con los enemigos de la patria, es distinto; á esos á muerte. Mire usted, anoche mató, no se sabe quién, á un tunante en la calle de Hortaleza: esta mañana se dió órden de investigar, y esta tarde se dió contraórden.

—¡Hombre! ¿Es decir...

—Que el que lo ha matado, como no le delaten, se queda como si tal cosa; y además, aunque le delaten, como sea un hombre de bien no le sucederá nada, echarán tierra al negocio, porque el muerto era un nene de los de *órdago*, ladron, asesino, y sentenciado dos veces á muerte en rebeldía.

—Pues el que lo ha matado ha ahorrado de trabajar al verdugo.

—Eso es. Vaya, entre usted, tomaremos dos medios chicos, y cada cual á su negocio, que yo tengo que volverme á mi puesto.

Entraron y bebieron.

Pagó Cristóbal y salieron.

En la puerta de la taberna se separaron, y Cristóbal volvió á dirigirse al Gobierno político.

Iba alegre y triste.

Alegre porque sabia que nada tenia que temer por la muerte que habia hecho la noche anterior, y triste, ó mas bien inquieto, porque estaba presa aquella jóven por quien tanto se interesaban Clotilde y la baronesa, y que tanto se les parecia.

CAPITULO LX.

DE CÓMO CRISTÓBAL SE VIÓ OBLIGADO Á ACALLAR POR EL MOMENTO EL GRITO DE SU CONCIENCIA.

I.

Por el movimiento que notó en el Gobierno civil Cristóbal, comprendió que se trataba de algo serio.

Entraban y salian sin cesar agentes y comisarios.

Cristóbal observaba desde lejos.

No se atrevia á preguntar, por no hacerse sospechoso.

Pasó un grupo junto á él.

Le componian dos hombres de capa, dos comisarios sin duda, y cuatro agentes.

—Calle de Hernan-Cortés, número..., dijo el uno. Vamos de prisa.

—Y encontraremos las pruebas: yo creo que ese paso es conveniente, dijo el otro.

Y pasaron.

Cristóbal se aterró.

Iban sin duda á registrar la casa de la jóven presa.

Debia de haber vuelto en sí y haber declarado.

Cristóbal siguió á lo lejos á aquella gente.

II.

Llegaron al fin á la calle de Hernan-Cortés, casa de María.

Cristóbal alentaba apenas.

Se trataba sin duda de un registro.

La justicia debia apoderarse del magnífico depósito que la noche anterior habia entregado á María.

Cristóbal estaba aturdido.

Ó era mala ó buena María.

Si era mala, ¿cómo teniendo en su poder un tesoro de que podia sin temor apoderarse, habia llevado trabajo á una florista?

Por hipocresía tal vez.

Si era buena, ¿cómo se la habia preso por espendedora de billetes falsos?

¿Habia tal vez María llevado el rico bulto que le habia confiado Cristóbal, á la baronesa de Castell-d'oro?

Cristóbal pensó entonces que lo primero que debia haber hecho era haber ido á ver á la baronesa, á Clotilde; pero ya estaba allí, y era necesario ver en qué paraba aquello.

III.

Hay en España, especialmente en Madrid, mas que una ley, una costumbre.

Nunca penetra una autoridad en un domicilio sin que la acompañen dos vecinos.

Antes de llamar á una puerta cerrada, la autoridad elige entre las gentes que han acudido, los dos ó tres que le parecen mejores ó que tiene mas á mano.

Muchas veces esto, que parece garantir al buscado por la justicia de que no se hará ningun atropello, no es mas que una fórmula, un sarcasmo, porque suelen ser de la policía secreta, prevenidos de antemano, los dos ó tres que la policía pública elige para que sirvan de garantes; de manera que las ilegalidades y los atropellos que en el interior de la casa se cometan se quedan entre la policía.

IV.

Por aquella vez, el comisario, que no tenia interés alguno en hacer un fraude, eligió á Cristóbal, á un militar y á un tendero inmediato.

Solo entonces se llamó en nombre de la ley.

La casa, contra la costumbre de Madrid, estaba cerrada temprano, porque los vecinos no querian gastar en luz para el portal ni para las escaleras.

Abrieron al momento, no el portero porque no le habia, sino una vecina del cuarto bajo.

—¿Vive aquí una nombrada doña María del Valle? preguntó el comisario.

—Sí señor, contestó la vecina.

—¿Vive sola?

—No señor.

—¿Con quién vive?

—Con un huésped.

—¿Cómo se llama ese huésped?

—No lo sé: ella le trajo ayer del hospital.

—¿Está pues enfermo?

—Sí señor, tiene calenturas.

—Cachupin, dijo el comisario, por si es menester vaya usted á buscar una camilla.

Uno de los agentes partió.

A Cristóbal se le abrieron las carnes.

No hay nada mas duro ni mas frio que un comisario de policía.

Las enfermedades, los dolores, no suponen nada para ellos.

Son verdaderas máquinas de prender.

V.

—¿Dónde vive esa doña María? preguntó el comisario.

—En el sotabanco del centro, dijo la del cuarto bajo.

—¿Está en casa? preguntó el comisario, aunque sabia muy bien que estaba presa.

—No señor: salió al oscurecer.

—¿Llevaba algo?

—Sí señor.

—¿Qué?

—Una caja de carton.

—¿Sabe usted lo que contenia la caja?

—No señor.

—¿Ha vuelto esa doña María?

—No señor.

—¿Quién hay en su cuarto?

—Un jóven enfermo.

Siempre que la vecina del cuarto bajo se referia á Luis, su acento tenia una inflexion particular que hacia muy poco honor á María.

—Háganos usted el favor de una luz, dijo el comisario.

—Yo alumbraré, contestó la vecina.

VI.

El comisario dejó dos agentes en la puerta, y con otros dos y con el otro encargado que le seguia, y acompañado de Cristóbal, del militar, que era un teniente de caballería, y del tendero, subió las escaleras hasta el sotabanco.

Llamó á la puerta del centro de esa manera ruda con que llama la policía.

Se oyó una voz sonora en el tercer piso, que dijo:

—No llamen ustedes: dentro no hay mas que un enfermo: yo tengo la llave, y voy á abrir.

Apareció á poco una mujer como de treinta y cinco años, alta, morena, simpática y sencillamente vestida.

—Pero ¿qué es esto? dijo. ¿Á quién buscan ustedes aquí? ¿No es esto una equivocacion?

—No señora: venimos de órden del señor gobernador, si es que vive aquí doña María del Valle.

—Sí señor, aquí vive; pero yo no creo que esa señora haya dado motivo para que la busque la justicia.

—Yo tengo órdenes terminantes de registar su casa: hágame usted el favor de abrir.

La vecina abrió la puerta con mano trémula.

Inmediatamente despues de la puerta estaba todo lo que servia de habitacion á María y á Luis, esto es, un espacio bajo de techo, como de cinco metros cuadrados, en uno de cuyos ángulos habia un fogon; en el otro ángulo, una cama.

Un armario de pino, una mesa de nogal, una sencillísima mesa de tocador, una vieja cómoda y algunas sillas de paja, componian el mueblaje.

VII.

Sobre el lecho, incorporado, pálido, mirando á los que acababan de entrar con asombro y terror, estaba Luis.

Sobre la mesa habia pequeños hierros de todas formas, pedazos de tela de seda y linó de colores, retales de lo mismo, unas tijeras y un rollo de alambres.

Todo revelaba la habitacion de una florista, y la presencia allí de un hermoso jóven enfermo daba la idea de una de esas muchachas de vida alegre que se cuidan poco del juicio del mundo.

Las apariencias perjudicaban mucho á María.

VIII.

—¿Qué es esto? esclamó Luis.

—¡Ah! ¿Usted no sabe lo que es esto? contestó groseramente el comisario. Pues bien, ahora vamos á ver lo que esto es: un registro lo dirá.

—¡Un registro! ¡Y ella!... ¿dónde está ella? esclamó con ansiedad Luis.

—Ella está donde debe estar, contestó el funcionario; y aun me parece que usted estará dentro de poco donde le corresponde.

—¡Pero ella!... insistió Luis con una ansiedad creciente.

—Ella, señor mio, dijo el comisario, está presa.

—¡Presa! ¿Por qué?

—Por espendedora de billetes falsos.

—¡Mentira! esclamó Luis. ¡Esto es una infamia! ¡Presa! ¡Ah! ¡Veremos! ¡veremos!

—Suplico á usted guarde moderacion, dijo el comisario: yo represento aquí la ley, y en nombre de la ley ordeno á usted que calle: usted dirá todo lo que tenga que decir en otro lugar.

IX.

En aquel momento, el teniente de caballería que habia entrado por la invitacion del comisario en compañía de Cristóbal y del tendero, y que se habia detenido en el tercer piso pegando la hebra con una criada rubia que habia aparecido en la puerta de un cuarto, entró en el de María en el momento en que tenian lugar estas contestaciones.

Al reparar en Luis, que estaba irritado, pálido, avanzado hácia el comisario, y en la apariencia dispuesto á sostener una lucha con el funcionario público, esclamó:

—¡Cómo! ¿Usted aquí, capitan?

—¡Capitan! esclamó el comisario.

—Sí, sí señor, dijo el teniente: capitan de la segunda compañía del tercer escuadron del regimiento de Sagunto.

—Sí: capitan licenciado por inútil, dijo con sarcasmo Luis; pero fuerte todavía para resistir á un atropello.

—Medite usted lo que dice, caballero, esclamó el polizonte: yo soy un comisario de policía encargado por el señor gobernador de perseguir un delito, que he entrado aquí acompañado de un escribano para que libre testimonio, y de tres vecinos honrados para que asistan al acto.

—Es imposible que haya motivo para perseguir aquí un delito, esclamó Luis: la reputacion de la persona que vive en este cuarto la pone á cubierto de toda sospecha.

—¿Se refiere usted á la señorita doña María del Valle? preguntó con cierta ironía el comisario.

—¿Querrá usted esplicarme el tono de esas palabras? dijo Luis con acento amenazador, echando un pié fuera de la cama.

—La señorita doña María del Valle es soltera, y sin embargo, vive en compañía de un hombre. No es esto ciertamente muy á propósito para sostener la buena reputacion de esa señora.

Estas palabras cayeron como un rayo sobre Luis.

—¡Yo soy un amigo! ¡yo estoy enfermo! dijo con voz insegura.

—Por lo mismo, caballero, repuso el comisario, reprímase usted, aunque no sea mas que por no empeorar el estado de su salud: de

todos modos, no me impida usted por mas tiempo con contestaciones inútiles el desempeño del encargo que se me ha hecho.

X.

Luis estaba confundido por la situacion difícil en que se encontraba María, anhelante, agonizando porque sabia que María estaba presa, temblando de que se descubrieran aquellas pedrerías, aquellos valores que estaban en el armario, irritado, y sin atreverse á dar rienda suelta á su cólera.

Para él era una cosa indudable la inocencia de María.

El teniente estaba asombrado y vivamente interesado.

El tendero, que allí no conocia á nadie, abria mucho los ojos.

Los agentes estaban impasibles.

El escribano, grave.

El comisario, grosero y soberbio.

Algunas vecinas, llenas de curiosidad, asomaban la cabeza á la puerta.

XI.

En cuanto á Cristóbal, su cabeza era un caos.

No sabia qué hacer.

Él podia deshacer todo aquello con una palabra.

Podia decir:

—Esos valores que hay ahí, que encontrarán ustedes ahí, los he dado yo en depósito á esa señorita: es inocente y honrada, y la prueba de que lo es está en esos retales, en esos hierros que aparecen sobre la mesa, y que indican que hace poco se ha acabado de trabajar. La que trabaja teniendo en su poder millon y medio de reales, del cual, aunque no le pertenece, no puede nadie pedirla cuentas, es tan honrada como pueda serlo la que mas. Lo de espendedora de billetes falsos debe ser tambien algo que podrá esplicarse en su favor.

Lo que no se podia esplicar bien Cristóbal era la presencia de un hombre, que no era el marido ni el hermano de María, en su aposento.

—Sin embargo, se dijo, yo estuve anoche en altas horas en el cuarto de una jóven, y no ha dejado por eso de ser honrada.

Cristóbal volvia á sus confusiones.

Su cabeza se convertia mas y mas de momento en momento en un torbellino.

Al fin, de entre este torbellino pudo sacar en limpio una idea.

—Siempre es tiempo, se dijo: todo se reducirá á que pasen algunos dias malos. Tengo que aconsejarme con alguno que sepa mas que yo, y que me inspire confianza. Además, yo no soy mio: tengo que ir esta noche á la calle del Tribulete, á coger á ese bribon de marqués de Casa-Otero. Si yo hablara, me prenderian. Es necesario que yo vea tambien á la baronesa, á Clotilde, á mi prima: es necesario avisarles de todo. Sí, sí: yo debo callar por ahora: no es mia la culpa si las cosas han venido así.

Cristóbal pues se afirmó en su decision de callar.

XII.

Entre tanto, el comisario habia empezado el registro.

Nada se encontró en el aposento ni en el pequeño cuarto adherido á él, que servia de dormitorio á María.

Luis seguia toda esta operacion, alentando apenas, pidiendo á Dios el milagro de que al comisario no se le ocurriese registrar la parte baja del armario, donde estaba escondido un cuerpo de delito.

Pero á un comisario de policía no se le olvida nada.

Tenia unas pequeñas llaves, que con el retrato de su madre se habian encontrado á María.

El registro se habia hecho por la castañera.

El retrato habia sido depositado en poder del escribano.

Las llaves se habian dado al comisario para que pudiese registrar los muebles.

Habia rebuscado en la cómoda, y en ella no habia encontrado mas que algunas prendas de vestir interiores y esteriores de hombre y de mujer, lo que parecia demostrar por una prueba mas que el capitan licenciado y María hacian vida comun.

Sobre esto se habia permitido algunas observaciones groseras el funcionario.

Luis habia sufrido en silencio estas observaciones, por no irritar al comisario.

XIII.

El comisario se dirigió al armario.

Entonces Luis hizo un movimiento para arrojarse fuera del lecho; pero se contuvo.

En el cuerpo superior del armario solo encontró el polizonte un pobre menaje de cocina y algunas provisiones.

No era esto lo que buscaba, y abrió la puerta baja.

Luis ahogó un gemido y se dejó caer sobre la almohada.

Dios no habia hecho el milagro.

Cristóbal reconoció un envoltorio que habia sobre la única tabla de aquella parte del armario, y su corazon se agitó de tal manera que se hubieran podido contar sus latidos; mejor dicho, hubiesen podido oirse.

Habia llegado el momento supremo.

El comisario tiró del envoltorio, y al ver que pesaba esclamó:

—Hé aquí nuestro negocio.

Y puso el envoltorio sobre la mesa.

—Vengan ustedes todos aquí, señores, dijo: esta es una comision delicada, y yo no quiero que se me haga cargo alguno.

Todos se acercaron.

Cristóbal estaba pálido como un cadáver.

Luis gemia.

El teniente estaba junto á él sosteniéndole y esforzándose por alentarle.

—En primer lugar, señor escribano, dijo el comisario, tenemos aquí una funda de almohada que envuelve objetos que no conocemos aún: esta funda está replegada, y en uno de sus repliegues se ven señales rojas que parecen de sangre.

—Si son de sangre ó no lo dirán los químicos, observó el escribano, que habia tomado nota.

—Creo que estamos en el caso de ver lo que hay dentro, dijo el comisario, que se permitia cierta lentitud para aumentar la gravedad del acto.

—Indudablemente, dijo el escribano.

El comisario abrió la boca de la funda de almohada, metió la

mano y sacó un gran estuche circular de terciopelo morado muy oscuro, casi negro.

Le abrió y exhaló una esclamacion.

—¡Un collar de brillantes! dijo.

—Y de brillantes gruesos, observó el escribano con la voz un tanto trémula.

—Es necesario hacer el inventario de todo esto, y que lo presencien y lo firmen estos señores.

—Adelante, adelante, dijo el escribano: el inventario se hará despues.

El comisario sacó otro grande estuche del mismo género, y le abrió.

—Una diadema asímismo de brillantes, dijo.

—Adelante, adelante, añadió el escribano.

El comisario fué enunciando las alhajas siguientes:

—Unos brazaletes, un broche, una cinta de brillantes, al parecer para la orla de un descote, unos pendientes, una hebilla, al parecer para la cintura...

—Un aderezo completo, dijo el escribano. Adelante.

—Un legajo... deuda del 3 por 100... otro legajo... obligaciones de ferro-carriles y carreteras... otro legajo... deuda estranjera... yo no entiendo esto: es francés.

—No señor, dijo el escribano; es aleman. Siga usted, señor comisario.

—Ya pareció aquello: un grueso legajo de billetes de banco de mil, dos mil y cuatro mil reales: sin duda son falsos.

—Ya lo veremos, dijo el escribano. ¿No hay mas?

—Sí señor, dijo el comisario: dos llaves: una de puerta de calle; un picaporte la otra.

—¡A ver! dijo el escribano: ¿hay aquí algun vecino de la casa?

—¡Yo! ¡yo! ¡yo! dijeron á un tiempo las vecinas que asomaban la cabeza á la puerta del cuarto.

—Hagan ustedes el favor de llegar, dijo el comisario.

Se acercaron cuatro ó cinco.

—Esta llave ¿es la de la puerta de esta casa? dijo el comisario presentándoles la mayor.

—No señor, dijo una de las vecinas: esa llave es hembra, y la de esta casa es macho.

—Perfectamente, dijo el comisario. Hé aquí que estas llaves son un indicio mas, casi una prueba, de que lo que tenemos entre las manos es un robo. Bien, perfectamente: complicidad en falsificacion de billetes, robo, y tal vez asesinato.

—Por lo menos por lo menos cadena perpetua, dijo el escribano.

—¡Dios sabe la verdad! esclamó desesperado Luis.

—Sí, Dios sabe la verdad, y la justicia la sabe tambien; pero ha hablado usted bien á tiempo, señor mio, para que yo recuerde que tengo algo que hacer con usted, dijo el comisario.

—Sea lo que Dios quiera, esclamó Luis desesperado. Pero ¡ella! ¡ella! ¡Dios mio! ¡ella no tiene culpa de nada!

—Bien, ya se verá eso: entre tanto, señor mio, vístase usted: usted no puede permanecer aquí. ¡A ver, agentes! hagan ustedes ese señor se vista cuanto antes, y bájenle ustedes: ya debe haber que llegado la camilla que previendo este caso mandé traer; le meten ustedes en ella, y al hospital á la sala de presos é incomunicado.

—Me parece eso una estralimitacion, dijo el escribano: aquí falta el señor juez.

—Es verdad, dijo el comisario; pero usted se olvida que puedo enviar á cualquiera á la cárcel á la disposicion del señor gobernador.

—En otros casos, no en este. Pero me parece que el juez llega, porque oigo sus pasos por el corredor: yo conozco á su señoría.

XIV.

En efecto, entró un señor alto, pálido, flaco, que iba vestido de negro y con un baston de borlas en la mano.

Era un juez de primera instancia.

El comisario le informó en pocas palabras, y el juez dictó sobre el terreno auto de prision contra el capitan don Luis Alvarez y la señorita doña María del Valle.

Luis se habia vestido, y apoyado en el brazo del teniente, salió entre dos guindillas.

XV.

Cristóbal sintió un fuerte impulso de gritar:

—Deténganse ustedes, ese señor no tiene nada que ver en esto: yo soy quien debe ir preso...

Pero se contuvo: recordó que aún tenia en los bolsillos en billetes de banco y en oro millon y medio de reales.

Con hacerse prender no evitaba la prision de Luis, y solo logragraria ser registrado y que le encontrasen encima millon y medio de reales.

—¿Por qué no me habré yo desembarazado de esto? dijo. Por ella, por mi Gabriela. ¡Ya se ve! no corria prisa... ¿Qué mas daba por la mañana que por la noche?... Y luego, yo no sabia qué decir á Clotilde... era necesario pensarlo... y Gabriela no me ha dejado pensar mas que en ella... ¡Válgame Dios! Abandono á esos infelices... pero por poco tiempo... sí... por poco tiempo... mientras me aconsejo... Ahora, prudencia... silencio... Dios dirá.

XVI.

Luis habia salido anonadado, agonizante.

Habia querido protestar, y no se habia atrevido.

¿Ni cómo? La justicia habia encontrado allí un cuerpo de delito. Era necesario esperar el proceso, la prueba; era necesario someterse á la desgracia.

Poco tiempo despues de haber salido Luis, el juez, despues de haber inventariado y sellado los objetos que se habian encontrado casa de María, dió el acto por terminado y se retiró, dejando cerrada y sellada la puerta del aposento.

Cristóbal y el tendero se encontraron libres.

El teniente de caballería se habia ido acompañando á Luis.

El tendero se volvió á su establecimiento.

Cristóbal consultó su viejo reló de plata.

Vió que eran las nueve, y partió á la carrera á la calle del Tribulete, casa del señor Anastasio.

CAPITULO LXI.

DE CÓMO EN UNA RATONERA SE PUEDE ENCONTRAR EN VEZ DE UN RATON UN LOBO.

I.

El señor Anastasio era un viejezuelo cuya fisonomía era muy semejante á la de un zorro.

Vestia de una manera mezquina y repugnante.

Todo en él respiraba sordidez.

Al verle, se comprendia que allí no habia alma mas que para lo infame, y para lo infame que produce dinero.

Su casa era una de esas pequeñas, miserables y sucias que se ven en los estremos de Madrid, y que no se sabe cómo se sostienen aún de pié, segun están de desmoronadas, apolilladas y roidas.

La estrecha y empinada escalera temblaba bajo el peso de quien la subia, y era necesario, para no mancharse de no sabemos qué, tener mucho cuidado al subir.

II.

En el tercer piso de esta casa, en un estrechísimo descanso, habia una puerta no menos estrecha, de un color oscuro indefinible, y cubiertas las rendijas con papel de estraza para que por ellas no se pudiese ver el interior.

La carencia de todo llamador obligaba á llamar con la mano.

III.

Cristóbal encontró abierta la puerta de la calle é iluminada la escalera por una candileja, lo cual, segun saben los que conocen las casas de Madrid, era una malísima señal.

Aquella luz la mantenian encendida desde que anochecia hasta las once de la noche las ordenanzas de policía, no la comodidad de los vecinos, que hubieran preferido pasarse sin ella.

Cristóbal, al ver el cariz de aquella casa, se detuvo un momento en el portal antes de aventurarse á subir las escaleras, y sacando su navaja, la abrió y la metió en la manga.

Esto demostraba que Cristóbal sabia que iba á aventurarse en un lugar peligroso.

Despues de tomada esta precaucion, subió.

Llegó al primer piso y llamó.

Salió á abrir una muchachota descarada, que al ver á Cristóbal sonrió.

—¿Vive aquí un tal señor Anastasio? preguntó Cristóbal.

La muchacha puso muy mala cara.

—No señor, dijo, en el tercero.

Y cerró groseramente la puerta.

Cristóbal siguió su ascenso, llegó al tercero y llamó.

Al pasar por el cuarto segundo, sin que Cristóbal llamara se abrió la puerta y apareció una vieja.

Al ver que Cristóbal no se detenia, la vieja cerró de golpe.

La puerta del tercero se abrió inmediatamente despues de haber llamado Cristóbal, y apareció un viejezuelo encorvado, cubierto de unos viejísimos vestidos, envuelta en trapos la cabeza, pálido, trémulo, y al parecer muy enfermo.

—Usted, dijo Cristóbal, es sin duda la persona á quien yo busco de parte de una señora.

—¿De parte de una señora? dijo con voz débil y agonizante el viejo.

—Sí señor, de parte de la excelentísima señora baronesa de Castell-d'oro. ¿Usted le ha escrito una carta en que le dice que está sumido en la miseria con su familia?

—Sí señor, contestó el viejo: yo tengo una hija gravemente enferma, dos pequeñuelos que se mueren de hambre, y yo estoy enfermo tambien, no puedo trabajar; porque yo, señor, soy memorialista.

—La señora baronesa es muy caritativa.

—Ya lo sé, ya lo sé, lo sabe todo el mundo: por eso he recurrido á la señora baronesa.

—Y la señora me envia para socorrer á usted.

—Dios se lo pague, contestó el viejo con la mayor naturalidad y con el acento conmovido en armonía con la situacion.

—La señora baronesa me ha mandado dé á usted por el momento quinientos reales. Yo soy un antiguo criado de la señora.

Y Cristóbal sacó un billete del bolsillo.

IV.

El viejo no pudo contener un estremecimiento, y estendió la mano para coger el billete.

—Poco á poco, amigo mio, poco á poco, dijo Cristóbal retirando vivamente el billete: la señora baronesa es muy caritativa, ha sido víctima de algunas estafas, se ha hecho prudente, y me envia para saber si en efecto tiene usted necesidad de ser socorrido.

—¡Oh, Dios mio! esclamó el viejo. Por los malos pagan los buenos. El mundo está perdido, lleno de infamias. ¡Que si tengo yo necesidad de socorro! El hambre y la muerte están en mi casa. Entre usted, señor, entre usted y se convencerá.

Cristóbal entró, pero atento y preparado á todo.

El viejo cerró, y alumbrando á Cristóbal con un cabo de vela de sebo que tenia en la mano, le hizo atravesar un corredor que daba sobre un estrecho patio, tan estrecho que desde el corredor se podia tocar la negra y descascarillada pared del patio con la mano, y le introdujo en una habitacion miserable.

V.

En un ángulo, sobre el suelo polvoriento, habia un jergon, ó mejor dicho, la funda de un jergon, y en él, cubierta con una manta

hecha girones, se veia una muchacha rubia, pálida, pero no flaca, y bastante bella.

Junto á un barreño en que solo habia ceniza, habia agrupados, encogidos, un niño y una niña como de ocho á diez años, cubiertos tambien de trajes andrajosos.

El menaje era miserable.

—Mire usted cómo está mi hija, esclamó el viejo alumbrando el semblante de la muchacha, que miraba con estrañeza á Cristóbal. Yo la llamo mi hija; pero ella, así como sus hermanos, que son esos dos pobres pequeños, es mi nieta. La ira de Dios ha caido sobre nuestra familia: mi hijo murió por la caida desde el pescante de un coche de plaza: el caballo se habia desbocado: mi mujer, que le amaba entrañablemente, murió de sentimiento: yo, que ya no trabajaba por viejo, tuve que meterme á memorialista: Isabel ganaba algo cosiendo; pero el trabajo se paga muy mal, y no siempre hay trabajo: muchos dias no se come, y el dia que se come es á medias: el hambre trae la debilidad y las enfermedades: se cae, y es necesario recurrir á la caridad; y eso porque Isabel es honrada: si no lo fuera, no nos veríamos así: no importa: primero la muerte que la vergüenza... sí señor... nosotros antes que todo somos cristianos, y nos conformamos con la voluntad de Dios.

—Todo eso está muy bien, dijo Cristóbal, y Dios no puede menos de ayudar á cada uno segun sus obras: ya ve usted, Dios me envia, y yo voy á hacer lo que debo hacer.

Y se dirigió á la puerta.

—¿Qué va usted á hacer? dijo algo inquieto el viejo.

—Á cerrar: hace mucho frio, y el aire que entra no puede menos de perjudicar á la enferma.

Y cerró la puerta con llave y guardó esta llave en su bolsillo.

El viejo se habia erguido y miraba con una profunda atencion á Cristóbal.

En el semblante de la muchacha se habia pintado una atencion estraña.

—Amigo mio, dijo Cristóbal, usted tendrá á lo menos agua.

—Sí señor, contestó con una fria indiferencia el viejo, cuya voz era mucho mas entera.

—Hágame usted el favor de una poca.

—Tendrá usted que beber en una taza, porque nuestro último vaso se rompió hace mucho tiempo.

—No, yo no bebo; pero deseo que Isabelita se lave la cara: yo soy un poco médico, y creo que con solo lavarse la cara se habrá puesto completamente buena, habrá recobrado sus colores, que deben ser hermosísimos.

—Eso quiere decir... esclamó con la voz mas estraña el viejo.

—Eso quiere decir, compadre Anastasio, respondió Cristóbal, que si yo te habia de dar quinientos reales de limosna, te daré dos mil y haré un buen regalo á esa buena moza si me servís.

—Yo no conozco á usted, dijo el viejo.

—Si no quieres tomar dinero por servirme, contestó friamente Cristóbal, todo se reducirá á que yo te abra una gatera en la tripa.

Y dejó ver su navaja al viejo.

—Déjate de tonterías, Anastasio, esclamó la muchacha saltando de aquel miserable lecho y dejándose ver completamente vestida con un sencillo pero elegante traje de obrera: nos ha conocido, y yo me alegro: me lastimaba los ricos huesos con ese maldito suelo, y el blanqueo que me has dado en la cara me estira el pellejo que no me puedo sufrir.

—Pero ¿y el otro, muchacha? pero ¿y el otro? esclamó Anastasio.

—El otro está tronado: todo se le vuelven promesas.

—Tiene mal genio.

—¿Y á nosotros, qué? ¡Mira tú si nos irá á meter un brazo por una manga! Anastasillo, hijo, se sirve al que paga: al que no, que se sirva él. Yo voy á lavarme la cara, á arreglarme el pelo, á ponerme el manto y á plantarme en la calle.

—Eso será cuando á usted la dejen salir, mocita, dijo Cristóbal. ¿No oye usted, prenda, que yo tengo que decirle á usted alguna cosa buena?

—Pues bien; pero eso no quita que yo haga mi tocador; y si usted no se fia lo haré delante de usted.

—Ahí están dos mil reales, dijo Cristóbal dando un billete al viejo.

Este le examinó al trasluz, y le examinó con todos los sentidos.

—¡Calla! dijo Cristóbal: ¿sabes tú tambien que hay billetes falsos?

Anastasio miró profundamente á Cristóbal.

—Este es bueno, dijo.

Y lo guardó.

—¿En qué hay que servir á usted? añadió.

—Aquí va á venir dentro de muy poco el marqués de Casa-Otero.

—Bien, ¿y qué?

—Necesito hablar con ese señor.

—Bueno: eso es muy fácil... con buscarle en su casa...

—El marqués está huido.

—¡Cómo huido!

—Si no estuviese huido, yo no le buscaria aquí.

—¿Y cómo sabe usted que el marqués tiene que venir aquí?

—Eso no te importa. Ya tienes dos mil reales: puedes tener mucho mas; pero yo tengo todavía la navaja en la mano, y el corazon negro... Decídete.

—Ocho mil reales mas...

—Es demasiado... dos mil mas.

—Bien... vengan.

—Cuando entre aquí el marqués de Casa-Otero.

—En buen hora.

VI.

—¡Eh! ¿qué tal? dijo Isabel, que ya se habia lavado, acercándose á Cristóbal y sonriéndole: ¿estoy yo enferma?

—Tú eres una preciosa chica, y tenemos que hablar mucho.

—Cuando usted quiera, buen mozo.

—Esta noche no: mañana vendré á buscarte.

—No, yo no vivo aquí; yo estoy alquilada. Vaya usted á buscarme mañana á cualquiera de estas tres horas: á las ocho de la mañana, á las doce del dia ó á las seis de la tarde, á la puerta de mi maestra, Carrera de San Gerónimo, tienda de flores.

—¡Cómo! ¿Tú eres florista?

—Sí señor.

—Iré.

—Si va usted por la mañana no espere usted en la misma puerta, sino en las Cuatro Calles.

—Bien.

—Ahora ya me parece que me puedo largar.

—Todavía no: espera á que venga el señor marqués.

—Bueno: no me importa, porque no puede tardar.

Y la muchacha se sentó en una silla desvencijada.

VII.

—Yo queria que usted me esplicase... dijo Anastasio.

—Todo está esplicado: todos somos unos.

—¿Todos unos?

—Sí, hombre, sí: ya hablaremos, porque yo tengo tambien que hablar contigo para un negocio muy importante.

—Pues cuando usted quiera.

—Mañana.

—Mañana me encontrará usted todo el dia aquí. Me parece que suenan pasos por las escaleras: debe ser el marqués.

—Pues que nada sospeche. Dile que la baronesa ha llegado ya.

—Descuide usted; pero es necesario que usted comprenda que me compromete: el marqués es muy malo.

—El marqués está cogido, no puede moverse.

VIII.

En aquel momento llamaron á la puerta.

Anastasio se puso pálido y tembló.

Llegaba el momento.

Sabia que el marqués era terrible, y no sabia hasta qué punto podia ser fuerte Cristóbal.

Volvieron á llamar con impaciencia.

Cristóbal fué á la puerta, y la abrió.

Entró un hombre embozado.

Al ver á Cristóbal, hizo un vivo movimiento de estrañeza.

—Entre usted, entre usted, señor marqués, dijo Cristóbal: todos somos unos.

Y uniendo la accion á la palabra asió por el embozo de la capa al marqués, le tiró hácia adelante, y sin soltarle, manteniéndole cogido por el embozo de manera que el marqués no podia valerse, cerró de nuevo la puerta, echó la llave y la guardó en su bolsillo.

El marqués luchaba entre tanto y procuraba sacar las manos de debajo de la capa.

—¡Ayúdame! dijo Cristóbal á Anastasio. Necesitamos sujetar á este hombre, desarmarle.

Anastasio, que tenia miedo de lo que pudiese hacer el marqués si lograba desasirse, ayudó á Cristóbal.

Muy pronto el marqués, que rugia como una fiera, estaba sujeto por las dos manos.

Cada uno de los que le sujetaban tenia una mano libre.

Isabel habia acudido tambien.

Los dos pequeños, agrupados aún junto al barreño, miraban todo aquello con el asombro de los niños.

IX.

El marqués fué desarmado.

Tenia en la mano derecha un rewólver: en el levita un puñal.

Cuando estuvo desarmado le soltaron.

Se contrajo como el tigre cuando se prepara á acometer, pero se contuvo.

Cristóbal estaba frente á él, sereno, tranquilo, pero amenazador.

—¿Qué es esto? esclamó el marqués.

—Esto es, dijo Cristóbal, que me envia la señora baronesa de Castell-d'oro para hacer una obra de caridad; y como denunciarte á tí, que eres un bandido, un infame, es una obra de caridad que se hace á todo el mundo, hé aquí que yo voy á cumplir perfectamente el encargo de la baronesa.

—¡Yo no comprendo esto! esclamó el marqués sobreponiéndose

á la situacion. ¿Envia á usted Alfonsina? Yo creo que podemos entendernos.

—La baronesa nada sabe.

—¿Y usted sabia...

—Sí, yo sabia que usted habia preparado aquí una ratonera á la señora.

—¿Y cómo sabia usted eso?

—Yo soy de la policía.

El marqués se puso pálido.

Isabel soltó una carcajada.

—De la policía ¿eh? dijo. Tú no eres de la policía, buen mozo: yo los conozco á todos.

—Es verdad: yo no soy de la policía que paga el gobierno, pero me sirvo de policía á mí mismo y á los que quiero bien. Pero es necesario que hablemos á solas, señor marqués.

—Esto es decirme que aquí estoy demás, esclamó Isabel. Me parece bien: yo nada tengo que ver aquí; por lo mismo, buen mozo, dame la llave para que pueda salir.

—Llévate contigo esos dos muchachos, dijo Cristóbal.

Isabel tomó á los dos niños de la mano.

—Y que os acompañe á los tres Anastasio.

—Bien, dijo este: en la taberna de la esquina espero á que usted me avise que puedo volver á mi casa.

—Hasta luego. Véte.

—Hasta mañana, buen mozo: á las siete en las Cuatro Calles, dijo Isabel: me gustas, hijo mio.

Y salió.

—Hasta luego, dijo Anastasio.

Y salió tambien.

Quedaron solos el marqués y Cristóbal.

CAPITULO LXII.

DE CÓMO PUEDE SERVIR DE INSTRUMENTO DE SALVACION UN INFAME.

I.

—Y bien, ¿quién es usted? preguntó perfectamente tranquilo en la apariencia el marqués.

—Antes de todo, dijo Cristóbal, pasemos á otro aposento donde podamos estar mas cómodos y mas seguros de ser escuchados: yo creo que ciertamente no era este el lugar en donde usted pensaba recibir á la baronesa.

El marqués adelantó hácia una puerta y la abrió.

Cristóbal no habia reparado en aquella puerta, que estaba en un rincon y era casi del color de la pared.

—Traiga usted esa luz, dijo el marqués.

Cristóbal tomó una palmatoria de barro cocido en que ardia una vela de sebo á medio consumir.

El marqués entró por aquella puerta.

Cristóbal le seguia de cerca con el rewólver del marqués en la mano, y preparado á todo.

II.

El marqués adelantó por un pasadizo, y á su fin abrió una puerta.

Se exhaló un leve y delicado perfume.

—¡Ah! esclamó Cristóbal: dentro de esta pocilga hay algo rico y elegante. Veamos.

Y entró detrás del marqués.

Se encontró en un saloncito blanco y oro, con sencillos dorados, con flores pintadas en las rinconeras, con sillería dorada y con una chimenea de bronce dorado coronada por un grande espejo, con reló y candelabros enteramente encendidos.

—¡Ah! ¡ah! ¡El buen Anastasio! dijo Cristóbal. ¡Maldito Madrid!

III.

El marqués, manteniendo siempre su serenidad, se sentó en uno de los sillones.

—Siéntese usted si gusta, dijo el marqués.

—Sí por cierto: tenemos que hablar mucho.

—Primero permítame usted le pregunte quién es la persona con quien hablo.

—Yo me llamo Cristóbal Yañez: ahora soy rentista; hace tres dias era guarda de campo en la jurisdiccion del pueblo de Titulcia: ocupé aquella plaza por muerte de Francisco García, que fué asesinado.

El marqués hizo un ligero movimiento, que tanto podia tomarse por conmocion como por impaciencia.

—Si yo hubiera llegado cinco minutos antes no hubiera tenido lugar, á lo menos entonces, el asesinato de Francisco García, continuó Cristóbal; pero cuando yo llegué, el asesino se cebaba ya en su víctima, la remataba: yo no tuve tiempo de otra cosa que de hacerle fuego.

—¡Ah! ¿Y le mató usted?

—Debí matarle, porque el tiro le dió en la cara; pero usted sabe muy bien que no todos los tiros que se reciben en la cara matan. Usted tiene uno que le atraviesa las dos mejillas.

—Sí, es cierto, dijo el marqués impasible: le recibí en un duelo. Afortunadamente la escitacion nerviosa, natural en aquel momento, hacia que yo tuviese las mandíbulas un tanto abiertas: la bala pasó sin tocar á las muelas.

—Lo mismo debió suceder al asesino de Francisco, porque cuando yo creí haberle muerto le vi levantarse y huir como una liebre espantada.

—¡Ah! ¡bien! Pero ¿qué importa eso? dijo el marqués.

—Nada. Pero yo tengo caprichos, señor marqués, y uno de ellos es que no se me corte el cuento que me propongo referir: yo encontré espirante á Francisco, que me hizo un encargo, y murió: para cumplir el encargo corrí á la casilla situada junto al puente del Jarama. Cuando me acerqué vi sobre las tapias del corral el reflejo de una luz: allí habia alguien. Francisco vivia solo, Francisco no estaba allí, Francisco habia muerto: era pues una persona estraña la que estaba en el corral: yo me acerqué, miré por encima de la tapia, y vi un hombre alumbrándose con un farol puesto junto á él en el suelo: yo reconocí en aquel hombre al mismo sobre el cual habia hecho fuego algun tiempo antes, al asesino de Francisco. Además, tenia el rostro cubierto de sangre, estaba inclinado, vuelto de espaldas á mí: yo debí haber saltado la tapia, haberme acercado á él, haberle cogido; pero á mí no se me ocurre en el momento lo mejor. Además, yo tenia una gran confianza en mi puntería: me eché la escopeta á la cara y disparé: aquel hombre dió un salto: yo creí haberle muerto, yo esperaba verle caer, pero se mantuvo de pié, y luego saltó la tapia como si no hubiera sido herido, escapó, se me perdió entre la oscuridad, no le he vuelto á ver.

Y al decir estas palabras, Cristóbal miraba de una manera terrible y profunda al marqués.

IV.

Este se mantenia impasible, y aparecia cuando mas impaciente, como aquel á quien cuentan una historia que nada le importa.

Cristóbal se irritó.

—Señor marqués, dijo: vuecencia es uno de los mayores pícaros que conozco.

—¡Eh! ¿qué es eso? dijo el marqués con el mismo acento que si hubiera escuchado la insolencia de un criado.

—Esto es que tú, esclamó ya en el colmo de la irritacion Cristóbal, eres el asesino de Francisco.

—Usted está loco, esclamó el marqués: he cometido una imprudencia, estoy á la disposicion de usted, y no tengo otra cosa que hacer mas que esperar el desenlace, sea el que fuere, de esta situacion estraña.

—Pues yo tengo algo mas que hacer, dijo Cristóbal.

—Usted hace lo que quiere bajo su responsabilidad y su conciencia, dijo el marqués siempre inmutable.

—Lo que yo haré será llamar, hacer venir á una autoridad, y entregar á usted á la justicia.

—¿Y con qué pretesto, si á usted le parece?

—¡Pretesto! esclamó Cristóbal. Puedo acusar á usted: primero, de asesinato en el monte de Matalobos sobre Francisco García, guarda de campo de Titulcia.

—¡Mentira!

—Como usted guste. Puedo acusar á usted de falsificacion de documentos para engañar á una jóven simulando un casamiento.

—¡Oh! ¡oh! Otra calumnia.

—Además, de propósitos de asesinato contra esa misma jóven... Además...

—¿Mas aún?

—Sí, sí, señor marqués, mas aún: puedo acusar á usted de asechanza contra el honor y la libertad de la señora baronesa de Castell-d'oro, su sobrina.

—¿Y cómo probará usted todo eso? preguntó el marqués, que sostenia aún su serenidad.

—Inmediatamente despues de la fuga del asesino de Francisco, yo me presenté al juez de primera instancia de Ocaña y le di parte de lo acontecido: usted tiene sobre sí dos testimonios, las cicatrices de la cara y la otra cicatriz de la espalda. ¿Puede usted probar dónde estuvo durante la noche del 10 de diciembre de 1852?

—Aquella noche me batí en duelo y recibí esta herida, contestó el marqués.

—¿Y la otra?

—Yo no tengo mas que una cicatriz.

—Es usted legítimo.

—¡Cómo!

—Sí, criminal práctico, criminal legítimo, de los que dicen: en boca cerrada no entran moscas. Pero no importa, señor marqués, no importa: un juez pregunta mucho, y es muy fácil contradecirse cuando se miente. Además de eso, yo tengo pruebas terminantes.

—No puede usted tenerlas, contestó sonriendo con una punzante ironía el marqués.

—Sí, vivas y escritas: la prueba viva es un cierto pícaro andaluz de quien usted se ha valido, y este posee la prueba escrita en una carta dirigida á ese bribon de Anastasio.

V.

El marqués creyó inútil negar mas.

—Usted me necesita para algo, dijo; de lo contrario, no entraria usted en contestaciones conmigo.

—No, yo no le necesito á usted para nada, contestó Cristóbal; lo que necesito es poner al abrigo de la maldad de usted á personas á quienes amo; por lo mismo he venido á ponerme en el lugar donde usted esperaba encontrar á la señora baronesa: yo no tenia la seguridad de si usted era ó no el asesino de Francisco; pero ahora la tengo; ahora puedo decir á usted: Señor marqués de Casa-Otero, tenga usted cuidado; yo puedo perder á usted, yo puedo entregarle á la justicia: respete usted á la baronesa, renuncie usted á ella, ó de lo contrario uso de las pruebas que tengo contra usted.

—Bien, perfectamente, dijo el marqués mirando de una manera singular á Cristóbal. ¿Usted no quiere mas que eso?

—Nada mas.

—Cuente usted pues con ello.

—No bastan, no bastan palabras, dijo Cristóbal: yo necesito una garantía formal; yo necesito una escritura.

—¿Una escritura?

—Sí por cierto.

—Yo no escribiré una sola palabra que pueda comprometerme.

—Bien: entonces yo me tomaré por mí mismo otra garantía, dijo sombríamente Cristóbal.

—¿Cuál? esclamó con cuidado el marqués.

—¿Usted comprende bien el lugar en donde está?

—Sí, contestó con voz ronca el marqués.

—¿Comprende usted tambien que está en poder de un hombre á quien no puede sorprender?

—Sí.

—¿Comprende usted por último que la mejor garantía que yo puedo tomar contra usted es matarlo?

—Sí; pero usted no lo hará: usted no quiere comprometerse.

—¡Comprometerme! ¡Bah! Isabel, esa muchacha que representaba por encargo de Anastasio y por servir á usted su papel, ni aun siquiera se ocupará de preguntar lo que ha sucedido á usted aquí. En cuanto á Anastasio, no es hombre á quien le sea muy difícil hacer desaparecer un cadáver.

VI.

Esto era demasiado lógico.

El marqués conocia harto bien al hombre de que se habia servido y que le habia engañado.

Se creyó pues perdido, y mas que nunca y mas sin condiciones, en poder de Cristóbal.

Sin embargo, probó aún un medio.

—Esto es un asesinato, dijo: en vez de ponerse usted en contra mia, debia usted unirse á mí para llegar á un gran negocio.

—¡Ah! ¿A un gran negocio?

—Sí por cierto: á un negocio que puede hacer su fortuna.

—¿Un negocio de dinero?

—Sí.

—¿Y cómo?

—Ayudándome á que yo sea el marido de mi sobrina.

—Yo no necesito cometer infamias para ser rico. ¿Cree usted que no me habrá costado bien caro el comprar á Anastasio?

—Esto lo ha hecho ella.

—Ella nada sabe, nada absolutamente; ella no ha venido: yo he llegado antes de que Anastasio escribiera á la baronesa.

—Y entonces, usted ¿cómo ha sabido...

—Yo soy de la polícia, contestó con un grande aplomo Cristóbal.

—¿De la polícia? dijo estremeciéndose el marqués y ya completamente aturdido.

—Sí: yo escuchaba ayer todo lo que usted hablaba en la alameda, cerca de Getafe, con un bribon andaluz.

—¿Y está preso?

—Sí señor.

—Entonces yo estoy comprometido.

—No por cierto. Ese hombre está preso por otro negocio... se le ha sorprendido espendiendo billetes del banco falsos.

—¡Cómo! esclamó mas aturdido que nunca el marqués: ¿se han sorprendido, se han cogido billetes falsos?

—Sí, señor marqués, sí.

Cristóbal vió con asombro que la turbacion del marqués crecia.

—¿Y se ha preso á alguien mas que á Cascarilla?

—No lo sé.

—Sí, sí, dijo el marqués: yo escribiré todo lo que usted quiera que escriba; pero concluyamos pronto, cuanto antes.

—Sí, cuanto antes. Pero es necesario que yo busque un lugar donde encerrar á usted mientras busco con qué escribir.

—Bien; allí hay un gabinete sin salida: la puerta tiene llave: yo mismo me constituyo prisionero.

Y se levantó y fué á una puerta situada junto á la chimenea.

En aquella puerta estaba puesta una llave.

El marqués la abrió vivamente.

—¡Ah! Deténgase usted ó le mato, esclamó Cristóbal estendiendo el rewólver que habia quitado al marqués hácia él, viendo que este pretendia escapar.

El marqués se detuvo.

Cristóbal le dominaba.

Aquella no era la puerta de un gabinete, sino la de una escalera.

—¡Ah! esclamó Cristóbal. Bueno es saberlo. Vuelva usted á cerrar.

El marqués cerró la puerta.

—Con llave, dijo Cristóbal.

El marqués dió la vuelta á la llave.

—Ahora vaya usted á buscar recado de escribir; y cuidado, porque si usted da un paso algo vivo le hago fuego.

El marqués hizo un movimiento de desesperacion, y se fué á un secreter que estaba en el mismo gabinete y le abrió.

VII.

En él habia recado de escribir, y elegante: el papel era sellado: papel legal.

—¡Ah, sí! dijo Cristóbal: estaba bien preparado todo: se procuraba probar todos los medios contra la baronesa: el papel sellado me parece bien para que usted escriba lo que yo voy á dictarle.

—Concluyamos de una vez, dijo el marqués.

Y se sentó delante del secreter, tomó la pluma y esperó.

—Oiga usted y escriba, dijo Cristóbal.

—Oigo.

Cristóbal dictó.

«Yo, el marqués de Casa-Otero, confieso que en la noche del 10 de diciembre de 1852 asesiné en el monte de Matalobos al guarda de campo Francisco Diaz; que fuí herido en el momento de cometer el asesinato por Cristóbal Yañez, que despues ocupó la vacante de guarda de campo que habia dejado Francisco Diaz. Confieso asímismo, que no habiéndome impedido huir la herida que habia recibido, corrí á la casilla del Francisco García para buscar en el corral una cartera que me interesaba, y que estando cavando para encontrarla recibí del mismo Cristóbal Yañez, que me habia seguido, una herida de bala en la espalda. Y para que conste, lo firmo en Madrid á 5 de enero de 1854.—*Juan del Valle de Sos, marqués de Casa-Otero.*»

—Creo que ya podré salir libremente, dijo el marqués, que estaba cubierto de sudor frio.

—Aún queda, señor mio, aún queda, dijo Cristóbal.

—¿Cómo que aún queda? esclamó el marqués mientras Cristóbal tomaba el papel y lo leia.

—Sí: usted se quedará aquí.

—¿Aquí?

—Sí: encerrado, preso.

—¡Pero esto es una traicion infame!

—No: esto es evitar que usted vaya á avisar á los falsificadores de billetes.

—Pero ¿á usted qué le importa eso?

—Mucho... Una pobre jóven, una jóven honrada, una mártir, ha sido presa á causa de esos malditos billetes... yo no he podido evitarlo; ella es inocente.

—¡Ah! ¿Una jóven á quien usted ama?

—No; pero la aman la baronesa y Clotilde, la buscan... Eso es una historia.

—¿Que la buscan?

—Sí.

—¿Se parece esa jóven presa á Alfonsina como si fuera su parienta próxima?

—Sí señor, como se parece á ella Clotilde.

—¿Clotilde es una jóven que acompañaba hace tres dias á un misionero?

—Sí.

—Esa otra jóven que ha sido presa, ¿se llama María?

—Sí.

—¡Oh! esclamó el marqués.

Y su esclamacion fué semejante á un rugido.

—¡Presa! ¡presa! esclamó. ¡Acusada de complicidad en una falsificacion de billetes!... ¡Oh! Esto no es posible, no... Esto debe de haber sido una funesta casualidad.

—Pero á usted ¿qué le importa esa jóven? esclamó Cristóbal.

—Yo la adoro.

—¡Ah!

—Por ella, por ella sola he cometido yo todos mis crímenes; por ella he buscado esa cartera.

—Pero esa cartera...

—Es su porvenir... su fortuna... una fortuna inmensa. ¿Quién tiene esa cartera?... ¿dónde está?...

—Yo no lo sé.

—¡Oh! ¡María! ¡María! ¡mi alma! ¡mi eternidad! ¡presa!... ¡denunciada!... Esto es imposible... Es necesario que yo la salve... yo la puedo salvar... yo la salvaré... pero yo no quiero perderme.

Y el marqués temblaba: el marqués espantaba en aquel momento á Cristóbal.

—Ayúdeme usted, dijo, no me entregué usted á la justicia: yo estaré en poder de usted, yo no huiré, yo diré á usted... ¡Oh! Esto es un enmarañamiento de historias... yo me vuelvo loco... Dígame usted, dígame usted: ¿conoce usted á María?

—De vista, no mas que de vista... la he hablado una sola vez: anoche.

—¿Anoche? ¿Dónde?

—En la calle.

—¿Á qué hora?

—Despues de las doce.

—¿Despues de las doce de la noche María en la calle?

—Sí señor.

—Esto es imposible.

—Iba á buscar un médico ó una medicina, no recuerdo bien, para un enfermo.

—¿Para un enfermo? ¿Qué enfermo es ese?

—Un jóven militar.

—¿Vive con él María?

—No, él vive con ella.

—Un amante...

—Un novio tal vez.

—¡Siempre un hombre amado por ella!

Estas palabras del marqués fueron un nuevo y mas poderoso rugido.

Luego se asió la cabeza con ambas manos como si hubiera temido que su cerebro fuese á estallar.

VIII.

Así pasaron algunos segundos.

—De todos modos, dijo, es necesario salvarla... es necesario que esté libre.

Luego añadió:

—¿Sabe usted si por acaso está en relaciones María con una gran señora? Si usted es de la policía y se interesa por Alfonsina y por María, debe usted haber averiguado...

—¿Una gran señora? dijo Cristóbal. ¿De qué señora quiere usted hablar?

—De la marquesa de Satorres.

—¡Ah! esclamó Cristóbal. Anoche la marquesa de Satorres dió un billete de cuatro mil reales á una florista de la Carrera de San Gerónimo: esta noche María ha estado casa de esa florista, y ha salido de ella para cambiar un billete de cuatro mil reales, que ha resultado falso, y por lo cual ha sido presa.

—¿Cuándo ha sido presa? ¿á qué hora?

—Á las seis de la tarde.

—Puede ser, puede ser que aún no sepan nada los otros. ¡Pronto, amigo mio, pronto! Es necesario que usted avise á su jefe, que vaya á la calle de Tabernillas, al número 20, que registre el cuarto tercero; encontrará una escalera: examinando bien esa escalera, encontrará una puerta secreta... por aquella puerta llegará á un subterráneo, donde encontrará un gran depósito de billetes y las planchas con que se han hecho: que vayan además casa de la marquesa de Satorres y encontrarán billetes falsos tambien. ¡Ah! ¡Pronto... pronto!.. Pero para eso enciérreme usted... asegúrese usted de que yo no puedo escapar... Mas aún: tome usted.

Y el marqués tomó del secreter un pequeño bote de cristal lleno de un líquido dorado.

—¿Qué es esto? preguntó Cristóbal.

—Un narcótico.

—¡Ah! ¡Esto mas! dijo Cristóbal.

—Sí, sí: yo lo habia previsto todo.

—Y bien, ¿y qué?

—Yo tomaré este narcótico, y á los pocos segundos seré lo que un cadáver en la apariencia.

—Y luego...

—A las cuarenta y ocho horas volveré en mí.

—¿Y cuando haya usted bebido esto aparecerá usted como muerto?

—Sí.

—¿De manera que un médico se engañe?

—Sí.

—¿Y esto estaba destinado para la baronesa de Castell-d'oro?

—Sí.

—¡Ah! ¿Quiso usted perderla?

—Sí.

—Y luego...

—No perdamos el tiempo... yo habia pensado en todo por apoderarme de Alfonsina... y todo por María... Bien: yo pasaré por muerto... ella me heredará... pero para eso es necesario... es necesario que usted sea leal... porque usted no querrá... ¡Oh! esto seria horrible... despertar en la tumba... Yo estoy loco... todo por ella... cuando ella sepa lo que por ella he hecho... tal vez me ame...

Cristóbal estaba aturdido. El marqués parecia en efecto loco.

No se podia en aquel momento desconfiar de él, dudar de que era capaz de sacrificarlo todo por María.

—Y bien, dijo Cristóbal: una resolucion tal como la que usted ha tomado, requiere una gran meditacion. Déme usted eso que puede hacer parecer á un vivo un cadáver.

—Tome usted... pero consérvelo usted... Mire usted, ese pomo no está lleno... le falta la mitad... la otra mitad sirvió para falsificar un cadáver... es una historia que toca directamente á María... Si usted pierde el líquido que hay en ese pomo, no podremos tener otro... quien lo hizo murió... Pero salgamos, salgamos; usted debe tener confianza en mí...

—Sí, la tengo... y por lo mismo no hay necesidad de que salga usted de aquí... aquí puede usted esperar... Anastasio nos servirá bien.

—¡Oh! ¡sí! Ese miserable sirve á quien le paga, y nadie hay que

se interese en esta empresa mas que nosotros. Vaya usted, vaya usted... que venga Anastasio... y luego... espere usted... voy á escribir unas instrucciones para que no olvide usted nada.

El marqués se sentó, tomó un pliego de papel y escribió rápidamente.

Despues dió el papel á Cristóbal.

—Vaya usted, vaya usted al momento: haga usted lo que dicen esas instrucciones, y se habrá hecho mucho para salvar á María.

—Bien, murmuró Cristóbal: salvémosla de la acusacion de los billetes, que de la otra yo la salvaré.

Y salió.

CAPITULO LXIII.

EL SACRIFICIO DEL ALMA.

I.

Cristóbal corrió á la taberna de la esquina de la calle del Tribuete, donde le habia dicho le esperaria Anastasio.

Le encontró en compañía de una botella.

—Y bien, le dijo: ¿qué hay?

—Ven conmigo.

Anastasio pagó y salió.

II.

—Y bien, ¿qué hay? dijo: ¿qué ha hecho usted de nuestro hombre? Espero que no me habrá dejado usted mucho trabajo que hacer.

—Compadre Anastasio, dijo Cristóbal, yo soy hombre de mal genio.

—Eso no hay que decirlo: está á la vista.

—Por consecuencia, á quien me engaña le abro de alto á bajo.

—Aquí no se trata de engañar á usted, porque no: usted es un hombre que lo entiende; paga usted bien, y á quien paga bien se le sirve bien.

—Eso es lo que hace falta.

—Usted mande.

—Yo no mando, ajusto, dijo Cristóbal: despues de ajustar un precio, le pago; si se me engaña, tomo la revancha.

—Convenido: veamos el negocio.

—El marqués se ha quedado medio loco en su casa de usted.

—¿Ha dejado usted solo en mi casa al marqués?

—Sí.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! esclamó Anastasio. Ojos que te vieron ir...

—No: el marqués permanecerá allí.

—Yo no respondo.

—Vamos á verlo los dos.

—Me parece bien, porque yo no me puedo encargar de lo que no se me entrega.

—Esto es muy justo: vamos allá.

III.

Cristóbal volvió con Anastasio á la casa de este.

Encontraron al marqués terriblemente agitado.

—¡Ella! ¡ella! murmuraba. ¡Ella presa! ¡ella acusada! ¡ella comprometida! ¡María! ¡Mi María!

—Pero yo no conozco á este hombre, dijo Anastasio para sí viendo lo descompuesto del semblante del marqués y tomando acta de sus incoherentes palabras, pronunciadas con una vehemencia infinita.

Al ver á Cristóbal, el marqués se abalanzó á él.

—¡Qué! ¿Aún estás aquí? le dijo: ¿aún no has corrido á salvarla?

—¡Vamos! ¡loco! ¡loco! murmuró Anastasio.

—Era necesario, dijo Cristóbal, que el amigo Anastasio supiera que debe guardar á usted, que usted es mi prisionero.

—Harto prisionero soy yo de mi fortuna, esclamó el marqués. Vaya usted, vaya usted sin cuidado. ¿No es para usted una garantía el haberme encontrado aquí, cuando he tenido tiempo de escapar?

Estas palabras eran concluyentes, y Cristóbal salió.

IV.

Eran ya las once de la noche.

Cristóbal corrió por las calles, ya muy poco concurridas.

A pesar de que es muy larga la distancia que existe entre la calle Ancha de San Bernardo y la del Tribulete, situadas respectivamente de estremo á estremo de Madrid, Cristóbal llegó á casa de la baronesa de Castell-d'oro en muy pocos minutos.

V.

El portero no le conocia, y opuso dificultades para dejarle pasar.

Cristóbal se anunció como un servidor de confianza de la señora.

Se le opuso la estúpida sonrisa de todo portero.

Se llamó padre adoptivo de la señorita Clotilde, arrostrando por todo.

Esto causó un movimiento de estrañeza del portero, pero Cristóbal no consiguió nada.

Entonces Cristóbal apeló al recurso supremo, á la última *ratio regum*, es decir, á la fuerza.

Cogió por debajo de los brazos al portero, le quitó de en medio y ganó las escaleras.

El portero gritó:

—¡Al ladron!

Para él, Cristóbal no era otra cosa que un mal hombre que para alguna cosa mala queria introducirse en la casa con pretestos inadmisibles.

Acudieron al primer descanso de la escalera algunos criados que pretendieron echar mano á Cristóbal.

Pero este se cuadró y les dijo:

—Cuidado con tocarme á mí, porque destripo á uno, ó á dos, ó á los que sea menester: yo no soy un ladron: yo soy mas de la casa que ninguno de vosotros: ese pellejo inflado de portero se está ganando una paliza por mi cuenta. ¡Ea! yo me quedo aquí con dos de vosotros, y que otro vaya á avisar á su escelencia que aquí está Cristóbal el guarda de campo.

Uno de los criados partió, para evitar las consecuencias que podian sobrevenir de una negativa.

Cristóbal habia sabido imponerse á aquella turba de lacayos.

VI.

El ruido causado por Cristóbal habia llegado á la baronesa, que estaba en el gabinete de Clotilde.

Un intruso se habia metido á viva fuerza en la casa hasta el primer descanso de las escaleras.

Cuando entró un criado y la dijo que quien habia armado aquel alboroto era uno que se llamaba Cristóbal el guarda de campo, se tranquilizó y mandó que al momento le hiciesen entrar.

Un momento despues entró Cristóbal.

—Señora, dijo, suceden cosas muy graves.

—¿Qué? esclamaron la baronesa y Clotilde.

—La he encontrado.

—¿A quién? esclamaron las dos.

—A María.

—¿Dónde está? preguntaron todavía á un tiempo las dos jóvenes y levantándose como movidas por un mismo resorte.

—Presa, contestó Cristóbal.

—¡Presa! ¿Y por qué? esclamó la baronesa, mientras una espresion profunda aparecia en el semblante de Clotilde.

—Acusada de complicidad en una falsificacion de billetes de banco.

—¡Dios mio! ¡Falsificadora! esclamaron á un tiempo Clotilde y Alfonsina.

—Pero esto no es cierto: la inocencia de María se puede probar: yo tengo los nombres de los verdaderos criminales.

—¡Al momento! ¡al momento! esclamó Alfonsina.

Y estendió su mano hácia el boton del llamador eléctrico.

—Todavía, señora, todavía. María está acusada de robo.

—¡De robo!

—Han encontrado en su casa diamantes, dinero y billetes de banco por valor de millon y medio de reales.

—¿Y de dónde le ha venido á María ese millon y medio de reales?

—De donde me ha venido á mí este otro millon y medio, contestó Cristóbal sacando de los bolsillos los billetes de banco y el oro que en ellos tenia.

—¿Y cómo, cómo, esclamó Clotilde, mientras Alfonsina callaba asombrada, ha tenido usted ese millon y medio?

—He tenido tres millones, tres millones que pertenecen á usted, Clotilde, puesto que usted es la heredera del difunto don Andrés de Casares, segun consta en esta hoja de cartera escrita por él un momento antes de espirar, y que usted me entregó...

—¿Y usted ha ido...

—Yo tenia en mi poder las llaves de la casa de don Andrés de Casares.

—¡Pero esto es un torbellino! dijo Alfonsina: ¡yo no comprendo nada de esto!

—Para que vuecencia lo comprenda es necesario que yo cuente á vuecencia una historia... pero ahora eso no puede ser, se perderia tiempo: es necesario que vuecencia vaya al momento á ver al gobernador, para que sean sorprendidos, antes de que tengan tiempo de escapar, los verdaderos falsificadores. Aquí hay unas instrucciones que me ha dado el señor marqués de Casa-Otero.

—¿El marqués de Casa-Otero? esclamó Alfonsina: ¿mi tio?

—Sí, sí señora: yo tengo en mi poder al señor marqués de Casa-Otero, que por cierto se ha vuelto loco... Pero es necesario copiar estas instrucciones, que están escritas de la misma mano del marqués, y que podrian comprometerle.

—Las copiaré yo, dijo Alfonsina; á mí no me compromete nada: yo sé lo que debo hacer.

Alfonsina mandó enganchasen un carruaje, y entre tanto copió las instrucciones del marqués.

Entre tanto, Cristóbal permanecia de pié y en silencio delante de la chimenea, y Clotilde, sentada junto á ella, profundamente pensativa.

VII.

Cuando Alfonsina hubo acabado la copia, quemó en la chimenea el original, y salió para tomar el carruaje.

Cristóbal se quedó solo con Clotilde.

Sigamos á Alfonsina.

—¡Al Gobierno civil! habia dicho al cochero.

En muy poco tiempo llegó.

Una jóven tan hermosa, tan de moda, y de tan alta posicion como Alfonsina, no podia menos de ser recibida al momento por el gobernador.

Se conocian.

—¿A qué debo la felicidad de ver á usted en mi despacho, señorita? habia dicho á la baronesa.

—Este es un cuento de cuentos.

—¡Ah! ¿Un cuento de cuentos en que yo puedo tener intervencion? dijo el gobernador.

—Indudablemente, como jefe superior político de la provincia.

—Y bien, ¿de qué se trata, mi querida baronesa?

—De una falsificacion de billetes de banco.

—¡Ah! ¿De un gran negocio reciente que tiene en estos momentos en actividad á toda la policía?

—Yo puedo evitar á la policía un gran trabajo.

—¿Cómo?

—Hé aquí instrucciones, amigo mio, dijo Alfonsina. Pero por supuesto que yo en este momento pertenezco á la alta policía secreta, y exijo que mi nombre no juegue para nada en este negocio: esto lo ha sabido usted por cualquier conducto.

—Por supuesto, baronesa, por supuesto, dijo el gobernador arrojando una mirada sobre aquellas instrucciones. Pero permítame usted, voy á conducirla á usted á mi gabinete; es necesario no perder tiempo: necesito dar órdenes.

El gobernador asió de la mano á Alfonsina y la llevó á un gabinete inmediato.

Despues salió y tocó un timbre.

VIII.

Entró al momento el portero.

—¡El inspector de guardia! dijo el gobernador.

Y se puso á su vez á copiar las instrucciones que le habia dado la baronesa.

El inspector esperaba de pié.

Cuando el gobernador hubo concluido, entregó las instrucciones al inspector.

Aquellas instrucciones se habian convertido en una órden.

—Que se cumpla eso al momento, sin consideracion á ninguna de las personas contenidas en esa órden, y venga usted á darme parte del resultado.

IX.

El gobernador entró en el gabinete donde habia dejado á Alfonsina, llevando en la mano el papel que esta le habia dado.

—Hé aquí que destruyo lo único que pudiera comprometer á usted, baronesa, dijo el gobernador arrojando á la chimenea el papel. Siento mucho quemar un escrito de usted; pero ello en fin es prudente.

—Tanto me daba, dijo Alfonsina: nadie puede creer que yo me mezcle en una falsificacion. Sin embargo, gracias: ahora voy á ponerme en el caso de tener que mostrarme una segunda vez agradecida á usted.

—Veamos.

—Ha sido presa una jóven á consecuencia de una falsificacion de billetes.

—Sí, dijo el gobernador: una florista.

—Se llama María.

—Sí: María del Valle.

—¿La ha visto usted?

—No: estos son asuntos del juez de primera instancia; si se hubiera tratado de una conspiracion, añadió sonriendo el gobernador, hubiera sido distinto.

—¿Y dónde está esa jóven? preguntó con afan Alfonsina.

—Ella estaba aquí, en la detencion del gobierno; pero no sé si se la habrán llevado ya á la cárcel. Voy á ver.

El gobernador entró á poco.

—Esa jóven, dijo, está todavía aquí.

—¿Y no puedo verla?

—Indudablemente, baronesa, dijo el gobernador saliendo de nuevo.

Á poco entró, y dijo á Alfonsina:

—Hay una nueva complicacion, baronesa, dijo el gobernador: esa jóven está acusada además de robo; acaba de dárseme el parte...

Y entregó un oficio á la baronesa.

—Sí, ya sé... dijo Alfonsina devolviendo al gobernador el oficio que este la habia dado, sin leerle: está acusada del robo de alhajas y dinero que se han encontrado en su casa.

—Esa jóven, baronesa, tiene además mala conducta.

—¿Mala conducta?

—Sí... vivia en compañía de un hombre que no es su marido: de un oficial despedido del servicio.

Alfonsina se puso densamente pálida.

—Y bien... nada significa eso... dijo Alfonsina: yo tengo antecedentes... María es la pureza misma, la honra misma... no hace tres meses prefirió el suicidio á la deshonra...

—Lo que nada significa... estoy tambien en antecedentes respecto al hecho que usted acaba de recordarme... Una mujer puede rechazar el vicio dorado que la busca, preferir la muerte á una miseria horrible, y sin embargo, caer ante un amor superior á sus fuerzas.

—Eso en todo caso, contestó Alfonsina, cuya palidez crecia, no es tener malas costumbres; es cometer una debilidad reparable. Pero ¿puedo ó no verla?

—Sí, sí señora; y no debe ya tardar, porque he mandado que la traigan aquí.

X.

Como comprobando las últimas palabras del gobernador, se abrió la mampara del gabinete, y el portero dijo:

—La presa que vuecencia ha mandado traer á su despacho, está ya en él.

—Hágala usted entrar aquí.

El portero salió.

Alfonsina, cuya palidez habia llegado á ser cadavérica, y que temblaba de los piés á la cabeza, se levantó y miró con ánsia á la puerta.

Se abrió aquella y entró María.

XI.

Venia desolada, trasfigurada, hermosísima.

El gobernador, al verla, al notar la gran semejanza que existia entre ella y Alfonsina, se hizo un paso atrás y exhaló una esclamacion de asombro.

—¡Justicia, señor gobernador, justicia! esclamó lanzándose á él. Yo soy víctima de una equivocacion horrible: aquel billete me lo habia dado madama Leontina, la florista de la Carrera de San Gerónimo: ella lo dirá, ella lo declarará: que la llamen: á mí no se me ha tomado declaracion: á mí no se me ha oido: á mí se me ha tenido encerrada en un calabozo...

—¡María! esclamó Alfonsina arrojándose á ella.

El gobernador estaba dominado.

—Yo no conozco á esta señora, dijo con estrañeza María.

—Yo soy Alfonsina de Fuentesclaras, esclamó la baronesa.

—¡Alfonsina!... ¡La baronesa de Castell-d'oro! esclamó María.

—Sí: tu prima, tu prima hermana, esclamó Alfonsina.

—¿Prima de usted? esclamó el gobernador.

—Sí: hija de mi tia Andrea, dijo Alfonsina. Yo te he buscado... yo no he podido encontrarte; pero te encuentro al fin: no importa cómo.

—Todo lo que yo pueda hacer, dijo oficiosamente el gobernador, pueden ustedes contar con ello.

—Yo sé, dijo Alfonsina, que usted no puede entregármela; pesan sobre ella dos gravísimas acusaciones.

—¿Dos? esclamó María.

—Sí, dijo Alfonsina: una de falsificacion; otra de robo.

—¿Yo? ¿Acusada de robo yo? esclamó con un supremo acento de indignacion, de protesta, de desesperacion, María.

—Sí: se han encontrado en tu casa alhajas de gran valor, dinero en gran cantidad...

—¡Dios mio! ¡Y le habrán preso!

—¿Á quién?

—¡Á Luis!

—En efecto, se ha llevado al hospital, en calidad de preso, á un don Luis Alvarez, oficial despedido del servicio...

—Por sus ideas políticas, por el mal estado de su salud, por lo intransigente de su dignidad, todo á un tiempo... esclamó con altivez María. ¡Pero esto es horrible! Otra vez las apariencias... Anoche un hombre me entregó un paquete en depósito mientras reñia con otros hombres que le habian acometido; era una horrible lucha á puñaladas... yo tuve miedo, y huí... llegué no sé cómo á mi casa... entonces vi lo que contenia el paquete.

—La acusacion es terrible, dijo el gobernador consultando el oficio que aún tenia en la mano: violacion de domicilio durante la noche, robo, asesinato é incendio...

—Yo no he podido cometer todo eso... yo puedo probar que no falté de mi casa mas que un cuarto de hora.

—Está tranquila, María, está tranquila. Esta es una historia que se desenvolverá delante de la justicia, y de la que tú no responderás, como no responderás de la falsificacion de billetes de banco. Mañana... yo te lo juro... estareis en libertad tú y ese don Luis...

—¡Luis! esclamó María bajando la cabeza y temblando.

Luego añadió:

—Yo estoy inquieta, muriéndome... él está enfermo: la ansiedad puede serle funesta. Usted, señora, que por su posicion debe tener una gran influencia, procure usted verle cuanto antes, yo se lo suplico... tranquilizarle...

—Iré... iré al momento... ¿Puedo contar con usted, amigo mio?

—Cometeremos un abuso de autoridad... una ilegalidad... Sin embargo, no importa: todo esto es un error... funestas apariencias. Yo daré órden... usted llevará esa órden, baronesa...

—Entre tanto, espero que el lugar de detencion de mi prima en el Gobierno civil será mas conveniente y mas cómodo.

—¡Oh! ¡sí! dijo el gobernador.

Y salió.

XII.

—¡Él sufre! ¡él está enfermo!... ¡él... señora! Es necesario que usted le tranquilice... Yo le conozco desde hace poco tiempo: desde hace dos meses... Nada que pueda sonrojarme existe entre nosotros: ni... ni aun amor... Yo... estaba en el hospital... sufria... le llevé á mi casa... pero aquí no hay mas que apariencias...

—Tú le amas, María, tú le amas... esclamó Alfonsina: le amas con toda tu alma.

—No, no... mi amor seria para él, para otro cualquiera, una desgracia, porque sobre mí pesa una maldicion... Sálvele usted, señora, sálvele usted... es un desgraciado... un corazon de oro... un caballero...

Y María, que estaba profundamente conmovida, rompió á llorar.

—¿Y dices que no le amas? esclamó con acento supremo Alfonsina.

—No, no... yo le quiero como á un hermano... pero amarle... no, no... yo no amo á nadie.

XIII.

El gobernador apareció, cortando este diálogo.

Traia un oficio en la mano.

—Baronesa, dijo, no se puede hacer humanamente mas. Esta órden abrirá á usted la puerta de la sala de presos del hospital ahora mismo. En cuanto á esta señorita, será retenida en el Gobierno civil á mi disposicion, y puede usted creer que yo no perdonaré medio para ser agradable á una tan próxima parienta de usted.

—Gracias, muchas gracias, amigo mio, contestó profundamente conmovida Alfonsina.

Luego, volviéndose á María, le dijo:

—Adios, prima mia, adios: quédate tranquila: yo no perdonaré medio alguno para devolverte tu libertad y tu honra; despues, para hacerte feliz.

—¡Oh! Gracias, esclamó María.

Y se arrojó en los brazos de Alfonsina.

Las dos jóvenes se besaron en la boca.

Despues se separaron.

Alfonsina salió acompañada por el gobernador, que no perdonó género alguno de galantería.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! esclamó María anegada en lágrimas. ¡Le amo, sí, le amo! Y bien: yo debo renunciar á mi amor. Ella le puede hacer feliz... ella le embriagará... sí, sí... ¡que sea feliz! ¿Qué importo yo, yo que he nacido para la desgracia y para el dolor?

CAPITULO LXIV.

EN QUE CLOTILDE Y CRISTÓBAL TIENEN UNA CONVERSACION QUE ACABA POR ATURDIR Á CRISTÓBAL.

I.

—¿Y bien? dijo Clotilde en cuanto se encontró sola con Cristóbal.

—Todo ello es que yo tengo la culpa de todo, dijo Cristóbal.

—¿La culpa de qué?

—De que María esté acusada de falsificacion y de asesinato, incendio y robo.

—¡Pero, Dios mio! ¿qué ha sucedido?

Cristóbal lo contó todo á Clotilde.

—Es pues necesario no vacilar, contestó esta; yo sé lo que debo hacer: déme usted el testamento de Casares.

—¿Para qué?

—Démelo usted.

—No permito...

—Usted no puede retener lo que es mio: usted no puede impedirme que cumpla con mi deber.

—Me mira usted de una manera... dijo Cristóbal aturdido, que veia algo estraño en los ojos de Clotilde.

—Y bien... yo no puedo contener mi alma, dijo la jóven; y lo siento, porque hace mucho tiempo estoy acostumbrada á dominarme.

En fin, todo lo que sucede tiene un buen remedio: de una parte, hablar francamente á la justicia: de otra... ¡Bah! ¿Qué importa? Un sacrificio mas ó menos. Venga usted conmigo.

—¿Adónde?

—Yo suplico á usted que venga conmigo. ¿No quiere usted acompañarme?

—Sí, hija mia, sí; pero maldito si entiendo una sola palabra...

—¡Ah! no... no hay necesidad de que venga usted conmigo, dijo Clotilde: le prenderian á usted tambien.

—¿A mí?

—Sí por cierto, porque yo voy á declararlo todo.

—¡Jamás! Declarar...

—Ó dejar en las manos de la justicia á dos inocentes...

—Es verdad.

—Yo estimo á usted mucho, padre mio... sí, mi padre, puesto que usted me ha adoptado... le estimo á usted mucho y no puedo menos de desear que usted no se haga á mis ojos reo de un delito horrible... Si callamos asesinamos á María; por el contrario, si hablamos podremos probar...

—La prueba es difícil, dijo Cristóbal. Pero yo estoy loco, yo pienso demasiado en mí mismo. El único que pagará las costas seré yo... Bien, no importa... yo sé lo que debo hacer... es mas, estaba dispuesto á hacerlo, y si no lo he hecho antes ha sido porque necesitaba avisar... Pero ¿por qué me mira usted así, Clotilde?

La mirada de la jóven continuaba fija de una manera estraña en Cristóbal.

Este sentia aquella mirada, pero no le conmovia.

II.

—Ha sido una noche fecunda en aventuras, dijo Clotilde: fecundísima. ¿Y es muy hermosa la prometida de usted?

—¡Oh! Es muy guapa, dijo Cristóbal, y sobre todo, muy buena.

—Me alegro... tendré una bella madre adoptiva. Cuenta que la pobre va á sufrir durante algun tiempo... pero ¿qué hemos de hacerle?... Todo se arreglará... ¡Cuánto tarda Alfonsina! Yo no puedo hacer nada sin contar con ella.

—Pero ¿ha pensado usted bien...

—Sí... yo tardo poco en decidirme... ¡Ah! Me olvidaba: me hace daño que me hable usted de usted... tú... tú es mas á propósito... ¿No es usted mi padre adoptivo?

—Sí, sí... pero aún no se ha formalizado el documento... puede dejarse así... es decir... puede no hacerse nada de eso: tú has encontrado tu familia...

—No importa... es necesario que ese documento se formalice.

—Yo no quiero ahora.

—¿Y por qué?

—Porque han variado la circunstancias... Supongamos que en este endiablado embrollo no logro salir sin culpa delante de la justicia, y que nos encontramos con que tienes por padre un presidiario ó un ajusticiado...

—Ni lo uno ni lo otro, dijo tranquilamente Clotilde; y la prueba de que eso no será, es que yo no me he horrorizado á la sola suposicion de una desgracia tal.

—Tú ves claro en el negocio, dijo Cristóbal; pero tú no sabes si los jueces verán tambien.

—¡Oh! ¡sí! ¡sí! La verdad aparecerá, yo se lo juro á usted.

—Pues bien, cuando la verdad aparezca, cuando nadie pueda tener duda de que yo soy un hombre honrado, entonces, si tú tienes todavía ese empeño, te prohijaré... Ahora, tengo que pedirte un favor.

—Comprendo: que tranquilece á su novia de usted.

—¿Mi novia? ¡Es verdad! Una escelente chica que me ha cogido el corazon. Pero ¿quién sabe? En veinticuatro horas no puede ser tanto el amor que me haya cogido que la desesperen mi prision, mi proceso... ¿Quién sabe si la dará vergüenza de ser mi novia? Pero, lo repito otra vez: ¿por qué me miras así?

III.

Clotilde estaba mas pálida que de ordinario, y sus poderosos ojos se fijaban de una manera profunda, fija, incomprensible, en Cristóbal.

—Estoy escitada... contestó la jóven: es mi mirada natural.

—Pues te digo que tienes una mirada, Clotilde... me pareces mas mujer, me causas... no miedo, no... disgusto... tampoco... En fin, á mí no me ha mirado nadie así.

Clotilde se sonrió.

Pero el fondo de su sonrisa era amargo.

—¡Cuánto tarda Alfonsina! dijo.

—¿Quién sabe el trabajo que la habrá costado ver al gobernador?

—No es de presumir... habrá encontrado á María... ella deseaba encontrarla... yo me he visto obligada á permanecer aquí... y no hemos perdido el tiempo, no; hemos descubierto muchas y buenas cosas... entre otras, que ese miserable marqués de Casa-Otero tiene corazon.

—¡Está loco!

—Sí, loco de amor por María... tengo ánsia por conocerla.

—¿Sabes, Clotilde, dijo Cristóbal, que me parece que estamos hablando de memoria?

—No: nos ocupamos de uno de los incidentes de este enredo.

—Un incidente que no nos importa.

—¿Crees tú que no puede importarme lo que tan directamente toca á mi hermana?

—¿Y quién sabe si María es tu hermana?

—Indudablemente, Cristóbal, indudablemente.

Y tras estas palabras, Clotilde calló.

Permaneció profundamente pensativa.

IV.

Cristóbal por algunos segundos no rompió su silencio.

Al fin dijo:

—Creo, Clotilde, que todo lo que teníamos que hablar lo hemos hablado.

—Yo creo que sí, dijo Clotilde.

—Me parece tambien que la baronesa tardará en venir... ¡Tendrán que decirse tanto ella y María!..

—Es probable.

—Y me parece además que tú deseas quedarte sola.

—No, eso no...

—Pues yo sí... necesito pasear... no porque yo dude... Pero en fin... lo que me sucede no es cualquier cosa.

—¿Y adónde va usted á ir?

—Casa de mi primo.

—Es tarde.

—Que se levante.

—Estrañaria...

—¿Y qué tiene que estrañar?

—Bueno es que usted esté sobre aviso: no se fie usted de la mujer de su primo.

—¡Cómo!

—No se lo he dicho á usted hasta ahora, porque no he tenido tiempo de decírselo: á mí me parece Paula de todo punto sospechosa.

—¡Ah! ¡sí! Yo he encontrado en ella algo que no podia esplicarme: me ha parecido demasiado señorita...

—Por lo mismo, cuando no se conoce perfectamente á una persona, hay que ser de todo punto reservados acerca de ella: ni una palabra mas que lo que se pueda decir, esto es, que usted no nos conocia...

—Bien, bien; reserva y siempre reserva.

—Eso es.

—Por lo mismo, y para no provocar preguntas, será bueno que no vaya usted solo esta noche.

—Mañana me preguntará que dónde he estado durante cuarenta y ocho horas.

—Con el escribano de la causa, que es muy amigo de aventuras, dijo Clotilde.

—Es verdad: se lo echaremos todo acuestas al escribano: entonces me voy á una posada.

—Esto es mejor. Tome usted lo que quiera de ese dinero, dijo Clotilde señalando el millon y medio en oro y en billetes de banco, que estaba aún sobre el velador.

Allí estaban tambien los diez mil reales que se habian encontrado en la cartera y en la maleta de Casares.

Cristóbal se habia quedado sin nada.

Tomó cinco ó seis duros.

—Eso es muy poco, dijo Clotilde: llévese usted cuatro ó cinco mil reales por lo que pueda suceder.

—¿Y para qué necesito yo tanto dinero? Supongamos que por una casualidad me prenden, que bien puede suceder, porque ya hay cortado enredo bastante; una cantidad que me encontrasen encima seria una prueba no sabemos de qué: con esto que he tomado basta; porque una de dos, ó me prenden ó no: si no, yo volveré mañana; si me prenden, se sabrá dónde estoy.

—Es verdad, dijo Clotilde, que estaba indolentemente reclinada en el sillon, y continuaba mirando á Cristóbal de aquella estraña manera que Cristóbal no comprendia.

V.

Se sentia impresionado, no sabia por qué.

Clotilde le parecia otra con el bello traje que le habia procurado su prima, con los magníficos cabellos rubios bellamente peinados, con los ojos enlanguidecidos, ardientes, brillantes.

Le parecia mas desarrollada, mas mujer, sin dejar de ser escesivamente jóven, mas blanca y mas pálida.

Se sentia inquieto.

Habia acabado de hablar Clotilde, y Cristóbal no contestó.

Habia dicho que iba á salir y no se movia.

—Vamos, dijo Clotilde sonriendo, usted no tiene sueño.

—No, francamente, dijo con algo de turbacion Cristóbal; lo que me sucede no es para adormilarse: tengo la cabeza hecha una olla de grillos, y no sé lo que me sucede.

—Además, dijo Clotilde, á esta hora por la calle debe hacer mucho frio, y aquí se está mejor.

—Pero tú me has dicho que te vendria bien quedarte sola.

—Creia que usted tenia necesidad de descansar.

—No te digo que no; pero querer no es poder, contestó Cristóbal: estoy seguro de que no descansaria.

—Pues quédese usted aquí, y cuando venga Alfonsina mandaré que le acomoden á usted.

—¿Y de qué vamos á hablar, Clotilde? Ya hemos determinado sacar del apuro en que se encuentran á María y á su novio.

—Sí... es verdad... es necesario, contestó profundamente Clotilde: todo se reduce á un sacrificio mas.

—¡Pues qué! ¿tú haces sacrificios, hija mia? dijo Cristóbal, que á cada momento iba considerando de una manera mas intensa á la jóven.

—Todos, contestó esta, necesitamos sacrificar algo por los demás. Sin esto, la vida seria una horrible lucha, una sucesion de crímenes.

—Yo no sé, dijo Cristóbal, que no podia dejar de decir lo que sentia; pero esta noche me pareces otra.

Clotilde sonrió.

—El cambio de traje.

—Es verdad: lo negro te sienta muy bien, te hace parecer mas blanca: dentro de poco ya habrá quien se vaya detras de tí.

—¡Bah! ¿Y qué importa? Puede ser que esté de Dios que nos casemos todos.

—Sabe Dios por dónde saldrán estas cosas, dijo Cristóbal. Gabriela me conoce hace veinticuatro horas nada mas, y si hemos llegado tan adelante es porque yo soy muy francote y muy honrado.

—Creo que ella es tambien franca y buena.

—Sí, hija mia, sí; pero ¿quién sabe si cuando me vea preso... Y bien... si se vuelve atrás, ¿qué importa? No seria yo quien me meteria á rogarla.

—¡Cómo! ¿Ha cambiado usted ya de intenciones? dijo sonriendo siempre Clotilde.

—No, mujer, no, contestó Cristóbal, que se sentia á cada momento en una situacion mas íntima respecto á Clotilde; pero yo no sé lo que me sucede.

Clotilde continuaba sonriendo.

—Hay situaciones verdaderamente estrañas, dijo, que uno no puede esplicarse.

—Sí, sí, es verdad, contestó Cristóbal. Pero en fin... tarda mucho tu prima, hija mia, dijo Cristóbal, que estaba verdaderamente inquieto.

—Ansiaba conocer á María, dijo Clotilde; y como es indudable que el gobernador la habrá dejado verla, se habrán empeñado en una larga conversacion.

—¿Quieres que vaya al Gobierno civil, Clotilde?

—¿Y para qué?

—¿Es decir, que quieres que esté aquí?

—Indudablemente; me encuentro bien junto á usted: á mas de lo que usted ha hecho por mí, me encantan los caractéres nobles y leales.

—¿De veras? ¿Crees tú que yo tengo el carácter noble y leal?

—¡Pues no! Hace tres dias estaba yo sola en el mundo, completamente sola: no tenia otro porvenir que una casa de beneficencia: el hospicio... ¡Ah, Cristóbal, Cristóbal! Yo sentí un frio de muerte... yo me aterré... pasó por mí una agonía infinita, y usted... usted me tendió una mano... usted me adoptó...

—Aún no ha llegado eso.

—Pero esa fué la noble, la firme intencion de usted, que el encuentro providencial de mi prima la baronesa ha hecho no sea necesario se realice. No importa: esto no puede destruir el profundísimo afecto que desde aquel momento siento por usted.

Y Clotilde asió con su delicada mano una de las ásperas manos de Cristóbal, la llevó á sus labios y la besó.

VI.

Cristóbal se estremeció, se puso densamente pálido, y dijo:

—¡Vamos! ¡vamos! esto es imposible, y me voy.

—¿Qué es lo imposible?

—Que yo calle.

—¿Tiene usted algo que no me haya dicho? Eso no estaria bien.

—Mira, Clotilde, dijo Cristóbal tartamudeando sus palabras como por efecto de una fuerte conmocion nerviosa: yo soy hijo de

buenos padres; yo no soy un záfio: me criaron bien. Un dómine que habia en Alcobendas, que es mi pueblo, se empeñó en que yo aprendiera latin: mi padre quiso que yo fuese cura; pero aunque yo soy muy buen cristiano, no me ha gustado nunca la gente de sótana; y sin duda por esto, es decir, porque mi padre quiso que yo aprendiera latin para ser cura, no pasé de una cosa que tiene el latin y que se llama el *quis vel qui*... Irritado mi padre al ver que se pasaban años y mas años y yo no aprendia la gramática, no me libró de la suerte de soldado, y fuí á servir al rey: me sacaron para caballería, y me he pasado mis buenos cinco años en el ejército; y gracias á que me cogió el pronunciamento del 43 y me rebajaron dos años, que si no, hubiera servido siete. Cuando yo cumplí, ya mis padres habian muerto, y un tio mio que se habia encargado de la administracion de los cuatro terrones que me habian dejado los pobres, se los habia comido: yo pude meter en presidio á mi tio, pero dije para mí: ¿qué adelanto yo con eso? deshonrar á la familia: buen provecho le haga lo que se ha comido. Pero era menester que yo viviese de mi trabajo: con mis ahorros me mantuve hasta que me dieron la plaza de cartero de Valdeiglesias, y cartero era cuando yendo una noche hácia Aranjuez para recoger la correspondencia, me encontré con el marqués de Casa-Otero, que asesinaba al pobre Francisco: ya te lo he contado eso. Como Francisco me habia dejado un encargo muy importante, yo eché mis empeños para que me diesen la guardería de campo de Titulcia... Ya ves tú... yo soy de buena familia... aunque pobre; mis padres eran honrados... yo lo soy tambien; pero...

Cristóbal se detuvo.

Habia dicho las anteriores palabras torpemente, pálido, con los ojos entrecerrados, devorando á Clotilde con su franca y asombrada mirada.

Clotilde sonreia siempre y retenia la mano de Cristóbal.

—Pero ¿qué? dijo la jóven. ¿Tal es ese secreto que no puedo saberlo yo... y que ha obligado á usted á decirme que es hijo de buenos padres?

—Me voy, Clotilde, hija mia, me voy... contestó Cristóbal levantándose de una manera enérgica.

VII.

En aquel momento sonó el fuerte crujido de un traje de seda, al andar, de una persona que se acercaba.

—¡Mi prima! dijo Clotilde. Al fin he logrado detenerle á usted hasta que ella ha venido.

En aquel momento entró la baronesa.

Venia fuertemente sobreescitada.

CAPITULO LXV.

EN QUE TERMINAN LOS VARIADÍSIMOS INCIDENTES DE LA PRIMERA PARTE.

I.

—¡Ah! esclamó. Es necesario salvarla: necesario de todo punto.

—¡La salvaremos! esclamó Clotilde. La salvaré yo.

—Es que no se trata solamente de una falsificacion de billetes, esto es muy sencillo: María puede probar que ninguna parte tiene en ello; pero se trata de robo: se ha encontrado millon y medio en alhajas y en dinero en la habitacion de María. Para agravar mas la situacion, se ha encontrado allí tambien un jóven enfermo que no es ni su pariente ni su marido...

—De modo que ese millon y medio... dijo Cristóbal.

—Usted nada tiene que decir, señor mio, dijo sonriendo Clotilde: es tarde, y se está usted cayendo de sueño...

—Al contrario...

—Es preciso que usted descanse, dijo con la firmeza de un mandato Clotilde.

—Bueno, bien; me voy, contestó Cristóbal.

—Alfonsina, dijo Clotilde, es ya muy tarde para que el buen Cristóbal vaya por esas calles: hazme el favor de dar órden de que le acomoden.

Alfonsina llamó, y poco despues Cristóbal salia con un criado.

II.

—Yo no sé qué hacer, yo estoy aturdida, dijo Alfonsina cuando hubo salido una doncella que la habia quitado el sombrero y el abrigo. María está gravemente comprometida: además de esto, he pasado un muy mal rato en el hospital.

—¿Pues qué está María en el hospital? esclamó con un vivo interés Clotilde.

—No; pero he ido al hospital á cumplir un encargo de María.

—¡Cómo!

—Sí: María ama; ama á un oficial de caballería despedido del servicio á causa, se dice, de enfermedad; pero yo creo que por otras causas. Es un jóven muy simpático, muy interesante: á mí me parece un hombre de honor, un hombre de corazon.

Y Alfonsina no pudo contener un suspiro.

—¡Prima! ¡prima! dijo Clotilde suspirando á su vez: me parece que las dos estamos en una situacion igual: confianza por confianza, Alfonsina.

—Y bien, ¿qué? dijo la jóven baronesa ruborizándose.

—Creo que las dos amamos, y que los hombres que las dos amamos aman á otras.

—¡Ah! Yo no sé si amo, dijo Alfonsina.

—Pues yo sí lo sé, sin quedarme la menor duda: amo con toda mi alma, y estoy contenta de mi amor.

—¿Y á quién amas?

—A Cristóbal.

—¡A Cristóbal!

—Sí: como tú amas al novio de María.

—¡Á Luis! esclamó enrojeciéndose mas Alfonsina.

—Sí, prima, sí. Pero vengamos á lo mas importante, á lo mas del momento, al horrible compromiso en que se encuentra María.

—¿Cómo te esplicas tú la existencia de millon y medio de reales en poder de María?

—Como esplico la existencia sobre ese velador de otro millon y medio de reales; mejor dicho, yo no necesito esplicarme nada: co-

nozco la causa: ese millon y medio y el otro millon y medio constituyen mi herencia.

—¿Tu herencia?

—Sí: yo soy heredera de Andrés Casares.

—¿De Andrés Casares? ¿De ese hombre que ha sido asesinado?

—Sí, dijo Clotilde sacando una cartera antigua, la misma que habia desenterrado, y de ella un papel, una hoja de otra cartera.

En una palabra, la última voluntad de Andrés Casares que este habia escrito en su agonía.

III.

Para justificar la posesion de este papel, Clotilde refirió á Alfonsina su aventura del monte de Matalobos.

Alfonsina la escuchó con un interés palpitante.

Cuando hubo concluido el relato de aquel suceso, Clotilde añadió, mostrando la cartera que tenia en la mano á Alfonsina:

—Esta es la cartera que aquellos dos hombres buscaban y que yo desenterré: esta cartera contenia este papel.

Y Clotilde sacó uno amarillento ya y le dió á Alfonsina.

—Lee, la dijo.

Alfonsina leyó lo siguiente:

«He sido envenenado, y muero. Estoy solo en mi casa de campo de Valle-hondo, cerca del pueblo de Titulcia: no sé si volveré á tiempo: si yo no le puedo confiar este escrito, le encontrarán sobre mi cadáver; que él lea las instrucciones que siguen:

Tengo la evidencia de que he sido envenenado: yo no puedo engañarme: el envenenador me es desconocido: sospecho, pero yo no puedo formular una acusacion solo por sospechas, cuando estoy próximo á comparecer ante el tribunal de Dios. Andrea ha muerto: sus hijas han desaparecido: el marqués de Casa-Otero, don Alfonso del Valle de Sos, ha muerto tambien: yo he cometido crímenes por los cuales necesito en gran manera de la misericordia de Dios. La grande herencia de Andrea ha sido absorbida por mí, y debo restituirla: esta herencia se encontrará en alhajas y en oro acuñado y

en barras, en el sótano de esta quinta, en el rincon del huerto, bajo una gran piedra cubierta de tierra: si tú encuentras sobre mí, como es probable, este escrito, respeta ese de pósito, déjale donde se encuentra, olvídate de él: guarda esta noticia y no la entregues mas que á una persona que te mostrará el retrato de la señorita Andrea.

Yo exijo de tí en este asunto la misma cordura de que siempre has dado muestras, y si faltas á la confianza que en tí deposito, que mi maldicion caiga sobre tí.»

—¿Quién era este hombre? dijo Alfonsina.

—Un magnetizador, una especie de hechicero, contestó Clotilde: un personaje con el cual no sé si me unen los vínculos de la sangre. Tu tio el marqués de Casa-Otero me refirió anoche á medias una historia: nosotros la encontraremos completa, ó mas bien la encontrarás tú en unas memorias que se encontrarán enterradas en el mismo lugar en donde está enterrada la herencia de María, la mia.

—¡Oh! ¿Y por qué no la has de encontrar tú tambien?

—Mañana estaré yo presa.

—¿Tú?

—Sí: es necesario salvar á María de esa acusacion de robo.

Y Clotilde dijo estas palabras de la manera mas tranquila del mundo.

—¿Y no te aterras? esclamó verdaderamente aterrada Alfonsina.

—Yo no vacilo cuando se trata del cumplimiento de un deber, dijo Clotilde.

—Eres una jóven admirable, esclamó Alfonsina; y tu ejemplo me fortalece para continuar en el áspero camino de mi deber.

—Eso que tú encuentras admirable, Alfonsina, dijo Clotilde, no es otra cosa que el resultado de la tranquilidad de la conciencia. Nada puede aventurarse mas que una prision de algun tiempo: tengo medios sobrados para probar mi inculpabilidad en todo lo que ha acontecido: mi mano derecha está aún destrozada del uso de la herramienta con que desenterré la cartera: puedo probar que el marqués de Casa-Otero salió solo para ir en busca de esa cartera; y ese otro papel, ese testamento *in articulo mortis* de Andrés Casares prueba que yo llegué cuando los dos delincuentes estaban asesinados.

—Sin embargo, ¿quién sabe si pueden encontrar los jueces en

todo esto algo de culpabilidad contra tí, contra Cristóbal? Ir de *motu propio* á tomar posesion de una herencia, á ejecutar un testamento al que faltaba la autorizacion legal...

—Sea como quiera, dijo Clotilde, es necesario probar la inocencia de María; es necesario devolverla su honra y su libertad: lo siento por Cristóbal... lo siento mucho... pero su delito, si lo hay, es un delito de ignorancia... Tú tienes grandes influencias, Alfonsina... Pero no hablemos mas de esto: estoy decidida. Ahora, necesitamos hacer una esperiencia.

—¿Cuál?

—La de un licor que el marqués de Casa-Otero tu tio ha dado á Cristóbal, y que Cristóbal me ha dado á mí: este es.

Y Clotilde sacó de su bolsillo el pomo que ya conocen nuestros lectores.

—¿Y qué cualidades tiene este licor? dijo Alfonsina.

—El marqués asegura que la persona que beba de este licor aparecerá como cadáver hasta el punto de engañar á los médicos; pero que á las cuarenta y ocho horas el aparente cadáver volverá á la vida. Si esto es cierto, este licor es un tesoro: puede servir tanto para el bien como para el mal: nosotros solo usaremos de él para el bien, si es cierta la maravillosa virtud de este licor; pero necesitamos probarlo.

—¿Y cómo?

—En cualquiera de tus perros. Para un sér humano fuerte y robusto se necesitan quince gotas: yo creo que serán suficientes cinco gotas para hacer la prueba en un perro.

—¿Y crees tú que podremos tener necesidad de hacer uso de este terrible licor?

—Sí: hay dos hombres en peligro, dijo Clotilde, á los cuales se les puede garantir contra la ley con una muerte aparente.

—¿Y qué hombres son esos?

—Tu tio, que está cubierto de crímenes, comprometido en esa gran falsificacion de billetes, y Cristóbal, mezclado por la fatalidad en el asesinato de un agente de policía, casa de Casares, y en el incendio que siguió á este asesinato: puede suceder que el proceso se embrolle.

—¡Esta es una pesadilla! esclamó Alfonsina.

—Pero una pesadilla que es necesario desvanecer. Toma ese pomo, Alfonsina, y guárdalo: guarda tambien el testamento de Casares, y toma noticia del lugar donde está mi herencia, que tú recogerás. En cuanto á ese millon y medio que está sobre la mesa, es necesario entregarlo á la justicia con el testamento de Casares.

—Si se pudiera encontrar otro medio de salvar á María...

—Para salvar á una inocente, el mejor medio es patentizar la verdad, dijo Clotilde.

—Tú, es cierto, solo arrostras unos dias de prision.

—Ese es mi mayor sacrificio; pero yo le salvaré.

—¡Tu mayor sacrificio!... ¿Cómo puede ser que tú le ames?

—No busques nunca la razon del amor, Alfonsina. ¿Por qué amas tú á ese oficial enfermo?

—¡Ah! ¡No lo sé!

—Yo lo he encontrado todo en Cristóbal, Alfonsina: la figura, la espresion, el alma. ¡Ah! Es leal como un perro y apasionado como un niño. ¡Si tú le hubieras visto antes de llegar tú, aturdido, pretendiendo hablar y no atreviéndose, devorándome con una mirada atónita, asombrada, enamorada, espantándose de sí mismo!...

—Pero ¿no dices que ama á otra?

—Y bien, ¿qué importa? A mí me basta con amarle... En cuanto al poderoso efecto que he producido en él, yo lo destruiré si esa otra á quien él amaba es digna de su amor, si yo descubro que esa fascinacion que ha probado por mí se desvanece y que vuelve al amor de esa otra.

—¿Y tú?...

—Tendré la satisfaccion de haber cumplido con mi deber.

—¡Un sacrificio mas!

—El sacrificio mas terrible que hace una criatura es el de la conciencia: con la conciencia sin mancha se pueden arrostrar todos los dolores del alma, por agudos que sean.

—Tengo orgullo de que seas mi prima.

—Basta con que no tengas que avergonzarte de mí.

—Seguiré tu ejemplo.

—No tienes que seguirle, Alfonsina: basta con que sigas tu pro-

pia inspiracion. Por lo demás, lo repito, esto es cosa resuelta: mañana iremos ante las leyes Cristóbal y yo. Es ya tarde: las dos necesitamos reposo. Adios, Alfonsina: buenas noches.

—Adios: buenas noches, Clotilde mia, dijo Alfonsina sin retener á Clotilde, porque se encontraba en una de esas situaciones en que anhelamos quedarnos solos.

Cuando hubo salido Clotilde, Alfonsina recogió el millon y medio que estaba sobre el velador, le guardó en un secreter, llamó á sus doncellas para que la desnudasen, y se acostó.

IV.

Al dia siguiente al medio dia fué Clotilde á presentarse, acompañada de Alfonsina, al gobernador civil de la provincia, al cual hicieron una declaracion completa.

Cristóbal esperaba fuera.

El gobernador se vió obligado á reducir á prision á Clotilde y á Cristóbal.

Por las instrucciones que habia dado Alfonsina al gobernador habian sido presos Josefa, Vicente el Lobo y la marquesa de Satorres, en cuyos domicilios se habian encontrado billetes falsos.

Alfonsina habia probado en una preciosa perra inglesa el licor que le habia dado Clotilde.

El animalejo se indispuso, entró rápidamente en la agonía, y apareció muerto.

Alfonsina examinó el cadáver.

Cuarenta y ocho horas despues, Alfonsina encontró á la perra echada sobre el almohadon en que la habia puesto, y enferma, pero viva.

Dos dias despues estaba buena completamente.

A los ocho dias de esto, el gobernador recibió la siguiente carta:

«Excelentísimo señor: Estoy oculto para huir las consecuencias de calumnias infames en que se ha envuelto mi nombre á causa de la falsificacion de billetes de banco sorprendidos últimamente: la muerte me ha sorprendido, agonizo, y es necesario que para cubrir mi nombre haga yo una declaracion importante y presente pruebas.

Es necesario no tardar ni un momento, porque mi agonía avanza.—*El marqués de Casa-Otero.*»

V.

Por pronto que acudieron á la casa de Anastasio un juez de primera instancia y un escribano, encontraron muerto al marqués de Casa-Otero.

Allí se detuvieron respecto á él las investigaciones de la justicia; y Alfonsina, por el *abintestato* y como parienta mas próxima, fué puesta en posesion del marquesado de Casa-Otero, con el cual solo heredó deudas.

Algunos dias despues, exculpados completamente Luis y María, fueron puestos en libertad; pero Clotilde y Cristóbal quedaron en poder de la justicia, y mas y mas enredados en un proceso célebre.

FIN DE LA PRIMERA PARTE Y DEL TOMO PRIMERO.

INDICE.

PRIMERA PARTE.

LA NIÑA BLANCA Y PÁLIDA.

Págs.

Capitulo primero.—La gacetilla de un periódico roto.. . . . 1
Cap. II.—Una espedicion y una carta. 11
Cap. III.—Un lobo que sigue á su presa. 18
Cap. IV.—Una cartera funesta.—Lo que vale un perro. . . . 23
Cap. V.—Lo que cuesta una maleta que contiene muy poco. 34
Cap. VI.—Lo que á causa de retrasarse el tren supo Alfonsina, y el encuentro inesperado que tuvo. 47
Cap. VII.—Los ricos de corazon.—El número 16.. 59
Cap. VIII.—Cuánto es valiente cuando es valiente una mujer. 66
Cap. IX.—Un estraño testamento.—Hasta dónde puede llegar lo horrible, permitido por la Providencia. 82
Cap. X.—Misterio sobre misterio. 95
Cap. XI.—Un pobre de corazon. 101
Cap. XII.—Nueva situacion y nueva familia.. 114
Cap. XIII.—Personajes de doble fondo.. 119
Cap. XIV.—Misterio sobre misterio. 130
Cap. XV.—¿Por qué ser uno cuando hay necesidad de ser tres? 138
Cap. XVI.—Un enredo muy semejante á una maraña. . . . 149

Capítulo XVII.—Una nueva cereza que se enreda á las otras. 156
Cap. XVIII.—Primera historia. 163
Cap. XIX.—Segunda historia. 180
Cap. XX.—La tercera historia. 234
Cap. XXI.—En que Cristóbal desempeña por su propia cuenta el oficio de polizonte y vuelve á aparecer por un momento María. 241
Cap. XXII.—Una virtud encontrada por no saber qué hacerse de unas flores contrahechas. 253
Cap. XXIII.—De cómo los incidentes son muchas veces lazos que aprietan el amor. 268
Cap. XXIV.—De cómo un hombre de bien puede hacerse sin voluntad cómplice de un gran crímen. 275
Cap. XXV.—De cómo una vez empezados ciertos caminos hay que aventurarse por ellos. 288
Cap. XXVI.—De cómo el crímen siempre deja tras sí indicios. 296
Cap. XXVII.—La policía de los ladrones. 301
Cap. XXVIII.—De cómo las casualidades toman mucha parte en las historias. 306
Cap. XXIX.—Una tentacion y un misterio. 312
Cap. XXX.—Una mala comedia que descubre un mal secreto. 322
Cap. XXXI.—La igualdad por la infamia. 337
Cap. XXXII.—Un doble acechadero. 344
Cap. XXXIII.—Lo que pueden preparar la astucia y la infamia. 350
Cap. XXXIV.—Dos estraños esposos. 355
Cap. XXXV.—Una vieja historia. 372
Cap. XXXVI.—Continuacion.—Los tres hijos del marqués de Casa-Otero. 382
Cap. XXXVII.—Continúa la historia.—Las últimas palabras de un padre moribundo. 392
Cap. XXXVIII.—Sigue la historia.—Lo que puede producir una llave de gentilhombre. 401

Capítulo XXXIX.—Aúnsigue la historia.—De cómo los accidentes varían las situaciones. 413
Cap. XL.—Todavía la historia.—Una mujer bajo un doble punto de vista. 421
Cap. XLI.—La historia aún.—Fatalidades.. 429
Cap. XLII.—La historia prosigue.—Una madre que hace el servicio de descubierta. 441
Cap. XLIII.—La historia se enreda.—Una trampa de lobo. . 446
Cap. XLIV.—La historia avanza.—Un contraefecto. 456
Cap. XLV.—La historia siempre.—El lobo en la trampa. . . 466
Cap. XLVI.—La historia prosigue.—Se presenta un nuevo y misterioso personaje.. 473
Cap. XLVII.—La historia empieza á hacerse lúgubre.—Cómo puede perderse por el amor una mujer fuerte.. 516
Cap. XLVIII.—En que tiene lugar una de las catástrofes de esta historia.—De cómo puede cometerse un asesinato sin intencion de cometerle y sin responsabilidad ante la justicia humana.. 530
Cap. XLIX.—La historia avanza.—Dos enlaces facilitados por el horror. 537
Cap. L.—La historia avanza.—Se exacerba de tal manera lo monstruoso del carácter de un miserable, que el autor cree necesaria una digresion que se parece mucho á un sermon y á una catilinaria. 543
Cap. LI.—La historia prosigue.—Un magnetizador magnetizado. 554
Cap. LII.—De cómo un hombre que bebe ron y fuma un habano negro tras otro habano mientras cuenta una historia, no puede concluirla; con algunos raros incidentes que verá el lector. 567
Cap. LIII.—En que aparece mas y mas estraño el carácter de Clotilde. 576
Cap. LIV.—Noche toledana. 585

Capítulo LV.—Un encuentro inesperado. 606
Cap. LVI.—Del descubrimiento de un alma en pena y de la falsedad de un billete de banco. 614
Cap. LVII.—De cómo Cristóbal desempeña una vez mas el oficio de agente de policía.. 623
Cap. LVIII.—De cómo Cristóbal pasó una buena tarde, y al volver á Madrid se afirmó en la creencia de que Cascarilla era un bribon. 640
Cap. LIX.—De cómo á causa de la brutalidad de un comisario, estuvo á pique de turbarse el órden público, y de cómo Cristóbal supo á causa de esto, que habia matado sin responsabilidad. 647
Cap. LX.—De cómo Cristóbal se vió obligado á acallar por el momento el grito de su conciencia. 660
Cap. LXI.—De cómo en una ratonera se puede encontrar en vez de un raton un lobo.. 672
Cap. LXII.—De cómo puede servir de instrumento de salvacion un infame.. 681
Cap. LXIII.—El sacrificio del alma.. 694
Cap. LXIV.—En que Clotilde y Cristóbal tienen una conversacion que acaba por aturdir á Cristóbal. 706
Cap. LXV.—En que terminan los variadísimos incidentes de la primera parte. 716

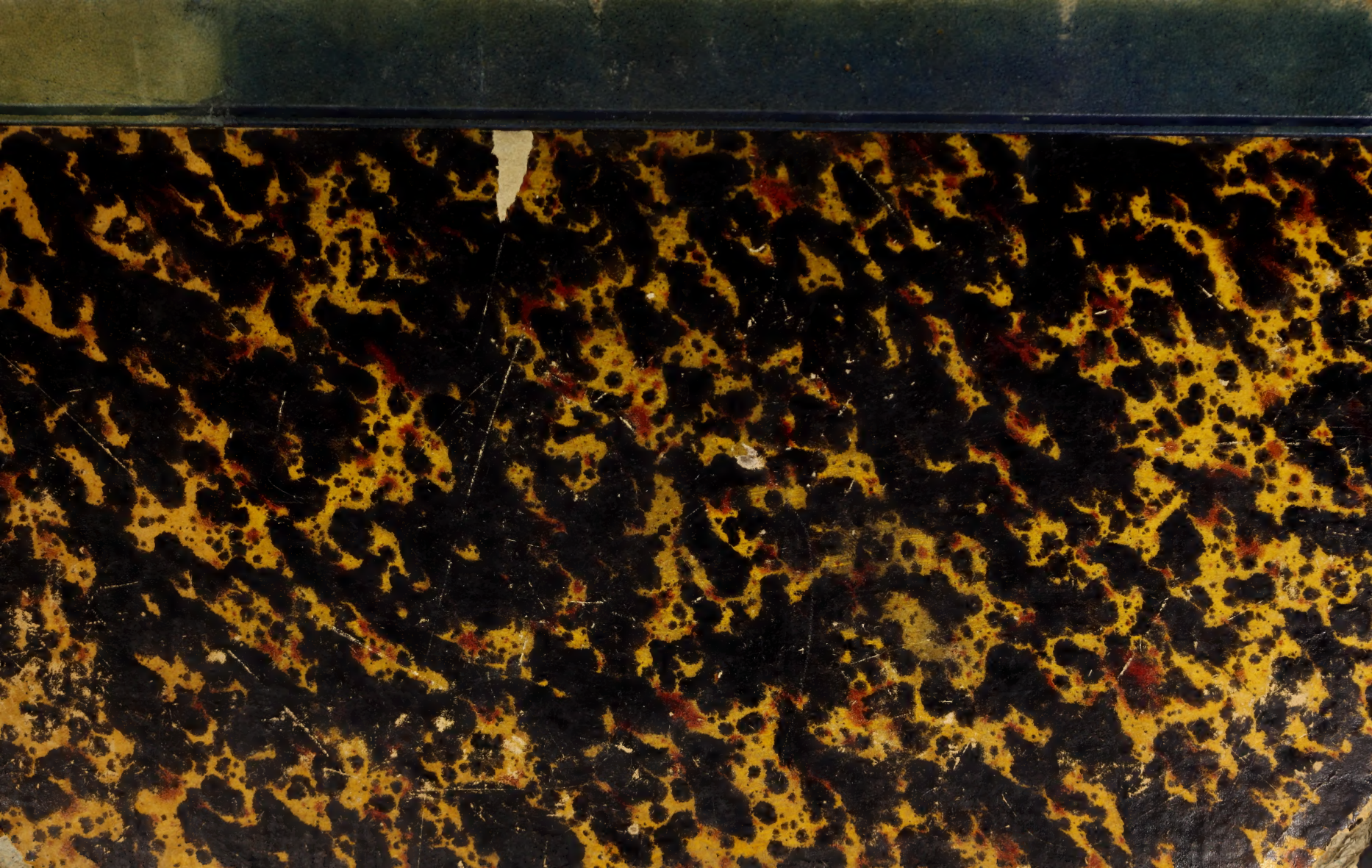
299137

Author Fernández y González, Manuel LS F3674mar

Title Maria (memorias de una huérfana). Vol.1.

DATE. NAME OF BORROWER.

University of Toronto Library

DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU